La sociedad civil en Polonia y *Solidaridad*

223

Izabela Barlińska

CIS
Centro de Investigaciones Sociológicas

«Monografías», núm. 223

Izabela Barlińska nació en Polonia, estudió en la Universidad de Varsovia, Polonia, y en la Universidad de Concordia, Montreal, Canada. Es Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Su vocación académica sigue acompañada de una intensa trayectoria profesional en la Asociación Internacional de Sociología.


This One
SB5L-ZTO-QT3T

La sociedad civil en Polonia y *Solidaridad*

223

Izabela Barlińska

CIS
Centro de Investigaciones Sociológicas

SIGLO XXI

Catálogo general de publicaciones oficiales
http://publicaciones.administracion.es

COLECCIÓN «MONOGRAFÍAS», NÚM. 223

Primera edición, junio de 2006

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

NIPO: 004-06-006-X
ISBN-10: 84-7476-408-4
ISBN-13: 978-84-7476-408-6
Depósito legal: M. 26.465-2006

Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

LA NUEVA POLONIA DE LOS AÑOS NOVENTA

ANEXOS

PRÓLOGO

Pocos acontecimientos han sido tan importantes en la historia mundial contemporánea como el movimiento de *Solidaridad* en Polonia, un factor clave en el desmoronamiento del sistema socialista a escala planetaria. Lo que pareció inicialmente un asunto local, una nueva manifestación del descontento social endémico de una nación singular de la Europa central y oriental, inquieta, desde hacía siglos, al menos desde los repartos del siglo XVIII, por la defensa de su identidad, la memoria de su pasado y la incertidumbre de su destino, se convirtió en el test crucial del experimento histórico del socialismo real del siglo XX. La crisis polaca puso en cuestión, radicalmente, la capacidad de esta forma de organización social para sentar las bases de un crecimiento económico sostenido a largo plazo, para establecer un gobierno legítimo de larga duración y para construir una sociedad justa y solidaria. Con la ruina de estas expectativas, no sólo quedó patente la irrelevancia del socialismo real para las sociedades contemporáneas a escala mundial, occidentales, orientales o meridionales, sino también, en particular, la inanidad de una parte sustancial de la cultura occidental, un choque del que ésta, todavía, no ha sabido, o podido, reponerse.

Solidaridad no fue, por tanto, un simple movimiento social, de alcance limitado. Fue el detonante decisivo de un cambio de tipo de sociedad, complejo y global, con cuatro dimensiones entrelazadas: una transición democrática, y el cambio a una economía de mercado, a una sociedad de asociaciones voluntarias y a una esfera pública plural. El libro de Izabela Barlińska captura precisamente, con acierto, esta complejidad, sirviéndose para ello de una concepción de la "sociedad civil" entendida en su sentido más amplio, muy dentro de la tradición moderna de los pensadores holandeses, ingleses y, sobre todo, escoceses de los siglos XVII y XVIII, que la reformularon a partir de una concepción clásica de la *societas civilis*, y ha sido recuperada recientemente por diversos autores como Ernest Gellner y otros. La ventaja comparativa de esta concepción amplia radica en su potencial de arti-

culación de las varias dimensiones del sistema social en su conjunto; algo que se desdibuja, si no se pierde, casi inevitablemente, en la mayoría de los estudios habituales sobre las transiciones democráticas o las transiciones a economías de mercado. Radica, también, en su compatibilidad con una concepción más limitada, y corriente, de la sociedad civil entendida como conjunto de asociaciones voluntarias, una parte de cuya actividad está orientada hacia el espacio público.

Izabela Barlińska no sólo proporciona en este libro un sistema de relaciones entre las diversas dimensiones del cambio de la sociedad polaca a lo largo de dos decenios críticos, sino que, además, hace aportaciones singulares al análisis de los cambios en cada uno de los componentes del sistema, la economía y la política, la sociedad y la cultura, y lo hace poniendo de relieve el carácter temporal, dinámico, del proceso en cuestión y las metamorfosis de los actores sociales correspondientes, incluido el propio movimiento de *Solidaridad*. De esta manera, la autora da las claves de los cambios de la situación económica y señala cómo la crisis económica delegitima, gradualmente, el sistema de una economía administrada, y prepara el terreno para las reformas iniciadas por los primeros gobiernos de *Solidaridad* y respetadas en lo fundamental por los gobiernos postcomunistas (para sorpresa de muchos observadores occidentales); explica el forcejeo entre los gobiernos socialistas y *Solidaridad* contra el telón de fondo de una sociedad con motivaciones y expectativas complejas (más de lo que han supuesto muchos estudiosos), cuyo proceso de formación cívica llevará su tiempo y se prolongará todavía hasta hoy; y describe con cuidado las transformaciones internas de la propia *Solidaridad* conforme avanza a lo largo de las diversas fases del proceso histórico, y cómo el híbrido societario inicial (el movimiento social) se va transformando en partido político o matriz de varios partidos, en sindicato junto con otros sindicatos, en tierra nutricia de varias asociaciones voluntarias a caballo entre la esfera pública y la privada, en fuente de varias influencias culturales e incluso en grupo de comunicación.

El interés del libro se manifiesta en el estímulo que proporciona para, más allá del análisis del periodo histórico de que trata, de mediados de los setenta a mediados de los noventa, dejar trazada una trayectoria que anticipa los años siguientes. El juego de la vida política polaca, a veces desconcertante, de, por un lado, un consenso político en lo fundamental de la política tanto exterior como interior de los partidos que se alternan en el poder, y, por otro, la inestabilidad política partidista e incluso la aspereza del debate político en momentos críticos;

los avatares de una economía con ciclos marcados de dificultad y de expansión; las turbulencias de un mundo asociativo que arranca con impulso para irse diversificando más tarde, todavía sin acabar de madurar; las vacilaciones del público a la hora de interiorizar las reglas de juego de una sociedad abierta: todos estos son problemas que se han ido poniendo de manifiesto en los últimos años y sobre los que el libro ofrece ya, anticipadamente, claves de interpretación.

El enfoque de la autora en este estudio del caso polaco muestra la pertinencia de investigar los procesos de emergencia de la democracia liberal, ligados intrínsecamente a determinados contenidos de políticas públicas favorables al establecimiento o la consolidación de una economía de mercado (como ocurrió en España, en su momento), de un modo que asigne su lugar propio a la agencia humana, sin caer en la tendencia general a privilegiar tanto las negociaciones de las elites como los movimientos sociales desde abajo. Ésta es una tendencia que el análisis contextual e institucional de Izabela Barlińska, con su énfasis en tradiciones, reglas y procesos socioculturales evita con éxito. Pensando, finalmente, en la importancia decisiva de países como Polonia, y el conjunto de los países de la ampliación, en el curso histórico futuro de Europa, y en la alteración cada vez mayor del campo de fuerzas de esta región entre su centro y su periferia, a favor de esta última, la necesidad de entender esta experiencia polaca se impone como un requisito ineludible para responder a los retos pendientes de la definición de la identidad y las fronteras de Europa y de su ubicación en un mundo de interdependencias globales. Este libro hace una contribución importante, y muy oportuna en el tiempo, para cubrir esta necesidad.

VÍCTOR PÉREZ-DÍAZ

Madrid, 5 de julio de 2005

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer al Instituto Universitario Ortega y Gasset y a los profesores de su Programa de Estudios Europeos el haberme dado el estímulo y la oportunidad de desarrollar la tesis doctoral de la que surge este libro. Especialmente deseo expresar mi gratitud al Profesor Víctor Pérez-Díaz por el gran esfuerzo, la mucha paciencia y el valioso tiempo que ha dedicado a la dirección de mi tesis, y sin cuyos sabios consejos, muchas directrices y no pocas palabras de aliento, difícilmente me habría atrevido a redactar estas páginas.

Este libro también se beneficia de las valiosas críticas y sugerencias de los miembros del Tribunal que juzgó la tesis, Berta Álvarez-Miranda Navarro, Juan Pablo Fusi Aizpurua, Carmen González Enríquez, Ricardo Martín de la Guardia y Charles Powell.

Mi lista de agradecimientos se extiende también a los muchos amigos y compañeros de algunas de las experiencias que son objeto de análisis en este libro, con las que en cierto modo evoco el recuerdo de aquellos años de transición a la democracia en Polonia y rindo un tributo a quienes participaron en aquella transformación histórica. No quiero dejar de mencionar a quienes me han ayudado con paciencia en las tareas finales de poner a punto, en todos sus detalles, el material de este libro. A todos ellos les reitero aquí mi más profundo reconocimiento.

1. INTRODUCCIÓN

En el último cuarto del siglo XX, Polonia se ha convertido en una sociedad abierta, o civil, a través de un proceso dramático, en el cual una parte de su tejido social, el movimiento social *Solidarność*, o *Solidaridad*, representó un papel complejo y crucial. Esta gran transformación de Polonia, y, en segundo lugar, y como parte de la misma, el papel particular de este movimiento, son los objetos de este libro. Aunque incluya referencias más amplias en el espacio y en el tiempo, mi interés se circunscribe, en lo fundamental, a la Polonia de las décadas que van entre los años setenta y mediados de los años noventa, pero creo que la problemática que analizo y el enfoque que uso son susceptibles de ser ampliados y aplicados, con las cautelas y adaptaciones precisas, a otros periodos y otros países en situaciones análogas.

La expresión "sociedad civil" puede entenderse en un sentido amplio o restringido. El tipo de sociedad caracterizado por un gobierno limitado, representativo y sometido al imperio de la ley (el antecedente inmediato de una democracia liberal), una economía de mercado, un espacio público y un tejido social plural fue denominado por los ilustrados escoceses, en el arranque de la tradición de las ciencias sociales contemporáneas, como "sociedad civil" (en sentido amplio). Por otra parte, con el tiempo ha habido un deslizamiento semántico en buena parte de la literatura y en el lenguaje coloquial para utilizar la expresión "sociedad civil" en un sentido restringido, como el referente del tejido social (es decir, de una parte de la sociedad civil entendida en sentido amplio). Las preguntas a las que trato de responder en este libro se refieren a las condiciones y los mecanismos de la emergencia y el desarrollo de Polonia como una sociedad civil en sentido amplio, y al papel que en ello desempeñó el tejido asociativo, y en particular *Solidaridad*.

EL ENFOQUE TEÓRICO

Han aparecido muchos estudios valiosos sobre la historia de *Solidaridad* y sobre los consiguientes cambios políticos y económicos que tuvieron lugar en Polonia. En su mayoría, se centran en la transición política y económica, y están enfocados hacia el estudio de la formación del sistema de partidos, las elecciones, el diseño constitucional, los programas de ajustes macroeconómicos, y las estrategias de privatización y de creación del mercado. En la literatura existente, escrita tanto por especialistas polacos como internacionales, encontramos análisis minuciosos de las elites políticas, de los programas de los partidos, del parlamento y del gobierno, así como de las políticas públicas, en particular las de carácter económico.

En este libro, trato de analizar el conjunto de este proceso de cambio teniendo en cuenta todos los aspectos, tanto los políticos y económicos como los sociales y culturales. El periodo bajo consideración va de la génesis (los años setenta) y el nacimiento (1980) de *Solidaridad* hasta mediados de la década de los noventa, cuando, tras haber tenido lugar la transición (1989-1995), hay un cambio político y los gobiernos de *Solidaridad* son sustituidos por gobiernos post-comunistas. La fecha de 1995 debe tomarse como una referencia aproximada al momento en el que el marco institucional de la sociedad civil (en sentido amplio, es decir, la democracia liberal, una economía de mercado y una sociedad plural) parece consolidado. En la literatura sobre transición y consolidación democráticas suele señalarse como momento crucial para el término de la transición aquel en el que tiene lugar una alternancia en el poder y las fuerzas protagonistas de la transición son reemplazadas por sus rivales sin que ello ponga en cuestión el marco institucional de la democracia liberal (Pérez-Díaz, 1993; O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986). Con ese criterio, 1995 marcaría el fin de esa transición, puesto que en ese año se conjugan la victoria de los ex comunistas, o post-comunistas, en las elecciones nacionales (en 1993) con la presidencia de Aleksander Kwaśniewski (en 1995), sin que esta alternancia en el poder cuestione la democracia liberal ni la economía de mercado (por el contrario, los post-comunistas mantendrán, en lo fundamental, la política económica de los gobiernos de *Solidaridad*) y sin que ello implique ruptura de la continuidad de una política exterior que ubicará claramente a Polonia en el mundo occidental, buscando su integración en la Unión Europea y en la OTAN.

Presento la transformación post-comunista en Polonia desde un ángulo analítico con cuatro componentes principales. En primer lugar, la formación y el desarrollo de la sociedad civil en sentido amplio en Polonia constituye el tema unificador del libro. Por ello, sus problemas clave se refieren a cómo surgió y cómo se transformó a lo largo del tiempo un tipo de sociedad articulada por las instituciones de la democracia liberal y un estado sometido al imperio de la ley (la política), una economía de mercado (la economía), un tejido social plural y un espacio público de debate (la sociedad y la cultura). La teoría de la sociedad civil en sentido amplio sugiere un grado relativamente alto de coherencia o de encaje entre estas dimensiones, y, en este sentido, este trabajo se inscribe dentro de una tradición de teorización holística de la sociedad civil, que procede en parte de los clásicos del siglo XVII y XVIII y, más cerca de nosotros, de los trabajos de Ernst Gellner, Víctor Pérez-Díaz y Michele Salvati (Gellner, 1983; Pérez-Díaz, 1993, 1997; Salvati, 2003).

El segundo componente es el foco especial en el tejido asociativo ("sociedad civil en sentido restringido", sociedad civil a secas, o "tercer sector"), y, dentro de él, a una asociación (o lo que algunos consideran el movimiento social): *Solidaridad*. Desde este punto de vista, las preguntas claves se refieren al papel que jugó *Solidaridad* en la formación de la sociedad civil en su sentido amplio, es decir, en la transición a la democracia, la creación de una economía de mercado y la formación de un espacio público; y cómo se transformó la propia *Solidaridad* a lo largo de ese proceso. Ahora bien, el tejido social de las organizaciones se construye contra el telón de fondo de una estructura social, formada por clases, estratos y grupos sociales. El tejido social del que forma parte *Solidaridad* (y que no se reduce, por tanto, a ella) está compuesto de grupos sociales muy diversos, clases sociales como los obreros, los campesinos, los empresarios o la *intelligentsia*, y categorías sociales algunas de las cuales pueden subsumirse bajo la rúbrica de una clase política, y otras incluyen a educadores o clérigos, por ejemplo. El campo de las relaciones sociales entre todos estos grupos, o las interacciones de ese tejido social, están ancladas en un marco institucional y ligadas a una variedad de discursos y formas culturales. En este libro me propongo analizar las estrategias de varios de estos grupos, sus percepciones de la situación, las modificaciones en su interacción y los cambios de las reglas de juego entre ellos.

En el análisis de estas organizaciones, y estos grupos, y éste es el tercer componente de mi enfoque, concentro mi atención en la rela-

ción entre tres elementos: la agencia, las instituciones y la cultura. Los grupos en cuestión son entendidos como agentes capaces tanto de planteamientos estratégicos como de conductas tradicionales, pero, en ambos casos, disponen de un margen de autodeterminación, aunque operen dentro de un marco de instituciones (de todo tipo, económicas, políticas o sociales), que regulan e incentivan o desincentivan sus comportamientos. Creo que sólo cabe entender tanto esos agentes como el marco institucional si se atiende a las orientaciones culturales que sirven de referencia de sentido a su actuación, y forman parte de sus modos de percibir la situación en la que se encuentran y de definir sus objetivos, y de sus valores.

El cuarto componente de mi enfoque consiste en la adopción de un esquema que (siguiendo una fórmula tradicional en la literatura sociológica) distingue cuatro campos de relaciones sociales, instituciones y problemas, la política, la economía, la sociedad y la cultura, como una forma de ordenar la evidencia empírica y de facilitar el análisis del conjunto y el de las relaciones entre sus partes.

METODOLOGÍA, FUENTES Y LITERATURA DE REFERENCIA

Las fuentes principales de información para el acopio de datos y opiniones, y para establecer el estado de la cuestión, tanto en círculos académicos (en Polonia y en la academia internacional) y políticos como al nivel de la vida cotidiana (en la propia Polonia) son muy variadas. Hago un amplio análisis secundario de información disponible en la literatura académica, informes estadísticos y publicaciones en la prensa, con el trasfondo de una larga e intensa familiaridad con la sociedad en cuestión. También he hecho uso de encuestas de la opinión pública y estudios sociológicos, realizado varias entrevistas a políticos e intelectuales de la Polonia actual, y utilizado mi propia experiencia personal, dado que fui "observadora participante" de los primeros años de *Solidaridad* en 1980 y 1981, habiendo estado implicada personalmente en diversas tareas de organización y comunicación dentro de las redes de funcionamiento y apoyo de ese movimiento social, y dado que, desde entonces, buena parte de mi horizonte profesional y personal me ha vinculado y me vincula a los avatares de la Polonia contemporánea.

He tenido muy en cuenta la literatura académica reciente sobre los procesos de transición. Al interpretar las actitudes de los polacos en el pasado y en la nueva realidad post-comunista, me baso en encuestas de la opinión pública llevadas a cabo por autores polacos, que trabajan dentro de una tradición de sociología cuantitativa y de estudios empíricos bien establecida en Polonia a lo largo de muchos años (y de los que fueron testimonio, en su momento, los estudios sobre estratificación social de Stanisław Ossowski, bien conocidos en España); también me han sido de gran apoyo estudios sociológicos cualitativos de los estilos de vida, de la vida privada y la participación en la vida pública de la sociedad polaca, así como estudios enmarcados en otras disciplinas (ciencia política, psicología social, antropología política y, ocasionalmente, economía política).

El libro está construido en un diálogo reflexivo tanto con la tradición de los teóricos de la sociedad civil como con una larga serie de estudiosos contemporáneos que pertenecen a la tradición de estudiosos polacos atentos al proceso de cambio en su país, siempre en el marco de la transformación de toda la región. Entre ellos se incluyen, en especial, los estudios de Jadwiga Staniszkis sobre lo que ella ha llamado la "revolución auto-limitada", de Piotr Sztompka sobre la evolución de los sentimientos y las instituciones "de confianza", de Jan Kubik y Grzegorz Ekiert sobre las negociaciones conducentes a la transición democrática y, al tiempo, sobre el carácter conflictivo del movimiento social, así como sobre el papel de los símbolos en aquella transición, de Jerzy Szacki sobre la relativa debilidad de la tradición liberal previa, de Mirosława Marody sobre la evolución de las actitudes de la población, de Aleksander Smolar sobre el contexto de los usos estratégicos del concepto de sociedad civil, y otros muchos. Al análisis de esta literatura en ciencias sociales he añadido el seguimiento de la literatura propiamente política, los programas de los partidos y la prensa, teniendo particularmente en cuenta los comentaristas de mayor capacidad de análisis e influencia en el espacio político, en especial (pero no exclusivamente) los pertenecientes al sector de la *intelligentsia* relacionado con empresas culturales tales como el semanario *Polityka*, y los diarios *Gazeta Wyborcza* y *Rzeczpospolita*[1].

---

[1] Existe una bibliografía amplísima sobre la materia a la que se va haciendo referencia a lo largo de la tesis. Hay asimismo, en particular, una bibliografía española, en la que destacan las obras de Carmen González Enríquez (1992, 1993, 1996, 1997, 1998), Ricardo Martín de la Guardia (1995, 1999), Guillermo Pérez Sánchez (1995,

La literatura anterior sobre el régimen comunista y la transición

En el trasfondo de la discusión de estos autores contemporáneos hay una amplísima literatura sobre el régimen comunista y la transición del comunismo a la democracia, con la que puede enlazar fácilmente el enfoque conceptual, basado en la interrelación entre los elementos de agencia, instituciones y cultura, que he mencionado antes, así como la corriente, similar, del institucionalismo histórico (Thelen y Steinmo 1992).

Si hacemos uso de la sistematización propuesta por Almond y Roselle (1993), cabría decir que los estudios sobre el sistema comunista, previo a la transición, se han ido sirviendo de una serie de teorías o modelos, a veces combinándolos entre sí. En primer lugar, están los relacionados con la teoría del totalitarismo (Arendt, 1966; Friedrich y Brzeziński, 1956), modelo muy utilizado en la década de 1950 y que se ha solido aplicar más a la Polonia de 1945 a 1956 que a la de la época posterior, pero sobre el que se ha vuelto más tarde, sobre todo a partir de los testimonios de los disidentes soviéticos de los años setenta y ochenta. En segundo lugar, los estudios basados en las teorías sobre la burocracia, que se han aplicado, en especial, para entender las organizaciones oficiales y los partidos comunistas (Hirszowicz, 1986), y que fueron muy utilizados por la disidencia interna en Polonia del régimen comunista, en especial por los llamados "revisionistas" de los años sesenta (que solían contraponer los intereses de la "clase obrera" con los de una "burocracia de estado"). En tercer lugar, están los estudios inspirados por el estructural-funcionalismo (Fainsod, 1963), que, a diferencia del modelo de totalitarismo, hacían hincapié en los procesos de formulación e implementación de las estrategias sociales y políticas, y en el encaje entre las diferentes partes del sistema social. Ligados con los anteriores, han estado, en cuarto lugar, los estudios hechos en el marco de la teoría de la modernización, muy interesados en los efectos de la industrialización y diversificación social sobre

---

1999), Carlos Taibo Arias (1996, 1998), Carlos Flores Juberías (1991, 1992, 1999). Sobre Polonia concretamente cabe mencionar la publicación de Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo Pérez Sánchez (1995), la tesis doctoral de Mercedes Herrero de la Fuente (2000) y otro estudio suyo (2003) al que hago referencia en el capítulo 10; existiendo también aportaciones como la de Eduardo Guerrero Gutiérrez (1998), Rafael Martínez y Gemma Sala (1998, 1999).

la evolución del sistema social, político y cultural (Brzeziński y Huntington, 1965). En quinto lugar, encontramos las teorías pluralistas, interesadas en los "grupos de interés" y surgidas en parte como una derivación del estructural-funcionalismo y en parte como una contrapropuesta al modelo del totalitarismo, para describir las sociedades post-stalinistas (Tarkowski, 1994; Wiatr, 1987; Jasińska y Siemieńska, 1982). A su vez, en conexión con estas últimas, está la teoría centrada en la relación patrón-cliente (Tarkowski, 1981), que se puede entender como una teoría afín a las teorías pluralistas, pero que está más interesada en la aparición de fórmulas de organización a caballo entre el estado y la sociedad y que, en la década de 1970, llegó a gozar de cierta preferencia de los investigadores, porque permitía abarcar aquellos fenómenos que hasta entonces no habían sido atendidos, como la lucha por el poder y por "las influencias", el paternalismo y la corrupción. Finalmente, cabe tomar nota de las teorías de la cultura política (Ryszka, 1987), que incorporaban a los estudios estructurales e institucionales sobre el comunismo, el análisis empírico sistemático de las actitudes de la sociedad.

A las teorías aplicadas a la fase del comunismo, hay que añadir ahora las teorías que se han ido aplicando recientemente para explicar la transición a la democracia, y, más tarde, la transformación post-comunista. Aquí la tendencia ha sido a un cierto eclecticismo, combinando el uso de las anteriores con el de otras aproximaciones teóricas. Han sido frecuentes los estudios centrados en teorías de "los actores individuales", sobre todo las pertenecientes a las elites; como así había ocurrido tradicionalmente en una buena parte de la llamada sovietología occidental en la que, debido a la falta de acceso a una información fiable sobre las instituciones y los sectores de la sociedad, los investigadores concentraban su atención sobre los dirigentes del Partido Comunista y sobre las intrigas y maniobras en los niveles más altos del poder. Aunque desde la caída del sistema comunista, esta clase de teorías está en crisis (Fleron y Hoffman, 1993), sin embargo, existen muchos ejemplos de estudios sobre la transformación post-comunista en los cuales ha sido utilizada, en combinación con otras, por ejemplo, con la teoría institucional (Staniszkis, 1984), procesal (Holzer, 1982), global (Revel, 1993) o estructural (Szelenyi, 1994). En las teorías estructurales, se ha solido atribuir un papel primordial a las estructuras sociales y a su efecto sobre los restantes elementos de la cambiante realidad social, apareciendo este tipo de enfoque con frecuencia en la sociología del cambio social (Adamski, 1993; Domański,

1994; Mokrzycki, 1994; Wesołowski, 1994), por lo general en combinación con otros paradigmas (como, por ejemplo, con la teoría institucional: Rychard, 1993), bien en su variante macroestructural, centrada en las variables de clase social, estrato o categoría socioprofesional, bien en la microestructural, más atenta a las categorías de redes sociales, familias y organizaciones (Rychard, 1993; Wnuk-Lipiński, 1989). Las teorías institucionales han ido encontrando cada vez más aplicación en algunos estudios sociológicos, como los ya mencionados, a veces en combinación con estudios politológicos (Staniszkis, 1989; Ziółkowski, 1993; O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986), pero también en estudios económicos (Balcerowicz, 1994) y jurídicos. Cabe añadir, finalmente, un amplio abanico de teorías diversas, unificadas por su interés en el análisis de los procesos de transformación en sí mismos, por situar estos procesos en un marco de cambios globales (por ejemplo, de las relaciones internacionales con el derrumbe del orden bipolar del mundo: Fukuyama, 1992; Staniszkis, 1994; Wnuk-Lipiński, 1992), o de alcance medio (por su delimitación del objeto de estudio en el espacio y en el tiempo al caso de un país, por ejemplo) pero que toma como referencia el conjunto de todos los cambios institucionales y culturales en cuestión[2].

La teoría de la sociedad civil (como se verá a lo largo del libro) hace uso de algunas de estas proposiciones orientadoras de la tradición clásica, se enlaza con varias de las teorías mencionadas y trata de servir de lugar de encuentro con varias disciplinas dentro de la ciencia social para tratar de proporcionar un marco teórico apropiado a la tarea de explicar el conjunto de los procesos de cambio que son el objeto de este libro.

---

[2] Esto permite a estos autores apoyarse en (y combinar) varios esquemas interpretativos de los fenómenos que componen la complejidad de la vida social en cada etapa de su desarrollo. De esta manera, en la reciente historia de Polonia, algunos autores entienden que cabe distinguir tres periodos distintos, cada uno de los cuales requiere herramientas interpretativas diferentes. Para entender el periodo "heroico-romántico" de los años 1980-1989, parece especialmente apta la aplicación de las teorías del comportamiento colectivo y los movimientos sociales, de la alienación y de la deprivación relativa, las teorías de legitimación y deslegitimación del poder, de equilibrio y desequilibrio de los sistemas, etc. El periodo "eufórico" del año 1989 parece sugerir la aplicabilidad de las teorías de la revolución y de la anomia post-revolucionaria. El tercer periodo, el de la "transformación radical" del sistema después de 1989, requiere una reconsideración de las teorías de la sociedad civil en un sentido restringido y de la consolidación democrática (Sztompka, 1994:17).

PLAN GENERAL DEL LIBRO

Los dos siguientes capítulos definen los objetivos y el instrumental teórico del libro, y esbozan el trasfondo histórico de la Polonia contemporánea. Los cuatro siguientes (la primera parte) presentan por etapas el proceso conducente al cambio de un régimen comunista en una democracia liberal con una economía de mercado en Polonia, y se refieren básicamente a los años ochenta. A su vez, los cuatro ulteriores (la segunda parte) analizan sistemáticamente los cambios en las cuatro grandes esferas de la vida social, la política, la economía, la sociedad y la cultura, durante la primera mitad de los años noventa. Las conclusiones están recogidas en el último capítulo. A continuación, anticipo las líneas generales de mi argumento.

Teoría e historia

El capítulo segundo resume la discusión básica sobre el concepto de la sociedad civil, la historia del concepto, y las relaciones entre ese concepto con otros situados en el mismo campo semántico, tales como los de estado o nación. Asimismo, se analizan los usos del concepto y los significados que adquirió en el curso de las experiencias de los países de la Europa Central y del Este en los últimos veinte o treinta años del siglo pasado. El intento de las sociedades de esos países por adaptarse o por rechazar a los regímenes comunistas que las dominaron durante casi toda la segunda mitad del siglo conllevó una secuencia de interpretaciones específicas del concepto de la sociedad civil, opuesta al Estado e identificada con un sector de la sociedad comprometido en la lucha por derechos humanos, libertades democráticas e incluso una comunidad nacional. Ese capítulo prepara así el terreno para la secuencia de transformaciones en la visión y la experiencia de la sociedad civil en Polonia. El nacimiento del movimiento *Solidaridad*, su organización primero en la legalidad y luego en la clandestinidad, supuso un periodo de espectacular desarrollo de esa sociedad civil (restringida). Más tarde, la caída del sistema comunista fue recibida con euforia, y se habló de "la sociedad civil en el poder". Pronto, con la introducción de los cambios del sistema político y las reformas económicas radicales, desapareció el mito de una sociedad civil activa unificada. La sociedad tuvo que afrontar nuevas desigualdades y los

problemas planteados por las nuevas elites. Los cambios condujeron a la mayoría de la sociedad a sentimientos de resignación y apatía. Por esto, en la década de los noventa, la sociedad civil fue dejando de ser una utopía; y fue vista, cada vez más, como un "tercer sector", compuesto de instituciones y organizaciones cívicas. Esto ha traído consigo que el centro de la atención haya cambiado, y éste ya no sea tanto la sociedad civil en sentido restringido del pasado cuanto *el conjunto* del tipo de sociedad que se ha ido formando, es decir, lo que llamamos la sociedad civil en sentido amplio.

El capítulo tercero señala cómo la historia dejó en Polonia un legado particular, que ayuda a entender el arraigo que tuvo en esa sociedad, en mayor medida que en otras de la Europa del Este, la concepción de la sociedad civil. Durante varios siglos dependió de estados extranjeros, la idea de sociedad civil arraigó en esta tradición y tuvo un fuerte matiz patriótico. Por la misma razón, esta interpretación hizo muy problemática la tarea de conceptualizar la relación entre la sociedad civil y el Estado, percibido como enemigo-opresor. Por eso, en su momento el concepto de la sociedad civil fue un programa de resistencia contra el sistema estatal, en este caso comunista, una forma de aislamiento del Gobierno, sin el cual, y contra el cual, se autoorganizaba la sociedad. Este capítulo arranca con una breve referencia a la Polonia de la *szlachta*, cuando se formaron las tradiciones de la llamada "democracia de la nobleza" polaca, perdidas luego en los dramáticos años de las Particiones (1772-1918) y recuerda cómo el corto periodo de la independencia (1918-1939) terminó con la ocupación nazi y, luego, la soviética al final de la Segunda Guerra Mundial, y la incorporación de Polonia al bloque soviético. Por una parte, esta tradición de dos siglos (con un breve paréntesis de unos veinte años) hizo que la sociedad polaca experimentara con una forma de solidaridad nacional (reforzada por la presencia y la influencia de la Iglesia católica) que la permitió sobrevivir las invasiones y las ocupaciones, y gracias a la cual fue posible, en su momento, la revolución de *Solidaridad*. Sin embargo, por otra parte, ello hizo que la sociedad no desarrollara plenamente su propio tejido social, ni sus competencias cívicas o políticas.

El proceso de cambio de los años setenta y ochenta

La siguiente parte del libro se refiere, sobre todo, a los años ochenta, aunque arranca con un breve recordatorio de las décadas inmediata-

mente previas, y presenta el nacimiento de *Solidaridad* como la culminación de un largo y complejo proceso social iniciado a mediados de los años cincuenta, que sigue a través de los sesenta, y sobre todo se manifiesta en los años setenta con el arranque de un movimiento de huelgas, de robustecimiento de la Iglesia, y de organización de la disidencia. Debido a la situación geopolítica y al control político por parte del Partido Comunista del Estado y de los medios de producción, la lucha en Polonia de la década de los setenta no fue por el poder político sino por el reconocimiento de un espacio para la sociedad; y acabó en una estructura polarizada fuertemente entre "nosotros" (la sociedad, la gente) y "ellos" (las autoridades, los comunistas).

El capítulo cuarto se centra en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Dentro de este último, analizo en particular las protestas sociales que tuvieron lugar bajo el régimen del Partido Comunista polaco liderado por Wadysaw Gomułka (1956-1970) y luego por Edward Gierek (1970-1980). Estas protestas tuvieron dos protagonistas: primero, los intelectuales y revisionistas exigieron al Partido Comunista las libertades básicas (1956, 1968) y más tarde (1970) la clase trabajadora, que vivía en condiciones económicas difíciles, se opuso a la drástica subida de precios, pero siempre con la presencia al fondo de la Iglesia, liderada por el cardenal Wyszyński y, más tarde, por el papa Wojtyła. Las protestas obreras de 1970, sin mucho apoyo en el resto de la sociedad, fueron brutalmente ahogadas por las autoridades, y dejaron a la sociedad, por un momento, abatida y sin esperanzas de que cambiaran las condiciones de vida en el sistema del socialismo real. Sin embargo, cuando en 1976 los obreros volvieron a organizar sus protestas, y fueron de nuevo castigados, los intelectuales formaron un movimiento de oposición en su defensa; de modo que, por primera vez, estas dos clases sociales del sistema comunista, la *intelligentsia* y los obreros, se unieron contra las represalias del Estado, y ello ocurrió al tiempo que tenía lugar un proceso de acercamiento entre la disidencia intelectual y la Iglesia. Cuando en agosto de 1980 las autoridades amenazaron a los trabajadores de los astilleros de Gdańsk por haber convocado huelgas, éstos, liderados por Lech Wałęsa y apoyados por la *intelligentsia* y por la Iglesia, establecieron el sindicato *Solidaridad* y obligaron a las autoridades a negociar su situación. Todo el país pareció sometido a cambios que ocurrían con una velocidad incontrolada.

El capítulo quinto se dedica a analizar ese momento de triunfo de *Solidaridad*, su proceso de negociaciones con el Estado, y su estrategia de ampliación de su influencia en el conjunto de la sociedad. La época

de triunfo de *Solidaridad* no duró mucho (ya que las autoridades reaccionaron con la implantación del estado de sitio en diciembre de 1981), pero lo importante es tener en cuenta que durante ese tiempo, en su actuación *Solidaridad* se percibió a sí misma, y fue percibida por muchos, como representante del conjunto de la sociedad y como portadora de un proyecto social histórico. Incorporaba, aunque fuera confusamente, una idea de cómo debería ser un orden social más libre y más justo, y fiel a la identidad de la patria, o la nación. La decisión de establecer el estado de sitio, tomada por el general Wojciech Jaruzelski, fue controvertida. Para una gran parte de la sociedad, identificada más o menos con *Solidaridad*, significó el comienzo de una "guerra contra la nación". Pero para otra fue una especie de mal menor, ya que pensó que había salvado a Polonia de la probable invasión de las tropas soviéticas, e incluso, para algunos, devolvía el orden a un país sometido a una continua agitación.

En los capítulos sexto y séptimo recapitulo los acontecimientos del periodo del estado de sitio, la reacción de la sociedad y, finalmente, el fracaso de los intentos del Gobierno de reformas económicas y de algunos cambios políticos en el régimen sin abandono de su carácter autoritario. Distingo dos fases, una hasta en torno a 1985, y otra que arranca aproximadamente de esa fecha, coincide con el comienzo de las reformas de Mijaíl Gorbachov en la antigua URSS, y abre el camino hacia la crisis final del sistema. En el capítulo sexto, observo cómo, después de la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981, centenares de miles de polacos participaron en protestas y huelgas masivas y desarrollaron una red clandestina de actividades en oposición a las autoridades del Estado. Este movimiento social tuvo su momento de auge, pero también, más tarde, de cansancio y de crisis. Dentro de la sociedad hubo división de opiniones y sentimientos ambivalentes, ligados a una conducta mezclada de oposición y de acomodación a las circunstancias. El Gobierno fue pasando de una actitud más represiva a otra menos represiva, tratando al tiempo de mejorar la situación económica y sin conseguirlo.

A la postre, como explico en el capítulo séptimo, la combinación del cambio en el contexto geopolítico y del deterioro catastrófico de la situación socioeconómica en la segunda mitad de los años ochenta forzó a las autoridades a buscar soluciones en la cooperación con los representantes de *Solidaridad*, y así empezaron las negociaciones de la Mesa Redonda entre el Partido y Gobierno comunistas y el sindicato libre. Como resultado de las negociaciones, Polonia se convirtió en el

primer país del bloque soviético que inició una transferencia pacífica del poder político desde el sistema comunista hacia el sistema democrático, en la que la propia *Solidaridad* hubo de jugar un papel central.

No hay acuerdo entre los investigadores sobre la naturaleza, organización, estrategia, liderazgo y filosofía general de *Solidaridad* y sus cambios durante las diferentes fases de este periodo (analizado en esta parte del libro). Empezó como un movimiento social de ambiciones limitadas, que fueron haciéndose más ambiciosas, para luego restringirse en aras de sobrevivir en condiciones adversas y abocaron, después, a un papel de protagonismo político de primer orden. En su programa inicial tenía una idea de la acción social como antipolítica, sin embargo terminó construyendo un Estado y un sistema de partidos, y acabó siendo ella misma casi un partido. La realidad obligó a *Solidaridad* a cambiar; pero la realidad también cambió las actitudes de sus miembros. Porque, aunque *Solidaridad* antes del estado de sitio, llegó a tener diez millones miembros y el apoyo moral de una gran parte del país, sin embargo, según las encuestas de la opinión pública en los años ochenta, tuvo un apoyo de sólo un 25 por ciento de la población, mientras que el Estado contó con el de otro 20-25 por ciento (Holzer y Leski, 1990). El resto de la sociedad, la llamada "mayoría silenciosa", no se identificó explícitamente con ningún lado y adoptó la actitud de estar a la expectativa, de *wait-and-see*. Lo que esto sugiere es que hubo, en efecto, como "tres Polonias": la de los militantes de *Solidaridad* y de la oposición al régimen, la de los partidarios del *statu quo*, afines, simpatizantes o resignados al protagonismo del Partido Comunista y al *ancien régime*, y una "tercera Polonia" de una buena parte de los ciudadanos de a pie que podían simpatizar con *Solidaridad* pero sobre todo intentaban sobrevivir, en la medida de lo posible, adaptándose a las circunstancias. Es probable que una buena parte de la sociedad polaca de este periodo se situó a medio camino entre la rebelión y la adaptación, acercándose más a un extremo o a otro en función de las condiciones y las expectativas del momento. Aunque mucha gente estuvo vinculada con la lucha clandestina de la oposición, más tarde la mayoría se refugió en la vida privada a la espera de que pasara la crisis; pero cuando la situación cambió, a partir de mediados y finales de los años ochenta y tuvieron lugar las negociaciones de la Mesa Redonda, *Solidaridad* volvió a contar con el apoyo manifiesto o tácito de una gran parte de la población.

La conclusión de este proceso fue que, para ese momento de finales de los años ochenta, estaba relativamente claro que la Unión Sovié-

tica carecía de la voluntad y la capacidad de una invasión de Polonia, que el régimen comunista, nunca legítimo del todo a los ojos de los polacos por su vicio de origen de haber sido impuesto mediante una invasión y una ocupación, era incapaz de resolver los problemas económicos, que el sistema comunista era ineficaz y había fracasado después de cuarenta años de experimentos, y que la sociedad era capaz de organizarse, movilizarse y quería tener voz en un espacio público plural, una voz respaldada por un liderazgo sindical, una *intelligentsia* y la Iglesia, y por una red de asociaciones diversas.

La nueva Polonia de los años noventa

Con la caída del sistema comunista y el nacimiento de la III República de Polonia en 1989 dieron comienzo las grandes transformaciones que, en el breve espacio de tiempo de unos pocos años, modificaron sustancialmente la política, la economía, la sociedad y la cultura del país, a cuyo análisis se dedican los cuatro capítulos de la última parte del libro.

En el capítulo octavo nos adentramos en el terreno de la vida política y seguimos los pasos de la reconstrucción del sistema de democracia parlamentaria, la aprobación de la nueva Constitución, la evolución del sistema electoral, las primeras elecciones democráticas y la formación del sistema pluripartidista. Todos estos fueron unos procesos largos y complejos. En el periodo 1989-1995, Polonia experimentó una evolución política turbulenta. Hubo tres elecciones parlamentarias, dos locales, y dos presidenciales y, además, seis gobiernos y ocho primeros ministros. El bloque político de post-*Solidaridad*, unido para las elecciones en 1989, fue incapaz de establecer una estrategia común o convergente con *Solidaridad* como sindicato, ni de conseguir un liderazgo estable, se dividió en varios partidos y corrientes e, irónicamente, el bloque de los partidos post-comunistas recuperó el poder como resultado de las elecciones parlamentarias de 1993, y las presidenciales de 1995. Pero, curiosamente, la fragmentación de la clase política y la alternancia entre el bloque de *Solidaridad* y el del antiguo Partido Comunista, se dio contra el telón de fondo de cierto consenso político, importante, en materias de política institucional, el contenido de la política económica e incluso el de la política exterior. De hecho, se había llegado a un consenso en el país sobre la necesidad de una democracia liberal con su constitución correspondiente, inclu-

so sobre la conveniencia de una constitución presidencialista y sobre la descentralización administrativa del país. Y también a un consenso sobre la necesidad de una economía de mercado, y de una política exterior orientada a reforzar los lazos con Europa, entrando en la Unión Europea y en la OTAN. De este modo, paradójicamente, los partidos post-comunistas llegaron a ser los responsables de consolidar la nueva democracia polaca, de estabilizar la emergente economía del mercado y (más tarde) de reforzar la integración de Polonia en el mundo occidental.

Sigo con el análisis de la transición a la economía de mercado (capítulo noveno), que era la alternativa lógica a un sistema comunista totalmente desprestigiado por sus resultados históricos. La transferencia del poder político a manos de los antiguos dirigentes de *Solidaridad* en 1989 fue seguida por las reformas del sistema económico de Polonia, como se explica en el capítulo noveno. El estado de la economía en Polonia comunista, dominada por la planificación central y la propiedad estatal, era catastrófico e, inmediatamente, Leszek Balcerowicz, Ministro de Finanzas, puso en marcha "la terapia de choque" con el propósito de introducir la economía de mercado. El programa económico polaco se realizó no sin dificultades, sobre todo a partir de la segunda mitad del año 1991, cuando tuvieron lugar importantes cambios políticos debidos a la desintegración del bloque político de post-*Solidaridad*, las frecuentes elecciones y el fraccionamiento del sistema de partidos, todo lo cual creó en Polonia un ambiente político difícil que tuvo efectos negativos sobre la actuación de los actores económicos. Sin embargo, el cambio en el marco institucional de la economía permaneció, y los diferentes gobiernos continuaron, más o menos en lo fundamental, la estrategia económica de Balcerowicz, aunque algunos grupos de presión consiguieron algunas concesiones a su favor, y aunque los cambios contribuyeron, en el corto plazo, a un declive del salario real y a un incremento del desempleo, un aumento de las desigualdades sociales y una sensación de inseguridad. Estos costes del ajuste económico de la transición produjeron descontento en buena parte de la sociedad, y ello se reflejó en pérdida de confianza de la sociedad en la clase política y en el fraccionamiento del paisaje político.

El capítulo décimo está dedicado a los cambios en la estructura social de la sociedad polaca que acompañaron a esta transformación del sistema económico. El régimen comunista había reducido la estructura social tradicional de Polonia a tres clases: obrera, *intelligentsia*

y campesinos. Con ello, se había formado una estructura social comunista en la cual los mecanismos de diferenciación social definidos por la propiedad privada y el mercado libre fueron sustituidos por los mecanismos propios de una economía centralizada y coordinada por el Estado, en la que los niveles de remuneración eran decididos, en último término, por las instancias estatales, lo que supuso unos mecanismos de privilegios para una capa dirigente (burocracia del Estado y del Partido, *nomenclatura*).

La transformación del sistema político y económico de los años noventa confrontó a la sociedad polaca con los mecanismos de competencia típicos del mercado libre que, hasta entonces, habían sido desconocidos para la mayoría de la sociedad, cuyo empleo y salario, aunque insatisfactorios, estuvieron siempre garantizados en el sistema comunista. La sociedad se hizo más compleja y diferenciada. Las grandes clases sociales del pasado se convirtieron en una serie de grupos sociales más específicos (que incluía trabajadores cualificados, profesionales, ocupados en diversos sectores, una nueva clase empresarial). En un primer momento, la sociedad se dividió entre grupos que eran más bien "ganadores" que podían y sabían adaptarse a los cambios y beneficiarse de ellos, y "perdedores" para quienes la transformación llegó o demasiado tarde (los jubilados), o tenían profesiones menos valoradas (campesinos), o trabajaban en los sectores que dependían del presupuesto del Estado (médicos y educadores del sector público, por ejemplo). Los cambios en la estructura social se reflejaron en cambios en las estrategias de los grupos sociales, las familias y los individuos, y en las pautas de las interacciones entre todos ellos. Pero con los cambios desaparecieron los mecanismos y las reglas que operaban en el antiguo régimen comunista, y todavía no se habían establecido las reglas de juego de una sociedad abierta. Esto supuso alguna desorganización de la estructura de la vida social que afectó negativamente tanto a las conductas como a los sentimientos de la población. Entre la población polaca, desorientada y frustrada, aparecieron signos de una anomia que amenazó la solidaridad de la sociedad, que hasta entonces había estado (relativamente) unida contra el enemigo común, "ellos". Por eso, paradójicamente, la sociedad polaca que parecía haberse unificado (al menos en buena parte) bajo las banderas de *Solidaridad* en el pasado contra la represión comunista, que se había sacrificado y arriesgado luchando por sus ideales contra el estado-enemigo, pareció ausente en los procesos de la transformación de los años noventa. La sociedad civil pareció haber perdido sus fuer-

zas. En realidad lo que ocurrió fue que había tenido lugar un cambio en la estructura social, un cambio en las formas de convivencia, y un complejo proceso de adaptación a las nuevas condiciones. En este proceso, hubo asimismo un cambio en las formas organizativas y en la naturaleza de las mismas. En efecto, se asiste a un cambio profundo del paisaje sindical. *Solidaridad* como sindicato tiene que adaptarse a un proceso de privatización de la economía, caída de la afiliación sindical, competencia abierta con sindicatos rivales y muchas formas de negociación colectiva. Al tiempo, surge y se desarrolla un "tercer sector" de asociaciones voluntarias (organizaciones no gubernamentales y no lucrativas) de toda índole, que vienen a ser una nueva manifestación y definición, de aquella sociedad civil.

Para comprender las paradojas de la vida política, las dificultades del ajuste económico y las complejidades de la vida social, conviene entender la naturaleza de la vida cultural polaca del periodo y a varios niveles, que es lo que hago en el capítulo undécimo. Por una parte, es preciso atender al nivel de las orientaciones culturales del conjunto de la población, y ver cómo van encajando con las instituciones de la sociedad abierta, la economía de mercado y la democracia liberal. Todo ello junto con algunas de las tensiones psicosociales que acompañan a esa doble transición y su reflejo en la vida cotidiana, donde se combinan con el legado de las actitudes que son la consecuencia de una experiencia previa de cuarenta años de vida bajo un régimen comunista y en los que hay ecos y residuos de la tradición histórica anterior. A lo largo de todo este libro he insistido, justamente, en el interés de tener en cuenta las actitudes complejas y cambiantes de la sociedad polaca ante los acontecimientos, las estrategias sociales y políticas de los agentes organizados, y los cambios institucionales en curso. Con frecuencia, estas actitudes han puesto de manifiesto un grado de incoherencia o de ambivalencia en la sociedad y, por ello, tales actitudes se han convertido, a veces, en factores de resistencia a los cambios, otras veces, los han distorsionado, y otras, los han apoyado y los han hecho posibles. Para el estudio de tales actitudes he recurrido a una serie de encuestas de opinión dirigidas a muestras representativas del público en general.

Pero por otra parte, también es necesario atender al papel de algunas instituciones y medios sociales de gran influencia cultural, entre los cuales destacan, muy en primer lugar, la Iglesia católica y, en segundo término, la tradición de la disidencia política. Ambas tuvieron una enorme importancia en la génesis de *Solidaridad* y en los años

ochenta, pero también van a ejercer una influencia en los años noventa. En un capítulo anterior (el capítulo tercero) ya había explicado cómo la Iglesia católica participó siempre en la actividad pública de Polonia y fue la guardiana de las tradiciones nacionales polacas en los difíciles tiempos de las Particiones. Para el pueblo polaco, la sensación de su pertenencia a la Iglesia estuvo ligada a su sentimiento de identidad nacional, lo que fue confirmado por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, que fue un periodo de brutal persecución de la Iglesia en Polonia, y por la conflictiva coexistencia con las autoridades comunista, que vino después. Bajo el régimen comunista, el catolicismo polaco vinculó los sentimientos nacionales y religiosos de los fieles con el rechazo de la ideología comunista. La Iglesia, dirigida entonces por el primado Stefan Wyszyński, impulsó el diálogo con la clase culta no creyente y ello constituyó una etapa importante en la formación de la oposición política. El viaje pastoral del Papa polaco, Juan Pablo II, en el año 1979 a una Polonia sumida en una crisis socioeconómica produjo una especie de despertar moral del pueblo, de su autoconfianza y su capacidad de autoorganización, lo que creó las condiciones morales y emocionales inmediatas para que un año más tarde surgiera *Solidaridad*. La Iglesia ocupó una posición central en el primer año de actividades de *Solidaridad* y ganó un enorme prestigio en toda la sociedad por su comportamiento durante el estado de sitio, y en 1989 participó en las negociaciones de la Mesa Redonda en calidad de moderador y de garante de las mismas.

Con la transformación del sistema político, la Iglesia cambió su estrategia e intentó intervenir en la provisión de cargos públicos, exigió garantías legales para salvaguardar los valores cristianos en el sistema de la educación y los medios de comunicación, y emprendió otras iniciativas que una parte de la opinión pública consideró, sin embargo, como intentos de subordinar la vida social a la Iglesia, y que algunos vieron como indicativas de una posible tendencia a la creación de un estado confesional. Creció así la oposición de una parte de la opinión contra la Iglesia y su influencia en la vida pública, y el desconcierto de bastantes polacos, en su gran mayoría católicos, pero que estaban acostumbrados a unas actividades de la Iglesia bajo el régimen comunista que se centraban en la vida privada y social, pero no en la política. Ha habido así unas relaciones complejas y en cierto modo difíciles entre el Estado, la sociedad y la Iglesia durante los primeros años de la transición. Sin embargo, en general, la tendencia ha sido hacia un *modus vivendi* y la influencia general de la Iglesia ha sido favorable a la

implantación tanto de la democracia liberal como la economía de mercado (con las habituales referencias a la doctrina social de la Iglesia), al desarrollo de una sociedad plural y al anclaje de Polonia en Europa. Finalmente, analizo el papel desempeñado en la transición por la disidencia intelectual y política al régimen comunista de los años setenta y ochenta, que había estado íntimamente ligado a *Solidaridad* o había formado parte (con unos rasgos propios) de ella, tomando como referencia una de las iniciativas de mayor éxito social en el mundo de la cultura y la comunicación de masas como es el periódico *Gazeta Wyborcza*; y muestro que las líneas centrales de su orientación han sido coherentes con la tendencia general a la formación de una sociedad civil en sentido amplio.

2. LA SOCIEDAD CIVIL: CONCEPTO Y CONTEXTO

A finales del siglo pasado, una serie de revoluciones pacíficas sacudieron a Europa Central y del Este en el nombre de "la sociedad civil". Los términos de *obscanske, civic, grazhdanskoe, obywatelski*, que pueden traducirse como "civil" o "cívico", se asociaron al de "sociedad", y juntos adquirieron la categoría de una palabra clave para entender el momento histórico de diferentes naciones de esa parte de Europa, y sirvieron de consigna para movilizarlas con vistas a una transformación profunda de su régimen político, su orden económico y, en general, su sistema social. Así surgieron comités o movimientos "cívicos" y agrupaciones, iniciativas, clubes parlamentarios y partidos "civiles" que fueron decisivos para un giro dramático en la historia contemporánea a escala mundial, y para el colapso del bloque soviético y del llamado "socialismo real".

El concepto de sociedad civil, que llegó a gozar de tanta aceptación en la Europa Central y del Este, tiene una relación compleja con debates filosóficos anteriores y con las reflexiones de pensadores tan distintos como Locke, Ferguson, Smith, Hegel, Tocqueville, Marx o Gramsci. De hecho, apareció en el lenguaje de la oposición política de aquella región como resultado de sus contactos con una tradición compleja de intelectuales occidentales y coincidió con un renacimiento de la idea de sociedad civil en las ciencias sociales. En ellas, el término "sociedad civil" fue utilizado por representantes de orientaciones teóricas muy diferentes, y Krishan Kumar ha podido llegar a señalar que el concepto de sociedad civil ha servido para fines tan distintos que parece imposible atribuirlo a ninguna escuela de pensamiento en particular (Kumar, 1997:295). Además, la idea apareció con creciente frecuencia en publicaciones tanto científicas como de divulgación, y la sociedad civil interesó no sólo a los estudiosos de las ciencias sociales, sino también a los dirigentes sociales y políticos, y el discurso se difundió tanto en los círculos de izquierdas como de derechas. En estas condiciones, conviene utilizar el término en la discusión académica sin hacer una referencia a esta com-

plejidad del campo semántico más amplio en el que se le ha solido emplear.

El movimiento de la oposición democrática en la Europa Central y del Este, en su lucha contra los estados comunistas, hizo mucho hincapié en el tema de la sociedad civil como forma de expresar su objetivo de conseguir una autogestión relativamente "apolítica" de la sociedad, ya que, antes del año 1989, no podía emprender una lucha política que permitiese crear nuevas estructuras del Estado. En este sentido, Timothy Garton Ash ha escrito, con acierto, que «la historia de la Europa Central y del Este de la década pasada se puede escribir en realidad como una historia de la lucha por la sociedad civil» (Ash, 1990:181), y Ernest Gellner ha subrayado que «la aspiración a una sociedad civil surgió a raíz de las condiciones sociales de la Europa del Este y del entorno soviético» (Gellner, 1994:54). Según esto, la Europa del Este fue un lugar particularmente favorable para que allí renaciese el concepto de sociedad civil, porque la dictadura comunista había reproducido el despotismo clásico (o una versión de la tiranía clásica), al cual se opondría la idea de sociedad civil.

Pero por otra parte, conviene recordar que el inicio y el desarrollo del aporte teórico principal a la literatura sobre la sociedad civil provino del Occidente, donde los acontecimientos del Este fueron analizados cuidadosamente, en el marco teórico y la tradición del pensamiento político occidental. El proceso de cambios iniciado por los disidentes europeos del Este fue conceptualizado por estos teóricos occidentales precisamente como un "renacimiento de sociedad civil" (Pełczyński, 1988). Al mismo tiempo, la sociedad civil también apareció en otras regiones del mundo en las que no había habido dictadura comunista, pero que tenían problemas sociopolíticos bastante similares, aunque no idénticos, a los de los países comunistas. Aunque existen diferencias muy importantes entre el totalitarismo comunista y otros regímenes autoritarios, sin embargo, las analogías fueron suficientes como para que los opositores democráticos presentasen la idea de sociedad civil como un contraste con los gobiernos autocráticos en España, Corea del Sur o Argentina, por ejemplo, de un modo semejante a como sucedió en Centroeuropa (O'Donnel y Schmitter, 1986; Pérez-Díaz, 1978, 1987, 1993, 1997).

Se puede afirmar, por tanto, que la idea de sociedad civil surgió al tiempo en muchas partes del mundo. Se trató de una respuesta en cierta medida espontánea ante una situación histórica. Para salir de ella,

los disidentes sólo vieron un camino: debían desarrollar su propia iniciativa, su organización y, sobre todo, debían conseguir una sociedad autoorganizada en la mayor medida posible. La táctica de penetrar las estructuras del Estado y de la autoridad política existentes para cambiarlas radicalmente fue, o pareció, impensable en aquel momento.

LAS TRADICIONES TEÓRICAS: LAS DOS CONCEPCIONES DEL CONCEPTO DE SOCIEDAD CIVIL

En el periodo de transformación de la sociedad polaca, el término "sociedad civil" aparece, con frecuencia, como un lema político relacionado tanto con una determinada tradición intelectual como con la práctica reivindicativa y organizativa de asociaciones que evocan continuamente las palabras "sociedad", "ciudadano" y "sociedad civil" como parte del mismo campo semántico y praxiológico.

La idea de sociedad civil se remonta a los pensadores de la antigüedad clásica. Suelen citarse a este respecto el concepto aristotélico de *koinonia politike* y el de *societas civilis* de Cicerón. El concepto fue utilizado en la Edad Media, dentro de la tradición escolástica. Su pleno desarrollo, sin embargo, corresponde a los tiempos modernos. Destaca en este sentido la obra, ya en el siglo XVII, de John Locke, autor de *Dos tratados sobre el gobierno representativo* y, sobre todo, la obra, un siglo más tarde, de los ilustrados escoceses, en particular la de Adam Ferguson *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*. En una obra que se sitúa a caballo entre finales del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX, Hegel recoge la discusión de los escoceses y la incluye, en parte y con algunas rectificaciones importantes, en su propio pensamiento, formulado, sobre todo, en su *Filosofía del derecho*. A continuación, Karl Marx (sus obras principales se sitúan entre 1843 y 1871) sacó el término fuera del contexto del pensamiento de sus predecesores, y tendió a reducir la sociedad civil a la estructura de clases sociales enfrentadas que acompañaba a una economía de mercado entendida como un modo de producción capitalista fundado en la explotación del trabajo (Pełczyński, 1984:262-278). Por otra parte, poco antes de la obra de Marx, había aparecido la obra de Alexis de Tocqueville, sobre la democracia en los Estados Unidos, en la cual el autor, próximo a la tradición intelectual anglosajona (pero también tributario del pensamiento de Montesquieu), aportó una dimensión en cierto modo sociológica e ins-

titucional a la teoría de la sociedad civil, al señalar cómo funcionaba en aquel país el tejido del asociacionismo voluntario.

Durante esta larga y controvertida historia, de la edad clásica a mediados del siglo XIX, el significado original de sociedad civil sufrió cambios importantes y fue adquiriendo una carga de complejidad pero también de confusión y de ambigüedad. En todo caso, dejó de ser un sinónimo de un tipo de sociedad en general, de una sociedad política o sociedad "con estado", tal como había sido entendida por los clásicos (y tal como estaba reflejada en los términos de *polis* o de *civitas*), y tal como lo había sido por muchos modernos de los siglos XVII y XVIII, por los escoceses, por ejemplo, y fue adquiriendo el significado de una entidad diferenciada del Estado.

Esta evolución semántica ocurrió en el comienzo del siglo XIX y, a raíz de ella, la sociedad civil fue siendo entendida cada vez más en un sentido o con una acepción restringida, y como diferente, y en cierto modo opuesta, al Estado. Uno de los primeros testimonios de esa evolución semántica aparece en la conocida advertencia de Thomas Paine, de que no debe confundirse la sociedad civil con el Gobierno, porque la sociedad es una bendición para la gente mientras que el Gobierno no es más que un mal necesario (Paine, 1941:154). Pero donde el resultado de esta evolución semántica se vio reflejado con mayor complejidad fue en la filosofía política de Hegel. Para este autor la oposición entre la sociedad civil y el Estado fue sólo relativa, ya que estableció una serie de mediaciones institucionales entre una y otra (como, por ejemplo, las corporaciones) tendentes a garantizar la supremacía del Estado sobre la sociedad en última instancia. Marx, por su parte, exageró la contraposición entre Estado y sociedad civil, y entendió a esta última dividida en clases sociales antagónicas, razón por la cual el concepto de sociedad civil tiende a desaparecer en sus escritos maduros. En todo caso, cualquiera que fuera la forma adoptada por esta distinción en la tradición hegeliano-marxista, en ella el concepto de la sociedad civil siempre ha dado por supuesto la existencia del Estado aunque solo fuera para contrastarse con él (Shils, 1994:9).

Por su parte, en la tradición clásica, entendiendo como tal aquella a la que pertenecen los ilustrados escoceses, debe diferenciarse de esta tradición hegeliano-marxista. En aquélla, la denominación de *societas civilis* se refería a un orden sociopolítico muy amplio, caracterizado por un estado de derecho, donde el poder de la autoridad pública era limitado y estaba sometido a *the rule of law*, el imperio de la ley, y

había, por tanto, un aparato judicial independiente, y donde existía un grupo más o menos numeroso de ciudadanos activos y capaces de ejercer su influencia sobre el Gobierno (Pérez-Díaz, 1992:20). Este orden se corresponde con unas formas de vida social cuyas maneras o usos sociales podían caracterizarse como civiles o civilizadas, y con un sistema económico que la época llamó "comercial", y que hoy denominaríamos de "economía de mercado". Estos teóricos (Hume, Smith, Ferguson y otros) usaron por tanto el término de sociedad civil en su acepción más amplia. Para ellos, con ese concepto se referían a una sociedad en la que se daba un progreso material, relacionado con el desarrollo del comercio o del mercado, y con un progreso espiritual, como señala Edmund Burke cuando dice que, dentro de la sociedad civil y a través de ella, el hombre perfecciona su naturaleza gracias a su cultura, al desarrollo de la sociabilidad y, con ella, de una característica que se llama en inglés *civility*, y en francés, *civilité* (Murawski, 1993:99). Por esto, pensadores como Hume, Smith y Ferguson tienden a denominar sociedad civil al conjunto formado por ese tipo de estado, de fuerzas sociales y de economía. De aquí se deduce, para quienes preconizan una ruptura con la tradición hegeliano-marxista y una vuelta a la tradición clásica, la conveniencia de establecer una distinción (como hace Pérez-Díaz, 1993:71) entre la sociedad civil *sensu lato* que se refiere a ese conjunto sociopolítico y económico, y la sociedad civil en un sentido más restringido, que incluye las asociaciones, los movimientos sociales y otras formas de vida social, y utilizar las dos concepciones de sociedad civil aplicándola de modo discriminado según cuál sea el contexto de la discusión, pero sin perder de vista la conexión teórica e histórica que existe entre ambas.

Entre los autores que preconizan el interés del uso del concepto de sociedad civil en sentido amplio podemos encontrar, entre otros, a Ernest Gellner, que le sirve para contrastarla tanto con las sociedades comunistas como con la comunidad islámica, y a Víctor Pérez-Díaz, quien lo ha aplicado *in extenso* en sus estudios sobre España, pero también sobre la formación del espacio público en Europa y en América Latina; en el mismo sentido cabe señalar la aplicación del concepto en su sentido amplio al caso italiano por parte de Michele Salvati [1].

---

[1] Puede verse una discusión sobre el contraste entre los usos amplio y restringido o minimalista del concepto en Alexander, 1991, 1997, 1998; Pérez-Díaz, 1997, 1998 y Salvati, 2003.

Hay que tener en cuenta, de todas formas, la historia compleja de los usos de este concepto en el último siglo y medio. A partir de la mitad del siglo XIX, y durante un siglo el término de sociedad civil dejó de usarse casi por completo (aunque hubo una excepción interesante dentro de la tradición hegeliano-marxista, que es la de Antonio Gramsci), por varias razones, las transformaciones del liberalismo en el siglo XX, los usos del hegelianismo por parte de los regímenes autoritarios, los avatares del marxismo como una ideología totalitaria, y la expansión del término sociológico de 'sociedad', como explicó Alvin Gouldner, quien puso de relieve la importancia de la contribución de Talcott Parsons, y la utilidad de su esquema conceptual del sistema social a los efectos de desarrollar una teoría sociológica de la sociedad civil (Gouldner, 1980:362 y siguientes).

En cambio, en el periodo actual, la idea de sociedad civil ha alcanzado una posición clave en el debate político y el discurso teórico de las ciencias sociales. Pero conviene tener en cuenta que en ese debate público, al menos en muchos países, el renovado interés en la idea de sociedad civil ha tenido su punto de partida en la necesidad de establecer una oposición entre la sociedad y un estado autoritario. Esto ha dado lugar a lo que John Hall llama una «apreciación fundamentalmente negativa de la sociedad civil, como una organización social autónoma de oposición al estado» (Hall, 1995:2). Según ella, todo se reduciría a una contraposición entre «la sociedad y el estado, la nación y el estado, el orden social y el sistema político, *pays réel* y *pays legal ou officiel*, la vida pública y el estado, la vida privada y las autoridades públicas, etc. Se trataba de proteger u organizar la autonomía de la vida social ante un estado totalitario o autoritario» (Cohen y Arato, 1992:31). Este entendimiento negativo de la sociedad civil ha quedado particularmente patente en los países del centro y el este de Europa. En este caso, y también en el caso de otros países europeos meridionales, como España por ejemplo, estas consignas del renacimiento de la sociedad civil incluían una aspiración a retornar a Europa, o a identificarse con los países europeos occidentales liberados de regímenes totalitarios a mediados de los años cuarenta, y organizados en torno a la democracia liberal y la economía de mercado, viendo en ellos la solución de sus problemas, aplicando así el aforismo de Ortega y Gasset referido a España: «España es el problema, Europa la solución»[2].

[2] Citado en Víctor Pérez-Díaz, 1993:15.

SOCIEDAD CIVIL (EN SENTIDO RESTRINGIDO) Y ESTADO, ECONOMÍA Y NACIÓN

La sociedad civil y el Estado

Un tema sumamente complejo es el de la relación recíproca entre la sociedad civil entendida como tejido de asociaciones y el Estado. En ciertas condiciones históricas, los representantes de la sociedad civil pueden convertirse en detractores radicales del Estado, por la razón de que, en la situación en la que se encuentran, no creen poder ejercer influencia alguna sobre el estado autocrático existente, ni conseguir su ayuda para emprender las acciones que consideran indispensables para la sociedad. Pero éste es un caso extremo y transitorio. Lo normal es que se establezcan relaciones complejas pero muy importantes entre uno y otro. Estas relaciones dependen del carácter del estado en cuestión. En cierto modo, «el significado y el alcance que debe tener el término sociedad civil dependen directamente de que, al mismo tiempo, se defina nuevamente y establezca el alcance del término estado» (Bobbio, 1997:63).

Durante el periodo de la oposición democrática al comunismo en la Europa del Este se pudo observar una relación muy problemática entre la sociedad civil y el Estado. Después de los acontecimientos del año 1989, los opositores no sólo debieron entrar en las estructuras del Estado existentes, sino también aprovecharlas como su instrumento principal para construir aquella sociedad civil que habían soñado en los años de su "inocencia apolítica". Es sintomático que las mismas personas que antes propagaron la idea normativa de una sociedad civil, ahora hablaran con creciente frecuencia (por ejemplo, Tadeusz Mazowiecki) de un "estado civil".

Como hemos visto, los clásicos percibían la sociedad civil como un producto de la civilización, lo que incluía la industria y el comercio, pero también las costumbres, los usos y las leyes, y la interacción entre el Estado o la autoridad pública y la ciudadanía. Esto significó que los clásicos atendían a la cuestión de la situación de la sociedad en su relación con el Estado, de un modo que se acerca a la posición de Charles Taylor cuando dice: «La sociedad civil no es tanto la esfera exterior al poder político como la esfera que lo penetra profundamente, lo desgaja y descentraliza» (Taylor, 1990:117).

Si descendemos al terreno de la historia y consideramos cómo funcionan sus instituciones concretas, veremos que éstas siempre están in-

volucradas en alguna medida en las estructuras de Gobierno del país, y, en algunos casos, por ejemplo, el de los partidos políticos, es difícil establecer si estamos ante elementos de la sociedad civil o del sistema político. Cuando la sociedad civil lucha con el Estado, lo que observamos es que trata más bien de limitar su esfera de influencia, y no de eliminar o sustituir al Estado por completo. Conviene recordar que la distinción entre sociedad civil y Estado ha coincidido con un cambio fundamental en el concepto de Estado, que paulatinamente perdía las características de polis, para convertirse cada vez más en lo que actualmente llamamos aparato de estado o sistema político, es decir, en un conjunto de las instituciones que sirven para gobernar un colectivo social que, por su parte, tiene su propia identidad y su propia vida.

El problema de la relación entre la sociedad civil y el Estado depende en gran medida del contexto histórico. Cuanto más se asemeja el estado al tipo ideal de estado totalitario que quiere reducir la autonomía de la sociedad a un mínimo, o suprimirla, tantos más motivos hay para que las reacciones de ésta sean intransigentes, tal y como lo fueron, a veces, en la Europa del Este. En cambio, cuando el Estado asegura a sus ciudadanos considerable grado de libertad y la apoya con garantías institucionales, las reacciones de la sociedad frente al Estado son más complejas y matizadas.

La primera de las dos situaciones se presta a que aquella sociedad pueda ser considerada (a gran escala) como el modelo universal de toda vida colectiva, donde supuestamente se realizaría la utopía social de la negación de un estado basado sobre la violencia. En cambio, la segunda situación se presta a contemplar la sociedad (a una escala microsociológica), como el agregado de millares de iniciativas y acciones de envergadura relativamente pequeña, que el sistema tolera. En el primer caso, el Estado es percibido como un aparato de fuerza y compulsión, mientras que, en el segundo, actúa como agencia de servicios, de la cual ninguna sociedad, por muy autónoma que sea, puede prescindir (Pérez-Díaz, 1992:9).

La sociedad civil y la economía

¿Hasta qué punto la cuestión de la sociedad civil guarda relación con la cuestión de desarrollo del mercado libre y de la propiedad privada? Para muchos estudiosos la sociedad civil pertenece a una categoría de fenómenos diferente a las del Estado y de la economía (por ejemplo,

Jean L. Cohen y Andrew Arato, 1992) y ello ha sido reforzado por la influencia de Gramsci en las versiones contemporáneas de la tradición hegeliano-marxista. De hecho, la idea de sociedad civil en la Europa del Este apareció desconectada de los problemas de la economía política. Si bien se podía considerar más o menos conveniente pasar a la economía de mercado, la sociedad civil fue vista como un fenómeno que en sí mismo tenía muy poco que ver con ella. Esta sociedad civil era una comunidad de relaciones sociales y de valores culturales, no de intereses económicos. La sociedad civil en la Europa del Este era percibida como «una sociedad civil moral de los disidentes, de los demócratas y del clero» (Malia, 1992:71), y no como una sociedad civil occidental, protagonizada por una clase media económicamente fuerte, que luchaba por conquistar mayor flexibilidad para sus intereses económicos y mayor independencia del poder de Estado.

La discusión actual sobre la sociedad civil plantea la cuestión de que si debe incorporarse en ese concepto la cuestión del modelo económico (Gellner, 1997:113), tal y como lo hacía la teoría clásica, o si debe considerarse que este concepto se refiere a una categoría particular de relaciones entre personas, que debe distinguirse claramente de la categoría de las relaciones económicas (Walzer, 1997), siendo posible una posición intermedia, según la cual no se puede contemplar la sociedad civil en sentido amplio sin considerar la economía, pero conviene acotar un espacio diferenciado para las formas de vida asociativa.

La sociedad civil y la nación

La idea de sociedad civil no está intrínsecamente unida a la idea de nación. De hecho, aquélla es mucho más antigua que ésta. Sociedad civil y nación son dos colectivos imaginarios diferentes, que han competido con frecuencia durante los últimos siglos, aunque también han podido converger e incluso fundirse entre sí. En general, la sociedad civil está asociada con aquello que es común a todas las sociedades civilizadas, mientras que la nación se refiere a aquello que constituye el conjunto de rasgos distintivos y únicos de una sociedad particular. A veces las diferencias han sido percibidas como extremas, como en la conocida frase del poeta polaco Cyprian K. Norwid, «No hacemos sociedad ninguna. Somos grandes por la bandera nacional» *(Jesteśmy żadnym społeczeństwem. Jesteśmy wielkim sztandarem narodowym)* (Norwid, 1968:437). El equivalente sociológico de esa visión de una

diferencia extrema ha sido la tesis sobre el "vacío sociológico", que se produjo en Polonia bajo el régimen del socialismo real (Nowak, 1979). Ese vacío consistía en que numerosas personas no sentían ninguna clase de solidaridad aparte de la familiar y la nacional.

Una consciencia nacional muy desarrollada puede estar acompañada de una ausencia de las características de una sociedad civil, como ocurre con las sociedades dominadas por un nacionalismo autoritario y excluyente, o dominadas por un Gobierno extranjero que aplica una política de *divide et impera* y se enfrenta con una sociedad relativamente atomizada que puede tener (o no) el sueño de una recuperación de la independencia nacional. De hecho, en Polonia, una larga tradición, que arranca de las Particiones de finales del siglo XVIII, reforzó la idea de la comunidad nacional como una comunidad orgánica (o natural), restando importancia a las asociaciones y otras organizaciones voluntarias (Kurczewska, Staszyńska y Bojar, 1993:95-96).

La discusión actual en torno a la sociedad civil no puede eludir la problemática de nación, tanto más cuanto que, en numerosas situaciones históricas, la oposición de la sociedad contra el Estado se ha identificado con oposición de la nación contra un estado extranjero, o un Gobierno nacional sometido a un poder extranjero.

La Europa del Este tal vez sea un buen ejemplo de la penetración mutua de aquellas dos ideas, las de sociedad y nación, debido en parte a que la situación histórica fue durante varios siglos de dependencia de estados extranjeros. De hecho, en esa región, la idea de sociedad civil tuvo un fuerte matiz nacionalista y, en ella, cuando una sociedad proclamaba su independencia del poder de Estado, al mismo tiempo manifestaba ser una nación diferente a la de sus opresores. Pero, en términos más generales, conviene recordar que las sociedades civiles modernas se han desarrollado, o se están desarrollando, en el marco de referencia de los estados nacionales o plurinacionales y que, por tanto, los valores de esas sociedades están impregnados por los valores característicos de sus respectivas culturas nacionales.

SOCIEDAD CIVIL (EN SENTIDO AMPLIO) Y AUTONOMÍA MORAL DE LA PERSONA

Otro aspecto relevante en la discusión actual sobre la sociedad civil concierne al papel de la persona individual. Adam Seligman ha señala-

do cómo las teorías clásicas sobre la sociedad civil nacieron de la necesidad de entender las relaciones que se forman entre las personas cuando se las considera como individuos aislados, que no heredan su lugar en la sociedad, sino que lo consiguen después de buscarlo activamente. A juicio de ese autor, las teorías surgen de la búsqueda de rasgos universales y relacionados con el interés público en los elementos particulares (Seligman, 1992:35). Los miembros de la sociedad civil son personas libres que entablan relaciones de interdependencia con otras personas, conforme con sus propias necesidades. Según esta versión, una sociedad civil perfecta sería el resultado de acuerdos voluntarios entre personas individuales, conscientes de sus decisiones. "El ciudadano pluralista" (Walzer, 1997) típico de esa sociedad participaría al mismo tiempo en varios grupos y asociaciones, que no aspirarían a absorber a sus miembros por completo. Sólo tendría sentido hablar de sociedad civil cuando la participación tuviera ese carácter pluralista.

Asimismo se discute si la sociedad civil es una categoría política y/o sociológica exenta de consideraciones morales, o si, por el contrario, tiene una relevancia moral, en el sentido que da Durkheim a esta expresión, es decir, ligada al tema de la cohesión social o la solidaridad. En realidad, el origen individualista antes señalado de la sociedad civil no excluye que se le pueda atribuir este carácter. Tal vez el mejor ejemplo de ello lo vemos en la Europa del Este, donde los opositores demócratas pusieron mucho hincapié en la autonomía y los derechos del individuo, destacando, al mismo tiempo, que la meta de una lucha por la sociedad civil requería intensificar las relaciones entre las personas precisamente para contrarrestar la tendencia hacia una sociedad atomizada del socialismo real. De este modo, la reacción contra la tiranía política sería, al mismo tiempo, la mejor respuesta a la anomia social.

Adam Michnik escribió que el Gobierno comunista «sabía una cosa, sabía romper la solidaridad social» (Michnik, 1984:27). Tal y como observó Ernest Gellner, «lo irónico del socialismo real era que, al someter la jerarquía de la producción, de la política y de la ideología comunista al monopolio ideocrático de sus asociaciones, con la ayuda de una administración y unos medios de comunicación modernos, en realidad, en lugar de crear a un hombre moderno, consiguió lo más próximo a una sociedad tan atomizada como jamás había existido» (Gellner, 1994:134). La dictadura trajo una atomización social que, a su vez, favorecía la perpetuación de la dictadura. En esas condiciones,

se explica perfectamente que la utopía de la buena sociedad conllevase la visión de un sistema de relaciones entre las personas que no sólo garantizaba las libertades individuales, sino que también abría perspectivas para desarrollar vínculos auténticos entre las personas. Este modelo ético de sociedad civil (Seligman, 1992:202-203) gozó de gran aceptación en la Europa del Este, en donde se hizo hincapié en los valores compartidos por los miembros de esta sociedad en contraste con los valores que intentaba imponer el Estado. El renacimiento de la idea de sociedad civil en Europa del Este estuvo íntimamente relacionado con la consciencia de su dimensión moral y de "la autoridad de la moral" (Arato, 1991:1).

En términos más generales, Edwards Shils ha podido decir que «para que pueda existir la sociedad civil, es condición indispensable que sus miembros vayan tomando consciencia de su pertenencia al conjunto de esa sociedad» (Shils, 1994:13). Este concepto de comunidad tiene la particularidad de que no intenta eliminar de la vida social las aspiraciones personales y los conflictos que surgen a raíz de ellas. Por el contrario, asume que éstos son permanentes y no se pueden erradicar, por lo cual «la sociedad civil es (...) un complicado equilibrio entre consenso y conflicto, e implica una evaluación de hasta qué punto es posible conciliar grandes diferencias con el mínimo de consenso necesario para una convivencia estable» (Hall, 1995:5).

CUATRO USOS ESTRATÉGICOS DEL CONCEPTO DE SOCIEDAD CIVIL EN EUROPA CENTRAL Y DEL ESTE

El concepto de sociedad civil fue utilizado por los círculos opositores de la Europa Central y del Este para formular su discurso contra el Estado y el Partido Comunista. Expresó su rechazo a éstos y permitió una nítida diferenciación entre el bando de "nosotros" y "ellos". El concepto fue compatible con una reivindicación de los derechos humanos que sirvió para defender una esfera de autonomía para la sociedad frente al Estado, para exigir la igualdad elemental básica de todos los ciudadanos frente a la estructura jerárquica de la nomenclatura y la clase política comunistas, para concienciar a los habitantes de aquella parte de Europa de que estaban privados de esos derechos, y para poner así en evidencia la falta de legitimidad del régimen político.

Al centrar la reflexión en torno al concepto de sociedad civil, la oposición ofreció un diagnóstico de la situación de esa región de Europa, según el cual el motivo central del conflicto político no era el de las diferencias entre las naciones, ni las luchas de clases, ni las cuestiones raciales, sino el contraste entre unas sociedades con crecientes aspiraciones cívicas y democráticas y el sistema represivo del poder comunista y de los grupos sociales que gozaban de privilegios dentro de él. Un factor adicional, sin embargo, de la favorable acogida del concepto de sociedad civil en la Europa Central y del Este fue el surgimiento de un nuevo concepto de nación. Se trataba de un concepto político de nación como comunidad de todos los ciudadanos que viven en un país, en lugar de un concepto étnico o primordial de nación, basada en vínculos de sangre, tradición, cultura y religión.

Los círculos de la oposición de los países de Europa Central y del Este habían analizado los motivos del fracaso de los intentos previos de derrocar o reformar el sistema comunista. Dirigentes como Václav Havel, Jacek Kuroń, Adam Michnik o János Kis, promovieron la reflexión sobre la sociedad civil en esa región y la elaboración de estrategias para reconstruir una vida pública independiente. Las intervenciones militares de 1956 en Hungría y de 1968 en Checoslovaquia habían demostrado que, mientras continuase la dominación soviética, no se conseguiría ninguna transformación radical mediante una revolución social desde abajo, ni por iniciativa de algún dirigente comunista reformador desde arriba. Todos compartían la opinión de que cualquier conflicto frontal con los intereses del imperio soviético estaba condenado al fracaso. Por eso, a partir de 1956, los movimientos de reforma interna, la naciente oposición al régimen y, hasta cierto punto, los gobiernos occidentales intentaron liberalizar y democratizar a los países y presionar sobre el conjunto del bloque soviético, buscando modos de introducir elementos de economía de mercado y de liberalización y democratización, con resultados desiguales.

Aleksander Smolar ha mostrado cómo es posible entender la articulación de cuatro estrategias distintas a este respecto, que se sucedieron a lo largo de varias décadas, y en las que el concepto de sociedad civil ha jugado un papel (Smolar, 1999:387-388).

La *primera estrategia* dio *prioridad a la reforma política*, y se manifestó en ciertas reformas del sistema político tendentes a una moderada democratización del partido y las instituciones del Estado. Pareció basada en una interpretación humanista del pensamiento socialista (sobre todo del joven Marx, de Gramsci y de Rosa Luxemburgo). Esta

estrategia partió del supuesto de que la política, que ocupaba aparentemente el papel central en el sistema comunista, admitía la posibilidad de cambios en el sistema. A esta estrategia correspondieron las olas sucesivas de revisionismo dentro de los distintos partidos comunistas, algunas de carácter cosmético y otras de intención más profunda, pero todas de efectos secundarios.

Más tarde, en la década de 1960 y parte de la de 1970, predominó una *segunda estrategia* de *prioridad de las reformas económicas*, basada en la convicción de que los cambios más fáciles de implantar eran los económicos. En vista de la creciente crisis económica, del interés de los gobiernos en demostrar su eficacia en este terreno y de la posibilidad de despolitizar las reformas económicas, parecía que esos cambios podrían convenir a todos. Se esperaba que una economía comunista "abierta al mercado" introduciría cambios sociales sustanciales y, en consecuencia, cambios políticos. Esta estrategia tendió a fundirse con una estrategia de alcance y dimensión internacionales.

En efecto, durante la relativa distensión política de la década de 1970, se urdieron planes para afectar la evolución de la URSS y de los países de la Europa Central y del Este, integrándolos al sistema político y económico internacional. Se puede decir que esta *tercera estrategia* daba *prioridad a la presión a favor de los derechos humanos y a la intensificación de las relaciones con las sociedades del bloque occidental*. En ese sentido, las decisiones de la Conferencia de Helsinki adquirieron gran importancia, porque el 'tercer paquete' de los acuerdos de Helsinki permitía a la comunidad internacional injerirse en los asuntos internos de cualquier país para salvaguardar los derechos humanos. El Gobierno soviético suscribió ese acuerdo porque deseaba fijar definitivamente las fronteras de los territorios conquistados durante la Segunda Guerra Mundial y perpetuar la división de Europa en dos bloques. La naciente oposición democrática aprovechó ese acuerdo como una herramienta en su lucha. Tal vez aún mayor impacto tuvo la política de grandes préstamos, transferencia de tecnología y estrechamiento de los vínculos económicos con los países de Europa Central y del Este. Se supuso que el creciente afán de consumo en esa parte de Europa así como su dependencia cada vez mayor de los países de Occidente facilitarían su paulatina evolución hacia los modelos occidentales. De hecho, esa apertura al exterior y el creciente endeudamiento de las economías comunistas dejó en evidencia la ineficacia de ese sistema y contribuyó a precipitar su descomposición.

Esas tres estrategias afectaron de forma moderada la expansión de la esfera de libertades en los países de la región. Además crearon las condiciones para que pudiera surgir una *cuarta estrategia* consistente en dar *prioridad a la movilización de la sociedad en el espacio público*, centrada en la llamada "apuesta por la sociedad civil": por la movilización de ciertos segmentos de la sociedad formando un movimiento social interclasista, con una movilización de cierto tipo (que combinaba resistencia y negociación con un esfuerzo de autoorganización), para conseguir un tipo de sociedad que se acercase en lo posible a los modelos de la sociedad occidental. Tras los fracasos de los intentos de introducir cambios políticos y ante la ineficacia de las reformas, pareció más oportuno optar por un lenguaje directo sobre las cuestiones de los derechos humanos, la moral cívica y la autonomía de la sociedad. Por otra parte, este lenguaje relativamente apolítico o antipolítico de los nuevos grupos de oposición permitía hasta cierto punto evitar una confrontación directa con el estado comunista y suavizar el enfrentamiento, en último término, con la Unión Soviética.

Se puede sintetizar en pocos puntos programáticos los principios que unían a los opositores de la Europa del Este, que se comprometieron a caminar por la senda de esta cuarta estrategia, tal y como han sido expuestos en decenas de libros y cientos de artículos (Pełczyński, 1988:361). Más que puntos pragmáticos precisos, cabe identificar en realidad unas actitudes o posturas básicas, inspiradoras de sus actuaciones concretas.

La postura de *negarse a la mentira*, propuesta con extraordinaria claridad por Alejandro Solzhenitsyn y Václav Havel, aparte de su valor moral, constituía un método para cuestionar la ideología y el lenguaje totalitarios, que servían para imponer a la sociedad definiciones oficiales y engañosas de la realidad. Además, la obediencia a la verdad era un modo de negar el derecho al monopolio axiológico y cognitivo que se arrogaban los estamentos en el poder. La postura de defensa de *la autoorganización* de la sociedad debía servir para contrarrestar la estatalización de los vínculos sociales y para reconstruir la sociedad civil. Cada organización social y cada muestra de solidaridad se consideraban como un valor en sí mismo, así como un medio para romper el caparazón del estado comunista. La postura de exigir *el respeto a la ley* permitía que la constitución y el derecho internacional se convirtieran en una herramienta de lucha que dejaba en evidencia la ilegitimidad del sistema de Gobierno a los ojos de la sociedad.

Este proyecto político aparentemente modesto, de alcance limitado y sólo cultivado en los círculos de la oposición de unos pocos países de la región, pronto adquirió una dimensión ideológica y política más radical. La sociedad civil que se formaba en la Europa Central y del Este era una respuesta no sólo a la crisis de los países comunistas, sino también a los problemas de las sociedades occidentales. Fue percibida como el anuncio de un cambio de civilización que sacaría a las naciones del comunismo, e incluso de las aparentes desviaciones o deformaciones de la democracia liberal tradicional; y ésta fue la interpretación de la sociedad civil que tuvieron Havel, Konrad o Kurón (Havel, 1995; Konrad, 1984; Kuroń, 1984, 1989).

Esas ideas provenían de varias fuentes. Por un lado, de las utopías sociales anarquizantes sostenidas por movimientos sociales conectados con la izquierda tradicional. También, de un clima de opinión de distancia y de rechazo, que se fue extendiendo en la década de 1970 contra la hipertrofia del estado de bienestar y de un estado democrático gobernado por una partitocracia. Todo ello generó en el mundo académico una ola de reflexiones sobre la crisis de la democracia desde posiciones tan diversas como la de Samuel Huntington (1995) y la de Jürgen Habermas (1975, 1992). Pero no hay que olvidar que en los medios de la teología moral y política del catolicismo romano había una tradición paralela sobre el tema de la subsidiariedad del Estado y sobre la sociedad civil, que se plasma recientemente en las Encíclicas *Pacem in terris* de Juan XXIII (1963) y, más tarde, en la propia *Centissimus Annus* de Juan Pablo II (1991) (Colas, 1992:82).

La fórmula centroeuropea de la sociedad civil destacó por su radical oposición al Estado. La sociedad civil fue vista en oposición a un estado comunista que intentaba controlar todas las esferas de la convivencia social. La sociedad civil se oponía a las exigencias totalitarias del Estado y, al mismo tiempo, representaba la vida social que se escapaba del control estatal. La estrategia defensiva de la sociedad civil en la Europa Central y del Este se basaba en la convicción de que la sociedad tenía la capacidad para autoorganizarse, incluso en la situación de monopolio del poder por parte de la oligarquía comunista, a condición de que la sociedad no interfiriera en la esfera de la política y se limitara a la "política no-política".

En el contexto de un discurso sobre la sociedad civil, los conceptos de verdad y mentira, libertad y sumisión, espontaneidad y orden, libre aceptación e imposición, abierto y cerrado, facilitaron el contraste y la división entre los dos mundos de la sociedad y del Estado. Ello

permitió el desarrollo de una identidad colectiva e incentivó a aquellos que aspiraban a introducir cambios a cuestionar la legitimidad de las repúblicas populares y de sus clases dirigentes.

La oposición intentó construir en Europa Central y del Este una sociedad civil mínima, capaz de defenderse contra el estado comunista. La oposición encontró su razón de ser en el sentimiento de una comunidad moral y en la crítica contra un régimen estatal que se percibía como profundamente reñido con los principios elementales de la ética. Esa sociedad civil, basada en una oposición radical contra el estado comunista, que existía al tiempo en estrecha relación con él y, tal vez por eso, junto con él, ha tenido, más tarde, que desmoronarse.

Pero en una primera fase, el desarrollo del sentimiento de solidaridad en la sociedad hizo que, en muchos países centroeuropeos, el abandono del comunismo tuviera lugar en un ambiente festivo. Se creó por un momento una sociedad civil revolucionaria en cierto modo interina. Las personas que habían luchado en solitario, resignadas a sobrevivir aplicando dos esquemas de pensamiento y dos lenguajes, de pronto adquirieron un sentimiento de su dignidad como sujetos unitarios, reconocían públicamente sus sufrimientos y la violencia de la cual habían sido víctimas, y adquirían conciencia de su fuerza y de la comunidad que les rodeaban. Polonia conoció esta sensación de fuerza, de comunidad y de afirmación pública de sí misma con ocasión de la primera visita de Juan Pablo II en 1979, de los acontecimientos de agosto de 1980 y, de forma algo más moderada, en el año 1989. Los otros países de la región, también celebraron sus fiestas, con más o menos júbilo, en el año 1989, o algo más tarde. En ese momento de relativo "éxtasis colectivo" (una expresión a tomar con las reservas que se irán viendo a continuación), esos países parecieron cumplir las condiciones de una "verdadera" sociedad civil según los criterios de Edward Shils, para quien ésta «es una sociedad que se caracteriza por compartir en alto grado una consciencia colectiva en lo cognitivo y en lo normativo» (Shils, 1994:10).

3. EL LEGADO DE LA HISTORIA MODERNA POLACA

SOCIEDAD Y NACIÓN, ESTADO E IGLESIA CATÓLICA

Dentro de las diversas sociedades de la Europa Central y del Este, Polonia ha sido capaz de alumbrar y desarrollar, antes y con más fuerza que las otras, un movimiento de sociedad civil, creando un impulso y un ejemplo para el resto, y poniendo en marcha un proceso que ha sido decisivo para la desaparición de las sociedades totalitarias en toda Europa, y para el descrédito decisivo de ese tipo de sociedad en el mundo. Esto ha sido así, al menos en parte, por razones que tienen que ver con la historia y la trayectoria peculiar de Polonia, que han convertido a ese país en lo que podríamos llamar una tierra propicia para la experiencia de la sociedad civil; y son esa trayectoria y esa historia lo que ahora se trata de examinar a grandes rasgos.

La influencia de los antecedentes históricos y de las configuraciones tempranas de la cultura política nacional sobre el proceso de emergencia de la sociedad civil en Polonia ha sido y es especialmente pronunciada, y ha estado sometida a vaivenes muy dramáticos. En el análisis de la sociedad polaca contemporánea no se puede ignorar una trayectoria que define el carácter específico de las ideas y de las instituciones del país. Cuando tratamos de entender la sociedad civil de hoy, con sus instituciones de democracia liberal, economía de mercado y tejido asociativo, así como cuando analizamos sus perspectivas de futuro, no basta mirar a la fase precedente inmediata, y hay razones para ir más allá de la historia más próxima. Lo cierto es que hay que atender a una historia de varios siglos para comprender la interrelación entre la sociedad polaca, su autoidentificación como una nación, su relación compleja con los aparatos del Estado, y la importancia crucial que en todo ello ha tenido una institución social y religiosa particular, que es la Iglesia católica. Todo ello ha pesado, y pesa, sobre las actitudes de la población actual, sobre su imaginación colectiva, el sentido de su propia identidad y la manera de definir sus retos y sus tareas. Ello constituye el trasfondo del drama y los problemas que iremos analizando a lo largo de este libro.

Para este propósito, me conformaré con hacer un esbozo general, breve y selectivo de este recorrido histórico. Para ello dividiré la historia moderna polaca en dos grandes periodos, cada uno de los cuales es testigo de una alternancia dramática entre un periodo de libertad y otro de servidumbre política. El primero abarca varios siglos y contiene la fase de lo que se ha llamado la "democracia de la *szlachta*", que en cierto modo culmina con la Primera República, y su contrapunto, que es el tiempo de las Particiones, que aboca a la Primera Guerra Mundial. En su análisis me fijaré en algunos grandes rasgos, pero dedicaré alguna atención al papel que jugó la Iglesia católica a lo largo de ese tiempo, en especial en el momento difícil de la Partición, como depositaria de una tradición nacional. El segundo periodo incluye la Segunda República, el tiempo de la ocupación alemana y la invasión soviética, y el régimen comunista, al menos hasta la crisis de los años ochenta, que será estudiada con detalle en la siguiente parte del libro. Aquí sólo intento preparar el terreno para el argumento que desarrollaré a lo largo del libro, de modo que reservo buena parte de la discusión de la etapa comunista para el capítulo siguiente. En todo caso, también con relación a este periodo del siglo XX, vuelvo a introducir el contrapunto del papel jugado por la Iglesia católica como institución de referencia para la sociedad y la nación polaca, en especial durante el tiempo de ocupación y de sumisión al régimen comunista.

La historia contiene continuidades y rupturas, ambas muy pronunciadas. Muy pronto arraiga en Polonia un sentimiento de nación y de patria, aunque se trata de una noción cuyo contenido evoluciona. La nación puede ser entendida inicialmente como una "nación de nobles", que margina el mundo de los campesinos y de buena parte de la población de las ciudades, y como una comunidad política que es al tiempo una comunidad multiétnica, o multinacional; pero con el tiempo, la nación va incluyendo una tras otra todas las clases sociales, y se va definiendo como una comunidad con un núcleo étnico relativamente unitario, en una evolución dramática y muy larga. El estado inicial es, al tiempo, sumamente peculiar en su estructura interna, el soporte de un debate público muy vivaz y capaz de equilibrios complejos, pero también muy vulnerable ante los peligros externos.

A partir de finales del siglo XVIII, esa vulnerabilidad es llevada al límite, el estado polaco desaparece, y la sociedad o la nación polaca se encuentra dividida en tres estados, todos extranjeros, y ello permite el desarrollo de una experiencia de vivir con un estado ajeno y, en buena manera, de confiar a la propia autoorganización de la sociedad el

cumplimiento de tareas educativas, lingüísticas y culturales ligadas al mantenimiento de una identidad colectiva que está claramente amenazada de extinción. En esta situación, que se prolonga un siglo y medio, la Iglesia juega un papel bastante importante, junto con un mundo de pequeña nobleza, clases medias urbanas, profesionales e intelectuales, inquieto y enérgico.

La Segunda República permite el intento de que la sociedad y la nación polaca cuenten con un estado propio, pero el experimento es difícil, por razón de las tensiones internas del país y, sobre todo, por las amenazas externas. De nuevo, como ocurrió en el pasado, Polonia se verá sometida a la invasión alemana y luego a la del ejército soviético y, finalmente, tendrá que resignarse a tener un estado que ha sido impuesto por su vecino oriental, y que opera como un satélite, es decir, uno con una soberanía limitada tanto en su política exterior como en su política interior, respecto al de la Unión Soviética. En otras palabras, el país vuelve a la experiencia de una sociedad que convive con un estado en cierto modo ajeno, y de nuevo es la Iglesia (aunque no sólo ella) una institución clave, tanto moral como institucional u organizativamente, para asegurar la cohesión y la identidad colectiva de la nación polaca durante los años siguientes.

La forja de una personalidad histórica y su peso en la actualidad

El origen de la mentalidad de la sociedad polaca contemporánea y su personalidad como nación polaca se forja a finales del siglo XVIII y en las décadas siguientes, en el tiempo de las tres Particiones, mirando al pasado de una libertad perdida que se desea recuperar. Por esto una de las características de esta sociedad, incluso hoy, es el predominio de las orientaciones ideológicas retrospectivas sobre las orientaciones ideológicas contemporáneas y prospectivas. Desde la época de las Particiones los polacos han legitimado su existencia colectiva refiriéndose, sobre todo, a las variaciones de la tradición nacional, reviviendo las imágenes de los días anteriores a la Partición, especialmente las imágenes de un estado soberano y de las luchas por la independencia del siglo XIX. A la larga, estas imágenes han sido una de las fuerzas dinámicas más importantes del cambio político, económico y social. La memoria colectiva de los días pasados, sea correcta o distorsionada, ha afectado de manera significativa los códigos básicos existentes en la cultura política nacional a través de la reinterpretación ininterrumpida de los hechos históricos.

Sin referirnos a ese periodo previo (de los siglos XVI a XVIII), al tránsito del final del XVIII y el largo siglo XIX de dependencia política, no podemos explicar por qué la sociedad polaca actual hace una distinción tan profunda entre la nación y el Estado, ha desarrollado una tradición de autoorganización social en momentos difíciles, y es tan relevante para ella la presencia de la Iglesia. Debido a que los polacos fueron incorporados a tres diferentes estructuras legales-administrativas y culturales, impuestas por los tres poderes ocupantes, las ideas políticas estuvieron estrechamente relacionadas con diversos enfoques sobre la identidad nacional, y la "cuestión social" fue identificada con la "cuestión nacional". La defensa de la nación, la cultura y la historia nacionales, y la lucha por "el estado para la nación", tuvieron prioridad sobre las reglas y las costumbres democráticas. De hecho, las ideas democráticas se desarrollaron dentro del contexto de la lucha ideológica contra un enemigo exterior: contra estados autocráticos y sus justificaciones ideológicas.

Después de 1989, la conciencia colectiva de los polacos incluye no sólo recuerdos del pasado remoto y los días del socialismo real, sino también contiene restos de las tradiciones políticas y de las costumbres y los hábitos formados en el periodo de 1772 a 1918, así como pautas establecidas en la Polonia independiente entre 1918 y 1939. En particular, el patrimonio histórico-cultural del siglo XIX proporciona las bases principales para el imaginario colectivo de los polacos y para su experimento democrático de hoy, de la misma manera que determinó la actitud de los polacos ante el comunismo soviético. Por esto, en muchos debates políticos en la Polonia actual encontramos no sólo una retórica política romántica, sino también frecuentes referencias a las concepciones decimonónicas sobre la política y la moralidad pública, a los temas de una misión histórica para cumplir, y una apelación al heroísmo colectivo (Kurczewska, 1995:37-41).

La naturaleza particular de las relaciones entre el ciudadano y el Estado polacos ha sobrevivido hasta hoy y tiene muchas manifestaciones. Sus huellas se pueden percibir en los programas de los partidos, que dan prioridad a las categorías de "nación" y de "nación-estado", mientras que hacen menos referencia a las actuaciones institucionales propias del Estado y las de los individuos como tales. Este modo de pensar ha tenido, y aún tiene, consecuencias contradictorias. Por una parte ha conducido, y todavía conduce, hacia una creciente integración política y solidaridad nacional. Por otra parte ha reproducido, y todavía reproduce (como se verá más adelante), una integración y una

solidaridad relativamente poco modernas, voluntarias, racionales y eficientes, porque descuida el papel del individuo y la importancia de los contratos sociales.

LA DEMOCRACIA DE LA *SZLACHTA* Y LA PRIMERA CONSTITUCIÓN EUROPEA

La *szlachta* es el estamento de la nobleza, que, en un sentido amplio, incluía tanto a los terratenientes como a la nobleza media y la pequeña nobleza, lo que en su conjunto podía suponer en torno a una décima parte de la población. Incluía los nobles de una comunidad política muy amplia, que reunía nobles tanto de Polonia como de Lituania, de Ucrania y Bielorrusia. Tenía una participación crucial en la defensa del reino, en la definición de su política, gozaba de privilegios jurisdiccionales y económicos, y elegía al monarca. Su poder económico se basaba en la propiedad de la tierra, y el uso del trabajo de un campesinado en buena medida compuesto de siervos. La *szlachta* fue un fenómeno histórico, por tanto, de extraordinaria importancia, que tuvo dos vertientes, una socioeconómica y otra política. Por un lado, el estamento social de los nobles (o terratenientes feudales) y los caballeros (o hidalgos), consiguió en los siglos XIV-XV unos enormes privilegios sociales y económicos a costa de los campesinos, que quedaron sometidos a la llamada "segunda servidumbre", una situación bastante general en la mitad oriental de Europa, en contraste con lo que ocurrió en la Europa Occidental, en la que los campesinos se habían ido liberando de su servidumbre a lo largo de varios siglos, y en donde esta evolución se acentuó con el tránsito a la edad moderna. Pero por otro lado, la *szlachta* del siglo XVI creó un sistema político denominado "la democracia de la *szlachta*", que gozó de unas "libertades de oro": los derechos a la libre elección del rey, a la constitución del parlamento, al *liberum veto*[1], y a formar confederaciones para defender sus intereses, y las del país, en su caso, tal como los nobles pudieran entenderlos en cada circunstancia.

---

[1] *Liberum veto* (latín) fue el derecho de cada diputado a suspender cualquier ley/decisión del parlamento expresando su protesta con la frase "no estoy de acuerdo". Su origen se remonta en la regla de unanimidad en la toma de decisiones parlamentarias. El abuso de *liberum veto* provocó numerosas situaciones de desorden y caos en el parlamento de la *szlachta*.

La democracia de la *szlachta* defendía su voluntad soberana, percibida y definida como la voluntad soberana de una nación que estaba referida a una construcción política muy compleja: la República formada por Polonia, Lituania (desde la unión de Lublin en 1569) y otras entidades territoriales, y coronada por una monarquía electiva, es decir, elegida por la propia *szlachta* (Tymowski, Kieniewicz y Holzer, 1990:155-176). Desde esta perspectiva, la voluntad colectiva de "la nación" (entendida como un estamento noble ampliado, en la que la *szlachta* definía a la sociedad en su conjunto) debía predominar, y tanto el Estado como los individuos debían estar dispuestos a sacrificar sus vidas y sus bienes para defender la soberanía de la nación. Esta nación era percibida como una gran comunidad, casi familiar, política pero también moral, y capaz de tomar decisiones sobre su propio futuro que, en principio, debían ser unánimes. A la "patria" pertenecían en esta época, tanto los polacos, como los lituanos, los judíos, y los ucranianos. En principio, la nación polaca incluía a todos los ciudadanos legítimos, toda la nación de la *szlachta* independientemente de su origen étnico, e incluso, durante un tiempo, independientemente de su confesión religiosa. Polonia, a diferencia de otros países, como por ejemplo España (pero también Italia, los principados alemanes, Suecia y otros muchos países) hizo gala durante mucho tiempo de una gran tolerancia religiosa, que sólo comenzó a quebrarse, en parte, por una lectura más intolerante de la Contrarreforma en ciertos medios, que fue facilitada por las experiencias traumáticas de las guerras del siglo XVII, en especial con las de las invasiones suecas de la época[2]. La construcción histórica de la democracia de la *szlachta* fue percibida por varios teóricos de la época en términos de república, de *civitas* e incluso (significativamente) de *societas civilis* (por ejemplo, en el siglo XVII, por Łukasz Opaliński, Walicki, 1994:10).

Pero, por otra parte, la realidad histórica fue, también, que, en el curso de los siglos XVI, XVII y XVIII, la *szlachta* casi nunca llegaba al consenso en sus debates parlamentarios, abusaba del privilegio de *liberum veto*, y en consecuencia Polonia acabó en una especie de anarquía política, con un espacio de debate público muy importante, pero con un Estado muy débil. De ello se aprovecharon sus poderosos vecinos, Austria, Rusia y Prusia, quienes se repartieron entre sí el territo-

[2] Sin embargo, con el tiempo se desarrollaron otras tendencias contrarias con efectos muy negativos para el país. Son bastante conocidos los brotes de xenofobia y racismo en la Polonia moderna.

rio polaco, primero en los años 1772 y 1793, y finalmente en 1795, cuando Polonia desapareció como estado independiente del mapa del mundo.

Hoy día, la memoria de la democracia noble, su ideología e instituciones, está todavía viva en la conciencia colectiva de los polacos en general y en la de los actores de su transformación democrática en particular. Tres elementos de esta memoria tienen especial importancia, porque son puntos de referencia simbólicos de la tradición nacional anterior a las Particiones, cuando Polonia era todavía independiente: el modelo ideal de un orden político de libertad, el tema de una debilidad del estado asociada a la institución del *liberum veto*, y la idealización de la Constitución del 3 de mayo de 1791 como el intento de realizar plenamente ese orden de libertad, al tiempo que de superar la debilidad del Estado y su incapacidad para defenderse.

El orden constitucional de la Polonia de los siglos XVI a XVIII limitó el alcance de la libertad política al estamento noble, pero era un estamento suficientemente numeroso y dinámico como para que el recuerdo haya quedado como un referente para los intentos de ampliar ese campo de aplicación en el futuro. Sin embargo, por otro lado, algunas de las instituciones de ese orden han presentado siempre una doble cara contradictoria, y esto ocurre con el *liberum veto*, que tiene una connotación negativa (y compleja) en la memoria colectiva de los polacos, mientras que, en cambio, la Constitución del 3 de mayo de 1791, que constituye un primer intento de ampliar el orden de libertad política al conjunto de la nación y de robustecer el Estado, es visto de forma muy positiva. En los debates durante la preparación de la nueva constitución polaca en los años noventa hubo muchas referencias a la Constitución del 3 de mayo. Su ejemplo ayudó a formular el preámbulo, a establecer la jerarquía de las regulaciones legales, y también a definir la relación entre la Iglesia y el Estado.

El principio de *liberum veto* aparece en la memoria social como el símbolo de un tipo de libertad política "individual" sin restricciones que acaba destruyéndose a sí misma y a la nación. Desde las Particiones el principio de *liberum veto* ha servido como punto de referencia, no solamente para las críticas a los "excesos" del parlamentarismo polaco, sino también para una crítica más general dirigida contra los "excesos" de la participación de los individuos, o/y contra la influencia del individualismo en los asuntos públicos. A pesar de que en su origen respondió a un principio colectivista y fue el signo del poder de un estamento noble, el *liberum veto* se ha convertido, en la actuali-

dad, en el referente negativo de un individualismo exuberante y peligroso[3].

Por otra parte, la Constitución del 3 de mayo de 1791 es percibida como un importante precursor y expresión de la democracia contemporánea. Este documento, reconocido por la opinión pública europea de la Ilustración y el Romanticismo como la primera constitución moderna en Europa, y sólo la segunda en el mundo después de la americana, ha sido de excepcional importancia en la cultura política polaca. Su diseño teórico incluía planes con soluciones específicas para los problemas políticos y legales que se habían puesto de manifiesto en el periodo anterior. No obstante, estos planes fueron frustrados poco después por la segunda Partición de Polonia en 1793. La pérdida de la soberanía del estado condenó a la Constitución a convertirse en el primero de una larga cadena de proyectos que no pudieron realizarse. Sin embargo, en la memoria colectiva, la Constitución del 3 de mayo de 1791 ha quedado grabada como el primer gran intento de construir un régimen moderno cuya legitimidad se basa en un concepto de la nación que no estaba restringido a la nobleza, sino que abarcaba a todos los habitantes del país. Esta Constitución, cuyas ideas democráticas y liberales no pudieron ser traducidas a las instituciones políticas y legales de la época, inició la gran marcha de las utopías democráticas polacas: desde la democracia noble a la democracia nacional en sus diversas variantes de democracia liberal, conservadora y socialdemócrata.

Según el historiador Norman Davis, las ideas de la democracia noble pueden ser vistas como precursoras de las ideas de la democracia liberal moderna: «Curiosamente, los ideales de la nobleza polaca poseen un aire de modernidad sorprendente. En la época en la que la mayoría de los europeos estaban elogiando los beneficios de la monarquía, el absolutismo, o el poder del Estado, los ciudadanos nobles de Polonia y Lituania exaltaban su "libertad dorada", el derecho a la resistencia, el contrato social, la libertad del individuo, el principio de gobierno por consentimiento y el valor de la independencia. Estos conceptos caracterizan ampliamente las ideologías de las democracias modernas y liberales (...). La coincidencia de opinión entre la nobleza polaca del siglo XVII o XVIII y la democracia liberal de los siglos XIX y XX

[3] El historiador del pensamiento polaco, Andrzej Walicki, sostiene que la *szlachta* estuvo más preocupada de defender los valores comunes de su colectivo que los derechos del individuo (Walicki, 1991).

no es casual. Está causada por su común preocupación por combatir el poder del Estado. La primera se oponía a las manifestaciones iniciales de este fenómeno, la segunda a sus excesos modernos, pero su enemigo es el mismo» (Davis, 1981:371).

LAS PARTICIONES (1772-1918), LA IDEA NACIONAL, EL ROMANTICISMO Y EL CATOLICISMO POLACO

Las Particiones del territorio polaco entre Austria, Rusia y Prusia (1772, 1793 y 1795) son un complejo fenómeno histórico, político y psicocultural, que ha dado un significado específico a la tradición polaca. El nacionalismo cultural, entendido como la defensa de las tradiciones nacionales, fue la gran herencia del Romanticismo polaco, desarrollado durante el largo periodo de las Particiones, que duró casi 150 años: desde 1772 hasta 1918. Gracias a este nacionalismo cultural, el objetivo de conseguir un estado polaco independiente no se convirtió en el único objetivo de la nación polaca.

En este periodo se experimentó el paso desde el concepto de la nación-estado de la democracia (o más bien la extensa oligarquía de la *szlachta*) hacia el concepto romántico de la nación como "una creación de Dios", contrapuesta a un estado que era visto como una organización artificial. Por otra parte, no obstante, la falta de un estado independiente promovió actitudes ambivalentes hacia la idea del estado en general; en cierto modo, la aversión al estado polaco de los ocupantes introdujo un elemento negativo en la consideración del estado como tal.

Los polacos, sin embargo, nunca renunciaron al territorio polaco tal como éste se definía con las fronteras del año 1772, y una futura integración de "las históricas tierras de la patria" fue la causa principal de numerosos levantamientos sangrientos contra los ocupantes. Por otro lado, es cierto que las reivindicaciones polacas de estos territorios, llamados por los polacos "históricos", provocaron conflictos con los ucranianos y los lituanos, que en estos tiempos ya habían empezado a luchar para conseguir sus propios estados independientes.

El patriotismo se identificó con la fidelidad a la idea nacional transmitida por la tradición y fue presentado no como un credo particularista, sino ligado a una idea más general y a una misión de salvación de la humanidad. El mesianismo, según el cual la nación polaca

debía jugar un papel histórico en el mundo, estuvo omnipresente en la literatura y pensamiento nacional de los siglos XVIII-XIX, y movilizó a miles de polacos a luchar y a morir en los levantamientos de la época, o a sufrir la experiencia del exilio. El culto de la derrota y el sufrimiento, la idea espiritual de la patria y la disposición al sacrificio por los ideales, fueron las características del Romanticismo polaco, lo que ha llevado a algunos a decir, con cierta razón, que los polacos tienden a cultivar el martirologio y glorificar sus derrotas.

Esta visión de una misión histórica hizo que miles de polacos lucharan por la libertad de otras naciones europeas. Así ocurrió en las revoluciones del 1848 en Francia, Alemania, Italia, Hungría, e incluso antes, a lo largo de los años napoleónicos, durante las cuales muchos polacos apoyaron una alianza patriótica con Francia, que traería consigo antes o después la independencia de Polonia. Desde esta perspectiva, en parte idealista y en parte autointeresada (es decir, motivada por la obtención de la independencia de Polonia gracias al apoyo francés), se entiende mejor, en clave de la época, el papel jugado por muchos polacos en el ejército napoleónico, en Rusia o incluso en España, por ejemplo, en la famosa batalla de Somosierra de 1808.

La sociedad polaca de la época, especialmente en los territorios repartidos por Austria y Rusia, era una sociedad retrasada económica y culturalmente. La servidumbre campesina se mantuvo durante mucho tiempo y la clase social media era débil. La nobleza disfrutaba de una posición social alta. La sociedad polaca no tenía las libertades políticas básicas como los ingleses o los franceses. Los polacos eran ciudadanos de países autoritarios que estaban muy poco dispuestos a hacer la más mínima concesión de los derechos de ciudadanía necesarios para el establecimiento y el desarrollo de un modelo de libertad política. Los polacos eran, por ley, ciudadanos de segunda clase en su propio país, y súbditos de los imperios multinacionales ruso, austríaco, y del rey de Prusia. De este modo, los descendientes de los ciudadanos de la Primera República a finales del siglo XVIII fueron reducidos *al status* de habitantes de territorios periféricos, sometidos a la ley y la regulación administrativa impuesta por autoridades extranjeras.

Sin embargo, las experiencias ganadas durante las Particiones dieron lugar al desarrollo de tradiciones, tanto negativas como positivas, de autoorganización y de relaciones entre la sociedad y el Estado. La sociedad se hizo cargo de muchas de las responsabilidades normalmente llevadas a cabo por el Estado, y estuvo involucrada en actividades complejas, relacionadas con la iniciativa económica diaria por una

parte, y la sustitución (ilegal) de las organizaciones estatales administrativas por otras paralelas. De este modo, los grupos sociales y los individuos aprendieron a ser autosuficientes hasta un grado considerable, y a defenderse contra las exigencias del Estado. Esta tradición también tuvo su aspecto negativo y retrasó la aparición de estructuras de autoorganización social que hubieran podido estar basadas en una cooperación con la acción de las autoridades políticas.

Las diferencias de las experiencias de la sociedad polaca entre los territorios alemán, ruso y austriaco fueron muy importantes, y también lo fueron las existentes entre las experiencias antes y después de la última gran insurrección de 1863. En general, el desarrollo económico, social y cultural fue mayor en la Polonia sometida a Prusia; la situación fue más atrasada y más controvertida en la sometida a Rusia; y la población tuvo mayores oportunidades políticas en la zona sometida a Austria, aunque también ello trajo consigo cierto estancamiento económico durante bastante tiempo. El periodo de 1864 a la Primera Guerra Mundial supone cambios importantes de todo tipo, pero en especial desde el punto de vista económico y social. Es el momento de un gran impulso al proceso de desarrollo de una economía de mercado, de la industria (con una industria textil en Łódź que se convierte en la primera industria del conjunto del Imperio ruso de la época), el desarrollo de las infraestructuras, el aumento del nivel educativo, y una considerable creatividad científica y cultural, todo lo cual viene acompañado de un aumento de la vida asociativa, en la que la Iglesia juega un papel muy importante, pero de lo que son testimonio, también, otros muchos ejemplos, entre los que cabe mencionar las redes educativas más o menos clandestinas, que incluyen la llamada "Universidad volante".

Al mismo tiempo, uno de los legados de la experiencia de las Particiones fue que se desarrolló en Polonia una tradición de ambivalencia de la sociedad y la *intelligentsia* hacia la economía de mercado que fue surgiendo a lo largo de un tiempo prolongado. Las generaciones de la Ilustración podían entender la nueva sociedad de la época a través de los ojos de los círculos ilustrados de Occidente; pero para las generaciones siguientes la situación fue más complicada, (1) en parte por la diferencia de condiciones entre la Polonia prusiana, la austriaca y la rusa; (2) en parte por la lentitud del desarrollo industrial en una buena extensión del territorio, que supuso la persistencia de grandes masas campesinas que operaban en el marco de una agricultura semitradicional, y, por el contrario, el desarrollo de procesos de urbaniza-

ción y de formación de clase obrera sobre todo a partir de la década de los años 1860; y (3) en parte por los problemas surgidos con ocasión del despertar de las distintas nacionalidades y las etnias de la antigua comunidad política de Polonia y Lituania.

Ello se traduce en una evolución que, en términos políticos, aboca al hecho de que los partidos principales en el momento en que las Particiones desaparecen serán un partido conservador (el de los nacionalistas demócratas, liderado por Roman Dmowski) y el partido socialista polaco (liderado por Józef Piłsudski). En clave de discurso teórico, ello dará lugar a un universo cultural dominado por un romanticismo populista, un positivismo orgánico estatista, diversas manifestaciones del corporatismo cristiano, y variantes del pensamiento socialista, que incluyen un pensamiento como el de Edward Abramowski, representante de una corriente de anarcosindicalismo que predicaba la autoorganización de la sociedad, y que tuvo alguna influencia en algunos de los líderes de *Solidaridad* más tarde, como por ejemplo, en Adam Michnik (Walicki, 1994).

El papel de la Iglesia católica en la historia de la nación polaca

El catolicismo polaco se formó en los siglos XVI y XVII en un clima de relativa tolerancia religiosa, a pesar del conflicto entre la contrarreforma y el protestantismo. A finales del siglo XVIII, la Iglesia polaca, sin tener una intervención destacada en los conflictos doctrinales, se encontró sin embargo en una situación crítica, que hizo que su destino se uniese con el de la nación polaca y compartiera sus frustraciones, sus derrotas y sus repetidos intentos de recuperar su soberanía contra un Reino de Prusia protestante, un Imperio ruso ortodoxo, e incluso un Imperio austro-húngaro católico. Los sentimientos religiosos quedaron entrelazados con los patrióticos, la Iglesia se identificó con la causa nacional y asumió un papel histórico político o cuasipolítico al hacer suya la voluntad de la nación polaca para sobrevivir como tal a pesar de las Particiones de que fue objeto.

La participación de la Iglesia en la actividad pública se había intensificado ya antes de las Particiones del país, cuando una parte de su jerarquía colaboró con las élites intelectuales en diseñar y llevar adelante las reformas legislativas y estructurales de un país que se encontraba en grave peligro de desintegración. Además de esa cooperación, las instituciones de la Iglesia asumieron de hecho muchas

de las competencias pertenecientes al Estado, y en cierto modo ocupó una parte de su lugar propio durante casi dos siglos (Kłoczowski, 1986:109).

Las Particiones de fines del siglo XVIII anularon el esfuerzo de los reformadores ilustrados. Al mismo tiempo, la pérdida de la soberanía del estado polaco también significó un duro golpe para la Iglesia, y trajo como consecuencia el desarrollo de grandes tensiones en su seno. Durante todo el periodo de las luchas de la nación por recuperar su independencia, se puede observar claramente una división en la Iglesia y el clero, sometidos a presiones contradictorias. Por un lado, la Iglesia y, sobre todo, su jerarquía, se encontraba bajo una fuerte presión de los invasores, que, no sin cierto éxito, intentaron ganarse su lealtad, unas veces con persecuciones, y otras con promesas de libertad de actuación, aunque fuera una libertad siempre restringida al ejercicio de sus funciones estrictamente religiosas. Por otro lado, la Iglesia se sintió impelida a manifestar con creciente firmeza su solidaridad con el pueblo, compartiendo su vida, articulando sus aspiraciones y afianzando su consciencia de comunidad como nación. De hecho, el clero secular y los religiosos participaron masivamente en una serie de conspiraciones y de insurrecciones por la independencia de Polonia, pagando por ello con sus vidas, o padeciendo torturas, persecución, deportación o exilio.

Bajo la influencia de esas experiencias, se fue formando el modelo de religiosidad que ha perdurado hasta la actualidad, conforme con el cual «el patriotismo iba adquiriendo ciertos rasgos religiosos, mientras que la religión iba adquiriendo ciertos rasgos patrióticos» (Skarbek, 1986:215). En el marco de ese modelo, se desarrolló una característica del catolicismo polaco que sigue vigente hasta el día de hoy, a saber: la convicción de que Polonia tiene un especial destino mesiánico en la comunidad de las naciones. Esa creencia ha quedado plasmada en la poesía del periodo romántico [4], ha ejercido una poderosa influencia moral y emocional tanto en las élites intelectuales como en amplias capas de la sociedad, y ha jugado un papel muy importante en la consolidación de la conciencia nacional.

La Iglesia polaca sólo pudo contar con un apoyo limitadísimo por parte de la Santa Sede, la cual no aprobó las tendencias independentistas de una mayoría del clero polaco. Tal y como entendían la situa-

---

[4] En particular en las obras de tres grandes poetas Adam Mickiewicz, Juliusz Słowacki y Cyprian K. Norwid.

ción los jerarcas de la Iglesia universal en el siglo XIX, el peligro más grande estaba representado por el fantasma de la revolución. Por lo tanto, la insumisión polaca era percibida, más bien, como uno de los posibles detonantes de los peligros que acechaban el orden consagrado por la tradición. El ejemplo más claro de esa actitud fue la encíclica *Cum primorum*, en la cual Gregorio XVI condenó la insurrección polaca de 1830-31 [5]. En estas condiciones, el clero polaco hubo de sufrir una fuerte discriminación y la presión de los ocupantes, que intentaron someter a la Iglesia a la autoridad del Estado. Lo hizo Austria durante la primera mitad del siglo XIX; lo hizo Prusia, hasta su periodo de *Kulturkampf*, posterior a la unificación de Alemania; y lo hizo Rusia, continuamente. A ello se añadieron las tensiones interconfesionales dentro de la sociedad misma en los territorios ocupados por Prusia y Rusia, donde el protestantismo y la ortodoxia rusa respectivamente gozaron de claros privilegios en perjuicio de la religión católica. Por todo ello, la Iglesia polaca del siglo XIX fue, casi literalmente, un bastión sitiado, y esto tuvo una influencia determinante sobre la mentalidad de los católicos polacos y de su clero. Las sensaciones continuas de acecho y de temor contribuyeron a formar la convicción de que el sacrificio forjaba un carácter dotado de cierta superioridad moral. Así, la disposición a padecer persecuciones por una causa justa iba unida a cierto espíritu de triunfalismo, con connotaciones de intolerancia hacia el interior y hostilidad al exterior. La fidelidad a la Iglesia y a la comunidad nacional hacía que cualquier crítica, incluso la que pudiera proceder de correligionarios y compatriotas, despertara desconfianza. La fuerte adhesión a la propia fe daba pie a antagonismos internos respecto a los creyentes de otras religiones, y por su parte el sentimiento patriótico solía teñirse de xenofobia. La imagen del "polaco católico" empezó entonces a adquirir el sentido mixto, cultural y político, que había de convertirse en un cliché o un estereotipo más tarde.

---

[5] La insurrección contra Rusia estalló en el territorio de la partición rusa y duró desde el 29 de noviembre de 1830 hasta octubre de 1831. Después de la victoria inicial se formó, no sin dificultades, el Gobierno Nacional que intentó negociar con el zar Nicolás I. En febrero de 1831 empezó la ofensiva rusa y a pesar de varias batallas heroicas la insurrección fue sofocada y como consecuencia creció la opresión de la nación polaca en las tres Particiones. Los líderes militares e intelectuales, así como los participantes de la insurrección (unos 8,5 millones de personas) abandonaron Polonia y formaron los centros de la llamada Gran Emigración *(Wielka Emigracja)* en Francia, Inglaterra, Bélgica y los Estados Unidos.

También en ese periodo se desarrolló otro rasgo distintivo del catolicismo polaco, que le acercó a los modos de la religiosidad del pueblo llano (Gowin, 1995:17). En efecto, entre las grandes masas de fieles, entre las cuales la instrucción religiosa no era por lo demás muy rigurosa, la sensación de pertenencia a la Iglesia muchas veces conllevó el descubrimiento de su identidad nacional, lo cual a su vez reforzó aquel sentimiento religioso de pertenencia. El hecho es que un tipo de tradicionalismo cultural y de costumbres populares impregnados de elementos religiosos se mantuvieron extraordinariamente vivaces y constantes durante todo el siglo XIX. En contraste con esto, entre ciertos sectores de las élites cultas, en cambio, empezaron a cundir las opiniones críticas de la Iglesia. De esta forma se creó cierta distancia entre una Iglesia que cultivaba la religiosidad tradicional y una parte de las clases medias, culta y sensible a las corrientes modernas. A su vez esto desalentó al clero, que dejó de participar en esta cultura más elitista, y empezó a desconfiar de ella.

INDEPENDENCIA, SEGUNDA REPÚBLICA (1918-1939), NUEVA PARTICIÓN Y OCUPACIÓN DEL PAÍS

La derrota en el último levantamiento contra Rusia en enero de 1863, estimuló en Polonia la aparición de unas ideologías antirrománticas, ligadas al positivismo. Estas estuvieron impulsadas sobre todo por el grupo político Nueva Democracia de Roman Dmowski, cuyos propósitos eran eliminar el romanticismo político y adoptar una visión realista del mundo, donde no predominaran los sentimientos sino una aproximación realista del fenómeno del poder[6]. En lugar de patriotismo y honor nacional se había de buscar el interés nacional objetivo. Convenía posponer la lucha por la independencia hasta el momento geopolítico más favorable. Y, por último, se debía aplicar un principio de "egoísmo nacional" en las relaciones internacionales y un criterio excluyente adoptando una postura hostil no solo contra los países

[6] Roman Dmowski (1864-1939), el ideólogo de la clase media de los propietarios, uno de los fundadores del movimiento político Nueva Democracia de orientación nacionalista y de derecha. ND no reconoció el derecho de las minorías a sus territorios independientes, luchó contra la revolución bolchevique, mostró un fuerte antisemitismo. Roman Dmowski fue el Ministro de Asuntos Exteriores en 1923.

ocupantes, sino también contra las minorías étnicas en el territorio polaco, particularmente los ucranianos y los judíos[7].

Según esta ideología nacionalista del realismo político, el interés nacional no tenía que ser apoyado por la mayoría del país: lo importante era proteger a la nación ante el peligro y esto no suponía necesariamente respetar su opinión. Algo distinto fue el nacionalismo militar-estatista de Józef Piłsudski[8], que luego fue el primer Mariscal de la Polonia independiente, de la Segunda República, en los años 1918-1934. Su programa de liberación de Polonia estuvo abierto a otras culturas y naciones, pero al mismo tiempo se declaraba antirruso, porque veía en Rusia el gran peligro para Polonia.

El hecho es que con la derrota de Rusia y los cambios en el mapa mundial causados por la Primera Guerra Mundial, Polonia recuperó su independencia, que tuvo que defender luego contra el ejército soviético en 1920. Esta recuperación de la independencia ha servido como marco de referencia para los intentos actuales de construir un sistema político propio, y para establecer la relación entre la nación y el Estado moderno, tanto en la práctica como en la teoría político-legal. La mayoría de la sociedad polaca entró en los años veinte muy consciente de la dicotomía entre la nación y el Estado, consecuencia del periodo de las Particiones. Por otra parte, los veinte años de estado independiente resultaron ser un periodo demasiado corto para eliminarla por completo, pero al menos la Segunda República ha sido un almacén de las tradiciones ideológicas e institucionales que ha podido servir para construir a fines de este siglo una verdadera democracia moderna.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial y las dos ocupaciones, la nazi y la soviética, arrojaron a la sociedad polaca a una situación

---

[7] Según el primer censo de población hecho en 1921 en el territorio de Polonia establecido por el Tratado de Versalles, los polacos constituían el 63 por ciento de todos los habitantes, y las minorías el tercio restante. Los ucranianos constituían el 14 por ciento, los judíos 7,8 por ciento, los bielorrusos 3,9 por ciento, los alemanes 3,8 por ciento, y otros grupos, como los rusos, los lituanos, los checos, aproximadamente el 1 por ciento. Datos recogidos en Joanna Kurczewska, 1995:57.

[8] Józef Piłsudski (1867-1935), el activista en la lucha por la independencia de Polonia, encarcelado y enviado a Siberia 1888-1892 por preparar el atentado contra el zar ruso Alexander II. En 1914 formó el primer ejército polaco independiente *Legiony Polskie* que luchó contra Rusia con la alianza de los países centrales. En 1919-1922 fue el Mariscal de Polonia, y desde 1926, como resultado de un golpe de estado, hasta 1934 gobernó prácticamente como un dictador.

que recordaba la que hubo de sufrir durante el tiempo de las Particiones. Esta nueva pérdida de la independencia del Estado y este desastre nacional dieron lugar a una reactivación de las tradiciones del siglo XIX, grabadas en la memoria nacional. Esas tradiciones se convirtieron en los cimientos de una nueva respuesta moral y cultural a la pérdida de la independencia. Las atrocidades de la guerra y de la ocupación introdujeron una resurrección en la conciencia colectiva de las tradiciones de las luchas por la independencia y del heroísmo romántico.

El romanticismo polaco suministró modelos para los jóvenes conspiradores y para los ideólogos y los políticos en las organizaciones clandestinas: el modelo de sacrificio de la vida por la patria y el justificante moral de la resistencia armada. También estos aspectos de la filosofía romántica nacional fueron revividos, como el del mesianismo nacional. Asimismo, los motivos religiosos fueron recuperados y combinados con los valores patrióticos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando bajo la ocupación alemana la liberación parecía un sueño inalcanzable, surgió una comunidad polaca unida en la situación de sufrimiento y de humillación, donde los polacos compartían los mismos sentimientos y la misma lucha, y veían una vez más la reaparición de un estado independiente como su instrumento esencial para la nación.

En cierto modo, la vida bajo la ocupación nazi revivió la dicotomía nación polaca-estado que había dominado en los tiempos de las Particiones. Debido al carácter extremo de la opresión político-legal y de la violencia física, esta dicotomía se llevó al extremo. El hecho de que uno fuera miembro de la nación polaca, o de la nación judía en particular, se convirtió en una cuestión de vida o muerte, que determinaba las posibilidades de supervivencia, o por el contrario de exterminio individual o colectivo.

La Iglesia durante la II República y bajo la ocupación

Debido a la escasez relativa de estudios rigurosos, es imposible evaluar correctamente la posición de la Iglesia y su influencia en la vida pública después de recuperada la independencia en el año 1918. Sin embargo, no parece que las relaciones entre la Iglesia y el Estado cambiaran radicalmente. Con la independencia de Polonia, la Iglesia se convirtió en el principal poder religioso del país. Esto le permitió

gozar de una posición prevaleciente que, por otra parte, siempre había reclamado para sí. Las dos constituciones de marzo de 1921 y de abril de 1935 garantizaron que «la religión católica romana, que predomina entre la mayoría de la población nacional, ocupa la situación principal entre las confesiones» (Kłoczowski, 1991:83). Esa posición de la Iglesia en Polonia se consolidó con la firma del concordato con la Sede Apostólica en 1925. La Iglesia asumió el papel de uno de los principales actores de la vida pública. El clero se implicó directamente en la acción política y representantes suyos ocuparon escaños en el parlamento. Además, los partidos nacionalistas de derechas usaron la etiqueta de "polaco católico" en sus esfuerzos por imprimir al estado un carácter confesional. El programa político de esas últimas agrupaciones estuvo cada vez más teñido de xenofobia y de antisemitismo, y contó con la simpatía de una parte de la jerarquía, clero y laicado católico. Sin embargo, la Iglesia como tal nunca se decidió a entablar vínculos oficiales con ningún partido político, y las simpatías del clero se dividieron entre el nacionalismo democrático, la democracia cristiana y las agrupaciones que apoyaban un gobierno de "saneamiento" nacional. Quizás por ello, si bien las frecuentes injerencias de los obispos en la vida pública dieron lugar a varios conflictos, no llegaron a poner en peligro las relaciones institucionales entre el Estado y la Iglesia.

Esto no quiere decir, sin embargo, que, a otros niveles, no hubiera fuertes tensiones en torno a la Iglesia. De hecho, actitudes anticlericales empezaron a difundirse cada vez más, a impulso de los partidos socialistas y ruralistas, las minorías religiosas y étnicas, y determinados sectores cultos de no creyentes que, generalmente, consideraban la religión como un anacronismo, y tenían una opinión decididamente negativa de la Iglesia. Dado que los fieles, a su vez, consideraban a esos sectores como una amenaza tanto para la religión como para la nación, durante cierto tiempo pareció que Polonia se acercaba al borde de un conflicto que la dividiría en dos facciones en pugna, una nacionalista católica y otra no confesional. La sensata intervención del cardenal August Hlond, nombrado Primado de Polonia en 1926 y partidario de limitar la participación directa del clero en la política, contribuyó en parte a moderar el conflicto y reducir aquella crispación (Lipski, 1994:95). De modo que, a pesar de la simpatía de la mayoría del clero con las derechas, la Iglesia consiguió mantener su distancia respecto a las corrientes extremas del espectro político: comunismo y fascismo.

En la vida religiosa de la época a la que nos referimos, *grosso modo* el primer cuarto de siglo XX, se hacía hincapié sobre los aspectos rituales y comunitarios de la religión, destacando la relación del creyente individual con el conjunto de la nación y con la comunidad eclesial, mientras que, en cambio, se infravaloraban las dimensiones subjetivas de la experiencia viva e íntima de la fe, el testimonio personal y la formación espiritual. Ese estado de cosas llegó a preocupar a determinados líderes religiosos y laicos de la Iglesia, y dio lugar a un movimiento de renovación, cuyo fin era dotar a la formación y educación religiosa de mayor profundidad espiritual, así como abrir la Iglesia a las personas con mayores inquietudes y más sensibles a las modernas corrientes intelectuales y sociales. En este sentido, cabe destacar la fundación de las dos instituciones más destacadas de ese movimiento, la organización de la juventud universitaria *Odrodzenie* (Renacimiento) y el hospicio para invidentes atendido por las Hermanas Franciscanas Siervas de la Cruz en Laski, cerca de Varsovia, cuya influencia más tarde, durante la segunda mitad del siglo XX, inspiraría profundos cambios en el catolicismo polaco[9].

Bajo el régimen comunista del "socialismo real"

En los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial el sentimiento patriótico se intensificó aún más. Los sobrevivientes de la guerra, movidos por la experiencia sufrida y por un fuerte deseo de reconstruir su patria, destruida en un 90 por ciento por los bombardeos nazis y los horrores de la guerra, dedicaron trabajo y sacrificio a reedificar partes de ciudades como el centro de Varsovia, casa por casa, calle por calle.

En este periodo la versión oficial de la historia fue que la liberación de Europa del Este había tenido lugar, en parte, gracias a la Unión Soviética, y no se habló de que el pacto Molotov-Ribbentrop había traído la ocupación de Polonia y su partición en 1939 pactada entre Hitler y Stalin; ni de que la Unión Soviética era responsable (como se rumoreó en su época y se demostró después) de las matanzas de los oficiales del ejército polaco encarcelados en la Unión Soviética

[9] Al diálogo entre la Iglesia y la oposición política en los años 1970-1980 nos referimos en el siguiente capítulo.

(por ejemplo, Katyń, 1940) [10]; ni de que el Ejército Rojo permitió con su pasividad la destrucción de Varsovia a manos del Ejército Alemán (agosto de 1944) [11]. Todo esto quedó silenciado o marginado en el recuerdo y las experiencias aparentes de los supervivientes. Más aún, el nuevo régimen dominado por el Partido Comunista de Polonia puso el acento en la ayuda y las intenciones fraternales de la Unión Soviética.

Sin embargo, ya en los años cincuenta comenzó a diluirse la "gran ilusión" de la Revolución de Octubre de 1917, de la esperanza de eliminar el capitalismo, y realizar el comunismo, entendido como una sociedad de la abundancia en la que cada persona recibiría según sus necesidades. Estos ideales contrastaron con realidades totalmente distintas y el sistema comunista fue quedando en evidencia, en el transcurso de las casi ocho décadas de su existencia, como un sistema totalitario y bastante ineficaz.

El régimen comunista dio lugar a nuevas divisiones dentro de la nación polaca. La ideología comunista opuso a los marxistas y los católicos, los miembros del partido y los no-miembros, los altos cargos y las masas. Por otro lado, puesto que se suponía que Polonia, junto a otros países de Europa del Este, pertenecía a una gran patria comunista de estados, se intentó que desaparecieran o se atenuaran los elementos del patriotismo polaco. En cambio se intentó extender un nuevo "patriotismo soviético" que apoyaría una política de intervención soviética y de control sobre los países satélites. A su vez con la ideología estatal del marxismo-leninismo enseñada obligatoriamente desde la escuela primaria, se pretendió uniformizar el pensamiento y la personalidad a través de la educación y la propaganda de masas según el modelo del *homo sovieticus*. El comunismo intentaba así destruir o erosionar la identidad nacional.

---

[10] En la primavera de 1940 los soviéticos fusilaron 4.500 oficiales del ejército polaco encarcelados en Katyń. Se calcula que en total unos 20.000 polacos —profesionales y oficiales del ejército polaco, médicos, transportistas y gente civil prisioneros de la guerra— fueron fusilados por los soldados soviéticos y enterrados en fosas comunes que han sido descubiertas al final de la guerra. Estos hechos fueron siempre negados por las autoridades soviéticas.

[11] El levantamiento de Varsovia contra el ocupante alemán duró 63 días desde el 1 de agosto de 1944 hasta la capitulación el 2 de octubre de 1944. Murieron 18.000 insurgentes y 180.000 ciudadanos de Varsovia; la ciudad quedó destruida en 75 por ciento por los bombardeos de las tropas nazis. La causa de la derrota, y de la consiguiente decepción, fue la decisión de la Unión Soviética, cuyo Ejército Rojo estacionaba al otro lado del río Vístula, de no apoyar el levantamiento, que fue organizado por el Gobierno polaco de exilio en Londres de orientación no-comunista.

Sin embargo, por debajo de esta experiencia de la vida oficial impuesta por el régimen, había otra experiencia distinta de la sociedad misma, que prolongaba la experiencia de la ocupación. Las diversas facetas de la tradición de la independencia acompañaron los programas ideológicos y políticos de la escena política clandestina. Como en el siglo XIX, el mundo clandestino conjuró visiones de un futuro ideal, que empezaría una vez que la guerra hubiera terminado con la victoria. Casi todas las facciones ideológicas y políticas estaban a favor de la plena recuperación de la independencia política y nacional, de un estado republicano, de una democracia parlamentaria y de la movilización política de la población, en fin, de la realización de unos ideales igualitarios. Asimismo, la mayoría de los programas enfatizaron enérgicamente la oposición entre el estado real y la sociedad real. Se suponía que el estado comunista era homogéneo. Una vez más, la unidad moral de todos los polacos se convirtió en una mezcla de supuesto previo y de ideal político.

El programa de la independencia y la tradición heroica romántica fueron las fuentes de la tradición (positiva) de la guerra y de la ocupación, una tradición que ha durado muchos años. Durante estos años, se consolidó un modelo de la vida cotidiana como "la vida fingida" [12], que aunque útil en las condiciones de la ocupación, contribuyó, después, a complicar el establecimiento de los lazos entre el ciudadano y el Estado. Este modelo reforzó radicalmente el *ethos* desarrollado durante las Particiones, de la "falsa" participación en la vida del estado intruso. Dividió las experiencias de las gentes en dos: entre las que ocurrieron dentro de la realidad coactiva y aterradora de la ocupación, y las que ocurrieron dentro de la auténtica comunidad moral de los oprimidos y humillados. Las primeras fueron reputadas falsas, las segundas, verdaderas. En este modelo "fingido" de la vida, la falta de respeto por las leyes impuestas por los ocupadores, el fingir que se trabajaba, el fraude a los administradores y empleadores, fueron ampliamente aceptados y justificados.

El acostumbrarse a la "vida fingida" bajo las ocupaciones dejó marcas en las estructuras normativas de la sociedad polaca. Por ejemplo, aumentó la importancia de las orientaciones morales a expensas de las orientaciones legales y político-económicas. La vida bajo el régimen

[12] Las pautas de este modelo de "la vida fingida" han sido reconstruidas por Kazimierz Wyka, el distinguido historiador de literatura, que sobrevivió la ocupación nazi (Wyka, 1957).

comunista también contribuyó en gran medida a la justificación moral de la participación fingida en la economía comunista, y al reforzamiento de una experiencia política esquizofrénica[13]. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta las primeras elecciones libres de junio de 1989, la sociedad polaca participó, en un grado variable, en el comunismo, tanto en su práctica real como en su carácter de cultura: de ciencia, ideología, moralidad y retórica política. La ideología comunista fue no sólo una ideología del partido monopolista de los trabajadores; fue una ideología de estado totalitario, que trató de controlar no sólo la esfera pública, sino también la totalidad de las vidas de todos los ciudadanos. La ideología comunista en todas sus formas intentó suprimir la división entre la esfera política y la esfera privada del individuo.

Católicos y comunistas: un drama que marca la trayectoria futura

Con el año 1939 empezó un periodo de brutal persecución de la Iglesia en Polonia. Los ocupantes alemanes y soviéticos asesinaron a miles de religiosos, dispersaron las órdenes religiosas y destruyeron la infraestructura material de la Iglesia. No obstante, ante las dramáticas vivencias de la guerra, la sociedad se aglutinó en torno a la Iglesia, y en ese marco se produjo también un acercamiento entre el clero y la clase culta, los dos grupos más perseguidos de la nación, y ambos intensamente patrióticos. El año 1945 no trajo mayores cambios en esa situación. Si bien, al principio, el Gobierno comunista impuesto por el Ejército Rojo intentó, sin éxito, ganarse el apoyo de la jerarquía católica, a partir de la primavera de 1947 inició una campaña de persecución de la Iglesia. Ésta, y en primera línea el cardenal Stefan Wyszyński, nombrado Primado en 1948, tuvieron que enfrentarse con una ola de asesinatos, con las detenciones de cientos de curas y laicos católicos, con drásticas restricciones de la libertad de culto, la confiscación de bienes, la puesta al margen de la ley de organizaciones y publicaciones católicas, la expropiación de Cáritas y la creación de instituciones encaminadas a socavar y destruir las instituciones eclesiales por dentro[14].

[13] En el libro emblemático *La mente cautiva* el poeta polaco Czeslaw Miłosz habla de la esquizofrenia de "la vida fingida" bajo el régimen comunista (Miłosz, 1953).

[14] Sobre la política del régimen ante la Iglesia en la época de estalinismo, véase Bohdan Cywiński, 1990.

El nuevo Primado de la Iglesia polaca optó por una táctica de acomodación para conseguir la supervivencia, mientras durasen las peores persecuciones. Es así como cabe interpretar el acuerdo entre el Estado y la Iglesia firmado en 1950, que supuso considerables concesiones a favor del Gobierno comunista. El Primado asumió la responsabilidad de ese acuerdo pese a las controversias e incluso las críticas por parte de muchos obispos, convencido de que la Iglesia debía ganar tiempo y prepararse para una confrontación con el comunismo (Gowin, 1995:20). Sin embargo, paradójicamente, la consecuencia inmediata de esa concesión fue el recrudecimiento de la represión. En 1953, el Consejo de Estado publicó un decreto sobre nombramientos jerárquicos en la Iglesia, con el cual suprimía la independencia organizativa de la Iglesia. El primado Wyszyński consideró roto el compromiso y replicó con su conocido memorándum *Non possumus*. El 8 de mayo 1953 tuvo lugar en Cracovia la sesión plenaria del Episcopado en la cual los obispos aprobaron el extenso memorándum (30 páginas) dirigido al Primer Ministro, Bolesław Bierut. El texto presentó una descripción detallada de todas las persecuciones que sufrió la Iglesia desde la firma del acuerdo en 1950. El memorándum finaliza con las siguientes palabras: «estamos convencidos de que no hemos hecho nada para merecer estas persecuciones y no podemos *(non possumus)* sacrificar la misión de Dios al altar del césar» (Micewski, 1994:31). El Gobierno reaccionó con la reclusión del Primado de la Iglesia en una prisión, donde permaneció tres años.

La táctica del cardenal Wyszyński, pese a su realismo político, no estaba libre de peligros. Exigía que sus fieles demostrasen gran visión y enorme determinación, rasgos ambos con los que no se puede contar con frecuencia. De hecho, después del encarcelamiento del Cardenal, la conferencia episcopal, privada de su Primado, no tardó en demostrar su falta de integridad al firmar la famosa (o "infame") declaración del 28 de septiembre de 1953, que implicaba su aceptación del hecho de que el jefe de la Iglesia polaca hubiera sido enviado a prisión [15]. En cambio, la protesta abierta del primado Wyszyński contra el régimen comunista tuvo en la sociedad una extraordinaria repercusión y aseguró su autoridad incuestionable en toda la nación. Esta autoridad se proyectó en un diseño estratégico y cultural de gran calado. En efecto, durante este periodo de prisión del Cardenal, se fue perfilando

[15] El estudio más relevante sobre la vida del cardenal Wyszyński lo hemos encontrado en el libro de Andrzej Micewski, 1982.

el programa de evangelización que se iría implantando durante el siguiente cuarto de siglo. Se construyó en base a una particular teología nacional, apoyada en parte en el culto mariano, que aspiraba a afianzar la religiosidad popular, concentrando la atención pastoral en las comunidades locales, y en cultivar una profunda identidad al tiempo religiosa y nacional. El Cardenal Primado consideraba que, en circunstancias históricas difíciles, era fundamental conservar el vínculo de unidad de las comunidades con la Iglesia, haciendo hincapié sobre su participación regular en las prácticas religiosas.

Aun no existe un análisis completo e imparcial de la influencia que ejerció el primado Wyszyński y sus puntos de vista personales sobre el catolicismo polaco. No cabe duda que esa clase de religiosidad que implantó la Iglesia polaca por iniciativa de su superior resultó ser uno de los principales motivos por los cuales una aplastante mayoría de la sociedad vinculó su sentimiento nacional, su religiosidad y el rechazo de la ideología comunista. Al mismo tiempo, conviene tener en cuenta algunas otras consecuencias de esa forma de experiencia. El clero centró sus energías en la acción ritual y comunitaria y descuidó la formación espiritual e intelectual de sus feligreses. Se impusieron rígidas estructuras jerárquicas y cierto estilo autocrático dentro de la Iglesia. El laicado quedó claramente subordinado al clero, toda vez que su protagonismo en las organizaciones católicas le hacía vulnerable a la persecución del Estado. Al mismo tiempo, también había elementos negativos en la conducta de los fieles, cuya actitud respecto a las prácticas rituales religiosas podía coexistir con conductas contrarias a los principios éticos, incluidas las que suponían un conformismo político con el sistema establecido. Tal y como explica el teólogo padre Józef Tischner, «en la República Popular de Polonia se formó una concepción de la religión que consistía en que entregábamos nuestras vidas privadas a Dios y nuestra vida pública al partido. Eso resultaba cómodo. La religión se concentraba, sobre todo, en la educación de nuestros hijos, en la vida familiar y en las prácticas religiosas. En cambio, nos sentíamos absueltos de muchas cosas en nuestra vida pública. Uno podía llegar tarde al trabajo o robar. Nadie le preguntaba a quién había votado, ni si había ido a votar. El maestro podía enseñar mentiras a los niños durante toda la semana, y el domingo ir a cantar en el coro parroquial» (Tischner, 1993:10-13).

Otro fenómeno paralelo a los anteriores, muy importante, fue el diálogo entablado y el paulatino acercamiento de posiciones entre la Iglesia y la clase culta no creyente. Por parte de los católicos, los círcu-

los próximos a la agrupación parlamentaria *Znak* salieron al encuentro de los intelectuales polacos independientes, esperando encontrar en ellos elementos coincidentes con el cristianismo. Los contactos de la Iglesia con una sección revisionista o anticomunista de las élites intelectuales más influyentes marcó una etapa importante en la formación de la oposición que, más tarde (en agosto de 1980), lideraría las negociaciones con el régimen. Además, introdujo un nuevo tono en las discusiones en el seno de la Iglesia polaca, cambiando o complicando el lenguaje y la tradicional configuración de las posiciones de unos y otros. Esos encuentros provocaron reacciones muy diferentes en el seno de la Iglesia (anticipando diferencias que volverían a ponerse de manifiesto más tarde, después de la transición democrática). Parte de la jerarquía, el clero y el laicado activo se manifestó muy reticente, temiendo que las posiciones cristianas quedaran absorbidas y diluidas en ese foro. El propio primado Wyszyński observó el diálogo desde cierta distancia. En cambio, el Cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, lo aceptó sin reservas. En último término, la Iglesia fue el participante más importante y con mayor respaldo popular de la oposición al sistema comunista. Eso quedó patente a partir de la elección del cardenal Wojtyła como sucesor de San Pedro en 1978. Su viaje pastoral del año 1979 a una Polonia sumida en una crisis económica, social y cultural tuvo un efecto crucial, y produjo una especie de despertar moral del pueblo, de su autoconfianza y de la capacidad de autoorganización tal que, un año más tarde, surgió *Solidaridad*.

Como veremos a continuación, el hecho de que, en esos momentos, en un país totalitario y bajo un régimen político regresivo, apareciera, con *Solidaridad*, un movimiento independiente que unía a los obreros, los campesinos, las nuevas clases medias, la Iglesia y la *intelligentsia* secular, pareció indicar que se había hecho realidad la aspiración, la nostalgia o el mito de la unidad nacional. Sin embargo, desde el principio, esa unión aparentemente compacta presentaba profundas fisuras. Una de ellas se debía a la diversidad de las tradiciones nacionales. Entre los propios activistas sindicales, una parte procedía de las antiguas raíces del nacionalismo católico y recibió un decidido apoyo de un numeroso grupo del clero, pero otra parte encarnaba el *ethos* de las izquierdas democráticas. Mientras que para unos el comunismo era, sobre todo, un sistema ateo, cuyo mal no radicaba tanto en su carácter antidemocrático como en su orientación antirreligiosa; para otros, lo más condenable del comunismo era el hecho de que pisoteaba los derechos humanos, entre los cuales se cuenta la libertad de

culto, que no es sino un derecho entre varios. Por otro lado, mientras que para unos se trataba de aceptar un enfrentamiento radical con el régimen comunista, otros eran más prudentes. La jerarquía eclesial encabezada, desde 1981, por un nuevo Primado, Józef Glemp, intentó contener la escalada del conflicto entre el régimen y *Solidaridad*. Su mediación fracasó, porque el Partido Comunista decidió, desde el principio, ahogar las aspiraciones de la población a la libertad, y aplastar *Solidaridad*.

PRIMERA PARTE

EL PROCESO DE CAMBIO EN LA POLONIA COMUNISTA

4. LA CRISIS DE LOS AÑOS SETENTA Y SU GESTACIÓN

Desde el punto de vista (retrospectivo) de los líderes de *Solidaridad* e incluso de la mayoría de los obreros polacos de hoy, la historia del movimiento social autónomo y representativo de la clase trabajadora arranca el año 1970, puesto que los anteriores movimientos, como el de 1956, aunque aparecieron bajo la presión de la sociedad, encontraron sus líderes y sus portavoces dentro del Partido Comunista. Sin embargo, para entender el curso de los acontecimientos, interesa tener en cuenta un periodo más amplio. Conviene reseñar, en primer lugar, las circunstancias de la sociedad y el estado polacos al terminar la Segunda Guerra Mundial y durante la década siguiente; en segundo lugar, el momento crítico de 1956, cuando tuvo lugar un cambio político importante con la llegada al poder de Władysław Gomułka; y, por fin, el de 1970, cuando este mismo Gomułka, Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, que personificaba estas expectativas de reforma, había perdido ya todo su crédito.

Las demostraciones en Gdańsk y Gdynia en 1970 tienen una importancia crucial en la memoria colectiva de los trabajadores que habían de involucrarse en el movimiento de *Solidaridad* porque marcaron el momento del comienzo de un movimiento autónomo, a distancia del Partido. Por esto, el cambio del liderazgo del Partido y las nuevas promesas de Edward Gierek, Primer Secretario del POUP (1970-1980), ya no surtieron tanto efecto como en 1956. Desde las masacres de 1970 (y para los intelectuales, desde las persecuciones de 1968), la gente aumentó su desconfianza del Partido y las autoridades. Hubo cinco años de limitada aquiescencia con la política de Gierek, gracias a la mejoría del nivel de vida, debida a un incremento del consumo y una actividad económica acompañada de un alto nivel de endeudamiento; pero a continuación tuvieron lugar, en 1976, nuevas matanzas de obreros en las factorías de Radom y de Ursus. A lo largo de este periodo el Partido Comunista se fue aislando y separandóse de la sociedad. Se aceleraron los procesos de corrupción y desmoraliza-

ción del aparato del Partido y del Estado, que provocaron un creciente descontento entre amplias capas de la población.

Todo esto explica por qué a mediados de los setenta, la gente dejó de creer en la legitimad de un régimen incapaz de asegurar un digno nivel económico de vida, y que respondía con una represión severísima a cualquier manifestación de descontento de sus ciudadanos. El único elemento de legitimación que persistía fue cierta garantía de un grado de independencia respecto a la Unión Soviética, percibida como un opresor de la nación.

RETROSPECTIVA HISTÓRICA Y EL PAPEL DE LA REPRESIÓN

A su vez, para comprender esta visión de la Unión Soviética, hay que hacer dos recordatorios históricos fundamentales. El primero consiste en recordar la animosidad y la desconfianza tradicional de la sociedad polaca hacia Rusia en general y hacia la Unión Soviética en particular. Rusia había sido la potencial rival de Polonia durante una buena parte de la historia moderna; y en esa rivalidad, Rusia había acabado por ser la gran impulsora de las Particiones que hicieron desaparecer a Polonia del mapa de los estados y las naciones independientes entre finales del siglo XVIII y el término de la Primera Guerra Mundial, habiendo aprovechado la ocasión para apoderarse de la mayor parte de su territorio. Esa experiencia de las Particiones no mejoró los sentimientos de los polacos hacia Rusia. Rusia no fue tan relativamente respetuosa (dentro de límites, por supuesto) de las idiosincrasias culturales de Polonia como pudo serlo el Imperio austro-húngaro; y ni tan siquiera fomentó el desarrollo económico (y de las infraestructuras) de Polonia como pudo hacerlo la administración prusiana en su territorio (aunque sí es cierto que, con el tiempo, una parte de la Polonia rusa se industrializó y jugó un papel importante en el crecimiento del capitalismo en el imperio de los zares). En realidad, Rusia fue el antagonista principal de las dos más famosas y cruentas insurrecciones polacas del siglo XIX, que reprimió con la mayor dureza.

Cuando Polonia consiguió su independencia después de la Primera Guerra Mundial, aprovechando el derrumbe de los tres imperios ruso, alemán y austro-húngaro, fue para enfrentarse con la ofensiva del ejército rojo, en el que jugaba un papel protagonista el propio Josef Stalin. A impulso de Lenin, el ejército soviético intentó la con-

quista de Varsovia, y de Polonia, como parte de una gran estrategia de Lenin por llegar al corazón de Alemania, y fusionar así la revolución bolchevique en Rusia con lo que él imaginaba que era una revolución socialista revolucionaria en la Alemania de la época. Estos proyectos fueron destruidos en 1920 por el ejército polaco de Józef Piłsudski, quien, con ello, salvó la independencia de Polonia y cambió el curso de los acontecimientos europeos.

El siguiente paso fue que a partir de entonces Polonia vivió de nuevo una experiencia ya casi familiar. Vio cómo, de nuevo, las dos potencias al este y al oeste de su territorio se militarizaban, se convertían en sociedades totalitarias y, llegado el momento, volvían a decidir su reparto. Esto es exactamente lo que ocurrió en 1939, con el pacto Ribbentropp-Molotov, y ello acabó en la invasión alemana y en la ocupación soviética de una buena parte de Polonia el año siguiente. La ocupación de Polonia por los soviéticos no fue una ocupación amistosa. En la Unión Soviética había una profunda desconfianza respecto a las poblaciones polacas que habitaban en su propio territorio, y de hecho se dio una estrategia de expulsión de esa población de los territorios de Bielorrusia y de Ucrania, ello relacionado con la operación de colectivización forzosa de la tierra y el exterminio de los kulakes. Así, por ejemplo, sólo en 1933, en Ucrania la población de las regiones habitadas por polacos disminuyó en aproximadamente un 25 por ciento (Paczkowski, 1997:425). Con ocasión de la nueva partición de Polonia, los soviéticos aplicaron una represión considerable, y se estima que sólo en dos años cerca de un millón de polacos (es decir, uno de cada diez ciudadanos sometidos a las autoridades de la URSS) sufrieron esa represión de una forma u otra. Esto incluyó el fusilamiento de unos 30.000 prisioneros, lo que comprende a los oficiales ejecutados en Katyń, así como, en general, los prisioneros de Kozielsk, Starobielsk y Ostaszków, a los que cabe añadir entre 90.000 y 100.000 muertos en los campos de concentración o de exterminio (Paczkowski, 1997:434).

Con la declaración de hostilidades entre la Alemania nazi y la Unión Soviética la situación se alteró. El ejército soviético se presentó a los ojos de muchos polacos como un instrumento para desembarazarse de la ocupación alemana. Pero esto no evitó el hecho de que el 1 de agosto de 1944, los dirigentes de la resistencia polaca se lanzaran a la insurrección de Varsovia sabiendo que la fecha de entrada prevista del ejército soviético en la ciudad era el 8 de agosto. El Ejército Rojo, sin embargo, una vez que comenzó la insurrección permaneció en sus

posiciones sin entrar en Varsovia, y asistió impasible al aplastamiento de la insurrección por los alemanes, que se produjo finalmente el 2 de octubre. Lo que el ejército soviético hizo no fue liberar Polonia sino ocuparla, aplastar la resistencia polaca y colocar en el poder al partido comunista local (que había sido hasta entonces un grupo políticamente marginal y carente de la menor posibilidad de acceder al poder de una manera democrática) bajo el control del Partido Comunista soviético.

El paso siguiente por parte de este Gobierno comunista, que no contaba con el apoyo de la población, fue utilizar la intimidación, el fraude electoral (que culminó con las elecciones de 1947) y el control ideológico a gran escala, para imponer un tipo de sociedad relativamente parecido a lo que era la sociedad soviética de la época. Llevó adelante la nacionalización de la industria, varios planes quinquenales, la colectivización de buena parte de la tierra y la intensificación de la lucha contra la Iglesia. Todo esto fue acompañado de un grado muy alto de represión violenta, información y delación (a cargo del ministerio de Seguridad Pública, las Milicias, el Cuerpo de Seguridad interior, la policía y otras fuerzas, amén de una red de informadores y delatores) en un primer momento, que continuó a un nivel alto más tarde. En los años 1951-1953, el número de personas detenidas era de en torno a unos 5-6.000 personas al año, gracias a una red de delatores de unas 26.000 personas. En los años 1945-1948, se enviaron a campos de trabajo unas 10.900 personas; en los años 1949-1952, se enviaron 46.700. Al comienzo de 1953, las fichas de la Seguridad Interior afectaban a 5,2 millones de personas, es decir, un tercio de la población adulta (Paczkowski, 1997:444-445).

Las cuatro fases principales del proceso de cambio

Se puede decir, por tanto, que en los años 1944-1948 la Unión Soviética impuso por la fuerza en Polonia el sistema comunista sin tener en cuenta la voluntad de la nación polaca. El régimen nació con un altísimo grado de ilegitimidad. Desde entonces la historia moderna de Polonia se divide en cuatro fases, hasta el nacimiento de *Solidaridad*, que marcan los intentos del régimen comunista para no basar su poder sólo en la violencia, y para conseguir un grado apreciable de legitimidad y justificarse así a los ojos de la sociedad polaca; al tiempo que intentaba una transformación de esa sociedad según el modelo de la so-

ciedad comunista de la Unión Soviética, o según alguna variante de ese modelo.

La *primera fase 1944-1956* empieza con la liberación de los nazis y la invasión de los soviéticos en la que se implanta un sistema totalitario comunista. Con la muerte de Stalin en 1953 y el discurso de Jruschov en 1956 el país entra en un periodo de varios ciclos de luchas y acomodaciones entre Estado y sociedad. Cada ciclo comienza con una crisis y termina en otra.

La *segunda fase 1956-1970* abarca el periodo de post-estalinismo bajo el liderazgo del Primer Secretario del Partido Comunista, Wałdysław Gomułka, quien en principio prometía una vía polaca hacia el comunismo, relativamente más "liberal" y menos sometida a las presiones de Moscú. Estas promesas suscitaron esperanzas en la sociedad, se desarrolló una corriente crítica dentro del Partido Comunista, y surgieron nuevos impulsos artísticos y múltiples debates intelectuales. La sensación de libertad no duró mucho. Gomułka se mostró "ortodoxo" o "dogmático" en sus políticas públicas, y bastante subordinado a la Unión Soviética. Sus intentos de una acomodación relativa entre el Estado, la Iglesia y la sociedad, y de resolver los problemas de la economía no acabaron de cuajar. Mientras tanto crecía una disidencia intelectual que provocó la crisis de 1968, seguida por la crisis en 1970, esta última a impulsos de la clase obrera que, a pesar de la ideología oficial de comunismo que proclamaba su protagonismo, estaba sometida a los intereses del Partido Comunista.

La *tercera fase 1970-1975* comienza con las huelgas de 1970, que acabaron con la etapa de Władysław Gomułka y trajeron al poder como Primer Secretario del Partido Comunista a Edward Gierek. En la primera parte de la época de Gierek, de 1970 a 1975, el Estado buscó reforzar su legitimidad mediante el crecimiento económico y cierta apertura al exterior. La estrategia económica parecía funcionar al principio y la sociedad disfrutaba de una mejoría de la calidad de vida, se abrieron las fronteras para viajar y se hizo posible establecer contactos intelectuales con otros países. La crisis económica en Occidente de los años setenta puso de manifiesto los fallos de la política de créditos de Gierek. Los créditos para los bienes de consumo fueron gastados mientras que los créditos de inversión no dieron los resultados esperados. La crisis económica trajo consigo descontento social y manifestaciones. Al mismo tiempo cambió el contexto internacional cuando en 1975 Polonia firmó la *Declaración de Derechos Humanos* aprobada por los 35 países participantes de la Conferencia de Seguri-

dad y Cooperación Europea de Helsinki. La disidencia política interna vio en los acuerdos de Helsinki una oportunidad para organizarse y presionar al Gobierno comunista para que respetara los derechos humanos en Polonia.

La *cuarta fase 1976-1980* arranca con las huelgas de los obreros en 1976, originadas por la subida de precios. La disidencia junto con la Iglesia liderada por el cardenal Wyszyński organizaron la defensa de los obreros-manifestantes perseguidos por el Estado. La oposición política se apoyaba en la experiencia reciente y la tradición de movimientos sociales de 1956, de 1968 y 1970. Fue evidente que no sólo había un problema de precios de los bienes de consumo, sino otro de gestión de la economía y de representación sindical auténtica "desde abajo" y no controlada por el Partido. Desde este momento ya todo se encadenó: la creciente oposición de los intelectuales y de la Iglesia, la elección del papa Juan Pablo II en 1978 y su visita a Polonia en 1979, que cambió el clima moral y emocional de la sociedad y, finalmente, las huelgas de los astilleros en 1980 que llevaron al arranque de *Solidaridad*.

LA INVASIÓN SOVIÉTICA Y EL EXPERIMENTO DE UNA SOCIEDAD TOTALITARIA (1944-1956)

Después de la Segunda Guerra Mundial, el destino de Polonia fue decidido en febrero de 1945 en la Conferencia de Yalta. Los tres grandes aliados, Churchill, Roosvelt y Stalin acordaron la creación de una Polonia independiente y democrática en su nuevo territorio comprendido entre la frontera oriental con la Unión Soviética, que seguía aproximadamente la Línea Curzon, y la frontera occidental con Alemania definida por los ríos Oder-Neisse. Además, Stalin se comprometió a ampliar el Gobierno provisional, implantado en Polonia en julio de 1944 por los soviéticos, con la inclusión de líderes designados por Polonia misma; este Gobierno iba a convocar unas elecciones libres y democráticas. Esas soluciones hubieran podido ser más o menos deseables pero en todo caso no llegaron a materializarse, porque los Aliados dieron carta blanca a Stalin para controlar la situación en Polonia y, por eso, para muchos polacos la Conferencia de Yalta fue una traición. Los acuerdos de la conferencia de Yalta, a la cual Polonia no había sido invitada, significaron la liquidación de

la Segunda República de Polonia formada en 1918. El gran drama de Polonia fue que el país salió de la pesadilla de la invasión nazi y la Guerra Mundial sólo para encontrarse con el sistema totalitario soviético estalinista.

La Polonia que emergió después de la Segunda Guerra Mundial era un 20 por ciento más pequeña que la Polonia de la Segunda República, había perdido casi diez millones de habitantes, y era el país más devastado de Europa[1]. Al finalizar los cinco años de una guerra terrible, en Polonia había, por un lado, una tendencia muy fuerte al retorno a la normalidad de la vida cotidiana y el deseo de reconstruir el país, sus instituciones, colegios, teatros, etc.; y por otro lado, una gran parte de la sociedad adoptó la postura de rechazo hacia el régimen comunista impuesto por Stalin. La policía de seguridad soviética NKWD *(Narodnyi Komissariat Wnutriennych Diel)* y la policía secreta polaca UB *(Urząd Bezpieczeństwa)* así como el conjunto del aparato de seguridad puesto en funcionamiento por las autoridades soviéticas y las nuevas autoridades polacas procedieron a los encarcelamientos sin juicio y a la muerte de miles de guerrilleros de la resistencia clandestina anticomunista y, en general, a la represión a la que me he referido antes[2].

Polonia se encontró bajo el control militar y político de la Unión Soviética, que había roto relaciones con un Gobierno polaco en el exilio de Londres que había sido reconocido por los estados occidentales, pero que permaneció en el exilio. La URSS retrasó las elecciones en Polonia hasta el 19 de enero de 1947. En un clima de manipulación y arrestos de los activistas polacos del Partido Campesino PSL *(Polska Partia Ludowa)* que rechazó unirse a una única lista electoral con el Partido Obrero Polaco PPR *(Polska Partia Robotnicza)* controlado por los soviéticos, las elecciones libres prometidas en Yalta fueron un gran fraude. Según los resultados oficiales, el PPR obtuvo el 80 por ciento de los votos, el PSL el 10 por ciento[3]. El poder en el nuevo Gobierno lo tuvo el Politburó del PPR cuyo Secretario General fue nombrado por Moscú. En diciembre de 1948, bajo las presiones soviéticas,

---

[1] En 1939 Polonia tenía 35 millones de habitantes; en 1946, 24 millones (Łukowski y Zawadzki, 2002:271).

[2] Entre 1945 y 1956 se firmaron 5.000 sentencias de muerte por motivos políticos; la mitad de ellas se ejecutaron (Łukowski y Zawadzki, 2002:276).

[3] Los archivos soviéticos recientemente abiertos para los historiadores revelan que el PSL recibió entre 60 y el 70 por ciento del voto popular (Łukowski y Zawadzki, 2002:274).

el Partido Obrero Polaco se fusionó con el Partido Socialista Polaco PPS *(Polska Partia Socjalistyczna)* en el Partido Obrero Unificado Polaco POUP *(Polska Zjednoczona Partia Robotnicza PZPR)* que gobernó en Polonia hasta 1989. Los partidos polacos anteriores a la guerra fueron disueltos o transformados en apéndices del POUP para crear la impresión de un pluralismo político. El POUP consiguió la hegemonía y el control de todas las instituciones del Estado tanto en el ámbito político como en el económico. Surgieron células organizativas del Partido en todos los lugares de trabajo y mucha gente se apuntó al Partido para hacer carrera. En 1944 había entre 20.000 y 30.000 miembros del Partido; en 1945 eran 235.000 y en 1947 eran 820.000 (Brzeziński, 1967:10). Las siguientes elecciones legislativas se convirtieron en una farsa en la cual el 99 por ciento del electorado votó a una única lista de candidatos presentada por el POUP. En esas condiciones, para la mayoría de los polacos el Gobierno comunista nunca gozó de plena legitimidad política.

En 1945, bajo el control político y militar de los soviéticos, se llevó a cabo la nacionalización de empresas y en 1949 empezó una cierta colectivización de la tierra. Según la nueva Constitución de 1952, los trabajadores industriales se convirtieron en la clase principal de la sociedad, y el país desde entonces se llamó República Popular de Polonia. Se impuso una economía planificada, y en 1950 el Estado se comprometió en un proceso de industrialización del país. Eso conllevó el desarrollo cuantitativo de una clase obrera que, de hecho, estaba compuesta de los jóvenes campesinos desarraigados de sus comunidades rurales y empleados en la industria con la promesa de un futuro glorioso. Aunque muchos se sentían desplazados y tenían graves problemas de adaptación, para miles de campesinos y trabajadores agrícolas se abrió una oportunidad de avance social en los nuevos centros urbanos y en las estructuras económicas y administrativas creadas por el Estado.

El Estado comunista se encontró a partir de este momento en un dilema particular en su relación con esta nueva clase obrera. Por una parte, se intentó legitimar como una "dictadura del proletariado". Pero, por otra parte, como lo demostraron los años siguientes, nunca pudo cumplir su promesa ni dar protagonismo político a esta clase, ni reconocerle unos sindicatos auténticamente representativos, ni siquiera satisfacer sus aspiraciones económicas. Por el contrario, la excluyó del poder (que reservó para el Partido Comunista en régimen de monopolio *de facto*), reprimió los movimientos obre-

ros, y se encontró con graves problemas a la hora de garantizar el crecimiento económico, o siquiera de dar satisfacción a las necesidades de consumo de esa misma clase (por lo que surgieron precisamente, de una forma u otra, y periódicamente, tales movimientos obreros).

Las tensiones internas dentro del Partido Comunista al querer crear una sociedad totalitaria

En los primeros años de la guerra fría, y en particular tras la ruptura con Tito en 1948, los soviéticos suprimieron cualquier disidencia interna en el seno del Partido Comunista. En Polonia, la reacción de Moscú fue la destitución de Władysław Gomułka, en septiembre de 1948, de su puesto de Viceprimer Ministro por proponer la vía "polaca" hacia el comunismo. Gomułka había sido un activista destacado del movimiento obrero polaco y miembro del Partido Comunista Polaco desde el 1926. Después de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual había luchado en la guerrilla contra la ocupación nazi, tuvo un papel muy activo en el Partido Obrero Polaco. Abiertamente criticó el exceso de la intervención soviética en los asuntos internos de Polonia después de la Segunda Guerra Mundial, y fue bien conocido por su oposición a la colectivización forzosa de la agricultura impuesta en 1948. Se le apartó de la dirección del Partido en 1949, y más tarde (1951) se le arrestó acusándole de "desviacionista nacional" (aunque fue rehabilitado por el Partido en 1956).

El adoctrinamiento marxista llegó a la política educativa y cultural. Se introdujo el ruso como lengua obligatoria en los colegios y se revisaron los planes de estudios y los proyectos de investigación científica e incluso los artísticos, para que cumplieran con los requisitos del marxismo-leninismo. Aparecieron las novelas, los poemas y las obras del arte sobre los éxitos del comunismo y sus heroicos trabajadores. Los artistas e intelectuales que no estaban dispuestos a glorificar al estalinismo fueron marginados y no podían publicar. Algunos sufrieron en silencio pero también muchos emigraron, como el poeta Czesław Miłosz quien, tras su defección a Francia, publicó en 1953 el libro *La mente cautiva (Zniewolony umysł)*, ofreciendo uno de los primeros análisis psicológicos de la vida en el sistema estalinista, de las grandes decepciones de los intelectuales y de su vulnerabilidad ante la censura y un ambiente de xenofobia obsesiva

(Miłosz, 1953). A los ciudadanos corrientes se les recomendó la uniformidad en el pensamiento y en el estilo de vida. Cualquier contacto con el mundo externo, cualquier manifestación del individualismo fueron condenados y en muchos casos terminaban en una acusación de espionaje. Denuncias, juicios políticos arbitrarios, duras condenas de cárcel o la prohibición de publicar se convirtieron en los elementos "normales" de la vida cotidiana de la sociedad polaca en los años del estalinismo.

El totalitarismo estalinista también arrinconó y trató de someter bajo su control a la Iglesia católica. En 1945 el Gobierno anuló el Concordato de 1925 con la Iglesia, y aunque en 1950 se firmó el acuerdo entre la Iglesia y las autoridades para hacer posible su coexistencia dentro de las nuevas condiciones del Estado comunista, muchas obras y organizaciones dirigidas por la Iglesia fueron disueltas, y las clases de religión en los colegios y los servicios religiosos en los hospitales y el ejército fueron prohibidos. En 1950, el Estado confiscó los bienes de la Iglesia. La crisis de las relaciones llegó en 1953 cuando el Estado intentó asumir el control sobre los nombramientos de la Iglesia y exigió un juramento de lealtad al Estado. Fue detenido el primado Stefan Wyszyński por negarse a aceptar estas medidas, y empezaron la persecución y los arrestos del clero y el cierre de iglesias (véase capítulo 3).

Diez años después de la Segunda Guerra Mundial, Polonia formaba parte del bloque comunista y tenía un sistema político que intentó imponer la hegemonía político-cultural marxista, y una economía comunista que alteró la estructura social. En su territorio se estacionaban las tropas soviéticas y su Gobierno fue en realidad dirigido por Moscú. En este contexto, el Estado comunista polaco siempre tuvo un problema de legitimidad: tuvo que justificarse ante el sentimiento de la nación que no aceptaba la "ocupación" soviética y justificarse con una mejora del nivel de vida, sobre todo de la clase obrera, que nunca llegó. Estos años de falsedades, maniobras y engaños resultaron en una profunda dicotomía entre "nosotros", la nación, la sociedad, y "ellos", el Gobierno, el Estado: una repetición de la experiencia de la dicotomía ya vivida por los polacos en los tiempos de las Particiones, a la que me he referido en un capítulo anterior.

Sin embargo, incluso en los peores años del estalinismo hubo un atisbo de comunismo polaco patriótico, capaz de algún grado de resistencia o de reticencia frente a la Unión Soviética, como hemos visto en el caso de Władysław Gomułka. Este rasgo político fue posible, den-

tro de ciertos límites, a causa de dos características más profundas que diferenciaron a Polonia de otros países de la Europa Central y del Este sometida a la Unión Soviética. Una fue el hecho de que la Iglesia católica siguió resistiéndose a los ataques del ateísmo estalinista, y la otra, la presencia de unos campesinos que, aunque quedaron subordinados al aparato de distribución del Estado, nunca fueron sometidos a una colectivización de tierras completa. Estos tres rasgos diferenciales del sistema comunista en Polonia, es decir, la Iglesia independiente, los campesinos libres y un modesto margen de diferenciación política del Partido Comunista polaco con relación al de la URSS, fueron muy importantes para el futuro desarrollo de la sociedad polaca y el sistema político y económico de Polonia, como demostraron los acontecimientos de las siguientes décadas.

EL PERIODO DE GOMUŁKA: EL "DESHIELO" Y EL FRACASO DE "LA VÍA POLACA AL COMUNISMO"

El "deshielo" tras la muerte de Stalin

Tras la muerte de Stalin en 1953, Nikita Jruschov se convirtió en Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética. En el XX Congreso del Partido Comunista Soviético en febrero de 1956, Jruschov pronunció un discurso criticando duramente a Stalin. Le acusó del asesinato de miles de comunistas, de ineptitud durante la Segunda Guerra Mundial, de soberbia y arrogancia, de fomento del culto de personalidad, de falseamiento del comunismo y de traición al legado de Lenin.

Hubo cambios muy significativos en la atmósfera intelectual de todo el bloque de países comunistas después de la muerte de Stalin. La novela de Ilia Ehrenburg, *El deshielo*, dio su nombre a todo el periodo. En Polonia, en enero de 1955, el Comité Central del Partido condenó públicamente la represión del periodo estalinista y hubo purgas importantes en la cúpula del Partido y del Gobierno. Władysław Gomułka, arrestado desde agosto de 1951, fue liberado en 1953, y rehabilitado en 1956. Pareció que el sistema de terror social se resquebrajaba. El Gobierno ordenó una amnistía, y unos 70.000 prisioneros políticos y comunes fueron liberados en masa; fueron restablecidas las

pensiones militares para los sobrevivientes de la resistencia antifascista del ejército polaco no-comunista, el Ejército Nacional *(Armia Krajowa)*[4].

En realidad, el sistema se estaba desintegrando desde su interior. Se derrumbaban, o al menos se agrietaban, los cuatro pilares en los cuales se apoyaba: la ideología, el terror, el control de la información y el liderazgo del Partido. El discurso de Jruschov criticó la ideología comunista, el pilar unificador del aparato de poder del Partido Comunista. El terror estalinista era el segundo pilar, pero las gentes dejaron de temerlo. Empezaron a pensar por sí mismas e intercambiar opiniones e información. Con ello se puso en cuestión el tercer pilar, el monopolio de información. La desestalinización debilitó la censura, y aparecieron denuncias y demandas para perseguir a los *aparatchiks* corruptos, junto con discusiones y críticas abiertas del sistema. Estas iniciativas espontáneas minaron el cuarto pilar más importante del sistema: el papel dirigente del Partido. El reconocimiento público por parte de los altos cargos del Partido Comunista de los "excesos" del estalinismo y las maldades cometidas contra la sociedad polaca causó un desorden dentro del Partido y fomentó unas críticas duras del periodo del estalinismo. El Partido Comunista polaco quedó aislado en medio de una población profundamente anticomunista. En su cúpula apareció una fisura entre los reformadores y los conservadores estalinistas. Los miembros que habían sido expulsados del Partido al principio de los años cincuenta fueron rehabilitados (Pełczyński, 1983:345).

Aunque las primeras reformas tuvieron un carácter meramente simbólico, el movimiento de oposición pronto adquirió impulso. Aparecieron periódicos independientes y clubes de discusión. Se habló con claridad en público de los defectos del régimen comunista. Los estudiantes y los escritores desempeñaron un papel decisivo en la expresión del descontento de las masas. *Po prostu* (Hablando claro), un periódico estudiantil, conquistó mucha popularidad al encabezar la lucha por la libertad. Hubo reuniones de masas y manifesta-

---

[4] *Armia Krajowa* fue el ejército clandestino durante la Segunda Guerra Mundial que organizó el 90 por ciento de la resistencia. Después de la guerra, las autoridades comunistas intentaron desacreditarlo y minimizar su papel, subrayando, en cambio, la importancia de otro ejército, más pequeño, de carácter comunista: *Armia Ludowa* (Ejército Popular). Al terminar la guerra miles de los soldados de *Armia Krajowa* fueron asesinados o encarcelados y torturados por los servicios secretos soviéticos y polacos (Kemp-Welch, 1999).

ciones en las calles de Varsovia y otras ciudades polacas. Todo parecía indicar que alguna forma de explosión social o política podía estar próxima.

Los acontecimientos de 1956: Gomułka al poder

El proceso de cambios en Polonia se aceleró decisivamente debido a la brutal supresión de las protestas de los obreros en Poznań en junio de 1956. Los obreros de una poderosa empresa industrial *(Henryk Cegielski)* llevaban tiempo reclamando la devolución de unos impuestos cobrados erróneamente y, finalmente, el 28 de junio, iniciaron una huelga y organizaron una manifestación, a la cual se unieron los obreros de otras empresas. Hubo disparos por parte de las fuerzas de seguridad. Las luchas callejeras duraron tres días y fueron reprimidas por unos 10.000 soldados y 400 tanques. El resultado fue de 78 muertos y unos trescientos heridos, amén de numerosos arrestos (Machcewicz, 1993:78). En el comunicado oficial, el Gobierno dijo que los disturbios habían sido provocados por unos saboteadores contra la joven democracia polaca. El Partido no podía admitir que había aplicado el terror de Estado para aplastar las demostraciones espontáneas de la clase trabajadora contra el Gobierno y el Partido.

Las tropas soviéticas se prepararon para intervenir en Polonia contra una posible contrarrevolución. En estas circunstancias, el Partido Comunista polaco buscó a un líder que gozara de apoyo social y respeto en el país. Después de unas largas disputas internas, y con el consentimiento de Jruschov, en octubre de 1956, Władysław Gomułka fue elegido para el puesto de Primer Secretario del Partido. En 1956, Gomułka fue considerado un salvador para muchos polacos, porque simbolizaba la resistencia al dominio soviético y personificaba la esperanza de conseguir una Polonia independiente, soberana y democrática. En aquellos momentos, Gomułka fue muy elogiado porque ahorró al país una guerra civil y la intervención soviética. En sus discursos utilizó un lenguaje distinto al de otros dirigentes del Partido y habló de varios caminos posibles hacia el comunismo, de modo que la gente pensó que su elección iba a traer consigo grandes cambios.

Sin embargo, Gomułka aseguró a los líderes soviéticos que Polonia continuaría siendo un miembro fiel del bloque comunista e hizo todo lo posible para recuperar el control de la vida política. Acabó con el terror estalinista pero dejó intactos otros elementos del Estado

comunista, sobre todo el papel dirigente del Partido y su nomenclatura, y la economía centralizada. Gomułka expulsó a la camarilla estalinista del Politburó y proclamó el "camino polaco" hacia el comunismo, cuyo rasgo más original fue la renuncia a la colectivización de la agricultura. Además, Gomułka liberó al cardenal Wyszyński, y la Iglesia polaca obtuvo concesiones importantes y pudo ejercer más influencia que en cualquier otro país del bloque soviético. En el parlamento se aceptó la presencia del grupo de los diputados católicos *Znak*, y se permitieron las clases de religión en los colegios (Tymowski, Kieniewicz y Holzer, 1990:320-329). De gran importancia simbólica fue, asimismo, el acuerdo con la Unión Soviética sobre la repatriación de más de 200.000 polacos detenidos desde el comienzo de la guerra en el territorio soviético (Garlicki, 1997:285).

El nombramiento de Gomułka y los cambios iniciados a partir del octubre de 1956 significaron una ruptura con el pasado estalinista que la población polaca aceptó con alivio y grandes expectativas mostrando aceptación y confianza en el Gobierno. Parecía estallar una nueva vida llena de creatividad, de lo que parecían ser signos las composiciones de música moderna de Krzysztof Penderecki y Witold Lutosławski, las películas de Andrzej Wajda y Roman Polański, las sátiras de Sławomir Mrożek, y las novelas de ciencia ficción de Stanisław Lem.

El 23 de octubre 1956, dos días después del nombramiento de Gomułka, en Budapest se celebró una manifestación de solidaridad con la política de deshielo en Polonia. Pero los húngaros fueron más lejos que los polacos en aquel momento. Acabaron exigiendo la plena soberanía de Hungría y su total independencia del control de Moscú. Los soviéticos no estaban dispuestos a tolerar semejantes reivindicaciones que ponían en peligro la alianza del bloque soviético. En Polonia, y a diferencia de lo que ocurrió al final con Imre Nagya, el Primer Ministro húngaro, Władysław Gomułka nunca había considerado la posibilidad de separar Polonia de la Unión Soviética. Gomułka quiso establecer relaciones de igualdad y de cooperación dentro del Pacto de Varsovia. Como es sabido, la Revolución de Hungría fue brutalmente suprimida por las tropas soviéticas, al tiempo que János Kádár, el hombre de Moscú, fue nombrado Primer Ministro y Primer Secretario del Partido Comunista que iba a formarse. A continuación, en Hungría se sucedieron varios años de represión y de terror político. Los acontecimientos en Hungría demostraron los límites de la tolerancia de la Unión Soviética; unos límites que Gomułka nunca pretendió poner a prueba.

El repliegue defensivo de Gomułka después de 1956

De hecho, pronto la campaña antiestalinista típica del periodo de deshielo se detuvo en Polonia. Los que habían creído que la muerte de Stalin inauguraría una nueva era de auténtica democracia interna en el Partido y la liberalización gradual del régimen, acabaron por comprender que eso no iba ocurrir. Gomułka, pese a su papel importante en octubre de 1956, en el fondo no aceptaba ningún pluralismo político auténtico, ni tampoco la democratización interna del Partido. Las concesiones realizadas a los intelectuales fueron retiradas gradualmente. *Po Prostu*, el periódico que había jugado un papel tan importante en la lucha contra los estalinistas, fue clausurado en octubre de 1957. Esta decisión originó disturbios callejeros de los estudiantes, que fueron dispersados por la policía. Muchos conocidos intelectuales se retiraron del Partido como protesta contra el restablecimiento de los controles culturales. Las grandes esperanzas nacidas en octubre de 1956 se desvanecieron lentamente, y dieron lugar a una fase de desilusión. Una vez Gomułka consolidó su poder, la antigua élite comunista se unificó otra vez en el nuevo régimen. Las represiones contra los disidentes se incrementaron en los años 1957-1958, y llegaron a ser peores que en el periodo estalinista (Osa, 2003:44). El régimen de Gomułka, inicialmente visto como relativamente liberal y heterodoxo, se convirtió en un pilar de la ortodoxia entre los países comunistas de Europa Oriental. Así, en la reunión plenaria del Politburó celebrada en los días 15-17 de mayo de 1957, Gomułka, que era un comunista ortodoxo y dogmático consecuente y, como tal, contrario a cualquier discusión interna dentro del Partido que pusiera en cuestión el liderazgo del Partido en la sociedad, abiertamente atacó a los reformadores y empezó una purga, cuyo resultado fue la expulsión del 15 por ciento de los miembros del Partido (Garlicki, 1997:286). Ni siquiera en los tiempos del estalinismo se había llevado a cabo una purga de una amplitud semejante.

La corriente disidente de los reformadores dentro del Partido Comunista fue iniciada por los intelectuales y activistas, en su mayoría miembros del Partido Comunista, que se consideraban marxistas-leninistas y se pronunciaban en favor del comunismo, pero criticaban duramente al estalinismo. Llamados despectivamente los "revisionistas" por los líderes e ideólogos oficiales del Partido, postulaban no una mera corrección del estalinismo sino un cambio radical del sistema

para recuperar los supuestos ideales originales del comunismo. El revisionismo fue una crítica de la ortodoxia del Partido, que proponía alguna forma de pluralismo político y los valores de la racionalidad y la democracia. En 1957 Leszek Kołakowski, un destacado filósofo, publicó un artículo que incluía la apelación a un cambio del sistema político y del Partido, y que se consideró como un manifiesto de los revisionistas polacos del periodo de post-estalinismo (Kołakowski, 1957). Kołakowski interpretaba el marxismo como un sistema abierto que se puede discutir y analizar y no como una doctrina cerrada, como lo había presentado el estalinismo. En el campo de la economía, los revisionistas proponían unas formas alternativas a la economía centralizada controlada por el Estado, y postulaban la democratización del sistema de planificación incorporando mecanismos de consulta con la clase obrera[5].

La corriente más radical del revisionismo la representaron dos jóvenes comunistas: Jacek Kuroń y Karol Modzelewski. En 1962 establecieron en la Universidad de Varsovia un Club de Debate Político, que se convirtió en un factor de fermentación en la universidad, donde los profesores y los estudiantes debatieron sobre la necesidad de una reforma económica y una liberalización tanto dentro del Partido como en Polonia misma. Kuroń y Modzelewski opinaban que en el sistema actual no era el proletariado sino la burocracia política del aparato central del Partido el que tenía un monopolio de poder en todas las instituciones y organizaciones del Estado y, por tanto, se había convertido en la clase dominante. El Partido, que poseía todos los medios de producción, explotaba a la clase obrera, que no tenía influencia alguna en las decisiones del Estado. Por lo tanto, argumentaban, era necesario presentar una "crítica marxista" del sistema actual, denunciar la pseudodictadura del proletariado como una (verdadera) dictadura *sobre* el proletariado por parte del Partido Comunista. Mediante esta crítica y su aplicación aspiraban a conseguir una verdadera democracia en la que el proletariado ocuparía un papel protagonista. Revindicaban el pluralismo de partidos, la autonomía de los sindicatos y una reforma del sistema económico-político que diera poder decisivo a la clase obrera. No confiaban en la eficacia de las reformas impuestas "desde arriba" y pensaban que solamente el movimiento

[5] Otros revisionistas más destacados fueron los filósofos Bronisław Baczko, Jerzy Szacki, Andrzej Walicki, y los economistas Oskar Lange, Michał Kalecki, Czesław Bobrowski, Edward Lipiński y Włodzimierz Brus (Friszke, 1994:146-148).

conjunto de los obreros y de la *intelligentsia* podría traer tales cambios. Sus análisis se presentaron en noviembre de 1964 en forma de "una carta abierta al Partido" *List otwarty do Partii* (Friszke, 1994:155). Gomułka, que no aceptaba (como ya he señalado) ninguna discusión sobre la reforma del partido y sobre todo del sistema, ordenó un proceso judicial contra "los elementos subversivos" y, en julio de 1965, Kuroń y Modzelewski fueron condenados a tres años de cárcel mientras que varios participantes de los debates del Club sufrieron diversas formas de persecución. El proceso fue comentado ampliamente en la prensa occidental, que vio en él el fracaso de un intento de diálogo entre el Estado y la sociedad.

Cabe señalar, sin embargo, que la simpatía que suscitó esta corriente disidente dentro del propio Partido por intelectuales y cuadros de una ideología más o menos "obrerista", que era la clave de la carta de Kuroń y Modzelewski, puso algunos límites a la represión total de los movimientos de protesta obrera en determinados momentos claves, por venir, en la historia de Polonia. De este grupo de disidentes salieron luego los activistas de la oposición de la *intelligentsia* que, junto con el movimiento obrero *Solidaridad*, impulsaron la transición de la Polonia comunista a la democracia. Hay que tener en cuenta, que por su propia orientación ideológica y el valor otorgado a las tareas de planificación y de influencia social, el régimen tenía que conceder una importancia fundamental a la *intelligentsia*. De hecho, en 1954 los intelectuales representaban el 39,5 por ciento del Partido Comunista, y en Varsovia llegaban a ser 64,7 por ciento del Partido (Brzeziński, 1967:242).

Los forcejeos con la Iglesia católica, la crisis de 1968 y las dificultades económicas

El ataque contra el revisionismo significó el comienzo de la lucha para controlar la conciencia de la sociedad, para lo cual el Partido tenía que vencer la resistencia de la Iglesia, que seguía teniendo una influencia muy significativa en esa sociedad. Las relaciones con la Iglesia empeoraron de nuevo en noviembre de 1965, cuando los obispos polacos escribieron una carta al episcopado católico alemán buscando reconciliación entre ambas naciones. La Unión Soviética y sus países satélites habían utilizado la posible amenaza del revanchismo de los alemanes como un argumento principal para mantener la alianza militar y políti-

ca del bloque comunista. Por tanto, el gesto de los obispos polacos fue considerado como una intervención inaceptable en la política exterior. Las autoridades polacas desencadenaron una campaña propagandística brutal contra la Iglesia acusándola de traición nacional. Se habían equivocado pensando que iban a sembrar desconfianza en la Iglesia de la sociedad polaca, que, aunque no conocía todos los detalles del conflicto, era muy consciente tanto de las maniobras de las autoridades para obstaculizar su participación en los actos religiosos, como de las persecuciones de los curas. Como efecto de las confrontaciones se consolidó la Iglesia y, sobre todo, la autoridad del cardenal Wyszyński.

Otra gran crisis de las relaciones llegó en 1957-1958 cuando la Iglesia anunció sus planes para celebrar en 1966 el milenario de la cristianidad en Polonia. Las autoridades comunistas rápidamente presentaron su propio plan de actividades no-religiosas para conmemorar el milenario del Estado polaco, y al mismo tiempo prohibieron las clases de religión en los colegios y construcción de nuevas iglesias. Las celebraciones organizadas por la Iglesia confirmaron la lealtad de los fieles y pusieron en evidencia el fracaso del Gobierno en su intento de romper la autoridad moral de la Iglesia católica (Szulc, 1995:226-237, 252-254).

A lo largo de la década de los años sesenta se fue poniendo de manifiesto cada vez más que no acababa de conseguirse una acomodación entre el Estado, la Iglesia y la sociedad, ni de resolverse los problemas económicos pendientes. Mientras tanto, crecía la disidencia dentro de la *intelligentsia*, cuya manifestación más importante tuvo lugar en marzo de 1968, y fue provocada, esta vez, por los estudiantes y los intelectuales. En el Teatro Nacional en Varsovia se estrenó la obra clásica de Adam Mickiewicz, *Los Antepasados (Dziady)*, sobre el levantamiento de los polacos contra Rusia en noviembre de 1830. La cúpula del Partido consideró que se trataba de una obra antisoviética y decidió el cierre del teatro. Después de la última función, cuando el grupo de estudiantes intentó llevar flores al monumento de Mickiewicz, la policía les dispersó brutalmente. Unas 35 personas fueron detenidas, y 9 castigadas con multas muy altas. El Ministro de Educación ordenó expulsar de la Universidad de Varsovia a dos estudiantes que informaron de los acontecimientos a una agencia de prensa francesa. El 8 de marzo de 1968 los estudiantes convocaron un mitin en la sede central de la Universidad de Varsovia para protestar contra la expulsión de sus colegas y para pedir más libertad. Unos dos mil estu-

diantes estaban participando en el mitin cuando de repente aparecieron autobuses con obreros liderados por los *aparatchiks*, que atacaron a los manifestantes. Como respuesta a esta agresión, una ola de manifestaciones estudiantiles se extendió por todo el país [6].

El Gobierno, alarmado por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en aquella época en Checoslovaquia, aplicó medidas severas, llevó a cabo una purga importante, y consiguió aislar las protestas estudiantiles de otros grupos sociales, en particular de la clase trabajadora, tratando de crear un clima de opinión antisemita y *anti-intelligentsia*. Muchas personas destacadas en la vida intelectual y política polaca fueron apartadas de sus cargos por ser de origen judío y acusados de sionismo. La represión antisemita de los años 1968-1969 forzó a unos 15.000 polacos de ascendencia judía a emigrar, muchos de ellos profesionales e intelectuales. Al mismo tiempo, con la crisis de 1968, el Partido aprovechó las circunstancias para eliminar por completo de su seno a los grupos liberales y revisionistas (Garlicki, 1997:318).

Crisis económica y agitaciones sociales

La situación económica tampoco mejoró en la década de los sesenta dado que en realidad no se introdujo ninguna de las prometidas reformas económicas. Continuó la planificación centralizada y la ineficacia del sistema obstaculizó la modernización de las granjas, y la escasez de alimentación, sobre todo de carne, se convirtió en un elemento casi permanente de la vida cotidiana de los polacos. Gomułka tampoco aceptó la idea de los consejos obreros independientes propuestos en octubre de 1956 y el Partido empezó a controlar otra vez a los consejos de obreros. De nuevo quedó de manifiesto que la clase obrera había sido reducida a objeto subordinado a los intereses del Partido.

Bajo el régimen de Gomułka, la economía polaca fue deteriorándose constantemente a lo largo de los años sesenta. En 1968 se notaron los síntomas más graves de la crisis y el Gobierno reaccionó con las llamadas "maniobras económicas" *(manewry gospodarcze)*, que consistían en limitar el nivel de vida de la población para conseguir medios financieros para las inversiones imprescindibles. Uno de los

---

[6] Para la cronología completa de las manifestaciones estudiantiles en 1968 y 1969, véase Friszke, 1994:224-267.

métodos fue, por ejemplo, introducir en el mercado un nuevo producto que, excepto por su precio, era igual que el anterior. Los resultados de estas maniobras perjudicaban a los presupuestos familiares pero también contradecían dramáticamente la propaganda del éxito de la política económica del Gobierno. Creció la frustración, y disminuyó radicalmente la confianza en Gomułka.

En términos generales, estaríamos ahora ante un episodio recurrente de la vida en la Polonia comunista. Según el economista polaco Zbigniew Landau, en la historia moderna de Polonia se habría repetido una y otra vez (1956, 1970, 1980, 1989) un ciclo de desarrollo económico que abarcaría tres fases: pro-consumo, de industrialización forzada y de "maniobras económicas". En la fase pro-consumo, el Gobierno quiere ganarse la sociedad y por ello da subvenciones y créditos, manipula los precios y consigue que se reduzcan los conflictos sociales y políticos. Esta fase aparentemente beneficiosa para la sociedad nunca dura mucho y es seguida por una industrialización intensa, que acaba provocando el empeoramiento del aprovisionamiento y una subida de precios para poder financiar las inversiones del Estado. En esta fase se agrava la política de represión para impedir cualquier manifestación de la resistencia social. Sin embargo, en el transcurso de unos años se hace evidente que el programa de la industrialización forzosa rompe el equilibrio de la economía. Entonces se recurre a una serie de "maniobras económicas", que suponen un incremento del consumo y algún grado de liberalización política, lo que, a su vez, da lugar a una revuelta social que provoca el cambio de la cúpula de Gobierno y el comienzo de una nueva fase pro-consumo. Según esta teoría, la crisis de los años sesenta sugería que se estaba entrando en una nueva fase del ciclo. Cuando Gomułka llegó al poder, la fase pro-consumo duró hasta 1958, en buena parte gracias a los créditos que Polonia recibió de la Unión Soviética y de los Estados Unidos. Al terminarse los créditos, y tras el intento de mantener el ritmo de una industrialización forzosa, llegó la fase de las "maniobras económicas" (Garlicki, 1997:285).

El 12 de diciembre de 1970, el anuncio por Gomułka de un aumento de los precios de la carne en un 17 por ciento (y de otros productos alimenticios hasta incluso un 36 por ciento) provocó manifestaciones masivas y huelgas en los astilleros de Gdańsk. Ningún representante del Partido se acercó para hablar con los huelguistas. Pronto las manifestaciones se extendieron a otras ciudades de la costa polaca. La policía utilizó gas y porras de goma para dispersar entre unos 12-15.000 manifestantes. Luego llegó el ejército, que disparó contra los manifes-

tantes. Hubo, según datos oficiales, 44 muertos, 4.165 heridos, y otros 3.000 golpeados brutalmente y encarcelados (Garlicki, 1997:326-327). Hasta entonces en la Polonia comunista nunca se había utilizado el ejército contra las masas de trabajadores. Los acontecimientos en los astilleros fueron una revuelta de la clase trabajadora a la cual no se unieron ni los estudiantes ni los intelectuales, para quienes seguía vivo el recuerdo de marzo de 1968, cuando los obreros, liderados por los *aparatchiks*, se enfrentaron violentamente con los estudiantes de la Universidad de Varsovia. La matanza de los trabajadores en huelga, que el Gobierno llamó "contra-revolucionarios", desacreditó definitivamente al régimen, y puso radicalmente en cuestión a la política del Primer Secretario del Partido Gomułka. Sus colaboradores más cercanos fueron puestos en minoría en la dirección del Partido y el 20 de diciembre de 1970 Edward Gierek fue designado por el Comité Central como nuevo Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco. Esta decisión tranquilizó por el momento a la nación.

LOS PRIMEROS AÑOS DE GIEREK (1970-1975)

Fue más fácil cambiar el equipo en el poder que resolver los problemas que causaron la revuelta en diciembre de 1970. Gierek adoptó una actitud conciliadora frente a los trabajadores y prometió una nueva política de carácter pragmático, sin el estorbo de trabas ideológicas. Antes de la Segunda Guerra Mundial Gierek había trabajado en las minas de Bélgica; luego fue miembro del Politburó en Polonia durante muchos años[7]. Tenía mucha experiencia en comunicarse con la clase trabajadora, y al principio supo ganarse su confianza. De modo que, cuando en un mitin en los astilleros, en enero 1971, explicaba la difícil situación económica de país y los inevitables problemas económicos de las familias obreras, y preguntó a los obreros, apelando im-

[7] Edward Gierek (1913-2001), ingeniero de minas, vivió en Francia entre 1923-1934, de la cual le expulsaron por militar en los sindicatos. Emigró a Bélgica y durante la Segunda Guerra Mundial luchó en la Resistencia. Al volver a Polonia en el año 1948 empezó a trabajar en el Comité Local del Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, en Katowice, el centro minero de Polonia. En los años 1970-1980 ocupó el puesto del Primer Secretario del Comité Central del POUP. En 1981 fue expulsado del POUP por los errores en la política del Partido 1976-1980 y por su responsabilidad personal por la crisis socioeconómica y política de Polonia.

plícitamente a un sentimiento de solidaridad nacional y a un pacto social tácito entre el Gobierno y la clase obrera, «¿(Me) ayudaréis?», éstos respondieron «¡(Te) ayudaremos!».

Durante los cuatro años siguientes parecieron cumplirse las promesas del nuevo líder. Gierek obtuvo el apoyo de la Iglesia católica a través de una política de concesiones y ganó la aceptación de la sociedad sin llevar a cabo reformas sustanciales del sistema, pero mejorando el aprovisionamiento y subiendo el nivel de vida de la población. Destinó las reservas de divisas para las importaciones de productos de consumo y en las tiendas aparecieron café, cacao y cítricos, todo un símbolo de "lujos prohibidos" en los tiempos de Gomułka. De hecho, hubo una notable mejora en el nivel de vida.

Al mismo tiempo, se relajaba la represión política y la propaganda oficial llamaba a la "unidad político-moral de la nación polaca" (Łukowski y Zawadzki, 2002:289), lo que fue subrayado con decisiones tales como, por ejemplo, la de reconstruir el Castillo Real de Varsovia destruido por los nazis, un símbolo importante del gran pasado histórico de Polonia. Disminuyeron las restricciones del control de pasaportes, empezó a desarrollase el turismo y, por primera vez, los polacos viajaron libremente al extranjero. Como resultado de ello, pudieron comparar su nivel de vida y la ineficacia del sistema comunista con el nivel de vida medio en el sistema capitalista. La experiencia cultural y política ganada a través de viajes al extranjero jugó un papel muy importante en el desarrollo de una postura crítica por parte de la sociedad polaca hacia el Estado comunista.

A pesar de todo, los cambios y las liberalizaciones mejoraron mucho la calidad de la vida cotidiana. Los problemas políticos se amortiguaron y el equipo de Gierek consiguió un estado de cierta estabilidad política. La falta de conflictos políticos, la ausencia de tensiones sociales y los primeros síntomas de la mejora económica incitaron a las autoridades a pensar que podían introducir ciertas reformas que aumentaran, todavía más, su grado de control sobre la administración. En otoño de 1972, fueron aprobados los decretos sobre sueldos y jubilaciones de los altos cargos del Partido que marcaban la importancia de la jerarquía del Partido. Por otro lado, empezó un proceso de aún mayor centralización del Estado. Entre 1972 y 1975, el Parlamento aprobó la liquidación de las células administrativas locales más pequeñas (distritos) que gozaban de cierta autonomía administrativa, y al mismo tiempo se incrementó el número de provincias (de 17 a 49) gobernadas por un representante del Gobierno central. Según la propaganda

oficial se trataba de simplificar el acceso de los ciudadanos a las autoridades, pero, en realidad, se trataba de reducir el poder de los 17 "barones" que podían exigir bastante influencia para obstaculizar algunas decisiones del Politburó, y se reforzaba la posibilidad de que éste manipulara a los 49 funcionarios nombrados al efecto por el Comité Central.

Las inclinaciones hacia la centralización se mostraron también en la fusión (en 1973) de todas las organizaciones juveniles y estudiantiles en una única Unión Socialista de la Juventud Polaca *(Związek Młodzieży Polskiej).* Finalmente, para terminar la reforma de centralización del Estado, el Gobierno propuso añadir a la Constitución polaca las enmiendas sobre la unión indisoluble de Polonia con la Unión Soviética y sobre el papel dirigente del Partido. Pero en este caso, el asunto del cambio de la Constitución suscitó una reacción de protesta de los intelectuales y de la Iglesia. Al Gobierno, que al parecer quedó totalmente sorprendido por esa reacción, le llegaron varias peticiones y protestas, siendo la más conocida la *Carta 59 (List 59)* de diciembre de 1975. Los firmantes de la carta, personas de prestigio, conocidos intelectuales, científicos y artistas, no solo se opusieron a las enmiendas propuestas, sino que también exigieron libertad para que los ciudadanos eligieran a sus representantes sindicales y políticos (Friszke, 1994:274). A pesar de esa viva campaña de protesta, fue aprobada la enmienda relativa al "papel dirigente del Partido", pero no prosperó la segunda enmienda sobre la alianza indisoluble con la Unión Soviética, que, según el memorial del Episcopado, limitaría la soberanía de Polonia. Esta movilización de los intelectuales tanto católicos como los antiguos revisionistas comunistas, consolidó a la oposición que empezó a jugar un papel muy importante en los próximos acontecimientos. La campaña de protesta contra las enmiendas de la Constitución demostró que la ideología oficial de Gierek de "la unidad político-moral de la nación polaca" era una ficción. Eso se comprobó, incluso se hizo más explícito, un par de meses más tarde.

El trasfondo de la situación económica

Aunque los índices de crecimiento industrial fueron muy altos y los astilleros, las industrias eléctricas y automovilísticas, y la agricultura realizaron progresos importantes, la situación económica de Polonia de nuevo se complicó en la segunda mitad de los años setenta, puesto

que Gierek basó el desarrollo económico del país en los créditos extranjeros que fueron a industrias para cuyos productos había cada vez menos demanda en los mercados mundiales. Desde 1971 hasta 1975 Polonia experimentó un *boom* económico sin precedentes. El crecimiento del producto nacional bruto para el periodo de estos cinco años fue 9,8 por ciento; las inversiones extranjeras crecieron 18,4 por ciento por año, y el incremento medio de los salarios en 1971-1975 fue del 7,2 por ciento (Błażyca, 1985:130, 120).

Hacia el final de la década de 1970, aparecieron en Polonia síntomas claros de una crisis generalizada, que abarcaba las esferas de la vida económica, social y política. A pesar de las grandes inversiones y los intentos de modernizar el país del equipo de Gierek, la economía polaca siguió siendo muy ineficiente[8]. La centralización y la burocracia redujeron su capacidad para mejorar el nivel tecnológico, y su flexibilidad para atender a las necesidades de los consumidores internos y los clientes extranjeros. Parte de los grandes créditos internacionales fue mal aprovechada. La incapacidad para aumentar las exportaciones hacia los exigentes mercados occidentales sumió a Polonia en una deuda que creció aceleradamente. La deuda aumentó por los intereses sobre las cuotas impagadas, así como por los esfuerzos del Gobierno para evitar a corto plazo un deterioro sustancial del nivel de vida, aumentando las subvenciones. La economía estaba recalentada y el balance comercial alcanzó una situación de gran desequilibrio, incrementándose las tensiones inflacionistas[9]. Ante el temor de una explosión de protestas sociales, el Gobierno se vio obligado a fijar los precios de muchos productos. Pero en esa situación, ocurrió lo único que podía suceder: las tiendas estuvieron cada vez peor abastecidas y las colas se hicieron cada vez más largas.

El temor a una explosión de descontento social llevó a los gobernantes a intentar una especie de soborno del personal de las principa-

---

[8] En 1975 las inversiones industriales que llegaron al 20 por ciento del Producto Doméstico Bruto en los tres años anteriores, bajaron al 10,9 por ciento y en el año siguiente fueron reducidas al 1,1 por ciento. En 1975 la producción agrícola cayó en picado hasta –2,1 por ciento y –1,1 por ciento en 1976, mientras que crecieron el déficit del comercio y la deuda (Ekiert, 1996:225).

[9] Los efectos a plazo corto visibles en el año 1975 fueron conseguidos a un coste muy alto: 10 billones de dólares endeudados con los bancos del Oeste. Los efectos a largo plazo fueron un desequilibrio persistente del comercio exterior, el mercado doméstico distorsionado, una espiral inflacionista y una deuda paralizadora (Pełczyński, 1983a:432-443).

les empresas industriales, donde, no sin razón, detectaban el mayor peligro. De modo que les pagaron unos jornales relativamente más altos que a otras plantillas, y les otorgaron ciertos beneficios complementarios. A pesar de ello, el Gobierno no logró neutralizar totalmente sus protestas, porque éstas se debían en parte a razones no económicas. Entre otras a la mala organización del trabajo, a las infracciones contra la seguridad en el trabajo con el consiguiente creciente número de siniestros, a la arbitrariedad de los directores de nivel medio y alto (por lo general pertenecientes al Partido), así como a la persecución sufrida por cualquier intento de crítica.

En 1976, después de dos malas cosechas fue necesario importar cereales y otros alimentos básicos y el Gobierno trató, en junio de 1976, de aumentar los precios de la carne (en un 69 por ciento), la mantequilla (50 por ciento) y el azúcar (100 por ciento) (Ekiert, 1996:225). Como reacción a ello, las huelgas estallaron en todas las regiones de Polonia. Las más importantes tuvieron lugar en la industria de armamentos en Radom, y en la factoría de tractores en Ursus. Al contrario que en 1956 y 1970, el Gobierno no utilizó armas de fuego contra los manifestantes, pero sí tuvieron lugar detenciones masivas de obreros, duros interrogatorios y condenas a muchos años de cárcel. Las represalias afectaron a unas 2.500 personas. El Gobierno se asustó y renunció a la subida de precios, acusando a los huelguistas de vandalismo y de gamberrismo.

El intento fracasado de ajustar los precios, el empeoramiento de la situación económica doméstica y la creciente inflación provocaron una situación de desastre económico en la segunda mitad de los años setenta. El producto nacional bruto disminuyó del 9 por ciento en 1975 al 2,3 por ciento en 1979 (Ekiert, 1996:226). En respuesta a la escasez de los productos básicos de la alimentación, el Gobierno introdujo el sistema de racionamiento de los bienes de consumo.

DOS FACTORES CRUCIALES: LA LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS Y LA ELECCIÓN DEL PAPA POLACO

Los disturbios de 1976 constituyeron un hito decisivo en la política polaca. Pese a las rápidas represalias del Gobierno, éste sufrió perjuicios incluso más severos que en 1970. Los acontecimientos de junio de 1976 tuvieron una consecuencia inesperada: incitaron las actividades de la oposición, que el Gobierno no fue capaz de reprimir, y que pro-

porcionaron las bases para una alianza entre la clase trabajadora y la *intelligentsia*. Al mismo tiempo, cambió el contexto internacional. Para empezar, en 1975, Polonia había firmado, junto con otros 35 estados, los acuerdos de Helsinki, que confirmaron las fronteras existentes entre los países europeos, y obligaron a los países signatarios a garantizar y respetar los derechos y libertades políticos fundamentales. De hecho, la *Declaración de Derechos Humanos* fue publicada entonces en Polonia por primera vez y se convirtió en el documento básico de la oposición polaca (Friszke, 1994:278-281).

En septiembre de 1976 un grupo de trece intelectuales estableció en Varsovia una organización cuyo objetivo fue defender y proporcionar ayuda legal y económica a los obreros víctimas de las represalias. El Comité para la Defensa de Obreros, KOR *(Komitet Obrony Robotników)*, no tenía un programa político propiamente dicho, sino que proponía unas acciones muy concretas, por eso, entre su miembros se encontraban personas jóvenes y mayores de biografías políticas distintas y con varias orientaciones ideológicas. Desde el principio las actividades de KOR fueron públicas y visibles, lo que puso al Gobierno en una situación muy difícil si quería someter a represalias a las personas que no ocultaban sus acciones y además contaban con amplia aceptación social. La mayoría de los miembros de KOR eran intelectuales conocidos y respetados en Polonia y, aunque los miembros de KOR fueron objeto de muchos actos de hostigamiento e intimidación, como despidos del trabajo, prohibición de publicar o registros domiciliaros, no fueron procesados o encarcelados. Gierek no podía permitirse infringir los derechos humanos recién aprobados en la conferencia en Helsinki, si quería conseguir más créditos extranjeros [10].

Aunque los grupos de la oposición se componían fundamentalmente de intelectuales y estudiantes, pudieron enlazar con algunos círculos de obreros. La actividad de la oposición fue más importante en el litoral próximo a Gdańsk, donde aún se recordaban las protestas obreras de 1970, brutalmente reprimidas por la policía y el ejército. A partir de 1976 se establecieron en varias ciudades de Polonia múltiples organizaciones de oposición de distintos grupos profesionales y clases sociales, que adoptaron básicamente el mismo modelo de actividades orientadas a la defensa de los derechos humanos y a documentar los abusos de poder, la incompetencia y la corrupción de los

[10] Un análisis pormenorizado de los dirigentes del KOR puede verse en Blumsztajn, 1985:91-114.

aparatchiks del Partido. Se desarrolló toda una industria de publicaciones clandestinas y se multiplicaron los circuitos y las redes de distribución de la llamada "segunda circulación" *(drugi obieg)*, que tuvo una influencia muy importante, y creciente, en la opinión pública. Se calcula que la circulación clandestina en total llegaba a treinta mil copias y tenía unos tres millones de lectores (Blumsztajn, 1985:283-289).

Además de sus actividades públicas, KOR mantuvo otras publicaciones clandestinas: el *Boletín Informativo (Biuletyn Informacyjny)*, que desafiaba el monopolio de información por parte del Gobierno, y la revista literaria *Registro (Zapis)*, que publicaba textos de los escritores y científicos polacos prohibidos por la censura.

Otros ejemplos de las actividades de la oposición fue la fundación de la Sociedad de Cursos Científicos TKN *(Towarzystwo Kursów Naukowych)* que patrocinaba seminarios organizados por la Universidad Volante *(Uniwersytet Latający)*. Destacados intelectuales ofrecieron clases de historia y pensamiento crítico en apartamentos privados y en las iglesias a círculos amplios de alumnos. Al mismo tiempo un grupo de intelectuales tanto de la oposición como relacionados con el régimen estableció un club de debate, el Foro Experiencia y Futuro DiP *(Doświadczenie i Przyszłość)* que, pese a los problemas con las autoridades, divulgó una serie de informes sobre el estado dramático de la situación política y económica de Polonia (Blumsztajn, 1985:495, 499, 517).

La oposición se componía de varios grupos, que competían entre sí y partían de orígenes distintos. La integraban los representantes del anticomunismo de los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial; los dirigentes católicos, que intentaban mantener su independencia de los comunistas a través de una actividad política y periodística legal, tales como la de los grupos de los periódicos *Tygodnik Powszechny* y *Więź;* los antiguos comunistas que tras intentos "revisionistas" de enmendar el sistema, lo habían rechazado; y las nuevas generaciones de estudiantes e intelectuales en búsqueda de nuevos modelos históricos.

Uno de los grandes logros de la oposición democrática de los años setenta fue la creación de un nuevo discurso político que hizo posible una alianza entre la Iglesia católica y la izquierda democrática, que permitió monopolizar iniciativa política y ganar apoyo social. Este nuevo discurso político se centró sobre los conceptos de derechos humanos y políticos, legalidad, responsabilidad individual, derechos personales. La Iglesia católica polaca estuvo abierta a dialogar, tam-

bién con los no-creyentes, ya en los años sesenta y su postura fue bien representada por la Asociación de los Círculos Católicos y el club parlamentario *Znak*, la revista *Więź*, y los Clubes de Intelectuales Católicos. Pero tan sólo las publicaciones de dos líderes de KOR, Bohdan Cywiński y Adam Michnik, definieron la postura abierta y dialogante de la oposición democrática de izquierdas.

El libro de Bohdan Cywiński, *Orígenes de los no-sumisos (Rodowody niepokornych)*, fue una oferta de diálogo y cooperación con la Iglesia por parte de los intelectuales ateístas de izquierdas que se oponían al sistema comunista. Cywiński, el activista de la Asociación de los Círculos Católicos *Znak*, indicaba una perspectiva de cooperación entre los católicos liberales y los intelectuales no-católicos en defensa de las libertades humanas. En su libro presenta la generación de la *intelligentsia* polaca al final del siglo XIX y los comienzos del XX; analiza su sistema de valores, la mentalidad y su *ethos* aludiendo al mismo tiempo a la situación política de Polonia comunista. Sus protagonistas rechazaban conformidad, marasmo y resignación. Unidos en la postura de rebelión y apoyo mutuo se sentían libres y la libertad fue un valor superior para ellos. Lo entendían como libertad política, social y económica, libertad en expresar su ideología y religión, el respeto para la dignidad humana y el derecho de manifestación. Tanto estas convicciones como la responsabilidad por la patria y la nación obligaban a comprometerse a defender estos valores. Este *ethos* de un intelectual radical parecía cercano a las inspiraciones auténticas de la ética cristiana. Cywiński defendía la apertura de la Iglesia católica polaca hacia «todos los valores humanos auténticos incluso estos que encontramos fuera de la Iglesia» (Cywiński, 1971:387).

Por otra parte, en el ensayo sobre la Iglesia y las izquierdas *La Iglesia, la izquierda y el diálogo (Kościół, lewica, dialog)*, Adam Michnik puso de relieve la misión antitotalitaria de la Iglesia y su lucha con el sistema comunista desde 1945. En este amplio e innovador trabajo, Michnik presenta la historia de la Iglesia católica en Polonia después de la Segunda Guerra Mundial recalcando el carácter antitotalitario de la enseñanza por parte de los obispos. Demuestra que la Iglesia fue perseguida y marginada por el estado ateo y que esta situación no era bien comprendida por la izquierda laica que al defender los derechos humanos había olvidado que eso incluye también el derecho a profesar una religión. La obligación política de la izquierda laica era «defender la libertad de la Iglesia y los derechos de los cristianos sin tomar en consideración qué opinamos sobre el papel que tuvo la Igle-

sia hace 40 años y que puede tener al pasar los siguientes 40 años. Los derechos humanos son para todos o no son para nadie» (Michnik, 1977:96)[11]. Michnik arguye que el encuentro entre la izquierda laica y la Iglesia puede ser una posibilidad única para romper con la división católico-laico y para sustituirlo con el pluralismo de la cultura polaca. Michnik propone a la Iglesia una cooperación en la lucha para recuperar los derechos humanos y la soberanía social controlados por el régimen comunista y para fomentar una cultura polaca pluralista. El libro fue un impulso por parte de la *intelligentsia* laica para un acercamiento hacia la Iglesia católica polaca y a la religión y dio comienzo al diálogo entre la izquierda laica y la Iglesia católica. Diálogo que, por otra parte, provocó unas reacciones importantes dentro de la jerarquía de la Iglesia polaca: desde la distancia del primado Wyszyński hasta la aceptación del cardenal Karol Wojtyła.

La Iglesia polaca después de los años de conflictos con las autoridades comunistas, a partir de 1970 se convirtió en una institución al parecer políticamente neutral. Las reuniones del primado Wyszyński con Gierek o de los obispos con los líderes del Partido, y el establecimiento de las relaciones oficiales con el Vaticano aparentaban incluso una cooperación. Tanto la cúpula de la Iglesia como los párrocos se dedicaban a reclamar más concesiones para los creyentes y permisos para la construcción de iglesias, pero evitaban posibles querellas con las autoridades. La situación empezó a cambiar en 1975-1976 cuando el Episcopado se involucró en la crítica de las enmiendas a la Constitución y en la defensa de los obreros oprimidos después de los disturbios en junio de 1976. El primado Wyszyński trató de convencer a Gierek para que renunciara a las represalias. En estos años se fortaleció la gran autoridad social y política de Wyszyński, quien fue visto como un propulsor de cambios evolutivos, abierto hacia la oposición pero también leal a las autoridades.

Continuando la tradición de la cultura pública en contra del Estado, que se había desarrollado en la época de las Particiones, la oposición y la Iglesia desarrollaron en los años setenta un discurso simbólico contra la hegemonía del lenguaje y el estilo oficial del Partido. Este discurso permitió a la sociedad desafiar y finalmente rechazar la reclamación de legitimidad por parte del Estado comunista[12]. Las acti-

[11] Véanse también los testimonios de Blumsztajn, 1985 y Kuroń, 1989.

[12] El concepto del discurso contrahegemónico se desarrolla en Kubik, 1994:256-265.

vidades simbólicas de las protestas y de las ceremonias religiosas ayudaron a definir la identidad de la nación independientemente del lenguaje oficial del sistema comunista y a revitalizar el *ethos* nacional de la oposición desarrollado durante las Particiones en el siglo XIX. Los cursos científicos y publicaciones clandestinas desafiaron la historia "oficial" y permitieron construir puentes entre la filosofía y ética cristiana y la política de la oposición secular. El discurso simbólico devolvió a la vida pública varios principios políticos, tales como la democracia y la libertad de expresión y reunión, considerados "obsoletos" por el régimen. Las manifestaciones y las ceremonias organizadas por la Iglesia y la oposición, a través de las cuales la sociedad hizo frente a los símbolos de poder del Estado con su propio simbolismo independiente, fueron una de las expresiones más importantes de la actividad cívica.

Un régimen ilegítimo puede sobrevivir durante bastante tiempo, mientras esta ilegitimidad es expresada solamente en los discursos privados de los ciudadanos. Tan pronto como el discurso privado se convierte en público, su función social cambia. La formación de un discurso público contrahegemónico tiene un impacto significativo en el proceso de defunción del régimen y en el orden sociopolítico emergente. La negación de la legitimidad del Estado no es una razón suficiente para el colapso del régimen, pero dada la censura preventiva y el monopolio del Estado comunista sobre los medios de comunicación, este fenómeno llegó a ser una de las principales características de la vida social (Przeworski, 1986:51).

El 14 de octubre de 1978 Karol Wojtyła fue elegido papa Juan Pablo II. Esa elección galvanizó el país[13]. De hecho, el Papa polaco abrió un paraguas protector sobre la Iglesia polaca y la oposición. Todos los grupos de la oposición compartían algunos temas y resentimientos comunes, pero para la aproximación de unos a otros fue fundamental la experiencia masiva que la sociedad polaca vivió durante la visita del papa Juan Pablo II a Polonia en junio de 1979.

La visita tuvo lugar entre el 10 y el 12 de junio de 1979 y se convirtió en un acontecimiento religioso, patriótico y político. La precedieron unas negociaciones largas y complicadas en las cuales el Gobierno

---

[13] Un testimonio de ese sentimiento colectivo de júbilo con la elección puede verse en Blumsztajn, 1985:79. Ese sentimiento llegó a afectar con las reservas, comprensibles, a los propios dirigentes comunistas, como sugiere el testimonio de Edward Gierek en Szulc, 1995:308.

presionó a la Iglesia para que se alejase de la oposición y para que el Gobierno pudiese influir (censurar) los textos de los discursos del Papa. El Gobierno no consiguió ninguno de estos dos objetivos. La televisión polaca manipuló la transmisión para no mostrar la multitud de fieles que participaron en las misas celebradas por el Papa. El Papa en sus discursos subrayó la unidad histórica de la Iglesia y de la nación polaca; habló sobre los daños, perjuicios e injusticia social sufridos por culpa de los países vecinos pero jamás pronunció sus nombres. La visita del Papa transformó a Polonia. En el nivel social, afectó al discurso público. En el nivel individual, cambió la actitud de la gente. En sus sermones Juan Pablo II desarrolló la filosofía cristiana del trabajo, habló de dignidad del trabajo y articuló los problemas sociales y políticos en una manera mucho más convincente que el discurso oficial del comunismo al cual la gente estaba acostumbrada. Los sermones del Papa rompieron el monopolio del Partido-Estado para los discursos públicos ofreciendo una visión no-marxista de la vida.

La visita causó una renovación de la sociabilidad, del valor de la sociedad como tal. Millones de gente organizadas no por el Estado sino por los voluntarios dirigidos por la Iglesia, se congregaron respetando el orden y la disciplina, para celebrar "su" Papa. La gente se dio cuenta que la organización civil de la sociedad "fuera" del Estado comunista oficial era posible. El Papa revigorizó en las ceremonias públicas los símbolos de la nación, el catolicismo y la sociedad civil de un modo que al tiempo que reivindicaba las demandas de la sociedad civil, afirmaba el papel de la Iglesia en guiarla (Colas, 1992:39). La sensación de que la comunidad de la nación pueda existir al margen del Estado comunista se hizo patente en todos sectores de la sociedad, incluyendo los obreros. Juan Pablo II emergió como el símbolo central de la identidad nacional y como una autoridad moral indiscutible.

Esta visita fue crucial para el ulterior desarrollo del movimiento de la oposición. La visita del Papa demostró a la sociedad y al Gobierno comunista que Polonia se había liberado ya en gran medida del sistema político. La visita era una manifestación de pluralismo ideológico, y durante ella los centenares de miles y millones de participantes en las misas y los encuentros con el Papa demostraron que no tenían ninguna fe en la ideología marxista, ni respeto por un Partido que prohibía la participación de la Iglesia católica en los asuntos de la nación. Cristalizaba así la fusión entre un movimiento disidente de ámbito nacional con los sentimientos y los símbolos del catolicismo, que siempre habían tenido un lugar prominente en la identidad y la conciencia na-

cional polaca (Kubik, 1994:144-145). La primera visita del Papa a Polonia mostró una unidad de polacos, la Iglesia fue vista, más que nunca, como un símbolo de la independencia de la sociedad polaca y resistencia contra el sistema comunista. Para muchos analistas políticos la visita del Papa en junio de 1979 despertó la sensación de la unidad de la nación polaca y fue "el comienzo del final" de la etapa comunista en la historia de la Europa del Este. La visita del Papa fue seguida por el nacimiento de *Solidaridad* y sin la visita del Papa es dudoso que hubiera aparecido *Solidaridad* (Ash, 1990a:133).

En 1980 cuando estallaron las huelgas contra un intento del Gobierno de subir los precios, por primera vez la triple alianza entre la Iglesia, los obreros y la *intelligentsia* sentó las bases de la revuelta contra el aparato del Partido Comunista y el Estado. Y por primera vez en el periodo de post-guerra, el Partido Comunista se vio obligado a negociar con las organizaciones independientes y fue forzado a ceder su control sobre amplios campos de la vida social y política.

5. *SOLIDARIDAD*, SU NACIMIENTO Y SU ETAPA LEGAL

Recapitulo a continuación las enseñanzas que se deducen del capítulo anterior. Si centramos la atención en la clase obrera polaca, para 1980 nos encontramos con una clase obrera que (a) se ha entrenado en unas operaciones de protesta y de movimiento social, de manera relativamente autónoma, (b) cuenta con el apoyo de la Iglesia, (c) que, a su vez, goza de un margen de tolerancia importante y que tiene cada vez más confianza en sí misma, (d) cuenta con el apoyo de unos círculos disidentes, (e) que, a su vez, están en un proceso de diálogo con la Iglesia, (f) se enfrenta con un régimen comunista que se siente en la necesidad de justificarse apelando a su capacidad para mejorar la situación económica, pero (g) que no acaba de atinar a mejorarla, y que además (h) tiene alguna reluctancia a aplicar duramente el aparato de represión a esa sociedad más allá de cierto límite, y todo esto ocurre teniendo como testigo de los hechos (i) una sociedad con un alto sentimiento patriótico y religioso, que no se siente identificada con el régimen aunque pueda acomodarse a él, y que sufre las consecuencias de la crisis económica.

En estas condiciones, lo que queda para transformar un potencial de acción colectiva en la realidad de un movimiento dirigido a poner en cuestión el sistema por parte de esta clase obrera, es la conjunción contingente de una serie de circunstancias: un agravamiento de la crisis económica, el liderazgo de un núcleo que toma la decisión de establecer una organización más o menos permanente, la formulación de un modelo alternativo (en todo o en parte) al modelo de sociedad existente, la expresión del apoyo de un segmento importante de la sociedad a tal iniciativa y la inhibición (relativa) del régimen a reprimirla. Si tal conjunción se da, el resultado es, por lo pronto, la transformación del tejido social con la aparición y el desarrollo de una organización o un movimiento social con una identidad compleja, una filosofía y un programa de acción, y una organización singular que, a su vez, impulsará una red de organizaciones a su alrededor y se situará en su interior, todo lo cual, a su vez, transformará el espacio público.

LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL DE 1980 Y EL NACIMIENTO DE *SOLIDARIDAD*

En la primera mitad de 1980, el deterioro de la situación económica de Polonia alcanzó proporciones dramáticas. La inflación creciente hizo que muchos productos desaparecieran de las tiendas. A partir del 1 julio de 1980, una oleada de huelgas se extendió por toda Polonia. El motivo inmediato de la movilización fue aparentemente menor; en realidad la tensión había alcanzado tales proporciones que bastaba el menor pretexto para provocar una explosión. Los huelguistas protestaban contra la subida de los precios de algunas clases de carne y productos cárnicos, que por sí solos no tenían mayor efecto sobre el nivel de vida, puesto que hacía muchos meses que el Gobierno venía subiendo los precios indirectamente, mientras que el mercado había quedado desabastecido de casi todos los artículos comestibles y de muchos productos industriales por la inflación. Esta vez el Gobierno de Gierek estaba dispuesto a negociar, y en muchos sectores de la industria los obreros consiguieron una subida de salarios. Sin embargo ello no fue suficiente, y así comenzó una ola de huelgas.

La más decisiva fue la huelga y la ocupación del astillero en Gdańsk. Empezó el 14 de agosto de 1980. El líder del comité de huelga era Lech Wałęsa, uno de los dirigentes de la huelga de 1970 y miembro de los sindicatos independientes, formados clandestinamente en 1978. Aparte de las protestas contra la subida de precios, los huelguistas exigieron el retorno al trabajo de Lech Wałęsa y Anna Walentynowicz, echados por participar en la huelga de 1970 y por organizar el sindicato obrero clandestino, así como por haber erigido un monumento dedicado a la memoria de los obreros muertos en 1970. Al día siguiente, la huelga se extendió a otras empresas del litoral de Gdańsk y el 17 de agosto surgió un Comité Interempresarial de Huelga MKS *(Międzyzakładowy Komitet Strajkowy)*, bajo la dirección de Lech Wałęsa y con una participación decisiva de los dirigentes de los sindicatos independientes. El 18 de agosto, 156 empresas estaban ya representadas en el comité. El comité de huelga presentó 21 demandas, de las cuales 7 eran políticas, siendo la más importante la exigencia del derecho a establecer sindicatos independientes. Los huelguistas recibieron muchas manifestaciones de apoyo de todo el país. La oposición organizó la difusión nacional e internacional de la información, que el Gobierno intentaba ocultar. El 20 de agosto llegaron al as-

tillero en Gdańsk, Tadeusz Mazowiecki, un importante periodista católico, y Bronisław Geremek, historiador y miembro de KOR, con una carta de apoyo para los huelguistas firmada por 64 intelectuales. Mazowiecki y Geremek establecieron un Comité de Expertos que jugó un papel muy importante en las negociaciones con el Gobierno. El Gobierno reaccionó precipitadamente y mandó detener a varios dirigentes de la oposición (Holzer, 1995:8-9).

La dirección del Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, no tenía una idea clara de lo que debía hacer. Moscú exigía dureza en combatir los movimientos huelguistas, pero no prometía ninguna ayuda directa. Cuando los representantes del Gobierno, muy debilitado por las luchas personales en la cúpula del Partido, llegaron a Gdańsk para negociar con los huelguistas, el Comité de Expertos ya estaba al lado de los obreros para asesorarles [1]. Bajo la presión de Moscú, que exigía terminar las huelgas pero no ofrecía ayuda económica, y bajo la presión de la creciente oleada de huelgas, que se extendió a las minerías de Silesia, el viceprimer ministro Mieczysław Jagielski y Lech Wałęsa firmaron el 30 de agosto de 1980 los *Acuerdos de Gdańsk*, que, entre otras cosas, permitieron establecer sindicatos autónomos y libres.

Durante la noche del 5 al 6 de septiembre de 1980, la dirección del Partido fue sometida a nuevos cambios. La destitución de Edward Gierek ya había sido preparada con la aprobación de Moscú, pero la decisión resultó aún más fácil de tomar porque el jerarca comunista había sufrido un infarto de miocardio y estaba en un hospital. Tal y como estaba previsto, Stanisław Kania fue elegido Primer Secretario del Comité Central del POUP. Aparte de los partidarios de medidas conciliatorias y de acuerdos con los huelguistas, la nueva dirección del Partido contaba también con miembros que deseaban que el Partido pasase a la ofensiva tan pronto como fuera posible.

Si bien el Comité Central había aceptado los acuerdos de agosto y algunos "liberales" del Partido los apoyaban, ni siquiera estos últimos se percataban de la realidad de la situación. No se trataba de una nueva línea que el Partido estaba adoptando, sino de una situación de fuerza ante la cual cedía. Es posible imaginar que un reducido grupo de sus dirigentes estuvo dispuesto a modificar el modelo del sistema comunista en Polonia y respetar los acuerdos firmados, en una interpretación lo más ajustada posible a sus intereses, pero, aparte de algu-

---

[1] Sobre la relación entre los dirigentes del KOR y el Comité de Expertos véase Blumsztajn, 1985:122.

nas pocas declaraciones, no hay muchas pruebas de que haya sido así. Más bien parece que en los centros de decisión y en los estamentos del poder, en aquellos momentos, prevalecía la tendencia a incumplir los acuerdos en cuanto fuera posible, someter a la sociedad y reinstaurar el poder ilimitado del Partido.

El Partido modificó, sin embargo, su retórica y, para describir la situación en curso, adoptó la noción "del contrato social" y apeló al patriotismo tradicional, expresado en términos del interés nacional de todo el pueblo polaco. Durante este periodo la cúpula del Partido fue capaz de mantener la imagen de unidad del Partido y su coherencia institucional, aunque en realidad el Partido experimentó la confusión creada por el nacimiento de *Solidaridad*. De hecho, se pudo observar un extraordinario declive del número de sus miembros: se calcula que más de 750.000 miembros del POUP (una cuarta parte del total), en particular obreros e intelectuales, se afilió a *Solidaridad* y al mismo tiempo abandonó el Partido[2].

Pero también los vencedores del momento, los líderes de *Solidaridad*, carecían de una perspectiva clara. Amplias masas de los huelguistas así como una parte sustancial de la sociedad estaban encantados con el éxito. Hacían caso omiso del peligro de una intervención soviética directa en Polonia y consideraban que el método de huelgas con ocupación de las empresas dejaba a las autoridades comunistas indefensas. Sin embargo, no pensaba así la mayoría de los opositores que habían militado durante los años anteriores. Consideraban que una intervención soviética armada sería ineludible tan pronto como el desarrollo de la situación en Polonia empezara a conducir hacia el derrocamiento del régimen comunista. Por lo tanto buscaban un compromiso. Así surgió la idea de la *revolución autolimitada*, que consistiría en presionar constantemente a los comunistas para evitar su contraofensiva, y al mismo tiempo en limitar las demandas propias, y presentar exigencias moderadas. Se trataba de propiciar las movilizaciones de masas, moderándolas y frenándolas al mismo tiempo[3]. A pesar de su fuerza política, las limitaciones que se autoimpuso *Solidaridad* y el programa "antipolítico" que adoptó, heredado de la oposición de los

---

[2] En el año 1982 el total de los afiliados fue 2.327.000 comparado con 3.092.000 en 1979. Para los detalles sobre el cambio de afiliación véase Sułek, 1990:499-511.

[3] La noción de revolución autolimitada fue introducida por la socióloga polaca Jadwiga Staniszkis que fue uno de los expertos que ayudaron a formar los programas de *Solidaridad* en 1980-1981 (Staniszkis, 1984).

años setenta, salvaron al Estado de un colapso inminente, y disiparon el peligro de la intervención militar soviética. Esta situación creó una paradoja: aunque *Solidaridad* tenía suficiente poder político para bloquear las políticas del Gobierno, se encontraba excluida, principalmente por su propia iniciativa, de participar en importantes decisiones políticas y económicas. Por esto más tarde, cuando el Gobierno, en su forcejeo con *Solidaridad*, desatendió la aplicación de sus propias políticas públicas y la prosecución de las reformas económicas, se creó un vacío político debido tanto a la falta de acción del Gobierno como al hecho de que *Solidaridad* no estaba preparada ni orientada a suplirla. Al mismo tiempo la postura de la autolimitación provocó muchas tensiones internas en *Solidaridad* y cierta crisis de identidad entre sus líderes.

LA RELACIÓN ENTRE *SOLIDARIDAD* Y EL GOBIERNO

Los primeros pasos

En septiembre de 1980, en toda Polonia empezaron a organizarse comités sindicales de empresa o regionales. Se creó así una red de treinta y cinco organizaciones territoriales, que fue la fuerza impulsora a la hora de establecer la estructura del sindicato. Cuando sus representantes se reunieron en Gdańsk el 17 de septiembre de 1980 y establecieron un único Sindicato Independiente Autónomo de Trabajadores *Solidaridad*, ya contaban con tres millones de miembros (Friszke, 1994:577).

Ni el Gobierno ni el Partido asumieron consecuentemente la existencia de *Solidaridad* y trataron de impedir la formación de la organización sindical en las provincias e incluso en las empresas, de modo que, muchas veces, los obreros tuvieron que recurrir a huelgas locales para hacerles ceder. Tampoco se hicieron efectivos los aumentos salariales acordados en agosto, de modo que *Solidaridad* decidió recurrir a una huelga intimidatoria a escala de todo el país el 3 de octubre de 1980. Esa medida contribuyó a consolidar el sindicato y, al mismo tiempo, se reveló como un instrumento eficaz de presión sobre las autoridades comunistas. Resultó inevitable, sin embargo, que los conflictos entre los estamentos oficiales y *Solidaridad* continuaran. El principal motivo fue el registro del sindicato. El correspondiente tri-

bunal provincial de Varsovia manifestó ciertas objeciones a los estatutos del sindicato y durante la audiencia para su inscripción, el 24 de octubre de 1980, introdujo, por su cuenta, modificaciones al texto.

Por otra parte, la dirección del Partido tenía problemas en su seno. A partir de la sesión del Comité Central del POUP celebrada en octubre, creció la actividad de una parte de las bases del Partido favorable a las reformas. La sección del Partido en Toruń creó una "estructura horizontal", es decir, una comisión para las consultas y negociaciones de las organizaciones del Partido. Ese movimiento de "estructuras horizontales" se oponía a los principios de la organización del Partido, que proclamaban el "centralismo democrático" pero que, en realidad, permitían la práctica de un centralismo extremo. Por otro lado, como ya he señalado, miles de afiliados desilusionados, sobre todo obreros e intelectuales, comenzaron a abandonar el Partido. Con el tiempo, esa huida de los descontentos facilitó al aparato del Partido el control sobre sus bases, en su mayoría pasivas, marginando a los elementos reformistas.

En lo inmediato, tanto *Solidaridad* como el Partido buscaron un modo de solucionar la crisis relacionada con el registro del sindicato, ante el peligro de que interviniese la Unión Soviética. Finalmente, el 9 de noviembre de 1980, la comisión de negociación del sindicato accedió a que la primera parte de los *Acuerdos de Gdańsk*, que contenían aquella fórmula sobre el papel dirigente del Partido que el tribunal provincial había introducido en los estatutos, apareciese en el anexo de los estatutos. Al día siguiente, el tribunal superior desestimó la decisión del tribunal provincial y autorizó los estatutos en su nueva versión. Esa situación creó perspectivas de distensión. El Primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszyński contribuyó en gran parte a consolidar ese clima. En la segunda quincena de noviembre, quedó modificado el equipo de Gobierno y Jerzy Ozdowski, un dirigente católico aunque condescendiente con las autoridades comunistas, fue nombrado Vicepresidente del Gobierno.

Durante los últimos días de noviembre y primeros de diciembre de 1980, aparecieron los primeros síntomas del peligro de una intervención armada soviética. Cabe suponer que la situación afectó a la reunión del Comité Central del POUP celebrada a principios de diciembre. Si bien los participantes se declararon dispuestos a llegar a ciertos acuerdos con *Solidaridad*, también manifestaron críticas contra el sindicato así como contra las "estructuras horizontales" que se iban formando en el seno del Partido. Sin embargo, las decisiones fi-

nales del Comité Central fueron ambiguas, carentes de propuestas efectivas, e incoherentes, como, por ejemplo, la decisión de nombrar a Stanisław Kociołek, un secretario regional del POUP conservador que había sido expulsado del Partido después de la matanza de 1970, y al mismo tiempo incluir en el Comité Central a Tadeusz Fiszbach, otro secretario regional, conocido por su apoyo a las reformas.

Varios días más tarde (el 5 de diciembre de 1980), los acontecimientos de Polonia fueron el principal tema de la reunión de los dirigentes de los partidos y estados del bloque comunista celebrada en Moscú. Antes de la reunión, los ejércitos del Pacto de Varsovia se concentraron en todas las fronteras polacas. Los dirigentes "hermanos" ofrecieron su ayuda para combatir la contrarrevolución polaca. El jefe del Estado soviético, Leonid Brezhnev, pronunció la fórmula, que más tarde repetiría muchas veces: «No abandonaremos a Polonia en su aflicción y no permitiremos que sufra daño» (Garlicki, 1997:363). Sin embargo, todo eso no era más que una forma de ejercer presión sobre los dirigentes del Partido y del Gobierno polaco, para que emprendiesen acciones contundentes contra *Solidaridad* y, si carecían de suficiente fuerza para ello, para que pidiesen la ayuda de sus aliados contra su propia nación. Los comunistas polacos maniobraron y prometieron acciones más duras pero no se avinieron a una intervención extranjera. Finalmente, su posición fue aceptada. Moscú se percató de sus resistencias y de las consecuencias de una invasión armada de Polonia y, por el momento, postergó su decisión.

Sin embargo, había pocos indicios de que el Partido en Polonia estuviese consolidando su poder y recuperando fuerzas. En cambio, la postura de *Solidaridad* había adquirido un cariz claramente político. Destacaban sus demandas de conseguir un estado de derecho y de asegurar la responsabilidad política de las autoridades públicas. Consciente de su creciente fuerza y segura de sí misma, *Solidaridad* empezaba a hacer una exhibición de poder, desde las discusiones sobre los sábados libres de trabajo hasta la legalización de los sindicatos de estudiantes y de campesinos, y reunía bajo su bandera a cientos de miles de personas al celebrarse distintas festividades. Así se inauguró el 16 de diciembre el monumento a las víctimas de los acontecimientos de Gdańsk en 1970, donde, por primera vez, *Solidaridad* salió a las calles y plazas con la autorización de las autoridades comunistas y en presencia de periodistas de la prensa y la televisión.

Negociaciones y radicalización de posturas a lo largo de 1981

Entre febrero y agosto de 1981

El Gobierno percibía su propia debilidad y la necesidad de realizar en su seno un cambio que tuviese un efecto impactante sobre la sociedad. Además, sus aliados soviéticos deseaban ver fortalecidas a las autoridades polacas. El 9 de febrero de 1981, el POUP propuso al general Wojciech Jaruzelski para Presidente del Gobierno, dejándole además en el cargo de Ministro de Defensa. Un militar en la presidencia de Gobierno simbolizaría decisiones valientes y rigurosas y cabe suponer que el Comité Central deseaba aprovechar el tradicional prestigio del uniforme. El nuevo jefe de Gobierno pidió 90 días de paz para acabar con «las huelgas que desorganizaban e inquietaban el país» (Jaruzelski, 1992:56). Además reformó parcialmente el gabinete. Para uno de los cargos de Vicepresidente fue elegido Mieczysław F. Rakowski, redactor general del semanario *Política (Polityka)*, considerado como uno de los liberales del Partido y, en la práctica, la mano derecha de Jaruzelski en los asuntos políticos.

Jaruzelski era consciente de que los problemas económicos presentarían dificultades especiales y que, siendo militar de carrera, no era competente para solucionarlos. Para coordinar las acciones económicas del Gobierno, nombró a otro Vicepresidente de Gobierno, Mieczysław Jagielski, que era, al mismo tiempo, jefe del comité económico del Consejo de Ministros. Además, debía seguir dirigiendo la aplicación de la reforma económica. Sin embargo, se trataba de un proyecto con un alcance meramente teórico, puesto que, tan pronto como habían aumentado los salarios en 1980, el abastecimiento de las tiendas empeoró aún más, mientras que la situación política no permitía aumentar los precios o liberalizarlos, sin compensar a los trabajadores. Los especialistas que preparaban el proyecto estaban prácticamente de acuerdo en que era necesario limitar el control central de la economía y simplificar su reglamentación, atendiendo particularmente al equilibrio de su balanza comercial. Sin embargo, no se daban las condiciones adecuadas para implantar esos aspectos del proyecto.

Los dirigentes de *Solidaridad* aceptaron el nombramiento de Jaruzelski bastante complacidos, aunque con reservas respecto a sus intenciones, y manifestaron su disposición a abstenerse de hacer huelgas y a mantener la paz, exigiendo en cambio el cese de las represalias. El

18 de febrero de 1981, empezó en Polonia un periodo de respeto de los 90 días de paz que pedía Jaruzelski. Continuaron las negociaciones entre los representantes del Gobierno y del Congreso de los Diputados, y los de *Solidaridad*. Se referían a la modalidad de la cooperación entre unos y otros y a cuestiones concretas respecto al proyecto de ley sobre la censura, a la reducción del tiempo de trabajo, a los importes y modos de acceder a la jubilación, al funcionamiento de la educación, y al acceso a la radio y televisión. A pesar de las diferencias, el clima se hacía cada vez más distendido. Favorecía esa distensión la postura de la Iglesia que hizo un llamamiento a la moderación y la asunción de responsabilidad por parte de todos, firmado por el primado Stefan Wyszyński.

Pero este periodo de coexistencia pacífica no duró mucho. Los activistas de la oposición sufrieron amenazas y violencia de parte de las autoridades; a los afiliados de *Solidaridad* que trabajaban en instituciones dependientes de los Ministerios de Defensa y del Interior, incluido el personal de los hospitales, se les exigió que abandonasen el sindicato y se despidió a los que se negaban a hacerlo. *Solidaridad* decidió entablar conversaciones al respecto con el Gobierno. Las reuniones de las autoridades comunistas con Lech Wałęsa y otros dirigentes de *Solidaridad* coincidieron con las maniobras conjuntas de los ejércitos del Pacto de Varsovia, abarcando, sobre todo, el territorio polaco y el de los países vecinos. No cabía duda alguna de que esas maniobras eran un medio de ejercer presión sobre los polacos. Otro conflicto que socavó las relaciones entre el Gobierno de Jaruzelski y *Solidaridad* ocurrió en Bydgoszcz, a raíz de una sesión de las autoridades locales con los representantes de la central provincial de los agricultores afiliada a *Solidaridad* y apoyada por los compañeros de la industria. Terminó con una brutal irrupción de la policía y el personal de los servicios secretos, golpeando a los representantes de *Solidaridad*, hiriendo gravemente a tres de ellos y despejando la sala. Pasaron unos meses dramáticos entre la presión a favor de una huelga general, las amenazas de intervención militar por parte de Moscú y los conflictos internos del Partido y de *Solidaridad* misma. En ambas organizaciones chocaban los liberales con los radicales.

Además, la situación económica era catastrófica: ni siquiera había los productos reglamentados por los cupones (cartillas de racionamiento) introducidos por el Gobierno para la carne, la mantequilla y productos transformados de cereales; incluso faltaban mermeladas y conservas. La profunda crisis económica obligó a todos los actores

políticos de Polonia a dar prioridad a la búsqueda de posibilidades para sanear la economía. El 30 de abril de 1981, *Solidaridad* propuso al Gobierno la elaboración y realización de un programa de estabilización y reconstrucción económica. El programa contemplaba el ineludible coste de la reforma y la necesidad de admitir los sacrificios que tendría que asumir la sociedad. *Solidaridad* estaba dispuesta a aceptar todo eso, siempre y cuando se estableciesen las correspondientes previsiones sociales, en particular para los grupos con los recursos más escasos. Desaprobaba las medidas que el Gobierno había tomado para combatir la crisis hasta ese momento, y consideraba que el programa llamado de "diez puntos" anunciado por el Gobierno de Jaruzelski era una mera lista de consignas generales carente de soluciones concretas.

Efectivamente, el Gobierno no estaba en condiciones de proponer un programa viable de reforma económica a medio y largo plazo por dos motivos. Primero, porque seguía absorto cada vez más con las dificultades económicas actuales. Para superarlas, se requerían medidas radicales, incluso dolorosas para la población, que el Gobierno sólo podría llevar a cabo si contaba con su pleno apoyo. El segundo fue la oposición de los restantes países del bloque comunista, sobre todo de la Unión Soviética, ante las tenues señales de reformas que introdujeron elementos de economía de mercado. El absentismo laboral se había duplicado, la producción industrial había disminuido y los salarios habían subido más de un 20 por ciento, pero en un clima de inflación y carencia de mercancías básicas (Holzer, 1995:35).

Radicalización, y contraofensiva del Partido y del Gobierno (verano y otoño de 1981)

Al llegar el verano, la dirección del POUP y el Gobierno pasaron a la ofensiva. El Gobierno preparó unos proyectos de ley sobre los sindicatos, la censura, la autonomía de los trabajadores y las empresas estatales. Los proyectos desestimaban las reivindicaciones de *Solidaridad*, y los dos primeros contravenían los acuerdos firmados por el Gobierno. Sin embargo, los dirigentes de *Solidaridad* se esforzaron por mantener la paz en el país antes del congreso del POUP, que empezaría el 14 de julio de 1981. Eso resultaba sumamente difícil en vista del deterioro de las condiciones de aprovisionamiento. El Gobierno anunció un recorte en las raciones de carne y embutidos. Cabe atribuir ese

anuncio justo antes del congreso a los portavoces de la línea dura del Partido, que deseaban provocar protestas y en consecuencia introducir una política más ofensiva del Partido contra *Solidaridad*.

Desde el comienzo del congreso del Partido, quedó claro que el equipo de Kania y Jaruzelski deseaban evitar cualquier acción que pudiera contrariar demasiado a Moscú y eludir una confrontación abierta con *Solidaridad*. Se anunciaron reformas del funcionamiento del Estado, pero en términos muy generales. También se anunció una reforma económica en términos similares. Por primera vez en su historia, el Partido recurrió a una votación democrática y, en elecciones directas, quedó reelegido Stanisław Kania para el cargo del Primer Secretario. Entre los miembros que propuso para la dirección del Partido figuraban ocho altos funcionarios del Partido o del Estado, dos profesores universitarios y cuatro obreros o trabajadores de cuadros intermedios. Fue un congreso de continuidad.

Los soviéticos manifestaron claramente que la política de los dirigentes polacos no les satisfacía y ejercieron varias formas de presión. El 20 de agosto, anunciaron drásticos recortes en el suministro de petróleo y algodón para el año siguiente. Coincidiendo con la primera parte del congreso de *Solidaridad*, que empezó el 5 de septiembre de 1981, se realizaron maniobras militares del ejército soviético en los territorios colindantes con Polonia. Mientras se celebraba el congreso de *Solidaridad*, Polonia y la Unión Soviética negociaron sus relaciones comerciales, y los soviéticos limitaron aún más su cuota de exportación de petróleo y algodón, así como de otros productos fundamentales para la economía polaca. Esta vez no ocultaron que se trataba de represalias políticas por una presunta campaña antisoviética en Polonia. La reacción de Moscú fue una señal clara de que se había terminado su paciencia con la línea negociadora del equipo de Jaruzelski. El mariscal soviético Kulikov exigió la sumisión de *Solidaridad*, y durante la reunión en Crimea (14 de agosto) Brezhnev requirió de Kania y Jaruzelski que le presentaran «un plan de lucha con la contrarrevolución» (Holzer, 1995:47).

De hecho, las condiciones para un acuerdo entre el Gobierno y *Solidaridad* se fueron haciendo cada vez más difíciles como resultado del proceso de radicalización de los dos bandos. Después del verano, el primer congreso nacional de *Solidaridad* se celebró en Gdańsk, con predominante representación de dirigentes sindicales de las empresas, por lo general de talante radical y reacios a los compromisos. La creciente radicalización no sólo se orientaba contra las autoridades co-

munistas sino también contra los propios dirigentes. Las demandas fueron mucho más políticas que sociales, casi más propias de un partido político que de un sindicato. De hecho, con la aprobación del *Manifiesto de Solidaridad a todos los trabajadores de la Europa Oriental (Posłanie do ludzi pracy Europy Wschodniej)*, una decisión muy emotiva de los delegados que el mismo Wałęsa consideró un error político, se rompió una cierta barrera psicológica: surgieron demandas tan radicales como la de elecciones democráticas al parlamento, en confrontación abierta con el sistema comunista.

El congreso de *Solidaridad* finalizó el 7 de octubre de 1981, y sus decisiones tuvieron pronta respuesta en la siguiente reunión del Comité Central del POUP. En su discurso, el Primer Secretario, Stanisław Kania, intentó mantener un tono conciliador, ofreciendo cooperación y colaboración a todas las organizaciones, es decir, incluida *Solidaridad*, con la condición de que aceptasen el régimen constitucional socialista y las alianzas existentes, pero tanto los debates plenarios como las sesiones de las comisiones especiales estuvieron dominados por la crítica a la postura de Kania, el cual se vio obligado a dimitir. Como Primer Secretario del Partido fue nombrado el general Wojciech Jaruzelski, que ahora reunía los cargos de Jefe del Partido, Presidente de Gobierno y Ministro de Defensa. Aunque Jaruzelski había colaborado con Kania desde 1980 y representaba la misma línea política, su elección anunciaba el peligro de una próxima confrontación, en la cual las fuerzas armadas asumirían el papel decisivo.

Desde una perspectiva histórica, cabría argüir que el *Manifiesto* de *Solidaridad* abría paso a la revolución no sangrienta en todo el bloque comunista de Europa Central y del Este de la década de los ochenta, pero en septiembre de 1981 fue el principio del fin del sindicato *Solidaridad* como organización legal. Brezhnev amenazó de nuevo con la intervención militar de las tropas del Pacto de Varsovia, y dado que los liberales en el POUP y en *Solidaridad* habían perdido su influencia, el *impasse* político era evidente y los acontecimientos se precipitaron. En noviembre, por última vez, se intentaron negociaciones entre el Gobierno y *Solidaridad*, en las cuales el Gobierno propuso formar un frente de reconciliación nacional mientras que *Solidaridad* insistió en introducir urgentes medidas económicas, abrir el acceso a los medios de comunicación y permitir elecciones libres a los gobiernos regionales, pero no hubo acuerdo. En una reunión del Comité Central del Partido de diciembre 1981 se aprobó el proyecto de resolución sobre la ley marcial que Jaruzelski iba a presentar al Parlamento, dada la

situación de peligro para la nación y el Estado. En la noche del sábado 12 de diciembre de 1981, cuando toda la cúpula de *Solidaridad* estaba reunida en Gdańsk, el general Jaruzelski anunció la imposición de la ley marcial en Polonia. Los arrestos, registros y otras represalias se sucedieron rápidamente.

Los quince meses de las actividades legales de *Solidaridad* estuvieron llenos de discusiones, conflictos, acuerdos y proyectos que contribuían a un ambiente casi de caos. Durante todo este periodo, la situación económica continuó deteriorándose. La falta de alimentos hizo crecer el cansancio de la población. Los *Acuerdos de Gdańsk*, el "nuevo contrato social" entre el Gobierno y *Solidaridad*, fue en general letra muerta, en parte porque la economía no podía respaldarlo, pero también porque la burocracia del Partido saboteó las reformas importantes. Las razones del fracaso del posible compromiso no hay que buscarlas solo en el comportamiento de *Solidaridad* sino también del Partido. Los acontecimientos de los años 1980-1981 causaron una parálisis y una crisis del Partido que pareció incapaz de dirigir no sólo al país sino tampoco a sus propios afiliados.

El telón de fondo internacional

Era evidente que la incómoda coexistencia entre *Solidaridad* y el Partido, sujeto a graves divisiones internas, no podía continuar durante mucho tiempo. La preocupación soviética se agravó constantemente: cuanto más se prolongaba la crisis polaca, más grave parecía el peligro de contagio en otros países del bloque soviético. Europa Occidental y los Estados Unidos acogieron con simpatía el nacimiento de *Solidaridad* y observaron con cautela el desarrollo de la situación. En uno de los momentos más tensos en diciembre de 1980, cuando las tropas del Pacto de Varsovia se preparaban para una posible intervención militar, el presidente Carter amenazó con aplicar sanciones contra la Unión Soviética.

Desde diciembre de 1978, la Unión Soviética estuvo involucrada en la guerra en Afganistán y necesitaba cada vez más soldados para controlar la situación. Se estima que en la primavera de 1980 unos ochenta mil soldados soviéticos se estacionaron en Afganistán. Según los datos oficiales, murieron más de trece mil soldados, y fue mucho mayor el número de heridos y mutilados de guerra (Garlicki, 1997:354). Los soldados que volvían de Afganistán fueron muy conscientes del

absurdo de aquella guerra, de la corrupción de los oficiales y de la indiferencia tanto de los políticos como de la sociedad sobre su destino. Se repetía el síndrome de Vietnam. La guerra en Afganistán resultó imposible de ganar, fue un factor de descomposición interna de la URSS y además tuvo un efecto negativo en la opinión internacional sobre la Unión Soviética que incumplía con ella todos los tratados de no-agresión. Los Estados Unidos que hasta entonces habían tolerado las agresiones militares de la URSS dentro de su zona de control política en Europa del Este, no aceptaban la intervención militar de la Unión Soviética fuera de su ámbito de influencias. La intervención soviética en Afganistán tensó el contexto internacional y geoestratégico. Como un gesto de desaprobación de la política militar de la Unión Soviética, los Estados Unidos y otros países occidentales (excepto Francia) boicotearon los Juegos Olímpicos que tuvieron lugar en Moscú en julio de 1980. La Unión Soviética se quedaba cada vez más aislada y perdía su cota de popularidad en el mundo, mientras que empezaba a quedar en evidencia que necesitaba ayuda de Occidente para superar la grave crisis económica de los países del bloque soviético.

Desde el principio *Solidaridad* contó con el apoyo del Papa polaco. El efecto catalizador y liberador de su visita en 1979 era patente y fue un punto de referencia para los polacos. El intento de asesinato del Papa el 13 de mayo de 1981 por un joven turco, Achmet Ali Agca, instigado probablemente por los servicios secretos soviéticos KGB, debilitó la sensación de protección por parte del Papa de la que se sentían objeto los polacos. Antes que éstos lograran superar las malas noticias sobre el atentado, el 28 de mayo de 1981 vino otro golpe, la muerte del primado Wyszyński. El primado Wyszyński fue una autoridad moral para los polacos, y un símbolo de valores cristianos que muchos consideraban inseparable de la identidad y de la historia de Polonia. En los últimos años, Wyszyński había adoptado una postura mediadora y reconciliadora en los repetidos conflictos entre *Solidaridad* y el Gobierno. Su muerte privó a *Solidaridad* de un apoyo importante en la crisis que se avecinaba.

Al final de 1981 la situación llegó a un punto muerto, mientras que la secuencia de las interacciones estratégicas mencionadas anteriormente empujaba las cosas rumbo a un enfrentamiento. El Estado comunista polaco no era capaz de resolver la situación económica sin el apoyo de la sociedad y de *Solidaridad*. Pero *Solidaridad* no estaba dispuesta a apoyarle sin concesiones políticas fundamentales. La URSS no permitió, ni el Partido Comunista polaco estaba interesado en ha-

cer esas concesiones, que suponían el final de su dominación. Con gran reticencia el Gobierno polaco aceptó la primera concesión, el reconocimiento de la independencia del sindicato, pero luego aprovechó las "excesivas" demandas de *Solidaridad* para justificar el golpe de estado para controlar la situación interna del país. En *Solidaridad* misma aparecieron corrientes con propuestas más reivindicativas que las del propio Wałęsa, y los líderes más clarividentes de la Iglesia y del KOR fueron incapaces de controlar la situación.

En 1980-1981 se volvió a repetir el ciclo de luchas del pasado pero a otro nivel y con mayor profundidad. Esta vez se vivió una crisis del estado, una crisis económica, una crisis de sociedad, y una crisis cultural, que culminó en un golpe de estado y una aparente victoria del Gobierno en el corto plazo. Sin embargo, pronto se vio que el Gobierno de ningún modo estaba preparado para afrontar los problemas esenciales que la sociedad polaca soportaba desde muchos años.

Vistos con perspectiva histórica, los acontecimientos de 1980 y 1981 parecen una especie de ensayo general de los procesos de descomposición del régimen comunista en Polonia y, a plazo más largo, en toda Europa. La imposición del estado de sitio determinó que el desarrollo de estos procesos fuese más lento y durase más tiempo de lo que se pudo pensar al principio. El desmoronamiento del comunismo de la década de 1980, que pudo ser interpretado al comienzo como un hecho aislado y específicamente polaco, se extendió a toda Europa del Este, incluida la Unión Soviética. El cambio se aceleró con la *perestroika* de Gorbachov. La experiencia del periodo de legalidad de *Solidaridad* dio a los polacos cierta ventaja inicial en el combate contra el comunismo, pero también significó que tuvieron que soportar una crisis del sistema larga y profunda antes de que éste cayese finalmente en junio de 1989. Las transformaciones, que en otros países se produjeron en cuestión de pocos meses, incluso semanas, en Polonia duraron dos lustros.

Al mismo tiempo, desde la distancia del tiempo, los años 1980 y 1981 llaman la atención como un periodo de falsas expectativas de los agentes principales, al menos en el corto y el medio plazo. Por un lado, los partidarios del orden comunista creyeron que serían capaces de asegurar su supervivencia mediante limitadas reformas de distinta clase. Por otro lado, los defensores de *Solidaridad* y otros opositores, confiaron en la unidad de la sociedad contra el comunismo y en pasar rápidamente a un nuevo sistema, basado sobre los principios de justicia, igualdad, democracia y autogestión.

ORGANIZACIÓN, PROGRAMA E IDENTIDAD DE *SOLIDARIDAD*

En términos generales, *Solidaridad* fue desde el comienzo un tipo complejo de asociación que incluía tres componentes: (a) un sindicato que defendía los intereses de una clase obrera que exigía libertad sindical, el control de los precios, el aumento o al menos el mantenimiento de los salarios reales, la mejora de las condiciones de trabajo, etc.; (b) un cuasipartido político, decidido a intervenir en el espacio público y a darle forma, a limitar el poder del partido y el estado comunista, a garantizar unas libertades cívicas, a democratizar el sistema; y (c) un movimiento social difuso, en el que operaban sentimientos confusos de dos tipos; unos relativos a una forma de solidaridad social que implicaba cierto modelo de una "sociedad justa", con cierto grado de autogestión de la economía, y con la aspiración a organizar la vida social con muy poca presencia del Estado (y en especial del estado comunista); y otros que expresaban una mentalidad patriótica tradicional, caracterizada por la afirmación de la memoria histórica, el rechazo a los rusos (y a los soviéticos), el respeto o la reverencia por una iglesia y por un catolicismo ligados a la identidad polaca. La organización, el programa y la identidad, o más bien las identidades múltiples, de *Solidaridad* reflejaron esta complejidad.

La *Solidaridad* de los años 1980-1981 fue sobre todo, pero no exclusivamente, un sindicato[4]. Veremos más adelante que en la época de la ilegalidad fue más bien un movimiento social, y que luego, en el momento de las negociaciones de la Mesa Redonda, actuó en buena medida como un partido político. Finalmente, y como veremos en su momento, todas estas identidades se trasladaron a la Polonia que surgió de la transición democrática.

La organización y el programa del sindicato

Con su inscripción en el registro judicial en noviembre de 1980, la organización de *Solidaridad* había quedado plenamente legalizada. Conforme con sus estatutos, las competencias de los organismos centrales del sindicato eran limitadas. La organización se dividió por re-

[4] Un relato pormenorizado del programa de *Solidaridad* como sindicato puede verse en Herrero de la Fuente, 2000.

giones, y cada división regional gozó de gran autonomía. En *Solidaridad*, el principio de la división territorial prevaleció sobre la división por sectores o por profesiones. El órgano directivo de *Solidaridad* era su comisión nacional de negociación, con sede en Gdańsk, que su congreso transformó en Comisión Nacional. Durante todo ese tiempo, Lech Wałęsa fue el máximo dirigente como presidente del sindicato. A partir del 12 de febrero de 1981, él y el Consejo de la Presidencia (compuesto por doce miembros residentes en Gdańsk y por los presidentes de las seis regiones) asumieron funciones de gestión y funciones de coordinación. Aparte de la dirección central y de las regionales, existían las secciones sectoriales y profesionales, así como una red de organizaciones en las empresas. *Solidaridad* contó entonces con 9,5 millones de miembros agrupados en 38 grandes regiones y 2 más pequeños distritos geográficos, aparte de la organización en las empresas y en las factorías de mayor importancia (Friszke, 1994:553).

Al surgir *Solidaridad* obrera, otros sectores sociales también crearon sus organizaciones independientes. A partir de septiembre de 1980, empezaron a formarse varias asociaciones de agricultores. En febrero y marzo de 1981, casi todas se unieron bajo el nombre de Sindicato Independiente y Autónomo de *Solidaridad* de Agricultores Particulares. En la primavera de 1981, se formó el Sindicato Independiente Autónomo de *Solidaridad* de Pequeños Empresarios. En septiembre y octubre de 1980, se formó la Asociación Independiente de Estudiantes, a partir de varios grupos existentes, que quedó inscrita en febrero de 1981. Así *Solidaridad* era el centro de una red de organizaciones.

Las tesis de su programa definían a *Solidaridad* como una organización de trabajadores y, al mismo tiempo, como un movimiento social contra la infracción de los derechos humanos y sociales. Mencionaron al pensamiento democrático tradicional del mundo de los trabajadores, la tradición nacional y la ética cristiana como sus fuentes de inspiración para conseguir una Polonia basada en el poder popular, la justicia social y una economía social. Rechazaban el uso de la violencia para llegar a esta meta y, con poca claridad, hablaban de organizar la sociedad de tal manera que pudiera conseguirla.

La reforma económica debería ser realizada junto con una reforma profunda del sistema político. Según las tesis de *Solidaridad*, las razones más importantes de la crisis política eran la falta de mecanismos democráticos para tomar decisiones así como para seleccionar y controlar a los funcionarios, y, en consecuencia, la incapacidad del sis-

tema para autorreformarse. En economía, la crisis se debía al sistema centralizado y autoritario de gestión que conducía al despilfarro del trabajo y de los recursos. Los proyectos de reforma económica no fueron ni profundos ni detallados. *Solidaridad* aspiraba a un sistema de "economía de mercado planificada", con un plan central estratégico que iba a ser realizado no a través de las directivas del Partido (como antes) sino de instrumentos económicos como precios e impuestos. No se proponía extender la propiedad privada sino basarse en empresas autosuficientes, estatales o cooperativas, donde la autogestión obrera sería una institución central y los trabajadores participarían en el reparto de los beneficios.

El concepto socioeconómico y político de la República de Polonia propuesto por *Solidaridad* excedía las reglas de juego del socialismo real del bloque soviético, pero tampoco seguía las de los sistemas liberales y capitalistas del Occidente. Más bien pareció una nueva versión de la tradición de utopías del colectivismo libertario del pasado. *Solidaridad* proponía el pluralismo ideológico y organizativo de la vida pública, la autogestión obrera y el autogobierno regional con amplias competencias, un parlamentarismo democrático, derechos humanos y cívicos fundamentales, la independencia de los juzgados, una educación, ciencia y cultura libres de presiones políticas, y el control social sobre los medios de comunicación. Supuestamente, la propia *Solidaridad* era el instrumento básico para la realización de estos objetivos. Funcionaría como una organización democrática y utilizaría métodos que no alterarían el orden público, si bien no renunciaba a varias formas de protesta, incluyendo las huelgas. *Solidaridad* aspiraba a llegar a un nuevo pacto social, mediante el cual se superaría la crisis económica y se realizarían profundas reformas económicas y políticas. Curiosamente, los programas que proponían los otros grupos políticos de la oposición que iban surgiendo no fueron muy distintos del de *Solidaridad*, y sus diferencias ideológicas y políticas quedaron oscurecidas por el momento.

La identidad compleja de Solidaridad

Ya desde su nacimiento en 1980 *Solidaridad* tuvo problemas con su identidad organizativa. Al principio fue sobre todo un sindicato que empezó en los talleres del astillero de Gdańsk, y aglutinaba una gran parte de los trabajadores asalariados de la economía estatal. La adop-

ción de la forma organizativa de sindicato (la única permitida en el sistema político de aquel tiempo) tuvo sus consecuencias a nivel funcional, puesto que, si bien se convirtió en un movimiento social que aspiraba a representar no sólo a los asalariados sino a toda Polonia contra el sistema político, tuvo que implicarse desde el primer momento en distintos conflictos locales entre empleadores y trabajadores; y también al nivel de la elección de los métodos de lucha contra el sistema, pues su arma principal fue la huelga (o la amenaza de ella), mientras que los otros canales de articular sus propósitos como movimiento social pasaron a segundo plano.

Asimismo, *Solidaridad* fue una organización política, cuya actividad fue dificultada por el hecho de que sus objetivos eran en el fondo radicalmente antirrégimen. Por ello, su táctica política consistió en no tener una política real, en el sentido de una por la que se aspira al poder gubernamental, con el objeto de evitar una confrontación directa con el Gobierno comunista. De aquí su tendencia a conformarse con formas de expresión política como, por ejemplo, el boicot de las elecciones organizadas por los comunistas, la demanda de la transmisión por radio de la misa, o la revisión de los libros de historia de los colegios. Al mismo tiempo, evitó discutir tabúes políticos tales como el liderazgo del Partido Comunista y la integridad de las alianzas militares.

La *Solidaridad* de los primeros años de su existencia, ejerció, pues, tres funciones (a veces en colisión entre sí), la defensa de los intereses (locales, con frecuencia) de los trabajadores, la representación social de una mayoría de la población ante el Gobierno, y la cristalización y articulación de los intereses políticos de una sociedad civil resurgente. Si bien la actividad sindicalista de *Solidaridad* pudo de algún modo desarrollarse dentro del sistema comunista, sus funciones como movimiento social y como oposición política perturbaron el sistema, su integridad y su lógica, que no admitían ninguna variación.

La red de la oposición en Polonia (1980-1981)

Conviene ver a *Solidaridad* en el contexto de un tejido asociativo más amplio, al que contribuyó a dinamizar, con el que tuvo relaciones intensas, y en el que jugó un papel de referencia fundamental. De hecho, el nacimiento de *Solidaridad* dio impulso a una gran transformación de la vida social en Polonia. El totalitarismo comunista, con su pretendido monopolio del espacio público, quedó sustituido por un

rico pluralismo en continua evolución. Dos focos dominaron el escenario, el Partido Comunista y *Solidaridad*, pero otras muchas organizaciones de talante intermedio ocuparon un espacio entre ellos y en sus márgenes.

Destacó la importante actividad de los círculos católicos dentro y fuera de *Solidaridad*. Con el apoyo de la Iglesia, algunos grupos de expertos católicos colaboraron con la dirección de *Solidaridad* de Gdańsk y con otras organizaciones. El primado Stefan Wyszyński y más tarde el primado Józef Glemp se reunieron con los dirigentes de *Solidaridad* y con los intelectuales implicados en ella. El primado Glemp intentó incluso concertar un entendimiento tripartito relativamente estable entre la Iglesia, el Gobierno y *Solidaridad*. Los clubes de los intelectuales católicos de varias localidades frecuentemente proporcionaron a *Solidaridad* su soporte intelectual y moral. Esos clubes experimentaron una gran expansión. Hasta el año 1980, sólo hubo cuatro, todos relacionados con el grupo *Znak*, mientras que para diciembre de 1981 había ya cerca de sesenta. Incluso las organizaciones católicas que antes habían permanecido sumisas a los comunistas adquirieron un mayor grado de independencia. En ese sentido destacó la Asociación Católica Pax, que en todas las anteriores crisis del sistema comunista en Polonia había apoyado las tendencias conservadoras del régimen. Bajo la dirección de su nuevo presidente, Ryszard Reiff, la Asociación Pax entabló relaciones con *Solidaridad*, tratando de mediar entre el sindicato y el Partido Comunista. También el nuevo *Znak*, que en determinado momento había provocado una escisión entre los clubes de intelectuales católicos y había declarado su lealtad al Gobierno, ahora aspiraba a poner de relieve su independencia, y sus representantes se proponían fundar un partido cristiano social más adelante.

Entre los otros círculos intelectuales destacó el Foro Experiencia y Futuro *(Doświadczenie i Przyszłość)*, cuyos principales representantes intentaron también servir de puente entre las autoridades del país y *Solidaridad*. Algunos llegaron a ser asesores de *Solidaridad*, otros ocuparon posiciones prominentes entre los reformadores del Partido, mientras que otros se mantuvieron totalmente independientes. Este último fue el caso del Comité de Negociación de las Asociaciones Creativas y Científicas *(Komitet Porozumiewawczy Stwarzyszeń Twórczych i Naukowych)*, organizador del Congreso Polaco para las Ciencias, que empezó sus sesiones el 11 de diciembre de 1981 y nunca las clausuró debido a la imposición del estado de sitio. Cierto grado de im-

portancia en la vida pública correspondió también a instituciones tales como el Consejo Superior de la Academia de Ciencias, la Conferencia de los Rectores de Centros de Educación Superior, la Sociedad Polaca de Escritores y el PEN Club Polaco.

POLÍTICA SIMBÓLICA Y POLÍTICA REAL EN LA EXPERIENCIA DE *SOLIDARIDAD*

Solidaridad fue desde el principio una organización caracterizada por su complejidad, a todos los niveles. Fue complicada la composición de sus cuadros, entre quienes encontramos a activistas obreros, expertos, intelectuales, católicos, marxistas revisionistas, estudiantes, campesinos y jubilados. Fue complejo y vivaz su debate interno, entre los radicales y los más moderados de las más diversas tendencias. Fueron muchos sus proyectos de reformas sociales y políticas. Sin embargo, todo esto vino junto con la capacidad para integrar una parte numerosísima de la sociedad polaca, puesto que *Solidaridad* contaba con diez millones de miembros y entendía que representaba la voluntad de la mayoría de la nación; junto con la capacidad para ser fiel a su ideal de no utilizar la violencia; y junto con la autolimitación que se impuso de no convertirse en un poder político propiamente dicho, puesto que estuvo orientada, sobre todo, a una tarea de presión y resistencia y, al tiempo, de búsqueda de un compromiso con el poder político estatal. Por ello, en las discusiones de 1981 lo que proponía era establecer un consejo nacional con la representación de las tres fuerzas políticas, la Iglesia, el Partido y *Solidaridad*, lo que suponían un desafío para el monopolio comunista del control político en el país pero no trataba de sustituirse a él.

Solidaridad consiguió sus éxitos, por relativos y precarios que puedan parecer, gracias, en buena parte, al uso de simbolismos que encontraron eco en el conjunto de la sociedad. Se convirtió en un oponente formidable del comunismo porque consiguió movilizar millones de personas a través de un conjunto de símbolos y discursos "apolíticos". Eran "apolíticos" en el sentido de que no eran de izquierdas ni de derechas, ni socialistas ni capitalistas en su sentido propio, y ni siquiera se referían a una ideología democrática precisa, pero permitían a la sociedad polaca recuperar su dignidad y su respeto de sí misma. Por otra parte, es probable que, debido precisamente a ese "apo-

liticismo", *Solidaridad* fue incapaz de resolver sus tensiones políticas internas y de adoptar una estrategia política eficaz, al menos en el corto y el medio plazo. Tal vez por ello, la unidad del movimiento contra el enemigo común, el estado comunista, empezó a derrumbarse tan pronto como este enemigo desapareció. La estructura de la unidad había sido construida por gente que se parecía "simbólicamente" pero no "políticamente".

En cierto modo, cabe aventurar que la "revolución" de *Solidaridad* fue llevada a cabo por una clase político-cultural constituida "por encima" y "más allá" de las divisiones socioeconómicas y ocupacionales de la sociedad, y de las traducciones político-partidistas propias de esas divisiones. Para algunos, esto ha significado que la esencia de la "revolución" de la *Solidaridad* polaca se resumiría en el hecho de que una cultura post-totalitaria precedió a una política post-totalitaria (Goldfarb, 1989). Sin embargo, de hecho, el desarrollo simbólico tuvo efectos políticos importantes y fue un paso hacia el pluralismo político y hacia una democracia efectiva. Al mismo tiempo, a causa de esta genealogía cultural, las nuevas políticas emergentes fueron hasta el año 1990 "antipolíticas", enfocadas más bien hacia las actividades cívicas de la sociedad y no con vistas sobre todo a los resultados políticos tangibles, ni a las políticas públicas, ni al reparto del poder, y ni siquiera a las reformas institucionales precisas.

Como movimiento de protesta social y como fuerza política *Solidaridad* tuvo un carácter antirrégimen, y precisamente debido a ello provocó la caída del sistema comunista. Su éxito más espectacular resultó no tanto de su identidad sindical cuanto de haber sido un movimiento social y político capaz de expresar una protesta contra el sistema comunista. Pero con la caída del comunismo (junio de 1989) y la desaparición del enemigo común se rompió la cohesión básica de *Solidaridad*, la solidaridad de la gente ante el peligro y se revelaron en ella diferencias políticas internas antes latentes. Se formaron así varios grupos políticos con distintas visiones de la nueva Polonia libre. En su forma inicial y "romántica" *Solidaridad* dejó de existir, y quizá por esta razón su líder Lech Wałęsa postuló en 1990, ya como Presidente de la Polonia libre, su disolución y el comienzo de una nueva etapa de la vida política. Sin embargo, incluso entonces, esta disolución no fue completa, y en parte sobrevivió, o intentó sobrevivir, la vieja *Solidaridad* de las tres identidades a lo largo de los noventa, aunque quizás ya sin el impulso heroico de sus orígenes.

6. LA SOCIEDAD, EL ESTADO Y *SOLIDARIDAD*: LA PRIMERA MITAD DE LOS AÑOS OCHENTA

Conviene analizar la evolución de los sentimientos de la sociedad contra el telón de fondo del juego de interacciones estratégicas entre *Solidaridad*, el Estado comunista y la propia sociedad polaca (a la que a veces me refiero como "tercera Polonia") durante la primera mitad de los años ochenta. Éste incluye dos fases distintas, la del estado de sitio (básicamente un año, entre diciembre de 1981 y diciembre de 1982) y el periodo conocido como el de la "normalización", que dura hasta mediados de los años ochenta, tras el cual entramos en un periodo distinto que nos acerca al momento crucial de las negociaciones de la Mesa Redonda y la transición democrática de 1989. Aunque es inevitable una narración de los acontecimientos, se trata sobre todo de poner de relieve la evolución de las actitudes, la lógica de las interacciones, el papel de las instituciones, y las expectativas y los aprendizajes que se desprendieron de esa experiencia para cada una de las partes en conflicto.

EL ESTADO DE SITIO (1981-1983): EL TRAUMA INICIAL

Durante la noche del 12 al 13 de diciembre de 1981 fue implantada la ley marcial en Polonia. Con ella terminaba el periodo de dieciséis meses y medio durante el cual el Gobierno comunista había tenido que compartir el poder y enfrentarse con las exigencias de una gran organización popular fuera de su control, el sindicato *Solidaridad*. En un comunicado difundido desde las 6 de la mañana, el general Wojciech Jaruzelski, como Jefe del Consejo Militar de Salvación Nacional WRON *(Wojskowa Rada Ocalenia Narodowego)*, describió la situación del país en términos dramáticos, culpando de ella a *Solidaridad*. La acusó de estar preparando un golpe de estado. El Gobierno prohibió cualquier actividad de los sindicatos y de muchas otras organiza-

ciones, incluidas las profesionales, y la distribución de la prensa, a excepción de la de algunos órganos del Partido y militares. Asumió el estricto control de la radio y la televisión, e inmediatamente dispuso los despidos previstos de antemano de una parte del personal del sector público. Los locutores de la televisión aparecieron uniformados. Salvo las instalaciones de la telecomunicación gubernamental, militar, policial y ferroviaria, toda la red telefónica y de fax quedó desconectada. Los ciudadanos no podían alejarse de las localidades de su domicilio habitual sin un pase y debían observar el toque de queda. Quedó impuesta la censura de la correspondencia. Los colegios y las universidades fueron cerrados.

El decreto de implantación del estado de sitio fue aprobado por el Consejo de Estado, pero la decisión sobre el comienzo de la operación fue tomada por cuatro personas: el general Wojciech Jaruzelski, en su calidad de Presidente de Gobierno, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de la República Popular de Polonia y Primer Secretario de Comité Central del Partido Obrero Unificado Polaco; el general Michał Janiszewski, Jefe de la Oficina del Consejo de Ministros y de la Administración del Estado; el general Florian Siwicki, Ministro de Defensa, y el general Czesław Kiszczak, Ministro del Interior. El término "estado de sitio" procedía de una enmienda de la Constitución del año 1976, que preveía que el Congreso de los Diputados o (durante los periodos entre sesiones parlamentarias) el Consejo de Estado podían imponer el estado de sitio, «si así lo requería la defensa o la seguridad del Estado» (Zakrzewska, 1993:18).

Se desconocían las intenciones de las autoridades respecto a *Solidaridad*. El general Jaruzelski manifestó en su discurso «que la corriente obrera sana de *Solidaridad* apartará de su seno a los profetas de la confrontación antirrevolucionaria» (Jaruzelski, 1992:37). Antes de la medianoche, empezaron las detenciones de dirigentes de *Solidaridad*, pero también de miembros de varios grupos de la oposición e incluso de organizaciones culturales y científicas oficiales, así como de un considerable número de militantes de las "estructuras horizontales" del Partido y de los policías, que habían sido despedidos por haber organizado su sindicato independiente. Por razones puramente propagandísticas, también fue detenido un grupo de dirigentes del Partido de la década de 1970, incluido Edward Gierek.

Durante la primera noche del estado de sitio fueron internadas cerca de 5.000 personas. La policía ocupó los locales de *Solidaridad* y efectuó registros en ellos. Al verse privada de sus dirigentes, locales y

medios de comunicación, *Solidaridad* quedó desorganizada e incapaz de responder con una huelga general, tal y como lo habían acordado todas las comisiones de empresa del país en caso de un ataque contra su sindicato. El Gobierno militarizó el transporte, las telecomunicaciones, las minas, las fábricas energéticas, los puertos y las 129 principales empresas industriales. En los sectores militarizados, el incumplimiento de las órdenes, o las huelgas, eran castigados por tribunales militares. En virtud del reglamento sobre el estado de sitio, se prohibió la huelga con pena de varios años de prisión, e incluso con la amenaza de una sentencia de muerte.

El Gobierno contó con un aparato militar y de seguridad muy amplio y leal. En los años setenta, bajo el mando del general Jaruzelski, las Fuerzas Armadas Polacas, con casi 350.000 soldados y oficiales del ejército muy preparados, llegaron a ser las terceras más grandes en Europa, después de las soviéticas y las alemanas. Además de las Fuerzas Armadas bajo el Ministerio de Defensa, el Ministerio de Asuntos Interiores controlaba una fuerza de 250.000 personas de la policía, la policía de seguridad y los guardias de fronteras, y 25.000 personas especialmente preparadas y equipadas de cuerpos antidisturbios ZOMO *(Zmotoryzowane Odwody Milicji Obywatelskiej)*. Este enorme aparato coactivo fue apoyado por una red de confidentes, y por unos 300.000 miembros de la reserva Voluntaria de Ciudadanos Milicia [1]. Como cualquier situación de desorden dentro de estas fuerzas hubiera sido catastrófica para el Estado, siempre se hizo un esfuerzo intenso para aislar las Fuerzas Armadas y la policía de cualquier crisis política o social, y así se garantizó su fidelidad y su lealtad al régimen.

La agencia estatal de prensa PAP publicó en el periódico *Trybuna Ludu* del 14 de diciembre de 1981, el comunicado sobre la suspensión de la actividad de todos los sindicatos laborales, organizaciones estudiantiles y muchas otras. La sociedad polaca fue así informada oficialmente de la proscripción de *Solidaridad*. Esa medida fue definitivamente aprobada el 8 de octubre de 1982, cuando el Congreso de los Diputados disolvió todos los sindicatos existentes y estableció las condiciones en las cuales se podían formar nuevos sindicatos.

Pese a que las estructuras sindicales habían quedado desarticuladas con las detenciones nocturnas del 12 y 13 de diciembre de 1981, pese a que las comunicaciones habían quedado bloqueadas, impidien-

---

[1] Para un análisis detallado de la historia y funcionamiento del ejército y de la milicia, véase Korboński, 1982:103-128.

do la transmisión de información sobre la situación reinante en otras regiones del país e incluso dentro de las mismas ciudades, y pese a que los decretos lo prohibían con pena de sanciones muy duras, el lunes, 14 de diciembre, el personal de numerosas empresas en toda Polonia se declaró en huelga como protesta contra la imposición del estado de sitio. Esas manifestaciones fueron rápidamente desarticuladas por las fuerzas del orden especiales y por el ejército, no sin enfrentamientos puntuales y con determinadas resistencias. Según los datos oficiales del 5 de enero de 1982, 1.274 personas fueron arrestadas. Nunca se confirmó el número final de muertos que se calcula entre diez y veinte, mientras que el número de heridos ascendió a varios millares (Holzer, 1995:79-80).

Las huelgas más sostenidas y la resistencia más aguerrida tuvieron lugar en Alta Silesia y la región de Dąbrowa, en particular en las minas de carbón de Jastrzębiec, Wujek de Katowice, así como en grandes empresas como las de siderurgia de Huta Katowice. Destacó la resistencia de los astilleros y de la ciudad de Gdańsk, del complejo siderúrgico Huta Lenin de Cracovia, de las empresas de Wrocław, Łódź, Szczecin, Lublin y Świdnik, así como la huelga de Varsovia. La pacificación de los astilleros de Gdańsk se produjo el 16 de diciembre con la detención de casi todos los dirigentes del Comité Nacional de Huelga y del Consejo de la Comisión Nacional. La pacificación de la ciudad produjo al menos tres muertos. En Huta Lenin, en Cracovia, la huelga terminó la noche del 15 al 16 de diciembre con un ataque de los cuerpos especiales antidisturbios ZOMO y la detención de los dirigentes de la huelga. La resistencia en Wrocław estaba bien organizada por su comité regional de huelga, dirigido por Władysław Frasyniuk, pero terminó el 18 de diciembre con un ataque de los ZOMO, y los dirigentes de *Solidaridad* pasaron a la clandestinidad. La pacificación de las minas de Silesia fue excepcionalmente dura, con dos muertos en la mina de Jastrzębiec el 15 de diciembre. El 16 de diciembre, cuando aun resistían doce minas, en la de Wujek de Katowice se defendían aproximadamente 3.000 obreros, aunque no disponían de armas de fuego. Los ZOMO irrumpieron en la mina y los huelguistas lucharon cuerpo a cuerpo, ganando cierta ventaja sobre los atacantes cuando un pelotón de policía especial abrió fuego. Nueve mineros murieron en el acto o en el hospital, y veintidós más quedaron heridos de bala. Después de la masacre, los huelguistas y los representantes del ejército negociaron el final de la huelga, y así terminó la resistencia. Las investigaciones para determinar las circunstancias de esos

sucesos fueron iniciadas y luego interrumpidas sin que se llegara a acusar a ningún responsable. Nunca se estableció quién había dado la orden de disparar y si la decisión había sido tomada, o no, por las autoridades centrales[2].

Desde la introducción del estado de sitio, empezó un largo periodo de despidos de los militantes de *Solidaridad*. Los más numerosos lo fueron por razón de la participación en las huelgas. El Gobierno también completó los despidos en la radio y televisión, y liquidó parte de los periódicos intervenidos, expulsando al personal correspondiente. En las redacciones restantes se empezó a verificar la lealtad de los empleados. El proceso de depuración abarcó la administración, la judicatura, las fiscalías y, en menor grado, la educación elemental y media. En muchas empresas, la administración o el aparato del Partido ajustaba cuentas con los militantes de *Solidaridad*. Se podía evitar la depuración haciendo una declaración de lealtad y muchos despedidos fueron readmitidos a su trabajo después de someterles a esa humillación. El texto de tales declaraciones variaba mucho en cada caso, pero éstas tenían el propósito general de quebrantar el talante moral de los firmantes y desacreditarlos a los ojos de los demás.

LA LUCHA POR EL ESPACIO PÚBLICO: BATALLA DE LOS SÍMBOLOS Y DIFICULTADES COTIDIANAS

En términos generales, sin embargo, y a pesar de estas resistencias iniciales en diciembre de 1981, el estado de sitio fue implantado con relativa facilidad. Eso se debió, por un lado, al elemento sorpresa, a la rapidez y envergadura de la acción pacificadora, y a la desarticulación de las estructuras sindicales desde las primeras horas de la imposición de la ley marcial; pero también, por otro lado, a la sensación generalizada de desorganización de la vida social y económica que existía en el país a finales de 1981, cuando, al cabo de un año de forcejeos, no se percibían indicios de una solución al conflicto entre las autoridades y la sociedad, mientras que la economía seguía deteriorándose. La sociedad estaba cansada de la caótica situación, de las huelgas y manifestaciones que obstruían la vida cotidiana y, sobre todo, de la falta dra-

[2] En 2001, se abrió un proceso judicial sobre la cuestión, sin que se llegara a una conclusión definitiva.

mática de los productos alimenticios e higiénicos básicos. La población adoptó varias formas de supervivencia en estas condiciones, que comentamos ampliamente más adelante.

En efecto, parte de la población sintió una especie de distensión. Con la imposición de la ley marcial, terminaba la incertidumbre, la necesidad de tomar decisiones y esperar lo peor. Lo peor acababa de ocurrir y, para una parte muy importante de la población, pareció que no era tan malo como cabía esperar. El ritmo de la vida social quedó establecido por decreto y, en vista de esas disposiciones, el hombre de la calle no tenía más remedio que acatar las órdenes de las autoridades. El WRON nombró comisarios militares, encargados de supervisar la estricta aplicación de las disposiciones del decreto sobre el estado de sitio por parte de las autoridades civiles. Ante la total desorganización e indolencia de las autoridades locales, los comisarios representaban la principal, y a veces la única, garantía del orden.

Las personas que no tuvieron más remedio que ceder ante la prepotencia de las autoridades se consolaron con que «el invierno es vuestro, la primavera será nuestra» *(zima wasza, wiosna nasza)*, e intentaron reorganizarse en esa nueva situación. Esta frase popular reflejaba la esperanza de la gente en que, después del duro invierno del estado de sitio, el país recuperara su libertad en la primavera. Mientras el primer impacto de la brutal represión de las huelgas y manifestaciones durante los primeros días del estado de sitio iba pasando poco a poco, se mantenía el rigor de las medidas sumamente estrictas con las cuales el Gobierno intentaba controlar las conductas de la población. De manera que una gran parte de la sociedad polaca tuvo que aprender a "vivir en estado de sitio". El nombre oficial de "estado de sitio" fue cambiado en seguida por la gente por el de la "guerra contra la nación", una expresión que no podía ser más elocuente para poner de manifiesto los sentimientos colectivos.

Una de las formas más corrientes con que la sociedad polaca manifestó su desaprobación del estado de sitio y de las acciones perpetradas por las autoridades fue la oposición pasiva. Una manifestación de ese rechazo, sumamente corriente entre las personas pertenecientes a la élite cultural del país, fue la *emigración interior*, que consistía en negarse a participar en cualquier actividad pública, incluso de carácter neutral, por considerarla una actividad controlada por las autoridades. El boicot de la televisión por parte de actores, periodistas e intelectuales fue casi total. Tras la llamada "revisión" de los equipos de redacción, muchos periodistas y cronistas de renombre quedaron

despedidos, y otros renunciaron en solidaridad con esos compañeros y en protesta contra el estado de sitio. La postura de la emigración interior se remontaba hasta la larga tradición polaca que había existido en los tiempos de las Particiones, y proseguido luego como forma de supervivencia en el periodo de la censura comunista, tan bien descrito y comentado por Czesław Miłosz en el ya mencionado libro *La mente cautiva* (Miłosz, 1953).

La sociedad se involucró en una *batalla de los símbolos* contra el estado de sitio. Para el ciudadano de a pie, la forma más corriente de demostrar su desprecio por la propaganda oficial fue abstenerse de comprar los periódicos y de mirar la televisión, cosa que muchos hacían con manifiesta ostentación. Especial ejemplo de ello lo dieron los habitantes de Świdnik quienes, desde el comienzo de febrero de 1982, empezaron a salir de paseo justo a la hora en que se transmitía el boletín de noticias por la televisión, a las siete y media de la tarde. Entonces, las autoridades municipales prohibieron las actividades escolares después de las seis de la tarde e introdujeron el toque de queda a partir de las siete. La población de Świdnik reaccionó cambiando la hora de sus paseos para que coincidiese con la transmisión de noticias a las cinco de la tarde.

Durante la silenciosa "guerra contra la nación", cualquier conducta que contrastaba con la legislación oficial adquiría un carácter simbólico. Por ejemplo, llevar insignias de *Solidaridad* en el ojal de la solapa significaba una protesta contra el estado de sitio. Para recordar la fecha del golpe militar, el día trece de cada mes, a cierta hora, muchas familias apagaban la luz eléctrica y encendían velas. De estas y otras formas, estalló así, de nuevo, la lucha por el espacio público entre las autoridades y la sociedad, que había empezado ya en la década de los años setenta. Como en el Estado comunista estaba prohibido ejercer una actividad política contra la dirección del Partido Comunista, la oposición se expresaba a menudo a través de acciones públicas simbólicas, tales como las ceremonias religiosas o las manifestaciones culturales, incluso los espectáculos de teatro, que reflejaban la contraposición entre el estilo oficial del Partido y las formas de vida de la sociedad. Una de las estrategias principales de la dominación comunista fue la penetración deliberada del poder en las relaciones humanas y en las actividades culturales aparentemente apolíticas, como, por ejemplo, la censura o la imposición de un estilo uniforme "políticamente correcto" para la creatividad artística. Como reacción a estas medidas, en Polonia siempre existieron círculos clandestinos de enseñanza, in-

tercambio de libros prohibidos por la censura, y representaciones de obras de teatro con matices anticomunistas. Como ya hemos comentado, esa característica de la cultura nacional en contra del Estado había aparecido en la época de las Particiones y resultó indispensable para la supervivencia de la nación, que durante muchos años no pudo expresarse de una forma directamente política, como podrían haber sido los partidos políticos, las elecciones democráticas, o la libertad de prensa. Gracias a ello, muchos elementos de la vida civil polaca a partir del siglo XIX habían perdurado hasta la misma época de *Solidaridad* conservando su vigencia y vitalidad como puntos de referencia para la sociedad civil. La familia y la casa, las reuniones sociales informales, y diversas actividades clandestinas políticas y culturales, continuaron siendo los principales portadores de la "religión civil" polaca [3]. Eso explica las formas extraordinarias de protesta y de resistencia cotidiana durante el periodo de la ley marcial. Gracias a ellas *Solidaridad* consiguió sobrevivir varios años en la clandestinidad, para emerger más tarde como una fuerza política.

En los años setenta las actividades de la oposición consistían más bien en el trabajo interno mientras que en el periodo de *Solidaridad* adoptaron múltiples expresiones externas que contaban con la participación de los ciudadanos de a pie y se convirtieron en las actividades populares de masas. El movimiento de *Solidaridad* no surgió únicamente de la necesidad de restituir la cultura política sino también de la necesidad de reactivar la cultura polaca en su conjunto; no solamente de la necesidad de encontrar un mecanismo de control del Gobierno, sino también de la necesidad de reconsiderar de nuevo la identidad colectiva y las bases éticas de la sociedad. Había un solo lenguaje adecuado para estas consideraciones: el lenguaje de los símbolos y los mitos nacionales. Por esto, en el movimiento de *Solidaridad* existían, además de las demandas verbalizadas de carácter político o económico, múltiples demandas de carácter social y cultural, e implícitamente político, expresadas a través de imágenes, símbolos y ceremonias.

Durante el estado de sitio, muchas personas encontraron el principal consuelo, que les devolvía la seguridad perdida, en la asistencia religiosa, en su participación en la comunidad eclesial y en la oración. Además, aprovechaban los símbolos de la Iglesia para protestar contra el estado de sitio. Por ejemplo, en Plaza de la Victoria *(Plac Zwycięstwa)* en Varsovia, en el lugar donde el 31 mayo de 1981 estuvo

[3] Sobre el concepto "religión civil" en este contexto véase Morawska, 1984:32.

expuesto el ataúd del cardenal Wyszyński, la gente componía una cruz de flores y de nueve trozos de carbón como símbolo de los mineros asesinados en la minería Wujek. La cruz, que era destruida sistemáticamente cada noche por el servicio de limpieza, reaparecía el día siguiente[4]. La cruz fue uno de los símbolos más patentes de la huelga y más tarde se convirtió en un elemento permanente de la decoración de *Solidaridad*. La cruz, que normalmente representa el sacrificio de Cristo y simboliza la Cristiandad, en Polonia adquiría un significado adicional. Primero, era el signo del desafío hacia el régimen comunista y las autoridades; segundo, era la metáfora del martirio nacional, y tercero, aludía al destino de Polonia como el "mesías de las naciones", de acuerdo con una tradición reflejada en la interpretación poético-teológica propuesta por el poeta Adam Mickiewicz en el siglo XIX, que ha dejado una impresión indeleble en la imaginación de una serie ininterrumpida de generaciones de polacos hasta hoy.

Pero las resistencias se expresaron también en *la experiencia económica cotidiana*. En la prensa clandestina de ese periodo se puede encontrar mucha información sobre la disminución de la producción en los establecimientos industriales. Ese fenómeno se atribuía a la acción premeditada de los obreros, que protestaban contra el estado de sitio, disminuyendo su productividad. En realidad, es difícil calcular hasta qué punto esa merma en la producción se debía a la acción premeditada, y en qué medida era el resultado de la crisis económica y la desorganización a causa de los reglamentos especiales del estado de sitio. A este respecto, cabe, sin embargo, recordar que, durante ese periodo, se produjeron devoluciones masivas del carnet del partido POUP, con las cuales la gente manifestaba su desacuerdo con las soluciones políticas que éste promovía. Oficialmente, el Partido no había participado en la preparación del golpe. Incluso se puede decir que, cuando el ejército y el Ministerio del Interior asumieron la iniciativa para resolver el conflicto entre las autoridades y la sociedad, el aparato del Partido perdió el control sobre la marcha de los acontecimientos. Las funciones de los miembros de las instituciones locales del Partido y de sus secretarios, de varios rangos, quedaron sometidas al control de los comisarios militares. Sin embargo, fue al Partido a quien se le atribuyó la responsabilidad por la implantación del estado de sitio.

[4] Un análisis sistemático del uso de los símbolos católicos en la lucha contra el sistema comunista puede verse en Kubik, 1994:239-271.

La vida cotidiana no sólo transcurría entre manifestaciones de resistencia, por lo general pasiva, sino, sobre todo, en medio de una incesante lucha con los problemas de la ineficacia y la ineficiencia económicas en la vida diaria. Al comienzo de 1982 subieron los precios y para el trabajador del sector industrial su poder adquisitivo de los alimentos bajó un 57,3 por ciento con respecto al año anterior. La imposición del estado de sitio no mejoró la situación económica, sino todo lo contrario. Aunque el Gobierno anunció el comienzo de reformas económicas a partir de enero de 1982, el único efecto fue la subida de precios de productos alimenticios un 241 por ciento y de la electricidad un 171 por ciento. Los ingresos de la población bajaron un 30 por ciento con respecto al año 1981 (Garlicki, 1997:385-386). Se introdujeron cartillas de racionamiento para la mayoría de los productos alimenticios, aunque ni siquiera así quedó asegurada su distribución. También había cartillas para bebidas alcohólicas, café y tabaco y, durante un periodo relativamente breve, para el calzado. Los productos industriales eran difíciles de adquirir y se necesitaba desplegar considerables energías e ingenio para conseguirlos. Se puede decir sin excesiva exageración que en la pacificación de los ánimos de la sociedad, los problemas relacionados con la mera subsistencia jugaron un papel no menos importante que la legislación. Absorbían el tiempo y el esfuerzo de la población hasta tal punto que le impedían desarrollar cualquier otra actividad.

Una red alternativa de información y de debate

Desde la imposición de la ley marcial, el espacio público oficial estuvo bajo el control estricto de las autoridades. La sociedad lo trataba con desconfianza suponiendo que desinformaba o incluso mentía; en efecto, como ha señalado Piotr Sztompka, el nivel de confianza de la sociedad en el Estado y, en general, en el régimen comunista, nunca muy grande, se había reducido al mínimo. Piotr Sztompka afirma que la "cultura de desconfianza" dominaba en la sociedad polaca en todos los niveles de la vida, como resultado de una experiencia turbulenta de haber vivido bajo el sistema comunista (Sztompka, 1996:37-62). La lucha por el espacio público adoptó varias formas. Ya he hecho referencia a una, la "batalla de los símbolos". Pero otra consistió en la construcción de un espacio público paralelo, un espacio público social alternativo, apoyado en un tejido social organizativo clandestino,

una red de información y de discusión de los asuntos públicos, que contaba con mayor credibilidad entre la gente.

A pesar de que *Solidaridad* había sido ilegalizada y de que el Estado la desposeyó de su patrimonio, las primeras publicaciones clandestinas empezaron a aparecer inmediatamente después de la imposición del estado de sitio. Se estima que el número de los títulos publicados después del 13 de diciembre de 1981 hasta junio de 1989, se sitúa entre 1.200 y 1.500 (Poleszczuk, 1991). En buena parte se trataba de boletines publicados por secciones regionales de profesionales, o por las diferentes estructuras clandestinas de *Solidaridad*. Se imprimían con diferentes técnicas, y variaba mucho tanto su calidad editorial como la frecuencia con que aparecían. Algunas sólo lo hacían con algún motivo puntual, o en conmemoración de algunas efemérides, y desaparecían de la noche a la mañana. Otras se perpetuaron. Su existencia mantuvo vivo el espíritu de la oposición y constituyó una importante fuente de información independiente.

Mientras que la actividad editorial surgía espontáneamente, la reactivación de *Solidaridad* como organización clandestina se encontraba con obstáculos mucho más grandes. En primer término, no se sabía quién debía dirigir sus actividades, coordinarlas y asumir la representación del sindicato suspendido. No lo podían hacer los dirigentes estatutarios, porque gran parte de los miembros del Comité Central de *Solidaridad* habían sido internados en las primeras horas del golpe militar. Sin embargo, era urgente contar con alguna clase de dirección, para evitar acciones espontáneas de los miembros y una posible infiltración por parte del servicio de seguridad. Además, era necesario trazar una estrategia de la futura actividad del sindicato.

En los últimos días de marzo de 1982, Jacek Kuroń y Wiktor Kulerski, dos destacados activistas de la oposición, publicaron dos artículos sobre la posible estrategia en el periódico *Tygodnik Mazowsze*. Jacek Kuroń, uno de los más conocidos activistas de la oposición intelectual en Polonia, internado, abogaba por una organización centralizada y muy disciplinada, sin renunciar de antemano al uso de la fuerza. Entre otras cosas, proponía «preparar la sociedad polaca para liquidar la ocupación con una acción colectiva». En cambio, Wiktor Kulerski, que se encontraba oculto, proponía un movimiento descentralizado, compuesto por múltiples grupos que guardarían alguna forma de relación entre ellos, pero cada uno con mucha autonomía y libertad de decisión. El cometido de ese movimiento sería construir las bases de una sociedad independiente. La idea de Ku-

lerski se aproximaba más a la situación que se estaba imponiendo en la realidad.

El 22 de abril de 1982, fue creada una Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad* TKK *(Tymczasowa Komisja Koordynacyjna)*, que debía asumir la coordinación de las actividades del sindicato clandestino mientras estuvieran internados sus dirigentes. Una de las primeras actuaciones de la TKK fue declarar el 13 de cada mes como día de protesta contra la prepotencia y la ilegalidad, mientras permanecieran privadas de libertad las personas detenidas e internadas.

Las actividades de ayuda a los internados ya habían comenzado antes. En ese sentido, la Iglesia jugó un papel muy destacado. El único terreno legal donde los círculos próximos a *Solidaridad* podían organizarse eran los centros de ayuda a las personas castigadas y a sus familiares, fundados bajo la protección de la Iglesia[5]. El 17 de diciembre de 1981, el cardenal Józef Glemp formó el Comité del Primado para la Ayuda a las Personas Privadas de Libertad y a sus familiares. Ese Comité recogía información sobre los internados, organizaba la asistencia letrada y distribuía los fondos que recibía de organizaciones religiosas y sindicales y de personas particulares desde el extranjero.

En la nueva situación social y política, la postura de la Iglesia quedó establecida en las primeras horas del estado de sitio. En su homilía del 13 de enero 1982, el cardenal Glemp exhortó a la población a conservar la calma, a no oponer resistencia y a no lanzarse a una lucha fratricida. Sin manifestar aprobación alguna de los hechos ocurridos en relación con la imposición del estado de sitio, destacó sobre todo la importancia de impedir un enfrentamiento armado. Aunque tampoco más tarde asumiría la Iglesia una posición oficial de apoyo a las actividades clandestinas, en cambio proporcionó un importante soporte material a las actividades humanitarias, culturales y educacionales de la oposición. Además jugó un papel sustancial como intermediaria en las negociaciones entre el Gobierno y la oposición.

Antes de que se formara la TKK Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad*, había aparecido *Radio Solidaridad*. Su primera audición, de ocho minutos y medio, fue emitida en Varsovia el 12 de abril de 1982. Un mes más tarde, empezaron sus emisiones desde Poznań y, después, desde Gdańsk. A pesar de que el alcance de esas emi-

---

[5] El general Kiszczak confirma en sus memorias que el permiso del Gobierno para que la Iglesia ayude a los internados fue aprobado el 14 de diciembre de 1981 en conversación con el cardenal Macharski (Bereś y Skoczylas, 1991:129-135).

siones era menor que el de la prensa clandestina, tenían un gran valor propagandístico, porque demostraban que la organización clandestina era capaz de invadir el terreno más protegido por las autoridades y quebrar su monopolio radiofónico.

Durante la primera mitad de 1982, se formaron varias clases de estructuras clandestinas. El 22 de abril de 1982, aparte de la TKK, la Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad*, se formó en Varsovia un comité interempresarial obrero de *Solidaridad* que, según el comunicado, abarcaba 63 empresas. En mayo apareció una organización política, llamada *Solidaridad* en Lucha, que rechazaba el diálogo con las autoridades y la estrategia de autolimitación, posturas que habían tenido gran aceptación durante el periodo legal de *Solidaridad*. El 19 de julio de 1982, se formó el Consejo de la Educación Nacional, que pidió a los profesores y pedagogos que protegiesen a los alumnos y desobedeciesen al aparato de fuerza impuesto. Por último, el 15 de agosto de 1982 fue proclamada la Declaración del programa del Comité Nacional de Resistencia de los Agricultores. El Comité requería a los agricultores a mantenerse solidarios y a defender las organizaciones rurales independientes.

La primera medida organizada por TKK debía consistir en interrupciones del trabajo el día 13 de mayo de 1982. Sin embargo, el primero de mayo, en muchas ciudades, se organizaron manifestaciones con consignas de *Solidaridad*, independientes de los actos oficiales del día de los trabajadores. La policía no intervino. También hubo manifestaciones el 3 de mayo, aniversario de la primera Constitución democrática, esta vez con intervención de la policía antidisturbios. Sus unidades especiales ZOMO, pasaron cinco y, a veces, diez horas, dispersando a las multitudes que salían de las iglesias. Utilizaron chorros de agua colorante y gases lacrimógenos, atacando con cachiporras y arrestando a la gente. El 13 de mayo, la tercera ola de manifestaciones abarcó todo el país. En esas tres ocasiones, los manifestantes desoyeron a la TKK, que había pedido a la población que se quedase en sus casas, y dejase que la lucha se desarrollara en los lugares de trabajo, no en la calle. Eso indicaba que dirigir las conductas de una sociedad clandestina podía ser tan difícil como las de una sociedad oficial.

Tras el éxito de participación ciudadana en las manifestaciones de mayo de 1982, si bien no previstas por los dirigentes de *Solidaridad*, TKK esperaba algunos gestos conciliadores del Gobierno con ocasión de su conmemoración del 22 de julio (fiesta nacional, el día de la libe-

ración de Polonia por las tropas soviéticas en 1945) y pidió a la población que, hasta esa fecha, no organizase huelgas ni manifestaciones callejeras. Sin embargo, no hubo tales gestos, de modo que, en agosto, la situación volvió a ser tensa. Las manifestaciones del 31 de agosto de 1982, para conmemorar los acuerdos de Gdańsk, fueron las más importantes de todo el periodo del estado de sitio. Según las informaciones posteriores del Ministro del Interior, se desarrollaron en 66 ciudades. Por participar en ellas, más de cuatro mil personas fueron condenadas a multas elevadas o a prisión. Los hechos más dramáticos ocurrieron en Lublin cuando ya se dispersaban los manifestantes. La policía disparó con fuego real, matando a tres personas e hiriendo a muchas. Existen indicios de que los hechos ocurridos en Lublin habían sido calculados fríamente por los funcionarios del Ministerio del Interior para atemorizar a la población. Otra víctima de disparos murió en Wrocław.

LA SOCIEDAD DURANTE EL ESTADO DE SITIO: ENTRE LA CONDENA, LA JUSTIFICACIÓN Y LA AMBIVALENCIA

Los historiadores resolverán si el estado de sitio fue evitable y si, desde su punto de vista, las autoridades polacas tenían alguna otra salida. En todo caso, para estudiar el desarrollo de los futuros acontecimientos, parece indispensable evaluar las consecuencias que tuvo la introducción del estado de sitio sobre el funcionamiento de la sociedad polaca, e indagar sobre el significado que le atribuyó la sociedad.

Este significado fue bastante complejo. Aunque, como hemos visto, hubo una reacción inicial contraria muy fuerte de amplias capas de la sociedad, no todas reaccionaron del mismo modo y, sobre todo, los sentimientos de la población, siempre un tanto ambivalentes, oscilaron a lo largo del periodo. Para mucha gente, incluidos los simpatizantes de *Solidaridad*, el general Jaruzelski escogió el mal menor y al implantar el estado de sitio salvó a Polonia de la intervención de las tropas soviéticas. En consecuencia, el país caótico de las huelgas y las protestas había vuelto al orden y la seguridad de la vida cotidiana controlada por las patrullas militares. Aquellos que habían disfrutado de los privilegios del Partido, para quienes la revolución de *Solidaridad* provocaba gran incertidumbre, acogieron con alivio el retorno del viejo orden.

Hay que tener en cuenta que, tal y como se desprende de varios estudios sociológicos, una mayoría de la población llegó a considerar relativamente justificada la introducción del estado de sitio[6]. Tres años después de su implantación, en 1984, un 56 por ciento de los encuestados la consideraba acertada (es decir, "decididamente sí", o "más bien sí"). Además, en ese estudio, el 15 por ciento de las personas opinaba que los únicos responsables de los conflictos y tensiones que desembocaron en la introducción del estado de sitio fueron las autoridades, el 19 por ciento responsabilizaba sobre todo a las autoridades pero también a *Solidaridad*, el 9 por ciento responsabilizaba sobre todo a *Solidaridad* y el 5 por ciento, exclusivamente a *Solidaridad*, mientras que el 35 por ciento responsabilizaba a *Solidaridad* y al Gobierno por igual. La misma proporción de un 56 por ciento consideraba justificada la decisión (es decir, "completamente sí" o "más bien sí"), según un estudio realizado en 1991. En ese año, el 50 por ciento de los encuestados opinaba que el general Jaruzelski había decretado el estado de sitio para salvar a Polonia de la intervención soviética, el 16 por ciento, que lo hizo para impedir la bancarrota del país, el 13 por ciento opinaba que lo hizo para mantener a los comunistas en el poder, y el 8 por ciento, que fue para liquidar a *Solidaridad* (Encuesta «Estado de guerra en la opinión de los polacos», *Stan wojenny w opinii Polaków*, 1991).

En términos muy generales, esas opiniones indican que la mayoría de la sociedad polaca llegó a considerar "razonable" la decisión sobre la imposición del estado de sitio. Sin embargo, eso no significa que la asumieron moral y emocionalmente como suya. Es precisamente en ese ámbito emocional donde debemos buscar los elementos de juicio y los factores que permitan evaluar más profundamente su significado social. A nuestro juicio, el estado de sitio desencadenó un proceso irreversible y permanente de reajustes de las actitudes de la sociedad polaca, cambiando por completo su relación con las autoridades comunistas.

El coste en términos de vidas humanas del estado de sitio fue relativamente bajo. Desde un punto de vista humano, todo muerto en una represión totalitaria es inaceptable, pero, por otro lado, menos de veinte muertos es un número relativamente pequeño en este caso, si se tiene

---

[6] Hay varios estudios de las posturas de la sociedad polaca ante el estado de sitio. Para este capítulo hemos utilizado sobre todo Adamski, Jasiewicz y Rychard, 1986; Lindenberg y Nowak, 1987; Poleszczuk, 1991.

en cuenta la escala de la operación y las incalculables víctimas que podrían haber caído si se hubiera producido una intervención soviética. La operación inicial, sin embargo, fue brutal e intensa. La contundencia con la cual el Gobierno impuso el estado de sitio fue calculada con la vista puesta en sus efectos psicológicos. La rapidez de las operaciones, el extraordinario número de personas empleadas para llevarlas a cabo, así como el soporte técnico y legislativo tenían por objeto abrumar a la población, desalentar al máximo su oposición activa e impedir la confrontación. En cierto modo, esos objetivos fueron alcanzados, incluso con exceso, puesto que tuvieron la consecuencia no deseada de desencadenar un proceso de descrédito de la autoridad, cuyas consecuencias comenzaron a notarse varios años más adelante.

La conmoción que provocó el estado de sitio resultó tan traumatizante, entre otras razones (entre las que habría que incluir una memoria histórica de represiones sangrientas a manos de ejércitos rusos de signos políticos muy diversos en épocas anteriores), porque las conductas de la sociedad no parecían justificar el extraordinario despliegue de los medios empleados para introducirlo. Al no haber ninguna oposición social, la población vivió la experiencia como una brutal agresión por parte de un Estado violento y prepotente contra personas desamparadas. Las secuelas de esa experiencia se pudieron constatar diez años más tarde, cuando el 71 por ciento de encuestados continuaban considerando los actos perpetrados por el Gobierno durante aquel periodo como brutales, y el 36 por ciento opinaba que las autoridades habían sido brutales incluso en aquellas situaciones que no justificaban esa clase de actuación. La intensidad de las represiones era percibida como un castigo totalmente desproporcionado en relación con los actos de protesta y rebeldía de la sociedad.

Por otro lado, según muchos estudios sociológicos, el periodo de *Solidaridad* es valorado como el acontecimiento más positivo de la historia contemporánea de Polonia y la experiencia social de ese periodo sigue dominada por el recuerdo de libertad y por la nostalgia del protagonismo de la sociedad[7]. A la luz de ese recuerdo, el estado de sitio aparece, sobre todo, como un golpe contra aquella experiencia de libertad y como una subyugación de la sociedad. Al implantar el es-

---

[7] Para la descripción de las posturas de los polacos ante varios aspectos de la vida política y social durante el estado de sitio nos referimos a los datos publicados en dos trabajos de la socióloga polaca Mirosława Marody 1986 y 1991 (en particular capítulos 8 y 9).

tado de sitio, el Gobierno redujo el papel de la sociedad al de ser uno de los parámetros impersonales del sistema, a controlar con instrumentos meramente técnicos. Es decir, puso de relieve que no necesitaba la cooperación y el consentimiento de una sociedad, cuyo apoyo, incluso limitado, legitimase su gestión de Gobierno del país.

Cabe recordar que la sociedad polaca apenas cooperó en realidad con las autoridades comunistas, y sin embargo, un análisis de las manifestaciones recogidas tanto al comienzo del periodo legal de *Solidaridad* como hacia el final de la década de 1980 demuestra que albergaba expectativas sobre una posible cooperación.

Los acontecimientos de los años 1980-1981 fueron percibidos no sólo como una protesta del pueblo contra las "desviaciones" de las autoridades, sino también como una oportunidad para llevar a cabo las indispensables reformas políticas y sociales. *Solidaridad* debía constituir una garantía institucional de esas reformas, mediante un sistema de control y aviso ante cualquier fenómeno degenerativo en los distintos niveles del poder. Gracias a ese periodo, el Gobierno pudo por fin saber qué pensaba sinceramente el ciudadano de a pie y, poco a poco, empezar a tomar en cuenta su opinión. Se le ofrecía una oportunidad histórica para sanear el sistema que padecía un grave mal. Podía haber aumentado la confianza de la sociedad de que las privaciones que debía soportar durante aquella profunda crisis tenían un sentido. Hubiera servido para liberar la iniciativa y la implicación social, así como para granjearse la confianza de la sociedad en sus autoridades y en sus acciones. Todas estas opiniones fueron recogidas en 1988 entre los ciudadanos (Poleszczuk, 1991), y sugieren que el periodo legal de *Solidaridad* fue percibido en la consciencia social como una especie de periodo de prueba que la sociedad concedía al Gobierno. A pesar de las tensiones y conflictos que se produjeron entonces, la población seguía considerando a las autoridades como parte de la comunidad nacional y estimaba que sus metas ulteriores debían ser la búsqueda de una salida de la crisis social y económica que afectaba al país.

El estado de sitio provocó una experiencia emocional que resultó en la eliminación del Gobierno comunista de esa comunidad. "La guerra contra la nación" no sólo significó una violación de la sensación de libertad y de estar forjando el propio destino que el pueblo había experimentado después de agosto de 1980, sino también una manifestación explícita de que el Gobierno no se identificaba con la nación, y que, en cierto modo, se situaba fuera de ella. Cuando la so-

ciedad descubrió ese hecho, ni siquiera el admitir que la decisión de introducir el estado de sitio había sido "razonable" pudo mitigar la sensación de violencia de verse totalmente subyugada. Sin embargo, sí fue una intervención "razonable" precisamente para impedir la intervención soviética, y eso significa que Jaruzelski era visto por algunas gentes como un patriota y parte de la comunidad nacional.

El significado del estado de sitio fue mucho más allá de sus consecuencias inmediatas. Con el paso del tiempo, la población superó el estado de conmoción que le había producido la aparición de carros de combate y soldados en las calles. Aunque volvió la calma, las emociones comenzaron a evolucionar dando lugar a posturas más profundas. Tras el golpe de estado, apareció una característica nueva en las relaciones entre el Gobierno y la sociedad. Quedó destruido el mito de la autoridad paternalista, tal vez incompetente pero protectora y comprometida con el bienestar del ciudadano. Quedó en evidencia la prepotencia que estaba en la base del ejercicio de autoridad del sistema. Quedó destrozada la confianza en el Gobierno, porque quedó claro que no se podía confiar en él, ni siquiera cuando, en un momento dado, podía actuar conforme con los intereses objetivos de la sociedad. En general, se agravó la crisis de legitimidad del Gobierno, sin embargo, parte de la sociedad recordaba su mérito de evitar la intervención de las tropas soviéticas, y todos seguían observando qué hacía con la situación económica del país. Ese fue el legado de la experiencia del estado de sitio para la sociedad polaca cuando empezó para ella lo que las autoridades llamaron el periodo de "normalización".

El repliegue de la sociedad al ámbito de la vida privada

Los esfuerzos oficiales para reformar la economía en crisis, los intentos de legitimarse mediante unas elecciones, incluso los excesos de algunas partes del aparato del Estado en su política de control social, tuvieron lugar contra el telón de fondo de una situación de vacío social. A mediados de la década de 1980, un equipo de sociólogos del Instituto de Filosofía y Sociología de la Academia Polaca de Ciencias, llevó a cabo una investigación sobre las actitudes sociales de la población polaca (Adamski, Jasiewicz y Rychard, 1986). Al resumir los resultados de sus análisis, el equipo constató que el dilema fundamental de la crisis polaca consistía en el hecho de que los que apoyaban la reforma estaban en contra del régimen, en cambio los que apoyaban al

régimen estaban en contra de la reforma. Cabe añadir que los primeros eran más numerosos.

La sociedad contemplaba las actuaciones reformistas oficiales desde la distancia, pero siempre dispuesta a aprovechar las oportunidades que le brindaba la reforma económica para sus propios fines, sin que las consignas de la reforma, como tales, motivasen a nadie para emprender acción concreta alguna. En 1986, bajó al 10 por ciento la proporción de los que creían en las posibilidades de su realización. La mayoría de los encuestados percibía que no tenían ninguna influencia sobre lo que pasaba en su entorno, en el país. Además, consideraban que las actuaciones del Gobierno eran muy poco eficaces, y manifestaban su total descontento con la situación económica. Negaban toda autenticidad al proceso polaco de renovación de la vida social y política, considerándolo como un proceso dirigido centralmente, cuyo único fin era calmar a la población y crear las apariencias de que el Gobierno se ocupaba de sus intereses. Casi el 80 por ciento de los encuestados opinaba que la gente obedecía porque el Gobierno podía castigar a los desobedientes, y más del 50 por ciento, que el Gobierno apenas tenía influencia sobre lo que hacían las personas particulares. Por un lado, el miedo al control del Estado y, por otro, la sensación de relativa autonomía en la vida privada condicionaban las acciones individuales durante el periodo de "normalización" y las empujaban a la esfera de lo particular (Marody, 1995:41).

Esa tendencia crecía a raíz de la convicción de que las formas disponibles para ejercer cualquier clase de presión sobre el Gobierno eran ineficientes, tanto si se intentaban utilizar los canales oficialmente permitidos como si se recurría a los que se habían formado durante el periodo legal de *Solidaridad*. Los primeros no eran considerados auténticos, mientras que los últimos inspiraban una sensación de impotencia, tras serle arrebatadas a la población las ilusiones de los años 1980-1981. Al parecer, la conmoción que había producido la declaración de estado de sitio y la rápida aniquilación de la resistencia ciudadana, convenció a muchas personas de que no tendría efecto ninguna forma de participación en la vida pública, habida cuenta de que no lo pudo tener *Solidaridad* respaldada por sus casi diez millones de afiliados.

Otro factor adicional que empujó a la gente a retirarse a la vida privada fue la propia reforma económica. Sobre todo durante el periodo inicial, ésta colocó a las personas en unas situaciones económicas tan precarias que la preocupación por la supervivencia se convir-

tió en su problema fundamental. El término "supervivencia" es apropiado, porque uno de los rasgos notables de las medidas oficiales fue su corta duración. Aparentemente, al no tener influencia sobre los procesos que se realizaban en el ámbito institucional ni sobre la forma de la vida pública, la gente esperaba el final de la crisis, intentando sobre todo "salvarse de momento". Además, era característico el que esos intentos no se manifestasen en un mayor despliegue de la actividad profesional ni en la búsqueda de empleos mejores o adicionales en la economía que se estaba reformando, sino en actividades que alejaban a las personas de la vida pública aún más. Las vidas de la gente se concertaban en al autoconsumo, tareas en el hogar y las actividades de la economía subterránea.

La tendencia al autoconsumo

Se trataba, sobre todo, de realización de servicios y de la producción de artículos para el autoconsumo que en la década de 1970, se habían estado contratando o comprando en el mercado. Las investigaciones del Instituto del Mercado Interior y Consumo realizadas en 1983 revelaron que en el 98 por ciento de hogares se hacían conservas de fruta y verdura; un 70/80 por ciento de familias pintaba, conservaba y reconstruía su propia vivienda, confeccionaba ropa, tejía jerséis, arreglaba prendas de vestir, reparaba y conservaba sus coches; el 51 por ciento arreglaba y hacía muebles; el 33 por ciento arreglaba lavadoras, y el 21 por ciento, frigoríficos; y el 92 por ciento de las mujeres polacas realizaba todas las operaciones relacionadas con la lavandería[8]. Estos datos sugieren una privatización de la vida económica enorme y suponía un aumento de la importancia de la familia.

Para mantener el mismo nivel de consumo, el trabajo casero abarcó, aparte de las tareas de la transformación, también el cultivo de productos agrarios comestibles. En la década de 1980, se hizo muy corriente cultivar pequeñas huertas en terrenos municipales. En 1984, había 850.000 hortelanos, que producían un promedio de 50 kilos de frutas o verduras cada uno, asegurándose una ganancia superior al 5 por ciento de todos sus gastos en productos de alimentación. Un 16 por ciento de familias no rurales criaba animales para comer.

[8] Resultados de las encuestas realizadas por el Instituto del Mercado Interior y Consumo, *Badania Instytutu Rynku Wewnętrznego i Konsumpcji*, 1983.

Un modo complementario de realizar esa estrategia familiar de supervivencia fue la renuncia total o parcial al empleo por parte de la mujer, para dedicarse a las tareas de la casa, la administración del lugar y la gestión de sus necesidades de servicios. En muchos casos, resultaba más conveniente disponer de más tiempo para defender el nivel de consumo que aumentar los ingresos, sujetos a la inflación. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, en 1984, la compra diaria de los artículos elementales absorbía cerca de dos horas de tiempo, mientras que, por ejemplo, en 1966, una compra requería cerca de una hora (y en 1970, una hora y media). Para adquirir cualquier electrodoméstico o mueble, etc., era necesario invertir mucho más tiempo, incluyendo el de buscarlos y encontrarlos. Empezaron a aparecer los "comités del turno de compra", de modo que el consumidor debía participar en las guardias para cuidar la vez, o desplazarse todos los días para controlar la lista de los turnos.

Si se redujo la participación de la mujer en la economía productiva en cambio aumentó el empleo de menores y jubilados. En 1982, la proporción de los primeros había aumentado dos veces con respecto a la del año 1976, y la del segundo grupo, cuatro veces, aunque gran parte de este incremento no fue absorbida por la economía formal, sino por la sumergida (Morawski, 1986:106).

El recurso a la economía sumergida

El tercer elemento de esta estrategia fue, por tanto, el recurso a la economía sumergida. Como se sabe "economía sumergida" es el término utilizado por los economistas para denominar la actividad laboral que no está registrada y, por lo tanto, tampoco sujeta a los impuestos. La falta de productos en el mercado, la ineficiencia de las instituciones estatales y la relativa facilidad para viajar al extranjero después de que terminó el estado de sitio favorecieron el desarrollo de la economía sumergida, o sea, de toda clase de "chapuzas", la especulación, el comercio callejero, los servicios no registrados con el fisco, los talleres particulares, etc. Según estimaciones de los economistas, ya en 1983, la participación del producto de la economía sumergida constituía entre un 10,2 por ciento y un 12,1 por ciento de los ingresos de la población. Existen indicios de que esa proporción fue aumentando más bien que disminuyendo (Morawski, 1986:111-115).

Esta situación se refleja, en los estudios sociológicos, en las respuestas a la pregunta: «¿A quién le va mejor y a quién le va peor?», bajo la forma de una contraposición entre las categorías de personas "listas" *(zaradni)* y "no listas" *(niezaradni)*. En la opinión pública, los "listos" (en el peyorativo sentido de la palabra) eran aquellos que no limitaban su actuación a una estrategia de supervivencia más o menos productiva, sino que intentaban, de forma ingeniosa, sacar provecho de las oportunidades que, sin que esa fuera su intención, brindaba el sistema sometido a reforma. Se puede decir que se trataba de una forma parasitaria de ingenio, porque aprovechaba determinadas condiciones que aparecían a raíz del funcionamiento del sistema institucional, diseñado e implantado oficialmente. Los resultados económicos de las personas "listas" no se debían a que habían creado empresas nuevas, sino a que sabían encontrar formas de aprovechar los lados flacos del sistema existente para su propio beneficio. Gran parte de la iniciativa privada que se desarrollaba en aquel tiempo se basaba en el ingenio que parasitaba sobre una economía de Estado desajustada, sometida a reglas contradictorias e ineficiente.

Sin embargo, las personas "listas" eran cada vez menos que las "no listas" y éstas se limitaban a sobrevivir y a esperar. La presión de los problemas del día a día no dejaba a la gente mucho tiempo para luchar contra el sistema repudiado. La circunscripción al círculo familiar y de amigos era asociada a la atomización de la sociedad. En 1984, dos terceras partes de los encuestados consideraban que la confianza mutua y los lazos entre las personas eran menos estrechos que en los años 1980 y 1981 (Grabowska, Pańkowski y Wnuk-Lipiński, 1994:53).

LA SOCIEDAD DURANTE EL PERIODO DE "NORMALIZACIÓN" (1983-1985)

Durante el periodo de aproximadamente tres años que siguió a la suspensión (diciembre de 1982) y luego terminación del estado de sitio (julio de 1983), todo pareció volver, en efecto, a una especie de normalidad. El Gobierno se dedicó a la reforma de la economía y la gente a sus cosas particulares. Surgieron nuevas organizaciones en sustitución de las disueltas. Incluso las actividades clandestinas se volvieron en cierto sentido rutinarias. El tiempo de las exaltaciones colectivas había pasado y el día a día, con sus problemas de siempre y sus peque-

ños éxitos, había recobrado su significado, aunque sin mayores esperanzas de algún cambio drástico.

Los actores domésticos de la escena política en Polonia estaban bajo una presión importante de la Unión Soviética, a pesar de que se suponía que los dirigentes de ésta debían estar satisfechos por la introducción del estado de sitio, pero esto no fue así. Durante el periodo de los años 1982-1985, tres dirigentes se sucedieron en el cargo de Primer Secretario del Comité Central: Leonid Brezhnev (muerto al final de 1982), Yuri Andropov y Constantín Chernienko. Estos últimos fueron muy críticos respecto a la política del Gobierno polaco, por lo que consideraban su excesiva tolerancia con la oposición y su aparente complacencia con la Iglesia, y de alguna manera le acusaban de haber traicionado los ideales comunistas. De modo que durante casi todo el periodo de "normalización" las autoridades soviéticas presionaron al Estado polaco para que utilizase más firmeza para liquidar a la oposición y cabe suponer que hubieran visto de buen grado un cambio del equipo de Jaruzelski por unos sectores "duros" del Partido.

Sin embargo, la presión de la Unión Soviética se contuvo dentro de ciertos límites, debido en parte a la brevedad de los periodos en los que Andropov y Chernienko estuvieron en el poder, y en parte a que debieron dedicar su energía a una situación cada vez más difícil para ellos tanto en el terreno internacional como doméstico. De esta forma, los procesos y los acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de este proceso pueden ser entendidos mejor si los consideramos como el resultado de la situación doméstica polaca, es decir, de un juego complejo de interacciones entre tres conjuntos de actores que podemos identificar como el Estado (o el Gobierno), la oposición (es decir, *Solidaridad*) y la sociedad polaca.

La sociedad ante el Estado y el Gobierno comunistas

La separación un tanto imprecisa entre el Gobierno y la sociedad que existía desde el último día de la Segunda Guerra Mundial se volvió clara y tajante durante el periodo del estado de sitio. "La guerra contra la nación" excluyó al Gobierno del amplio concepto de comunidad nacional que los polacos identifican con la nación polaca. Incluso los que opinaron que el general Jaruzelski salvó a Polonia de la intervención soviética, cuestionaban la legitimidad del Gobierno. Hasta el 13 de diciembre de 1981, pese a que ambas partes percibían las dife-

rencias concretas que las separaban, las relaciones entre el Gobierno y la sociedad admitían la posibilidad de algún entendimiento en el interés nacional. Era precisamente en áreas de ese interés nacional como se llegaba a un compromiso tácito entre el Gobierno y la sociedad, cada vez que el poder pasaba a manos de un nuevo equipo. Una ilustración muy clara de la persistencia de un compromiso fue la consigna de "hablar entre polacos" lanzada en agosto de 1980, lo que implicaba el supuesto de que la comunidad nacional contenía las dos partes en conflicto[9]. A la misma idea subyacente de comunidad había apelado Edward Gierek con su frase: «¿(me) ayudaréis?» a lo que su audiencia había contestado, como ya hemos señalado: «¡(te) ayudaremos!», y aún antes lo habían hecho los organizadores de los mítines de apoyo a Władysław Gomułka en los años cincuenta. Se basaban unos y otros en el reconocimiento, o la postulación, de la existencia de ciertos lazos entre el Gobierno y la sociedad. Con la introducción del estado de sitio, esos lazos no se rompieron totalmente (aunque sí recibieron un golpe importante), porque la gente seguía pensando en la teoría del mal menor. Por esto, la relación entre el Gobierno y la sociedad oscilaba entre una ambivalencia y una ruptura de confianza.

En un sentido muy general, ese cambio de actitud hacia el Gobierno consistió en que la postura de cooperación limitada, instrumental y más o menos difusa entre el pueblo y el Gobierno en el marco del sistema social y económico existente, se convirtió en una postura de distancia creciente. Sirva la palabra "postura" (o "actitud") para indicar que es imposible considerar ese cambio meramente en términos de acciones concretas externas, porque la mayor parte de la actividad externa se desarrollaba necesariamente dentro del marco de las instituciones existentes y, por lo tanto, pertenecientes al sistema. En este sistema de "estatalización de la vida social"[10], hasta el enemigo más acérrimo del sistema tenía que trabajar en una empresa estatal, utilizar los servicios de la administración estatal y comprar en tiendas estatales los bienes de consumo que producían las empresas que eran del Estado. Esa total subordinación de todos los aspectos de la vida de la sociedad a los fines políticamente definidos por el Estado y el Partido impedía que el aislamiento de la sociedad respecto al sistema pudiera

[9] La frase fue pronunciada por Lech Wałęsa al comienzo de las negociaciones con los representantes del Gobierno liderados por Mieczysław Jagielski durante la huelga en agosto 1980 en los astilleros de Gdańsk (Holzer, 1995:9).

[10] El término acuñado por Wincjusz Narojek, 1996.

llegar a ser realmente efectivo. Sin embargo, esa postura de aislamiento se manifestó claramente en el terreno más difícil de estudiar, de las actitudes y los valores sociales.

La forma de manifestar la desaprobación de la actuación del Gobierno negándose a participar en la actividad pública, incluso en una de carácter neutral, que hemos llamado de "emigración interior", fue practicada por una parte de la élite intelectual o cultural del país. Al principio solía manifestarse como una protesta psicológica individual, bastante frecuente, contra los acontecimientos sobre los cuales uno no tenía ningún control y, con el tiempo, esa práctica individual fue adoptada por los colectivos más amplios. Se trataba no sólo de negarse a cooperar, sino de evitar cualquier ámbito público establecido oficialmente.

Aunque el concepto de "emigración interior" se forjó en referencia a las posturas de los intelectuales, se pueden detectar fenómenos semejantes en la conducta de muchos de los ciudadanos de a pie. Estos se refugiaban en la vida familiar e intentaban limitar sus contactos con el sistema político y económico a los estrictamente necesarios. Esa postura se manifestaba con mayor fuerza entre los jóvenes. En una encuesta realizada en 1983 se preguntó a los estudiantes a qué clase de vida aspiraban después de terminar los estudios (Lindenberg y Nowak, 1987). La mayor parte de ellos eligieron aquellas posibilidades que les permitirían evitar, limitar o postergar su participación en el sistema institucional controlado por el Estado. Sus respuestas incluían las de: "salir del país por algún tiempo o emigrar", "trabajar por cuenta propia", "continuar los estudios con otra orientación", "trabajar en una delegación local de algún empresario emigrante polaco o en una empresa particular", "vivir del trabajo por encargos", "permiso por maternidad", etc. Por cada encuestado que elegía el trabajo en una institución estatal, dos intentaban "salir del sistema", o si no, mantenerse "a un lado" de él.

Mientras la gente intentaba mantenerse apartada de las instituciones más controladas por el Estado y más identificadas con las autoridades, crecía la diferencia entre las posturas y hábitos que determinaban su actuación en la vida pública y en la vida privada. A mediados de la década de 1980, se venía constatando la formación de una dualidad entre dos clases de actitudes: la que animaba la conducta de las personas en los ámbitos controlados por el Estado, y la que correspondía a quienes operaban en aquellos ámbitos donde las metas y los medios dependían de personas particulares. En el ámbito público, la

actuación del individuo se caracterizaba por el miedo y la reticencia a destacarse, el igualitarismo y la envidia, la inhibición a la hora de tomar decisiones, y unos plazos muy cortos en la planificación y realización de cualquier empresa. Su meta era sobrevivir con el mínimo de esfuerzo. En cambio, en el ámbito particular, las actuaciones de las personas obedecían a las ambiciones y los deseos de realización personal, y se caracterizaban por disposición para tomar decisiones y realizar empresas incluso arriesgadas, relacionadas con unos proyectos a plazo mucho más largo.

Puesto que el sistema político y económico no era aceptado, también era extraordinariamente bajo el grado de confianza en las instituciones del Estado y en las personas que ocupaban los puestos directivos. Esa falta de confianza tenía una justificación de fondo al tiempo pragmática y de principios. Se debía a la convicción de que el *establishment* que detentaba el poder político era ilegítimo, pero también excepcionalmente incompetente. Se expresaba en manifestaciones negativas y de rechazo de las autoridades cualquiera que fuese su actuación concreta que se sometiera al sondeo de la opinión pública. Este fenómeno de rechazo generalizado del sistema conllevaba una actitud de exclusión emocional, y el deseo de mantenerse alejado. La gente trasladaba esa actitud a todas las instituciones que formaban parte del sistema. Su valoración negativa no tenía por qué tener relación con los rasgos concretos de esas instituciones; más bien se les juzgaba críticamente a la luz de una valoración negativa global *a priori*.

Las publicaciones sociológicas de aquel periodo suelen comentar la falta de disposición de la sociedad polaca para rebelarse contra el sistema, o contra las personas que detentaban el poder, atribuyéndole apatía [11]. Pero también se puede interpretar ese fenómeno como un rechazo hacia las autoridades que habían humillado a la población, primero imponiéndole el estado de sitio por sorpresa y dejándola totalmente indefensa, y luego sumiendo al país en una crisis económica de tales proporciones que dejó a la nación en una situación de pobreza. Pero, por otro lado, la actividad política clandestina se iba desarrollando como una actividad aparte e independientemente de la sociedad, y el ciudadano medio tampoco estaba dispuesto a involucrarse en actividades perseguidas por la ley. Por lo general, la ayuda a los dirigentes clandestinos tenía lugar dentro de los límites de lo que la gen-

[11] El análisis más completo sobre el cambio de la conciencia social durante el estado de sitio es el de Mirosława Marody, 1986.

te consideraba un riesgo razonable. Por ejemplo, podía consistir en una contribución económica, guardar panfletos clandestinos, servir como buzón de contacto durante algún tiempo, o esconder en la casa a un dirigente de *Solidaridad* buscado por la policía. Esa clase de ayuda era muy útil, pero no implicaba la participación de toda la población, ni siquiera de su mayoría, contrariamente a lo que se llegó a decir varios años más tarde.

La sociedad ante Solidaridad

Tal y como lo sugieren los estudios de opinión pública realizados en la primera mitad de la década de 1980, en la actitud de la gente hacia *Solidaridad* cabe distinguir dos dimensiones diferentes (Adamski, Jasiewicz y Rychard, 1986). Por un lado, había una actitud de respeto hacia una especie de mito social. La gente recordaba el periodo legal de *Solidaridad*, sobre todo los primeros meses, con nostalgia, como un periodo festivo, en el que la fascinación por la gran causa dominaba sobre la preocupación por los problemas del día a día. La unión, la solidaridad social, la sensación de la libertad recuperada y las amplias expectativas para el futuro compensaban las carestías materiales del momento. Se valoraba el surgimiento de *Solidaridad* como el acontecimiento más positivo desde la recuperación de la soberanía polaca en 1918, más que la reforma agraria y la nacionalización de la industria después de la Segunda Guerra Mundial, y más que la victoria sobre el fascismo.

Pero, por otro lado, la actitud de la sociedad hacia *Solidaridad* en cuanto institución social era más compleja y no siempre positiva. A medida que pasaba el tiempo, aparecieron cada vez más críticas de varios aspectos de su actividad durante el periodo 1980-1981. En ese sentido tuvo gran importancia la sensación de que *Solidaridad* había fallado cuando la gente la necesitaba más, es decir, en el momento del golpe militar. Después, cuando actuó en la clandestinidad, contó con el apoyo de una porción reducida de la población, según pusieron de manifiesto algunos estudios sociológicos (Adamski, Jasiewicz y Rychard, 1986). La gente entendió que las acciones que proponía *Solidaridad* no eran efectivas, porque o bien se limitaban a meros gestos simbólicos, o bien parecían demasiado audaces como para contar con el apoyo de la mayoría de la sociedad. El ciudadano medio deseaba el cambio, pero también deseaba que ese cambio se realizase con el mí-

nimo coste para él y que fuera efectivo. Apoyar a *Solidaridad* era costoso porque el régimen condenaba a las personas relacionadas con ella a no volver jamás a la vida pública oficial. Apoyarla podía significar también apoyar una acción meramente simbólica sin resultados prácticos.

Las organizaciones clandestinas eran la oposición al Gobierno. Pero, tal y como lo percibía una gran parte de la sociedad, eran la contrapartida de éste de tal modo que la sociedad no se acababa de identificar con uno o con otro. La lucha entre el Gobierno y la oposición era una lucha entre dos sistemas de pensamiento, ninguno de los cuales tenía nada que ver con "el hombre de la calle", que intentaba mantenerse al margen de la contienda, por mucho que en su fuero interno simpatizase con la oposición.

Así pues, mucha gente percibía al Gobierno, la sociedad y la oposición como un sistema compuesto por tres entes distintos, aunque en cierto modo relacionados y dependientes unos de otros. Este sistema condicionaba el campo de acción de la sociedad, pero también el del Gobierno y de la oposición, de modo que los dos rivales se veían obligados a recurrir al apoyo de la sociedad para sus propios fines. Aunque cada una de las partes se mantenía pendiente de las demás, nunca crearon una plataforma de acción común. Cada una perseguía sus propias metas y obedecía a sus propias razones, representaba una amenaza potencial para las otras, o se convertía en un observador pasivo pero atento de la acción de los otros.

Por eso, ninguna de las partes pudo lograr sus metas. Las actuaciones del Gobierno y de la oposición se realizaron en una especie de vacío social, y las de la sociedad nunca se tradujeron en soluciones institucionales. Las intervenciones urgentes pero ineficaces de los principales actores de la vida social llenaron así la tensa calma política de aquellos años.

LA ESTRATEGIA DEL GOBIERNO

Reformas legales

Hacia el final de 1982, las autoridades fueron retirando paulatinamente, y por etapas, las restricciones introducidas con la ley marcial. Además, como parte de esa "normalización", intentaban convencer a la

ciudadanía de que el estado de sitio había sido impuesto para poner coto a la anarquía en la vida pública, y no era un atentado contra el proceso de democratización del propio régimen comunista. Para intentar demostrarlo, el 26 de marzo de 1982, el Congreso de los Diputados introdujo modificaciones en la Constitución, que preveían la creación del Tribunal Constitucional y del Tribunal de Estado. El primero debía juzgar la constitucionalidad de las leyes y otras actuaciones legislativas; el segundo, la responsabilidad de las personas que ocupaban los más altos cargos del Estado, en caso de cometer algún acto contrario a la Constitución y a las leyes. El 6 de julio de 1982, el Congreso aprobó la creación de ambos Tribunales, así como la de un Consejo Social y Económico. Cabe señalar que este tipo de instituciones no existían en ningún país del bloque soviético.

Pocas semanas después de implantar el estado de sitio, el Gobierno intentó justificar esa medida aduciendo que contaba con el apoyo popular. El 11 de enero de 1982, la prensa gubernamental informó de que se estaban formando Comités Ciudadanos de Salvación Nacional OKON *(Obywatelski Komitet Ocalenia Narodowego)* en las ciudades, pueblos y lugares de trabajo, y de que estos comités colaboraban con los grupos operativos militares. Más tarde, cambió el nombre de esos comités por Comités Ciudadanos de Renacimiento Nacional *(Obywatelski Komitet Odrodzenia Narodowego)*. Su existencia debía servir como la principal prueba de que las autoridades no estaban luchando en solitario en una "guerra" contra una nación que le negaba cualquier clase de apoyo, tal y como sostenían la oposición y la prensa extranjera. Sin embargo, debido a su alcance local, los comités no sirvieron para lograr ese efecto propagandístico. De modo que, sobre la base de los comités, se creó una organización a escala de todo el país. Se llamó Movimiento Patriótico de Renacimiento Nacional PRON *(Patriotyczny Ruch Odrodzenia Narodowego)*. El 20 de julio de 1982, representantes del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), del Partido Popular de los Campesinos (PSL), de la Democracia Social (SD) y de organizaciones de católicos laicos que colaboraban con el régimen formalizaron la creación del PRON, invitando a que se les uniesen todos aquellos que deseaban conservar los principios básicos del régimen existente.

Con la ley sobre la asociación de los trabajadores, aprobada por el Congreso de los Diputados el 8 de octubre de 1982, quedaron disueltos todos los sindicatos existentes y se establecían las condiciones para poder formar sindicatos nuevos. Eso equivalía a la proscripción de *So-*

lidaridad. La nueva ley obligaba a los futuros sindicatos a reconocer "el papel dirigente" del Partido Obrero Unificado Polaco y a participar con él en «la planificación y realización de los cometidos de desarrollo social y económico del país». Limitaba sustancialmente el derecho a la huelga y prohibía, entre otras, las de carácter político [12].

Al día siguiente de la aprobación de la ley sobre las asociaciones de trabajadores, la TKK declaró que no reconocía la proscripción de *Solidaridad*, exhortó a los trabajadores a boicotear los nuevos sindicatos y fijó el día 10 de noviembre de 1982 para una manifestación de protesta en todo el territorio nacional con una huelga de cuatro horas. Esa fecha era el segundo aniversario de la inscripción de *Solidaridad*. Sin embargo, las huelgas y manifestaciones comenzaron el 11 de octubre, que fue el primer día laboral después de la aprobación de la ley con la cual se proscribía a *Solidaridad*. Sin embargo, la huelga prevista para el 10 de noviembre fracasó y los dirigentes clandestinos percibieron ese hecho como un golpe a la autoridad de la TKK Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad*. Por otra parte, tras la proscripción de *Solidaridad*, las autoridades tuvieron que resolver qué debían hacer con Lech Wałęsa. Tardaron mucho en tomar la decisión. Parte del Buró Político se inclinaba por cambiar su internamiento por detención, y someterle a juicio junto con los demás dirigentes de *Solidaridad*, cuyo procesamiento ya se estaba preparando. Otra alternativa era forzarle a emigrar del país. Pero en las disputas internas ganó una tercera propuesta, la de quienes preferían dejarle en libertad sin condiciones, de modo que el mismo 10 de noviembre de 1982 quedó libre el máximo dirigente de *Solidaridad*.

El fracaso de la huelga de noviembre y la decisión de liberar a Wałęsa por parte de las autoridades sugerían que estas autoridades comenzaban ya a dar la situación por más o menos "normalizada". De hecho, hacia el final de 1982, las autoridades consideraron que su control de la situación en el país permitía suspender el estado de sitio a partir del 31 de diciembre de 1982. Todos los internados salvo siete dirigentes de *Solidaridad* pudieron abandonar los centros de su reclusión. A los retenidos (Andrzej Gwiazda, Seweryn Jaworski, Marian Jurczyk, Karol Modzelewski, Grzegorz Pałka, Andrzej Rozpłochowski y Jan Rulewski) se les conmutó la reclusión por encarcelamiento. Con

[12] Dos años más tarde, en noviembre de 1984, por iniciativa del Gobierno se constituyeron los sindicatos oficiales Unión Nacional de Sindicatos Polacos OPZZ *(Ogólnopolskie Porozumienie Związków Zawodowych)* liderados por Alfred Miodowicz.

anterioridad, por el mismo procedimiento, había sido modificada la situación legal de cuatro dirigentes del Comité para la Defensa de los Obreros KOR, Jacek Kuroń, Adam Michnik, Jan Lityński y Henryk Wujec. El fiscal militar les había acusado de participar en los preparativos para derrocar por la fuerza el régimen de la República Popular de Polonia.

Al finalizar el año 1982, con la suspensión del estado de sitio, terminó también la resistencia masiva. El cambio de actitudes y de conductas sociales se empezó a observar entre los últimos días de octubre y primeros de noviembre. Clara señal de ello fue, como he señalado, la fallida huelga de noviembre propuesta por la TKK. Tras un año de resistencia, la población había dejado de percibir el estado de sitio como una situación excepcional y se habituó a ella, de modo que su abolición oficial, un año y medio más tarde, el 22 de julio de 1983, pasó prácticamente inadvertida.

Reformas económicas

Una de las principales actividades a las que se dedicó el Gobierno durante el periodo de normalización fue la reforma económica. Como ya sabemos, desde el año 1956, se habían intentado varias reformas de la economía polaca a distinta escala y con distinta intensidad, y las sucesivas crisis políticas fueron revelando cada vez más claramente la incapacidad del sistema para resolver los problemas de la economía. Con los acontecimientos de los años 1980-1981 y la consiguiente grave crisis de producción y falta de productos en el mercado, la búsqueda de soluciones para salir de la crisis económica se convirtió en el principal objetivo del Gobierno, tan pronto como hubo encontrado una solución provisional de la crisis política mediante el estado de sitio.

El Gobierno empezó a introducir su reforma económica el 1 de enero de 1982. El proyecto reflejaba una actitud de acercamiento lento y cauteloso a la reforma del sistema económico, que trataba de introducir algunos mecanismos de mercado sin permitir que la economía terminase por adquirir lo que se llamaba la "descontrolada vitalidad" del libre mercado. Se trataría de un sistema en el cual los órganos del Estado conservarían sus competencias para orientar y controlar la conducta económica de las empresas, aunque sin distribuir los medios ni fijar los objetivos de la producción de una manera direc-

ta. El proyecto pretendía mejorar las condiciones para el desarrollo de la empresa privada, apostando por la iniciativa personal, de la que también se quería hacer uso, en principio, en la empresa estatal, como el factor fundamental para sacar a Polonia de la crisis. Se abolieron las gigantescas centrales burócratas que controlaban la producción industrial y agrícola, y el comercio exterior. Además, se redujo el poder de los ministerios y se delegó buena parte de su autoridad en las empresas que desde entonces tenían permiso para suministrarse en un 30-40 por ciento con los materiales controlados por el Gobierno y comprar el resto en el mercado libre (Poznański, 1986:455-488). El proyecto de la reforma preveía además un sistema de consultas sociales, aunque no según la modalidad de las negociaciones de los años 1980-1981, en las que *Solidaridad* había jugado un papel protagonista. En todo caso, para acordar los planes económicos y definir las necesidades sociales, se consultaría con organizaciones, estamentos sociales y expertos no dependientes directamente del Gobierno.

La reforma fracasó a la hora de alcanzar los resultados perseguidos. La subida de precios de los alimentos, introducida durante el estado de sitio, dio como resultado un dramático descenso del nivel de vida de la población. En 1982 los precios de los bienes de consumo subieron entre el 300 y el 400 por ciento, el salario medio cayó el 25 por ciento, y el índice del coste de vida aumentó hasta el 100,5 por ciento (Poznański, 1986:482). Hacia el final de 1982, se estimaba que el déficit presupuestario (por inflación) alcanzaba los 500 mil millones de zlotys. Las fluctuaciones de los precios y, por consiguiente, de los salarios motivaron constantes ajustes de la política económica, y la inflación siguió siendo uno de sus problemas más graves. Aparte del control central de los artículos comestibles y algunos otros productos básicos, en casi todas las provincias se introdujeron controles de los artículos industriales. Cada vez más, los establecimientos industriales recurrieron a una economía de trueque para proveerse de sus medios de producción.

Uno de los motivos del fracaso de la reforma fue la misma dimensión y el ritmo de la crisis económica, cuya gravedad se hizo cada vez mayor y de manera más acelerada, junto con los defectos del propio diseño de la reforma. Los economistas señalaron que los cambios mediante los cuales el Gobierno intentaba incentivar los mecanismos del mercado sin renunciar al control sobre los agentes económicos, se introducían de forma parcial e inconsecuente. El Gobierno atribuía el fracaso, sobre todo, a la poca visión económica de la sociedad, la cual

no sabía defender sus intereses y no asumía ciertos sacrificios necesarios para salir de la crisis. También lo atribuía a la menor implicación del trabajador, al consumismo, a los especuladores, a los hábitos burocráticos y otros vicios de las personas.

Lo cierto es que la reforma no dio los resultados esperados por el Gobierno. En su informe publicado en el quinto aniversario de los *Acuerdos de Gdańsk* con el título de "Polonia 5 años después de agosto", *Solidaridad* despertó la alarma con su descripción del estado de la economía polaca. «A la luz de los datos y análisis, el estado económico de Polonia a mediados del año 1985 es dramático. Existe un real peligro de que quede malogrado el fruto del esfuerzo de varias generaciones de polacos y de que los procesos de degradación y ruina, que afectan el medio ambiente, la infraestructura de la producción y la organización de todos los ciclos de la vida económica, se vuelvan irreversibles o muy difíciles de reorientar. Asimismo, cabe temer que esos procesos tengan efectos negativos sobre el estado biológico de la población, y que desencadenen fenómenos convencionalmente llamados de patología social» (Holzer y Leski, 1990:78).

Control social y represión

El Gobierno, al mismo tiempo que introducía las reformas económicas, intentó disciplinar a la sociedad y controlarla a través de nuevas estructuras sociales, esperando, tal vez, que con ello conseguiría mediante procedimientos disciplinarios lo que no podía conseguir mediante un pacto social o un compromiso con las fuerzas sociales. Esos esfuerzos fueron acompañados de diversas medidas legislativas. En los primeros momentos, como ya hemos señalado, el acento estuvo puesto en reformas legislativas que sugerían que el Estado quería reforzar las garantías jurídicas del régimen, pero ahora se trataba de reforzar el control social mediante medidas más drásticas.

A fines de 1982, el Congreso de los Diputados aprobó una ley "contra los indolentes", con el fin de combatir varias clases de "parásitos sociales" y la economía subterránea. Con ello, el Gobierno trataba de dotarse de una herramienta para combatir la naciente actividad clandestina, mediante el procedimiento de castigar los delitos económicos de las personas a las cuales no se les podía probar actividades de conspiración. En 1983, el Congreso de los Diputados aprobó una ley sobre la regulación especial para la superación de la crisis social y eco-

nómica, que entró en vigor en 1985. La ley otorgaba privilegios extraordinarios a las autoridades administrativas e introducía cambios en la ley laboral. Permitía prolongar la jornada de trabajo, alargaba el tiempo de anticipación para pedir la baja voluntaria y permitía disolver o suspender la dirección de una empresa. A los ministros se les otorgaba el derecho de suspender y despedir a las autoridades de las instituciones de educación superior, y de suspender y expulsar a los estudiantes. Los gobernadores provinciales podían despedir a los maestros. En aplicación de esa ley, al final del 1985, el Ministro de Educación despidió a varios rectores y decanos de universidades. Más tarde, como complemento especial de esa ley, se aprobaron una nueva ley sobre la censura y algunos cambios del código criminal. Recordando a los decretos sobre el estado de sitio, estas disposiciones ampliaban la tipificación de las faltas y preveían penas más severas por actividades de oposición. Previamente, al final de 1984, la ley sobre las comunicaciones otorgó al Estado la exclusividad en materia de correos, telecomunicaciones, radiofonía y televisión, así como de distribución de periódicos.

Sin embargo, hay que tener en cuenta la reticencia del equipo de Jaruzelski a conseguir la aquiescencia de la sociedad mediante procedimientos demasiado drásticos, y a solucionar el problema de la oposición con métodos tales como, por ejemplo, los que habían sido utilizados en Checoslovaquia por el Partido Comunista después de 1968. Esta actitud más moderada de Jaruzelski permitió que se mantuviera, con el tiempo, una fuerza social, cultural y política independiente, de masas, cuya presencia se impuso de tal manera que el régimen tuvo que ir tomándola en cuenta cada vez más a medida que pasaban los años, como veremos más adelante. Sin embargo, el proceso de disciplinar a la sociedad llegó a desbordar en algunas ocasiones y en algunos sectores del aparato del Estado el marco formal previsto por la ley vigente, y así ocurrió que, paradójicamente, el periodo de "normalización" coincidió con una escalada del terror policial, que pudo reflejar las tensiones internas en el aparato del Estado comunista. En efecto, cabe atribuir ese fenómeno a las fricciones internas de los estamentos del poder, cuyos círculos más conservadores acusaban al general Wojciech Jaruzelski de excesiva tolerancia y de falta de medidas duras contra la oposición. Se puede explicar de esta forma una serie de crímenes políticos, como una manera radical de aplicación de esas medidas. Los crímenes más conocidos fueron la muerte de Grzegorz Przemyk y el asesinato del padre Jerzy Popiełuszko.

El 12 de mayo de 1983, en la comisaría de la calle Jezuicka de Varsovia, los policías golpearon a Grzegorz Przemyk, de diecinueve años de edad, hasta hacerle perder el conocimiento. La víctima era hijo de la dirigente clandestina Barbara Sadowska, que también había sufrido graves heridas unos días antes, durante el asalto por parte de "personas no identificadas" al convento de las Hermanas Franciscanas, donde se encontraba la sede del Comité del Primado para la Asistencia a las Personas Privadas de Libertad y a sus Familiares. Grzegorz Przemyk murió en un hospital el 14 de mayo. Fueron inculpados de su muerte dos sanitarios de ambulancia. En el juicio celebrado un año más tarde, se les condenó respectivamente a dos y dos años y medio de prisión. Los policías, que también habían sido llevados a juicio, quedaron absueltos. El entierro de Grzegorz Przemyk en el cementerio de Powązki de Varsovia, se convirtió en una gigantesca manifestación.

El asesinato del padre Jerzy Popiełuszko fue aún más dramático. Desde octubre de 1981, todos los meses, había estado celebrando misas por la patria en la iglesia de San Estanislao Kostka, del distrito de Żoliborz de Varsovia, a las cuales asistían multitudes de fieles, sobre todo después de la imposición del estado de sitio. El 19 de octubre de 1984, el padre Jerzy Popiełuszko regresaba a Varsovia procedente de Bydgoszcz. Viajaba en coche en compañía del conductor. En el tramo de la carretera entre Bydgoszcz y Toruń fue detenido por funcionarios de la policía. La desaparición del sacerdote conmovió a la opinión pública hasta tal punto que las autoridades se vieron obligadas a tomar medidas y detuvieron a sus secuestradores, que resultaron ser el jefe de un departamento de Ministerio del Interior y tres empleados del mismo departamento. El 30 de octubre, en la presa cercana a Włocławek, fue encontrado el cadáver del padre Popiełuszko brutalmente asesinado. Su entierro fue una manifestación de extraordinaria importancia. Por primera vez desde el estado de sitio acudieron delegaciones oficiales de *Solidaridad* desde varias partes de Polonia. Fue enterrado dentro del recinto perteneciente a la iglesia de San Estanislao Kostka, que se convirtió en el santuario de *Solidaridad*.

Elecciones políticas

A pesar de los excesos policiales que acabo de mencionar, la sociedad tuvo la impresión de que, en general, el Estado intentaba un *modus vivendi* con la sociedad, trataba de justificarse con una política econó-

mica de reforma, que no le inspiraba al país ninguna confianza, y con su capacidad para tener a raya a la Unión Soviética, lo que parecía relativamente comprensible. Por lo demás, reinaba una relativa calma en el país y las demostraciones masivas o huelgas eran infrecuentes, aunque, pese a las detenciones y las persecuciones, la oposición no perdía apoyos sustanciales y su presencia seguía siendo importante. Se vivía una situación de equilibrio inestable, o de "tablas" como en un juego de ajedrez. Valga esta figura retórica: si las autoridades gobernaban el cuerpo de los polacos, la oposición gobernaba sus almas, y ninguna de las partes parecía capaz de extender su poder más allá de esos límites.

En estas condiciones, el Gobierno intentó legitimarse mediante una serie de elecciones políticas, lo que dio lugar a un proceso electoral y unos resultados poco concluyentes, pero que, desde el punto de vista del Gobierno, le daban pie a algunas esperanzas. Para el Gobierno, la "normalización" debía ser confirmada por las elecciones al Congreso de Diputados previstos para 1984. Sin duda sabía que las condiciones aun no se prestaban a esa clase de prueba, porque el 13 de febrero el Congreso aprobó la enmienda constitucional que le permitía prolongar su existencia hasta el fin de 1984, y el Consejo de Estado fijó la fecha de los comicios para las corporaciones autónomas para el 17 de junio de 1985. La oposición exhortó a la población a que se abstuviese de participar en la consulta, de modo que un riguroso control del número de votantes adquirió una importancia vital para comprobar su poder de convocatoria. Según los datos oficiales, el 74,7 por ciento de las personas con derecho a voto acudió a las urnas. El TKK estimaba la participación en alrededor del 60 por ciento (Garlicki, 1997:389). Naturalmente, cada parte proclamó el éxito de su estrategia en aquella ocasión.

Por su parte, la fecha de las elecciones al Congreso se fijó para el 13 de octubre de 1985. La oposición nuevamente recomendó el boicot. Según los datos oficiales, participó el 78,8 por ciento de las personas con derecho a voto y, según las estimaciones de *Solidaridad*, habría que rebajar aquella estimación en diez puntos porcentuales (Garlicki, 1997:389). Después de las elecciones, hubo un cambio de las máximas autoridades del país. El general Jaruzelski asumió la presidencia del Consejo de Estado, conservando la función de Secretario del Comité Central del Partido Obrero Polaco Unificado, y Zbigniew Messner fue nombrado Presidente de Gobierno.

Política internacional

El principal éxito de la política de "normalización" para el Gobierno fue la paulatina salida de Polonia del aislamiento internacional. Las reacciones de repudio por parte de los países occidentales a la introducción del estado de sitio no fueron acompañadas de una ruptura al nivel de los gobiernos. Antes que nada, existía el problema del endeudamiento de Polonia, y ambas partes tenían interés en solucionarlo. Inicialmente Occidente tuvo la intención de castigar el régimen por la supresión brutal de *Solidaridad* por medio de suspender los créditos y rechazar las negociaciones sobre los plazos de pago de las deudas. En agosto de 1982, se realizaron negociaciones en Varsovia con los bancos occidentales. Terminaron con la prórroga de los plazos y un crédito de 550 millones de dólares para Polonia. Un año más tarde, el 2 de noviembre de 1983, el portavoz de la Casa Blanca informó que el presidente Reagan había decidido que los Estados Unidos participarían en las conversaciones de los acreedores de la República Popular de Polonia (llamados Club de París) sobre la prórroga de la deuda [13]. Aparte de lo relacionado con el pago de los intereses y de la deuda polaca, los otros contactos con los países occidentales se reanudaron con gran reticencia, sobre todo cuando intervenía el general Jaruzelski.

LA ESTRATEGIA DE *SOLIDARIDAD* HACIA EL ESTADO Y HACIA LA SOCIEDAD EN EL PERIODO DE NORMALIZACIÓN

Básicamente, las únicas ocasiones que se presentaban para reconstruir, aunque fuera por poco tiempo, aquel sentimiento de unidad y solidaridad social que habían sido tan características durante el periodo de *Solidaridad*, surgieron cuando acontecía algo extraordinario. La segunda visita del Papa en junio 1983 fue, sin duda, un acontecimiento de esa clase. La visita tuvo lugar los días 16-23 de junio 1983 y unos diez millones de polacos participaron en las celebraciones. Nunca se publicó un comunicado después de los dos encuentros entre el Papa y el general Jaruzelski, pero no cabe duda que el Papa apeló por

[13] Aunque en 1982 se reanudaron las negociaciones, Polonia no consiguió entrar en el Fondo Monetario Internacional ni en el Banco Mundial (Poznański, 1986:483).

liberalizar las condiciones sociopolíticas en Polonia. Juan Pablo II mantuvo también una reunión con Lech Wałęsa como con "una persona privada"(Kubik, 1994:284). Su visita transcurrió en un ambiente solemne y festivo. Entre las multitudes que le daban la bienvenida y le escuchaban, se podía ver muchas banderas y carteles con la inscripción "*Solidaridad*". Sus discursos, llenos de referencias al reciente pasado, contenían un inequívoco apoyo a los principios fundamentales del movimiento solidario. En la misa celebrada en el estadio de fútbol en Varsovia el Papa habló sobre el orden en la vida de la nación y del Estado. «Este orden puede ser al mismo tiempo una victoria de los vencedores y los vencidos, que se puede conseguir por el camino del diálogo y del entendimiento mutuo y solo de esta manera el Estado puede conseguir el apoyo que necesita para cumplir con sus propósitos, y la nación para expresar su soberanía» (Garlicki, 1997:387). Sin embargo, para el participante medio, tal vez tenían menos importancia los matices políticos que la emoción compartida que experimentaba y la unión que reaparecía durante esos encuentros de cientos de miles de personas unidas en oración. La sociedad atomizada, ese conjunto de individuos sin rumbo y frustrados con la realidad cotidiana, volvía a ser una nación y recuperaba su identidad colectiva.

En vista de que la sociedad no respondía a sus directivas, el Comité Provisional de Coordinación TKK preparó un nuevo plan de acción de *Solidaridad* clandestina y lo proclamó el 22 de enero de 1983. A largo plazo, la meta de la lucha era el derrocamiento del sistema de Gobierno existente. Los métodos fundamentales debían consistir en el boicot general de las instituciones estatales, la lucha económica a través de protestas continuas y, aprovechando los comités de los trabajadores, la formación de una consciencia social independiente, para destruir el monopolio del Estado en el campo de la educación y la cultura, así como para preparar una huelga general, con la cual culminaría la lucha contra el régimen.

En realidad, los métodos utilizados podían servir tanto para derrocar al Gobierno como para arrancarle concesiones. El TKK se percató de que, incluso para ganarse un apoyo más efectivo de sus seguidores, debía intentar alguna especie de diálogo entre el Gobierno y la oposición que representaba. La búsqueda de diálogo no significaba renunciar a los principales postulados programáticos, contenidos en la declaración proclamada con el título de "*Solidaridad*, hoy" (Holzer y Leski, 1990:39-41). Más bien se trataba de un acto de realismo político. Los dirigentes clandestinos creían contar con el apoyo moral de

la sociedad, pero tenían que tener en cuenta la reticencia creciente de la gente a emprender acciones directas y arriesgadas contra las autoridades del Estado. Sintiéndose portavoces de una "voluntad colectiva" bastante generalizada, intentaron obligar al Gobierno a unas concesiones cuyo resultado desembocase en el cambio del sistema político. Al mismo tiempo, creían que era indispensable educar a la sociedad, de modo que aquella "voluntad colectiva" fuese adquiriendo una forma más clara y decidida. Eso ponía a los dirigentes de *Solidaridad* clandestinos en una situación muy especial tanto frente a la sociedad como frente al régimen. En su papel de educadores de la sociedad, eran diferentes de las demás personas no implicadas en la actividad de la oposición, y se sentían sus líderes y, a su vez, en su papel de representantes de la sociedad, se convertían en los principales interlocutores políticos del Gobierno.

El día a día de la oposición consistía en sus esfuerzos por construir lo que llamaba una "sociedad civil", la cual exigiría sus derechos tan pronto como alcanzase la madurez. Para ese fin, se apoyó en una amplia e intensa actividad editorial, que abarcaba tanto el periodismo como las ciencias y las humanidades, así como varias clases de cursos de formación y de intentos de todo tipo de forjar una nueva identidad social, incitando a la reflexión sobre la sociedad polaca. Las organizaciones de los emigrantes polacos, llamados la *Polonia*, vinculadas con *Solidaridad*, jugaron un papel destacado, procurando recabar fondos para esas actividades. La *Polonia*, sobre todo en Francia y Alemania, preparaba paquetes de productos básicos de alimentación y de higiene, que fueron transportados en camiones a las iglesias. Dentro del país, la Iglesia se convirtió en el principal aliado de la oposición, prestándole no sólo su apoyo moral y espiritual, sino también sus locales. También le prestó su apoyo durante las negociaciones con las autoridades sobre los presos políticos.

Aparte del día a día dedicado a la actividad educativa y a los esfuerzos por liberar a los presos, con la ocasión de las diferentes festividades nacionales y aniversarios, *Solidaridad* clandestina emitía declaraciones, en las cuales instaba al Gobierno a emprender negociaciones con «Lech Wałęsa y sus asesores, depositarios de la confianza de la sociedad» (Holzer y Leski, 1990:57). Después de su liberación, Lech Wałęsa había vuelto a su puesto de trabajo en los astilleros de Gdańsk. Durante el periodo de "normalización", el Gobierno intentó presentarlo como una persona particular, un ciudadano corriente, cuyas ambiciones de jugar un papel político carecían de fundamentos sólidos,

del mismo modo que los astilleros de Gdańsk aparecían como un establecimiento industrial corriente. No obstante, fue precisamente en estos astilleros donde, el 25 de agosto de 1983, se realizó el famoso encuentro del primer ministro Mieczyslaw F. Rakowski con los obreros. Allí, Rakowski presentó la versión oficial de la historia de *Solidaridad*, acusando a sus dirigentes de haber "dado muerte" al sindicato ellos mismos con su postura excesivamente radical y con sus desplantes políticos. Wałęsa tomó la palabra y en su respuesta al Ministro, le instó al diálogo con la oposición y a la renovación de la discusión sobre las vías para el futuro desarrollo de la sociedad. A pesar de la propaganda del Gobierno para desacreditar a Wałęsa, en la opinión pública Wałęsa seguía siendo el líder carismático que supo movilizar a diez millones de polacos contra el poder del Estado comunista. Cuando el 5 de octubre de 1983, la comisión noruega le adjudicó el premio Nobel de la Paz, la sociedad lo percibió como una distinción no sólo para Lech Wałęsa, sino también para Polonia. La distinción reforzó el prestigio de Wałęsa y fue un estímulo moral para *Solidaridad* y sus miembros.

Si bien el número de los presos políticos disminuyó radicalmente después de la amnistía de 1984, esa situación no duró mucho tiempo. Poco después de anunciarse, el 13 de febrero de 1985, en Toruń, la sentencia para los asesinos del padre Popiełuszko, fueron arrestados los líderes de la oposición Adam Michnik, Władysław Frasyniuk y Bogdan Lis, al llegar a Gdańsk para reunirse con Lech Wałęsa. Se les acusó de actuar para sembrar el desasosiego y de participar en la actividad de una asociación ilegal llamada Comité Provisional de Coordinación. Fueron juzgados a finales de mayo y principios de junio, y condenados a dos años y medio y tres años y medio de prisión. En realidad, ningún diálogo con la oposición pudo llevarse a cabo durante este periodo de "normalización".

7. CAÍDA DEL COMUNISMO Y TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

LOS DILEMAS DEL ESTADO COMUNISTA EN LA SEGUNDA MITAD DE LOS AÑOS OCHENTA

Las dificultades de una reforma económica sin apoyo social

A partir de 1985, con la llegada de Mijaíl Gorbachov al puesto del Primer Secretario del Partido Comunista de la URSS, cambió decisivamente el contexto internacional de la política polaca, puesto que las autoridades soviéticas relajaron la presión política y dejaron un margen al Gobierno polaco para resolver los problemas internos del país. Para entonces muchos pensaban que el Gobierno no era capaz de resolver la crisis económica, pero ello quedó todavía más de manifiesto en los años siguientes.

Hacia 1986, el régimen había alcanzado el límite de su capacidad de adaptación y de innovación, pero todavía, aparte de algunos soñadores políticos, pocos intentaban cambiarlo radicalmente. El objetivo fundamental del sector pragmático de la oposición no era derrocar al régimen comunista sino obligarlo a adaptar su socialismo real, en lo posible, a las necesidades y las aspiraciones de la sociedad. De hecho, las elecciones al Congreso de octubre de 1985, a las que ambos bandos atribuían un carácter de plebiscito, reforzaron la posición del Gobierno con respecto a la oposición. La sociedad polaca, a pesar de que estaba resentida con el régimen por múltiples motivos, había respondido a la exhortación de las autoridades y no a la de la oposición. Ahora, el Gobierno parecía menos dispuesto al diálogo que nunca.

Los tres aumentos de precios de productos alimenticios de 1982, 1984 y 1985 habían acabado en ciertas mejoras en el mercado de alimentos. La dramática disminución de los sueldos de la población del año 1982 no quedó compensada, pero se creía apreciar un aumento paulatino y continuo de los ingresos reales. Además, mejoró algo el volumen de la exportación a los países cuyas divisas eran cotizadas internacionalmente. La situación parecía indicar una estabilización. No

cabía esperar que, a corto plazo, el régimen tomara algunas medidas que a la larga pudieran conducir a un cambio total del sistema. Sin embargo, persistía un problema básico que las autoridades no habían sido capaces de controlar mediante métodos policiales ni reglamentos, y que subyacería a la aparente estabilización de algunos indicadores económicos: la economía seguía en una senda de deterioro a largo plazo, como se fue haciendo cada vez más patente a partir de 1986.

El equipo que había impuesto el estado de sitio sabía, desde el principio, que esa medida traería sólo soluciones provisionales, y que la estabilización real de la situación en el país dependía de la mejora de la economía. La reforma económica era imprescindible para salir de la crisis económica y, al tiempo, para superar la crisis social y política. La experiencia de los años 1980 y 1981, por un lado, indicaba que, a menos que se satisficiesen las necesidades económicas de la población, las consecuencias políticas podrían ser sumamente graves a largo plazo y, por otro, señalaba que era necesario cierta democratización de las instituciones. El primero de los factores obligaba al Gobierno a reformas económicas, y el segundo aconsejaba crear nuevas instituciones de la vida pública, sin renunciar al control sobre ellas. El 26 de marzo de 1982 el Parlamento aprobó la enmienda de la Constitución que introdujo dos tribunales: el Tribunal del Estado para castigar a los altos cargos del Gobierno por infringir las leyes, y el Tribunal Constitucional para vigilar la constitucionalidad de leyes y disposiciones gubernativas. Como ya hemos comentado, ninguna de estas instituciones existía en otro país del bloque soviético (Zakrzewska, 1993). En el terreno de la economía, su carácter de "economía social" obligaba al Gobierno a tratar de dar satisfacción a las necesidades de la población. Su estrategia favorable a cierta "apertura hacia el mercado" suponía la sustitución del régimen de regulación y distribución existente por un sistema en el cual los móviles económicos jugaran un mayor papel en las decisiones de las propias empresas. El conjunto de la reforma económica debía servir para sacar al país de la crisis con la dirección de las autoridades políticas. Pero a mediados de la década de 1980, quedó claro que era inútil esperar que pasara la crisis.

Que esta era la percepción de la propia sociedad quedó de manifiesto en varios estudios sociológicos [1]. En 1986 aparecen significati-

---

[1] Sobre el análisis de las relaciones entre el funcionamiento de la economía, la política y las posturas de la sociedad véanse dos trabajos editados por Witold Morawski, 1983 y 1986.

vos cambios en la distribución de las respuestas. De diciembre de 1985 a diciembre de 1986, las evaluaciones de la situación del país como "mala" y "muy mala" aumentaron de 38,2 por ciento al 58,5 por ciento. En el mismo periodo, aumentó del 46,5 por ciento a un 68,5 por ciento la proporción de los que estaban convencidos de que la subida de precios previstos a corto plazo incidiría "en gran medida" o "mucho" en el deterioro de la situación económica de sus familias. Creció entre la población una sensación de angustia económica, especialmente entre el grupo de personas que preveía el estancamiento económico.

Por otra parte, el porcentaje de los convencidos de que la política del Gobierno no creaba las condiciones para salir de la crisis aumentó del 24,8 por ciento al 40,5 por ciento. La catástrofe de la fábrica nuclear de Chernobil de 1986 profundizó un estado de descontento político en Polonia y de críticas al Gobierno. Su política de desinformación o manipulación de la información y de pasividad al respecto constituía la prueba de su mala gestión de la seguridad de la población polaca. En abril de 1987, un 51,8 por ciento culpaba al Gobierno del aumento de los precios y un 66 por ciento lo consideraba ineficiente. Un 52 por ciento creía que el Gobierno simulaba que apoyaba los intereses de la población en una disputa ficticia con los sindicatos obreros oficiales. Entre abril de 1986 y abril de 1987, la percepción de tensiones sociales entre los encuestados aumentó del 44,2 por ciento al 63,1 por ciento[2].

Ante este resumen de la opinión pública del momento, se puede concluir que el periodo de "normalización" llegó a crear unas expectativas que el deterioro económico condenó al fracaso, a pesar de que se había facilitado el desarrollo de la economía paralela, de que el lento aumento de los sueldos iba superando paulatinamente al aumento del coste de vida, y de que el abastecimiento de la población estaba mejorando. La población había concedido al régimen un plazo para sacar al país de la crisis. Se podía suponer que se trataba de un tiempo de prueba que la sociedad dio al Gobierno para "expiar sus culpas" (entre otras, el estado de sitio) y ganarse el derecho de ejercer su Gobierno, condicionando su aprobación a la eficacia del Gobierno en el terreno económico. Pero ese plazo se había ido terminando.

---

[2] Un análisis muy interesante de la reacción de la sociedad polaca sobre la catástrofe de Chernobil lo ofrece Andrzej Siciński, 1989:390.

Durante un tiempo, esa actitud de espera se debía a que la gente todavía confiaba en que podría pasar la crisis, contando en parte con sus propios recursos y habilidades, y en parte con la acción del Gobierno. El abandono de esa actitud suponía un doble peligro para el Gobierno. Por un lado, la insatisfacción de las aspiraciones materiales podía extenderse a lo político, donde la lucha de *Solidaridad*, apoyada por una gran parte de la población, había quedado suspendida en una especie de tregua. Por otro lado, para la propia reforma era indispensable el apoyo de la población. Por esas razones, para el Gobierno la realización pronta de la reforma tenía un carácter prioritario. Pero el Gobierno tenía que encontrar un modo de vencer la inercia de las personas, manteniendo, sin embargo, las aspiraciones políticas de la sociedad dentro de un margen que salvaguardase su propio poder.

Ese dilema se hizo más grave después del año 1985, cuando las medidas para resolverlo empezaron a resultar infructuosas y la economía alcanzó cotas tan bajas que el derrumbe total parecía inminente. Esa evaluación apareció tanto en el informe de *Solidaridad* «Polonia 5 años después de agosto» como en los estudios realizados por personas pertenecientes a los estamentos del Gobierno. Lo más significativo es que ambas fuentes consideraban que la solución de la crisis se encontraba en la reanudación del diálogo con la oposición. La oposición condicionaba ese diálogo a la legalización de *Solidaridad*, pero el régimen aún no estaba dispuesto a aceptarlo.

Los efectos de perestroika *y* glasnost

Se pueden interpretar las medidas políticas del Gobierno entre 1986 y 1988 como un intento de resolver el mencionado dilema. Se trataba de implicar a la oposición en las actuaciones del Gobierno sin que éste perdiera el control de la situación. Aparte de los factores internos, los cambios que acaecieron en la Unión Soviética tuvieron un efecto fundamental sobre esa decisión. Con los cambios en la Unión Soviética y las reformas de Mijaíl Gorbachov el Estado polaco adquiere mayor margen de autonomía.

Tales cambios fueron los constituidos, a partir de 1985, por las políticas de reforma de Mijaíl Gorbachov, tanto de *perestroika* como de *glasnost*, que apuntaban claramente a una puesta en cuestión bastante radical del marco institucional existente, aunque quedara la duda de cuál sería el marco institucional que lo pudiera sustituir. Pero además,

hubo aplicaciones específicas de la política de Gorbachov a la situación de los estados comunistas de Europa del Este. Una de ellas, y muy importante, fue la conocida conversación telefónica de Gorbachov con Andrei Sajarov al final de 1986, con la cual, en cierto modo, se reconocía a la oposición como parte oficial de la vida política en los países comunistas. A ello se fueron añadiendo los efectos de la retirada del ejército rojo de Afganistán (1988), el abandono de la doctrina Brezhnev sobre la intervención soviética en los asuntos internos de los países del bloque comunista.

Como es sabido, Mijaíl Gorbachov había sido elegido el Primer Secretario del Partido Comunista de la URSS en 1985 después de la muerte de Konstantin Chernienko. Introdujo dos temas mayores para reformar tanto el funcionamiento interno de la Unión Soviética como su política exterior: *perestroika* (reconstrucción) y *glasnost* (transparencia), que en cinco años cambiaron radicalmente la situación geopolítica del continente europeo. La transición de poder en la Unión Soviética y sus crecientes problemas económicos y políticos desviaron la atención soviética de los problemas persistentes en Polonia. Como resultado, el régimen de Jaruzelski tuvo más posibilidades de maniobra que Kadar (Hungría, 1956) o Husak (Checoslovaquia, 1968). El llamado "factor Gorbachov" claramente posibilitó los cambios políticos en Polonia y, en consecuencia, en otros países del bloque soviético.

Hacia una liberalización del régimen: la amnistía de 1986, el referéndum de 1987 y las elecciones locales de 1988

El primer signo del cambio de actitud del Gobierno polaco respecto a la oposición fue la amnistía aprobada por el Congreso el 17 de julio de 1986, con la cual se instaba a los dirigentes a abandonar la clandestinidad antes del 31 de diciembre. El segundo fue el anuncio del 11 de septiembre del Ministro del Interior, el general Kiszczak, de su intención de liberar a todos los presos políticos. La amnistía debía servir de introducción para un proceso de liberalización, o de democratización *sui generis* de la vida pública en Polonia. Este proceso de democratización comenzó con la creación de un consejo asesor del presidente del Consejo del Estado. Se intentó conseguir la participación de personas no pertenecientes a los estamentos en el poder, sobre todo de representantes de los círculos católicos y de dirigentes moderados, pero sin ningún representante de *Solidaridad*.

Asimismo, el 27 de noviembre de 1987 se celebró el referéndum sobre las reformas del sistema económico y político propuestas por el Gobierno. Hubo dos preguntas a responder, la primera; «¿Está usted a favor del programa de reformas radicales cuyo objetivo es una mejoría significativa de las condiciones de vida, sabiendo que su realización requiere un periodo de 2-3 años de unos cambios difíciles?», y la segunda: «¿Está usted a favor del modelo polaco de la democratización de la vida política cuyo objetivo es la autogestión, la ampliación de los derechos de los ciudadanos y su mejor participación en el Gobierno del país?» (Garlicki, 1997:392).

Se decidió que el referéndum estaría ganado si por lo menos la mitad de las personas con derecho a voto se pronunciase a favor. La imposición de un umbral tan alto, decidió de antemano sobre la derrota del referéndum en que participó, a pesar del boicot anunciado por Lech Wałęsa, el 67,3 por ciento de los votantes. El 66 por ciento votó a favor de la primera pregunta y el 69 por ciento a favor de la segunda, que considerando 100 por ciento de las personas con derecho a voto, significó que solamente *ca.* 44,3 por ciento aprobó el ritmo de las reformas, y 46,3 por ciento las medidas de democratización (Garlicki, 1997:392). De hecho, la sociedad rechazó las soluciones económicas propuestas por el Gobierno, pero el Gobierno apenas modificó su política en vistas de la mala situación económica, y así llevó a cabo una reestructuración de los precios prevista para el comienzo de 1988 (la más importante desde 1982). Desde el punto de vista político, el referéndum debilitó la posición del Gobierno a los ojos de la sociedad, porque reveló la poca solidez de las consignas de democratización que pregonaba.

Finalmente, en junio de 1988 se celebraron nuevas elecciones a los ayuntamientos. Antes de las elecciones, cambió el reglamento electoral, con el cual se introdujeron ciertos elementos poco consecuentes de rivalidad entre los candidatos, se modificó el sistema de nominación y se abandonó el requisito de un mínimo número de votos emitidos para que las elecciones fueran válidas. Este último cambio demostró la cautela del Gobierno, porque solamente el 55,19 por ciento de los habilitados para votar participó en las elecciones. En algunos distritos, la participación fue muy por debajo de la media, así en Gdańsk votó apenas el 27,5 por ciento. La población rural participó mucho más que la de las grandes ciudades (Marody, 1995:52-53). La poca participación en las elecciones fue interpretada como una manifestación de la actitud contestataria de la ciudadanía, aunque también podía refle-

jar su falta de interés por las elecciones. Para la oposición constituyó una prueba del rechazo por parte de la sociedad de las medidas de "democratización".

LA SOCIEDAD A LA EXPECTATIVA: ENTRE LA ADAPTACIÓN, LA REBELIÓN Y LA "SENSACIÓN DE ABSURDO"

Como hemos visto, a lo largo de la segunda mitad de los años ochenta, a medida que pasaba el tiempo, y a pesar de los esfuerzos del Gobierno por reformar la economía o liberalizar el régimen político, en lugar de disminuir, crecía el rechazo generalizado del sistema. En cierto sentido, se trataba de un fenómeno nuevo en la historia de la República Popular, en la que, tras los sucesivos cambios políticos, solía volver la calma y la gente se incorporaba a los cauces controlados por las nuevas autoridades.

La oposición atribuyó esta reacción diferente al hecho de que la "sociedad civil", entendida en este caso como la sociedad actuando en el espacio público, y por tanto como una "ciudadanía", es decir, como conjunto de ciudadanos conscientes de sus derechos, estaba madurando y empezaba a percatarse de la gravedad de su situación y a rechazar consecuentemente el régimen. Sin embargo, los resultados de los estudios sociológicos no parecen confirmar esa explicación, o en todo caso sugieren todavía un apego de la sociedad a un tipo de sociedad "socialista", en un contexto en el cual se está hablando de un "socialismo real" (y no de un socialismo ideal). En una encuesta realizada en 1987 entre la generación joven, que no había sufrido un adoctrinamiento ideológico tan fuerte como la anterior, a la pregunta sobre si «Tras las experiencias habidas hasta ahora, ¿crees que vale la pena seguir construyendo el comunismo en nuestro país?», el 58 por ciento de los encuestados contestó que sí, y sólo un 28,8 por ciento, que no. Se recogió una proporción similar de evaluaciones del comunismo mirando al pasado: el 69,9 por ciento de los jóvenes encuestados coincidía con la opinión de que el comunismo había traído más beneficios o la misma cantidad de beneficios que pérdidas, y sólo un 23,2 por ciento creía que había traído más pérdidas que beneficios (Lindenberg y Nowak, 1987:67-69).

La "sensación de absurdo"

El posible error en la interpretación de esta opinión pública por parte de unos y de otros parece radicar en que tanto las autoridades como la oposición sobreestimaban el interés de la gente por la política en su versión institucional habitual, y se quedaban en fórmulas estereotipadas acerca de la aceptación o el rechazo de un marco institucional. Pero si hubieran reflexionado sobre estas respuestas a la vista de las experiencias cotidianas de amplios segmentos de la sociedad, quizá habrían entendido mejor los argumentos implícitos en esas experiencias, y no habrían subestimado la importancia potencialmente política de los cambios que se producían en áreas totalmente diferentes de la consciencia social, tales como los que sugería una creciente "sensación del absurdo", que se manifestó con especial nitidez en la segunda mitad de la década.

Esa sensación abarcaba todas las esferas de la vida y se manifestaba en declaraciones que mostraban cómo las personas percibían la realidad que las rodeaba como carente de sentido, reñida con el sano juicio, anormal, y que no admitía ni conductas ni comportamientos racionales. En la base de esa sensación, se detectaba la convicción de que había sido rota toda relación natural entre el trabajo y su producto, entre las metas y los métodos de su consecución, y entre las promesas y su cumplimiento.

Ya antes se observaba cierta sensación de absurdo durante el comunismo pero tan sólo en la segunda mitad de los años ochenta se hizo palpable el absurdo de toda la realidad socioeconómica que había sido creada por el sistema. La gente tuvo la sensación de falta de sentido que fue el resultado indirecto de los procesos, cuyos orígenes se puede encontrar en el sistema comunista, y que luego se acentuaron con la reforma económica del general Jaruzelski y los comportamientos de adaptación a la misma por parte de la sociedad. La sociedad de "la segunda economía", que había surgido en este periodo, por un lado, tenía que adaptarse a la crisis económica y, por otro lado, disfrutaba de los beneficios que la reforma brindaba a las iniciativas privadas. Sin embargo, no impulsó el desarrollo de ninguna institución propia e independiente del Estado. La iniciativa de aquellas personas que intentaban mantener o mejorar su nivel de vida, se limitaba a la escala micro, fue dirigida sobre todo hacia el cambio de una situación individual dentro del sistema y no hacia un cambio de este sistema. Se

conseguía una mejora de la situación individual no a través de la aplicación de unas nuevas reglas de vida social sino destruyendo, o por lo menos esquivando, las reglas oficiales vigentes del sistema comunista. Este fenómeno junto con la desestabilización causada por la crisis económica y los intentos de la reforma, provocaba el crecimiento de la sensación de absurdo de la vida de la sociedad.

Esa sensación del absurdo se debía más que nada a tres clases de experiencias que tenían un alcance social muy amplio. La primera fue la inflación ininterrumpida desde el comienzo de la década, que desvalorizaba literal y metafóricamente el patrimonio de las personas y de sus familias y bloqueaba el camino para la recuperación del bienestar perdido.

La segunda experiencia importante fue la percepción de la falta de proporción entre el esfuerzo invertido en conseguir y defender un decente nivel de vida y los efectos de ese esfuerzo. Si bien, después de su dramática caída en el año 1982, traducido en precios de los alimentos básicos, el poder adquisitivo de los sueldos del trabajador de la industria comenzó a aumentar lenta pero constantemente, alcanzando en noviembre de 1988 un 142,7 por ciento de su nivel del año 1980, los precios de los otros bienes de consumo aumentaron mucho más rápidamente y, sobre todo, muchos artículos domésticos e incluso algunos alimentos sólo podían comprarse mediante contactos personales y el estraperlo (Poznański, 1986).

La tercera experiencia que producía esa sensación de absurdo era la convicción creciente de que los métodos disponibles para que el individuo pudiera actuar dentro del sistema no le llevaban a ninguna parte. No le valían para realizar sus aspiraciones materiales, ni sus ambiciones profesionales, ni siquiera para conservar su propia dignidad. Esa percepción del absurdo se manifestaba en la declaración de «aquí, sencillamente no se puede vivir» *(tu się po prostu nie da żyć)*, recogida en las conversaciones entre los polacos al final de la década del 1980 (Szczypiorski, 1983). En ella se expresaba la falta de esperanza de que nadie pudiera cambiar su destino mediante acciones racionales y de efectos previsibles, después de largos años de adaptaciones sucesivas, que quitaban sentido a cualquier intento de adaptarse definitivamente al sistema.

Emigrar o rebelarse

Al quedar bloqueadas las posibilidades políticas de transformar el sistema, la única elección que le quedaba a las personas con el sen-

tido de absurdo era emigrar o rebelarse. Según los últimos datos, entre los años 1981 a 1988, emigraron 48.500 polacos, entre ellos, cerca de 5.000 especialistas con formación universitaria. Además de aproximadamente 117.000 personas que habían salido del país por tiempo limitado, otros se quedaron en el extranjero, entre ellas cerca de 16.500 especialistas con estudios superiores. Asimismo, 328.000 personas extendieron su estancia en el extranjero, entre ellas 38.000 especialistas con estudios superiores. Se puede estimar que, durante esos siete años, el país perdió unos 700.000 ciudadanos en edad productiva (Stola, 2000). Si bien muchos de esos viajes se realizaban por razones puramente económicas, los emigrantes de esa época solían declarar que uno de los principales motivos por los cuales decidieron emigrar fue la esperanza de "una vida normal".

La rebelión se manifestó en una ola de huelgas en toda Polonia durante la primavera y verano de 1988. Las huelgas eran, naturalmente, una forma de presión sobre el Estado para exigir aumentos salariales. En los estudios de aquel periodo sobre los motivos de la huelga, los obreros encuestados destacaban en primer lugar dos cuestiones: la injusticia y el absurdo, que le quitaba el sentido al trabajo. Percibían la huelga como tal vez la única acción racional a su alcance, dadas las condiciones existentes dentro del sistema. Era una forma dramática de manifestar su negativa a participar en las reglas de juego que les imponía la realidad de aquel entonces[3].

Apareció un elemento característico y desconocido en las huelgas del año 1980, una especie de juego al estilo de un *happening*. En cierto modo, cumplía la misma función que, en agosto de 1980 habían tenido la oración colectiva, la decoración de las imágenes de la Virgen con flores y las cruces florales. Ayudaba a vencer la tensión, el miedo siempre presente en las concentraciones de huelguistas, y constituía la principal forma de manifestar su actitud con respecto a lo que la gente vivía. Era necesario desenmascarar el absurdo y ponerlo en evidencia, creando una nueva realidad, una realidad invertida, en la cual los verdugos y las víctimas intercambian papeles y en la cual la risa neutralizaba el miedo. Los primeros *happenings* fueron organizados en junio de 1987 por el grupo Alternativa de Color Naranja *(Pomarańczowa*

---

[3] Un grupo de sociólogos y psicólogos llevó a cabo un estudio sobre las huelgas de 1988. El análisis de los resultados se encuentra en Błaszkiewicz, Rykowski, Szwajcer y Wertenstein-Żuławski, 1989.

Alternetywa), liderado por Waldemar Fydrych, en Wrocław. El grupo, por ejemplo, distribuía gratis papel higiénico, un producto casi imposible de adquirir en las tiendas; o con motivo del Día Internacional de la Mujer regalaba las compresas, otro producto deficitario. El 1 de junio de 1987, con motivo del Día del Niño, los miembros del grupo disfrazados de gnomos organizaron una parodia de la manifestación que fue dispersada por la milicia militar ZOMO armados de pies a cabeza. Los sistemas autoritarios quedan impotentes cuando no se los trata en serio, cuando se los pone en ridículo (Pęczak y Werstein-Żuławski, 1991).

Aparte de los *happenings*, las huelgas del 1988 se diferenciaron de las de los años 1980-1981 en la relación de la gente con respecto a *Solidaridad*. Durante la primavera y verano de 1988, la consigna más repetida fue «No hay libertad sin *Solidaridad*» *(Nie ma wolności bez Solidarności)*. Sin embargo, la actitud de los huelguistas hacia *Solidaridad*, que aún seguía siendo ilegal, era mucho más compleja de lo que sugiere la consigna, que llevaba un doble mensaje. En primer término, proclamaba que la solidaridad humana era una condición para conseguir la libertad y apelaba al compañerismo, a la honestidad y a la lealtad como las cualidades que deben formar los lazos entre las personas. En segundo término, reclamaba la legalización de *Solidaridad* tanto como movimiento social como sindicato laboral. En este segundo mensaje se trataba no sólo de dar apoyo a las formas de su organización de antes, sino, sobre todo, de restituir en sus funciones a las élites políticas de la oposición, de las cuales los huelguistas carecían y que no eran capaces de crear en su seno.

De este modo, la actitud de los huelguistas hacia los dirigentes de la oposición fue similar a la que había, en agosto de 1980, entre los trabajadores de los astilleros en huelga y hacia los expertos que llegaron desde fuera para reunirse con ellos. Pareció que los huelguistas reclamaban la presencia de aquellas personas, más que la restitución de los dirigentes de su sindicato. Se trataba de una manifestación de voluntad de cambio, más que de una estrategia sindical. Fue precisamente esa manifestación de una voluntad social lo que constituyó el argumento definitivo en la lucha silenciosa entre las autoridades y la sociedad.

COMIENZA LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: NEGOCIACIONES Y LA MESA REDONDA

Primeros pasos del Partido, la Iglesia y Solidaridad

Los intentos de "democratizar" el sistema, que el Gobierno emprendió a partir de 1986 para reactivar la economía, en realidad, no produjeron mayor efecto sobre la situación económica del país. Sin embargo, tal y como lo había hecho la reforma económica, esos intentos desencadenaron ciertos procesos no previstos ni deseados, que determinaron el rumbo de los futuros acontecimientos.

Para empezar, la amnistía de julio 1986 creó nuevas condiciones para la actividad de la oposición, que pudo abandonar la clandestinidad. El 29 de septiembre, Lech Wałęsa organizó el consejo provisional del Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad*. Entre finales de 1986 y principios de 1987 resurgió también *Solidaridad* Rural. En torno a *Solidaridad*, que, ya sin ser clandestina, seguía siendo ilegal, empezó a desarrollarse la vida política. Cabe comparar el impulso que la reforma económica había dado a la economía sumergida con el impulso dado por estos cambios estratégicos del Gobierno al surgimiento de una "política paralela".

Una señal indirecta de que los cambios en Polonia no atraerían reacciones adversas por parte de la Unión Soviética fue la aparición de una entrevista con el cardenal Glemp, publicada en *Literaturnaya Gazieta* en Moscú el 7 de febrero de 1987. Desde la implantación del estado de sitio, la Iglesia había estado intentando suavizar las relaciones entre las autoridades y la oposición, y apoyaba la legalización de *Solidaridad* que reclamaban sus dirigentes. En ese contexto, la publicación de la entrevista con el Primado de la Iglesia polaca en uno de los periódicos soviéticos más influyentes, adquirió el significado simbólico de la condescendencia del poder hacia la disidencia social, cultural y política. Incluso un poco antes, a últimos de enero de 1987, el plenario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética había acordado que la *glasnost* determinaría las directrices oficiales de aquel país. Eso introducía un valor totalmente nuevo en la vida política de la Unión Soviética, así como en la de sus aliados.

Al comienzo de junio de 1987, el papa Juan Pablo II realizó su tercera visita pastoral a Polonia. Encontró a una sociedad desesperanzada de que en Polonia se pudiese vivir mejor y sus mensajes se concen-

traron en levantar el ánimo. El 31 de junio se reunió en Varsovia un grupo de personas invitadas por Lech Wałęsa y emitió una declaración, en la cual hacía hincapié sobre el derecho de los polacos a vivir en un país independiente y democrático, de libertad y verdad, de respeto a la ley y al sistema económico creado con total autonomía. Este grupo de personas, presidido por Bronisław Geremek, se componía de 62 miembros. En diciembre del año siguiente (1988) el grupo admitió otros 60 miembros y se transformó en el Comité Ciudadano de Asistencia a Lech Wałęsa. *Solidaridad*, oficialmente presente pero aún sin legalizar, no sólo se incorporó a la vida política del país, sino que también desarrolló una animada actividad en el ámbito internacional. Su oficina de asuntos exteriores solicitó al Congreso de los Estados Unidos una dotación de un millón de dólares para cubrir varias necesidades de la independiente vida política que se estaba desarrollando. Entretanto, el Gobierno, alarmado por el ritmo de los acontecimientos y por el creciente prestigio internacional de *Solidaridad*, desencadenó una campaña de propaganda contra el sindicato.

En diciembre de 1987, Jerzy Holzer, conocido historiador y autor de un libro sobre *Solidaridad* publicó una carta abierta, en la cual pedía a Wojciech Jaruzelski y a Lech Wałęsa que reanudasen el diálogo (Holzer, 1990). En febrero de 1988, en uno de los primeros números de la nueva revista *Konfrontacje*, patrocinada por el consejo central del PRON, apareció una entrevista con el profesor Bronisław Geremek, en la cual éste proponía la concertación de un "pacto contra la crisis" [4]. Veía posibilidades de éxito si se aprovechaban las experiencias recogidas entre los años 1981 y 1989, y se atendía a la moderación en las aspiraciones de la sociedad y a la indispensable necesidad de la participación social para lograr el despegue económico.

Entre el 11 y 15 de julio de 1988, Mijaíl Gorbachov hizo una visita de varios días a Polonia y mantuvo un encuentro con los representantes de los círculos intelectuales en el Palacio Real. La política de *glasnost* y *perestroika* así como su postura abierta despertaron mucha simpatía en Polonia. Al ser preguntado sobre la soberanía nacional y la doctrina de Brezhnev, no dio una respuesta directa, pero tampoco dijo nada que pudiera sugerir la posibilidad de una intervención soviética en los asuntos internos de Polonia. Eso fue interpretado como una autorización para llevar a cabo experimentos políticos.

---

[4] *Konfrontacje*, la revista oficial del Movimiento Patriótico de Renacimiento Nacional, PRON, promovida por el Gobierno en 1987.

Primeros diálogos y las negociaciones de la Mesa Redonda

La iniciativa del diálogo fue retomada en septiembre de 1988, cuando una nueva ola de huelgas recorrió Polonia. El Gobierno amenazó nuevamente con utilizar la fuerza, pero no lo hizo, porque, entretanto, comenzaron las negociaciones entre los dirigentes del Club de Intelectuales Católicos, KIK *(Klub Inteligencji Katolickiej)* de Varsovia y el Secretario del Comité Central del POUP. Los resultados de esas negociaciones fueron presentados en las sesiones del Congreso plenario del Comité Central del POUP y, no sin resistencia, quedó aprobada la decisión de iniciar el diálogo con la oposición. Al día siguiente, el general Kiszczak anunció que las autoridades estaban dispuestas a iniciar conversaciones con los «representantes de diversos sectores sociales con la excepción de aquellas personas que rechazan el orden constitucional de la República Popular de Polonia» (Bereś y Skoczylas, 1991:259).

El 31 de septiembre de 1988, Kiszczak se reunió en Varsovia con Lech Wałęsa. Los pormenores de las conversaciones no fueron dados a conocer. La agencia estatal de prensa PAP informó que se habían discutido las pautas para celebrar un encuentro de Mesa Redonda y la naturaleza de ese encuentro. Sin embargo, lo importante es que Wałęsa pudo convencer a los huelguistas de que volvieran al trabajo, utilizando el argumento de que la legalización de *Solidaridad* sería objeto de las conversaciones previstas con las autoridades centrales. El 16 de septiembre tuvo lugar un segundo encuentro entre Kiszczak y Wałęsa en Magdalenka (alrededor de Varsovia), con la participación de más de veinte personas de las esferas gubernamentales y de la oposición. Se decidió que las conversaciones de la Mesa Redonda comenzarían a mediados de octubre.

Las conversaciones no comenzaron en esa fecha, empero, debido a la dimisión del gabinete de Messner y el nombramiento de Mieczysław Rakowski como Presidente de Gobierno. Cabe interpretar ese nombramiento como el último intento de salvar la economía prescindiendo del diálogo con la oposición y eludiendo, de paso, el tema de la legalización de *Solidaridad*. El nuevo jefe de Gobierno era conocido por sus convicciones liberales y por sus buenas relaciones, incluso algunas amistades, con los principales líderes europeos, y posiblemente se confiaba en que conseguiría ayuda económica de algunos países occidentales, lo cual fortalecería su posición en las negocia-

ciones con la oposición o las haría innecesarias. Pero, entretanto, los sondeos revelaban un rápido aumento del apoyo social a favor de *Solidaridad* y una ventaja de la oposición sobre el Gobierno. De hecho, el 30 de noviembre se celebró un debate televisado entre Lech Wałęsa y Alfred Miodowicz, el representante de los sindicatos oficiales Unión Nacional de Sindicatos Polacos OPZZ *(Ogólnopolskie Porozumienie Związków Zawodowych)*, que terminó con una aplastante victoria del líder de *Solidaridad*. En esa situación, las negociaciones con la oposición eran ineludibles.

Entre el final del 1988 y principios de 1989, se celebró el X Congreso plenario del Comité Central del POUP en dos sesiones. Tras algunos cambios en los cargos, el presidente de Gobierno, Rakowski propuso intentar llegar a un consenso general con la oposición constructiva. Luego, planteó la siguiente pregunta: «Considerando la situación económica y el Estado de ánimo de la sociedad, ¿conviene o no conviene permitir la legalización de *Solidaridad*?». La respuesta debía surgir en la segunda parte del congreso. En ella, los dirigentes fueron criticados duramente y los generales Jaruzelski, Kiszczak y Siwicki, así como el Presidente de Gobierno, Rakowski, ofrecieron su dimisión. Tras duros debates, el plenario ratificó su confianza en el buró político y aprobó el documento de sus sesiones, y otro con el título «La posición del Comité Central de POUP con respecto al pluralismo político y al pluralismo sindical», con el cual quedaba abierta la vía para las negociaciones de la Mesa Redonda (Rakowski, 1991:176-177). El documento reconoce que el pluralismo político así como el pluralismo sindical llegaron a ser los elementos claves de la realidad sociopolítica en Polonia y por tanto apareció la necesidad de incluir en el sistema político una oposición constructiva cuyas formas de actuar pueden ser las asociaciones, clubes políticos o centros de debate sociopolítico.

Antes de la fecha acordada, grupos reducidos de representantes de ambas partes se reunieron en Magdalenka. Aparte de la legalización de *Solidaridad*, prepararon, sobre todo, el programa de discusiones de los principales aspectos del funcionamiento del país: la creación de una auténtica autonomía territorial y el cambio de los mecanismos de la economía.

Las negociaciones de la Mesa Redonda comenzaron el 6 de febrero de 1989 en Varsovia. 57 representantes del Gobierno y de la oposición se sentaron en una enorme mesa redonda hecha especialmente para esas negociaciones. Formalmente la Iglesia no participó en las

negociaciones, tenía solo dos observadores, aunque jugó un papel muy importante y decisivo tanto en las preparaciones como durante las negociaciones mismas. Las reuniones plenarias, que fueron televisadas, tenían un significado protocolario, mientras que los debates importantes tenían lugar en tres comisiones: de economía y política social (para buscar una salida de la crisis económica), de pluralismo sindical (para reestablecer la actividad legal de *Solidaridad*), y de reformas políticas (para integrar la oposición en el sistema político existente). Las comisiones se dividieron en 10 grupos de trabajo y en total 452 expertos y asesores participaron en los trabajos que duraron dos meses.

La intención del Gobierno fue involucrar a *Solidaridad* en la cooperación sin perder el control sobre el conjunto del sistema reinante. Los representantes de la oposición aspiraban, empero, a conseguir el máximo control sobre distintos elementos del poder. Contaban que con la legalización de *Solidaridad* y otras organizaciones libres, eso fuese posible. Las negociaciones fueron duras, problemáticas y varias veces estuvieron al borde de la ruptura. Finalmente, el 5 de abril de 1989 se celebró la reunión plenaria para clausurar las negociaciones en la cual se anunciaron los dos acuerdos fundamentales: la legalización del sindicato *Solidaridad* y la convocatoria de las elecciones para las dos cámaras del Parlamento, acompañados por el acuerdo sobre la institución del Senado.

La opinión sobre las negociaciones de la Mesa Redonda ha estado muy dividida. Sus partidarios estaban, y siguen estando, convencidos que fue el comienzo de un largo proceso, pacífico y evolutivo, de democratización de Polonia, y que gracias a ello Polonia se salvó de unos posibles acontecimientos sangrientos, como los que tuvieron lugar en Rumanía en diciembre de 1989. Sus adversarios, sin embargo, aportan muchos argumentos según los cuales no se pueden comparar los regímenes de Jaruzelski y de Ceaucescu, y por lo tanto no hubo peligro de ninguna violencia. Opinan que en vez de negociar con los comunistas, se tenía que haber esperado algunos meses más para la desintegración total del POUP y luego organizar una "revolución de terciopelo" como en la República Checa. Los comunistas hubieran gobernado quizás un poco más de tiempo pero su partida definitiva habría estado despojada de la ambigüedad que, para algunos, produjeron las negociaciones de la Mesa Redonda.

EL MOMENTO DE LA TRANSICIÓN Y EL NACIMIENTO DE LA III REPÚBLICA

Solidaridad *gana las elecciones de junio de 1989*

Cuando terminaron los debates de la Mesa Redonda, el ritmo de los acontecimientos fue vertiginoso. El 7 de abril, el Congreso de Diputados aprobó una nueva ley electoral y modificó la Constitución, introduciendo el cargo del Presidente e instituyendo el Senado. El 12 de abril de 1989, conforme con lo acordado en la Mesa Redonda, el Consejo de Estado fijó la fecha de las elecciones para el 4 y el 18 de junio de 1989 y se formó la comisión electoral nacional con la participación de representantes de *Solidaridad*. El 17 de abril, quedó registrado el Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad*. Tres días más tarde, el Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad* Rural.

La campaña electoral se desarrolló rápidamente. El Comité Ciudadano de *Solidaridad* estableció la lista definitiva de los candidatos independientes. Cada uno de los candidatos se sacó una foto con Wałęsa y quedó acuñado el logotipo de "equipo de Lech". El 8 de mayo de 1989, apareció el primer número del periódico matutino del comité electoral *Gazeta Wyborcza* (Periódico Electoral), cuyo redactor fue Adam Michnik. Este primer periódico diario creado durante la nueva etapa post-comunista fue establecido por el comité electoral de *Solidaridad* y el grupo de expertos que apoyaron a Lech Wałęsa desde 1980. El 10 de mayo, la televisión transmitió el primer programa preelectoral de *Solidaridad*. El 31 de mayo, después de más de siete años, reapareció el semanario de *Solidaridad Tygodnik Solidarność*, bajo la dirección de Tadeusz Mazowiecki.

La primera vuelta de las elecciones dio una aplastante victoria a *Solidaridad*. En el Congreso de los Diputados, entraron 160 candidatos de los 161 nominados por *Solidaridad*, en el Senado, 92 candidatos de los 100 nominados por ella. Este resultado contrastaba de forma espectacular con el de la coalición del Gobierno, cuya lista para todo el país (en la cual se presentaban 35 principales políticos del bando gubernamental) fracasó casi por completo. Sólo dos personas superaron el requerido 50 por ciento de los votos de la primera vuelta (Gebethner, 1989). Tanto por la distribución de los votos como a la luz de las posturas de la sociedad que hemos comentado, cabe asumir que las elecciones, más que una victoria de *Solidaridad*, fueron un voto en

contra de los gobernantes, contra el sistema social y político que representaban y contra la "absurda realidad" que habían creado. La segunda vuelta sólo se realizó para completar la representación parlamentaria del bando gubernamental, concertada en la Mesa Redonda.

En la primera vuelta, participó el 62,1 por ciento del electorado. En la segunda, apenas el 25 por ciento (Marody, 1995:67). Esa baja participación, ante una situación en la que se jugaba el destino del país, no ha sido explicada del todo hasta el día de hoy. Cabe la interpretación de que la gente estaba agobiada con la excesiva politización de la vida ciudadana, que, en vista del complicado procedimiento electoral, la gente decidió abstenerse en la segunda vuelta porque no confiaba en la efectividad del acto electoral. También existen indicios de que, en junio de 1989, pocas personas se percataban de la envergadura histórica de los acontecimientos en los cuales participaban. El resultado de las elecciones fue una sorpresa para todos: para los ganadores y para los derrotados.

Las primeras elecciones libres de junio de 1989 se convirtieron en un pulso entre la oposición organizada en torno a *Solidaridad* con Lech Wałęsa al frente, y los líderes del bando del Gobierno, que propiciaban unas reformas controladas. El Comité Ciudadano que asesoraba a Lech Wałęsa decidió que *Solidaridad* se presentaría a las elecciones con su propia lista y lucharía por ganar todos los puestos no reservados a los comunistas, para lo cual seleccionó a los candidatos. Los líderes de *Solidaridad* temían cualquier reacción extrema del pueblo polaco, tanto si se manifestaba de forma descontrolada como si guardaba una actitud pasiva. A su juicio, cualquier manifestación de descontento podría darle argumentos al ala conservadora del Partido Comunista opuesta al general Kiszczak, que aparecía como el líder de los reformistas. Incluso podría reforzar esa posición y sus posibilidades electorales, y a la vez perjudicar la autoridad de Wałęsa, que pedía confianza y tranquilidad.

La pasividad o movilización dependían de la interpretación que diera el pueblo a las perspectivas de los acuerdos políticos en términos de realidades económicas concretas, tales como los sueldos, el abastecimiento de los comercios y las condiciones de vida. Lo afirmaba acertadamente Ralph Dahrendorf: «Está claro que no sólo de pan vive el hombre, pero tampoco de pura *glasnost* o *perestroika,* ni siquiera de democracia» (Dahrendorf, 1991:71). El descontento popular se manifestó varias veces durante la campaña electoral, o bien para reclamar mejores condiciones de vida, es decir, más dinero, o para demostrar su

insatisfacción con la forma moderada y negociada de la revolución de la Mesa Redonda.

Más que a las protestas, la oposición temía a la apatía social. «Nos dábamos cuenta, dice Bronisław Geremek, del grado de desconfianza y oposición hacia Wałęsa y *Solidaridad*. El pueblo polaco quería cambios pero los temía. Tenía miedo de la desestabilización y del coste que ésta podía conllevar» (Żakowski, 1990:24). Dos meses después de la Mesa Redonda, *Solidaridad* tenía que llevar a cabo una campaña electoral y ganarla. Geremek comenta esa presión en un tono dramático: «si bien se trata de una campaña para las elecciones al Parlamento, que sólo serán democráticas en parte, ésta puede convertirse en una extraordinaria movilización de toda la sociedad. Si al comenzar este proceso llegara a producirse algún percance, nos encontraríamos frente al inminente peligro de una catástrofe nacional, con la derrota de *Solidaridad* y la legitimación efectiva del poder comunista» (Żakowski, 1990:158).

Todo el periodo comprendido entre el fin de las negociaciones de la Mesa Redonda y el momento de la publicación del resultado de las elecciones transcurrió cargado de incertidumbre sobre si el apoyo del electorado sería realmente espectacular. *Gazeta Wyborcza* publicó en su segundo número una exhortación del obispo de Gdańsk Tadeusz Gocławski bajo el significativo título «Es indigno que nadie se quede inactivo» (Gocławski, 1989). El obispo, como si dudara de su propia autoridad, citaba las palabras del Papa: «La nuevas situaciones, tanto en la Iglesia como en el quehacer social, económico, político y cultural, exigen un especial compromiso de los laicos. La pasividad, que siempre ha sido una actitud inaceptable, hoy más que nunca se vuelve culpable. Es indigno que nadie se quede inactivo». El periódico publicó numerosas exhortaciones de representantes eclesiásticos: «Las elecciones no pueden quedar solamente a cargo de un grupo de personas activas, sino que requerirán de la participación de todos los ciudadanos (...), la pasividad podría valernos un juicio condenatorio de la historia». *Gazeta Wyborcza*, entonces el único periódico autorizado de la oposición y, por lo tanto, sujeto a la censura, alentaba a la ciudadanía a participar en la actividad política y describía a las otras personas que ya lo estaban haciendo: «El requisito de reunir firmas desencadenó en la gente el deseo de participar en la campaña. Se ofrecen para ayudar y la red de voluntarios ha abarcado todo el país» (*Gazeta Wyborcza*, 9 de mayo de 1989). En esa extraña campaña, tal vez con más frecuencia que "vótanos" aparecía la exhortación "no te quedes pasivo".

Como hemos señalado antes, *Solidaridad* ganó, adjudicándose todo el 35 por ciento de los mandatos puestos a la libre elección del pueblo para el Congreso de los Diputados y todos los escaños para el Senado menos uno. Casi todos los candidatos de *Solidaridad* pasaron en la primera vuelta de las elecciones. En cambio, los diputados de la coalición gubernamental tuvieron que esperar el humillante turno complementario, en el cual no regían los límites mínimos y entraban los más votados con cualquier número de votantes. La derrota fue particularmente dura para los que figuraban en la lista única del Partido para todo el territorio nacional (entre ellos, muchos de los "liberales" del Partido), puesto que sólo 2 de los 35 candidatos de esa lista obtuvieron el mandato en la primera vuelta. Dado que la ley electoral no preveía una segunda vuelta para los candidatos de la lista general, el Consejo de Estado tuvo que modificar la ley, mediante el decreto del 12 de junio, para que los restantes 33 diputados pudieran ser elegidos, lo que sólo fue posible porque, siguiendo la propuesta de Wałęsa, la oposición (es decir, *Solidaridad*) apoyó esa medida en silencio.

Pese a que el triunfo de *Solidaridad* era esperado, el rotundo fracaso del Partido Comunista fue una gran sorpresa tanto para los ganadores como para los perdedores. A nivel nacional, más de un 40 por ciento de los electores había tachado todos los nombres de los candidatos de la coalición del Gobierno. En cambio, sólo un 5 por ciento de los votantes había tachado todos los nombres de candidatos de la oposición. Las elecciones no habían sido muy concurridas. Como ya hemos mencionado, de 27 millones de censados, sólo el 62 por ciento participó en la primera vuelta y un 25 por ciento en la segunda (Kowalski, 1996:25).

Las elecciones de junio de 1989 fueron el primer paso, pero también el decisivo, en la transición democrática de Polonia. Si como tal se entiende que ello supuso la caída pacífica del sistema comunista en Polonia, cabe señalar que, visto desde la perspectiva de la sociedad, esa caída transcurrió en cierto modo de una manera inadvertida. Quedó distribuida en el tiempo, y el hombre o la mujer de a pie, más que luchar contra el sistema, estuvieron intentando aprovechar los intersticios que éste presentaba para sobrevivir o mejorar la situación y la de sus familias. En cierto sentido, fue esa lucha tenaz por una "vida normal" la que, rompiendo los esquemas de las instituciones mantenidas por el sistema, obligó a los gobernantes a buscar un acuerdo con la oposición. Está claro que, al preparar las elecciones, ni la oposición, ni la sociedad, ni mucho menos las autoridades contaron con derrocar el

sistema de la manera y con la rapidez con la que este derrocamiento tuvo lugar.

Aunque la última fase del derrumbe del sistema comunista no parece tan dramática, conviene recordar la importancia de las condiciones geopolíticas, el juego de los actores y el curso de los acontecimientos a partir de 1986, que llevaron a la caída del sistema. Resumiendo el contenido de este capítulo, hay que subrayar que sin los cambios de las condiciones geopolíticas de todo el bloque comunista no hubieran acontecido los sucesos posteriores en Polonia. Estos cambios fueron el resultado tanto de la política de *perestroika* y *glasnost* introducidos a partir de 1985 por Mijaíl Gorbachov en la Unión Soviética, como del abandono de la doctrina de Brezhnev que amenazaba con una intervención militar para defender el sistema comunista. La apertura de Gorbachov a los posibles cambios dentro del sistema, permitió al Gobierno del general Jaruzelski intentar democratizar el régimen sin abandonar su carácter autoritario.

El Gobierno polaco se enfrentaba con cuatro problemas: la crisis económica aguda, la sociedad desconfiada y cansada de tanto caos y del empeoramiento dramático de su nivel de vida, la oposición política de *Solidaridad*, y el conflicto interno dentro del Partido Comunista. Las reformas económicas introducidas por el Gobierno, aunque muy cautelosas, por primera vez abrían posibilidades para las iniciativas privadas en los sectores de producción y comercio. Para ganarse el apoyo y la simpatía de la sociedad, el Gobierno del general Jaruzelski celebró el referéndum sobre las reformas económicas y liberalizó el sistema de nominaciones para las elecciones locales. La sociedad respondió con escasa participación en dichos eventos mostrando así su falta de interés, confianza y apoyo a los intentos del Gobierno. Nuevas olas de huelgas en 1988 hicieron explícito el descontento de la sociedad.

Como ya hemos indicado en el apartado anterior, la amnistía aprobada por el Congreso en 1986 fue el primer signo del cambio de actitud del Gobierno hacia la oposición, cuyos líderes pudieron abandonar la clandestinidad y reiniciar la vida política. El papa Juan Pablo II, que visitó Polonia en 1987, se reunió abiertamente con Lech Wałęsa y habló claramente del derecho del pueblo polaco a vivir en un país democrático. Una vez más, el mensaje del Papa no pudo ser ignorado por el Gobierno. El papel reconciliador que la Iglesia protagonizó después de la imposición de la ley marcial, facilitó el restablecimiento del diálogo entre el Gobierno y la oposición. Esto fue posible tam-

bién, porque tras duros debates entre los sectores conservadores y más progresistas del Partido, el Comité Central del POUP reconoció a principios de 1989 la necesidad del pluralismo político. Unas semanas más tarde empezaron las negociaciones de la Mesa Redonda que, entre otras decisiones de gran importancia, aprobaron la celebración de las primeras elecciones parlamentarias libres de las que surgió el primer Gobierno de la transición democrática.

El Gobierno de Solidaridad *de Tadeusz Mazowiecki (agosto de 1989)*

El 29 de junio de 1989 Wałęsa declaró que no se integraría en ninguna clase de gobierno sino que constituiría una "oposición constructiva". Antes de las elecciones y durante muchas semanas después, las diferentes opiniones coincidían en que el momento era prematuro para que la oposición constituyese un gobierno y que perdería su identidad y toda la confianza que se había ganado si ocupaba las posiciones y estructuras comunistas. No obstante, tan pronto como surgió esa posibilidad después de la primera fase electoral, muchos políticos de la oposición la consideraron. Adam Michnik publicó el 3 de julio de 1989 un artículo en *Gazeta Wyborcza* titulado "Vuestro presidente, nuestro primer ministro" (Michnik, 1989). En él decía: «Es necesario (construir) un nuevo sistema que cuente con el consenso de todas las principales fuerzas políticas (...). Ese sistema puede ser un entendimiento, en virtud del cual el presidente sería un candidato propuesto por el POUP y la cartera del primer ministro, junto con la misión de formar el Gobierno, sería encargada al candidato de *Solidaridad*». También se dirigió a los rusos y según una posible interpretación a Jaruzelski y Kiszczak: «El tiempo actual viene marcado por el importante signo del proceso de des-estalinización de la URSS. Las transformaciones que tienen lugar en ese país, resultado de la presión de las fuerzas antitotalitarias, conducen a la conclusión que para el bien común de la nación polaca y de las naciones de la URSS, es necesario vencer los atavismos del estalinismo y construir un sistema democrático (...). Por eso, los cambios en Polonia no atentan contra los intereses nacionales rusos ni contra el interés de ninguna de las naciones de la Unión Soviética, sino contra el sistema totalitario del comunismo estalinista». La reacción en la URSS fue inmediata. Ese mismo día, Vadim Zagladin, consejero de Mijaíl Gorbachov dijo en una conferencia de prensa en

París: «Seguiremos manteniendo relaciones con cualquier Gobierno electo en Polonia» (Kowalski, 1996:26).

Wałęsa seguía observando los Acuerdos de la Mesa Redonda y el 14 de julio de 1989 requirió a la coalición de los partidos en el Gobierno que sin demora eligiesen al presidente entre sus políticos. El 19 de julio, el Congreso Nacional, en sesión conjunta de los diputados y senadores eligió al general Wojciech Jaruzelski para Presidente de Polonia. El Presidente electo, Wojciech Jaruzelski, renunció a las funciones de Primer Secretario del Comité Central del POUP a favor de Mieczysław F. Rakowski. Durante una reunión con Lech Wałęsa le propuso que *Solidaridad* entrara en un Gobierno de "amplia coalición". Wałęsa rechazó el ofrecimiento, sugiriendo la posibilidad de formar un gabinete de la oposición.

El 31 de julio de 1989, comenzó una sesión de tres días en el Congreso de los Diputados, durante la cual Rakowski y su Gobierno dimitieron. Antes de hacerlo, decretaron la liberalización del mercado a partir del 1 de agosto. Con esa medida se terminaban las raciones de carne, el control de precios y el monopolio estatal para el acopio de productos. El Gobierno iba dejando al país en un caos que desencadenó la escalada de precios de muchos artículos comestibles, porque el comercio estatal era incapaz de articular los mecanismos competitivos y se limitó simplemente a subir los precios.

Los mecanismos económicos quedaron desajustados al acumularse los efectos devastadores del funcionamiento de una economía "planificada", ineficiente y devoradora de créditos durante décadas enteras, así como a consecuencia de las últimas reformas del Gobierno de Rakowski, introducidas sin la planificación ni la implementación necesarias. Los tres fenómenos característicos de ese momento fueron: la creciente devaluación de la moneda nacional, la llamada "doble divisa", es decir, la realización de las operaciones comerciales y de ahorro en una moneda más estable que el złoty, y los pagos atrasados, que aumentaban el déficit del presupuesto nacional y que se producían a partir de una inflación descontrolada y en ausencia de mecanismos de control fiscal, que alentaban a las empresas a retrasar el pago de los impuestos.

Después de tres días de deliberaciones y no sin confrontaciones internas, el Congreso de los Diputados encargó la formación de Gobierno a Czesław Kiszczak, el anterior Ministro del Interior, comunista liberal y arquitecto de la Mesa Redonda. Éste puso nuevamente sobre el tapete la propuesta de Jaruzelski de formar un Gobierno de

amplia coalición. Entre los dirigentes políticos del POUP crecía el nerviosismo. Rakowski intentó amenazar con un nuevo estado de excepción. Se hacía cada vez más obvio que Kiszczak no podría formar gobierno. El 17 de agosto de 1989 Czesław Kiszczak renunció a la misión de formar Gobierno, *Gazeta Wyborcza* informó que el candidato más serio a primer ministro era Tadeusz Mazowiecki y el presidente Jaruzelski confió la misión de formar Gobierno a Tadeusz Mazowiecki. A despecho de los escépticos, estaba cobrando realidad el principio de "vuestro presidente, nuestro primer ministro".

Tadeusz Mazowiecki, elegido por una gran mayoría (378 contra 4 y 41 abstenciones) (Kowalski, 1996:31) desempeñó el cargo de Primer Ministro 499 días, hasta el 4 de enero de 1991, bajo el lema de "la raya gruesa" que separaba el presente del pasado y responsabilizaba al Gobierno solamente por sus acciones y decisiones y no por las del *ancien régime*. La filosofía de la política de "la raya gruesa" tenía dos dimensiones. La primera, moral, trataba la cuestión de si los polacos como una comunidad humana y política estaban dispuestos a olvidar la venganza y dejar de buscar culpables del pasado. La segunda dimensión se refería a la práctica política del periodo de la transición, que exigía numerosos compromisos, porque obviamente no era posible cambiar a todos los altos cargos, las instituciones y las políticas públicas de una vez.

Mazowiecki invitó a formar parte del Gobierno a destacados especialistas y personalidades, desconocidos en el mundo de la política, como el economista liberal Leszek Balcerowicz para el puesto del Ministro de Finanzas, el historiador Krzysztof Skubiszewski para el puesto del Ministro de Asuntos Exteriores, el líder histórico del KOR Jacek Kuroń para el puesto del Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, y a los representantes de otros partidos. No es tarea fácil hacer un balance del Gobierno de Mazowiecki. La situación política y económica cambiaba a una velocidad vertiginosa, trayendo cada día nuevos problemas al gran experimento de la transición hacia la democracia.

La opinión pública en principio apoyó al Gobierno de Mazowiecki, quizás no tanto por sus actividades, cuanto, sobre todo, por ser una alternativa a los antiguos gobiernos comunistas. En el nivel político, un hecho importante y lleno de consecuencias fue que Mazowiecki se negó a aceptar el poder informal de Lech Wałęsa, el líder histórico de *Solidaridad*. Según muchos analistas políticos, esa postura del Primer Ministro de ignorar el papel político real de Wałęsa, quien aunque no tenía ningún puesto de poder formal había sido el líder moral de *Soli-*

daridad durante todos los años anteriores, desencadenó una crisis profunda. Wałęsa, que se sentía apartado y despreciado, se involucró en todo tipo de operaciones orientadas al bloqueo político de la actividad del Gobierno. Mientras tanto, un sector de oposición crítico al (según ellos) "destructivo" compromiso de la Mesa Redonda, lanzó el llamamiento a la descomunistización, la purga de los comunistas.

Aparecieron también, como veremos a continuación, fuertes polémicas en torno al plan económico de Leszek Balcerowicz que presentamos en un capítulo siguiente. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional ofrecieron a Polonia créditos por valor de 1.500 millones y 700 millones de dólares respectivamente, pero insistieron en una severa política antiinflacionista (para el año 1990 la hiperinflación en Polonia llegaba al 600 por ciento) y en la liquidación del déficit presupuestario. Las medidas económicas impuestas por Balcerowicz para cumplir estos objetivos causaron inicialmente una subida de precios y el desempleo, lo cual, a su vez, provocó el descontento de la sociedad y una nueva oleada de huelgas.

Finalmente, pronto se vio que el Partido Comunista era capaz de iniciar un proceso de adaptación a las circunstancias y reconvertirse en una fuerza política susceptible de competir por el poder en el nuevo marco institucional. De hecho, unos días más tarde, el 28 de enero de 1990, después de 42 años de existencia, el XI Congreso del Partido Obrero Unificado Polaco decidió disolver el antiguo POUP y establecer uno nuevo, el partido Socialdemocracia de la República Polaca (SdRP) que continuará el curso reformador del POUP. Aleksander Kwaśniewski, un joven activista del POUP, Ministro de Asuntos de los Jóvenes y Deporte en el último Gobierno comunista 1985-1989, y uno de los negociadores de la Mesa Redonda, fue elegido líder del nuevo partido. Pero todo esto nos introduce ya en la Polonia de los años noventa, que será el objeto de mi análisis en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE

LA NUEVA POLONIA DE LOS AÑOS NOVENTA

8. LA TRANSICIÓN Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

Entre los años ochenta y noventa, Polonia realiza su gran transición hacia una economía de mercado y una democracia liberal. Esto se refleja en todas las dimensiones de su vida: la política, la economía, la sociedad y la cultura.

En primer lugar, en la dimensión política. Como hemos visto, el espacio público había sido dominado hasta entonces por el Estado y el Partido Comunista, con el contrapunto de la Iglesia católica. En los años ochenta, las actividades de *Solidaridad* y otras organizaciones afines a ella, sea para defender intereses sea para postular cambios institucionales políticos, ocurren en ese mismo espacio público, al que transforman radicalmente. A partir de ese momento, se da una confrontación dramática entre *Solidaridad* y el Estado, que tienen concepciones opuestas del espacio público. Para *Solidaridad*, es un espacio abierto y plural; para los comunistas, debe estar sometido al protagonismo del Partido. El compromiso final supone una victoria sustantiva para *Solidaridad*, que abre paso a un proceso constitucional y un nuevo sistema político con una pluralidad de partidos, unas elecciones libres y una democracia liberal. La sociedad, que durante los años de la prohibición de *Solidaridad* se había replegado sobre sí misma, encuentra ahora, en principio, cauces institucionales para participar de manera continua y, potencialmente, intensa en la vida política.

En segundo lugar, tuvo lugar la transición a una economía de mercado. En los años ochenta se puso de manifiesto una crisis muy profunda de la economía comunista. El Estado comunista se reveló incapaz de hacerla funcionar de una manera eficaz, ni bajo una forma estricta de organización centralizada, ni bajo una fórmula más laxa. Fue incapaz de encontrar estímulos para que la sociedad se involucrara en la gestión de la economía. Fue incapaz de hacer frente a la deuda externa, a la crisis del sector exterior y a las exigencias del consumo doméstico. *Solidaridad* podía estar más o menos indecisa sobre cómo organizar la economía, y el país podía tener ideas confusas

sobre cómo hacerlo. Pero lo que estaba claro era que la economía comunista, tras cuarenta años de experimentos, y tras un momento inicial de reconstrucción de los desastres de la guerra y de desarrollo de un sector industrial, se había saldado con un fracaso. Esta convicción colectiva preparó el terreno para el gran salto a una economía de mercado, que tiene lugar con la transición política, y será impulsada, primero, por los gobiernos de *Solidaridad* y luego, paradójicamente, por los ex comunistas.

En tercer lugar, se desarrolló de forma muy notable un tejido social plural. Había habido un cambio en la estructura social del país a lo largo de los veinte o treinta años últimos anteriores a la transición. Junto a una numerosa población campesina, se había desarrollado una clase obrera industrial y unas clases urbanas ocupadas en servicios (en la administración, la educación, la sanidad y otros servicios), entre las cuales se contaba un sector importante de profesionales y de la *intelligentsia*. En los años ochenta, en esa sociedad se pone en marcha un proceso de formación de asociaciones u organizaciones autónomas, independientes del Estado y de las organizaciones oficiales. Estos llamados movimientos sociales son en realidad organizaciones más o menos formales, en torno a las cuales se construyen redes de comunicación, de ayuda y de participación en actividades comunes. Algunas de estas actividades están orientadas a la defensa de intereses sectoriales y otras, a la participación en el espacio público apoyando cambios en las políticas públicas y en el marco institucional. *Solidaridad* no constituye el conjunto del tejido social, sino que es simplemente el prototipo de esas organizaciones. A pesar de quedar proscrita por la ley marcial, sigue funcionando, mantiene un alto nivel de adhesión, y resurge con fuerza al final del periodo. Esta experiencia dará paso en los años noventa a una nueva configuración social con el desarrollo de una sociedad plural en Polonia, que tendrá como consecuencia, entre otras, la aparición de un tercer sector de asociaciones voluntarias.

En cuarto lugar, tuvo lugar una transformación cultural. En los cambios de los años ochenta juegan un papel importante dos focos de ideas y orientaciones culturales como son la Iglesia y una *intelligentsia* secularizada (representada por KOR y otros grupos). También hay un intento de adaptación pragmática a la situación por parte de algunos sectores del propio Partido Comunista. Finalmente, hay una compleja mutación de los valores y las orientaciones de la sociedad, que subyacen a sus prácticas de acomodación a las circunstancias. Todo esto

continúa a lo largo de la transición, y va a tener efectos significativos en los años noventa, en la que seguirá jugando un papel importante, pero distinto, y en buena medida menos destacado, tanto la Iglesia como la antigua disidencia política.

Los cambios en las esferas política, económica, social y cultural durante los años noventa son el tema de esta segunda parte. En los capítulos correspondientes, intentaré mostrar las conexiones con lo visto en la primera parte, las relaciones entre unas esferas y otras, el vínculo de todo ello con el problema general de la emergencia y el desarrollo de una sociedad civil en Polonia, y el papel que ha podido jugar *Solidaridad* en todo ello.

EL CAMBIO DEL ORDEN CONSTITUCIONAL

La transición democrática supuso la transformación radical de un Estado totalitario en uno democrático liberal, en un periodo muy corto comprendido entre la primavera de 1989, cuando comienzan las negociaciones que culminan en la Mesa Redonda y el otoño de 1991, en el que tuvieron lugar las primeras elecciones libres para todos los puestos en el Parlamento (y no sólo para una parte de ellos, como había ocurrido en las elecciones de 1990). El momento clave para la transición fue el de la Mesa Redonda (6 de febrero-5 de abril de 1989). La coalición gubernamental, compuesta por los partidos oficiales, junto con los representantes de las nuevas fuerzas sociales derivadas en su mayoría del sindicato *Solidaridad*, participaron en el encuentro. Entre los documentos firmados al final de la Mesa Redonda, el relativo a las reformas políticas se convirtió en la decimosexta enmienda de la Constitución polaca (7 de abril de 1989), que tuvo un alcance muy amplio. Introdujo el principio del pluralismo político y cambios significativos en la ley electoral y en la configuración de los órganos supremos del Estado, la Dieta, el Senado y el Presidente de la República.

Para la población, el cambio más espectacular fue el del sistema de las nominaciones de los candidatos por el Partido Comunista y unas elecciones controladas por éste, a uno de elecciones democráticas en las cuales los votantes elegían libremente a los diputados, los senadores y el presidente, y ello tuvo lugar con las primeras elecciones democráticas de 1989-1991. Con este cambio vino una reforma de la organización del Estado. El centro de gravedad de la acción estatal se

desplazó de los órganos del POUP al Consejo de Ministros y al Parlamento, y se consagró la división de poderes, con la independencia consiguiente del Poder Judicial. Por otra parte, se inició la transformación de un aparato de Estado centralizado por otro que daba un amplio margen al autogobierno territorial, lo que tendió a romper el monopolio del Partido Comunista al nivel local.

El orden constitucional anterior a la transición

El sistema político de Polonia después de la Segunda Guerra Mundial estuvo regulado por la Constitución de la República Popular de Polonia, aprobada por la Dieta Legislativa el 22 de julio de 1952. Elaborada en el periodo de máximo desarrollo del estalinismo, rechazaba las instituciones y tradiciones democráticas de la Constitución anterior de marzo de 1921. La Constitución de 1952 tomó como modelo la Constitución de la URSS del 5 de diciembre de 1936, e hizo suyo el modelo estalinista de organización de poder estatal (de hecho fue revisada personalmente por Stalin, quien se permitió el capricho de introducir en ella algunas correcciones "democráticas"). Esta constitución polaca sobrevivió al estalinismo y todavía en los años ochenta estaba vigente en Polonia. Durante este periodo, se hicieron hasta 15 enmiendas en la Constitución de 1952. Algunas fueron de relativa importancia (por ejemplo, la introducción en 1957 del segundo nivel, territorial, de la administración estatal) y otras, de significado relativamente marginal (como el aumento, en 1961, del número de miembros del Consejo de Estado de 15 a 17 personas, y la duración del Parlamento en 1971, 1973 y 1976 (Wołowski, 1994:9).

En los años ochenta, el Gobierno llevó a cabo algunos cambios significativos, aunque no modificaran lo fundamental. Aunque por un lado impuso la ley marcial el 13 de diciembre de 1981, el Gobierno intentó realizar, por otro, reformas importantes en el sistema. La ley sobre la enmienda de la Constitución de 26 de marzo de 1982 (aprobada durante el estado de emergencia) introdujo un Tribunal del Estado y, en particular, un Tribunal Constitucional, hasta entonces desconocido en la tradición polaca y siempre rechazado por la ortodoxia comunista, para vigilar la constitucionalidad de leyes, actos y disposiciones gubernativas. La ley sobre el Tribunal Constitucional tardó tres años en aprobarse, porque ello implicaba una seria amenaza para los órganos de la administración estatal. Una enmienda de-

mocrática propuesta en 1987, pero introducida en la Constitución solamente en 1989, fue la institución del Defensor del Pueblo, para garantizar respeto a las libertades y derechos fundamentales. Hubo además otras reformas que no llegaron a aplicarse plenamente como las relativas a las reformas de la ley electoral (1984-1985), los consejos municipales y las autonomías territoriales (1984), las consultas populares y el referéndum (1987).

Los cambios en el sistema electoral

Como parte de los resultados de las negociaciones de la Mesa Redonda, se aprobaron las leyes electorales para el Senado y para la Dieta, esta última, sólo como una ley transicional para las elecciones en 1989. Según ésta, la Dieta debía ser elegida entre los candidatos propuestos no sólo por los partidos políticos, sino también por los ciudadanos. En las elecciones para la Dieta se asignó *a priori* en cada distrito electoral un número fijo de escaños para el POUP y otros partidos comunistas, y por lo menos un escaño para los candidatos que no eran miembros de ningún partido. Se aseguró que los resultados otorgaran el 65 por ciento de los escaños a la coalición gubernamental pro-comunista y el 35 por ciento restante a los que el electorado pudiera elegir con mayor libertad. Esto garantizó la mayoría parlamentaria para los partidos comunistas. De esta época vienen las expresiones "la Constitución del contrato" y "el Parlamento del contrato" *(parlament kontraktowy)*, puesto que una y otro fueron resultado del contrato negociado entre el Gobierno y la oposición para iniciar el proceso de democratización en Polonia. Por su parte, las elecciones al Senado quedaron libres de estas restricciones, y sus 100 miembros fueron elegidos por sufragio universal.

Según la enmienda constitucional de 1989, el Presidente era elegido por las dos cámaras que constituyen la Asamblea Nacional (todos los miembros de la Dieta y del Senado) para un periodo de 6 años. Las circunstancias políticas y sociales de los primeros años de la transición hacia la democracia exigieron el cambio de la Constitución. El 27 de septiembre de 1990 el Parlamento decidió que en el futuro el Presidente sería elegido por sufragio universal (en dos rondas, si en la primera ronda ningún candidato obtenía más de la mitad de los votos emitidos), y que la duración del mandato del Presidente sería de cinco años con la posibilidad de una reelección.

Para completar el proceso de democratización del sistema y convocar unas elecciones realmente democráticas al Parlamento, después de unos debates parlamentarios largos y difíciles (y de haber superado el veto del propio presidente Wałęsa), el 28 de junio de 1991, se aprobó una nueva ley electoral de la Dieta (la del Senado fue aprobada, sin tantas controversias, el 10 de mayo de 1991). En esta ley se estableció que, en el futuro, las elecciones para la Dieta serían generales, directas, libres, proporcionales y mediante votación secreta; y que las elecciones para el Senado se harían por el procedimiento mayoritario.

La Ley de 1991 definió también los distritos electorales para asegurar la representación proporcional en la Dieta. 391 diputados fueron elegidos de los listados territoriales y 69 de los listados nacionales. Cada circunscripción tuvo entre 3-17 escaños según su población. La división de los distritos electorales (coincidieron con los distritos administrativos territoriales) y la asignación de escaños se basó en la fórmula uniforme de dividir el total de la población por el número de escaños. En el caso del Senado, las elecciones se basaron en el principio del voto mayoritario y se eligieron dos senadores por cada circunscripción (con excepción de los distritos de Varsovia y Katowice que eligieron 3 senadores).

El siguiente cambio de la ley electoral fue aprobado por el Parlamento el 15 de abril de 1993. El nuevo sistema fue diseñado para restringir la fragmentación de la Dieta. Se introdujeron dos medidas especiales: el umbral del 5 por ciento para los partidos y 8 por ciento para las coaliciones; el aumento del número de distritos electorales desde 37 hasta 52. Los 391 escaños serían divididos entre los comités electorales que superarían el umbral del 5 u 8 por ciento, mientras que los restantes 69 escaños serían distribuidos proporcionalmente entre los comités que superasen el 7 por ciento de todos los votos nacionales.

Las enmiendas constitucionales y la Pequeña Constitución de 1992

Entre los documentos firmados al final de la Mesa Redonda, el más importante fue, como hemos dicho, el relativo a las reformas políticas, que dos días después de haber terminado los debates (el 7 de abril de 1989), se convirtió en la decimosexta enmienda de la Constitución. Esta enmienda creó la segunda cámara del Parlamento, el Senado, y el puesto del Presidente.

El 28 de diciembre de 1989 se aprobó una nueva enmienda a la Constitución preparada por la Comisión Constitucional de la Dieta. La palabra "Popular" desapareció del nombre oficial del país, que ahora se conocería como República Polaca, y se sustituyó la expresión de "el pueblo trabajador de obreros y campesinos" por la de "la nación". En el Capítulo I de la Constitución, sobre el régimen político, se suprimió la declaración "el Partido Obrero Unificado Polaco es la fuerza política de la sociedad en la construcción del comunismo", y se introdujo una mención al principio del Estado democrático de derecho, al principio de igualdad de todas las formas de propiedad, y al principio de libre actividad económica *(Konstytucja Rzeczpospolitej Polskiej*, 1997). Una nueva enmienda constitucional, sobre la autonomía territorial, entró en vigor el 8 de marzo de 1990, sustituyendo al antiguo Capítulo VI de la Constitución sobre los órganos locales del poder y de la administración estatal.

Como resultado de las elecciones parlamentarias de 27 de octubre de 1991, en la Dieta se constituyeron 18 grupos parlamentarios. Con tantos grupos y un ambiente de creciente antagonismo entre los partidos, resultó difícil no sólo formar el Gobierno, sino también aprobar leyes indispensables para completar el ordenamiento jurídico constitucional. De hecho, la redacción y la aprobación de una nueva Constitución, que se suponía debía ser el principal objetivo de este primer Parlamento, se convirtieron en un asunto muy problemático. En espera de una nueva Constitución, la Dieta decidió volver al proyecto de una Pequeña Constitución *(Mała Konstytucja)*, en las líneas avanzadas por el Parlamento "del contrato" de 1989, para regular las relaciones entre los tres órganos supremos del Estado: el Parlamento, el Presidente y el Gobierno. Después de haber introducido 120 modificaciones al proyecto inicial, el Senado y la Dieta aprobaron la Pequeña Constitución, firmada por el Presidente el 17 de noviembre de 1992, tras el fallo favorable del Tribunal Constitucional. La Pequeña Constitución de 1992 es la tercera de este estilo en la historia de Polonia (la primera y segunda "pequeñas constituciones" fueron aprobadas en 1919 y 1947, respectivamente). Contiene 78 artículos divididos en seis capítulos, y se presenta como un decreto provisional, aprobado —como se dice en el preámbulo— «para facilitar las actividades de los órganos supremos del Estado hasta la promulgación de la Constitución de la República Polaca» (Tuleja, 1993:13).

La Dieta, constituida por 460 diputados, se convirtió en el órgano de máxima autoridad estatal, aunque esta autoridad se hallara limita-

da por las competencias del Senado y del Presidente. El Tribunal Supremo determinaría la validez de los resultados electorales. El Senado quedó configurado como un cuerpo representativo cuya tarea principal era la participación en la realización de las funciones legislativas de la Dieta, con derecho a la iniciativa legislativa, aunque sus propuestas de enmienda pudieran ser rechazadas por la Dieta por una mayoría de 2/3 de los votos. El Senado no tenía derecho a controlar al Gobierno, ni a exigirle responsabilidades, y se componía de 100 miembros elegidos por sufragio universal para el periodo de legislatura de la Dieta.

El Presidente quedó como el representante superior del Estado polaco en sus relaciones interiores y exteriores, y su papel, basado en el modelo de la Constitución de la V República francesa. Como tal, vigila el cumplimiento de la Constitución de la República de Polonia y la independencia de su territorio, así como el afianzamiento de sus alianzas políticas internacionales. El Presidente es responsable ante el Tribunal del Estado, puede ser destituido por 2/3 de los miembros de la Asamblea Nacional, y sus decretos requieren la contrafirma del Gobierno. El Presidente tiene también el derecho a vetar las leyes promulgadas por el Parlamento, y remitirlas al Tribunal Constitucional para determinar su constitucionalidad. Además, se otorgó al Presidente la iniciativa legislativa. El Presidente propone el candidato para el puesto de Primer Ministro, y también puede presentar una moción de censura contra el mismo. Nombra a los presidentes de la Corte Suprema así como los del Banco Nacional Polaco. El Presidente decide el momento de las elecciones a la Dieta y al Senado, convoca las primeras sesiones y, en determinadas ocasiones, puede disolver el Parlamento. El Presidente es el jefe superior de las Fuerzas Armadas de la República de Polonia y, por tanto, se encuentra a la cabeza del Comité de Defensa del País. El Presidente es elegido por mayoría absoluta de todos los votos válidos en las elecciones nacionales, directas, y mediante votación secreta. Si ninguno de los candidatos recibe la mayoría absoluta, en el plazo de 14 días después de la votación se convoca la segunda vuelta, solamente para los dos candidatos que obtuvieron el mayor número de votos en la primera votación. El Presidente es elegido por 5 años, y puede ser reelegido una vez más. Los candidatos para el puesto de presidente tienen que ser ciudadanos polacos mayores de 35 años.

El debate constitucional y la Constitución de 1997

Los trabajos sobre la nueva constitución polaca comenzaron en la primavera de 1992, pero no como una continuación del trabajo de la Comisión Constitucional del "Parlamento del contrato", que había sido dirigida por Bronisław Geremek, puesto que se pensó que al "Parlamento del contrato" le faltaba suficiente legitimidad democrática. El 3 de abril de 1992, se aprobó una ley de procedimiento para preparar y promulgar la nueva constitución, según la cual una vez aprobada por la Asamblea Nacional, la Constitución debería ser sometida a un referéndum. La iniciativa constitucional pertenecía a la Comisión Constitucional de la Asamblea, a sus 56 miembros (10 por ciento de los miembros de la Asamblea), y al Presidente. De hecho, durante los 6 meses siguientes se recibieron siete proyectos de constitución, presentados por el Senado, por el Presidente, y por cinco partidos políticos (Dudek, 1997:252-258). Estos trabajos preparatorios quedaron interrumpidos cuando el 29 de mayo de 1993 el Presidente disolvió el Parlamento, pero fueron proseguidos más tarde. La Comisión Constitucional de la Asamblea Nacional intentó determinar un catálogo de principios básicos y dar respuestas a cuestiones fundamentales que debería resolver la futura constitución.

(a) El sistema político, ¿parlamentario o presidencial?

Los partidarios de un sistema presidencial argumentaban que las decisiones rápidas y eficaces del presidente ayudarían mucho a la modernización del país, mientras que sus oponentes advertían que era dudoso que ello ayudaría a recibir créditos internacionales, a resolver problemas de desempleo, y a enfrentarse con los problemas reales de país. La disputa sobre el sistema presidencial o parlamentario no se refería solamente al futuro, sino que reflejaba también el pasado comunista, en el cual se había mantenido la tesis de la necesidad de un poder superior capaz de resolver todos los problemas: el Partido y su Politburó. Los adversarios del poder presidencial estaban interesados en aplicar un modelo de sabiduría colectiva, expresado por la soberanía del pueblo representado en el Parlamento.

(b) ¿Debería ser el Estado polaco un estado social?

El Estado comunista de bienestar concedía un grado de bienestar social a los ciudadanos supuestamente a cambio de su trabajo. Todos los ciudadanos tenían derecho a educación, servicio médico gratis, vacaciones y jubilación, vivienda a precios protegidos, etc. La cuestión de si y cómo iban a recibir estos "bienes", dependía del Estado. Si el Estado decidía no conceder nada, el ciudadano no tenía ninguna posibilidad de protestar. En realidad, los derechos sociales en los países comunistas existían solamente en teoría. Por ello, cuando el sindicato *Solidaridad* empezó a exigir estos derechos constitucionales para cada ciudadano, el sistema comunista colapsó, de manera que la opinión dominante en los años noventa respondió a la pregunta ¿qué derechos sociales deberían estar incluidos en la constitución? con la respuesta de: solamente los que el Estado sea capaz de cumplir.

(c) La relación entre el Estado y la Iglesia

Los comunistas habían permitido una situación en la cual la Iglesia católica era la única institución independiente reconocida por el Estado, y como tal desarrollaba su organización interna, abierta a una gran masa de fieles. Al mismo tiempo, la Iglesia estaba "ausente" de la vida pública, controlada por el Estado, en la cual se podían reconocer algunas fiestas religiosas tradicionales, pero no la religión ni sus símbolos. En las nuevas circunstancias, se reconocería que la Iglesia tiene derecho a estar presente, como cualquier otra institución, en la vida pública. Pero se discutía si es conveniente distinguir entre esta presencia de la Iglesia en el espacio político y el acceso de clérigos cristianos como tales a los puestos estatales; entre la existencia de programas religiosos de la televisión, y la supuesta obligación de todos los programas de presentar solamente valores católicos; entre la presencia de católicos en la vida pública y en los cargos públicos, y el carácter católico del poder público.

(d) La cuestión de la representación parlamentaria

La democracia moderna es hoy casi sinónimo de sistema de partidos. El funcionamiento de la democracia multipartidista ha sido una nueva

experiencia para los polacos, acostumbrados al monopolio del único Partido Comunista. En los primeros años de la democracia, el Parlamento cambió varias veces las reglas electorales (sobre el mínimo de votos necesarios para poder acceder a un escaño, sobre el criterio de proporcionalidad, y sobre la financiación de partidos). Sin embargo, ello no ha sido obstáculo para cierta inestabilidad del proceso electoral, y una notable volatilidad del voto.

(e) La relación entre el Estado y el ciudadano

Se ha observado una tendencia a imponer el secreto estatal sobre los asuntos del ámbito público, a los cuales solo tendrían acceso los altos cargos y una representación parlamentaria. Esta tendencia no es específica de los países post-comunistas, sino que también se la puede observar en algunos países de la Europa Occidental. Como en aquellos países de la Unión Europea en los que recientemente se han dado numerosos casos de corrupción a altos niveles gubernamentales, muchos opinaban que era aconsejable que Polonia adoptara el modelo escandinavo de la transparencia política de los órganos e instituciones de poder, sus actividades y procesos decisorios. Obviamente hay asuntos que requieren el secreto del Estado, como, por ejemplo, la seguridad del Estado o los servicios secretos, pero incluso ellos deberían estar controlados por el Parlamento.

Sin embargo, el primer proyecto constitucional careció de un capítulo sobre el acceso del ciudadano a los órganos e instituciones del poder, garantías de funcionamiento de los partidos políticos y su financiación, los derechos electorales, control y acceso a los medios de comunicación, y a los órganos de administración pública. En otras palabras, faltaba el capítulo decisivo para el funcionamiento de un estado moderno responsable ante sus ciudadanos.

(f) La subsidiariedad del poder estatal

El concepto de subsidiariedad, tan popular en la Unión Europea, significa que los altos órganos de la administración estatal se dedican a resolver sólo los casos que no pueden ser resueltos por los órganos más bajos de la administración. Después de décadas de la ineficaz centralización del Estado, muchos pensaron que era fundamental incor-

porar en la constitución polaca unas autonomías territoriales de varios niveles, permitiendo el federalismo y el regionalismo.

El debate constitucional

Antes de analizar cuáles fueron los temas principales del debate constitucional que tuvo lugar en Polonia, hay que subrayar que en todos los proyectos de la constitución estaban incluidas las libertades y garantías democráticas tradicionales, aceptadas como el incuestionable "visado" obligatorio para entrar en la Unión Europea. Sin embargo, el debate sobre la nueva constitución ha sido relativamente complejo e incluso confuso, habiéndose expuesto consideraciones muy diferentes. Esto supuesto, cabe decir que el debate se convirtió en un regateo político en el cual los partidos intentaban ganar electorado con varias promesas. Desgraciadamente, este ambiente atenuó la polémica substancial sobre la constitución. En el debate destacaron dos visiones que cabía etiquetar como "social conservadora" e "individualista" [1].

Una visión "social conservadora"

El concepto de la constitución representado y apoyado por las instituciones y los partidos que defendían una tradición religiosa y nacional, las iglesias y los partidos católicos así como el sindicato *Solidaridad*, se caracterizaba por la convicción de que los cambios en la sociedad deberían desarrollarse lentamente, como resultado de las transformaciones internas de las colectividades sociales "orgánicas" como la familia, las iglesias y las corporaciones profesionales, y no como consecuencia de la intervención del Estado. La constitución debía ser más bien un instrumento de estabilización de ese sistema tradicional. Una vez rechazado el orden impuesto por el comunismo, la constitución debía recobrar la tradición anterior en lugar de buscar nuevas soluciones. Además, cada persona necesitaba ciertas restricciones, porque sola no era capaz de comprender la noción del bien y del mal. El control, el mando y los rigores impuestos al individuo desde fuera eran también indispensables para el bienestar de la sociedad ante la amenaza del egoísmo, la arbitrariedad o la falta de respeto a las costumbres y las

[1] Los detalles de los proyectos están presentados ampliamente en Roman Graczyk, 1997:143-156.

normas tradicionales. Estas restricciones serían impuestas por los reglamentos legislativos y las normas morales, pero sobre todo por las iglesias y otras autoridades sociales. Para cumplir su papel estabilizador, la legislación debía estar subordinada a los principios elementales de la naturaleza. La constitución no sólo debía someterse a estos principios, sino también destacar sus valores fundamentales. La constitución debía proclamar, por tanto, los fines del Estado establecidos de acuerdo con estos valores, incluso subordinados a ellos. El Estado y la legislación realizarían sus objetivos en cooperación con las iglesias y otras autoridades sociales.

En un sistema constitucional ideal, el Estado tomaría en consideración la opinión de las autoridades sociales que representaban a la sociedad frente al Estado. Por eso en el proyecto constitucional del Senado de 1991 se propuso el postulado de la separación de las iglesias y el Estado. La constitución debía, entonces, confirmar la autonomía de las colectividades orgánicas y servirlas, sin injerir en sus estructuras internas; la esfera social debía ser protegida ante el Estado. Según esta visión conservadora y antiestadista, la esfera social no se componía de individuos autónomos, sino de grupos "naturales" sin los cuales el individuo no puede funcionar. Son estos grupos, no los individuos, los que deben ser protegidos, sobre todo la familia (pero sin controlar si el individuo sufre violencia en ella); las asociaciones (pero sin controlar qué pasa dentro de ellas); y las iglesias (pero prescindiendo de lo que le ocurre al individuo dentro de sus estructuras internas).

Al mismo tiempo, quienes compartían esta visión pensaban que el Estado era responsable de la seguridad social, incluso del bienestar social de los ciudadanos. La visión conservadora de la constitución ligó el criterio de la primacía de una sociedad corporativa con el postulado del estado de bienestar, cuya garantía de los derechos sociales servía para mantener el orden social.

Una visión "liberal-reformista" e "individualista"

Una visión democrático-liberal típica de la constitución otorgaba a los individuos un papel mucho más grande, y una esfera de libertad mucho más amplia. Sus partidarios no negaban en este caso las responsabilidades sociales de los ciudadanos; consideraban, sin embargo, que estas necesidades deberían ser realizadas a través de la cooperación social voluntaria, y no por la obligación legal de cumplir con las ex-

pectativas de las distintas autoridades morales. El Estado debía establecer los mecanismos procesales precisos para asegurar un marco de libertad que permitiera actividades que redundaran en el bien común, pero no era su responsabilidad la definición precisa de este bien. La constitución debía garantizar a la sociedad autonomía y posibilidades de actuar, y proteger a los individuos ante el Estado, y ante el abuso de poder. La constitución garantizaba el derecho de los ciudadanos a asociarse, pero dejaba al Estado la posibilidad de intervenir si en estos grupos se recurría a la discriminación o la violación de la dignidad humana. Si dentro de la familia ocurrían casos de violencia, odio, sufrimiento e infracción de los derechos fundamentales, la injerencia del Estado en esta esfera social podría ser necesaria. (De hecho, las garantías atribuidas por la nueva constitución a las mujeres y los niños para denunciar la violencia en la familia indignaron a algunos obispos y a los partidos de la derecha.) Pero, excepto en casos límite, en general, la esfera social debía ser independiente del Estado. Ni el Estado ni la constitución debían decidir cómo los individuos tienen que vivir: sólo debían defenderles contra la violencia y la discriminación, para garantizarles la libertad.

Una visión intermedia

Estas dos visiones fueron las más importantes dado que la visión estatista-colectivista típica de la tradición comunista desempeñó un papel marginal en el debate del momento. Aquellas visiones tuvieron partidarios decididos. Para unos no cabía ceder en la defensa de las colectividades naturales ante el Estado; y para otros era muy importante proteger a la gente de la presión que podía sufrir en estas colectividades.

Polonia parecía que tenía que elegir entre estas dos visiones del constitucionalismo, pero en la última fase del debate apareció una visión intermedia. Podemos definirla como *liberal-cristiana*. Esta visión rechazaba el individualismo del liberalismo extremo, subrayaba el elemento de la colectividad e insistía en los derechos humanos. Reconocía la necesidad de los valores espirituales y religiosos en la cultura, pero al mismo tiempo se preocupaba de que las autoridades sociales no abusaran de su poder. Tadeusz Mazowiecki, Primer Ministro del primer Gobierno democrático y destacado activista en los círculos de la inteligencia católica, fue el arquitecto del compromiso final, basado en esta

visión[2]. Los liberales y los socialistas aceptaron este compromiso, reconociendo la importancia de los elementos de la tradición polaca incorporados a esta visión. Sin embargo, Marian Krzaklewski, el líder de *Solidaridad* desde 1991, calificó la nueva constitución como inaceptable, porque «ni reflejaba suficientemente la tradición católica polaca ni rompía abiertamente con el pasado comunista» (Dudek, 1997:250). La Iglesia católica —si bien formalmente neutral ante el referéndum— se había pronunciado semanas atrás contra una norma en la que decía advertir "numerosas lagunas morales", entre ellas la ausencia de la prohibición del aborto, y desde los púlpitos se hizo campaña contra la constitución. A pesar de ello, en la fase final de su elaboración, el Parlamento intentó ganarse la benevolencia de la jerarquía con concesiones que iban desde el derecho a la enseñanza religiosa en las escuelas públicas hasta la ilegalización de los matrimonios homosexuales.

En la última etapa de los debates sobre la constitución y durante el periodo antes del referéndum en mayo de 1997, *Solidaridad* y la derecha conservadora exigieron el rechazo de cualquier compromiso ideológico y el retorno a la visión conservadora del orden constitucional. Sin embargo, este compromiso ha establecido un fundamento para el Estado polaco, y para la integración de Polonia en el conjunto de los países democráticos. La Constitución garantiza las libertades necesarias para acceder a la Unión Europea y asegura el control de los militares por el poder civil, que se exige de los países aspirantes a incorporarse a la OTAN. Las competencias están distribuidas entre los órganos de poder y están garantizados tanto los derechos humanos como los derechos de libre comercio, circulación de capitales, etc. Los artículos 10.1 y 10.2 del Primer Capítulo sobre Sistema Político de la nueva constitución estipulan que la República de Polonia observa las leyes internacionales y que algunas atribuciones de sus autoridades pueden ser delegadas, en virtud de un acuerdo internacional, a una determinada organización internacional o a un órgano internacional. Este artículo permite claramente la transferencia de competencias estatales a entes supranacionales como la Unión Europea.

[2] Cabe destacar que el artículo 57 del proyecto de la Constitución para la Unión Europea está inspirado en el preámbulo de la Constitución de Polonia, «Los valores de la Unión incluyen los valores de quienes creen en Dios como fuente de verdad, justicia, bondad y belleza, así como de aquellos que no comparten esa creencia pero respetan esos valores universales procedentes de otros orígenes», *El País*, 13 de noviembre de 2002.

La Constitución de 1997

Los partidos parlamentarios aprobaron el texto de la nueva constitución casi unánimemente en abril de 1997 y finalmente, tras años de discusiones parlamentarias, la nueva Constitución de la República de Polonia fue aprobada en referéndum el 25 de mayo de 1997 con una escasa participación del 43 por ciento y con menos de siete puntos de diferencia entre los partidarios del "sí" y el "no": un 53 por ciento de votos afirmativos y un 46 por ciento en contra (Majcherek, 1999:108). Los análisis de los expertos señalan que los partidarios de la alianza gubernamental post-comunista votaron en masa a favor, mientras que los seguidores de *Solidaridad* y otros anticomunistas lo hicieron en contra.

Los resultados demuestran que, pese a incuestionables cambios sociales, culturales y económicos, los términos más generales del debate público constitucional permanecían en cierta medida anclados en el lenguaje de los años setenta y ochenta. Se trataba de unos términos confusos, porque mezclaban discursos actuales y discursos arcaicos, y porque en cada una de las alternativas en pugna se combinaron motivaciones diferentes. Fue evidente la escasa participación en el referéndum, y el desinterés de los polacos por una constitución que había consumido siete años de trifulcas parlamentarias, dedicadas en su mayoría a confrontaciones ideológicas un tanto insuficientes mezcladas con referencias precisas al aborto o las relaciones con el Vaticano. Para los partidos políticos, la nueva constitución se convirtió en un elemento más en la lucha de poder. Por todo ello, Polonia no volvió a vivir otro momento de unidad nacional como el de *Solidaridad* en lo que podíamos llamar "el momento constitucional": un momento emotivo e inspirado para aprobar una nueva constitución para todos los polacos. La sociedad se fue cansando de los juegos tácticos de los partidos en torno a un tema semejante. Según los sondeos, lo que la mayoría de la población acabó por querer fue una rápida aprobación de la constitución, sin mucho interés sobre su contenido.

Así se comprende el retraso y el anticlímax de la culminación del proceso constitucional. Polonia, el primer Estado en la Europa Central que empezó el proceso de transición a la democracia, fue el último país en recoger los nuevos principios de su sistema político, social y económico en un documento constitucional, y hasta la primavera de

1997 en él estaban en vigor varias de las leyes constitucionales del periodo estalinista. Finalmente, el 17 de octubre de 1997 la nueva Constitución democrática entró en vigor.

EL AUTOGOBIERNO TERRITORIAL

De la administración centralizada al autogobierno territorial: municipios y provincias

La transición a la democracia en Polonia tuvo lugar como parte de una transferencia de poder del Estado comunista a la sociedad polaca, y en el marco de la potenciación de la sociedad civil, con su inclinación característica a limitar el Estado, acercar el sistema político a la sociedad y experimentar con instituciones de autogestión de los asuntos públicos. Resultó lógico, por tanto, que la nueva organización del Estado viniera acompañada de una devolución del poder del centro a las provincias y los municipios. Este movimiento podía arraigar en antiguas tradiciones del Estado polaco, y podía apoyarse en el deseo de oponerse al diseño comunista centralizado, y en el interés inicial de *Solidaridad* por expulsar de sus feudos de poder local a los administradores comunistas del pasado reciente.

Los Tratados de Yalta de la Segunda Guerra Mundial cambiaron, una vez más, las fronteras del este y del oeste de Polonia, causando otra división administrativa de su territorio. En el año 1945 se establecieron 17 provincias, 299 distritos y 3.005 municipios. Durante el periodo estalinista se introdujo algún cambio más, básicamente para satisfacer la demanda de la poderosa administración central: creció el número de provincias gobernadas por un representante del Gobierno central, desaparecieron los distritos que gozaban de mayor autonomía administrativa, y se redujo el número de los municipios autogestionados. Llama la atención que aunque Polonia estuvo sometida al sistema totalitario del régimen comunista desde el final de la Segunda Guerra Mundial, mantuvo un tiempo sus tradiciones de autogestión local, aunque cambiaron las competencias de los gobiernos locales y su *modus operandi*. Sin embargo, la Ley sobre los órganos del poder estatal aprobada en 1950 por el Gobierno comunista eliminó prácticamente el autogobierno, y en su lugar aparecieron estructuras locales controladas por el Estado y el único Partido Comunista (Stahl, 1991:29-30).

La Polonia post-comunista vio el retorno del interés por desarrollar las instituciones del gobierno territorial. En marzo de 1990 el primer Gobierno democrático polaco aprobó la Ley sobre el Autogobierno Local y la División Territorial, que terminó con el monopolio del Estado y del Partido Comunista, e implantó el modelo democrático del poder administrativo local derivado de la sociedad local y controlado por ella. Según la actual Constitución polaca, el gobierno local es la unidad básica de organización de la vida pública en el municipio. Está establecido de acuerdo con las leyes estatales para una comunidad que vive en un territorio definido. El reglamento jurídico del gobierno local en Polonia cumple con los requisitos del gobierno territorial reconocido en la Declaración Mundial del Autogobierno Local (1985) y en la Carta Europea del Autogobierno Local, el tratado internacional firmado por los países miembros del Consejo de Europa (Stahl, 1991:50). En el preámbulo de la Declaración se detalla que la autoridad local, como parte integral de la estructura nacional, es la unidad de gobierno más accesible a los ciudadanos y, gracias a ello, ofrece las mejores posibilidades de integrarlos en los procesos decisorios que tratan de sus condiciones de vida. Además, la Declaración añade que el desarrollo del poder local fortalece al mismo tiempo a toda nación porque las actividades públicas resultan más eficaces y democráticas. La Carta Europea subraya también que el desarrollo del gobierno local en varios países europeos contribuye a la construcción de una Europa basada en los fundamentos democráticos y en la descentralización del poder.

Teniendo en cuenta tanto razones históricas como económicas, la Ley de 1990 dividía Polonia en dos tipos de entidades: municipios y provincias. En base a esa Ley los habitantes de cada municipio constituyen una comunidad con autogobierno. La formación o la liquidación de los municipios, la determinación de sus límites y las sedes de sus autoridades se realiza en base de la disposición del Consejo de Ministros, después de consultar a los habitantes. La provincia es el núcleo básico de la administración central establecida en el territorio de Polonia, mientras que el municipio goza del sistema de autogobierno local. Además, esta Ley regula el funcionamiento del gobierno local y los órganos territoriales de la administración central (estatal). En 1990 la República de Polonia estaba divida en 2.383 municipios urbanos y 1.547 rurales. Estos quedaban englobados en 49 provincias de una media entre 1,5 y 3 millones de habitantes y de unos 4-37.000 kilómetros cuadrados de superficie cada uno (Chmaja, 1995:39).

Los municipios

El municipio, la unidad básica del autogobierno territorial, era conocido en Polonia ya desde el siglo XII. Durante del periodo de las Particiones de Polonia, existieron los municipios de sólo una aldea (en los territorios austriaco y prusiano) y los municipios colectivos de varias aldeas (en el territorio ruso), mientras que las ciudades formaban las comarcas municipales. La estructura interna de los municipios fue uniformada por primera vez por el recién recuperado Estado polaco después de la Primera Guerra Mundial. En la Polonia comunista, la Ley del año 1950 reconoció al municipio como la unidad básica de la división territorial controlada por la administración central.

La Ley sobre el Autogobierno Local y los Órganos de Administración Pública (1990) introdujo en Polonia un modelo dual de administración pública territorial. Este modelo implica la división entre el Estado y los municipios no sólo de las tareas de la administración pública, sino también de la responsabilidad sobre su funcionamiento. En consecuencia, tenemos, por un lado, la administración descentralizada desempeñada por los órganos del gobierno local de los municipios y, por otro lado, la administración central llevada por los órganos administrativos estatales.

Las competencias del municipio, definidas por una cláusula general de la Ley sobre el Autogobierno Local de 1990, se refieren a los asuntos públicos de ámbito local. Tradicionalmente se dividen las competencias del municipio entre las "propias" realizadas en su propio nombre y las "encargadas" por la administración central. Las competencias propias tratan de las necesidades locales de la comunidad; entre las competencias encargadas, hay unas generales, definidas por la Ley y vigentes para todos los municipios, y otras acordadas entre los órganos de la administración central y algunos municipios. Los gastos de las actividades encargadas los cubre la administración central.

Una de las consecuencias de definir el municipio como "la comunidad de los habitantes de un territorio dado" es el reconocimiento de los habitantes como la autoridad suprema del municipio. Los habitantes deciden sobre los asuntos propios del municipio por medio de referéndum, o a través de los órganos administrativos del municipio. Los órganos del municipio consisten en: el Consejo (función decisoria y control), la Junta (función ejecutiva), y el Alcalde. El Consejo elige entre sus miembros al presidente, y a los 1-3 vicepresidentes.

Todos los municipios en el territorio de una provincia están representados en la Diputación Provincial. Los delegados a la Diputación Provincial son elegidos por los municipios en elecciones secretas; el número de delegados de cada municipio depende del número de sus habitantes. Las competencias de la Diputación respecto al Gobernador de la provincia y frente a la administración estatal, incluyen la representación de los intereses de los municipios así como las peticiones contra las decisiones perjudiciales para los intereses locales, y la evaluación de las actividades de la administración estatal en la provincia.

Las provincias

Según la legislación vigente en los años noventa, los órganos de la administración estatal territorial están subordinados al Consejo de Ministros y a los respectivos ministros. El Gobernador de la provincia es el representante del Gobierno en el territorio de la provincia. El Gobernador de la provincia es nombrado entre los candidatos presentados por la Diputación Provincial de los municipios, por el Presidente del Consejo de Ministros a propuesta del Ministro de la Administración Pública.

La función representativa del Gobernador de la provincia se desarrolla en dos direcciones: sobre todo, el Gobernador es el representante del Gobierno en la provincia pero, por otro lado, representa a la provincia frente al Gobierno. Sus actividades como representante gubernamental están dirigidas por el Consejo de Ministros, que define sus competencias y responsabilidades, y controla la legalidad, la conformidad con la política del Gobierno, la eficacia y la competencia del mismo. Como jefe de la administración estatal en la provincia, el Gobernador tiene derecho a nombrar y destituir los altos cargos de las oficinas administrativas provinciales. Supervisa también la legalidad de las actividades del gobierno municipal, pero no interviene en la materia de las decisiones, asegurando de este modo la independencia de los municipios; tiene, sin embargo, el derecho a controlar la realización de las tareas encargadas a los municipios por la administración estatal.

El funcionamiento del aparato administrativo de la provincia así como la actividad del Gobernador, están controlados por el Presidente del Consejo de Ministros. Sobre todo se vigila la legalidad de los reglamentos y las ordenanzas del Gobernador así como su conformidad

con la política nacional. El Presidente del Consejo de Ministros resuelve los conflictos entre el Gobernador y los ministros, mientras que el ministro de la administración estatal resuelve los conflictos entre los Gobernadores.

Procesos de reforma territorial

El autogobierno territorial ha sido restituido *de iure* el 8 de marzo de 1990 cuando fue aprobada la Ley sobre el Autogobierno Local. Las primeras elecciones democráticas a los Consejos se celebraron el 27 de mayo de 1990. Participó un 42,13 por ciento de los votantes, que en su mayoría votaron a los candidatos de *Solidaridad*, que obtuvieron el 41 por ciento de los escaños, mientras que los candidatos independientes ganaron el 38 por ciento de los escaños (Chmaja, 1995:42). Con estas primeras elecciones libres, el retorno del autogobierno en el nivel local se ha convertido en una realidad y se inició un proceso de cambio de las élites políticas locales y de los intereses locales. En las siguientes elecciones locales, que se celebraron el 19 de junio de 1994, la participación ya fue algo más baja, 36 por ciento, y los electores votaron más a los candidatos conocidos por su buena gestión que por su militancia en uno u otro partido.

Pero la realidad ha sido más complicada de lo propuesto inicialmente en la ley de 1990, y por ello al mismo tiempo que en Polonia iban adelante varios cambios del sistema político, se propusieron nuevos pasos en el proceso de la descentralización, particularmente afectados por las aspiraciones de Polonia a entrar en la Unión Europea y la tendencia corriente a una cooperación entre los regiones. En 1996 aparecieron varios proyectos de reforma del sistema administrativo y, entre otros asuntos, se volvió a discutir otras posibles divisiones territoriales. La actual división territorial de Polonia ha sido criticada ya que, en efecto, se duplicaron las competencias entre los municipios y las provincias. De hecho ha habido una gran centralización del poder administrativo, en lugar de dar pie al pleno desarrollo del sistema de autogestión previsto en la Ley sobre el Autogobierno Local de 1990. Por otro lado, el funcionamiento de la autogestión territorial parecía bastante insatisfactorio.

Las disputas principales han girado en torno a los temas de si mantener el gran número de los municipios (2.383 urbanos y 1.547 rurales) y las múltiples provincias (49) con sus representantes de la administra-

ción gubernamental, si establecer una estructura intermediaria, los distritos (anulados en el periodo estalinista), con su propio gobierno, y reducir el número de las provincias. Además, se propuso la elección libre de todos los puestos, incluido el del gobernador de la provincia. El proyecto más "revolucionario" de esta posible nueva división territorial de Polonia, y que al mismo tiempo parecía más cercano a las tendencias regionalistas de la Europa Occidental, propuso dividir Polonia en 12 provincias y 320 distritos. El lema "Europa del siglo XX - Europa del autogobierno local" predominó en los argumentos a favor de este modelo de división territorial (Mojkowski, 1996).

La reforma territorial fue dejada a un lado hasta las elecciones parlamentarias en septiembre de 1997. En la campaña electoral, tanto los dos partidos que como resultado de las elecciones formaron la coalición parlamentaria gobernante, la Acción Electoral de *Solidaridad* y la Unión de la Libertad, como la Alianza de Izquierda Democrática, que finalmente perdió las elecciones y era el partido más grande de la oposición, se pronunciaron a favor de la introducción del tercer nivel de la división territorial: el de los distritos, entre las provincias y los municipios.

El proyecto del gobierno de *Solidaridad* propuso el reestablecimiento de los distritos y la división en 12 provincias. Ello despertó un debate intenso, en el cual se mezclaron los argumentos históricos, económicos, políticos y personales. Bajo muchas presiones de la oposición e incluso la amenaza de veto del presidente Kwaśniewski, finalmente, en agosto de 1998, el Senado aprobó la división en 16 provincias, 272 distritos y 2.489 municipios (Bratkowski, 1998).

La reducción del número de las provincias conllevó muchas decisiones políticas complicadas (división de competencias entre el Gobierno central y de la provincia), y administrativas (hasta qué punto cabe delegar las competencias sobre sanidad, educación, policía, bomberos, etc.). El proyecto de la reforma de la autogestión en la nueva división territorial apuesta por una máxima descentralización, dejando para el Gobierno central solamente las competencias relativas a la unidad y estabilidad del Estado: legislación, defensa, seguridad interior, política exterior. Hubo fuerte oposición en el Parlamento por parte de quienes insistían en mantener intacto el poder de la administración central. Los oponentes estaban dispuestos a delegar ciertas competencias a las provincias, pero no tanta autogestión a los distritos, y de hecho, según la nueva reforma, los distritos ganaron competencia a costa de las provincias. El argumento principal de quienes tenían una pos-

tura contraria a la reintroducción de los distritos fue que la Carta Europea del Autogobierno Local, ratificada por Polonia el 4 de julio de 1994, preveía que las decisiones sobre los asuntos públicos pertenecen a los órganos de poder administrativo más cercanos a los ciudadanos, es decir, en caso de Polonia, a los municipios. Se añadía que la actual tendencia mundial es hacia la reducción de la administración y de sus gastos, y hacia la expansión del uso de las nuevas tecnologías (ordenadores, internet), y no hacia adicionales estructuras administrativas que pueden hacer más compleja la comunicación entre los ciudadanos y los poderes políticos (Kieżuń, 1997). Con la reforma, fruto de muchos compromisos políticos, ha empezado una nueva etapa en la construcción de las responsabilidades locales y en la implicación de los ciudadanos en la toma de decisiones sobre sus asuntos cotidianos. El 11 de octubre de 1998 se celebraron las elecciones locales para los autogobiernos en los recién establecidos distritos y provincias. Por primera vez los votantes eligieron directamente a los gobernadores y *starostas* (máximos dirigentes de distritos). Se presentó un número récord de los candidatos, 240.000, para los varios puestos, lo que parece significar que la nueva reforma de los autogobiernos ha ganado una amplia aceptación social (Paradowska, 1998).

Cabe pensar que la democracia se consolidaría de manera más sólida y la identidad ciudadana se forjaría mejor con una fuerte autogestión local, pero en Polonia el interés en esta materia ha sido desigual. Las causas se pueden encontrar no sólo en los 45 años de la experiencia totalitaria comunista, sino también en las grandes migraciones dentro de Polonia durante y después de la Segunda Guerra Mundial, que alejaron para siempre a mucha gente de sus pequeñas patrias, las cuales son, en la mayoría de los países europeos, la base fundamental para mantener los lazos locales y el interés en los asuntos comunes. El cambio de las fronteras polacas después de la Segunda Guerra Mundial en el este y en el oeste, y los masivos desplazamientos de la gente para que trabajara en las "grandes construcciones del comunismo", causaron unas mezclas accidentales de los habitantes, al mismo tiempo que destruían la cultura y la tradición local. Con las experiencias recientes, cabe esperar que la estructura del gobierno local autónomo ayude a reconstruir la cultura y la tradición locales, y que gracias a ello, el Estado se aleje de un modelo burocrático y se aproxime al modelo de Estado de una sociedad civil, aunque quede por ver cuáles sean las formas y los niveles de la división territorial más adecuados para ello.

LA ALTERNANCIA EN EL PODER: *SOLIDARIDAD* Y POST-COMUNISTAS

El momento de Solidaridad

La sucesión de elecciones presidenciales y legislativas y el papel de los líderes

En las negociaciones de la Mesa Redonda (6 de febrero-5 de abril de 1989), que dieron comienzo a la transformación de Polonia hacia el sistema democrático, participaron por el lado comunista el Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, la Alianza Campesina Unificada, ZSL, la Alianza Democrática, SD, la Unión Cristiano-Social, UChS, la Asociación, PAX y la Unión Polaca Católico-Social, PZKS. Los máximos dirigentes fueron el general Wojciech Jaruzelski, Secretario General del POUP y Mieczysław Rakowski, Primer Ministro de Gobierno y miembro de Politburó del POUP. El lado de la oposición fue representado por el sindicato *Solidaridad*, su líder Lech Wałęsa, y por el Comité Ciudadano establecido en 1987 por un grupo de destacadas personalidades e intelectuales.

Como resultado de las negociaciones de la Mesa Redonda, se aprobaron las leyes electorales para el Senado y para la Dieta. Las elecciones parlamentarias de junio de 1989 fueron diseñadas como un mecanismo clave para una disolución pacífica del sistema comunista. Por una parte, el partido comunista POUP no quiso renunciar a su poder completamente, por otra parte, los líderes de *Solidaridad* consideraron que era demasiado temprano para convocar unas elecciones libres sin ninguna condición previa. Como ya hemos comentado, en las negociaciones de la Mesa Redonda se acordó un compromiso según el cual para la Dieta se asignó en cada distrito electoral un número fijo de escaños al Partido Unificado Obrero Polaco y otros partidos afines, y por lo menos un escaño para los restantes candidatos. El resultado fue que el 65 por ciento de los escaños correspondió a la coalición gubernamental, y el 35 por ciento restante a los partidos establecidos después de las negociaciones de la Mesa Redonda. El 4 de junio de 1989 se celebraron *las primeras elecciones parlamentarias* de la Polonia post-comunista. Las elecciones resultaron ser un triunfo inesperado de *Solidaridad*. *Solidaridad* ganó abrumadoramente: obtuvo 160 escaños de los 161 que podía conseguir en la Dieta, y 99, de los 100, en el Senado. Como parte de la reforma general de la administración

estatal, el 27 de mayo de 1990, tuvieron lugar *las elecciones locales*. Su objetivo fue la transferencia del poder, hasta entonces central, a las comunidades locales. Las elecciones despertaron un interés público relativamente bajo: solamente un 42 por ciento de la población acudió a las urnas. Como resultado de las elecciones, en la mayoría de las comunidades ganaron los representantes de *Solidaridad* y de las agrupaciones de ciudadanos libres Comités de Ciudadanos *(Komitety Obywatelskie)*. Los candidatos post-comunistas consiguieron un 1 por ciento de los escaños.

Las elecciones presidenciales de 1990: Lech Wałęsa, Presidente de Polonia

Durante el periodo comprendido entre las elecciones al Parlamento del año 1989 y las elecciones presidenciales de 1990, las instituciones principales fueron el Parlamento y el Gobierno de Tadeusz Mazowiecki. El presidente Wojciech Jaruzelski, nombrado por la Dieta como resultado de las negociaciones de la Mesa Redonda, no tuvo mayor influencia política, ni, al parecer, procuró tenerla; más bien representó un símbolo difícilmente tolerado de continuidad política con el régimen anterior, y de la única fuerza (el ejército) capaz de bloquear los cambios.

El 27 de septiembre de 1990 el Parlamento aprobó una nueva ley según la cual el presidente iba ser elegido en elecciones directas el 25 de noviembre de 1990. Inicialmente, 16 candidatos buscaron 100.000 firmas de apoyo para cumplir con el requisito formal de registrarse. Lech Wałęsa y Tadeusz Mazowiecki fueron los candidatos de los dos bloques principales derivados de *Solidaridad*. Otros contendientes importantes fueron Włodzimierz Cimoszewicz, el candidato de la coalición post-comunista, Roman Bartoszcze, el candidato del Partido Popular de Campesinos, PSL, y Leszek Moczulski, el candidato de la Confederación de Polonia Independiente, KPN. Los sondeos de la opinión pública de octubre de 1990 daban ventaja a Lech Wałęsa frente a Tadeusz Mazowiecki, cuando de repente apareció un nuevo candidato, Stanisław Tymiński, un hombre de negocios polaco de Canadá, hasta entonces desconocido pero con un discurso muy populista. Su inesperada popularidad superó la de Tadeusz Mazowiecki y en las elecciones celebradas el 25 de noviembre de 1990 Lech Wałęsa obtuvo un 40 por ciento de votos, Stanisław Tymiński

un 23,1 por ciento y Tadeusz Mazowiecki un 18,1 por ciento. Como ni Lech Wałęsa ni Stanisław Tymiński obtuvieron la mayoría absoluta de los votos, se convocó la segunda vuelta de las elecciones para el 7 de diciembre de 1990. Los dos bloques post-*Solidaridad* olvidaron, por el momento, sus discrepancias y se reunieron para apoyar a Lech Wałęsa que, efectivamente, ganó la segunda vuelta con un 74,3 por ciento de los votos. Stanisław Tymiński obtuvo un 25,7 por ciento (Dudek, 1997:114-135).

Pero la campaña electoral y los resultados de la elección presidencial certificaron la ruptura de *Solidaridad*. La división entre Wałęsa y los revolucionarios por un lado, y Mazowiecki y los reformistas por otro lado, dominó la vida política en Polonia durante los años siguientes. Ese periodo de conflictos acabó por ser llamado "la guerra en la cúpula". Tadeusz Mazowiecki dimitió del puesto de Primer Ministro y el presidente Lech Wałęsa nombró en su lugar a Jan Krzysztof Bielecki cuyo Gobierno se mantuvo hasta el 6 de diciembre del 1991.

Para muchos polacos las primeras elecciones presidenciales se convirtieron en una experiencia decepcionante de una lucha personal entre los candidatos en la cual habían sido olvidados los propósitos políticos de un momento histórico sin precedentes. El hecho de que el 23,1 por ciento de los polacos votase a un forastero desconocido, Stanisław Tymiński, debería haber provocado un análisis crítico de la conciencia actual de la sociedad polaca. Sin embargo, los líderes del bloque de *Solidaridad*, que sufrió una desintegración importante a consecuencia del enfrentamiento entre Mazowiecki y Wałęsa, se quedaron convencidos de que *Solidaridad* era la fuerza política más importante en el país y celebraron la victoria de Wałęsa. No prestaron atención, incluso desprestigiaron, el creciente grupo de varios millones de votantes que no se identificaron con *Solidaridad* ni con las formaciones políticas derivadas de ella. Como demostraron luego los resultados de las siguientes elecciones parlamentarias en septiembre de 1993, los líderes de los partidos post-comunistas, particularmente el Partido Popular de Campesinos, PSL y Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, mostraron más perspicacia política y vieron en el electorado de Tymiński una gran oportunidad política[3].

[3] En diciembre de 1990 Tymiński estableció un partido "X" que contó con unos 5.500 miembros (Dudek, 1997:169).

A partir de la elección de Lech Wałęsa mediante voto directo, el cargo de la Presidencia del Estado obtuvo una legitimidad importante. En cambio, al menos hasta el 27 de octubre de 1991, el Parlamento careció de legitimidad suficiente al no haber surgido de elecciones plenamente democráticas. La situación era ambigua. El Parlamento controlaba a un Gobierno que había sido nombrado por el Presidente. A su vez, el Presidente, aunque en principio no tenía grandes competencias, de hecho tenía mucho poder, que le otorgaba el prestigio de las elecciones y su carisma personal. Al mismo tiempo el Presidente decidió no colaborar con el parlamento "del contrato". Encargó la formación del Gobierno al entonces casi desconocido Jan K. Bielecki, un activista del sindicato *Solidaridad* en Gdańsk, y prácticamente impuso su decisión al Parlamento. Ese Gobierno, pese a su difícil situación por haber sido nombrado por Lech Wałęsa y carecer del apoyo del Parlamento, intentó llevar una política de lucha contra la inflación, introducir la privatización, y preparar las nuevas elecciones.

Durante todo aquel periodo, se discutió si el sistema de Gobierno debía ser predominantemente presidencial o parlamentario. Los partidarios de un gobierno presidencialista señalaban la necesidad de contar con un ejecutivo fuerte y flexible durante un periodo de reformas radicales de la economía. Los partidarios del parlamentarismo deseaban consolidar el sistema representativo. Esta disputa estuvo directamente ligada con la decisión sobre el sistema de elección del presidente: directa o indirecta. En esas disputas, predominaron razones de orden personal, muchas veces a expensas de las estructurales y sociales. Por ejemplo, los detractores del presidencialismo que lógicamente hubieran debido oponerse al sistema de elección directa del presidente, lo apoyaron, esperando que Lech Wałęsa perdería las elecciones presidenciales de 1990 porque tenían otro candidato, Tadeusz Mazowiecki. Y así los dirigentes partidarios del poder parlamentario antepusieron el criterio de la unidad de *Solidaridad* y permitieron que el movimiento se dividiese en facciones con dos candidatos a la presidencia, Lech Wałęsa y Tadeusz Mazowiecki. Y en cambio quienes querían que saliera Wałęsa como presidente, aunque muchos de ellos estaban en contra de un sistema de elección directa del presidente, votaron a favor.

Tras las elecciones parlamentarias del 27 de octubre de 1991, esas posiciones cambiaron. Los partidarios del poder parlamentario, entre otros parte de la Unión Democrática, se inclinaron a favor de la propuesta presidencialista de la Pequeña Constitución provisional de

1989, que extendía las competencias del presidente. Puesto que el Gobierno de Jan Olszewski (diciembre 1991-junio 1992) había surgido de una coalición de cinco partidos, esperaban que el Presidente imprimiría cierto equilibrio a ese gabinete de centro derecha. En cambio, los que habían apostado por el presidencialismo, ahora se oponían a la Pequeña Constitución, para impedir que la alianza de los cinco, que era de mayoría parlamentaria de centro derecha, pudiera perpetuarse en el Gobierno. Existen indicios razonables de que esas diferencias tenían más relación con la persona de Lech Wałęsa que con los complicados argumentos legales y sociales que se esgrimieron entonces.

Las elecciones parlamentarias de 1991 y los gobiernos de *Solidaridad* 1991-1993

Al principio de 1990 aparecieron las demandas para finalizar el sistema transicional basado en los acuerdos de la Mesa Redonda y para resolver el parlamento "de contrato". Después de unos conflictivos debates parlamentarios, el 28 de junio de 1991 se aprobó una nueva ley electoral de la Dieta que establece que las elecciones para la Dieta son generales, directas, libres, proporcionales y mediante votación secreta (papeletas).

Todas las agrupaciones políticas se prepararon para las elecciones parlamentarias de 1991. Aparecieron las primeras alianzas: la Alianza de Izquierda Democrática, SLD *(Sojusz Lewicy Demokratycznej)*, fusión de los partidos post-comunistas, y la Unión Democrática, UD *(Unia Demokratyczna)*, formada a partir del Movimiento Cívico-Acción Democrática, ROAD *(Ruch Obywatelski - Akcja Demokratyczna)*, heredera del Comité de Defensa de los Trabajadores, KOR *(Komitet Obrony Robotników)*. La campaña electoral se desarrolló en torno a numerosas divisiones, siendo una de las más pronunciadas entre los ex comunistas y las organizaciones post-*Solidaridad*, y la otra entre los revolucionarios (principalmente Alianza Cívica del Centro, POC, *Porozumienie Obywatelskie Centrum*, y su coalición Alianza de Centro, PC, *Porozumienie Centrum*) y los reformistas (principalmente la Unión Democrática, UD y Congreso Liberal-Democrático, KLD, *Kongres Liberalno-Demokratyczny*).

La disputa principal versó sobre el ritmo y estructura de las reformas económicas: tanto los post-comunistas como los partidos post-*Solidaridad* (que no estaban en el Gobierno actual) criticaron al Gobier-

no de Mazowiecki y de Bielecki por políticas económicas equivocadas y propusieron correcciones sustanciales al plan de reformas económicas de Leszek Balcerowicz. Otro tema importante fue la descomunistización. Desde el año 1990 los partidos políticos debatían la necesitad de controlar a las personas que ocupaban altos cargos si durante el régimen comunista habían colaborado con los servicios secretos.

Había dos bloques de partidos en contra: los partidos post-comunistas para quienes la situación actual de Polonia era una continuación natural del pasado comunista, y los partidos del bloque post-*Solidaridad*, partidarios de una ruptura radical con el pasado comunista, y que presentaron varios proyectos de ley de descomunistización que finalmente fue aprobada en octubre de 1998. Los revolucionarios intentaron desacreditar a los reformistas presentándolos como aliados de los post-comunistas. La Iglesia apoyó a la Alianza Electoral Católica, WAK *(Wyborcza Akcja Katolicka)* organizada por la Unión Cristiano-Nacional, ZChN *(Związek Chrześcijańsko-Narodowy)*, aunque su apoyo fue "no-oficial".

En las elecciones parlamentarias de 27 de octubre de 1991 participaron 111 partidos y/o comités electorales de los cuales 29 consiguieron escaños para sus candidatos. En estas primeras elecciones democráticas parlamentarias en Polonia participó el 43,2 por ciento de votantes. Las elecciones produjeron una Dieta muy fragmentada con 29 partidos, de los cuales ninguno controlaba más que un 13,5 por ciento de los escaños. La ganadora fue la Unión Democrática, UD (12,3 por ciento de los votos) con la coalición post-comunista Alianza de Izquierda Democrática, SLD (12 por ciento de los votos). El nuevo Senado contenía 10 grupos políticos principales; la Unión Democrática fue el grupo político mayor con 21 senadores (Dudek, 1997:184-186). La composición del Parlamento reflejó la extensa fragmentación del electorado.

Con las elecciones parlamentarias de 1991 se cerró el proceso de la formación del sistema político democrático de la República de Polonia. A pesar de la falta de la nueva constitución y la presencia de las tropas soviéticas en el territorio de Polonia, se celebraron las primeras elecciones libres y soberanas. Se puede decir que en el periodo 1989-1991 se construyeron las bases del sistema de partidos.

En noviembre de 1991 el Parlamento designó a Jan Olszewski, líder de la coalición Alianza Electoral Católica, WAK (compuesta de la Unión Cristiano-Nacional, ZChN, y el Movimiento Cívico Cristiano), que obtuvo 8,7 por ciento de votos (49 escaños), como primer Minis-

tro del Gobierno formado por la coalición de cinco partidos (Unión Cristiano-Nacional, ZChN; Alianza de Centro, PC; Confederación de Polonia Independiente, KPN; Congreso Liberal Democrático, KLD; Partido Campesino, PL). Este Gobierno minoritario sobrevivió solo unos meses y fue sustituido por el Gobierno de Waldemar Pawlak del Partido Popular de Campesinos, PSL, que se mantuvo poco más de un año (5 de junio 1991-8 de julio de 1992) y, luego, por el Gobierno de Hanna Suchocka de la Unión Democrática, UD (10 de julio 1992-28 mayo de 1993).

En julio de 1992 Hanna Suchocka formó el cuarto gabinete de *Solidaridad* desde junio de 1989. Durante su Gobierno Polonia sufrió una ola de protestas y huelgas: (a) las huelgas en las mayores empresas estatales cuyos empleados temían reformas económicas, (b) las protestas masivas de los sectores más poderosos de la industria, como mineros y astilleros, y los sectores públicos no-industriales como educación y transporte, y (c) las campañas de protesta regionales que paralizaban toda una región del país. Algunas de estas protestas resultaron en varias concesiones del Gobierno tales como una paga extra, incremento de salarios y promesas de revisar los proyectos de reestructuración de la industria. En Polonia se vivía un ambiente de crisis económica e inestabilidad política. En mayo de 1993 el país estaba afectado por las protestas del sector público y la huelga en la región de Mazowsze. Curiosamente, el sindicato *Solidaridad* comenzó apoyando al Gobierno de *Solidaridad* y acabó oponiéndose a él y a sus intentos de alcanzar acuerdos sociales de algún tipo. De hecho, la Comisión Nacional de *Solidaridad* rechazó las propuestas del Gobierno y exigió el voto de confianza contra su "propio" Gobierno, que fue aprobado el 24 de mayo con solo un voto de diferencia. El presidente Wałęsa, incapaz no sólo de ejercer liderazgo frente al exterior sino de poner orden en en su propio campo, hubo de disolver el Parlamento y convocó nuevas elecciones.

El momento de los post-comunistas

Las elecciones parlamentarias de 19 de septiembre de 1993: victoria de los post-comunistas

El presidente Wałęsa convocó las nuevas elecciones parlamentarias para el 19 de septiembre de 1993 según el nuevo sistema electoral

aprobado por el Parlamento saliente y diseñado para restringir la fragmentación de la Dieta. La nueva ley introdujo el umbral de 5 por ciento para los partidos y 8 por ciento para las coaliciones, y aumentó el número de distritos electorales desde 37 hasta 52.

Las elecciones produjeron un Parlamento menos fragmentado, compuesto de una coalición, cinco partidos y una agrupación de la minoría alemana. Sin embargo, el 34 por ciento de los votos válidos fueron emitidos para los partidos que no superaron el umbral exigido. Como resultado, una gran parte del electorado no quedó representada en el Parlamento. Los dos grupos post-comunistas, la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, y el Partido Polaco Popular de Campesinos, PSL, lograron un enorme éxito: la Alianza obtuvo el 20,4 por cientos de votos y ganó el 37,2 por ciento de los escaños, y el PSL obtuvo el 15,4 por ciento de los votos y consiguió casi el 29 por ciento de escaños (Dudek, 1997:194).

En septiembre de 1993 el partido post-comunista la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, y su aliado el Partido Polaco Popular de Campesinos, PSL, formaron un Gobierno de coalición con la Unión del Trabajo, UP. Waldemar Pawlak de PSL fue nombrado Primer Ministro apoyado por ambos partidos post-comunistas que tuvieron una mayoría importante en el Parlamento. Pawlak perdió pronto el apoyo del presidente Wałęsa quien, aun siendo Presidente, había tomado la decisión de jugar un papel partidista (incoherente con el espíritu de la Constitución) y había asumido el papel de la oposición en nombre de *Solidaridad* (ausente en el Gobierno de Pawlak). Como resultado de los conflictos dentro de la coalición y de la creciente injerencia del Presidente, Waldemar Pawlak fue destituido en marzo de 1995 por el representante de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, Józef Oleksy.

La primera era de la transformación post-comunista con *Solidaridad* en el timón había terminado. Se puede decir que con las elecciones parlamentarias de 1993 terminó la primera etapa de la transición democrática en Polonia durante la cual los políticos, que representaban a *Solidaridad*, elaboraron el sistema político y económico del país. Los partidos post-comunistas recuperaron el poder e, irónicamente, disfrutaron de los resultados de las reformas hechas por los gobiernos anteriores.

Elecciones presidenciales de 1995: designación de Aleksander Kwaśniewski como Presidente

Las segundas elecciones presidenciales en 1995 fueron el acontecimiento político más importante desde la llegada al poder en 1993 de la coalición post-comunista SLD y PSL. La hostilidad del presidente Wałęsa hacia el Gobierno de Józef Oleksy, dominado por los representantes de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, crecía a medida que se acercaban las siguientes elecciones presidenciales, en las cuales Wałęsa quiso jugar el papel de líder y representante de toda la oposición anticomunista y antigubernamental. Sin embargo, los buenos resultados económicos, fruto de las reformas llevadas a cabo en los años 1989-1990, favorecían al Gobierno. En 1995 el incremento del PIB llegó al 7 por ciento, el nivel más alto en la década de los noventa (Majcherek, 1999:184). La buena situación económica mejoraba el estado de ánimo de la sociedad.

Sin embargo, este estado de ánimo volvió a empeorar con la campaña electoral para las elecciones presidenciales previstas para noviembre de 1995, por cuanto estaba claro que la batalla por la presidencia sería una confrontación entre los representantes de los dos bloques políticos históricos: post-comunista y post-*Solidaridad*. En el primer caso, el pretendiente incuestionable a la presidencia fue Aleksander Kwaśniewski, líder activo y pragmático de la post-comunista Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP. En cuanto al bloque post-*Solidaridad*, Lech Wałęsa perdió mucha popularidad por su postura de confrontación permanente con el Gobierno de la coalición post-comunista, SLD-PSL. Aprovechando esta debilidad de Wałęsa, muchos otros candidatos se presentaron contra Kwaśniewski. Los más destacados fueron Jan Olszewski, antiguo Primer Ministro (1992) del partido Alianza del Centro, PC, quien se consideraba el líder más anticomunista de todos, y Jacek Kuroń, el líder histórico de la oposición que disfrutó de gran popularidad como Ministro de Trabajo en el primer Gobierno de la transición 1989-1991. Sin embargo, estos dos políticos estaban demasiado radicalizados para poder integrar y representar a un bloque post-*Solidaridad* que se encontraba ya muy descompuesto y disperso, y cuya unidad interna era necesaria para vencer a Kwaśniewski. Aparecieron por último otros siete candidatos como Hanna Gronkiewicz-Waltz, la Presidenta del Banco Nacional Polaco, Leszek Moczulski, líder de la Confederación de Polonia Indepen-

diente, Waldemar Pawlak, antiguo Primer Ministro de PSL, Andrzej Lepper, líder del nuevo partido Defensa Propia *(Samoobrona)*, y los menos conocidos en la escena pública, Tadeusz Koźluk, Kazimierz Piotrowicz y Leszek Bubel. En total, 17 candidatos consiguieron más de cien mil firmas de apoyo y finalmente 13 se presentaron a las elecciones (Majcherek, 1999:190). Este número tan grande de candidatos causó cierta desorientación entre el electorado que se mostró propenso a votar a los candidatos bien conocidos y popularizados por los medios de comunicación como probables vencedores, tales como Lech Wałęsa o Aleksander Kwaśniewski. Estaba claro que los dos rivales iban a ser Lech Wałęsa y Aleksander Kwaśniewski.

La campaña electoral de Aleksander Kwaśniewski estuvo bien organizada. Kwaśniewski viajó a varias localidades de provincia donde había votantes indecisos; para ganarse a los jóvenes, visitó las discotecas de moda, y aunque este tipo de acciones despertaron muchos comentarios críticos entre las élites políticas, resultaron eficaces. El objetivo más importante de su campaña fue borrar las divisiones históricas en la sociedad polaca y convencer a los indecisos a creer en su lema electoral "!Apostamos por el futuro!". Astutamente, el color de los carteles y otros materiales de propaganda era azul y no rojo, el color hasta ahora utilizado por la izquierda comunista.

En la campaña electoral de Lech Wałęsa, actual Presidente, se destacaron mucho sus méritos en la lucha contra el comunismo y se le presentó como el único que podía frenar a Kwaśniewski y al retorno de los comunistas. Su lema fue "Hay muchos candidatos pero Lech Wałęsa es único". Wałęsa intentaba cambiar su imagen de político conflictivo y reñido con todos.

En la primera ronda de las segundas elecciones presidenciales, el 5 de noviembre de 1995, participó el 64,7 por ciento de los votantes, un porcentaje relativamente alto en comparación con las elecciones de 1993. El electorado se polarizó entre dos bloques: por un lado, los procedentes de la antigua nomenclatura comunista y los oponentes a la Iglesia, que apoyaron a Kwaśniewski; por otro, el bloque compuesto por la antigua oposición democrática cuya plataforma política común había sido representada por el sindicato *Solidaridad*, que, una vez más, apoyó a Lech Wałęsa. Aleksander Kwaśniewski obtuvo el 35,11 por ciento de votos, mientras que Lech Wałęsa el 33,11 por ciento (Dudek, 1997:354-363).

El periodo electoral antes de la segunda ronda estuvo marcado por la rivalidad y las acusaciones mutuas de los dos candidatos. Wałęsa

presentaba a Kwaśniewski como un peligro de involución comunista y llegó incluso a insultarle en un debate televisado. La popularidad de Kwaśniewski sufrió mucho al conocerse que, en contra de lo que decía su biografía oficial, no llegó a terminar sus estudios de economía y que en la declaración financiera ocultó información sobre unas acciones de su mujer. La segunda ronda de las elecciones celebrada el 19 de noviembre de 1995 dio la victoria, por una diferencia muy pequeña, a Aleksander Kwaśniewski frente al Presidente saliente y antiguo líder del sindicato *Solidaridad*, Lech Wałęsa. Con una participación récord del 68,2 por ciento de votantes, Kwaśniewski obtuvo el 51,72 por ciento de los votos y Lech Wałęsa el 48,28 por ciento (Dudek, 1997:362).

La mínima ventaja con la cual ganó Kwaśniewski significó que las elecciones dejaron a Polonia "partida por la mitad". Además, reconfirmó que el pasado comunista seguía muy presente y que para muchos polacos, aunque perdieron confianza en el líder histórico de *Solidaridad*, fue inadmisible votar a un candidato comunista. La victoria de Kwaśniewski significó la supremacía del poder de la coalición post-comunista SLD-PSL, que abrió otro capítulo en la historia política de la Tercera República de Polonia.

En definitiva, las experiencias electorales desde 1989 hasta 1995 fueron bastante turbulentas. Durante este periodo los polacos fueron convocados a las urnas nueve veces, incluyendo las dos vueltas en las primeras elecciones parlamentarias en 1989, dos elecciones parlamentarias en 1991 y en 1993, dos vueltas de la elecciones presidenciales en 1990 y en 1995, y las elecciones locales en 1990. Desde junio de 1989 hasta diciembre de 1995, Polonia tuvo dos presidentes y ocho jefes de gobierno, de los cuales dos no fueron capaces de formar un gobierno.

LA VIDA POLÍTICA: LOS PARTIDOS POLÍTICOS

El sistema de los partidos en Polonia ha vivido un cambio profundo a partir de 1989, cuando las negociaciones de la Mesa Redonda introdujeron el pluralismo político, después de 45 años de funcionamiento de un sistema político totalitario. La restauración del sistema de democracia parlamentaria, que el país había conseguido en el periodo de entreguerras, posibilitó la formación de muchos partidos políticos independientes. Empezaron a aparecer numerosas organizaciones, partidos y coaliciones, dando comienzo a una etapa de pluralismo políti-

co desconocido en Polonia comunista. En el principio de los años noventa, en Polonia había 300 partidos políticos de los tipos más diversos: nacionalistas, cristiano-demócratas, burgueses, campesinos, liberales, conservadores, socialistas o socialdemócratas.

Muchas razones influyeron sobre el momento de aparición y el carácter de los partidos. Primero, hubo una primera reacción a la asfixia política e ideológica de la época anterior, y a la forzada uniformidad de las ideologías y políticas que se tradujo en la aparición de una multitud de grupos políticos. Empezaron a aparecer muy pronto divisiones dentro de la misma *Solidaridad* que en realidad se apoyaban en el margen, importante, de pluralismo que había existido en su interior desde el primer momento, y en la inexistencia, en último término, de un liderazgo carismático indiscutido, puesto que Lech Wałęsa sólo pudo aproximarse, pero no llegó a ejercer un liderazgo semejante de manera sostenida.

El proyecto político del sindicato *Solidaridad* de oposición contra el régimen comunista era claro, pero no así su programa político una vez efectuado el cambio. Al caer el régimen comunista pareció desaparecer *la raison d'être* de *Solidaridad*, al menos como una organización política. Los dirigentes de *Solidaridad* hubieron de buscar nuevos programas y discursos políticos. Además, resurgieron organizaciones nacionalistas cuya memoria, viva en las funciones anteriores, fue transmitida a los hijos. Por otra parte, la nueva situación económica y social, más compleja, impulsó la necesidad de representar nuevos intereses. El cambio en las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado, a su vez, hizo que la Iglesia intentara varias formas para ejercer su influencia en la nueva situación. Finalmente, el mismo diseño del nuevo sistema electoral facilitó la fragmentación partidista. Este corto catálogo de las razones de la rápida evolución del sistema de partidos y de su diversidad interna, muestra el carácter pluridimensional del proceso y de los factores que influyen en él: psicológico, ideológico, político, económico-social e institucional.

Las organizaciones políticas antes de 1989

En la Polonia comunista, el Partido Obrero Unificado Polaco, POUP *(Polska Zjednoczona Partia Robotnicza)* controló todos los niveles de la vida política y social. Sus líderes fueron nombrados de acuerdo con la Unión Soviética, y sus grandes decisiones políticas se tomaron

siempre después de un proceso de consultas con el Politburó del Partido Comunista de la URSS. Este fue el eje en torno al cual giró el sistema político totalitario durante más que 40 años.

Además del POUP fueron reconocidas otras agrupaciones, que tenían una limitada representación en el Parlamento: la Alianza Campesina Unificada, ZSL *(Związek Stronnictwa Ludowego)*, la Alianza Democrática, SD *(Stronnictwo Demokratyczne)*, la Unión Cristiano-Social, UChS *(Unia Chrześcijańsko-Społeczna)*, la Asociación Católica, PAX *(Stowarzyszenie Katolickie)*, la Unión Polaca Católico-Social, PZKS *(Polski Związek Katolicko Społeczny)*, y los círculos católicos *Znak* (entre 1957-1971). Esas agrupaciones fueron las únicas organizaciones políticas legalizadas que operaron dentro del sistema comunista. Algunas intentaron ganar cierta independencia en las estructuras del Estado comunista, pero, de hecho, todas hubieron de reconocer y ajustarse a las decisiones tomadas por el POUP y el Estado comunista.

A partir de la mitad de los años setenta, aparecieron los grupos de la oposición contra el régimen. El más destacado fue el Comité para la Defensa de los Obreros KOR, con líderes tales como Bronisław Geremek, Jacek Kuroń, Karol Modzelewski y Adam Michnik. Naturalmente todos estos grupos fueron ilegales y sus miembros sufrieron persecuciones, incluso encarcelamientos.

La década de los ochenta estuvo marcada por el nacimiento del sindicato *Solidaridad*, pero en ella también empezaron a funcionar otras agrupaciones de oposición, algunas de las cuales cooperaron con *Solidaridad*, y otras no. La agrupación más importante de la oposición no conectada con *Solidaridad* fue la Confederación de Polonia Independiente, KPN *(Konfederacja Polski Niepodległej)*, que ya existía desde 1979, bajo del liderazgo de Leszek Moczulski. KPN se basa en la tradición de la independencia de Polonia bajo el mariscal Piłsudski en el periodo entre las dos guerras mundiales. En los años 1989-1991 KPN organizó numerosos actos de protesta y manifestaciones tales como, por ejemplo, la ocupación de la sede del antiguo POUP. Su líder, Leszek Moczulski fue candidato en las elecciones presidenciales en 1990.

En los años 1987-1989 se reactivaron también otros grupos que se vinculaban a la tradición de tres importantes partidos políticos que habían existido en Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial y habían continuado sus actividades en la emigración. El Partido Polaco Socialista, PPS *(Polska Partia Socjalistyczna)*, fue establecido en 1892 y después de la Segunda Guerra Mundial mantuvo actividades ince-

santes en la emigración. En Polonia su líder clandestino fue Jan Józef Lipski. Como resultado de las elecciones de junio 1989, tres representantes del PPS consiguieron escaños en el Senado. El Partido Polaco Popular de Campesinos, PSL *(Polskie Stronnictwo Ludowe)* fue reactivado en 1988. Cuatro senadores formaron en 1989 una agrupación parlamentaria del PSL liderada por Roman Bartoszcze, quien se presentó en las elecciones presidenciales de 1990. El Partido del Trabajo, SP *(Stronnictwo Pracy)* fue reactivado en 1989 como una continuación del antiguo SP suspendido en julio de 1946. Liderado por Władysław Siła-Nowicki, el SP cuestionó la representatividad del bloque formado por *Solidaridad* y la oposición durante las negociaciones de la Mesa Redonda y las elecciones de junio de 1989.

Los partidos políticos polacos en los años noventa

El camino de la organización del sistema de partidos fue marcado por la división entre el bloque de post-*Solidaridad* y el bloque post-comunista derivado del *establishment* comunista del antiguo régimen. Además de estas dos fuerzas políticas más importantes, había agrupaciones que desarrollaron su actividad política totalmente independiente de estos dos grandes bloques u oscilaron entre uno y otro.

En general, los partidos post-comunistas eran grandes, tenían muchos afiliados de los viejos tiempos y un aparato de partido muy experimentado. Además, poseían unos importantes bienes materiales heredados de sus predecesores (base inmobiliaria, capital) y un electorado fiel, disciplinado y unido por los intereses comunes (particularmente la Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, que era la continuación del POUP). En cambio, los partidos que se establecieron a partir del 1989 en la época de post-*Solidaridad*, eran pequeños, estaban formados más alrededor de los líderes políticos que de los programas, y su electorado no era muy fiel, en parte porque los partidos tampoco representaban claramente los intereses de unos grupos sociales concretos (Paszkiewicz, 1996; Słodkowska, 1995).

(i) El bloque post-comunista

En el bloque post-comunista destacó sobre todo la Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, el partido más fuerte dentro

de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, que ademas incluyó a la Unión Democrática de Mujeres, DUK *(Unia Demokratyczna Kobiet)*, Iniciativa Europea Independiente, NIE *(Niezależna Inicjatywa Europejska)*, Partido Polaco Socialista, PPS *(Polska Partia Socjalistyczna)*, Unión Polaca del Cuerpo Docente, ZNP *(Związek Nauczycielstwa Polskiego)*, Unión Cristiano-Social, UChS *(Unia Chrześcijańsko-Społeczna)*, y Unión Nacional de Sindicatos Polacos, OPZZ *(Ogólnopolskie Porozumienie Związków Zawodowych)*. Su ideología política se caracterizó por una mezcla de populismo y socialdemocracia, y una actitud respetuosa hacia el régimen comunista anterior. En 1993 cuando el SLD tomó el poder, empezó a destacar más su corriente liberal tanto en la economía como en la ideología y asimismo se reforzó su retórica y práctica antirreligión. SLD era sumamente coherente, disfrutaba de apoyo estable sobre el 20 por ciento de los votantes.

Otro partido importante en este bloque, el Partido Polaco Popular de Campesinos, PSL, formó parte del Gobierno de coalición con SLD en el periodo 1993-1997. El PSL hacía referencia sobre todo a la tradición histórica del movimiento campesino, y en cierta medida a la oposición de los campesinos durante el periodo comunista. Sus miembros, los campesinos, provienen de muy diversos niveles sociales, profesionales y económicos; lo cual, a menudo, creaba conflictos dentro del partido. En su programa, PSL subrayaba el apego a la tradición y a los valores católicos.

(ii) El bloque post-*Solidaridad*

De la misma forma que *Solidaridad* en los años ochenta no puede entenderse como un movimiento social unitario y homogéneo, tampoco puede comprenderse el papel de *Solidaridad* en los años noventa como un movimiento sociopolítico de esas características, y ni siquiera su "rama política", muchas veces opuesta a su "rama sindical", constituyó un bloque propiamente dicho. El discurso de bloque debe entenderse, pues, en sentido muy laxo. Esto dicho, el gran "bloque" post-*Solidaridad* se dividía a su vez en tres segmentos principales. El primero, la centro-liberal Unión de la Libertad, UW *(Unia Wolności)* nació en el abril de 1994 como resultado de la unificación de la Unión Democrática y el Congreso Liberal Democrático. Su primer líder fue Tadeusz Mazowiecki seguido, a partir de 1995, por Leszek Balcero-

wicz. La UW vivía en una polémica permanente con las demás agrupaciones del bloque post-*Solidaridad*, que la acusaban con mayor o menor intensidad, según la ocasión, de una cooperación demasiado estrecha con los post-comunistas en determinados momentos. A UW también se le reprochaba poner los valores europeos por encima de los nacionales, su "excesivo liberalismo" y su supuesta falta de consideración de los costes sociales de las reformas económicas.

El segundo segmento estuvo formado por el grupo de partidos de carácter relativamente conservador, de ideologías desde liberal-conservadoras, centristas, centro-derecha, cristianas, agrarias, hasta conservadoras en sentido estricto. Hay que mencionar también aquí a los moderados partidos nacionalistas. En este segmento estaban en los años noventa los partidos de la democracia cristiana: Unión Cristiano-Nacional, ZChN *(Związek Chrześcijańsko-Narodowy)*, Alianza del Centro, PC *(Porozumienie Centrum)*, Partido de Demócratas Cristianos, PChD *(Partia Chrześcijańskich Demokratów)*, y conservadora: Partido Popular Cristiano, SLCh *(Stronnictwo Ludowo-Chrześcijańskie)*, Partido Conservador, PK *(Partia Konserwatywna)*. A pesar de que todos estos partidos disfrutaron de un electorado fiel, en las elecciones de los años noventa ninguno obtuvo suficiente número de votos para entrar siquiera en el Parlamento.

El tercer segmento del bloque post-*Solidaridad* fue el más radical en valorar los acuerdos de la Mesa Redonda. En 1995 varios partidos de este segmento formaron el Movimiento para la Reconstrucción de Polonia, ROP *(Ruch Odbudowy Polski)*.

La Unión del Trabajo, UP *(Unia Pracy)*, establecida en 1992 por el grupo de los miembros del partido *Solidaridad* del Trabajo *(Solidarność Pracy)* y el Partido Socialista Polaco *(Polska Partia Socjalistyczna)*, fue el único partido que intentaba operar al margen de la división entre los dos grandes bloques, post-*Solidaridad* y post-comunista y se situó entre uno y otro. Se define como un partido socialdemócrata que representa los intereses de los trabajadores; en los años noventa tuvo apoyo de un 10 por ciento de los votantes.

Además de los dos principales bloques políticos, existían varias agrupaciones de distinto origen y orientación política, tales como la ya mencionada Confederación de Polonia Independiente, KPN *(Konfederacja Polski Niepodległej)*, la Unión de la Política Real, UPR *(Unia Polityki Realnej)*, y el Partido Cristiano-Democrático del Trabajo, ChDSP *(Chrześcijańsko-Demokratyczne Stronnictwo Pracy)*, que no consiguieron ganar mayor influencia en la vida política.

Durante la década de los noventa, aparecieron también otras agrupaciones de vida efímera como el Partido "X" de Stanisław Tymiński que se presentó a las elecciones presidenciales en 1990, algunos grupos de los Verdes, y otros movimientos de signo populista o sectario. Su incoherencia programática fue notable. Durante la campaña de 1991, una de las agrupaciones ecologistas recurrió a los poderes esotéricos de un curandero para influir al electorado; el dirigente del partido "X", Stanisław Tymiński, esgrimió con vehemencia el argumento un tanto desconcertante de que "aquella mano no es la nuestra" queriendo con ello decir que la mano en cuestión fue de la Unión Soviética; y el partido de la Polonia Sana requirió del público que eligiese de una vez entre el "rabino Weiss" y "la Polonia" (Paszkiewicz, 1996:107-111).

El Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad (Niezależny Związek Zawodowy Solidarność)*, siguió teniendo mucha importancia en la vida política. En los primeros años de la Polonia libre, *Solidaridad* tuvo que definir primero su identidad como una organización sindical, y luego se enfrentó con dos interrogantes ¿Hasta qué punto debía tomar posiciones políticas? y en este caso ¿a cuáles de las nuevas agrupaciones políticas debía apoyar? Les dio respuestas distintas según el momento. En junio de 1991, cuando se formó el primer gobierno post-comunista, el sindicato *Solidaridad* se convirtió en el mayor grupo de oposición fuera del Parlamento.

Partidos y políticas públicas

La evolución del nuevo sistema político polaco transcurrió en varios niveles a la vez. Aun no habían terminado las disputas y las cuentas con el pasado, ni se había terminado de definir qué lugar le corresponde a los principios religiosos en la vida pública, cuando ya fue necesario tomar decisiones tanto estructurales como técnicas sobre cuestiones económicas. En cierto modo, fue necesario hacerlo todo al mismo tiempo, sin dejar de aprender el difícil arte de la democracia. Lo tuvieron que aprender todos, los electores y los políticos, las instituciones y los funcionarios públicos, los periodistas y el público de lectores.

Las reformas económicas vinieron realizándose en una situación en la que el sistema político estaba aún en desarrollo. Aspectos importantes del régimen político seguían siendo objeto de discusión y nego-

ciaciones. Las opciones políticas se habían ido articulando y las agrupaciones políticas, relativamente nuevas, habían carecido de cohesión interna. En esas condiciones, la continuación y la formación de la vida pública transcurrió en función de los procesos de cambio socioeconómico, cultural, y a medida que estos se habían ido poniendo en marcha. Los partidos políticos, a veces, tuvieron que ir definiendo sus posturas respecto a los problemas que presentaban esos procesos. El proceso de formación de la escena política había sido influido por determinados acontecimientos políticos y decisiones económicas que no fueron previstas anticipadamente, y se impusieron a los agentes como si fueran "hechos consumados". Entre ellos se cuentan el propio resultado de las elecciones del 1989, que sorprendió a los políticos, la inesperada formación del Gobierno de Tadeusz Mazowiecki, incluso el acceso de Lech Walesa a la presidencia, y la introducción del plan de reformas de Leszek Balcerowicz.

Esa intervención de acontecimientos imprevistos había continuado. Determinadas circunstancias históricas, sucesos aislados, y personas concretas fueron factores decisivos para que surgiesen partidos políticos, y se fraguasen alianzas y antagonismos; por ejemplo, así surgió el Movimiento Cívico-Acción Democrática, ROAD *(Ruch Obywatelski-Akcja Demokratyczna)* y la Alianza del Centro, PC, y así se formó el Bloque no Alineado de Apoyo a las Reformas, BBWR *(Bezpartyjny Blok Wspierania Reform)*. ROAD fue establecido en julio de 1990 por los antiguos dirigentes del KOR, Adam Michnik, Zofia Kuratowska, Leszek Bujak, Jan Lityński y Jan Wujec. De orientación liberal-socialdemócrata, agrupó a los adversarios de Wałęsa dentro del bloque de *Solidaridad*. Luego (1990) se convirtió en el partido Unión Democrática, UD. En cambio, BBWR fue establecido en junio de 1993 en apoyo a Lech Wałęsa que se quedó aislado después de la desintegración del bloque de *Solidaridad*. BBWR funcionó como "su" partido que consistía de cuatro pilares: empleadores, empleados, agricultores y empresarios autónomos que no hubieran estado vinculados a la vida política. El Bloque contó con participación de activistas de varios partidos post-*Solidaridad* y su líder fue Andrzej Olechowski, conocido por su simpatía hacia Wałęsa. En las elecciones en septiembre de 1993 BBWR obtuvo sólo 5,41 por ciento de votos, pero Andrzej Olechowski fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno del primer ministro Waldemar Pawlak.

Los acontecimientos políticos del periodo 1989-1993 proporcionaron incontables ejemplos de partidos políticos efímeros, lo cual

propició la confusión del público. En otros casos, los contrastes entre los distintos actores políticos, o partidos, no parecieron claramente definidos; sus rasgos se entrecruzaron y eran por lo demás, cambiantes. Éstos no sólo dependieron de las diferencias ideológicas y políticas, y de las relaciones personales entre sus dirigentes, sino también de un contexto internacional y nacional inestable en el que el proceso político se había combinado con el de la transición a una economía de mercado.

Dentro de la realidad política de Polonia en los primeros años de la transición, 1989-1993, faltaba todavía una relación de congruencia entre las tres dimensiones del sistema democrático: económica, política y cultural. *La dimensión económica*, en su versión de política económica, se refiere a problemas tales como cuál debe ser el papel del Estado en los procesos de la producción y distribución de los recursos, qué decisiones sobre la producción corresponden al mercado o al Estado, y en qué forma y medida debe el Estado asumir las funciones de protección del orden económico. En líneas generales, eso suponía diferentes alternativas políticas en relación con las reformas iniciadas por Leszek Balcerowicz, y con la orientación de las reformas económicas, su ritmo y la valoración de los costes correspondientes.

La dimensión política se refiere a las expectativas y las aspiraciones respecto a cuál debe ser el sistema político del país y el diseño del marco de la actividad política, y la distribución de funciones entre el Parlamento, el presidente, y el poder judicial. Durante el periodo 1989-1993, los acontecimientos en este terreno se adelantaron, en cierto modo, a las reflexiones políticas, a las construcciones jurídicas, y a las iniciativas legislativas, que se fueron estableciendo deprisa como reacción ante los cambios y las necesidades más urgentes. La vida política transcurrió de forma relativamente espontánea. Las negociaciones en torno a la Mesa Redonda brindaron una oportunidad histórica, que hubo de ser primero aprovechada, y luego legalizada, celebrándose unas primeras elecciones libres, dándose una nueva constitución y una ley electoral, y luego celebrando unas segundas elecciones con arreglo al nuevo marco legal. De hecho, esta legalización se llevó a cabo con lentitud y con cierto retraso. Basta recordar que ni la primera Dieta ni el Parlamento provisional, "del contrato", que le siguió, llegaron a aprobar la Constitución, y que la nueva ley electoral, con las enmiendas propuestas por el Senado, sólo fue aprobada en la última sesión el 28 de mayo de 1993 y firmada por el Presidente el 1 de junio, cuando el Parlamento ya se había disuelto.

La dimensión cultural se refiere a una tradición compleja de ideas y creencias, sentimientos y actitudes morales, percepciones de la propia identidad y actitudes hacia otros países. En Polonia en los primeros años de la década de los noventa, las principales cuestiones controvertidas en ese aspecto giraron en torno a la presencia de la religión y de la Iglesia en la vida pública y a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Durante ese periodo, se concretaron los temas de la enseñanza de la religión en las escuelas, la campaña contra el aborto y una discusión sobre el papel de los valores cristianos en el sistema jurídico. Otra serie de cuestiones culturales también controvertidas se referían a la forma de percibir la nación, el peligro de la xenofobia, la difusión de la modernización, la importancia de los derechos individuales y de los grupos minoritarios, y la integración en Europa.

El grado de coherencia de los programas de cada partido sobre estas cuestiones fue muy variable, con relativas incoherencias, en el ajuste de sus posiciones en las diferentes dimensiones, que reflejan la diversidad de sus raíces históricas. Algunos partidos han conseguido, sin embargo, cierta coherencia mayor, aunque se formaron a partir de grupos con distintas identidades políticas. Por ejemplo, la Unión Democrática, UD y la Alianza del Centro, PC. La primera se ha formado a partir del ROAD, heredera de los Comités de Defensa de los Trabajadores, de los comités electorales centristas de Tadeusz Mazowiecki y del Foro de la Derecha Democrática. La Alianza del Centro, PC, fue organizada por dirigentes políticos centristas, Jan Olszewski y los hermanos Kaczyński, entre otros, pero se le unieron el grupo *Wola* de *Solidaridad* clandestina, los dirigentes católicos y los dirigentes de los Comités Ciudadanos. En términos generales, en política, una agrupación con tendencias de izquierdas y derechas, no constituye un fuerte partido de centro; como tampoco un conjunto de agrupaciones obreras y campesinas constituye un gran partido a escala nacional. Lo que surge, más bien, son entes híbridos, con programas confusos, fruto de compromisos debidos a sus discrepancias internas, aunque ello no significa que tales grupos estén condenados necesariamente a una existencia efímera, o al fracaso electoral. De todo ello había claras ilustraciones en la experiencia polaca.

Puesto que sus programas económicos eran similares, la Unión de Trabajadores (la antigua *Solidaridad* de los Trabajadores) y el Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad* acercaron sus posiciones a las de la Socialdemocracia de la República de Polonia. También lo hizo en parte la Unión Democrática, que se había integrado inicialmente

con la Alianza del Centro en un amplio frente de centro. Por otro lado, aunque por su programa económico el Congreso Liberal Democrático era el partido de derecha más numeroso de los representados en la Dieta de los diputados, por su dimensión cultural era más bien afín a la Unión Democrática, y por su dirección política estaba cerca de Alianza del Centro. Por su dimensión cultural, los partidos democristianos, la Unión Nacional Cristiana y la Confederación de Polonia Independiente representaban la derecha, pero en cambio, sus posturas económicas eran más bien de izquierdas. Tampoco las agrupaciones campesinas tuvieron una orientación única, puesto que combinaron su tradicionalismo cultural con una alta exigencia de intervención por parte del Estado.

Cinco criterios para diferenciar los partidos por sus posiciones

Podemos destacar cinco criterios para definir la postura de los partidos, bastante relacionados entre sí, lo que permite confirmar la hipótesis de que la estructura del sistema de partidos polacos reflejaba entonces una división en dos bloques: post-comunista y post-*Solidaridad* (Grabowska y Szawiel, 1993:13-17). El primer bloque lo formaron los continuadores del partido comunista Partido Obrero Unificado Polaco, POUP: Alianza de Izquierda Democrática, SLD y Partido Popular de Campesinos, PSL (aunque SLD fue muy crítico incluso hostil hacia el papel de la Iglesia, cuando PSL en cambio fue muy conciliatorio). El segundo bloque lo formaron sobre todo el Movimiento para la Reconstrucción de Polonia, ROP, y Acción Electoral de *Solidaridad*, AWS, que fueron partidarios de una ruptura radical con el pasado comunista y apoyaron a la Iglesia. En este bloque se situó también la Unión de la Libertad UW, que fue sin embargo más moderada y más flexible. Entre estos dos bloques osciló la Unión del Trabajo. Los criterios fueron los siguientes:

La actitud hacia el periodo del comunismo en Polonia. Esto suponía el rechazo o la aceptación de la República Popular de Polonia comunista y exigía el juicio sobre los incidentes de diciembre de 1970, la ley marcial, la oposición política y las reformas dentro del POUP.

La actitud hacia la política de descomunistización y depuración. La descomunistización implicaba la restricción del acceso de los comunistas y los representantes de la nomenclatura del POUP a los puestos directivos, particularmente en las empresas recientemente privatiza-

das. La depuración exigía denunciar a los cooperantes de los servicios secretos del Estado comunista, y negarles el derecho a ocupar puestos públicos.

La actitud hacia la política de compensación a las víctimas del sistema comunista. Se trataba de castigar, o no, a los responsables de los crímenes cometidos tanto durante el periodo estalinista como más tarde. Se exigía también la devolución a su propietarios originales de los bienes confiscados por los gobiernos comunistas, o alguna forma de compensación para los antiguos propietarios.

La postura en política económica. Se refiere a las posturas respecto al ritmo y el alcance de las reformas económicas incluida la privatización, y el sistema de impuestos.

La orientación ideológica general. En general, el tema a discutir aquí fue el papel de la Iglesia católica en el espacio público (las clases de la religión en las escuelas, el concordato), el grado de presencia de los valores cristianos en los medios de comunicación y en la vida pública, y en particular la actitud hacia el aborto.

Líderes políticos, y otros actores partícipes en la escena política

Aparte de los intereses y las ideologías, la personalidad de los dirigentes ha jugado un papel importante en la vida política de Polonia. Antes de las elecciones al Parlamento en 1991, los políticos que gozaban de máxima popularidad, sobre todo Jacek Kuroń, pertenecían a la Unión Democrática. Jacek Kuroń, uno de los líderes más importantes de la oposición política, ocupó el puesto del Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales en el primer Gobierno post-comunista de Tadeusz Mazowiecki 1989-1991, y luego en el Gobierno de Hanna Suchocka 1992-1993. Kuroń organizó la distribución de "un plato de sopa caliente" para la gente pobre, con ello se ganó una enorme popularidad y la simpatía por su trato directo y respetuoso. Si los resultados de las elecciones hubiesen dependido de la popularidad de los políticos, este partido habría ganado. Sin embargo, no fue así porque la oportunidad de votar al dirigente más popular no se presentaba en todos los distritos, y tampoco se sabe a ciencia cierta si la preferencia por una persona concreta se transferiría al partido que representaba, ni si el elector sabría a qué partido pertenecía esa persona.

En las primeras elecciones presidenciales, entre Lech Wałęsa y Tadeusz Mazowiecki no hubo rivalidad ideológica, puesto que ambos

venían de *Solidaridad*, pero sí política y se dio entre ellos, sobre todo, un enfrentamiento entre personalidades diferentes. Tadeusz Mazowiecki perdió las elecciones presidenciales siendo el dirigente político más popular durante el otoño de 1990. Según las encuestas, gozaba de la opinión del hombre adecuado, digno de confianza, tenaz y consecuente y de talante democrático. Sin embargo, ganó Lech Wałęsa, el dirigente más controvertido. Apreciado por su gran energía, su tenacidad y su habilidad para movilizar a las personas, Wałęsa al mismo tiempo, fue percibido como un político autoritario, oportunista y rígido. Tal vez el secreto de su carisma consistiera en que inspiraba fe en su instinto y su voluntad política, su arrojo y su cautela, a pesar de sus conocidos defectos y sus limitaciones. Se impone como conclusión que estas elecciones demostraron no ser un plebiscito sobre la popularidad de los candidatos, sino un acto complejo, que implicaba la forma en que los votantes percibían la política, su diagnóstico de la situación y la impresión que tenían del político. Por el mismo motivo, en los sondeos realizados a mediados de octubre antes de las elecciones de 1991, la Unión Democrática recibía una preferencia muy alta, entre un 23 por ciento y un 19 por ciento, pero en cambio sólo fue apoyada por el 12 por ciento en las elecciones [4]. A los electores les gustaba la Unión Democrática, decían que la votarían, pero de hecho la mitad de esos simpatizantes dio su voto a otros partidos. Más tarde, surgió un líder político importante en la persona de Aleksander Kwaśniewski, que fue capaz de reunir el bloque post-comunista, pero también de no antagonizar al resto del electorado.

Aparte de los grupos de intereses, del apego de diferentes segmentos sociales a diversas tradiciones ideológicas y de la personalidad de los políticos, un foco de influencia política estuvo compuesto por algunas grandes instituciones que, aunque tuvieran que ver con los intereses, las tradiciones ideológicas y las personalidades, habían conseguido establecer una relación profunda con las señas de identidad de la sociedad polaca, a través de diversas vicisitudes históricas, pasadas o recientes. En el fondo del escenario político estuvo siempre la Iglesia, así como el sindicato independiente *Solidaridad*.

El que la Iglesia exhortara a la población a participar en las elecciones fue un hecho político sumamente significativo. También lo fue el que, una semana antes de las elecciones de 1991, distribuyera en las

[4] Las encuestas fueron realizadas por el Centro de Investigación de Opinión Pública, CBOS. Varsovia: 1991.

iglesias sus instrucciones, señalando las cinco listas entre las cuales debía elegir el creyente. A partir de esta intervención, aunque la Iglesia había desempeñado un papel muy activo en la transición polaca, en cambio permaneció pasiva ante el reto de orientar a las élites y a la sociedad de cara al gigantesco esfuerzo de la reestructuración económica. La idea de cómo debe ser la relación entre la Iglesia y el Estado se forma en gran medida para los creyentes, y sobre todo para los creyentes practicantes, a través de la fe y de las prácticas religiosas, de modo que es razonable que estos sectores de la población deseen que la Iglesia tenga alguna clase de participación en la vida política (por ejemplo, en la enseñanza de la religión en las escuelas), y que las normas jurídicas respeten los principios religiosos (por ejemplo, protegiendo la vida del feto), como así ha sucedido en buena medida.

La participación en las elecciones al Parlamento en 1991 fue también importante para la identidad y futuro del sindicato independiente *Solidaridad*, igual que para la gubernamental Unión Nacional de Sindicatos Polacos, OPZZ, lo fue su coparticipación electoral en la Alianza de la Izquierda Democrática. Esa clase de actividades políticas contribuyó a desarrollar la imagen social, los mensajes simbólicos y la mitología de las organizaciones, aunque también pudo desgastarlas. A las minorías étnicas les dio la oportunidad de aparecer en el escenario público, con sus aspiraciones y sus problemas, así como de organizarse socialmente y articular políticamente sus programas. Gracias a ello, pudieron ocupar un espacio en los escenarios locales.

Problemas del sistema de partidos polaco

Problemas de diseño institucional

Siempre hay que tener en cuenta que, en Polonia, a pesar de todos los problemas de la política partidista, ha habido una alternancia pacífica entre post-comunistas y antiguos miembros de *Solidaridad*, y se ha mantenido un grado de consenso en los temas mayores de la política exterior, la política económica y la organización del Estado. Sin embargo, también es cierto que hay un grave problema de consolidación de los partidos polacos y del establecimiento de una pauta civilizada de cooperación y competición entre ellos.

Lo cierto es que, tras varios años de democracia parlamentaria en Polonia, una cosa estuvo clara en la mitad de la década de los noventa:

ningún partido tuvo el papel dominante en la vida política del país, y ninguno fue capaz de desarrollar un programa político, económico y social coherente. Se podría haber esperado que, en un país tan religioso, hubiese aparecido un partido católico; que en un país de tan acentuada conciencia nacional se hubiera desarrollado un partido nacionalista; y que en un país donde el liberalismo económico iba teniendo éxito, un partido liberal hubiese ganado mucho poder. Nada de ello ocurrió. Se alternaron en el poder coaliciones complejas, con programas de compromiso, que reflejaban la división del país en dos grandes bloques internamente bastante heterogéneos.

Cabe un primer comentario tentativo sobre esta experiencia si se atiende a los rasgos institucionales del sistema de partidos y el sistema electoral. Aunque no existen soluciones institucionales universales para la consolidación del sistema de partidos de las nuevas democracias, la experiencia reciente ofrece, según algunos autores, ciertas conclusiones generales de carácter orientador. De este modo, en primer lugar, como sugiere Samuel P. Huntington, se deben evitar formas extremas de representación proporcional, que suelen provocar una gran fragmentación, como hemos visto en Polonia, donde de los 29 partidos representados en el Parlamento de 1991 ninguno tenía más de un 14 por ciento de los escaños (Huntington, 1995). Al reformar el sistema electoral e introducir el umbral del 5 por ciento, el número de partidos en el Parlamento (1993 y 1997) se redujo a 6. En segundo lugar, la combinación de un presidente designado por elección directa y un parlamento elegido por el sistema de representación proporcional puede producir un bloqueo institucional y la paralización política. El jefe del ejecutivo y los legisladores tienen electorados distintos, casi no hay estímulos para el desarrollo de partidos políticos fuertes, y el resultado es el estancamiento y el conflicto institucional. Reduciendo la discordia entre el parlamento y el ejecutivo se fomentaría la aparición de un sistema bipartidista. En tercer lugar, un sistema del pluralismo moderado o un sistema con dos partidos fuertes tiene mayores posibilidades que otros sistemas alternativos de proporcionar la combinación de una toma de decisiones eficaz y un Gobierno responsable. Un sistema de partido dominante, en el que un partido controla ininterrumpidamente al Gobierno, puede generar una corrupción masiva. Por otra parte, un sistema multipartidista con un Gobierno parlamentario en muchas ocasiones dificulta el cambio político, dado que cada partido tiene atractivo para distintos electorados, en las elecciones se produce poca variación en la distribución de votos entre los partidos,

y el cambio de Gobierno no va más allá de la reorganización de las coaliciones entre los líderes de los partidos. Por el contrario, un sistema con dos partidos fuertes significa que un partido puede gobernar, mientras que el otro puede proporcionar una oposición responsable y un Gobierno alternativo potencial. El electorado puede decidir entre reafirmar al partido en el Gobierno o, por el contrario, dar a la oposición la oportunidad de gobernar.

Se explica de este modo cómo algunos autores, en particular, Giovanni Sartori llega a la conclusión de que, para las sociedades segmentadas, el pluralismo moderado puede parecer como una tercera alternativa entre los sistemas bipartidistas y el pluralismo extremo y polarizado. La mecánica del pluralismo moderado se parece a la mecánica del bipartidismo, excepto que el Gobierno es de coalición. «Pero esta diferencia no elimina el hecho de que la competencia sigue siendo centrípeta, ni, por tanto, el hecho de que la mecánica del pluralismo moderado sigue llevando a una política moderada» (Sartori, 1980:219, 266). Ahora bien, este comentario, atento a los rasgos institucionales del sistema, debe ser completado y matizado por las observaciones que pueden hacerse acerca del trasfondo histórico del sistema de partidos en la Polonia actual.

El trasfondo histórico de las dificultades del sistema de partidos

Conviene volver la vista atrás, a la etapa histórica analizada en la primera parte del libro. Como vimos, el sistema comunista, desde el principio, se encontró con la resistencia de una gran parte de la sociedad. Al mismo tiempo, contó con el apoyo de otra parte, organizada en torno al mundo de los activistas políticos y los funcionarios. La división de la sociedad en dos partes, con un terreno intermedio (al que me referí como "tercera Polonia"), comunista y no-comunista o, incluso, anticomunista, ha seguido después de la caída del sistema comunista, y este hecho ilumina en buena medida las dificultades actuales del sistema de partidos, entre el mundo de los post-comunistas (o ex comunistas) y el de los no-comunistas o anticomunistas.

Primero, la división entre los post-comunista y anticomunistas es visible a muchos niveles. Las personas que se identifican con los valores post-comunistas, opinan que Polonia ha perdido con la caída del sistema comunista, y se declaran en contra de la política de juzgar a los altos cargos del *ancien régime*. Se consideran a ellos mismos "de iz-

quierda". En las elecciones (1989-1995) no votaron a los candidatos de la *Solidaridad*. Mientras tanto, las personas que se identifican con los valores anticomunistas podían ser quienes, en el pasado, habían escuchado a la radio Free Europe y en el año 1981 pertenecían al movimiento *Solidaridad*. Éstas opinan que Polonia ha ganado con la caída del sistema y están a favor de juzgar a los altos cargos del partido POUP y apartarlos de los puestos de poder e importancia. Se consideran a ellos mismos "de la derecha" y votan a los candidatos de la *Solidaridad* o de los partidos derivados de la *Solidaridad*.

Segundo, como ya he indicado, la división es palpable en los comportamientos electorales, de modo que, a partir de las primeras elecciones en 1989, los votantes han solido ser leales a sus opciones básicas, y votado en consecuencia a los candidatos post-comunistas o anticomunistas. Pero además podemos observar aquí una cierta asimetría en el desarrollo de los partidos. La relación entre los post-comunistas y su representación política (su partido) ha sido muy estrecha y eficaz. En cambio, en el caso del electorado anti(no)comunista, han rivalizado por él varios partidos y agrupaciones, inestables y en conflicto unos con otros. Como consecuencia, no se ha podido consolidar una relación permanente entre los votantes y los partidos post-*Solidaridad*. Los resultados de las elecciones han demostrado que el electorado no-comunista no siempre sabía a quién votar, dado que los partidos desaparecían, se fusionaban y se dividían en varias coaliciones.

Tercero, la inestabilidad y la debilidad de las bases electorales de unos y otros es un indicador de sus diferencias en recursos, organización y recursos humanos. Los post-comunistas han tenido a su disposición los enormes bienes del antiguo partido POUP, mientras que los nuevos partidos empezaban sin recursos y fueron establecidos "desde arriba", es decir, por los grupos parlamentarios o por las agrupaciones de amigos que se basaban en relaciones personales. El capital humano constituyó otra diferencia significativa. Los activistas del partido comunista POUP estaban muy experimentados en el funcionamiento de la organización del partido, se conocían bien unos a otros operando en el marco del partido durante muchos años. Por el contrario, los fundadores y los activistas de los nuevos partidos conocían solamente el funcionamiento de las organizaciones de la oposición, obviamente grupos pequeños. En consecuencia, el acceso al mercado electoral en Polonia se produjo en términos muy diferentes en un caso y en otro. El bando post-comunista pudo organizarse más fácilmente, concentrar sus fuerzas, establecer su visibilidad ante el electorado, y actuar de manera re-

lativamente coordinada. El bando no-comunista, más abierto, quedó sometido a un proceso espontáneo de prueba y error, con poca experiencia organizativa previa, y una clara tendencia a dividirse en su interior en varios grupos que entraban en competición entre sí.

Cuarto, además, la historia previa permite entender la dificultad para establecer consensos duraderos entre uno y otro segmento de la clase política. De momento, los partidos no formaron ninguna coalición gobernante que superase aquella división en determinados momentos o fases críticas de la transición; da incluso la impresión de que la división afecta tan profundamente a las élites de los partidos que no les permite ni siquiera contemplar la posibilidad de negociar con un partido del otro bando. Posiblemente, las élites post-comunistas estarían dispuestas, por razones pragmáticas o de oportunidad, a compromisos que parecen difícilmente aceptables para las élites post-*Solidaridad*, para muchos de los cuales ello significa una traición de sus biografías e ideales.

Quinto, la división post-comunista de la vida política en Polonia está relacionada con la religión y el modelo de la relación entre la Iglesia y el Estado. El electorado de los partidos post-comunistas no está vinculado con la tradición católica, de hecho, una parte está ligado a una tradición antirreligiosa, y se muestra contrario a la presencia de la religión y de la Iglesia en la vida pública. Por el contrario, el electorado de los partidos post-*Solidaridad* está formado, en su mayoría, por personas creyentes o al menos simpatizantes con la Iglesia.

Resumiendo, la existente división post-comunista de la vida política y de los partidos en Polonia, se manifiesta en las identidades y comportamientos electorales, las relaciones entre los partidos y sus bases electorales, el carácter de los partidos, las pautas de relación entre unas y otras élites partidistas, y las posiciones encontradas de unos y otros en torno a los temas de la religión y la Iglesia católica. Esta división es visible en múltiples niveles: las instituciones, las élites, la sociedad, las biografías, los valores, las identidades y las actividades.

La división política es, pues, muy compleja, y está bastante desarrollada y profundamente arraigada en la tradición de la sociedad polaca. Es un resultado de los conflictos muy importantes y relativamente antiguos. Por otro lado, es evidente que el *exceso* en esta división puede ser contraproducente para el desarrollo de las instituciones democráticas en Polonia, y su superación requiere un nivel de conciencia y de actuación cívica que ni los partidos ni la ciudadanía en su conjunto parecen haber alcanzado por ahora.

LOS CIUDADANOS ANTE LA POLÍTICA

La experiencia electoral y partidista de los ciudadanos

El ciudadano de a pie no prestó mucha atención, ni mostró especial interés en los partidos políticos. En 1989 y 1990, *Solidaridad* dominaba en la escena social y solamente un 2 - 3 por ciento de los encuestados se declaraba a favor de los partidos post-comunistas. Los restantes partidos, incluso los existentes desde hacía algunos años, eran poco conocidos. A finales de 1990 y comienzos de 1991, a raíz de la "guerra en la cúpula" y de los conflictos relacionados con la candidatura a la presidencia de Lech Wałęsa, entre 3 y 6 por ciento de los encuestados reconocía y señalaba, en primer lugar al ROAD, luego a la Alianza del Centro y a la Unión Democrática. Durante el primer trimestre de 1991, año de elecciones parlamentarias, cerca del 2 por ciento de la población adulta podía identificar los partidos que entonces existían. La proporción más alta de los encuestados, entre 10 por ciento y 20 por ciento, declaró que conocía a la Unión Democrática, porcentajes menores consiguieron la Alianza del Centro y *Solidaridad*, el Partido Polaco Popular de Campesinos y la Socialdemocracia de la República de Polonia. De hecho entre el 60 y el 70 por ciento de la sociedad polaca no se sentía representada por ningún partido (Grabowska y Szawiel, 1993:23-24). Una de las explicaciones puede ser que la mayoría de los partidos tenía perfiles ideológicos y programáticos muy poco definidos. Esto presentaba una similitud con las concepciones de una gran parte de la oposición derivada del movimiento social de *Solidaridad*, que, después de cuarenta años de sistema totalitario, tenía una tendencia a presentarse no como un partido entre otros sino como el sistema de partidos en general.

La desorientación política no implicaba desorientación ideológica. Durante mucho tiempo siguió latiendo la tradición de *Solidaridad* y al mismo tiempo se siguió manifestando el legado del comunismo. Se puede afirmar que los hábitos ideológicos y las afiliaciones tradicionales determinaron las elecciones de 1989 y, en gran medida, la elección del presidente en 1990. Ni el saber político, ni el discernimiento racional de los intereses en juego tuvieron tanto efecto como las experiencias y las emociones personales y las inclinaciones ideológicas de carácter general. *Solidaridad* o el partido comunista constituían un hito en la vida de los polacos, y para muchos, su única identi-

ficación social. Dieron sus votos a *Solidaridad* o al partido que, a su juicio, era más afín, porque se identificaban con ella.

Sin embargo, esa clase de identificación política, que dominó la década de 1980, con la consiguiente división de la sociedad entre *Solidaridad* o comunistas empezó a experimentar matizaciones y variantes a partir de la campaña presidencial de 1990. Ya no bastaba que el ciudadano se pronunciase a favor de *Solidaridad* para manifestar su postura política. Ahora tenía que declararse, además, a favor de Wałęsa o de Mazowiecki, de la Unión Democrática o de la Alianza del Centro. Al mismo tiempo, otros actores políticos, surgidos al margen de la división entre el comunismo y *Solidaridad*, intentaban ganar aceptación. Además, un participante nuevo en la vida política fue una generación joven para la cual la década de 1980 comenzaba a ser una historia antigua y tenía unas expectativas distintas. Según algunos sondeos preelectorales, los jóvenes en edades comprendidas entre los 18 y los 29 años vaticinaron la victoria de Stanisław Tymiński, no perteneciente ni a *Solidaridad* ni al Partido Comunista, en las primeras elecciones presidenciales (Grabowska y Szawiel, 1993:24).

Las elecciones parlamentarias del 27 de octubre de 1991 demostraron que la identificación con *Solidaridad* había perdido parte de su importancia, a pesar de que de ella procedían los dirigentes del Independiente Sindicato Autónomo *Solidaridad*, *Solidaridad* de los Trabajadores (actual Unión de Trabajadores), Unión Democrática, Alianza del Centro, Congreso Liberal Democrático y algunos otros. De hecho en la primera ronda de las elecciones presidenciales, Lech Wałęsa y Tadeusz Mazowiecki sumados se adjudicaron el 58 por ciento de votos y, en las elecciones al Parlamento, todas las agrupaciones derivadas de *Solidaridad* consiguieron únicamente un 50 por ciento, a pesar de que la participación fue mucho más baja. Por otra parte, como resultado de la fragmentación de *Solidaridad*, el abanico de las tendencias de los partidos provenientes de *Solidaridad* incluyó posiciones tan dispares como las propuestas económicas de izquierdas de la Unión de Trabajadores y las de derechas del Congreso Liberal Democrático. Algunas agrupaciones no derivadas de *Solidaridad* consiguieron un considerable número de votos. Por ejemplo, la Confederación de Polonia Independiente consiguió 46 escaños, mientras que la Unión Democrática consiguió 62, Alianza del Centro 44 y el Congreso Liberal Democrático, 37 (Dudek, 1997:184-185). Además, se observó que no bastaba que un partido se definiese por las tradiciones de *Solidaridad*, o por los valores cristianos o nacionalistas, porque muchos partidos

hicieron hincapié en esas tradiciones y esos valores, enfatizando aspectos diferentes de los mismos. Por ejemplo, tres distintas agrupaciones afines a *Solidaridad* y tres distintas agrupaciones cristianas obtuvieron representación en el congreso: Alianza Cívica del Centro, POC *(Porozumienie Obywatelskie Centrum)*, el Sindicato *Solidaridad (NSZZ Solidarność)*, *Solidaridad* del Trabajo *(Solidarność Pracy)*, Alianza Electoral Católica, WAK *(Wyborcza Akcja Katolicka)*, y el Partido de los Demócratas Cristianos, PChD *(Partia Chrześcijańskich Demokratów)* (Gebethner, 1993:15).

Es más, durante la campaña de 1991, la rivalidad entre los partidos más próximos se convirtió en una lucha frontal. La Alianza del Centro arremetió contra la Unión Democrática, que a su vez la declaró su principal enemigo. El Partido Polaco Popular de Campesinos rivalizó con el Partido Campesino. Las agrupaciones de la democracia cristiana se criticaron mutuamente y la Unión de la Política Real acusó al Congreso Liberal Democrático de ser poco liberal.

Parece que esas críticas y ataques sólo reflejaron las relaciones entre los partidos sin afectar las relaciones entre éstos y los electores. De hecho, los votantes de la Unión Democrática, Alianza del Centro y del Congreso Liberal Democrático pertenecían a la misma clase social de profesionales e intelectuales de las grandes ciudades. Por eso, los resultados de las elecciones de octubre de 1991 se prestan a varias interpretaciones. Ninguno de los partidos herederos de *Solidaridad* primó claramente sobre los otros porque todos ellos compitieron dentro del mismo sector y grupo social, sin que su influencia se extendiera a las ciudades más pequeñas ni a la población rural, ni alcanzase a las personas menos instruidas. Las izquierdas post-comunistas obtuvieron resultados modestos: apenas 12 por ciento de votos en las elecciones al Parlamento y casi 9 por ciento en las presidenciales, y no se granjearon los votos de los nuevos sectores sociales ni de los jóvenes (Gebethner, 1993:16).

Los resultados de los sondeos sociológicos confirman que la campaña electoral, las elecciones y la formación de los subsiguientes gobiernos fueron ayudando a los electores a reconocer a los diferentes partidos. Según datos recogidos entre enero de 1992 y julio de 1993, aproximadamente el 60 por ciento de los encuestados sabía discernir entre los partidos o indicar a cuál votarían [5]. También sabían nombrar

[5] Las encuestas fueron realizadas por Demoskop, 1993.

a un mayor número de partidos. Además, los potenciales electores de cada partido político tenían convicciones y actitudes bastante razonadas en relación tanto a los temas económico y político como al papel de la religión y de la Iglesia en el quehacer público. De modo que, pese a que los partidos desempeñaban todavía mal su función como organizaciones, no parecían articular ni representar claramente aún sus intereses, ni probablemente acertaban a seleccionar a los políticos, iban consiguiendo el apoyo de sus partidarios.

La concurrencia a las urnas durante las elecciones presidenciales en 1990 fue bastante escasa, con el 60,6 por ciento en la primera vuelta y 53,4 por ciento en la segunda (Dudek, 1997:135). Durante el periodo de algo menos de un año que transcurrió entre las elecciones presidenciales y las elecciones al Parlamento, la actividad política fue intensa pero no por eso al parecer mejor comprendida. La crisis presupuestaria impidió que el Estado desempeñase las funciones que la opinión pública consideraba fundamentales. El 57 por ciento consideraba que la economía había decaído, y un 30 por ciento opinaba que había mejorado. En esas condiciones los ánimos y las expectativas de la población decayeron considerablemente. Sin embargo, los estudios publicados en el periódico *Polityka* de 14 de septiembre de 1991, mostraron que el 63 por ciento de los encuestados se había declarado a favor del capitalismo y de la democracia, mientras que sólo un 32 por ciento hubiera preferido el socialismo real que regía en el año 1989. Esas opiniones positivas y favorables al cambio resultaron halagadoras para los políticos reformistas. Por otra parte una mayoría pesimista, que se sintió engañada por los gobiernos comunistas y desilusionada de los gobiernos de Tadeusz Mazowiecki y de Jan K. Bielecki, no concurrió a las urnas.

Tres meses antes de las elecciones al Parlamento del 19 de octubre de 1993, se pensaba que era probable que el número de votos emitidos superaría el 40 por ciento sin llegar al 50 por ciento. Desde 1989, la concurrencia a las urnas había oscilado entre el 40 por ciento y 60 por ciento. Sólo había superado el 60 por ciento en las elecciones del 4 de junio de 1989 y en la primera vuelta de las presidenciales de noviembre, 1990 (Grabowska y Szawiel, 1993:29). En ambos casos, el motivo de las elecciones y las alternativas eran sumamente claros. Para las elecciones de 1993 los partidos políticos habían alcanzado mayor grado de consolidación que dos años antes y en ellas los ciudadanos decidían, en al menos dos casos, qué partido superaría la barrera del 5 por ciento para acceder a su representación en el Parlamento.

Un 53 por ciento de los polacos participaron en las elecciones parlamentarias en septiembre de 1993, superando en diez puntos el porcentaje de votantes en las primeras elecciones libres a la Dieta y al Senado en octubre de 1991 (Grabowska y Szawiel, 1993:30-31). Este fenómeno pudo llevar a creer que los polacos habían experimentado un incremento sustancial del nivel de su conciencia democrática. Parece, sin embargo, que el aumento del número de los votantes se debió no tanto a los cambios en la cultura política, cuanto al clima social. Se reafirmó en todo caso una tasa de abstención importante. Los abstencionistas estaban convencidos de que su voto no iba a influir para nada en la vida política del país. Esta actitud era un legado del régimen comunista, en el cual las elecciones eran para la mayoría un ejercicio de ficción.

En términos generales una gran parte de la sociedad polaca se caracterizaba por el síndrome de "la retirada de la política", o un rechazo a participar en los procedimientos democráticos. El 48 por ciento de los polacos no participaron en las elecciones parlamentarias de 1993, por razones de desinterés por la política, aversión a las élites políticas, decepción por las promesas electorales nunca cumplidas y rechazo al clima agresivo y conflictivo de la vida política. El 69 por ciento de los polacos opinaba en 1994 que los conflictos políticos estaban causados por la inmadurez de los políticos y de los partidos[6].

Las segundas elecciones presidenciales de noviembre de 1995 despertaron muchas más emociones y pusieron de manifiesto de nuevo las divisiones políticas básicas de la sociedad polaca. Como ya hemos comentado, las elecciones dieron la victoria, por una diferencia muy pequeña, al líder de la post-comunista Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, Aleksander Kwaśniewski, frente al Presidente saliente y antiguo líder del sindicato *Solidaridad*, Lech Wałęsa. Básicamente se formaron dos bloques: el formado por los post-comunistas y los oponentes a la Iglesia que apoyaron a Kwaśniewski; y el compuesto por la antigua oposición democrática que había formado y apoyado el sindicato *Solidaridad*, que, una vez más, apoyó a Lech Wałęsa. La participación tanto en la primera como en la segunda ronda de las elecciones fue muy alta: el 64,7 por ciento de los votantes y el 68,2 por ciento, respectivamente. Las preferencias del electorado estaban claramente relacionadas con su edad y educación. El 53,1 por ciento de los

[6] Las encuestas fueron realizadas por el Centro de Investigación de Opinión Pública, CBOS. Varsovia: noviembre 1994.

votantes más jóvenes (hasta 29 años) eligió a Aleksander Kwaśniewski mientras que Lech Wałęsa fue apoyado por el 58,5 por ciento de votantes de más de sesenta años de edad. Wałęsa ganó entre el electorado con educación primaria (52,6 por ciento) y universitaria (53,1 por ciento) (Dudek, 1997:362-363). En cambio, Kwaśniewski fue apoyado sobre todo por la gente con educación media y profesional básica. Podemos concluir, que Wałęsa gozó de la popularidad y confianza de la generación que más sufrió durante el régimen comunista, de los intelectuales que desconfiaban de los post-comunistas, y también de los obreros y campesinos católicos, fieles al mito del líder de *Solidaridad*. Mientras que Kwaśniewski ganó el apoyo de las generaciones más jóvenes no tan afectadas por las turbulencias políticas de Polonia de las últimas décadas y de la gente con preparación profesional básica que confiaron en las promesas del Presidente joven, activo y pragmático.

Las actitudes de la población hacia la política

Los sondeos sociológicos del año 1991 indicaron que el nivel de la actividad política de la sociedad polaca era bajo. Sólo un 1,1 por ciento de los entrevistados declaró que pertenecía a un partido político. Además, sólo un 3 por ciento de los entrevistados percibía los partidos políticos existentes como organizaciones que representaran sus intereses. Sólo un 43 por ciento de quienes tenían derecho de voto se presentó a votar en las elecciones al Parlamento en 1991. Durante ese mismo periodo, la mitad de la sociedad (51 por ciento) declaró poco o ningún interés en las elecciones (Siemieńska, 1991).

Entre los motivos de desinterés, que aducían los entrevistados encontramos la desilusión con las elecciones anteriores, con las promesas electorales incumplidas, con la percepción de ausencia de cambio en la política económica del Gobierno o de mejora visible en la situación personal, así como la referencia a defectos en el mismo procedimiento electoral, el exceso en el número de los partidos, la campaña electoral "que no se entiende". Conviene recordar, que 111 comités electorales presentaron sus candidatos a las elecciones parlamentarias en 1991.

No menos característicos fueron los resultados de la autoevaluación social de la participación en las urnas. Sólo 1/4 parte de la sociedad consideró que la poca participación en las elecciones dio muestra de la falta de responsabilidad del elector polaco. Casi el 60 por ciento

creyeron que esa abstención estaba justificada. Y aunque, al mismo tiempo, el 68 por ciento de los interrogados consideró que la participación en las elecciones sea un medio eficaz para presionar al Gobierno, sólo un 7 por ciento de los polacos expresó la necesidad de participar personalmente en la gestión pública, y un 86 por ciento dijo que prefería ser bien gobernado[7].

Los resultados arriba citados mostraban cierta falta de identificación política de la sociedad polaca. Según ellos, los polacos serían políticamente pasivos y sus opiniones políticas no estarían formadas con claridad. De aquí, que no hubiera partidos con militancia muy numerosa ni un apoyo estable de masas en los comicios. Otro motivo clave de esa falta de opiniones políticas, aparte de factores económicos y atavismos históricos y culturales, podría ser la evaluación decididamente negativa que hace la sociedad de las instituciones y partidos políticos, de los políticos mismos y de la situación actual del país. Ese motivo aparecía en todos los sondeos, y cabe suponer que ese estado de pasividad política estaba íntimamente relacionado con el pesimismo y con la aversión que sentía la sociedad hacia sus élites e instituciones políticas.

En el ámbito público las actividades individuales eran relativamente infrecuentes, y estaban consideradas como ineficaces. Aun así, en 1990-1992, aproximadamente 1/3 de los polacos participó alguna vez en la vida en actividades públicas con la intención de presionar a las autoridades. En su mayoría se trataba de huelgas (14 por ciento), firma de cartas de protesta (14 por ciento), manifestaciones (10 por ciento) o acciones de la organización a la cual pertenecía el encuestado (9 por ciento)[8]. Vemos que no se trataba de intervenciones puramente individuales, sino realizadas junto con personas de igual parecer. Predominaban las acciones de confrontación, con el fin de exigir algo de las autoridades públicas. Polonia en los principios de los noventa se situaba entre los países más contenciosos del mundo. Según los cálculos de G. Ekiert y J. Kubik, hubo 306 acciones de protestas en 1990, 292 en 1991, 314 en 1992 y 250 en 1993. El número de obreros en huelga se dobló entre 1990 y 1991 desde 115.687 hasta 221.547 (Ekiert y Kubik, 1997:17-21).

---

[7] Datos del informe basado en la encuesta electoral del 1991 realizada por el Centro de Investigación de la Opinión Pública. Varsovia: OBOP, 1991.

[8] El informe "Sobre asuntos corrientes" fue realizado por el Centro de Investigación de la Opinión Pública. *O sprawach bieżących. Raport z badań.* Septiembre 1992. Varsovia: OBOP.

Al parecer, la actitud relativamente pasiva de las personas individuales con respecto a la actividad social estaba relacionada, entre otras cosas, con la convicción de la mayoría de los polacos de que no tenían ninguna influencia sobre los asuntos del país (91 por ciento de los declarantes), ni sobre los asuntos locales (79 por ciento), ni en su lugar de trabajo (60 por ciento de personas con empleo)[9].

De los datos arriba citados relativos a los primeros años de la transición sociopolítica en Polonia se desprende el cuadro de una sociedad apática, pasiva y desilusionada, que no estaba muy dispuesta a "tomar sus asuntos en sus propias manos". Por lo general, la gente no sabía ejercer sus derechos para influir sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas. Cabe suponer que el factor decisivo de esa carencia era el número insuficiente de estructuras democráticas, su mal funcionamiento, y la falta de costumbre y habilidades para mantener el diálogo civil con las instituciones del Estado. Es justamente en este campo donde se encontraban las grandes carencias y las posibilidades de cambio de la vida política en el país.

[9] Resultados del sondeo del Centro de Investigación de Opinión Pública bajo el título "Opinión pública sobre diputados, consejeros y políticos". *Opinia publiczna o posłach, radnych i politykach. Komunikat z badań.* Junio 1991. Varsovia: CBOS.

9. LA ECONOMÍA DE MERCADO

LA EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA Y LA POLÍTICA ECONÓMICA EN LOS AÑOS OCHENTA

Después de la Segunda Guerra Mundial, al quedar Polonia dentro de la zona dominada por la Unión Soviética, hubo de experimentar dos cambios fundamentales en su sistema institucional, político y económico. Apareció un régimen político totalitario y muy autoritario (si como tal se caracteriza el régimen político a partir de los años cincuenta, en el que hubo un pluralismo limitado y un grado de tolerancia con la Iglesia y ciertas formas de disidencia cultural), dominado por el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP); y la economía quedó sometida a la planificación central por parte del Estado mientras que la propiedad privada era abolida en unos casos y recortada sustancialmente, en otras. A este último respecto, conviene recordar, sin embargo, que la agricultura no fue colectivizada en su totalidad. De hecho, al abandonar el gobierno sus intentos de colectivización forzosa de la agricultura en la primera mitad de la década de 1950, la mayoría de la tierra de cultivo permaneció en manos de particulares, si bien se trataba de propietarios de parcelas muy pequeñas, que dependían del Estado a muchos efectos (maquinaria, fertilizantes, semillas, créditos, servicios de asistencia, mecanismos de distribución).

La economía polaca, igual que la de los demás países comunistas, experimentó inicialmente un crecimiento rápido, debido a que el nivel de partida era muy bajo y la tasa de inversión, alta. Pero, con el paso del tiempo, la situación empezó a decaer de manera sostenida y sistemática, mientras que disminuía la capacidad del régimen para solucionar los problemas cada vez más complejos de una economía moderna mediante una gestión centralizada. Se intentó compensar esta menor eficiencia de la economía aumentando el volumen y la tasa de inversión, pero sus rendimientos fueron decrecientes. De hecho, a finales de la década de 1960 el incremento del producto nacional se detuvo, y

hubo una escasez y un encarecimiento de los productos que provocó un creciente malestar en la sociedad.

Esta situación trajo consigo, como sabemos, las protestas de 1970 en Gdańsk, seguidas de una represión brutal, y al final el cambio del gobierno [1]. El nuevo gobierno, de Edward Gierek, prometió mejorar el nivel de vida. Para ello pretendía impulsar la economía basándose en unos créditos internacionales de extraordinarias proporciones, destinados en parte a subvencionar el consumo, y en parte a financiar inversiones productivas, con ayuda de las importaciones de bienes de equipo y el uso de tecnología extranjera. Se suponía que, con esa estrategia, las inversiones aumentarían hasta tal punto el potencial de Polonia como país exportador que le permitirían amortizar la deuda externa acumulada, a la vez que elevar el nivel del PIB y del consumo. En realidad no fue así. Las inversiones fueron desacertadas, habiendo sido decididas en el marco de un sistema económico centralizado que no había experimentado modificación esencial alguna. Tras un primer periodo de crecimiento del producto nacional y del consumo (en los años 1971-1978), Polonia entró en una fase de crisis económica acompañada de un exorbitante endeudamiento internacional, en constante aumento. En 1978-1982, a raíz de los drásticos cortes en la importación de impuestos por las dificultades con la balanza de pagos, la producción neta disminuyó en un 27 por ciento, con una nueva crisis en el consumo y el consiguiente malestar social (Balcerowicz, 1997:353).

Durante esa crisis económica, y relacionado con ella, tuvo lugar, como hemos visto en los capítulos anteriores, un cambio extraordinario en la vida social y política de Polonia. Tras una ola generalizada de huelgas, en agosto de 1980, el gobierno autorizó la creación del sindicato *Solidaridad*, lo que suponía una claudicación, y una decisión contradictoria con los principios y las tradiciones del sistema comunista, que eran opuestos a la existencia de organizaciones independientes, y según los cuales los sindicatos obreros debían jugar el papel de "correas de transmisión" entre el Estado y las masas. Al mismo tiempo, *Solidaridad* postulaba un cambio del sistema económico y de la política económica, puesto que pretendía acabar con la planificación central, aunque inicialmente estaba dudosa si sustituirla por una economía de mercado libre y todavía no contemplaba la privatización de las empresas estatales.

---

[1] Los acontecimientos de este periodo están relatados en el capítulo 4.

El periodo de la conflictiva coexistencia de *Solidaridad* con los comunistas terminó cuando el general Wojciech Jaruzelski impuso el estado de sitio en diciembre de 1981, y el gobierno emprendió una reforma económica. Ésta resultó ser en realidad aún más limitada de lo que preveían los proyectos oficiales de los años 1980-1981, manteniendo gran parte de las competencias de la administración central para decidir las inversiones, y la estructura burocrática de la misma organización dedicada a gestionarlas. El gobierno se preocupó por aumentar la producción de carbón, modificando el sistema de incentivos para los mineros (haciendo que, por ejemplo, trabajasen los sábados). Hubo aumentos relativos de los salarios en la industria minera, el sector más grande, que en 1985 contaba con 450.000 trabajadores (Beksiak, 1994:11). Las empresas estatales adquirieron alguna autonomía y, a partir de la segunda mitad de 1981, se fueron reintroduciendo gradualmente consejos obreros. Pero, en todo caso, esta reforma económica de alcance limitado no consiguió mejorar los resultados de la economía.

Al final de este periodo, en 1988, ante tensiones económicas crecientes, se inició la serie de cambios que, a un ritmo precipitado, acabaron con el régimen comunista. El último gobierno dominado por el POUP, formado por Mieczysław Rakowski, introdujo cierta liberalización del sector privado y del comercio exterior, y sobre todo cedió ante la creciente demanda de las mejoras salariales, lo que desencadenó una inflación alarmante y el desabastecimiento del mercado. Cuando en febrero y marzo de 1989 se celebraron las negociaciones de la Mesa Redonda entre *Solidaridad*, liderada por Lech Wałęsa, y las autoridades del país, y cuando el 5 de abril se suscribieron unos acuerdos políticos que establecían la libertad política, la legalización de *Solidaridad* y de otros sindicatos obreros independientes, así como la celebración de elecciones, fue entonces cuando se pudieron abordar los problemas económicos pendientes. Pero en este campo, los acuerdos fueron poco concluyentes. Se hicieron declaraciones acerca de la deseabilidad del desarrollo del sector privado, sin que se plantease el tema de la privatización de las empresas estatales. La oposición al gobierno consiguió para amplios grupos sociales incrementos salariales equivalentes a un 80 por ciento del aumento de los precios al consumo registrado en el trimestre anterior, así como varios otros complementos y subsidios. Eso se debió al talante sindicalista de los negociadores y los asesores económicos de *Solidaridad* en esos momentos, a sus limitadas reivindicaciones políticas, tal vez a su percepción de que el

gobierno no estaba en condiciones de oponerse a estas demandas, y a su inhibición a tomar responsabilidades por decisiones de mayor envergadura que deberían corresponderle al gobierno, y quizá, eventualmente, más tarde, a un gobierno de *Solidaridad*.

Como hemos visto, el resultado de las elecciones de 1989 sorprendió a ambas partes, pues el Partido Comunista gobernante sufrió una derrota aplastante, y *Solidaridad* consiguió una victoria arrolladora. Tal y como estaba previsto en el compromiso político, el nuevo Parlamento polaco nombró al general Jaruzelski para ocupar el cargo recién creado de presidente, pero *Solidaridad* acabó formando, el 12 de septiembre de 1989, un gobierno liderado por Tadeusz Mazowiecki, con Leszek Balcerowicz como vicepresidente encargado de los asuntos económicos y ministro de finanzas, quienes hubieron de enfrentarse, por fin, con la crisis económica.

RASGOS ESTRUCTURALES DE LA ECONOMÍA POLACA EN 1989

Como ya hemos señalado, todos los países comunistas, incluida Polonia, tuvieron un sistema económico dominado por el sector público, y protagonizado por la industria. En él, el sistema de precios estaba distorsionado, prácticamente no existía la competencia interna, ni con el exterior. No existían las instituciones indispensables para la economía de mercado, ni verdaderos bancos centrales, ni bancos comerciales. No había bolsas de valores, ni obligaciones del estado, que pudiesen financiar los déficits presupuestarios. Este sistema económico ineficiente cargaba con el peso del estado de bienestar comunista, en el cual era fácil conseguir un subsidio por invalidez, y amplios periodos de baja por maternidad y largas vacaciones; a lo que se sumaban las casas de reposo subvencionadas, las vacaciones a precios reducidos en casas de descanso para los trabajadores de las grandes empresas estatales, y otros beneficios.

La estructura de la economía había sido distorsionada por una industrialización forzada y una estrategia de desarrollo adversa a la importación, que reforzaban la dependencia de Polonia respecto a la URSS. Si la industria estaba excesivamente desarrollada, en cambio el sector de servicios estaba subdesarrollado. La exportación de los sectores mecánico, textil, electrónico y farmacéutico estaba dirigida sobre todo a la Unión Soviética, y de ella se importaban el crudo y el gas,

a precios inferiores a los internacionales. Un año antes de la reforma polaca de 1989, la zona económica conocida como el Consejo de Ayuda Económica Mutuo (Comecom) absorbía el 44 por ciento de toda la exportación polaca, el 45 por ciento de la húngara, el 51 por ciento de la checoslovaca, el 63 por ciento de la búlgara y el 25 por ciento de la rumana (Gomułka, 1998:218). Por otro lado, el sistema comunista tuvo unas importantes deseconomías externas y dejó en herencia un grado considerable de contaminación del medio ambiente, sobre todo, en las regiones mineras. Al mismo tiempo, y al igual que los otros países comunistas, Polonia tuvo un desarrollo desigual de su capital humano. En particular, Polonia padecía de graves carencias en personal capaz de gestionar una economía de mercado, en lo referente a las finanzas, la contabilidad, así como a la función pública correspondiente: materias todas de vital importancia para el correcto funcionamiento de la economía de mercado. Sin embargo, uno de los elementos positivos de la herencia comunista fue el nivel bastante alto de la educación general con el cual se podían adquirir más tarde determinadas habilidades profesionales rápidamente.

Además, existían dos rasgos característicos de Polonia que la diferenciaban de otros países comunistas. Uno era la postura excepcionalmente decidida de los trabajadores, dispuestos a enfrentarse (en una medida significativa) tanto al sistema social y político en su conjunto, como, en particular, a las empresas estatales. Esa postura reflejaba el carácter específico de la oposición polaca, que, en 1980, se había expresado a través del sindicato *Solidaridad*. Aunque los Acuerdos de la Mesa Redonda (1989) concedían ciertos privilegios a determinados sectores de trabajadores tales como los de mineros y los ferroviarios, y garantizaban las mejoras salariales, sin embargo, pocos meses más tarde, estas mejoras tuvieron que ser revisadas. Aún así, los trabajadores siguieron ejerciendo presión a favor de los aumentos salariales y de limitar el alcance de los procesos de privatización.

Otro rasgo característico de la situación polaca era la alta proporción de la agricultura cultivada en régimen de propiedad privada: un 78 por ciento, con respecto al área total de las tierras cultivables. Había 2,7 millones de pequeñas empresas agrícolas, y la superficie media de la explotación apenas alcanzaba las 7,2 ha (Balcerowicz, 1995:326-327). Muchos de estos propietarios agrarios eran al tiempo obreros industriales. Durante muchos años, esos agricultores operaron en un ambiente de ausencia de mercado, y sometidos al control estatal. En 1989, pudieron beneficiarse de ganancias extraordinarias, gracias al

aumento de los precios pagados por los productos agrarios por el último gobierno comunista. Por otro lado, la hiperinflación del 1989 redujo drásticamente la presión fiscal, que ya era muy baja, sobre las explotaciones agrarias.

LA "GRAN ESTRATEGIA" DE LAS REFORMAS ECONÓMICAS DE BALCEROWICZ EN 1989-1991

Polonia tenía graves desequilibrios macroeconómicos y una deuda exterior de grandes proporciones, junto con un sistema económico insuficiente y una estructura económica distorsionada. Esto supuesto, se trataba de saber si el nuevo gobierno tenía una visión del sistema al que aspiraba, y si sería capaz de ajustar a ella su estrategia económica. Para la mayoría de los polacos, no se planteaban muchas dudas. El sistema comunista había fracasado claramente, y había que dar paso a una alternativa, es decir, el sistema de economía de mercado occidental, con sus conocidas implicaciones de propiedad privada, estabilidad macroeconómica, competitividad, apertura exterior y flexibilidad. Esto era congruente con la visión y la estrategia de Leszek Balcerowicz y su equipo de reformas. Frente al desequilibrio macroeconómico, se trató de conseguir la estabilización macroeconómica, disminuir el déficit presupuestario, controlar estrictamente la oferta del dinero, y conseguir unas tasas de interés reales que estimularon la actividad económica. Los autores de la reforma, sin embargo, estaban convencidos de que, debido al peso dominante del sector público, había que recurrir al control salarial para contener la subida en espiral de los sueldos y precios en los años 1988-1989 (otra herencia del gobierno anterior). En este sentido, el Gobierno adoptó un paquete de medidas a aplicar a partir del 1 de enero de 1990. En lo inmediato, se fijó la cotización de la divisa y se trató de resolver el problema del desabastecimiento generalizado del mercado, optando por una política de liberalización de precios y eliminando la intervención por parte del Estado.

Pero era preciso adoptar además una política de reforma estructural y cambios institucionales, lo que incluía, junto con la política de liberalización, una reestructuración institucional con la reforma de muchas organizaciones y de varios subsistemas institucionales.

El programa de la reestructuración institucional en profundidad fue diseñado con amplitud. Las principales medidas incluyeron: la

privatización de la mayor parte de las empresas estatales, la liquidación de los monopolios en el mercado interior y la introducción de una legislación rigurosa contra el monopolio, el fortalecimiento de la independencia institucional del banco central, la reforma del sector financiero, de los seguros y del sistema impositivo, la creación de una auténtica autonomía territorial y la creación de una red de previsión social[2].

Tanto el importe de la deuda exterior como la capacidad para atenderla dependían de la dinámica de desarrollo del país, que, a su vez, dependía en gran medida de la política de reformas del sistema y de estabilización macroeconómica. Sin embargo, dada la envergadura de la deuda y el lamentable estado en que se encontraba la economía polaca, era preciso una reducción radical y una reestructuración del propio endeudamiento. Dos terceras partes de los préstamos habían sido concedidos por acreedores occidentales que estaban dispuestos a acceder a esa reducción, si Polonia aceptaba un programa económico radical, que, de todos modos, era indispensable por razones internas.

La nueva estrategia económica no sólo debía prever los medios que utilizaría, sino también cuándo y con qué ritmo se aplicarían. Por ejemplo, se podía postergar la estabilización y la liberalización de precios mientras se privatizaban las empresas públicas, pero el gobierno rechazó tal posibilidad, porque ello hubiera significado tolerar un largo periodo de gran inflación, y mayores costes y dificultades para acabar con ella. Así se optó por adoptar una decisión radical y realizar todos los cambios mencionados casi simultáneamente, imprimiendo a la estabilización un ritmo acelerado. Para describir esta estrategia se ha solido adoptar el nombre de "terapia de choque", pero lo cierto es que Leszek Balcerowicz se distanció inmediatamente de esta caracterización, por considerarla desafortunada y susceptible de provocar una asociación negativa y un rechazo por parte de la población (Balcerowicz, 1995:339).

Se pensó que era necesario actuar de manera completa y rápida, y que así lo aconsejaba la experiencia de los fracasos de las reformas parciales que se habían intentado antes, así como la expectativa de las sinergias entre las diferentes reformas en los diversos campos de la

[2] En el programa de reformas neoliberales se siguieron en cierta medida las recomendaciones del llamado "consenso de Washington" basado en la experiencia de las reformas llevadas a cabo en América Latina. Véase J. Kochanowicz, 1999:10-11.

economía. Por ejemplo, la liberalización de los precios era necesaria para terminar rápidamente con el desabastecimiento, lo cual era indispensable para mejorar la situación material del consumidor y para aumentar la eficiencia en el funcionamiento de las empresas. Esa liberalización debía estar apoyada por una liquidación de las limitaciones (cuantitativas y cualitativas) que afectaban al comercio exterior, a fin de someter a las empresas del país a la presión de la competencia y acercar los niveles de los precios del mercado interior a los internacionales. La interdependencia de todos esos factores determinó que los diversos componentes de la política de liberalización actuasen conjuntamente. Además, era necesario acabar con el mecanismo de regulación estatal que operaba de forma velada como "pedidos del gobierno"; así se conseguiría evitar que las empresas controladas por el Estado pudieran obtener directa o indirectamente subsidios oficiales. Para asegurar la estabilización era necesaria una liberalización radical. La privatización y las otras reformas institucionales tendrían plena eficacia en condiciones de estabilidad macroeconómica y, a su vez, algunas de ellas, por ejemplo, la reforma fiscal, eran necesarias para reforzar los resultados de la estabilización.

Si las premisas económicas justificaban la elección de un programa radical, existían, como argumento adicional, motivos relacionados con el clima político favorable a la reforma económica, que aconsejaban su rápida introducción después del gran paso político de mediados de 1989. La lentitud en la introducción de la reforma o su postergación hubieran equivalido a desaprovechar el capital político y la disposición de la sociedad a aceptar medidas económicas duras y radicales en ese momento. Leszek Balcerowicz llamó ese periodo justo después de la caída del comunismo, "el periodo de la política extraordinaria" *(okres nadzwyczajnej polityki)*. Se caracterizó por un grado alto de consenso en la sociedad y la disposición de ésta a apoyar reformas costosas, y al mismo tiempo se notaba una resistencia débil de los tradicionales grupos de interés (Balcerowicz, 1994a).

A finales de 1989, la estrategia económica fue desarrollada mediante un programa pormenorizado. El equipo económico de Balcerowicz colaboró con el Fondo Monetario Internacional y se apoyó en un grupo amplio de asesores polacos y extranjeros. A partir del 1 de enero de 1990, entró en vigor un paquete de medidas radicales de la política económica. Se centró en los objetivos de estabilización, liberalización, cambios en el sistema fiscal, fortalecimiento del Banco Cen-

tral y red de previsión social. El gobierno aprobó el decreto de privatización, sancionado por el Congreso de los Diputados en julio del mismo año. A mediados de 1990, fueron aprobadas otras leyes relativas a la reestructuración institucional, por ejemplo, la ley sobre los seguros y la ley sobre los monopolios, quedando disueltas las asociaciones cooperativas obligatorias.

Las reformas institucionales del año 1991 incluyeron una nueva ley sobre la transferencia de valores y sobre la creación de la bolsa de valores, una nueva ley sobre la inversión extranjera, una ley sobre el impuesto general sobre la renta y una nueva ley presupuestaria. Se mantuvo un ritmo rápido de crecimiento del sector privado y de privatización de las empresas estatales. Sin embargo, la privatización de las grandes empresas avanzó lentamente, sobre todo por complicaciones políticas. En el ámbito de las iniciativas macroeconómicas, en mayo de 1991, quedó devaluado el złoty, reemplazándose el anclaje de su cotización respecto al dólar por el de su relación con un conjunto de divisas, a lo que siguió, a partir de octubre, su devaluación continuada. Entre otros cambios, cabe destacar la modificación del mecanismo de control salarial, que se mantuvo a pesar de las protestas de los sindicatos laborales (Balcerowicz, 1997:365-366).

Al final de 1991 y al comienzo de 1992, tuvieron lugar importantes cambios políticos. Tras las elecciones para el Congreso de los Diputados celebradas en octubre de 1991, los gobiernos reformistas de Tadeusz Mazowiecki y de Jan Krzysztof Bielecki, fueron sustituidos por el gobierno de coalición de Jan Olszewski, que empezó su actividad bajo la consigna de una ruptura con el pasado. Sin embargo, el gobierno de Jan Olszewski fue mitigando paulatinamente sus declaraciones iniciales y, en realidad, continuó la política de disciplina presupuestaria, conforme con la política monetaria bastante rígida del Banco Central, que actuaba casi con plena independencia. En cambio quedó prácticamente paralizada la privatización de las grandes empresas públicas. El gobierno de Jan Olszewski cayó en junio de 1992 y Hanna Suchocka asumió la presidencia de un nuevo gobierno de coalición. Su gobierno continuó básicamente la estrategia económica que se venía aplicando desde 1990, si bien hizo algunas concesiones en determinados aspectos a favor de varios grupos de presión, sobre todo de los agricultores. El gobierno de Hanna Suchocka perdió un voto de confianza del Congreso de los Diputados, y el Presidente disolvió a su vez el Parlamento. Como resultado de las elecciones generales de septiembre de 1993, se formó un gobierno de coalición de dos partidos

post-comunistas que básicamente siguió el plan de Balcerowicz pero a ritmo mucho más lento y con varias modificaciones.

El programa económico polaco se realizó en condiciones complejas, sobre todo a partir de la segunda mitad del año 1991. Las frecuentes campañas políticas dieron lugar a manifestaciones populares, lo cual tuvo efectos negativos sobre las expectativas de los actores económicos y, por ende, sobre sus actuaciones. Recrudecieron las reivindicaciones salariales, y las empresas públicas se mostraron menos dispuestas a tomar decisiones difíciles respecto a su reestructuración. Las presiones de diversos grupos de interés, las frecuentes elecciones y el fraccionamiento del sistema de partidos crearon en Polonia un ambiente político muy difícil, y complicaron considerablemente el panorama sindical, afectando esto en particular a la estrategia de *Solidaridad.*

También tuvo efecto sobre las transformaciones económicas otro conjunto de condiciones relacionadas con el comercio exterior. En este sentido, la situación se volvió sumamente difícil a raíz de la interrupción de la exportación polaca hacia los países que habían pertenecido a la Unión Soviética. El efecto negativo de esa interrupción que tuvo lugar como consecuencia de la desintegración de la URSS se estima, en términos del PIB del año 1991, entre un 3,5 por ciento y un 5 por ciento (Rosati, 1993).

LOS RESULTADOS ECONÓMICOS DE LAS REFORMAS

Los cinco problemas principales heredados del periodo anterior a las reformas fueron el desequilibrio macroeconómico, el sistema económico ineficiente, la deformación de la estructura económica, la rigidez burocrática y la exorbitante deuda exterior. Veamos los resultados de las reformas de Leszek Balcerowicz orientadas a solucionar cada una de estas deficiencias.

— Los resultados macroeconómicos

Durante los últimos cinco meses del año 1989, el aumento del IPC llegó a alcanzar el 3.000 por ciento anual. Este aumento, para finales de los años 1990, 1991, 1992 y 1993 alcanzó, respectivamente, el 249

por ciento, el 60,4 por ciento, el 44,3 por ciento y el 37,6 por ciento (Herer y Sadowski, 1994). Se trataba de un nivel de inflación muy alto, pero cabe recordar que la lucha contra la inflación polaca se llevó a cabo al mismo tiempo que se mejoraba radicalmente la estructura de los precios, lo cual, en algunos casos, tales como el de la energía, conllevaba aumentos muy onerosos.

La falta de bienes de consumo y las colas para comprarlos desaparecieron en poco tiempo, mientras que la variedad y calidad mejoraron sustancialmente. Al comienzo, esta mejora se debió a la importación; sin embargo, con el paso del tiempo, empezó a basarse sobre una oferta cada vez mayor de productos polacos.

Leszek Balcerowicz sostuvo que uno de los rasgos distintivos del programa económico polaco fue su liberalización radical y amplia (introducida parcialmente en 1989), conjuntamente con un ajuste considerable del rigor presupuestario y monetario. Ello permitió bajar la inflación sustancialmente, y creó condiciones favorables para el crecimiento rápido de sector privado, que se benefició de las transferencias de los activos de las empresas estatales, que se vieron forzadas a desprenderse de recursos innecesarios. Poco a poco, un número importante de empresas estatales empezó a dedicarse a diversas actividades de suministro, aprovechando su mayor grado de autonomía, anticipándose así a la privatización y reaccionando ante la creciente competencia y difícil situación financiera.

— Los cambios sistémicos

Gracias a la liberalización implantada al comienzo de 1990, y completada en 1991 con la abolición del control del precio del carbón, cerca del 90 por ciento de las operaciones se realizaron en condiciones de libertad de precios (*Polish Economic Monitor*, 1994).

El dinero empezó a desempeñar un papel mucho más importante como medio de intercambio. Gracias a la liquidación del desabastecimiento, el złoty polaco empezó a utilizarse de forma generalizada. La introducción de una cotización única de divisas permitió utilizar el złoty polaco en las transacciones que forman parte de las cuentas de operaciones corrientes. El mismo złoty pudo ser cambiado no sólo por mercancías sino también por monedas extranjeras. Asimismo, la reducción de la inflación y el aumento de las tasas de interés contribuyeron a reforzar el aumento de la tasa de ahorro.

Con la liberalización del sistema, la generalización del derecho a la propiedad y la liberalización del comercio exterior, quedó substancialmente abierta la vía para emprender libremente actividades económicas en Polonia. Como resultado de esas medidas, se crearon más de medio millón de empresas privadas nuevas durante los años 1989 a 1993[3].

La implementación de los mecanismos para eliminar los agentes económicos deficientes se hizo con mucha más lentitud. Inicialmente, esos mecanismos no existían, y hubo que crearlos, lo que llevó más tiempo que el necesario para el desbloqueo de los impedimentos para la libre entrada al mundo empresarial. Por ejemplo, era necesario formar a los empleados de la banca y a los gestores de empresas. Aunque durante el periodo 1990-1991, los casos de liquidación o quiebra de empresas fueron menos numerosos de lo que se había estimado, sin embargo, muchas grandes empresas públicas tuvieron que reducir su patrimonio, vendiéndolo o arrendándolo al sector privado. Esa forma de eliminación del "exceso" o de falta del tejido empresarial público se aceleró ante cada nueva evidencia de limitaciones de su presupuesto.

El proceso de privatización de la economía polaca avanzaba. Aumentó la proporción del personal empleado por el sector privado dentro del número total de trabajadores de todo el país, sin contar a los agricultores ni trabajadores de cooperativas. Del 13,2 por ciento registrado en 1989, pasó al 34,4 por ciento en 1992. Con los agricultores y cooperativistas incluidos, al final de 1992, el sector privado empleaba el 60 por ciento de toda la mano de obra, y producía el 50 por ciento del PIB. El aumento fue espectacular sobre todo en el sector de servicios, pero la privatización fue avanzando en todas las ramas de la economía. La participación del sector privado en la producción global de la industria aumentó. En 1989, alcanzaba el 7,4 por ciento, y en 1993 alcanzó el 36,6 por ciento. En la construcción, su participación durante el mismo periodo de tiempo pasó del 33,4 por ciento al 85 por ciento[4].

La rápida privatización de la economía polaca fue causada, sobre todo, por el dinamismo del propio sector privado, estimulado por las transferencias de activos de empresas estatales mediante arriendo o venta. Mientras la privatización de la pequeña y mediana empresa se

[3] *Circa* 813.000 en 1989, y 1,5 millones en 1993 (Gomułka, 1998:232).

[4] En 1988, 90 por ciento de toda la mano de obra tuvo empleo en las empresas estatales (Błaszczyk, 1999).

llevó a cabo a buen ritmo, el progreso fue más lento para las grandes empresas estatales. Eso se debió en parte a factores políticos, tales como los frecuentes cambios de gobierno y de los ministros encargados de la privatización. Desde la segunda mitad del año 1991, las iniciativas para acelerar este proceso se convirtieron en temas importantes del debate político.

A raíz del rápido crecimiento del número de empresas privadas, en general modestas, y de la reducción del tamaño y la envergadura de las grandes empresas, así como de los esfuerzos del Gobierno en 1990-1991 para abolir el monopolio en muchas ramas (por ejemplo, la industria cárnica, la azucarera, el transporte con autobuses), surgió una rápida desconcentración organizativa de la economía polaca. Entre los años 1989 y 1991, el empleo en las empresas con 51 a 100 trabajadores aumentó en un 202 por ciento, mientras que el conjunto del personal de las empresas con más de 5.000 empleados disminuyó en un 35,6 por ciento. También se sabe que creció drásticamente el empleo en las pequeñas empresas con 50 empleados o menos (aunque no existen datos estadísticos oficiales al respeto) (Góra, 1994). Esta desconcentración organizativa, junto con la liberalización del comercio exterior y con la introducción del sistema liberal del derecho a la propiedad, facilitó la flexibilidad de la oferta y sometió a los suministradores a una presión competitiva más fuerte.

A partir de la primera mitad del año 1989, empezaron a abandonarse las clásicas prácticas comunistas en el sector bancario. Éste destacaba por su estructura monopolista y por seguir criterios no económicos para conceder créditos, a la vez que por ceñirse rígidamente a la reglamentación respecto a los créditos que concedía, por la falta de una clara división entre las cuentas de los bancos y el presupuesto del Estado, y por la prohibición total de conceder créditos comerciales. Desde el principio del año 1990, el sector bancario experimentó cambios rápidos, dotándose de la indispensable experiencia para funcionar en las nuevas condiciones. El Banco Central ganó mayor independencia del Gobierno y del Congreso. Su política respecto a la banca comercial se orientó hacia el impulso a una economía abierta de mercado, aprovechando una variedad de herramientas indirectas.

El número de bancos comerciales aumentó, pasando de siete a más de ochenta, aparte de las cajas cooperativas. Todo el sector quedó modernizado desde el punto de vista técnico y, ante la creciente presión de la competencia, sus procedimientos se reorientaron, adoptando criterios comerciales. En mayo de 1991, nueve grandes bancos co-

merciales quedaron transformados en sociedades anónimas, con juntas y consejos de administración propios e independientes, encargados de supervisar a la dirección pero también de protegerla de toda injerencia por parte de los estamentos políticos. Tres de estos bancos fueron privatizados antes de marzo de 1994 (Kostrzewa, 1994:370).

Partiendo de cero, se creó un segmento totalmente nuevo del sector financiero, a saber, las instituciones financieras no bancarias y la bolsa de valores, que, dotada de instalaciones modernas, fue inaugurada en julio de 1991 (y, simbólicamente, quedó instalada en el edificio de la sede central del POUP en Varsovia).

Durante los años 1990-1993, Polonia pasó de un sistema impositivo complejo y heterogéneo, característico de la economía comunista, a un sistema homólogo al de los países occidentales. Las empresas perdieron las numerosas exenciones que habían acumulado (como empresas públicas) durante el periodo anterior. Al comienzo de 1991, quedó implantado un sistema moderno de impuesto sobre el valor añadido (IVA). Las agencias tributarias fueron informatizadas y equipadas con los ordenadores y las oficinas correspondientes.

También se introdujeron cambios respecto a los gastos presupuestarios. En 1990, se liquidaron los múltiples fondos extraordinarios del presupuesto, de modo que las finanzas públicas se hicieron más transparentes. La nueva ley de presupuesto aprobada en 1991 modernizó y simplificó los procedimientos presupuestarios.

A partir del año 1990, debido a la implantación de este programa radical de reformas y de la consiguiente liquidación o reducción de subvenciones, así como al nuevo papel de las empresas estatales en la prestación de servicios sociales, fue necesario crear un sistema selectivo de ayuda social y subsidio al desempleo (que sigue siendo, sin embargo, todavía en 2003, bastante imperfecto).

El sistema de rentas y jubilaciones presenta problemas particulares para la plena implantación de una economía de mercado. Dadas las tendencias demográficas y la elevación de los índices introducidos en 1990 para las jubilaciones (y la posibilidad para los jubilados de seguir trabajando), la proporción de las dotaciones del sistema de seguridad social dentro del conjunto del gasto público, pasó del 13 por ciento correspondiente al año 1989 a cerca del 28 por ciento en 1993, aumentando de un 7 por ciento en 1988 hasta el 15 por ciento en 1993 en porcentaje del PIB (Informe del Ministerio de Trabajo, 1993). Desde 1990, la cuestión del sistema de jubilaciones ha constituido un problema político capital, incidiendo en la crisis fiscal del país.

En resumen, en los primeros años de la transición, Polonia hizo grandes progresos hacia una economía libre de mercado, basada en la competencia e iniciativa privada, consiguiendo mejoras considerables en el terreno de la exportación, el ahorro, la inversión y las innovaciones que conllevan mejoras en la calidad de los bienes y servicios. Hubo cambios rápidos y profundos en la estructura de la propiedad, gracias al programa de reformas y la privatización de empresas estatales. La mejora afectó al mercado de productos antes que a los mercados de trabajo y de capitales. El sistema de jubilaciones fue, tal vez, el aspecto más descuidado de las transformaciones económicas emprendidas en Polonia. Tampoco la privatización de las grandes empresas públicas se hizo con rapidez, debido a complicaciones de orden político.

— Los cambios en la economía real

A raíz de la estabilización y de las reformas, han ocurrido importantes cambios en la llamada economía real. En primer lugar, ha habido cambios en la estructura de la producción. En conjunto, destaca la reducción relativa de la parte de la industria, incluida la construcción, en la formación del PIB. En 1989, participaba con el 52,3 por ciento; en 1991, con el 46,6 por ciento. Al mismo tiempo, creció la participación del sector de servicios: de un 34 por ciento hasta el 46 por ciento. También las telecomunicaciones se han desarrollado con rapidez. El número de teléfonos instalados entre los años 1985-1989 sólo había aumentado en 38.000; en cambio, durante el periodo 1989-1993, aumentó en 310.000 (Lipowski, 1998:39). Los sectores más descuidados durante la época comunista experimentaron un desarrollo acelerado. Pero los cambios más importantes consistieron en la introducción de productos nuevos, o mejorados, en casi todas las ramas de la industria. Eso se basaba, en gran medida, en la asimilación o imitación de los productos fabricados en países más desarrollados (lo que constituye una solución perfectamente racional para un país atrasado), gracias a la apertura de la economía polaca a la competencia interior y extranjera, así como al rápido crecimiento del sector privado. Un ejemplo de imitación y asimilación ha sido la rápida aparición de empresas de ordenadores. Al final de 1993, había 800 empresas en este sector, con una facturación del orden de mil millones de dólares; de hecho, la feria Computer-Expo de Varsovia es el acontecimiento más importante de esa clase en Europa Central y Oriental. Otro indicio de

los cambios acaecidos es el aumento de la variedad de nuevos productos que se exportan a Alemania, que pasaron, de 1.500 diferentes clases de productos en 1992, a 3.500 clases en 1993, y que en su mayoría implican un alto nivel de calidad (Mylonas, 1994).

Los cambios de la estructura de la producción forman parte de un proceso más amplio de avance tecnológico y de aumento de la eficiencia económica. Hasta el presente, no se practicaban análisis de la incidencia del conjunto de los factores en la mejora de la productividad, ni a escala de un país, ni a la de ramas concretas. Sin embargo, todos los datos de que se dispone indican que iban desapareciendo los típicos síntomas de la ineficiencia comunista. Esta ineficiencia llegó a un límite en los momentos anteriores a la transición, y se prolongó con las incertidumbres y los cambios de los años siguientes, continuándose con las consecuencias de la nueva política económica y su impulso al saneamiento de la economía y la racionalización de sus actividades. De hecho, durante los años 1989-1992, el transporte de mercancías disminuyó en un 43 por ciento, es decir, en una proporción aún más importante que la disminución del PIB; lo que se debió no sólo a la menor participación en esta actividad de los sectores mineros y de la industria pesada, sino también a la racionalización de la red de relaciones entre los suministradores y compradores (Pańkow y Ziółkowski, 2001:98).

También disminuyó el consumo energético, que había sido un constante problema de la economía comunista y que frenaba el desarrollo de la economía polaca. El consumo total de la energía en 1992 había bajado en un 19 por ciento respecto al año 1991, es decir, más que la disminución del PIB y sin tomar en cuenta los valores corregidos. Incluso después de 1992, el consumo de energía seguía disminuyendo, pese a que la economía estaba repuntando (Herer y Sadowski, 1994).

En cambio, la proporción tradicionalmente baja de los gastos para la adquisición de nuevas máquinas y equipos empezó a aumentar. En 1993, fue superior a la del año 1989. Por otro lado, bajó la inversión en la construcción y la conservación de edificios. Eso se debió, sobre todo, a los cambios en la estructura de la inversión, que pasó de los grandes proyectos financiados por el Estado a numerosas inversiones de menor envergadura, financiadas en medida cada vez mayor por fuentes privadas, y orientadas a la renovación y modernización de la producción. Las inversiones en máquinas y equipo, por su parte, aumentaron rápidamente (Bratkowski, 1993).

En el año 1990, empezaron a disminuir las emisiones de toda clase de substancias contaminantes del medio ambiente. En 1992, el número de vertidos en las aguas de superficie había disminuido en un 40 por ciento con respecto al año 1989. El volumen de contaminaciones líquidas bajó en un 50 por ciento y el de gases en un 40 por ciento. Al mismo tiempo, aumentaron las dotaciones para la protección del medio ambiente y para la gestión de las aguas (*Anuario estadístico*, 1993).

También el papel del comercio exterior experimentó grandes cambios. Durante los años 1990-1091, la exportación a los países occidentales creció en un 60,8 por ciento y, en el periodo 1992-1993, otro 13 por ciento, mientras que la importación aumentó en un 53 por ciento y un 40 por ciento en los mismos periodos. Durante los años 1992-1993, creció el comercio entre las regiones colindantes de Polonia y Alemania que impulsó sobre todo la exportación polaca (aunque se carece de datos oficiales al respecto), un efecto, en parte, de la expansión general del comercio y, en parte, de la reorientación de los flujos comerciales del Este hacia el Oeste. En realidad, la economía polaca se volvió más abierta y más relacionada con la economía de los países de la OCDE, sobre todo de la Europa Occidental, abriéndose un volumen creciente de inversiones extranjeras directas, que aumentaron de 60 millones de dólares en 1989, a los 105 millones en 1990, y llegó a alcanzar los 1.500 millones en 1993 (Kubielas, 1994).

A raíz de la liberalización de los precios, desapareció el desabastecimiento crónico y creció rápidamente la adquisición de artículos domésticos de larga duración, ahora relativamente más asequibles, haciendo posible el mejor equipamiento de los hogares.

Asimismo cabe considerar los cambios en el mercado de trabajo. El programa económico polaco tuvo efectos inmediatos preocupantes: trajo consigo una merma en la oferta de trabajo, y un fuerte aumento del desempleo registrado. Al tiempo, se establecieron unas reglas de la negociación colectiva que favorecieron la negociación local, y se modificaron sustancialmente las condiciones para la acción sindical. En conjunto, durante los años 1990-1992, el empleo en Polonia bajó en un 10,4 por ciento. No se trataba de una recesión tradicional, sino de una profunda reestructuración institucional y económica (Sztanderska, 1997).

Por último, tras intensas negociaciones en abril de 1991, Polonia alcanzó un acuerdo (sin precedentes) con el Club de París, cuyos miembros eran acreedores de aproximadamente las dos terceras partes de la deuda exterior polaca. Según los términos del acuerdo, se

reducía (en dos tramos) el valor neto actualizado de la deuda en un 50 por ciento aproximadamente. Debido a los cambios de Gobierno en Polonia durante el periodo 1992-1993, se postergaron las negociaciones con el Club de Londres, aunque finalmente, en marzo de 1992, quedó concertado un acuerdo para una reducción similar de la parte correspondiente de la deuda.

BALANCE DE LA EXPERIENCIA POLACA DE REFORMA ECONÓMICA: LOGROS, CRÍTICAS Y PROBLEMAS

Si el gran reto de la economía política del fin del siglo XX es el salto del comunismo al capitalismo, el caso de Polonia es paradigmático. En muy poco tiempo, el país fue capaz de realizar lo que muchos consideraron en su momento como poco menos que imposible, y de hacerlo sin traumas sociales, con un amplio consenso de la población, y sin que ello trajera consigo una división política profunda; de hecho, los diferentes gobiernos que se han sucedido a partir de la transición a la democracia, han seguido, con variantes, una política económica bastante similar.

El salto fue rápido. Una vez comenzadas las reformas, en poco más de dos años y medio se crearon más de medio millón de nuevos negocios en Polonia. Fue también profundo, puesto que como hemos visto supuso un cambio de sistema económico. Fue asimismo inesperado, en el sentido de que una gran parte de los observadores imaginaron que la sociedad, acostumbrada al comunismo, sería incapaz de adaptarse a las nuevas instituciones. En varios capítulos de este libro se ha debatido en qué medida la sociedad estaba dispuesta al cambio, y hay indicios de que su disposición no existió sin reservas y matices, pero en lo fundamental la adaptación fue innegable.

Las reformas introducidas en enero de 1990 fueron en parte un experimento social, pero un experimento con una larga tradición de experiencias previas, puesto que se basó en dos experiencias ampliamente conocidas y contrastadas: la experiencia del fracaso del comunismo en Polonia y la experiencia del éxito del capitalismo en Europa Occidental, que era la región del mundo a la que Polonia aspiraba a volver y en la que quería integrarse, y en los Estados Unidos, en donde hay una minoría muy importante de polacos (en torno a siete millones) (Walicki, 1994). Dentro de Europa Occidental, no hay que olvi-

dar la importancia que tuvo un país en particular, España, como referencia para Polonia.

La importancia de la experiencia española fue grande a la hora de diseñar la transición política y, en cierto modo, el modelo de las negociaciones de la Mesa Redonda se inspiró en la experiencia española, de hacer la transición mediante un pacto entre los representantes del régimen político anterior y los de la oposición. Pero también fue importante a la hora de diseñar la política económica. Porque España y Polonia habían tenido un nivel económico no muy diferente en el pasado y tenían en el presente poco más o menos la misma población (tuvieron unos 25 millones en 1950 y se acercan a 40 millones al final de siglo XX), y estaban a la misma distancia, aproximadamente, del corazón de la Europa industrial y desarrollada. Pero estas similitudes no impidieron que sus trayectorias hubieran sido muy distintas, y que el nivel económico de Polonia fuera muy inferior al de España en el momento de la transición política. De hecho, la renta per cápita en 1955 había sido de 755 dólares en Polonia, y de 516 dólares en España, mientras que en 1988 la renta per cápita polaca era de 1.860 dólares y la española de 7.740 dólares[5].

Ahora bien, la clave del despegue de España con relación a Polonia consistió en el hecho de que la España de los años cincuenta se lanzó a lo largo de una senda de liberalización y apertura al exterior, y de integración plena a la economía europea capitalista. A partir de aquí, su crecimiento fue muy notable. El ejemplo de España era así un ejemplo a seguir, al menos en gran medida (Sachs, 1999:3-8).

Hay que tener en cuenta que el punto de partida de Polonia ofrecía algunas ventajas con relación a otros países menos desarrollados. Los indicadores de esperanza de vida (71,4 años en 1989), alfabetización y tasa de educación primaria y secundaria (98 por ciento, 91 por ciento y 80 por ciento, respectivamente) eran relativamente altas (Sachs, 1999:11). La estructura social no acusaba un exceso de desigualdad social. Compárese, por ejemplo, con la situación de algunos países latinoamericanos: en Polonia el quintil de la población con los ingresos más altos reunía el 35,2 por ciento de los ingresos totales del país; en Brasil, por ejemplo, reunía el 62,6 por ciento. En la mayor parte de los grandes países desarrollados, ese quintil con ingresos más altos acapara en torno al 40 por ciento del total (Sachs, 1999:21).

[5] Jeffrey Sachs estuvo vinculado como experto y consejero a las reformas iniciales en Polonia (Sachs, 1999:23).

Sin embargo, como ya hemos comentado, la economía polaca adolecía de defectos estructurales enormes. Era una economía excesivamente industrial, con servicios infradesarrollados y con una agricultura también sobredimensionada. La población activa en la agricultura era en 1988 el 29 por ciento del total (media en la OCDE: 6,1 por ciento); en España, el porcentaje había sido del 38 por ciento en 1960, del 22 por ciento en 1975, y del 16 por ciento en 1987. Asimismo, el sector agrario era en Polonia el 13 por ciento del Producto Interior Bruto en 1987; en España, ese porcentaje había sido del 21 por ciento en 1960, pero había descendido al 9 por ciento en 1975, y al 5 por ciento en 1987. El sector estatal de la economía era en Polonia, como en todas las economías comunistas, extraordinario: el 81,7 por ciento de la economía en 1985 (en España era el 4,1 por ciento en 1979) (Sachs, 1999:16-17). Se trataba además de una economía cuyo sector exterior estaba dominado por el comercio con la Unión Soviética u otros países comunistas.

Crucial para entender el curso de los acontecimientos es tener en cuenta la gravedad de la crisis a la que abocó la evolución de la economía de Polonia entre 1970 y 1989. Después de las protestas obreras de 1970, el régimen comunista se embarcó en una política de importaciones sin reformas estructurales profundas, que abocó a un endeudamiento del país y una crisis extraordinaria de la balanza de pagos, lo que trajo consigo una declinación de los niveles de vida a partir de 1979, lo cual, a su vez, creó las bases para las protestas de 1980 y el éxito de *Solidaridad*. La represión de ésta no supuso mejora alguna de la situación económica. Al reducir todavía más los recursos de legitimidad y confianza social, el régimen político hizo imposible cualquier intento de reforma económica, aunque hay que tener en cuenta que tampoco el régimen sabía cómo modificar el rumbo de la economía.

En efecto, la causa central del fracaso de los sucesivos intentos de reforma económica de los gobiernos comunistas, de los setenta como de los ochenta, radicó en el hecho de que eran incapaces de acometer las reformas en profundidad que hubieran supuesto la desaparición de la economía comunista. La descentralización de la economía no podía ser suficiente; sólo daba poderes mayores a los funcionarios locales y los semiempresarios encargados del manejo de las empresas estatales. Los precios siguieron estando controlados, y por lo tanto nunca hubo competencia real entre las empresas. Sobre todo, nadie imaginó que se podía privatizar las empresas, con el resultado de que los directores y los obreros de la misma nunca desarrollaron el sentido

de responsabilidad necesaria para gestionar las empresas de una manera correcta. Todos ellos usaron las empresas estatales pensando en sus ingresos propios. Usaron los materiales, aumentaron sus salarios, hicieron sus manejos. Nadie se sintió propietario del capital de la empresa, ni pensó en su viabilidad económica, ni en su productividad, ni en su futuro a largo plazo.

El resultado fue que en el momento de la crisis los aumentos de salarios no fueron resistidos, como no podían serlo por una autoridad sin legitimidad, y se trasladaron a un exceso de demanda, un desarrollo del mercado negro y, al final, a un aumento de la carestía o escasez de los productos más diversos, todo ello acompañado por operaciones de simple apropiación por parte de algunos o bastantes directores de empresa, o mandos intermedios, de los fondos de las empresas. Este proceso de esquilme de las empresas estatales se realizó a veces por el simple procedimiento de que directores y mandos establecían sus propios negocios particulares y hacían que la empresa estatal, que ellos controlaban, arrendasen los servicios de estas empresas, y de este modo conseguían arruinar las primeras y enriquecer a las segundas.

Llegado el momento de la transición, lo que hizo la Mesa Redonda, en un primer momento, fue sustituir una autoridad percibida como ilegítima, que no contaba con la confianza social necesaria para resolver los problemas económicos, en otra relativamente más legítima. Pero, por otra parte, el contenido de las medidas económicas asociadas con las primeras negociaciones fue de un acierto limitado y dudoso, y en algunos temas fundamentales equivocado. De hecho, estimuló un proceso de indiciación de salarios que aceleró la inflación. El cambio cualitativo tuvo lugar con ocasión del primer gobierno de *Solidaridad*, presidido por Tadeusz Mazowiecki con Leszek Balcerowicz como Ministro de Finanzas, en el otoño de 1989.

Éstos se enfrentaron con una tasa de inflación del mes de agosto de 1989 del 34 por ciento mensual, que suponía más de un 3.000 por ciento como tasa anual, en el camino hacia la hiperinflación (estimada en torno al 50 por ciento anual) y el colapso de la balanza de pagos (Balcerowicz, 1997). Respondieron con la política conocida como "terapia de choque", y ello por varios razones. El contraejemplo de Latinoamérica sugería que una aproximación gradualista era demasiado arriesgada. La falta de control político del aparato del Estado, en manos de los comunistas, por parte del nuevo Gobierno también aconsejaba una estrategia cuya implementación no dependiera de mecanismos políticos, y la alternativa lógica eran los mecanismos del mercado.

La estrategia de hacerlo todo al tiempo y hacerlo pronto pareció dictada por la lógica de la situación. De hecho no estuvo influida por el consejo de los organismos internacionales, que apenas tuvieron intervención alguna en el proceso durante esa etapa.

La "terapia de choque" quedó diseñada y se aplicó en todas sus dimensiones, la liberalización de precios, la del comercio exterior, la convertibilidad de la moneda polaca y una política de disciplina monetaria, junto con una política de privatización (que, con cierta incoherencia, procedió demasiado lentamente). El resultado fue, en conjunto, un notable éxito económico. Tras un incremento súbito de los precios, luego se estabilizó la situación y desaparecieron las escaseces de alimentos. Se crearon centenares de miles de nuevos negocios y el peso del sector privado pasó a constituir en torno al 50 por ciento del Producto Interior Bruto y el 60 por ciento del empleo a fines de 1992 (Błaszczyk, 1999).

Cabe una conclusión de carácter general. En comparación con la estrategia implantada en Polonia, otras estrategias diferentes, aplicadas en las mismas condiciones iniciales y las mismas circunstancias exteriores, hubieran brindado probablemente unos resultados inferiores a medio plazo. Desde este punto de vista, el programa económico polaco fue un (relativo) éxito. A juicio de su autor principal, Leszek Balcerowicz cabe destacar tres motivos para ello (Balcerowicz, 1994d).

El primero se debe al carácter radical y total del programa, gracias al cual fue capaz de vencer la inercia de las estructuras del antiguo sistema económico, y pudo activar las interconexiones y los refuerzos mutuos entre los distintos procesos de la reforma económica, así como también pudo aprovechar el capital político surgido con ocasión de la gran ruptura política de 1989. En segundo término, el programa fue implantado metódicamente, a pesar de las críticas y presiones continuas, crecientes sobre todo a partir de 1991. En tercer lugar, una de las reglas clave del programa, tanto en su fase de elaboración como de implantación durante los años 1990-1991, fue la de evitar una política que contemplase diferencias de trato para las diferentes ramas de la economía o, lo que hubiera sido mucho peor, para determinadas empresas concretas. Se consideró que la implantación de nuevas reglas "para todos por igual" era absolutamente fundamental para crear un marco legal transparente, mejorar la eficacia de la economía, y evitar las presiones de los distintos grupos de interés.

Dos procesos, fáciles de observar, permiten formular ciertas conclusiones finales. El primer proceso es la superación de la crisis eco-

nómica y el inicio de un proceso de crecimiento. En ese sentido, la situación económica de Polonia ha superado el punto de no retorno. La producción industrial estaba creciendo; la inflación, aunque aun considerable, estaba disminuyendo, el paro ha dejado de aumentar[6], y ha mejorado el comercio exterior. A pesar de la tendencia intervencionista de sucesivos gobiernos, la economía, una vez libre de excesivas limitaciones, ha demostrado ser capaz de funcionar en régimen de mercado y de hacer posible el despliegue de su espíritu empresarial superando así la grave y larga crisis heredada del régimen comunista. La política de liberalización y estabilización ha sido decisiva para desencadenar la principal fuerza motora del desarrollo, la iniciativa privada, y el funcionamiento de los mecanismos del mercado.

El segundo proceso es el de la privatización. La firmeza y la irreversibilidad de la transición hacia el capitalismo y del continuo crecimiento económico han dependido del rápido aumento de la participación del sector privado y han corrido parejas con él. Con ello se ha reducido el sector público a su mínima dimensión posible. A pesar de los obstáculos que han puesto varias fuerzas sociales a este proceso, éste ha seguido avanzando y hace ya tiempo que ha cruzado su punto crítico. Si bien la mayor parte de la producción industrial seguía correspondiendo a las empresas estatales, en 1992, como ya hemos mencionado, más del 60 por ciento de los trabajadores polacos estaban empleados en la empresa privada. La mayor parte de la economía polaca empezó a apoyarse en el sector privado, que fue el motor del crecimiento económico. Eso permite afirmar que la transición hacia el capitalismo ha alcanzado el punto a partir del cual el regreso es muy poco probable.

Ha habido muchas críticas a la reforma representada por el llamado "plan de Balcerowicz". El desarrollo del sistema de pensiones fue probablemente la parte mas débil de la transición económica de Polonia; otro punto débil fue el ritmo lento de la privatización de las empresas estatales más grandes (por razones políticas); y en 1990-1991 se observó también cierta disminución de la producción. Según Leszek Balcerowicz, las metas para los siguientes años fueron: la de continuar con la privatización de las restantes empresas y bancos estatales, el desarrollo del sector financiero, y las reformas de la sanidad, la educación y el sistema de seguridad social (Balcerowicz, 1995:235).

[6] El desempleo creció desde 1990 hasta la mitad de 1994 cuando llegó al 16,6 por ciento. A partir de esta fecha hasta la mitad de 1998 el desempleo estaba disminuyendo sistemáticamente llegando al 9,6 por ciento (Pańkow y Ziółkowski, 2001:100).

Por otro lado, aunque los datos mostraron progreso y crecimiento, apareció una curiosa paradoja: si bien la mayoría de los polacos tuvo más dinero que en el régimen comunista, muchos creían que su bienestar no había mejorado, y mostraron su descontento con la "terapia de choque". La caída de comunismo dejó a los polacos inseguros de sí mismos. Las tiendas estaban llenas de productos, pero poca gente pudo permitirse comprarlos. El salario medio real en 1995 disminuyó con relación a 1989 y una tercera parte de la población se encontró viviendo por debajo del nivel de pobreza (Dereczyński, Falkowska, Gaworński y Wciórka, 2000:129-134). Estos fueron también datos o preocupaciones a ser tenidos en cuenta. Es comprensible que el inevitable coste del ajuste económico y social de la transición económica, hubiera producido descontento en una gran parte de la sociedad. Algunos críticos de la reforma argumentaron que con una estabilización más gradual se habrían producido menos "daños sociales"; pero olvidaron que, al mismo tiempo, se habría extendido el periodo de la inflación e ineficacia con consecuencias mucho peores a medio y largo plazo. Por lo demás, las drásticas medidas de la estabilización tuvieron siempre un fuerte componente psicológico: significaban una ruptura clara y radical con el odiado pasado comunista.

El drama de *Solidaridad* fue que, por un lado, trajo unas reformas de la economía con sus ministros económicos, que eran necesarias y que se consolidaron con cierta rapidez, pero al mismo tiempo, por otro lado, ello tuvo importantes costes sociales a corto (y medio) plazo. Sus sindicalistas se sintieron desconcertados y no podían entender acontecimientos como, por ejemplo, las amenazas de cierre de astilleros y de minas. En general, las reformas económicas suscitaron cambios en la estructura de la sociedad y diversas reacciones en los diferentes grupos y clases de la sociedad, como veremos en el próximo capítulo.

10. LA TRANSFORMACIÓN DEL ORDEN SOCIAL

LA ESTRUCTURA DE CLASES SOCIALES DE LA SOCIEDAD POLACA DURANTE EL RÉGIMEN COMUNISTA

La Polonia de antes de la Segunda Guerra Mundial tenía la estructura social típica de una sociedad tradicional agraria de los países del este europeo, compuesta por la pequeña nobleza terrateniente, la burguesía empresarial y profesional, una clase media de empleados, comerciantes y artesanos, los campesinos en sus varios estratos, y una clase obrera industrial. En la Polonia comunista se produjeron cambios extraordinarios en esta estructura de clases. Tuvo lugar la "liquidación" de la clase de explotadores (terratenientes, burguesía). Hubo un incremento de la clase obrera y de los trabajadores de cuello blanco llamados comúnmente la *intelligentsia*, en parte a costa de la clase campesina. Es necesario recordar que en el caso de Polonia, el término *intelligentsia* tiene un sentido sociológico más profundo. Nos referimos a una clase social que jugó un papel decisivo en la lucha por la independencia y por la defensa de la identidad nacional durante los tiempos tormentosos en la historia de Polonia. La *intelligentsia* disfrutaba de un gran liderazgo moral y de un prestigio que contribuyó en gran medida al desarrollo de la sociedad polaca moderna, como ya hemos explicado en los capítulos anteriores.

Estos cambios en la estructura social de Polonia a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, fueron justificados por el régimen comunista como la aplicación de medidas que disminuirían las diferencias entre estas clases y estratos sociales. La ideología oficial fue que la reforma agraria y la eliminación de la pequeña nobleza terrateniente y la burguesía, consideradas como clases de explotadores, era un acto de justicia histórica para los campesinos, y que la nacionalización de la industria terminaría con la explotación de la clase obrera. Los mecanismos de diferenciación social definidos por la propiedad privada y el mercado libre fueron sustituidos por los mecanismos de la economía centralizada. A largo plazo este cambio provocó la

erosión de la estructura social tradicional y la formación de una nueva, socialista.

Los cambios de la estructura social en Polonia durante el régimen comunista han sido caracterizados como "revolucionarios" y "orgánicos" [1]. Los cambios revolucionarios fueron consecuencia de las decisiones, tomadas con motivaciones políticas e ideológicas, de los gobiernos comunistas de los años 1944-1955. Según la ideología comunista era necesario suprimir las desigualdades sociales y luchar contra "los enemigos de clase". Estos cambios revolucionarios llevaron a la liquidación de la clase de los terratenientes y la burguesía, a la degradación social y marginalización política de la *intelligentsia*, al rápido ascenso de los campesinos que emigraron a la ciudad, y a la consolidación de una nueva clase obrera que fue la base de una industrialización acelerada. En consecuencia, en unos diez años quedaron transformadas las clases tradicionales de Polonia.

Los cambios orgánicos de la estructura social y en la movilidad social consiguiente se efectuaron con más lentitud como consecuencia del desarrollo de una economía planificada que, con el paso de tiempo, introdujo nuevos mecanismos de diferenciación social. Por un lado, tuvo lugar una erosión de la correlación entre el estatus y prestigio social del individuo y su educación y espíritu emprendedor. En este sentido, el comunismo propagó un igualitarismo según el cual todos los ciudadanos eran iguales independientemente de su educación. Por otro lado, la política económica del país ofrecía nuevos caminos de ascenso, y como resultado, nuevos campos de diferenciación social. Para obtener un buen puesto de trabajo era más importante ser miembro del Partido que tener una preparación profesional adecuada. Apareció un problema de inconsistencia de estatus en el comunismo [2]. Es decir, una disminución de la importancia de educación para el nivel de ingresos, y en consecuencia, del prestigio social. Este proceso de depreciación de la educación tuvo lugar mientras que se realizaba un gigantesco proceso de modernización de un país que, como resul-

---

[1] La literatura sociológica polaca ofrece numerosas descripciones históricas y análisis de la estructura polaca; entre los más destacados se encuentran los de Wesołowski (1966, 1986, 1992), Słomczyński (1994, 1996) Domański (1991, 1993, 1994, 1996, 1997) y Wnuk-Lipiński (1989, 1992).

[2] La descripción empírica y la interpretación de inconsistencia de estatus se pueden encontrar en los numerosos trabajos de Włodzimierz Wesołowski quien proporciona datos abundantes e importantes pero se retrae a la hora de sacar conclusiones de ellos. Véase, por ejemplo, Wesołowski, 1966.

tado de la guerra y las emigraciones, había perdido más del 35 por ciento de su *intelligentsia* (Olszewicz, 1989:192).

En último término, el sistema comunista, en contra de lo que proclamaba su ideología, no igualó a los ciudadanos ni en los ingresos, ni en el prestigio, ni siquiera en las posibilidades de la carrera. La posición social del ciudadano dependía de la política del gobierno sobre la distribución de los bienes y los privilegios. La política fue un regulador de la estratificación social en la Polonia comunista.

Como hemos señalado, bajo el sistema comunista se formaron unas categorías socioprofesionales específicas, tales como la nomenclatura, los campesinos-obreros (campesinos empleados en industria o construcción) o los obreros agrarios (empleados en las cooperativas agrarias estatales), pero, sobre todo, sufrieron los efectos mayores del régimen las tres clases tradicionales que sobrevivieron los cambios revolucionarios del comunismo: los campesinos, los obreros y la *intelligentsia*. Comentaremos ahora de manera concisa las transformaciones sufridas por estas tres clases.

— Los campesinos

En el año 1948 dio comienzo la colectivización de tierras agrícolas en todos los países del bloque comunista. Para los campesinos polacos la propiedad privada de la tierra era de un enorme valor y se oponían a la formación de cooperativas de producción agrícola (el equivalente polaco de los *koljoz* soviéticos) que, en su mayoría, funcionaron muy mal. El Gobierno ejerció diferentes presiones sobre los agricultores para que se integraran en las cooperativas. Por ejemplo, en 1951 se introdujo la obligación de suministrar cereales al Estado; el año siguiente, ganado y leche. Los agricultores que no cumplían con estas obligaciones eran penalizados con unas multas económicas muy altas, e incluso con encarcelamiento. Muchas granjas individuales quebraron como resultado de estas medidas. En 1954 había 9.300 cooperativas que ocupaban el 8 por ciento de las tierras agrícolas y unos 1.500 granjas estatales que ocuparon el 20 por ciento de la superficie agrícola (Garlicki, 1997:243). Con escasa financiación por parte del Estado y mala administración, las granjas estatales tuvieron un rendimiento muy bajo. Por fin, en 1956 Władysław Gomułka, Primer Secretario del Partido Obrero, renunció a la colectivización de la agricultura en Polonia.

Los campesinos seguían siendo productores agrícolas individuales, pero al no operar en el marco de una economía de mercado, fueron obligados a participar en la economía planificada. Perdieron sus atributos de clase relacionados con la independencia económica. La reglamentación del uso de los medios de producción, el monopolio estatal de la compra de los productos del campo, y las restricciones al derecho de propiedad de tierra, convirtieron a los campesinos polacos en una categoría social *sui generis*, subordinada al Estado y controlada por el poder político. El resultado de esto fue que su situación laboral se asemejó a la de los obreros y otros trabajadores asalariados de la industria y los servicios. En consecuencia, el campesino polaco perdió una parte importante de su identidad relativa a la propiedad de tierra y, al mismo tiempo se convirtió de empresario independiente en arrendatario del Estado cuya existencia dependía del monopolio estatal tanto en el abastecimiento como en la compra de sus productos agrarios.

— Los obreros

La clase obrera en la Polonia comunista se desarrolló en las condiciones de una industrialización acelerada y bajo la doctrina de la importancia del papel histórico de la clase obrera. El Estado le aseguraba empleo pero en unas condiciones penosas[3]. La divergencia entre la realidad y las promesas ideológicas del comunismo fue dramática. Hay que reconocer, sin embargo, que en el sistema comunista la clase obrera consiguió un ascenso social de sus hijos a través de ciertos mecanismos administrativos y políticos del Estado. Por ejemplo, cuando los estudiantes de familias obreras se presentaban al examen de acceso a la universidad recibían automáticamente unos puntos adicionales a su favor que les permitían acceder incluso a las facultades más competitivas. Las prioridades de la economía planificada convirtieron a los obreros de la industria pesada, los mineros y los astilleros, en grupos privilegiados, poderosos y bastante mejor remunerados que otras profesiones. En los años setenta los obreros cualificados constituyeron el 25 por ciento de la población activa y sus ingresos fueron más altos

[3] Los estudios ponen en evidencia las duras condiciones de vida y trabajo de los obreros en el sistema comunista. *Robotnicy w Polsce* (Obreros en Polonia), 1989. Raporty z badań. Varsovia: ANS.

que los de la *intelligentsia* (Domański y Sawiński, 1991:241). Por otra parte, como resultado de la colectivización agrícola muchos campesinos perdieron el trabajo en sus tierras y emigraron a la ciudad formando así la parte no-cualificada de la clase obrera.

— La *intelligentsia*

En términos de los grupos ocupacionales la *intelligentsia* estaba compuesta de profesionales, técnicos y oficinistas. El sistema de salarios de la economía centralizada no estaba basado en la educación ni en la preparación profesional sino que dependía de las decisiones políticas del Gobierno. Debido a que la ideología comunista y la política de industrialización favorecían a la clase obrera, esto llevó a la *intelligentsia* a la pauperización y a la pérdida de prestigio. En 1968 todavía el 80 por ciento de personas con educación universitaria ganaba más que el sueldo medio del país (Wesołowski y Mach, 1986:72). La situación empeoró en los años setenta, en la época de Edward Gierek y su política de grandes inversiones en la industria pesada. En 1973 la relación del sueldo medio de las personas de educación universitaria con el sueldo medio del país fue el 1,56, en 1978 bajó al 1,27 (Beskid, Jarosińska y Milic-Czerniak, 1988:164-172). La degradación económica de la *intelligentsia* fue acompañada por el proceso de diferenciación profunda de este grupo en la escala de prestigio, su papel social y su importancia política. Por ejemplo, los médicos y los abogados ejercían hasta cierto grado una práctica privada que, aunque ilegal, fue ignorada por el Estado y ampliamente aceptada por la sociedad. Los profesores de idiomas y los maestros que preparaban para los exámenes de acceso a la universidad, formaban otro grupo de la *intelligentsia* con posibilidades de ganar dinero extra. Hubo también una élite artístico-intelectual que conseguía la financiación por parte del Estado para sus proyectos. Y, finalmente, una parte de la *intelligentsia*, no muy grande y bastante selecta, estaba afiliada al Partido Comunista y al ocupar altos cargos directivos o pertenecer al aparato del Partido, formaba parte de la nomenclatura y disfrutaba del sistema de privilegios reservados solamente para ella.

DESIGUALDADES SOCIALES Y DISCURSOS DE LEGITIMACIÓN DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

Según la ideología comunista, la estructura social tradicional había quedado obsoleta y era inadecuada ante las exigencias de una economía moderna. La nueva estructura construida por el Estado socialista con vistas a la realización de una sociedad socialista industrializada fue una versión singular del modelo de estratificación meritocrática. Según esta versión, en el comunismo no debería haber un lugar para las rentas no-salariales, y debería existir una distribución desigual de los salarios, porque seguían existiendo diferencias en la contribución de cada cual a la producción final colectiva. Algunas personas eran más dotadas y productivas que otras, las gentes tenían diferentes ocupaciones con diferentes grados de complejidad y habilidad y, por lo tanto, también de educación. En otras palabras, había una distribución desigual de los ingresos y se esperaba que el sistema de estratificación resultante sería aceptado por la sociedad como justo.

El modelo de estratificación meritocrática de la sociedad socialista se realizó en Polonia de una forma particular, y en cierto modo distorsionada. Aunque en términos generales existía cierta correlación entre los grupos ocupacionales y sus niveles de salario, un análisis más detallado muestra una profunda diferenciación dentro de cada estrato ocupacional. Incluso existían unos grupos ocupacionales con relativamente pocas capacidades profesionales que ganaban bastante más que aquellos que requerían un nivel de formación mucho mayor. Como ya hemos mencionado, varios estudios sociológicos revelan que, en los años setenta, el nivel de educación correlacionaba débilmente con el nivel salarial (Wesołowski y Wnuk-Lipiński, 1992:84-85). De hecho, el carácter de las ramas industriales donde se ejercía una ocupación tenía influencia sobre el nivel salarial y el contenido profesional de las ocupaciones mismas. Todo esto llevó a una creciente insatisfacción entre la gente, con la excepción, tal vez, de los mineros del carbón, que disfrutaron de unos salarios especialmente privilegiados además de varios beneficios adicionales.

Pero el factor que más afectó la aplicación del principio de la meritocracia al sistema ocupacional fue el factor político, el factor-componente principal de las transformaciones orgánicas de la estructura social. La construcción de un estado totalitario y el desarrollo consecuente del aparato del estado y del aparato del Partido tuvieron efec-

tos importantes sobre el proceso de la estratificación, introduciendo un nuevo factor en la estructura social, a saber, la afiliación política. A un gran número de puestos burocráticos solo se podía llegar a través del Partido Comunista. Se constituyó así un estrato diferenciado de burocracia, con salarios relativamente modestos, pero con fácil acceso a los escasos bienes materiales y con poder sobre los ciudadanos de a pie. Este estrato, conocido por el nombre de "nomenclatura", se entremezclaba con la élite política propiamente dicha y experimentó un constante aumento.

Esta dimensión política penetró todo el sistema social, modificó la operación de otros factores de estratificación, y se hizo cada día más aparente. En consecuencia, hubo un cambio en la percepción social de la estratificación, y para cada vez mayor número de personas, el sistema de estratificación fue sobre todo un arreglo social con una base política. Muchos lo rechazaron como injusto e ilegítimo. Las huelgas de todo el país en 1980-1981, que dieron a luz al movimiento *Solidaridad*, pueden ser vistas en parte como la experiencia de este pensamiento popular. A su vez la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981 reforzó esa tendencia dando origen a una nueva visión dicotómica: la del poder comunista por un lado, y la de la sociedad por el otro. Finalmente, los acontecimientos de 1989, la resurrección de *Solidaridad*, la victoria de la oposición, y el desmantelamiento del régimen totalitario supusieron el paso de un nuevo umbral en este proceso de cambio. Con las transformaciones del orden económico, político y social, las claves del nuevo modelo de estratificación fueron la propiedad privada, las relaciones del mercado y el propio principio meritocrático. En el apartado siguiente de este capítulo comentamos los cambios en la estructura de la sociedad después de la caída del comunismo, pero poniéndolos en relación con cambios en los discursos de justificación y legitimación de esa estructura social. La legitimación de la estructura de desigualdades sociales expresa el sentimiento moral de la sociedad de que las normas de la justicia social han sido respetadas (Moore, 1978).

— Entre el igualitarismo y la meritocracia

Todas las pautas de las desigualdades pueden ser socialmente legitimadas bajo una serie de condiciones. Las normas patrón legitimadoras de las desigualdades se basan en unos principios que son aceptados no

sólo por aquellos que se benefician de esos principios, sino también por aquellos que no lo hacen así. Los sociólogos polacos Włodzimierz Wesołowski y Edmund Wnuk-Lipiński proponen distinguir al menos cuatro tipos de sistemas normativos que proporcionan legitimación a los patrones de desigualdad en el sistema comunista: igualitario, meritocrático, funcional y cultural (Wesołowski y Wnuk-Lipiński, 1992:89). Los principios igualitarios, por regla general, anulan la legitimación de desigualdades sociales de cierta entidad. Los otros tres principios, meritocrático, funcional y cultural, pueden legitimar desigualdades incluso importantes.

Las normas del tipo igualitario apelaron al principio de una igualdad de condiciones que requería que los recursos se repartieran idealmente a partes iguales para todos. Esta norma igualitaria había estado parcialmente vigente en la fase de la sociedad polaca pre-comunista, y no ha desaparecido del todo en la post-comunista. El problema, sin embargo, consiste en la medida en la que ha sido combinado con otras maneras de legitimar las desigualdades sociales. Una serie de estudios empíricos llevados a cabo en Polonia indican que los principios igualitarios prevalecían sobre todo en los años cincuenta y sesenta e incluso en los finales de los setenta y en el año 1980 cuando nace el sindicato *Solidaridad*. Se puede luego observar un constante declive del apoyo a esta ideología igualitaria en Polonia desde principios de los ochenta, aunque en 1988, cuando la sociedad polaca pasaba por las duras reformas económicas impuestas por el Gobierno del general Jaruzelski, se notó que la tendencia a la baja de esta ideología se había detenido (Kolarska-Bobińska, 1989:619).

Las normas de carácter meritocrático no aceptan otras desigualdades relativas a las posiciones profesionales ocupadas, y las remuneraciones consiguientes, que aquellas que puedan justificarse por los méritos objetivos o los esfuerzos realizados (hipotéticamente reflejados en logros). En las sociedades modernas existe una fuerte tendencia a aceptar estos criterios meritocráticos y a ver la estratificación ocupacional basada en el nivel educativo y el nivel de calificación profesional como legítima. El corolario es que el sistema de selección de las posiciones ocupacionales sea abierto, y que lo sea asimismo el sistema educativo.

En el sistema socialista se intentó cambiar un criterio igualitario por un criterio meritocrático. En realidad, sin embargo, éste no era el caso, y aquel sistema contenía dos distorsiones mayores de la estratificación meritocrática. La primera se refería al proceso de selección, y la

segunda al sistema remunerativo. En el proceso de selección de los puestos más altos en cuanto a la competencia y la responsabilidad (por ejemplo, los puestos directivos), las afiliaciones políticas contaban mucho más que la preparación y la pericia. Como demuestra un estudio de los patrones de las carreras de quienes llegaron a ocupar los altos puestos gubernamentales y los puestos directivos en la industria, estas posiciones se asignaban a los miembros del Partido Comunista y no a los candidatos más hábiles y, además, en ese proceso de selección, el nivel de la educación formal se tomaba en cuenta de manera secundaria (Wasilewski, 1989).

Por otra parte, la distorsión del sistema remunerativo tuvo lugar a través del declive sistemático de la correlación entre el nivel de educación y el nivel de la remuneración. El declive relativo de los salarios de profesionales tales como médicos, profesores y arquitectos, contrastó con el relativo aumento de las pagas de los trabajadores no cualificados. Esta fue la tendencia dominante durante los años sesenta y setenta, de modo que al final de los años setenta y en los ochenta, mucha gente sin formación y calificación alguna, recibía salarios más altos que la gente que tenía estudios profesionales. En cambio, las personas en los puestos políticos y directivos recibieron remuneraciones muy altas y premios o recompensas adicionales, en forma de beneficios y comodidades inaccesibles a la gente de la calle.

La primera distorsión, es decir, la designación de los puestos más altos exclusivamente a los miembros del Partido, eliminó casi por completo la impresión de que algo que se pareciera a la meritocracia tuviera que ver con el comunismo, y contribuyó a la falta general de credibilidad del sistema como tal. La segunda distorsión, es decir, la desproporción entre los niveles educativos y los sueldos, generó una actitud negativa de la gente joven respecto a la educación como vía para canalizar sus aspiraciones de movilidad social (Wesołowski y Mach, 1986:178-179).

En principio, pueden darse normas de carácter funcional que legitimen los patrones de desigualdad social, y cuyo cumplimiento a la percepción del buen funcionamiento y la estabilización del orden político. En este caso se trataría de un reparto de las recompensas según el criterio no de "a cada uno según su mérito", sino "a cada uno según su utilidad funcional al sistema". En realidad, la aceptación del criterio funcional por parte de la población polaca nunca ocurrió, aunque las autoridades lo pudieran proclamar así oficialmente. Solamente a principios de los años setenta, cuando Polonia recibió sustanciales

créditos del Oeste para la modernización y la reconstrucción de la industria, se hizo un esfuerzo para que los ingenieros y los técnicos fueran considerados por la sociedad como un estrato "funcionalmente" importante, de quienes dependía el éxito de las nuevas inversiones. Sin embargo, el intento de hacer de los ingenieros los agentes de la modernidad, falló junto con todo el proyecto de Edward Gierek de modernizar la economía, como ya hemos comentado en el capítulo anterior.

En los años ochenta, el desacuerdo con esta justificación funcional de las desigualdades del sistema fue general. Para los años ochenta, la división entre quienes disfrutaban del poder y de los privilegios materiales y sociales correspondientes, la nomenclatura y determinados círculos anejos a ella, y el resto carecía ya de toda justificación igualitaria, meritocrática o funcional. Las estructuras del poder eran percibidas como la principal fuente de privilegios y esos privilegios podían ser percibidos de maneras diversas, como acceso a bienes sobre todo materiales (mencionado por el 30 por ciento de los encuestados); altos salarios o ganancias (15 por ciento), una vida cómoda y fácil (10 por ciento), estar exentos de la ley (3 por ciento), obtener trabajo fácil (2 por ciento), y disfrutar de otros privilegios (Wnuk-Lipiński, 1989). Obviamente, los mecanismos de distribución no tenían consentimiento social, y se estaba ante una situación de deslegitimidad de las desigualdades.

Finalmente, cabe pensar que en el periodo pre-comunista, comunista y post-comunista se han dado asimismo otras normas de carácter, digamos convencionalmente, cultural, que podrían legitimar ciertas desigualdades, porque hubieran existido siempre, o se consideran parte de algún legado culturalmente importante. Un ejemplo de desigualdades que hasta hace poco han sido legitimadas culturalmente, apelando explícita o tácitamente a una tradición, son las desigualdades entre hombres y mujeres, que hoy en día se están cuestionando cada vez con más frecuencia e intensidad.

Otro ejemplo en Polonia ha sido tradicionalmente el prestigio de la educación y la cultura. De este modo, la estratificación cultural (la educación, la participación en la vida cultural, el desarrollo y la divulgación de los bienes culturales) siempre ha tenido una evaluación positiva en la sociedad polaca, y quizás este fenómeno haya estado ligado a la "utilidad funcional" de la élite cultural y de su papel específico a la hora de preservar la cultura, la memoria y la identidad polaca durante los más de cien años de las Particiones en los que el Estado pola-

co dejó de existir. Y de hecho se observa en el pensamiento popular, que las diferencias de este tipo no sólo eran percibidas como legítimas, sino que nadie esperaba que fueran deslegitimadas por el futuro desarrollo social. La alta evaluación popular de las profesiones de la *intelligentsia* ha sido demostrada en series de estudios sobre el prestigio ocupacional; todas las ocupaciones que requieren los estudios universitarios reciben un rango muy alto, y ello a pesar del deterioro de un significado práctico en cuanto a su reflejo en el nivel de vida y la movilidad socioeconómica.

Se puede concluir que los patrones de las desigualdades de carácter igualitario, meritocrático, funcional y cultural se han dado con diversa intensidad y éxito a lo largo de los varios periodos de la Polonia contemporánea. La experiencia comunista sugiere una debilísima legitimación de las desigualdades que ocurrieron en la economía centralizada y en el sistema planificado, y que fueron el resultado de, al menos, los siguientes factores: la forma de propiedad de los medios de producción, el sistema de poder, la división del trabajo, y el nivel de conocimientos y calificaciones ocupacionales.

La experiencia de la década de los noventa en la Polonia post-comunista indicaba una situación incierta y abierta, todavía sin cristalizar; y en la que tal vez las desigualdades de naturaleza digamos suprasistémica iban adquiriendo una legitimación social más amplia que obtuvieron las desigualdades del sistema social comunista. Después de las últimas cuatro décadas del régimen comunista la nueva estructura social fue una precaria mezcla de elementos característicos de diferentes modelos del orden social y de estructura de las desigualdades. De hecho, se pueden distinguir los elementos de tres tipos de desigualdades estructurales: pre-comunistas, comunistas y post-comunistas.

Entre los elementos de la estructura pre-comunista de desigualdades, se encontraban las dos clases subordinadas: los campesinos, es decir, los agricultores autónomos y sus familiares, y la propia clase obrera. Pequeñas comunidades, de las que estas clases se componen, bien en los pueblos, bien en las fábricas, manifestaban un creciente entendimiento de los intereses de grupo y cierta herencia cultural característica de estas clases. Los emergentes partidos políticos y los sindicatos, tanto como los mecanismos del mercado, estimularon este proceso.

La estructura de desigualdades propia del comunismo se caracterizaba por el mantenimiento de las dos clases subordinadas antes mencionadas, y por un elemento nuevo, el del segmento social o la cla-

se social de la nomenclatura, es decir, una clase social caracterizada por el uso y el disfrute de las posiciones de poder, riqueza y prestigio asociados a los cargos del Estado comunista y del Partido Comunista. Por ejemplo, con relación a los recursos económicos, muchos estudios sociológicos han demostrado que los miembros del Partido Comunista tenían salarios más altos que el resto de la población polaca, incluso cuando factores como la educación o el puesto de trabajo eran mantenidos constantes (Wnuk-Lipiński, 1989).

Finalmente, en la Polonia del periodo post-comunista aparecieron también nuevas formas de desigualdades como consecuencia del restablecimiento de la economía de mercado y de la privatización de los medios de producción anteriormente controlados por el Estado y la nomenclatura. En muchos casos los miembros de la antigua nomenclatura pudieron aprovecharse de su influencia política y administrativa anterior para asignarse una posición privilegiada o de ventaja en la nueva economía de mercado y en la redistribución de la propiedad estatal. Este paso de los miembros de la antigua nomenclatura a los puestos de empresarios privados, definido como una convergencia del capital político y del capital económico, trajo como consecuencia una ola de críticas por parte de la población (Domański, 1996:115).

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LA POLONIA POST-COMUNISTA Y EN SU FORMA DE LEGITIMACIÓN

Los grandes cambios que trajo el proceso de transformación del sistema económico iniciado por el Gobierno "desde arriba" derribaron múltiples barreras y restricciones de la economía planificada y abrieron un nuevo espacio para las actividades sociales "de abajo". El desmantelamiento de la economía planificada y su sustitución mal controlada por una economía de mercado dieron lugar a múltiples cambios. Algunos fueron claramente negativos, de los cuales los más agudos fueron: desempleo, incremento sustancial de diferenciación de ingresos y aumento del fenómeno de exclusión social. La nueva realidad socioeconómica empezó a alterar las jerarquías de la estratificación social y a cambiar gradualmente los modelos de comportamiento. Fueron procesos relativamente largos y todavía en la mitad de los noventa seguían existiendo los grandes grupos sociales relacionados con el sector estatal de la economía que intentaban luchar por sus intereses eco-

nómicos con métodos propios del régimen comunista, es decir, ejerciendo presión política y presentando demandas al Gobierno.

La transición desde el sistema socialista al sistema capitalista requería cambios en la estructura de clases. El aspecto más obvio del cambio fue su recomposición ajustada al proceso de privatización de la economía y sus consecuencias. Los cambios estructurales básicos de la década de los noventa fueron relativos a las élites políticas y económicas, al cambio de relaciones de propiedad, a la aparición de nuevas categorías de estratificación, y al aumento de diferenciación de ingresos y de nivel de vida. Aparecieron también nuevas desigualdades relacionadas al surgir la clase capitalista y el desempleo.

Al eliminar la estructura sociopolítica del antiguo régimen, aparecieron nuevas élites tanto políticas como económicas. Las nuevas élites económicas estuvieron, en gran mayoría, formadas por gente nueva relacionada con el creciente sector privado de la economía del mercado libre. Pero también algunos miembros de la antigua nomenclatura se aprovecharon de su situación privilegiada y consiguieron puestos importantes en las empresas estatales que fueron privatizadas en los años noventa. Las élites económicas junto con las élites políticas decidieron sobre el proceso de privatización que, aunque llevado a cabo según la ley vigente, beneficiara sus intereses particulares. En muchos casos, se prolongaba y embrollaba el periodo de la transición para aprovecharse de mecanismos confusos de compra de la propiedad del Estado a precios reducidos. Ese proceso es una buena ilustración de la tesis de Claus Offe sobre "el capitalismo político", es decir, un capitalismo diseñado, organizado y puesto en marcha por las élites de la reforma económica (Offe, 1996:111).

En los primeros años de la transformación, 1990-1993, se pudo observar cierta movilidad entre las clases que hasta ahora estaba bloqueada bajo el régimen comunista. El cambio más significativo del proceso de recomposición de la jerarquía de estratificación [4], fue el crecimiento (casi doble) del grupo de los empresarios privados, mientras que la movilidad entre los grupos profesionales fue muy escasa. Crecieron las distancias entre varios segmentos de la estratificación y se hizo evidente la convergencia entre la educación (preparación profesional), el puesto de trabajo y la remuneración. Así subió el prestigio de la clase de la *intelligentsia*, mientras que las clases obrera y de los

[4] El término fue introducido por Henryk Domański, 1996:36.

campesinos empleados en las empresas estatales fueron las más afectadas por el desempleo.

Los expertos en el cambio social se debaten entre dos visiones de los cambios que ocurrieron en el periodo de la transición al sistema capitalista de la economía. La visión "evolucionista" sostiene que la actual clase empresarial tiene sus raíces en el periodo comunista, y antes incluso en el pre-comunista; con la caída del comunismo, su proceso de crecimiento se ha intensificado. La visión "revolucionaria" arguye que la caída del comunismo fue un periodo de cambio social radical. Significa una ruptura con el pasado y el surgimiento casi instantáneo de nuevas clases en respuesta a las nuevas condiciones emergentes. Entre los que ven una evolución se encuentra Leszek Balcerowicz según el cual el sector privado adquirió importancia en términos de empleo y producto entre 1982 y 1987, antes de que se lo tratara en pie de igualdad con cooperativas y sector estatal (Balcerowicz, 1989). Es de destacar que el crecimiento se había iniciado en la etapa final del comunismo cuando con las dificultades de la economía planificada, el Estado comenzó a contratar con el sector privado y se relajaron las restricciones a los mercados. El peso relativo de la clase empresarial en Polonia desde la Segunda Guerra Mundial evolucionó desde el 1,9 por ciento de la población económicamente activa en 1965, el 1,6 por ciento en 1975, el 4,7 por ciento en 1986, y el 17,7 por ciento en 1993 (Osborn y Słomczyński, 1997:254-265). Además, los estudios demuestran que muchos empresarios contemporáneos han heredado negocios de sus padres que pertenecían al muy limitado sector de la producción y servicios privados bastante restringido por las autoridades comunistas. El sistema de educación secundaria en Polonia siempre ofrecía un buen nivel de enseñanza técnica, y luego muchos jóvenes con espíritu empresarial iban a las actividades de la segunda economía en lugar o a la vez que a las empresas estatales. Así parece más convincente que la clase empresarial se formó de acuerdo con un proceso evolutivo, y no revolucionario, que había empezado en la década de Gierek en los años setenta y que luego se aceleró bastante durante el periodo de las reformas del Gobierno de Jaruzelski en 1987-1989.

La transformación del sistema económico trajo una desigualdad nueva hasta ahora desconocida para los polacos acostumbrados al sistema de igualdad de salarios. Apareció una polarización clara entre ricos y pobres. La relación entre el 20 por ciento de los ingresos más altos y el 20 por ciento de los ingresos más bajos, creció desde 3,11:1 en 1984 hasta 5,77:1 en 1993 (Zaborowski, 1995:91).

En la década de los noventa, en Polonia funcionaron dos lógicas muy diferentes de obtener ingresos. Una parte de la sociedad recibía sueldo según la lógica del Estado que se hizo responsable de los empleados de todo tipo de las instituciones y empresas públicas, de los jubilados y de los pensionistas. La otra parte de la sociedad ganaba sus sueldos siguiendo la lógica del mercado libre que remuneraba según logros. Podemos incluso hablar de "tres Polonias": Polonia del trabajo fijo, Polonia del subsidio (las dos perteneciendo a la lógica estatista), y la Polonia del capital (remunerada según la lógica del mercado libre) (Hausner y Marody, 1999:134-136). La relativamente gran proporción de la "Polonia del trabajo fijo" y de la "Polonia del subsidio" empujó hacia la petrificación de las funciones redistributivas del Estado y frenó algunas reformas radicales diseñadas para fomentar el desarrollo de actividades individuales y el espíritu empresarial de "la Polonia del capital".

Se produjo un cambio importante en la estructura del empleo. Como ya hemos mencionado, a finales del año 1988 el 90 por ciento de los trabajadores estaba empleado en el sector estatal y producía el 81,2 por ciento del producto interior bruto. Cuatro años más tarde, en 1992, fue casi al revés: en el sector privado trabajaba el 60 por ciento de toda la mano de obra y producía el 50 por ciento del PIB (Błaszczyk, 1999).

Veamos por clases sociales los cambios que trajo la transición de la economía centralizada a la del mercado libre.

— La clase trabajadora

Las distintas categorías de trabajadores que suelen ser incluidas en ese gran sector denominado la clase trabajadora o la clase obrera, abarcaba un total del 42 por ciento de la población activa polaca a fines de la década de 1980 (Domański, Janicka, Firkowska-Mankiewicz y Titkow, 1993:149). Bajo el régimen comunista, la remuneración media del obrero cualificado casi igualaba a la media del médico. También era relativamente alto el prestigio de determinados oficios y así por ejemplo el obrero siderúrgico, el minero o el tornero industrial gozaban de mayor estima en la sociedad que muchos profesionales.

Ahora bien, teniendo en cuenta que las protestas de los trabajadores de la gran industria fueron responsables de la caída del régimen, cabe suponer que estos trabajadores consideraron estos niveles de sa-

larios y de estima social que les otorgaba el comunismo o bien como insuficientes o quizás como menos importantes que la falta de libertades sindicales y ciudadanas. Esa consideración parece plausible con relación a 1980, pero las huelgas y las reivindicaciones obreras de 1992 y 1993 sugieren que los obreros evaluaban su situación de un modo más complejo, y que quizá su participación en la derrota del sistema comunista como tal no significaba un rechazo total de todos sus principios, ni implicaba una plena aceptación del nuevo sistema.

Estas transformaciones supusieron que la estratificación de salarios y rango social de la sociedad polaca se acercara al sistema de los países capitalistas. Los obreros menos cualificados se enfrentaron con la posibilidad de encontrarse en una situación de desempleo. Por su parte los trabajadores cualificados tenían una base más sólida de negociación en el mercado de trabajo.

De hecho, hubo una pérdida *relativa* de sus niveles de salarios comparando con los de otros activos. En 1991, los sueldos de los trabajadores cualificados se situaron muy por debajo de los que ganaban los profesionales, los trabajadores administrativos de nivel medio, y los empresarios particulares. Con relación a estos últimos cabe observar que en 1987, las ganancias de los propietarios de empresas (por cada miembro de familia) eran 1,5 veces superior a la media nacional, y esta proporción era ya de 2,5 veces superior en 1991, y al mismo tiempo, decreció el prestigio de los oficios obreros (Domański, Janicka, Firkowska-Mankiewicz y Titkow, 1993:150).

Las encuestas revelaron que los obreros cualificados se declaraban a favor de una economía basada sobre ingresos muy diferenciados, consideraban que «no habrá bienestar en Polonia mientras no se empiece a pagar bien a los que trabajan bien» y que, para el desarrollo económico en Polonia era necesario que «los empresarios privados dinámicos puedan obtener grandes ganancias» (Domański, Firkowska-Mankiewicz, Janicka y Titkow, 1993:151). La aceptación de esos principios era mucho más decidida entre los obreros cualificados que entre los no cualificados: igualmente alta entre los empresarios y entre la mayoría de los "trabajadores intelectuales" de nivel medio y bajo, y todavía más alta entre los profesionales, que, por un lado, son los que comprenden mejor esas transformaciones a largo plazo y, por otro, ven en ellas su mejor oportunidad para aprovechar su propio capital intelectual.

En vista de esas opiniones favorables al mercado, ¿cómo se explica que los líderes de las olas de protestas en los noventa o, en general,

de las acciones que obstaculizaban la aplicación de las reglas del mercado surgieron entre los cuadros de obreros cualificados? Quizá la razón de ello estaba en que esta oposición no estuvo dirigida contra el sistema de mercado como tal, sino contra cualesquiera situaciones que ponían en peligro sus propios intereses o su propio estatus. Los obreros cualificados aceptaron las reglas de juego del mercado de buen grado cuando les abrieron oportunidades para mejorar sustancialmente su situación económica; en cambio lucharon contra ellas cuando parecían significar el despido o el cierre de sus lugares de trabajo, y cuando ello implicó que el Estado renuncie a dar asistencia social y ayuda a las empresas en dificultades. En este caso, los obreros cualificados se situaron en la oposición, quedando más cerca de los trabajadores no cualificados que de los profesionales, los empresarios y los intelectuales.

Hay que tener muy en cuenta que un fenómeno nuevo que apareció en la Polonia post-comunista fue el desempleo. Durante el sistema comunista todos los ciudadanos estaban empleados aunque en muchos casos su empleo fue ficticio y solamente encarecía la producción. Con el cambio del sistema económico, cuando los empresarios mismos se hicieron responsables de los gastos y beneficios de sus propias empresas, ocurrió la reducción de personal y el desempleo. El incremento del desempleo fue dramático: desde el mínimo en 1989 hasta el 12 por ciento en 1992 y el 16,6 por ciento, casi tres millones, en el año 1994, siendo más afectados los trabajadores no-cualificados (Pańkow y Ziółkowski, 2001:66). El desempleo era de carácter estructural tanto desde el punto de vista demográfico como de sectores de empleo y regional.

Entre las razones más importantes del desempleo se encuentran la subida de los costes de trabajo que en los años 1991-1995 llegó a ser 28 por ciento y las cotizaciones sociales de hasta 65 por ciento que corren a cargo del empresario por cada empleado[5], y la normativa laboral según la cual es muy difícil despedir a un trabajador y por eso los empresarios no quieren comprometerse con contratos indefinidos (fijos). El funcionamiento del mercado de trabajo y de las remuneraciones es muy poco flexible y demuestra el nivel todavía bajo de la liberalización del mercado de trabajo. En la primera etapa de la transformación (1990-1995) el mercado de trabajo estaba todavía afectado por los re-

[5] En comparación, en los Países Bajos los costes de empleo son un 15 por ciento (Markiewicz, 2001).

siduos del antiguo sistema como también por las decisiones de las negociaciones de la Mesa Redonda, tales como la indiciación de salarios, pensiones y jubilaciones. Un nuevo factor que también añade dificultades al mercado de trabajo son los emigrantes de la antigua Unión Soviética, principalmente de Ucrania y Bielorrusia, que aceptan cualquier trabajo ilegal y pagado por debajo de las normas establecidas.

— La *intelligentsia*

Como ya he señalado antes, el régimen socialista asignó a la *intelligentsia* un papel central y este grupo social aumentó sus efectivos de manera muy considerable. Sin embargo, en la época del comunismo, los profesionales de la *intelligentsia* (11 por ciento de la población activa), tales como los médicos, juristas, profesores, científicos y artistas, ganaban sueldos parecidos a los de los obreros cualificados y los agricultores, pero bastante menos que las élites de los trabajadores físicos cualificados (como los mineros) o los de los puestos de control o directivos. Los funcionarios (trabajadores intelectuales del nivel medio y bajo —incluyendo comercio— constituían el 25 por ciento de la población activa) se situaban por debajo de la jerarquía de ingresos con sueldos menores que los de los obreros cualificados. Entre este estrato social de trabajadores de cuello blanco y azul, los ingresos más elevados pertenecían a los pequeños comerciantes y fabricantes, los representantes de la única actividad económica privada permitida en esta época. Con el cambio del sistema, subieron los ingresos de los profesionales. En 1987 los sueldos de los funcionarios de oficina fueron un 23 por ciento más bajos que el sueldo medio, mientras que en 1995 solamente el 7 por ciento más bajo (Pańkow y Ziółkowski, 2001:66). Los que sabían comercializar bien su educación y preparación profesional en el mercado de servicios mejoraron notablemente sus ingresos (por ejemplo, en las clínicas y consultas médicas privadas, en las agencias de publicidad, en los colegios y universidades privados). Al contrario que durante el periodo comunista, los ingresos empezaron a depender de la educación y así entre 1987 y 1999 el porcentaje de personas con educación universitaria se incrementó del 8,1 al 10,5 por ciento (Bogucka, 2001). Hasta ahora la *intelligentsia* polaca asumía el papel de líder espiritual y guardián de las tradiciones. La cuestión importante es si sabrá cambiarlo por el papel de experto, de profesional, bien preparado para cumplir con las ofertas del mercado capitalista.

En definitiva, el cambio del sistema económico trajo ciertas modificaciones en la jerarquía de ingresos, sobre todo relativas a los empresarios, los trabajadores físicos y profesionales. Después de cuatro décadas de economía centralizada se abrieron las posibilidades de la economía del mercado, de la libre competencia y del comercio. El estrato de los pequeños empresarios creció rápidamente e incluía también a los representantes del gran capital que había empezado a llegar a Polonia. Los primeros años de la transformación (1990-1991) fueron un periodo de desarrollo desenfrenado de iniciativas empresariales privadas que, en estos años, no estaban sometidas a casi ninguna regulación administrativa. Después de muchos años de carecer de bienes de todo tipo, la demanda fue casi ilimitada y tanto el comercio como la producción privados vivieron su mejor periodo de desarrollo. En 1991 las ganancias de los empresarios del sector privado contados por cada miembro de la familia, sobrepasaron el 268 por ciento de la media del país que significó un gran aumento en comparación con el 146 por ciento en 1987 (Domański, 1994:69).

El sistema comunista fue un sistema de distribución centralizada de privilegios y beneficios para distintos grupos sociales, donde la posición social dependía de la política del Estado. Con la caída del sistema, los ingresos de los grupos anteriormente privilegiados, tales como los obreros cualificados y los jefes de brigadas, se quedaron por debajo del sueldo medio del país (anteriormente fueron un 90-95 por ciento de la media nacional). No sorprende entonces su gran descontento y la sensación de haber sido los grandes perdedores del cambio del sistema iniciado por ellos mismos en 1980.

Al mismo tiempo, por primera vez desde cuarenta y cinco años, subieron los ingresos de los profesionales de la *intelligentsia*. Sin duda, el gran beneficiario de la transformación ha sido este sector de la *intelligentsia* que ha sabido adaptarse a las nuevas necesidades del mercado de trabajo, gana mejores sueldos, tiene mejor acceso a la educación y a los puestos de importancia.

— Los campesinos

Los campesinos, que formaron el 12 por ciento de la población activa, al igual que los obreros cualificados, aceptaron el mercado libre en principio, pero se oponían a una política liberal del Gobierno en lo relativo a precios y a comercio exterior. En cierto modo el sistema ante-

rior era relativamente estable y les proporcionaba unos ingresos próximos a la media nacional. Hubo una clara tendencia a la baja, puesto que en 1978, las ganancias de los agricultores estaban en la banda media nacional, siendo algo superiores a los del obrero cualificado (95 por ciento de la media nacional) y bastante superiores a los del trabajador no cualificado (82 por ciento de la media). En cambio, al introducir las reformas del sistema, la situación económica de los agricultores empeoraba sistemáticamente. En 1987 sus ingresos correspondían al 88 por ciento de la media nacional, mientras que en 1991 apenas alcanzaban un 63 por ciento de la media nacional, situándose los trabajadores no cualificados alrededor de un 70 por ciento (Domański, 1997:22). Al introducir el mercado libre, el Estado no garantizaba ya la compra de los productos agrarios y tampoco ofrecía subsidios para competir con los productos de la Unión Europea que empezaron a llegar al mercado polaco y que, gracias a los subsidios de la Política Agrícola Comunitaria eran más baratos que los productos polacos. Además, muchos campesinos perdieron su trabajo cuando se disolvieron las cooperativas y las fincas agrícolas estatales.

EL DESDIBUJAMIENTO DEL TEMA DE LA "CLASE DIRIGENTE"

Según la concepción marxista de la estructura social, con su enfrentamiento de clases sociales, es fundamental identificar cuál sea en cada caso la clase dirigente o la clase dominante. Ésta fue la perspectiva adoptada por los comunistas y la que intentaron inculcar a la sociedad a través de su control del sistema educativo y de los medios de comunicación durante cuarenta años. El problema era que, en el caso de un régimen comunista, no era evidente cuál podría ser la clase dominante, puesto que la clase capitalista empresarial había desaparecido o era muy débil; y parecía repugnar al Estado comunista reconocer que podía haber una clase dominante formada por la burocracia estatal y la burocracia del partido, así que se optó por una lectura de la sociedad que sustituyó el tema de la clase dominante por el del papel dirigente del Estado y el Partido Comunista en la vida social.

Con la transición a una economía de mercado, se plantearon de nuevo los antiguos problemas de identificar la clase dirigente o dominante del nuevo orden social. Un candidato podía serlo, de nuevo, el constituido por la clase empresarial. Se pensaba que en los países ca-

pitalistas desarrollados las grandes empresas tienen un protagonismo evidente en el sistema de relaciones económicas, y en cierto modo en el orden social. Crean puestos de trabajo o subcontratan con empresas que a su vez los crean, marcan la pauta de las inversiones y hasta cierto punto determinan el nivel de la actividad económica y el nivel de vida de la sociedad. El gobierno tiene que tomarlas en cuenta, y también los partidos políticos de oposición. En ese contexto, los representantes del "gran capital" constituyen un pilar económico, el núcleo de una clase empresarial, cuyos intereses y estrategias son el punto de referencia de los principales actores de la escena política.

Sin embargo, en los primeros años de la transición no apareció en Polonia un sector de grandes empresas o corporaciones. Tampoco, un estrato de "grandes capitalistas". En 1992, los patrimonios de las personas más ricas de Polonia (menos de una decena) se situaban entre el equivalente de unos 100 y 200 millones de dólares; y los ingresos de los casi veinte particulares que les seguían en la lista de los más ricos, pocas veces superaban los 50 millones (Mokrzycki, 1991:54). No había, pues, en Polonia dueños de grandes fortunas: las más grandes se acercaban, si acaso, a la media del empresario europeo. Pero además sucedió que el capital privado polaco no estaba invertido en los sectores clave de la economía. Los empresarios polacos invertían sobre todo en el comercio, los servicios y el transporte. Cuando invertían en el sector industrial, lo hacían preferentemente en la industria de la alimentación y de la confección y, con menos frecuencia, en la producción de pequeños equipos electrónicos o mecánicos. Los intereses del típico capitalista polaco emergente se centraban en tiendas y medianas empresas.

Al comienzo de la década de los noventa, no apareció una "clase capitalista emergente" de cierto fuste; y probablemente la que se empezaba a gestar en estos momentos estaba inhibida de manifestarse, dado el clima social de desconfianza hacia ella. Esta ausencia o desdibujamiento de una clase empresarial contribuyó probablemente a la desestabilización política de los primeros años, provocada por los conflictos internos de la clase política en un clima de confusión en el escenario de la política polaca, que se debía, en cierta medida, a que el juego político se convirtió en un fin en sí mismo sin referencias socioeconómicas claramente definidas, y en una situación en la que las instituciones que antes habían ejercido gran autoridad, tales como la Iglesia o *Solidaridad*, iban perdiendo parte de su influencia, y no acababan de adaptarse a las nuevas circunstancias.

Algunos se plantearon la pregunta de si existían otros grupos sociales capaces de asumir el papel de "clase dirigente" que pudo desempeñar la clase empresarial, proporcionando así un marco y una referencia a los conflictos en el seno de la clase política. En concreto, algunos se preguntaron si era posible que los intelectuales asumieran esa función. Algunos reformularon la pregunta apelando a una interpretación extensiva del concepto de intelectuales que abarcaría a los especialistas con mayores cualificaciones, tales como científicos, ingenieros, economistas o letrados, basándose en la convicción de que los conocimientos profesionales se estaban convirtiendo en el factor estratégico decisivo para el desarrollo económico y social.

Sin embargo, lo cierto es que en este periodo de la transformación del sistema ni los intelectuales en sentido estricto, ni los científicos, ni los periodistas ni los ingenieros tuvieron capacidad de decisión sobre la producción y la distribución de los recursos económicos, sociales y culturales del país. Los medios de presión política de que disponían fueron muy limitados, y no estaban relacionados con una estrategia coherente, o con un proyecto histórico. Pudieron abogar en ocasiones por un consenso nacional, o proponer alternativas para "salir de la crisis". Pero todo esto fueron exhortaciones dirigidas al sentido común, o los sentimientos morales de las gentes, con una fuerza de persuasión limitada, y generalmente inferior a la vinculada a la propaganda política de los partidos, o a las estrategias económicas de las empresas, los agentes reguladores, los inversores o los propios consumidores.

En cuanto al papel que desempeñó el aparato estatal, el gobierno, los ministerios y el equipo de expertos y asesores directos, si bien es cierto que en la época del comunismo, el vínculo de los más altos funcionarios del Partido y los miembros del Gobierno, la nomenclatura, formaban una clase dominante o dirigente, la situación cambió con la transición democrática, con el régimen de competición partidista y con los procesos de privatización de los bienes estatales, y con el nuevo consenso en política económica a favor de las reglas del mercado abierto.

Una alternativa a la búsqueda de una clase dirigente o una clase dominante es el entendimiento de la marcha de una sociedad moderna compleja como un juego de influencias cruzadas entre el liderazgo de una clase política internamente divida, la autorregulación de una gran parte de la sociedad, y la presión de la ciudadanía o de la opinión pública. Pero estos arreglos institucionales y culturales necesitan un

proceso de maduración, y la Polonia de los primeros años posteriores a la transición democrática no había alcanzado en caso alguno ese nivel de madurez. Las instituciones democráticas del quehacer público eran nuevas e inmaduras. El Gobierno no reaccionaba ante los mensajes de la población de manera pronta y clara. Aún no se habían establecido los procesos rutinarios mediante los cuales los políticos intentan ganarse el apoyo de los ciudadanos. Sólo lo hacían mediante breves campañas preelectorales, con ocasión de batallas políticas intensas.

REACCIONES DE DIVERSOS GRUPOS SOCIALES A LA TRANSICIÓN ECONÓMICA

Durante el sistema comunista se desarrolló un sistema de privilegios económicos y sociales asequibles a unos pocos grupos sociales definidos por su relación de proximidad con las autoridades políticas. La sociedad polaca se sintió ambivalente ante esta situación: no acabó de aceptarla como legítima pero se acostumbró a ella. Quizá por eso la sociedad polaca de los noventa fue sensible simultáneamente a dos axiologías sociales discordantes: la axiología del mercado y la axiología de los privilegios de Estado.

Naturalmente las estrategias de los grupos de interés se ajustaron a los mecanismos de funcionamiento del socialismo real: la planificación central y la distribución de privilegios. En la nueva situación de la economía de mercado, la sociedad intentaba adaptarse a ella y al mismo tiempo esperaba que el Gobierno otorgara privilegios.

Durante la época comunista, en el caso del sector privado de la pequeña empresa, los hombres de negocios afrontaron una situación de carencia crónica de casi todos los productos, y, al mismo tiempo, la inexistencia de empresas competidoras. El (pequeño) empresario polaco se adaptó al sistema del socialismo real, con su exceso de burocracia, su corrupción y su criterio de la primacía de la política sobre la economía. Se acostumbró a vender todos sus productos sin preocuparse de su calidad. Por ello no es extraño que la llegada del mercado de libre competencia fuese para él un choque, y que, por ello, en los primeros años de la transición el número de las empresas que cerraron al año superó el número de las que aparecieron por primera vez (Mokrzycki, 1991:57).

Las granjas agrícolas particulares se encontraron con una situación parecida. Las más grandes, que tenían mayor acceso a los créditos bancarios estatales (y, por ello, baratos), que contaban con precios estables regulados y fijados por el Estado y con la venta asegurada de sus productos, sufrieron más el choque de la economía de mercado que las fincas pequeñas, las cuales habían sobrevivido el comunismo sin beneficiarse de él, y sin poder acomodarse ni acostumbrarse del todo a sus mecanismos de intervencionismo económico y de concesión de privilegios. Pero, en términos generales, lo que ocurrió es que todos ellos desarrollaron una mentalidad que les inclinaba a reclamar una protección gubernamental que tiende a sobrepasar los niveles del intervencionismo estatal típicos de la agricultura de los países occidentales.

Algo semejante ocurrió con las varias ramas de la industria ubicadas dentro del sector estatal, en particular con las grandes empresas de minería o astilleros navales. La reforma económica puesta en marcha en Polonia a partir de la transición democrática exigió, entre otras cosas, reducciones importantes de puestos de trabajo precisamente entre los obreros que, en 1980-1981, formaron la base del sindicato *Solidaridad*. Pero justamente como efecto de las experiencias de la época de *Solidaridad*, esos mismos obreros seguían organizados en un movimiento social "de clase" que se oponía frontalmente a reducciones semejantes y reclamaba el apoyo estatal correspondiente.

El grupo de los funcionarios fue el menos organizado, sin líder destacado y sin habilidad para articular sus intereses propios. Los intereses de este grupo estaban vinculados al mantenimiento del sistema del comunismo de varias maneras. Primero, lo estaban por el exceso de los puestos directivos en general en ese sistema. Segundo, en particular lo estaban por la financiación "blanda" de los centros estatalizados o semiestatalizados de la educación y la ciencia; y así, por ejemplo, las instituciones científicas y culturales crecieron sin apenas obligación de dar cuentas de su actividad. Tercero, otro tanto ocurrió con el sector de la cultura. La mayor parte de las élites intelectuales y artísticas se benefició de la protección del Estado. Aunque este mecenazgo se mezclaba bastante con la manipulación política, lo cierto es que para muchos fue la base de su existencia económica. Cuarto, las reformas de la transición han supuesto una "racionalización" de las estructuras organizativas de estos sectores, su privatización, y la desaparición de la financiación "blanda" de la educación, la ciencia, la cultura y el arte. Esto dio lugar a un sinnúmero de problemas personales e ins-

titucionales con la búsqueda de otro tipo de financiación en régimen de competencia, tanto más cuando que en Polonia jamás existieron fuentes de financiación alternativas a la del Estado.

Por supuesto no cabe considerar que las distintas categorías de trabajadores, los agricultores y los círculos de la pequeña empresa podían ser considerados como elementos de una clase dirigente. Los trabajadores solían asumir actitudes defensivas, y su fuerza radicó en su capacidad para emprender acciones colectivas en defensa de sus intereses, de las cuales las más logradas siempre contaron con el liderazgo de cuadros de élite que provenían de la *intelligentsia*, y que trazaban las estrategias, formulaban las metas y definían el "interés objetivo" de la clase trabajadora. Por otra parte, los campesinos y los pequeños empresarios estuvieron impregnados de un particularismo bastante tradicionalista que les inhabilitó para operaciones de gran envergadura. Los campesinos y los trabajadores autónomos no agrarios representaron sectores situados en el margen de la actividad económica social, tanto por su participación en el producto interior bruto como por su peso demográfico. Los agricultores, los patrones de talleres, los pequeños comerciantes y los propietarios de pequeñas empresas industriales sentían que, en la nueva realidad socioeconómica de Polonia, las bases de su existencia estaban constantemente amenazadas, que no podían competir con las empresas grandes y que no podían enfrentarse con las organizaciones sindicales cuyo poder de negociación de sus reivindicaciones fue muy superior al suyo, y que sus exigencias de precios mínimos o de barreras aduaneras para proteger sus productos agrarios solían ser contrarias a los intereses de los consumidores y de la población urbana en general; lo cual les llevó a buscar protección en el Estado.

Este resumen de las relaciones de los grupos de intereses empresariales, agrarios, asalariados y funcionales en la Polonia contemporánea con el sistema del comunismo del pasado, y sus problemas subsiguientes a la desaparición del mismo, permite comprender por qué las reformas económicas y sociales llevadas a cabo en Polonia desde 1989 tenían apoyo en el "interés teórico" (o en las declaraciones de principio) de estos sectores, pero no en su interés "práctico", en todo caso mucho menos en éste (Staniszkis, 1989). Por eso muchos grupos de interés derivaron hacia posturas antirreformadoras de una forma u otra.

En conclusión, los sectores más perjudicados por el cambio han sido los obreros y los agricultores; dos colectivos que, después de los duros años de la escasez económica, esperaban beneficios inmediatos.

En principio cabía esperar que la necesidad de renunciar a beneficios inmediatos para dotar al nuevo régimen de unos fundamentos sólidos fuese más aceptada con menos dificultad por las clases educadas y profesionales. Entendieron mejor los mecanismos y el sentido de la transformación del sistema, gracias a su mayor capacidad cognitiva pero también a su capacidad para adaptarse a la nueva realidad más fácilmente, porque pudieron aprovechar más eficientemente las oportunidades que generaba el mercado. Hubo otro amplio sector de la clase educada cuyas posibilidades en la economía de mercado fueron menores, tales como los educadores de todos los niveles, los intelectuales y los académicos cuyas disciplinas no tenían aplicación directa en el mercado. En este caso, su apoyo a las transformaciones tuvo un carácter por así decirlo un tanto platónico, no esperaban grandes contraprestaciones económicas a su favor, pero creían que el mercado era un bien público, aunque tampoco les fascinó el mercado, dado que temían que éste pondría en peligro la cultura general de la nación.

En el otro extremo del espectro social se puede situar una clase trabajadora baja, es decir, los operarios no cualificados, que no tienen nada que ofrecer aparte de su trabajo en tareas manuales y puestos de mera ejecución. Su actitud respecto a las transformaciones capitalistas fue negativa ya que aquéllas les relegaron a una situación marginal.

Entre esos dos extremos se situaba el grueso de la población, los trabajadores cualificados y un amplio espectro de trabajadores intelectuales de nivel medio e inferior. Su situación económica y su grado de satisfacción dependían, en gran medida, de su habilidad para adaptarse a las nuevas condiciones del mercado de trabajo, para aplicar las cualificaciones profesionales que tienen, o para formarse y adquirir otras nuevas. En ese sector, y en su capacidad de adaptación, se jugó probablemente el éxito de la estrategia a favor de la economía de mercado, y de conseguir al tiempo cierta estabilidad social.

Al nivel del debate ideológico sobre el proceso social en los primeros años de la transición, cabe decir que el debate se caracterizaba por un diálogo a medias entre dos discursos principales: el liberal y el cristiano. El primero se traducía en un apoyo (político) a las reformas de Leszek Balcerowicz. El segundo estaba expresado por los pronunciamientos de la jerarquía de la Iglesia y los católicos más prominentes, que manifestaron en general una posición ambivalente. A ellos se añadían los discursos de grupos de comunistas y "nacional-derechistas", cuyo signo general era más o menos colectivista. Finalmente, cabe observar otra tendencia, que se perfiló como la búsqueda de un "tercer

camino". Esta tendencia se definió en oposición a lo que se caracteriza como liberalismo extremo o neoliberalismo, y provenía de círculos de obreros, funcionarios y de la *intelligentsia*, que en el comunismo disfrutaban de mayor protección y después se sentían más amenazados por las reformas. Estos partidarios de un "tercer camino" optaban por un Estado de bienestar que garantice seguridad social y médica, educación, empleo y vivienda, sin un estudio de los modos de financiarlo, entendiendo todo ello, sin embargo, como una obligación del Estado. Este "tercer camino" parecía dibujarse como una especie de utopía de vuelta o regreso al pasado comunista y expresaba espontáneamente y claramente la mentalidad tradicional de amplios sectores de la población.

EL PANORAMA SINDICAL Y LA ADAPTACIÓN DE *SOLIDARIDAD* A LA NUEVA REALIDAD

A lo largo de la primera mitad de los años noventa, *Solidaridad* hubo de enfrentarse con una situación muy distinta de la anterior. Ahora no se enfrentaba con un Gobierno hostil, pero tenía que definir una estrategia con relación a un Gobierno en el que tenía influencia, pero al que no dominaba. Ese Gobierno se había empeñado en la estrategia de cambio radical hacia el establecimiento de una economía de mercado que muchos han llamado una "terapia de choque"; y esto era algo que una buena parte de los trabajadores no compartía, y que chocaba con la sensibilidad de muchos dirigentes de *Solidaridad* en tanto que sindicato. Lo que había sido un movimiento sociopolítico tenía que diferenciarse, de esta manera, entre un poder político y un sindicato en cierto modo clásico, con tendencias distintas. Además, en el terreno sindical *Solidaridad* no estaba sola, y tenía que competir con otro sindicato potente (casi de su misma importancia) dirigido precisamente por los dirigentes y los cuadros del Partido Comunista que acababa de perder el Gobierno, pero que seguía siendo una fuerza política de primer orden. Finalmente, *Solidaridad* tenía que persuadir a una clase trabajadora que tenía que adaptarse a la nueva situación de un proceso de privatización en marcha y con un Estado de bienestar en un momento de transición, en medio de una crisis económica, que dificultaba las negociaciones pragmáticas para mejorar sus salarios y sus condiciones de trabajo. Los primeros años noventa son, por tanto,

para *Solidaridad* un momento de dificultad de adaptación, del que sale con mucha menos afiliación, desconcertada y con una estrategia sindical indecisa, en fuerte competencia con otro sindicato, con el telón de fondo de una clase trabajadora dividida entre el sector público y el sector privado, y bastante desmovilizada[6].

En los años noventa, Polonia llega a tener 1.500 sindicatos en el ámbito local y regional y 226 de ámbito nacional, pero los más importantes son dos, *Solidaridad* y la Unión Nacional de Sindicatos Polacos, OPZZ *(Ogólnopolskie Porozumienie Związków Zawodowych)*, aparte de otros dos sindicatos de menor importancia como *Samoobrona* (sindicato campesino)[7] y *Solidarność 80* (que se origina en una escisión de *Solidaridad*). La afiliación sindical en el conjunto de la población pasó del 18 por ciento de la población adulta en 1991 al 14 por ciento en 1994 (y ha seguido descendiendo a lo largo de los años siguientes). En 1994, se estimaba que el 5 por ciento pertenecía a *Solidaridad* y otro 5 por ciento a la Unión OPZZ, teniendo cada uno de estos sindicatos del orden de un millón de afiliados.

Solidaridad mantuvo desde el principio una estructura interna compleja, regional y por ramas. El proceso de diferenciación entre *Solidaridad* como sindicato y *Solidaridad* como plataforma política resultó complejo y contradictorio. Desde el principio los gobiernos llamados de *Solidaridad*, *grosso modo* hasta 1993, tuvieron al frente y en posiciones claves a hombres y mujeres de *Solidaridad*. Se supuso que sus ideas y sus programas de actuación se inspiraban del mismo depósito de proyectos y sentimientos políticos de *Solidaridad*. Pero la opción decidida por la liberalización de la economía creó tensiones desde el principio. Se intentó suavizar estas tensiones. Jacek Kuroń, uno de los mentores y dirigentes más respetados de *Solidaridad* (y de KOR) fue Ministro de Trabajo al tiempo que Leszek Balcerowicz era el Ministro de Finanzas, y como tal trató de evitar una política de indiciación de salarios que hubiera tenido consecuencias negativas para la lucha contra la inflación (Smolar, 1990). El propio Wałęsa desarrolló una estrategia de apoyo (de "paraguas protector", *parasol ochronny*) a la política del nuevo Gobierno durante un tiempo. De hecho, lo peor del ajuste económico pasó pronto, dado que se cortó la inflación y se

---

6 Un excelente resumen de la situación sindical a lo largo de los años noventa puede verse en Mercedes Herrero de la Fuente, 2003:3-48.

7 El sindicato campesino ha acabado jugando un papel político de cierta importancia en los años siguientes, bajo el liderazgo de Andrzej Lepper.

recuperó la actividad económica en relativamente poco tiempo, como hemos comentado en el capítulo anterior. Pero ello no impidió que las tensiones se desarrollaran más tarde, con un acompañamiento de huelgas y de movilizaciones.

La organización de una plataforma política en torno a Wałęsa y su apuesta por la presidencia de la República volvió a reunir las dos dimensiones política y sindical del movimiento, pero sólo de una manera muy precaria. Wałęsa era un líder inclinado a una actuación personalista, poco institucionalizada, y aparentemente sin interés en construir y mantener unida una organización política estable. La primera mitad de los años noventa es testigo de una tensión continua entre los gobiernos políticos más o menos emparentados con *Solidaridad*, y la propia *Solidaridad* como sindicato[8].

En tanto que sindicato, *Solidaridad* hubo de enfrentarse, desde el primer momento, con que uno de los resultados de la privatización de la economía ha sido la caída de la afiliación sindical. A lo largo de la década de los noventa, este descenso ha sido continuo, de modo que al final de la etapa, a primeros del nuevo siglo, la tasa de afiliación (sobre el total de trabajadores, no de población adulta) se estimaba en un 14 por ciento y la afiliación se concentraba en la minería (43,8 por ciento), el transporte (27,5 por ciento) y la educación (27,5 por ciento). La sindicación atraía más mujeres que hombres, más trabajadores con una educación media o baja que a quienes tenían estudios más altos, y apenas atraía a los jóvenes (por debajo de los 25 años, la tasa de afiliación era del 2,4 por ciento). La afiliación era sin duda mayor en el sector público, y en el de las empresas multinacionales. Asimismo, la afiliación era mucho menor en las empresas pequeñas que en las grandes: a fines de los años noventa, los sindicatos estaban presentes en sólo el 2 por ciento de las empresas pequeñas (de menos de 20 empleados) y el 22 por ciento de las empresas entre 50 y 250 trabajadores (Herrero de la Fuente, 2003:10 ss.).

Durante estos años, *Solidaridad* llevó adelante una estrategia poco definida en lo que se refiere a la creación de un conjunto de instituciones de participación y negociación. Desde el principio, abandonó fácilmente (ya en la propia Mesa Redonda de 1989) las ideas autogestionarias, vinculadas a la institución de los consejos obreros, que habían

---

[8] Estos problemas se prolongarán, de otra forma, en el periodo siguiente, con la experiencia de la Acción Electoral *Solidaridad*, AWS *(Akcja Wyborcza Solidarność)* impulsada por *Solidaridad* en 1996.

sido objeto de algún interés en los círculos revisionistas en 1956 pero nunca habían conseguido arraigar en las condiciones del socialismo real. Esta reivindicación quedó marginada con la transición, aunque se mantuvieron unos consejos de supervisión en las empresas estatales privatizadas, con poderes modestos. Se instituyó un sistema de negociación colectiva que dio clara prioridad a las negociaciones locales, de las empresas, centradas sobre todo en la discusión de los salarios. Apenas se intentó la negociación colectiva a un nivel más amplio, pero, además, tampoco hubo una experiencia con éxito de grandes acuerdos sociales, o acuerdos tripartitos con participación del Gobierno y los empresarios. Los pocos intentos, en 1992 y 1994, con gobiernos distintos, de *Solidaridad* o de los post-comunistas, no llegaron a cuajar.

Pero si la actividad de concertación de *Solidaridad* y los sindicatos en general fue escasa, su actividad de movilización fue poco sostenida. El movimiento huelguístico fue relativamente escaso en 1990, sin duda influido por el relativo entendimiento entre el Gobierno y *Solidaridad* en tanto que sindicato (159.000 días de trabajo perdidos). Fue bastante más intenso en los cuatro años siguientes, con un pico de intensa actividad huelguística en 1992 (2,3 millones de jornadas perdidas), y una actividad importante en 1993 y 1994 (con 580.000 y 561.000 jornadas perdidas respectivamente). Pero esta ola de huelgas no alteró en lo fundamental el rumbo de los gobiernos del momento, que mantuvieron una misma política económica relativamente coherente. Y a partir de 1995, la actividad huelguística descendió dramáticamente: 56.000 jornadas perdidas en 1995, 75.000 en 1996 (y la misma tónica se mantiene, con algunas oscilaciones, hasta el final de la década de los noventa). Lógicamente ha habido cierta concentración de mayor actividad huelguística en los sectores que han ido entrando gradualmente en crisis (como los astilleros, las minas y la siderurgia). La caída tiene que ver con la privatización de la economía y la caída de la afiliación sindical ya mencionadas, y la estrategia de los sindicatos, poco atentos a crear una red de apoyo institucional, en conflicto entre sí, y dispuestos a adoptar una posición distinta en función del color del gobierno del país: el sindicato ex comunista, propicio a ser más combativo con gobiernos de *Solidaridad*, y relativamente subordinado al gobierno si éste estaba controlado por los post-comunistas; y el sindicato de *Solidaridad*, inclinado por adoptar una actitud hostil hacia un gobierno post-comunista, pero incluso una actitud ambivalente ante un gobierno de la propia *Solidaridad*.

Pero para entender mejor el proceso de emergencia de una sociedad civil en sentido restringido en la Polonia de la transición es preciso mirar más lejos del terreno estricto de las asociaciones sindicales y profesionales, y conviene situar éstas, y la propia *Solidaridad*, en el espacio más amplio del tejido asociativo que se ha venido a llamar el tercer sector.

EL DESARROLLO DEL TEJIDO ASOCIATIVO Y LA FORMACIÓN DE UN TERCER SECTOR

Durante la etapa comunista en Polonia, toda clase de actividades sociales se desarrollaba bajo el control y por concesión del Gobierno. Las organizaciones oficiales que existían en esa época carecían de independencia y muy pocas veces surgían por la iniciativa espontánea de las bases. La actividad civil independiente, que adquirió mayor impulso a partir de la segunda mitad de la década del 1970, tuvo sobre todo el carácter de oposición política y fue perseguida por las autoridades. Sólo ciertos círculos locales o parroquiales y movimientos sociales relacionados con la Iglesia católica, así como algunos ámbitos de cultura alternativa, pudieron mantener una relativa independencia del Gobierno, como ya hemos comentado ampliamente en un capítulo anterior.

Las actividades civiles independientes se multiplicaron durante los años 1980 y 1981, cuando apareció y mientras pudo funcionar legalmente el sindicato *Solidaridad* como un movimiento social a escala nacional, hasta que el Gobierno impuso el estado de sitio el 13 de diciembre de 1981. Luego, durante la década de los años ochenta, la actividad civil independiente volvió a ser, sobre todo, una actividad clandestina de oposición política. Sin embargo, a raíz de los cambios acaecidos en los años 1980 y 1981, se formaron algunos enclaves de actividades de carácter no directamente político, como por ejemplo, ecologistas. La relativa liberalización del sistema comunista en Polonia, que tuvo lugar durante los años 1987 y 1988, permitió incluso institucionalizar las primeras auténticas organizaciones no-gubernamentales (ONG). Debido a que surgían en un sistema totalitario, estos enclaves de actividad civil independiente tenían un carácter contestatario, iniciando así la formación de una sociedad civil con rasgos de oposición política.

— La importancia del tercer sector después de la transición

Con los cambios políticos que tuvieron lugar en 1989, aumentó el número de las ONG, pero las bases legales que facilitaron este proceso habían sido creadas antes. En 1984, había sido aprobada la ley sobre las fundaciones (luego modificada en 1991); y en abril de 1989, quedó aprobado el derecho de asociación. A partir de esas leyes, las ONG pudieron constituirse en Polonia como fundaciones o asociaciones.

Muchos otros cambios legislativos tuvieron un efecto sustancial sobre el desarrollo del tercer sector en Polonia. Sobre todo, lo tuvo la formación de los mecanismos del mercado, la libertad de gestión empresarial, el reglamento de licitación pública, las reformas autonómicas y de la administración regional, las reformas de la política social, educacional y cultural. Gracias a esos cambios, también aparecieron las condiciones para financiar las actividades del sector.

Las rasgos sobresalientes de la primera fase, que coincidió, aproximadamente, con los últimos años de la década de 1980 (periodo de liberalización del socialismo real) y el fin de ésta hasta los comienzos de la década de los noventa (comienzo de la transformación del sistema) fueron, sobre todo, la falta de un perfil formal de las organizaciones y la espontaneidad de sus actividades, con características de protesta muchas veces abundante en su retórica, sus símbolos y sus manifestaciones emocionales (Kubik, 1994:183-238). Otras características de ese periodo fueron la falta de mecanismos de negociación formales (dentro y fuera de los movimientos sociales), escasa cooperación entre ellos y poca transparencia informativa en su interior.

En la primera mitad de la década de los noventa, junto con los cambios de la situación social y económica, las organizaciones y movimientos sociales no gubernamentales entraron en una segunda fase de su evolución. Las características de esta segunda fase son unas formas de actuación más positivas y constructivas de las organizaciones no gubernamentales, un mayor grado de formalización de sus estructuras, intentos de elaborar estrategias racionales de actuación, coordinación de actividades y una profesionalización generalizada de esos movimientos, sin perder su identidad e independencia.

El periodo de desarrollo más dinámico de las fundaciones y asociaciones en Polonia corresponde a los años 1989-1992. Y así, mientras que, hasta el año 1989, sólo se habían registrado 277 fundaciones, en 1990, se registraron 597, en 1991, 1.078 y en 1992, 1.332 (Siciński,

1996). Según el Banco de Información sobre las Organizaciones No-gubernamentales *Jawor/Klon*, el número de las ONG que funcionaron efectivamente en Polonia al final de 1994, fue 47.000 ONG (incluidas 5.230 fundaciones), 12.000 de las cuales serían ramas regionales de asociaciones con personalidad jurídica de carácter nacional (Jawor, 1995). Si comparamos estos datos con los correspondientes a las organizaciones del tercer sector en otros países de Europa Central y del Este, encontramos en Hungría 36.000 organizaciones (12.000 fundaciones y 24.000 asociaciones), en la República Checa, casi 20.500 organizaciones (incluidas casi 2.000 fundaciones), en Eslovaquia, 6.000 y, en Rumanía, casi 7.000 (Ners y Buxell, 1995).

En Polonia, las ONG de ese periodo contaban con 28 millones de miembros, cerca de un millón de los cuales participaba activamente en ellas como voluntarios. Se trataba, efectivamente, de un sector de organizaciones de voluntarios con alto grado de compromiso social. Únicamente el 20 por ciento de las organizaciones no utilizaba voluntarios; el 16 por ciento los utilizaba siempre, un 24 por ciento los utilizaba frecuentemente, y un 40 por ciento, a veces (Wygnański, 1995). En cambio, el número de personas empleadas por esas organizaciones era de 68.000 (apenas, un 0,3 por ciento de los empleados en todo el país). El 63 por ciento de todas las fundaciones y asociaciones polacas no tenía ningún personal a sueldo. Esta proporción relativamente baja de puestos de trabajo en las ONG tenía relación con la débil situación económica del tercer sector polaco. Se estima que, en 1993, el total de los ingresos del conjunto de estas organizaciones en Polonia ascendía aproximadamente al 0,2 por ciento del PNB. A modo de comparación, cabe mencionar que en 1995 el aporte del sector de ONG a la formación del producto bruto de los Estados Unidos ascendía al 3,2 por ciento, y que el sector empleaba al 7 por ciento del total de personas activas de aquel país (Ilczuk, 1995).

La estructura de las fuentes de financiación de las ONG polacas era muy diferente de la de los países occidentales en general. En 1994, las finanzas del 64 por ciento de las organizaciones procedían fundamentalmente del sector privado, y el 58 por ciento de ellas cobraba cuotas sociales. Las dotaciones del Gobierno ascendían únicamente a un 20 por ciento de los ingresos de las asociaciones y fundaciones, y se concentraban, sobre todo, en las fundaciones de la Hacienda Nacional, es decir, en las instituciones no lucrativas creadas por el Estado para administrar los fondos de ayuda recibidos de los países extranjeros, que, por lo tanto, no cumplen estrictamente con el criterio de

ONG. En el mismo periodo, en Alemania, los aportes gubernamentales constituían el 69 por ciento de los ingresos de las instituciones no lucrativas, en Francia, el 59 por ciento y en Gran Bretaña, el 43 por ciento. Según otras fuentes, en Europa Occidental, las dotaciones de los gobiernos para las ONG ascendían al 43 por ciento, un 10 por ciento procedía del sector privado, mientras que la proporción más alta, el 47 por ciento, procedía de los ingresos generados por las propias organizaciones (Ilczuk, 1995).

Un 16 por ciento de las ONG polacas recibía fondos directamente de ONG extranjeras. Durante el periodo 1990-1994, las fundaciones extranjeras transfirieron más de 150 millones de dólares para el desarrollo del sector de las ONG en los países de Europa Central. El componente polaco de ese sector recibió casi 30 millones de dólares. Durante el mismo periodo de tiempo, las fundaciones y asociaciones ecológicas extranjeras transfirieron a las organizaciones ecológicas polacas al menos 1,6 millones de dólares (Gliński, 1996:348-355).

Sin embargo, el alcance efectivo de los aportes extranjeros al tercer sector polaco fue mucho mayor, porque parte de las dotaciones centrales para las ONG también procedía de la ayuda extranjera. Además, muchas organizaciones sociales, sobre todo las instituciones no gubernamentales polacas, fueron financiadas directamente por unos programas concretos de educación y ayuda. Por ejemplo, el programa de la United States Agency for International Development, UASID, que a través de la fundación Polish-American Freedom Foundation financió varios proyectos relacionados con el proceso de la transición, privatización, nuevas tecnologías, desarrollo de la pequeña empresa, etc. La ayuda extranjera fue especialmente importante durante la fase inicial del desarrollo de las ONG polacas, cuando prácticamente no existían otras fuentes de financiación, el sector privado de la economía era muy débil, y las personas que dirigían el tercer sector no habían aprendido aún a gestionar ni financiar las organizaciones no lucrativas. La ayuda no monetaria procedente del extranjero tuvo una importancia extraordinaria y a veces poco estimada, para el desarrollo del sector no-gubernamental polaco. Por lo general, se trataba de colaboraciones indirectas de fundaciones y organizaciones occidentales de ayuda, tales como el Cuerpo de la Paz Norteamericano, que consistían en la transferencia de conocimientos profesionales y organizativos, la orientación hacia la profesionalización de las actividades, el desarrollo de un *ethos* de voluntariado, y la presión sobre las

autoridades polacas para que se interesasen por el tercer sector y el desarrollo de la sociedad civil en Polonia.

La diversidad del tercer sector

El sector de las ONG polacas de mediados de los noventa estaba muy diversificado. Las principales diferencias se manifestaban en el grado de independencia de cada organización, los campos de su actividad, y las formas de llevar a cabo su actividad.

Tanto la estructura de ingresos del tercer sector polaco como la orientación de su desarrollo, así como la forma en que el sector era percibido por la opinión pública, se debía en gran medida a la influencia de las grandes organizaciones no lucrativas, constituidas, sobre todo, por fundaciones. Éstas mantuvieron vínculos estrechos con órganos del Gobierno o con patrocinadores extranjeros, gracias a lo cual gozaban de una situación económica privilegiada. Se trata de fundaciones asistenciales, creadas con fondos procedentes del extranjero; o de fundaciones creadas con recursos del presupuesto nacional pero adaptadas para utilizar ayudas extranjeras; o de fundaciones surgidas mediante la transformación de fondos del Gobierno; o de fundaciones creadas por personas particulares pero con substancial aportación de fondos procedentes del presupuesto nacional. Un buen ejemplo de las fundaciones creadas por personas particulares fue la Fundación *Open Society* (Sociedad Abierta) establecida y financiada por George Soros en varios países de la Europa del Este. Tanto las condiciones en que actuaban estas grandes fundaciones como su estilo discreparon mucho de la mayoría de otras organizaciones polacas no gubernamentales. Las grandes fundaciones tenían acceso a los recursos necesarios para desempeñar sus cometidos, en cambio, la mayoría de las restantes organizaciones independientes se basaban en la actividad espontánea de sus voluntarios.

Otro aspecto interesante del sector es el amplio abanico de actividades de las ONG en Polonia. El Banco de Información sobre Organizaciones No-gubernamentales *Jawor/Klon* recogió los siguientes datos de una encuesta, en la que cada ONG podía declarar sus tres actividades principales (debido a lo cual las proporciones porcentuales no suman 100). El 38 por ciento, o sea la mayoría de esas organizaciones, se dedicaba principalmente a la formación de la conciencia social mediante acciones educativas y formativas. Luego seguían las

ONG dedicadas a los temas clásicos del bienestar social: un 29 por ciento a la asistencia social, un 28 por ciento a la asistencia médica y a la rehabilitación, un 20 por ciento a la familia y a la infancia. Los otros principales campos de actividad correspondían: un 20 por ciento a la cultura y el arte, un 14 por ciento a la ecología y la protección del medio ambiente, un 12 por ciento al desarrollo regional y local, un 11 por ciento al deporte y la recreación, un 10 por ciento a los derechos humanos, y otro 10 por ciento a la educación y a la técnica (Wygnański, 1995a).

Durante la época comunista, el Estado asumía numerosas funciones sociales, cumpliéndolas muchas veces de forma ficticia, o dando prestaciones escasas y de muy baja calidad. Como parte de la transformación democrática, el Estado se ha ido inhibiendo de muchas de ellas. Entretanto, han aparecido nuevos desafíos, tales como el desempleo, o los fenómenos de la pobreza y la carencia de vivienda. Ante esa situación, las ONG polacas, no obstante sus escasos recursos y su falta de experiencia, han asumido muchas funciones de asistencia social abandonadas por el Estado, sustituyendo, completando o apoyando la labor de las instituciones públicas. Han sido particularmente dinámicas en el campo de las actividades caritativas o cooperativas, colaborando de forma especial en la autodefensa de determinados grupos sociales, proponiendo métodos y conceptos alternativos para satisfacer distintas clases de necesidades sociales, y siendo con frecuencia, las únicas instituciones capaces de resolver problemas sociales concretos. Al aprender a aprovechar mejor los medios y los recursos y a reducir los costes de algunas prestaciones, se han ido convirtiendo en organizaciones relevantes de bienestar social, aunque de alcance limitado (Golinowska, 1994).

Asimismo conviene tener en cuenta las nuevas formas de desarrollar las actividades. Aparte de haber crecido el número de las ONG polacas, también se detectan significativos cambios en su forma y su estilo de actuación. Durante la década de 1980 y al comienzo del periodo de la transición, las ONG emprendían sobre todo acciones de oposición y protesta frente a la administración central. En los años noventa, han ido prevaleciendo los métodos de acción típicamente cívicos tales como la participación en el proceso democrático de decisión, la colaboración con la administración sobre todo local, el control de la legalidad de los actos de la administración, y la gestión en áreas sociales no gubernamentales, proyectos sociales, campañas ecológicas y educacionales, etc.

El tercer sector en Polonia ha ido madurando a través de un proceso de autoeducación, así como gracias a la influencia y la ayuda de sus colaboradores occidentales. Los cambios encontraron dos clases de resistencia. En primer lugar, resultaba sumamente difícil abandonar el hábito de emprender acciones de protesta y oposición, que son relativamente sencillas y para las cuales no se necesita oficio o formación profesional. Las nuevas actividades debían desarrollarse en una nueva situación de libertad política, en la que, además, la actitud de las élites administrativas y políticas hacia el tercer sector era en general negativa, y en la que el prestigio de las autoridades del Estado y de la clase política era aún bastante bajo (tal y como lo demuestran los sondeos de opinión pública de aquella época). Debido a esos fenómenos los cambios en las formas de actuar de las ONG se produjeron en cierto modo fuera del espacio de contacto directo con la clase política. En términos generales (con alguna excepción, como la de algunos políticos pertenecientes al Partido Unión de la Libertad), la clase política polaca no ha comprendido bien o dado gran importancia al papel que desempeña el sector independiente no gubernamental en un país democrático, y o bien intentaba controlarlo o bien no se interesaba en él. En los años noventa no existía en Polonia ninguna pauta de colaboración entre la administración estatal y el tercer sector. Los desarrollos positivos del tercer sector se debían sobre todo a la iniciativa de los propios participantes en las ONG, y a la influencia de las instituciones extranjeras. También respondían, en cierto modo, a la necesidad que ha tenido el sistema legislativo y normativo polaco de ajustarse a los criterios generales de actuación en los otros países europeos, con vistas al ingreso del país en la Unión Europea. Los estudios sobre el tercer sector polaco muestran cómo la característica dominante de las relaciones entre las ONG y la administración central fue la ausencia de contactos y la falta de una voluntad por mantenerlos[9]. Parece, como si todavía siguieran vivas las tradiciones del pasado comunista, cuando la clase política despreciaba o no hacía caso a la sociedad. Pero, por otra parte, sucedió también que, durante este periodo de transformación del sistema, cuyo rasgo característico fue la debilidad de las instituciones democráticas, las ONG, con sus formas cívicas de actuación parecieron ser, a menudo, menos eficaces para conseguir los objetivos particulares de un grupo, que las opera-

[9] Nos referimos sobre todo a los informes del Banco de Información sobre Organizaciones No-gubernamentales Jawor, 1995.

ciones populistas de protesta *ad hoc* y menos organizados y más ostensibles.

El fenómeno de maduración del sector no gubernamental polaco se observó no sólo en los cambios en la forma de las actuaciones de las organizaciones, sino también en otros fenómenos. Tales son la construcción de una red de información y comunicación dentro del propio sector y con el exterior de sector (aquí cabe mencionar la formación de instituciones regionales y a escala nacional, así como el desarrollo de la prensa y de otros medios de comunicación del tercer sector); el desarrollo de contactos con su entorno, la colaboración con las autonomías, comunidades locales y académicos, con los medios de comunicación y el Parlamento; el desarrollo de las instituciones para el servicio y colaboración con el tercer sector [10]; y los procesos de profesionalización de las actividades de las ONG.

Algunas barreras para el pleno desarrollo del tercer sector

En la transformación del sistema que se estaba llevando a cabo en Polonia, a las ONG les correspondió la función de formar las bases de una sociedad civil moderna. Esa creación fue una de las principales metas de cambio del sistema polaco, pero se estaba llevando a cabo a través de una actividad contenida dentro de ciertos enclaves de la sociedad. Paradójicamente, el proceso carecía del apoyo de las élites gubernamentales y políticas, aunque, o quizás porque, constituía uno de los pocos mecanismos del cambio de la sociedad desde sus bases. De hecho, gracias a este proceso se han ido formando en Polonia una variedad de enclaves de una sociedad civil participativa, cuya función educativa va más allá de la mera formación de posturas y habilidades cívicas. Promovía cambios culturales y de conciencia a mayor escala, desarrollando la esfera cognitiva y las competencias intelectuales de los participantes, y de muchas otras personas indirectamente implicadas en ella.

En definitiva, los estudios sobre el tercer sector muestran cómo esta actividad civil se limitaba en Polonia a un número de grupos y am-

---

[10] Por ejemplo, el Banco de Información sobre las Organizaciones No-gubernamentales *Jawor/Klon*, la Oficina de Servicios para el Movimiento de las Iniciativas Cooperativas Boris, el Centro de Información para las Organizaciones No-gubernamentales Bordo, la Oficina de Servicios para el Movimiento Ecologista Bore, oficinas de servicios legales y otros.

bientes sociales (Gliński, 1993:103-105). Sobre todo implicaba a los grupos de personas que se encontraban en una situación de permanente desventaja social, directa o indirecta, o los ambientes sociales expuestos a algún peligro especial; las clases educadas que cultivaron el civismo, y algunos grupos que participaron de las culturas alternativas y contestatarias y que, durante el periodo de la transición, rompieron con el aislamiento de su medio y fueron transformando su rebelión cultural en una actuación cívica, el grupo de los funcionarios profesionales del tercer sector, cuyo número y organización creció paulatinamente, y en particular el grupo de los dirigentes activos en las autogestiones locales también tuvo, en cierta medida, un carácter de enclave. Todos estos medios constituyeron la base social relativamente estable, pero limitada, del tercer sector polaco. A pesar del constante desarrollo cuantitativo del sector y superado el primer periodo de la rápida proliferación de las ONG de los años 1989-1992, siguió tratándose de grupos bastante estabilizados y dedicados a una actividad relativamente estrecha. El rasgo característico de las transformaciones en Polonia en los años noventa y que determinó en parte la inmadurez cívica del conjunto de la sociedad, fue el hecho de que las iniciativas civiles se desarrollaban en estos enclaves de la población y, que estos no han alcanzado la masa crítica necesaria para una sociedad civil de mayor alcance.

Para analizar las razones por las cuales estas actividades no se tradujeron en una actividad participativa ampliamente efectiva, cabe tener en cuenta varias teorías sobre los movimientos sociales que, en parte, explican por qué se forman las identidades y las conductas colectivas, qué impide o dificulta esa formación, por qué y en qué condiciones las personas deciden, o no, emprender acciones junto con otras personas. Como se sabe, las numerosas teorías sobre movimientos sociales aportan diversos enfoques. Unas se basan en el análisis de los costes y los beneficios de la participación, y tienen en cuenta el papel especial del marco institucional de los incentivos. Otras recurren a los sentimientos de privación, o las tensiones estructurales entre condiciones económicas, políticas y socioculturales. Otras recurren al modelo organizativo, al abanico de las posibilidades políticas, a los motivos simbólicos y culturales dominantes, a los sistemas de comunicación, o los modelos cognitivo y educacional vigentes [11].

---

[11] Para las discusión sobre la interpretación del comportamiento social desde la perspectiva de las teorías de los movimientos sociales, véase Bert Klandermans, 1997. El caso de Polonia está presentado en Bronisław Misztal y J. Craig Jenkins, 1995.

Todos estos enfoques pueden ser relevantes en una medida u otra. Pero entre todos ellos cabe quizá destacar el factor de la tradición institucional y cultural, y de la memoria colectiva que son el legado de 45 años del sistema socialista, que dejó a la sociedad polaca pasiva y desconfiada. Los polacos tenían que neutralizar las experiencias y observaciones negativas que empañan la imagen de dirigentes políticos, tenían que superar la sensación de que no tuvieron influencia sobre su propio destino ni el de la sociedad, el recuerdo de su fracaso en los anteriores intentos de incorporarse a la actividad pública, y de su falta de habilidad y de visión para planificar su propia vida, su propio sentimiento de confusión respecto a las normas, instituciones e información, así como otras experiencias negativas en el escenario de la vida pública. Ante percepciones negativas del ambiente social, la reacción de la gente suele tomar la forma de una crítica total, de una tendencia a la queja, a la proyección de culpa sobre los demás y las condiciones exteriores adversas, así como a proponer recetas milagrosas, muchas veces irracionales, sin asumir la responsabilidad ni el riesgo de su comprobación en la práctica.

La herencia cultural y las taras del comunismo, con el concepto de trabajo social devaluado, y erosionados los vínculos entre los ciudadanos, el Estado y la ley, en un medio donde había cundido el síndrome de *homo sovieticus* y las antiguas estructuras pseudointegracionistas, fueron probablemente una causa principal de que el nivel de consciencia civil de los polacos haya sido bastante bajo, y de que lo haya sido también la autoconfianza de esta sociedad. En efecto, a la sociedad polaca la faltaba fe en la efectividad de sus acciones civiles. La evaluación muy negativa del escenario político agravaba aún más esa situación de falta de fe. Esa evaluación se hizo extensiva a todo el quehacer público, incluida la esfera social de las actividades civiles. Podemos concluir que la consciencia civil, el lenguaje y las habilidades civiles se estaban aún formando en Polonia, y, de momento, las manifestaciones de la opinión pública se referían sobre todo a escándalos políticos, en lugar de a asuntos cívicos más importantes, pero más alejados de la atención pública, menos conocidos, menos atractivos y frecuentemente tediosos. Debido a la falta de tradiciones y habilidades civiles y democráticas, la falta de experiencia organizativa, técnicas y otras competencias, el tercer sector en Polonia pasaba por muchas dificultades en su funcionamiento en los primeros años de la transición hacia el sistema democrático.

Actitudes de la sociedad y su participación en la vida asociativa

Hay varios niveles en el análisis de la estructura de una sociedad, entendida como un conjunto de interacciones sociales entre los agentes que la componen. Un nivel es el relativo a la estructura de clases y estratos sociales; otro es el relativo al tejido de asociaciones y organizaciones existentes. Finalmente, hay que tener en cuenta las conductas y las actitudes de la población, desagregada en familias y en individuos, y aquí aparece el tema de las actitudes de estos individuos ante la propia sociedad, y su disposición a participar en su vida asociativa, e incluso en su política.

Las causas de la apatía social y abandono de la vida pública y política por parte de amplios sectores de la sociedad polaca se suelen atribuir, sobre todo, a los procesos de anomia social. Hemos mencionado ya el fenómeno del repliegue de la sociedad en torno a la vida familiar y sus intereses particulares, así como su acción intermitente en el espacio público. También he hecho alguna referencia a la influencia de las experiencias de la población bajo el sistema comunista, y también cabría referirse al agotamiento de la energía relacionada con el quehacer público, que es característico de los largos periodos de ruptura y transformación social.

Esa pasividad social, es decir, esta falta de participación del ciudadano en la vida social y política, constituye la principal barrera social y cultural en el proceso de transformación. Una sociedad pasiva y desconcertada, o desorientada, rechaza las reformas y las percibe como un cambio que le es ajeno e impuesto desde arriba. Por lo tanto, se da una divergencia entre las iniciativas de las élites en el poder y todos los estamentos políticos, por un lado, y la sociedad que se retira para dedicarse a sus asuntos particulares, por otro.

En los primeros años de la década de los noventa, al principio de la transición desde el sistema comunista hacia la democracia, seguía vigente la tesis sobre la existencia de un "vacío social" entre el nivel "macro" de los asuntos de la nación en cuanto comunidad, y el de los asuntos "micro", familiares y particulares, tal y como la describió el destacado sociólogo polaco Stefan Nowak al referirse a las condiciones del comunismo (Nowak, 1979). Sin embargo, con el paso de tiempo, se observó una creciente actividad social dentro del marco de las organizaciones no gubernamentales y las comunidades locales. Aún no se podía hablar de grandes procesos, pero se podían observar

ciertos cambios tanto cuantitativos como cualitativos en esas estructuras, claves para el desarrollo de las capacidades cívicas de la sociedad polaca.

La disposición a participar en grupos y asociaciones

La transformación del sistema sociopolítico en Polonia ha supuesto cambios en la sociedad civil entendida en su sentido restringido, de los que hemos ido dando cuenta al referirnos al desarrollo del tercer sector. Desde este punto de vista, el rasgo característico de la sociedad civil moderna es la cada vez más diversificada estructura de las clases y los agregados sociales, y de los grupos de interés. Estos grupos se organizan en buena parte a partir de las clases y los agregados sociales correspondientes, por acción espontánea, es decir, por la libre voluntad y elección de los ciudadanos, y tienden a funcionar independientemente de las estructuras del Estado. En la medida en que esto es así, otros grupos intentan ser capaces de perdurar y defenderse solos, o movilizarse ante los retos o las amenazas. De modo que, en la sociedad civil existe una rica diversidad de instituciones sociales independientes, fundadas y sostenidas por sus miembros, que surgen como resultado de múltiples intereses. Algunos de esos intereses tienen un carácter estrictamente económico y relacionado con el funcionamiento del mercado; otros pueden estar relacionados con criterios axiológicos, ideológicos, religiosos o culturales, o con motivos sociales, étnicos o políticos, más o menos coyunturales. El análisis de la realidad social en Polonia del principio de la década de los noventa indica que faltaba mucho para alcanzar un pleno desarrollo de esta sociedad civil. Sin embargo, se detectaban ya ciertos síntomas positivos, que en esta discusión deseamos señalar.

En los años 1991-1992, entre 1 por ciento y 3 por ciento de las personas encuestadas declararon que pertenecían a una asociación cultural o local o a un movimiento social, el 3 por ciento pertenecían a alguna organización religiosa, el 4,5 por ciento estaban afiliadas a una organización profesional, y el 18 por ciento, a un sindicato de trabajadores. Un 53 por ciento de los encuestados consideró que no existía en Polonia ninguna organización, sociedad ni sindicato que representara sus intereses. Un 26 por ciento creyó que sí existía, sobre todo, el sindicato *Solidaridad* y otros sindicatos, pero casi nadie mencionó una organización local, cultural o movimiento social. En cambio, 1/3 de los

encuestados consideró que si bien nadie actuaba en su interés de forma organizada, era necesario crear una organización que lo hiciera. Por lo tanto, al menos estos últimos eran conscientes de la necesidad y de la falta de una representación institucional de sus intereses. De hecho, un 44 por ciento de los encuestados declaró que, si apareciera alguna organización o asociación que representara sus intereses, estaban dispuestos a afiliarse (32 por ciento), o participar activamente en ella (12 por ciento) (Siemieńska, 1991).

Los resultados de estos sondeos confirman la tesis de que, aunque la actividad social organizada en los principios de los noventa era muy escasa, una parte importante de esa sociedad (entre un 30 por ciento y 40 por ciento) manifestaba su deseo de participar en actividades sociales. De modo que existía un considerable potencial para la actividad civil, declarado pero desaprovechado y bloqueado por factores económicos, históricos, culturales y políticos, y, en particular, por una falta de confianza en la eficacia de las actuaciones sociales: más del 76 por ciento de los encuestados consideró que las personas que deseaban participar en los asuntos sociales poco o nada podrían conseguir (Wyka y Gliński, 1992).

Al resumir estas consideraciones, constatamos que la actividad social, tanto colectiva como individual, al principio de esta etapa de transformación era muy limitada, los vínculos horizontales de la sociedad estaban poco formados, y que los mecanismos de la democracia parecían carecer de un entramado social de apoyo.

En 1992 y en 1995 se llevaron a cabo estudios entre la población adulta de Polonia y los resultados indican que la proporción de las declaraciones que manifestaban una potencial actividad ciudadana fue prácticamente igual en el año 1995 que tres años antes (CBOS, 1992). Si en 1992, el 53 por ciento de los encuestados opinaba que no existían organizaciones que actuasen en su interés, en 1995, el 55 por ciento opinaba igual. Si el 54 por ciento de los encuestados en 1992 pensaba que eran necesarias nuevas organizaciones para ocuparse de sus problemas, tres años más tarde la proporción era del 55 por ciento. En 1992, el 33 por ciento de los encuestados creía que nadie se ocupaba de sus intereses de forma organizada y que era necesario crear organizaciones que lo hiciesen; en 1995, el 35 por ciento tenía la misma opinión y era consciente de que hacía falta una representación institucional que velase por sus intereses.

Por otra parte, durante ese mismo periodo de tiempo, aumentó ligeramente el número de los que declaraban estar dispuestos a

aprovechar las nuevas oportunidades institucionales para su participación social. En 1992, el 44 por ciento de los encuestados se había declarado dispuesto a incorporarse a esas nuevas organizaciones. En 1995, el 51 por ciento hizo una declaración semejante. Además, en 1992, el 12 por ciento se había declarado dispuesto a asumir responsabilidades en la actividad de las nuevas estructuras que se pudieran crear; en 1995, el 17 por ciento declaró la misma disposición.

Tanto si los encuestados se implican cívicamente, conforme con lo que se habían declarado estar dispuestos a hacer, como si no, lo que podemos llamar "el activismo cívico potencial no realizado" demuestra el estado de gran frustración de la sociedad polaca de la época. Esa frustración puede traducirse en una actividad civil efectiva cuando se presenta la oportunidad, o quedarse en meras declaraciones. Eso depende en parte de las condiciones que puedan crear el Estado y las distintas entidades administrativas y autonómicas. Se trata de condiciones que determinan el carácter de la infraestructura de la educación, del derecho, de la economía y de las organizaciones no-gubernamentales. Esa infraestructura en Polonia era débil en aquel momento.

En cuanto a la edad e ingresos de los encuestados, la diferencia más destacada se manifestaba en los grupos extremos. En 1995, dentro del grupo de encuestados más jóvenes, la proporción de los que opinaban que no había organizaciones que actuasen en su interés era ligeramente inferior a la de los otros grupos. En el estudio de 1992, las personas más jóvenes demostraban mayor interés en la creación de nuevas organizaciones, mientras que, en 1995, lo hacían así los encuestados de edad media. A su vez, en ambas encuestas, fue bastante baja la proporción de las personas mayores que veían la necesidad de crear nuevas organizaciones o deseaban participar en sus actividades. Asimismo, ambas encuestas demuestran que las personas con los ingresos más altos eran las que tenían menos interés en crear nuevas organizaciones o participar en ellas (IFiS, 1995).

Otra medida, aunque indirecta, del considerable potencial no realizado de actividad cívica fue el amplio apoyo social a la institución de la autonomía territorial, que revelaron numerosas encuestas. En 1995, el 62 por ciento de los encuestados opinaba que, en Polonia, no se asignan bastantes tareas o competencias a las entidades autonómicas locales. Únicamente un 15 por ciento de los encuestados opinaba

lo contrario [12]. Estar a favor de la ampliación de las competencias de las autonomías territoriales no implica automáticamente mayor propensión a una participación personal en la vida civil. Sin embargo, tanto la autoorganización de la sociedad a nivel local como del desarrollo de las instituciones autonómicas locales, ayudan a desarrollar la predisposición para las acciones cívicas.

[12] Sondeos realizados por el Instituto de Filosofía y Sociología de la Academia de Ciencias. IFiS, 1995.

11. TRANSFORMACIONES CULTURALES

Para analizar las orientaciones culturales y los valores de la población durante el periodo de transición a la Polonia democrática, conviene referirse tanto a las continuidades como a las discontinuidades entre tales orientaciones y las del periodo precedente. En las primeras secciones veremos los cambios en las pautas de percepción y de valoración de la situación por parte de la sociedad misma, es decir, de los ciudadanos ordinarios, poniendo en relación estas orientaciones culturales con su conducta y con el funcionamiento de la sociedad, en sus diferentes niveles, incluyendo de la familia y de la esfera privada. En las últimas secciones cambiaré la perspectiva y el nivel del análisis y me referiré a dos focos de influencia cultural en la esfera pública, con mensajes complejos y sofisticados: en primer lugar, el de la Iglesia católica, y después el de la *intelligentsia* secular, tomando el ejemplo de un medio de comunicación muy influyente en el espacio público, como es *Gazeta Wyborcza*.

DE LA PROTESTA AL RECHAZO DEL SISTEMA COMUNISTA

La protesta en los años ochenta

Los cambios de las actitudes y de los valores políticos de los polacos que ocurrieron en la segunda mitad de los años ochenta supusieron el paso de la aceptación condicional al rechazo radical del comunismo como ideología que definía una forma de vida y de sistema social. La explicación habitual del rechazo del sistema socialista apunta a la creciente desproporción entre las aspiraciones sociales y las posibilidades de su cumplimiento dentro del marco del existente orden social y, sin duda, éste fue un factor clave en el proceso de deslegitimación del sistema comunista, pero las razones fueron también otras y más profundas, entre las que se incluía el catolicismo, el simple deseo de libertad,

el apego a valores tradicionales de la patria y la familia, y las reacciones consiguientes al desorden moral y emocional del sistema comunista y del modo de gestión del Partido Comunista, centralizado, extremadamente ideológico, poco eficaz y aparentemente incapaz, incluso, de suscitar un verdadero sentido de comunidad[1].

Después de la "década de los éxitos" de la época de Edward Gierek en los años setenta, una bajada repentina en el nivel del consumo durante 1980-1982 fue una experiencia traumática para la sociedad polaca, sobre todo si se tiene en cuenta la rapidez y la profundidad de los cambios en el estilo de vida que habían tenido lugar. Las tiendas se vaciaron de un día para otro, y las colas, cada vez más largas, para adquirir productos esenciales, forzaron las restricciones en el consumo. Lo que parece particularmente importante es que la caída en los niveles de vida fue acompañada por la decadencia en el orden social, tanto a nivel institucional como normativo. Reglas bien conocidas y aceptadas de comportamiento cotidiano, dejaron de funcionar virtualmente en una noche. Si alguien quería, por ejemplo, comprar cigarrillos, no podía simplemente ir al quiosco, porque, o bien no los encontraría allí, o bien toparía con una cola muy larga, o las dos cosas a la vez. Si uno hacía planes para ir a visitar a unos amigos, no podía contar con utilizar el tranvía o el autobús, porque no podía estar seguro de que una ola de huelgas no les hubiera dejado fuera de servicio. La impresión de caos, de la disolución de las instituciones, de una creciente desintegración de la sociedad, y el sentimiento de miedo y de falta de seguridad que todo esto supuso, fue un factor que facilitó el hecho de que la introducción de la ley marcial el 13 de diciembre 1981, aunque generalmente condenada, fuera aceptada por mucha gente con cierto alivio, como algo de lo que se esperaba una vuelta al orden y la estabilidad de la vida social. Dos años después de que esto sucediera, un 55,7 por ciento de los encuestados la consideraron como válida ("definitivamente sí" y "más bien sí"), y la afirmación de que "la ley marcial introdujo paz y orden" fue aceptada por un 41 por ciento de los encuestados (Adamski, Jasiewicz y Rychard, 1986).

La convicción de que la situación de dificultad económica era temporal, fue generalmente compartida al comienzo. Por lo demás, la marca de lo provisional apuntaba a la propia ley marcial, la cual por defini-

---

[1] El sociólogo Jacek Tarkowski examina cómo la eficiencia de la economía fue el sustituto de la legitimación en Polonia después de la Segunda Guerra Mundial (Tarkowski, 1988).

ción había sido presentada como una solución transitoria. Las medidas económicas se promulgaron para tener una duración limitada. En general, la vida de la sociedad polaca por aquel entonces estuvo dominada por acciones de los individuos y las familias cuyo propósito era proteger los niveles de consumo anteriormente conseguidos y sobrevivir así a la crisis. Aparecieron varias formas de adaptación de los consumidores a la crisis económica como, por ejemplo, el intercambio de los productos racionados, la venta del sitio en la cola guardado por un jubilado, utilización de cacao en vez de chocolate para la producción de dulces (Milic-Czerniak, 1989). La característica común de muchas de estas actividades fue su empeño de funcionar "fuera del sistema", aprovechando todos los recursos que reemplazaran o sustituyeran unas instituciones estatales que parecían ineficaces y poco funcionales.

Tratando de superar el caos

En este intento de adaptación a la situación de crisis destacaban dos patrones básicos: el tradicionalismo forzoso *(wymuszony tradycjonalizm)* y las innovaciones parasitarias *(innowacje pasożytnicze)*[2]. Con el primero, *el tradicionalismo forzoso*, se trató de lograr las aspiraciones propias de las sociedades modernas utilizando los medios característicos de las sociedades tradicionales. Estuvo marcado por una "naturalización" del consumo, es decir, por un alto nivel de "autoservicio" para la satisfacción de las necesidades materiales y la creciente importancia de los pequeños grupos informales: la familia, los amigos, los círculos sociales, y los "arreglos" surgieron en una red semiespontánea de interconexiones mutuas.

El segundo patrón de adaptación tuvo un carácter más formalmente innovador. Consistió en el esfuerzo por explotar las oportunidades que la reforma económica estaba ofreciendo a las empresas privadas. Sin embargo, estas actividades innovadoras tuvieron dos limitaciones específicas: subordinaron casi todas las actividades individuales al objetivo de conseguir el dinero necesario para la siguiente operación económica sin apenas posibilidad de acumulación y, además, se limitaron en general al aprovechamiento económico de los puntos débiles del sistema institucional, que permitieron estas *innovaciones parasitarias*.

---

[2] Estos conceptos fueron introducidos y utilizados por Mirosława Marody, 1987.

En los años ochenta, diversos elementos de estos dos patrones de adaptación fueron utilizados conscientemente por la mayoría de la sociedad polaca, siempre a la espera de que la crisis desapareciera. Sin embargo, con el paso del tiempo se hizo evidente que superar la crisis era una meta inalcanzable. El dinero ganado se lo comía la inflación; la carencia de bienes en el mercado enredaba a la gente en actividades que consumían todo su tiempo; la ineficacia de las instituciones del sistema desorganizaba la vida familiar. Y además, acaso tal vez igualmente importante, la imposibilidad de definir futuros proyectos causaba ansiedad y estaba convirtiéndose en una causa adicional de frustración. El sentimiento de desproporción entre la lucha por mantener los niveles de vida previamente conseguidos y los efectos resultantes estaba convirtiéndose en una experiencia dominante, en el sentimiento de estar volviendo hacia atrás, a pesar de doblar los esfuerzos.

Esta "segunda sociedad" *(drugie społeczeństwo)*, que se había ido construyendo durante este proceso de adaptación, no pareció capaz, sin embargo, de crear sus propias instituciones independientes del sistema dominante. La racionalidad de los individuos era una racionalidad a una escala microsocial, estaba dirigida, sobre todo, a manejar las situaciones individuales, y no a producir un cambio del sistema mismo. Se intentaba la conservación precaria del nivel de bienestar individual no a través de unas nuevas normas de vida social, sino, más bien, simplemente desmontando, rompiendo o desviándose de los estándares que hasta entonces operaban. Este proceso estuvo acompañado por dos fenómenos. Uno fue la erosión del orden vigente institucional, que se manifestaba a través del creciente caos institucional, la desorganización de la vida pública y la destrucción de la infraestructura material de la sociedad. El segundo fue una expansión de un modo de conducta según el cual el principal regulador de la actividad humana, en vez de ser el de seguir normas y reglas generales, se hizo cada vez con más frecuencia dependiente de los hechos locales e inmediatos, es decir, de los datos y factores de cada situación concreta.

Los fenómenos fueron la expresión de la incapacidad del sistema social para coordinar las actividades individuales a nivel global. Se podría decir que la racionalidad del macronivel estaba actuando en una dirección diametralmente opuesta a la racionalidad del micronivel, o que simplemente resultaba irrelevante en la vida real. Con los mecanismos institucionales de corrección y de ajuste bloqueados, el choque entre estas racionalidades opuestas provocó desorden y desconcierto en la vida social, y en la aplicación de las reglas a la conducta de

las gentes. La realidad social pareció hacerse normativamente indeterminada, lo cual equivale a decir que dejó de referirse a unas reglas de acción aceptadas con carácter general de normas y principios válidos con ese carácter. Empezaron a aparecer códigos locales, válidos para determinados grupos de personas involucradas en un conjunto de interacciones concretas. Aunque a corto plazo y a escala local, se podían alcanzar objetivos individuales o de grupo, a largo plazo y a escala global, parecía imposible la reproducción del conjunto del orden social.

Este proceso de descomposición del orden social se aceleró en 1980-1982, aunque la introducción de la ley marcial intentó detenerlo, imponiendo reglas de acción estrictas y duras en todas las esferas de la vida social; en los años siguientes volvió a desarrollarse, aunque de manera menos visible. Una consecuencia de ello, y al tiempo una de sus causas, fue la caída gradual del nivel de vida material de la sociedad.

Más graves todavía fueron sus efectos en la esfera de la conciencia social. El empobrecimiento de la sociedad se tradujo en una sensación de degradación civil, que no podía ser justificada normalmente apelando a la necesidad de un sacrificio “por la nación y por su futuro” *(za przyszłość ojczyzny)*. Al mismo tiempo, las dificultades económicas se repartían desigualmente, y era cada vez más visible la existencia de grupos acomodados que daban ejemplo de éxitos económicos y de consumos ostentosos, todo ello basado en la aplicación y el manejo de reglas difíciles de comprender y, para muchos, de sospechosa moralidad, aunque en esa conducta, en parte, estaban implícitos paradigmas de “racionalidad” diferentes de los tradicionales y de aquellos que ofrecía el sistema socialista vigente.

Hacia una actitud explícita de rechazo del sistema

Si en la primera mitad de los ochenta el sistema sociopolítico existente en Polonia fue rechazado en la esfera simbólica, y alterado, y confundido por la aplicación de principios y patrones de conductas diferentes en las actividades diarias, en la segunda mitad de este periodo el rechazo del sistema se hizo más profundo y alcanzó todos los niveles. No sólo se cuestionó la legitimidad del orden político vigente, sino que se le consideró irrelevante a los efectos de influir en las interacciones individuales cotidianas, y de explicar el funcionamiento de las propias instituciones del sistema, así como de reflejar los principios más generales inspiradores de la acción estatal.

Primero, tuvo lugar un proceso de rechazo generalizado de la posición dominante del estado en la economía. Todavía en 1983, el monopolio del estado en el campo del comercio internacional y de la industria pesada era aceptado por un 55,7 por ciento y un 76,9 por ciento de los encuestados respectivamente. En 1988 el nivel de aceptación había bajado a un 10,8 por ciento y un 31,5 por ciento de los encuestados (Banaszek, 1989). Segundo, ocurrieron cambios significativos en la forma de cómo los polacos describían su ideal del orden social y cómo situaban en una jerarquía los valores de la igualdad en la vida social, el igualitarismo de los salarios por debajo de los derechos de ciudadanos, la satisfacción de las necesidades materiales, el pluralismo de las opiniones y un modelo policéntrico del poder político. También aumentó significativamente el apoyo a la propuesta de que el Estado redujera las ayudas sociales a los más desfavorecidos, lo que demuestra que los polacos se opusieron al adoctrinamiento del comunismo que imponía el igualitarismo de los salarios sobre los demás valores (Kolarska-Bobińska, 1989).

La transición de la aceptación condicional al rechazo radical del comunismo como ideología implicó la aceptación gradual de una racionalidad nueva, que centró su foco de atención en el balance de beneficios, costes y riesgos de las acciones individuales en el espacio de la convivencia social. Esta transición no tuvo lugar de un día para otro, sino a lo largo de un proceso extendido en el tiempo, cuyo desarrollo fue influido por la indeterminación normativa de la realidad social, que, por un lado, era el resultado del proceso de adaptación, y por otro, al mismo tiempo, limitaba la eficacia de esa misma adaptación. Al nivel del sistema, esta indeterminación llevó el país muy cerca del punto de ruptura de un mínimo indispensable de conformidad e integración social. Al nivel individual, se produjo un desconcierto de mucha gente acerca de las reglas según las cuales los demás estaban jugando, y esto interfirió con el proceso de racionalización de las actividades individuales antes mencionadas. A ambos niveles, el riesgo era el de que se pudiera estar creando un vacío de normas y de reglas y un grado significativo de anomia en la sociedad.

Con la perspectiva del tiempo transcurrido, lo curioso no fue tanto el rechazo del sistema socialista, como el hecho de que éste ocurriese relativamente tan tarde, incluso cuando se considera las generaciones más jóvenes. Todavía en 1987, el 58 por ciento de los jóvenes encuestados daban una respuesta afirmativa a la pregunta: «Después de la experiencia hasta la fecha, ¿cree ud. que merece la pena conti-

nuar la construcción del socialismo en nuestro país?»; tan sólo un 28,8 por ciento contestó negativamente. Sin embargo, sólo dos años más tarde, la distribución de las respuestas a la misma pregunta fue exactamente la opuesta: 28,8 por ciento "sí" y 60,4 por ciento "no" [3]. Es significativo que también se diera un cambio radical respecto a la valoración del pasado. En 1987, un 69,9 por ciento de la juventud todavía creía que el socialismo había traído a Polonia más beneficios que inconvenientes o, por lo menos, tantos beneficios como inconvenientes, mientras que el 23,2 por ciento era de la opinión de que había ocasionado más inconvenientes que beneficios. En abril de 1989, las primeras dos opiniones eran aceptadas por tan sólo un 39,7 por ciento de los encuestados, mientras que el porcentaje de los que veían más desventajas sobre los beneficios subió a un 55 por ciento de los encuestados.

LOS CAMBIOS DE LOS AÑOS NOVENTA: ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

El rechazo del comunismo como ideología que debiera determinar la forma del sistema social encontró su expresión política más espectacular en las elecciones parlamentarias de junio de 1989, cuyo resultado fue que el poder en Polonia cayó en manos de un equipo de gentes con una orientación ideológica diametralmente opuesta. Se puede definir esta orientación como pro-mercado y pro-democrática, puesto que los cambios en el orden institucional introducidos por el gobierno de Tadeusz Mazowiecki estuvieron dirigidos al establecimiento de una economía de mercado y un sistema político democrático. Desde el principio, estos cambios fueron acompañados por un alto nivel de apoyo de la sociedad a la política del nuevo gobierno, un alto nivel de confianza de los líderes públicos, y la aceptación de la necesidad de un periodo de austeridad largo aunque limitado en el tiempo. Podríamos decir que la sociedad polaca en junio de 1989 no sólo (negativamente) rechazó la orientación comunista, sino que también (posi-

[3] Resultados de las encuestas llevadas a cabo entre la juventud polaca y realizadas por el Centro de Investigación de Opinión Pública publicados bajo los títulos «Valoración de las condiciones de vida» *(Oceny warunków życia)* y «La juventud 89» *(Młodzież 89)*. CBOP: 1987 y 1989.

tivamente) aceptó de manera explícita y consciente una orientación democrática y favorable al mercado, con sus reglas correspondientes.

Es significativo que el apoyo a los esfuerzos reformadores del nuevo gobierno estuvo basado, sobre todo, en la confianza en las personas que formaban parte de él, en particular en el primer ministro Mazowiecki, y no en intereses políticos claramente articulados. Tampoco la sensación de especiales privaciones o dificultades económicas dio lugar a grupos con identidades sociopolíticas muy diferenciadas y conscientes de la particularidad de su posición social.

Este apoyo, en realidad, se cifraba en "contener el aliento" y "aguantar", durante un periodo de transición política y superación de la crisis económica, mientras se esperaba el momento en el que el vicepresidente Leszek Balcerowicz anunciara en la televisión que la transición hacia la economía de mercado había concluido y que, por tanto, el funcionamiento normal de la vida económica y social podía reanudarse. Los polacos estaban ya más o menos acostumbrados a este tipo de apelaciones de los políticos en tiempos de dificultades, y eventualmente de apoyo a ellos. Como ya hemos mencionado en los capítulos anteriores, en la larga historia de las crisis económicas en la Polonia comunista tanto Władysław Gomułka como Edward Gierek, primeros secretarios del Partido Comunista, ofrecían ciertas medidas económicas para superar la crisis pero sobre todo pedían sacrificios a la población. Sólo que esta vez se hacía sin colas en las tiendas, con más bienes de consumo a la vista, con oficinas públicas donde trabajaban quizás más eficientemente, empleados más sonrientes, y sobre todo en el marco de un Estado donde la nomenclatura comunista había sido sustituida por nuevos líderes que merecieran la confianza de la gente, y en todo caso habían sido elegidos por ella.

La decisión de aceptar las consecuencias de los mecanismos de mercado introducidos por el gobierno fue más una elección moral y el reflejo de la falta de legitimidad y de viabilidad del sistema económico del socialismo, con el que se había vivido tanto tiempo, que un cálculo deliberado y reflexivo basado en la experiencia directa (lo que hubiera sido imposible en la época). En cierto modo, para muchos esa decisión fue una forma de "esconderse en el montón colectivo", en el marco de una creencia generalmente compartida, buscando un apoyo psicológico en el "espíritu de la comunidad" y el sentimiento de la solidaridad colectiva. En la década de los ochenta la sociedad polaca estaba dispuesta a tomar decisiones colectivas como cierta continuación de la experiencia colectiva del periodo de *Solidaridad*, pero a los ciu-

dadanos, como personas individuales, les faltaban las costumbres y el coraje de tomar decisiones políticas individuales (Białecki, 1990). También esto fue resultado de una confianza en las autoridades, en quienes se delegó la plena responsabilidad por el proceso de reformas, lo que permitió absolver a cada uno de la responsabilidad y la necesidad de tomar decisiones personales sobre su propio futuro.

Lo más llamativo en el análisis de las actitudes políticas de estos años noventa es el parecido estructural de estas actitudes con las de periodos anteriores. Naturalmente, en vez de las autoridades comunistas se trataba ahora de las autoridades de *Solidaridad*, pero, en ambos casos, la política fue percibida como el campo propio de aquellos que estaban en el poder o intentaban llegar a él, cuya tarea era construir una vida mejor para la sociedad. En ambos casos, la entrega de la responsabilidad para las decisiones fundamentales relativas al bienestar y la prosperidad de la sociedad se dejó en manos de los centros públicos; en ambos, la dimensión básica que definía la vida política de las masas tendía a ser la dimensión de su confianza o su falta de confianza en los líderes; y en ambos, por tanto, la categoría fundamental que iluminaba las opciones políticas del electorado parecía ser "la fe".

Voluntad de cambio

A pesar de todas las diferencias en cuanto a los propósitos y al apoyo social, la transformación del sistema sociopolítico en Polonia a partir de junio de 1989 tuvo, al menos, un rasgo en común con la reestructuración iniciada cuarenta y cinco años atrás por los comunistas. En ambos casos, se trató de un intento de introducir desde la cumbre política nuevas instituciones en la vida de una sociedad acostumbrada a instituciones muy diferentes. En los dos casos, un problema esencial que los reformadores hubieron de afrontar, fue el derivado del hecho de que las acciones individuales cotidianas tendían a apoyarse en hábitos formados como resultado de experiencias sociales totalmente diferentes.

Las actitudes que describiré a continuación responden a hábitos formados durante la época del socialismo real. Les subyace una percepción de la política como una esfera inaccesible a las acciones individuales, como una área dominada por las autoridades, cuyas decisiones parece que pueden ser puestas en cuestión por la sociedad pero no influenciadas por ella. La percepción de la política como un instru-

mento con el que manejar la sociedad, a disposición de la administración estatal, y como un ejercicio de coerción sobre la sociedad, que puede ser resistida, pero sobre la cual la gente no tiene influencia, es el reflejo de muchos años de régimen totalitario y autoritario.

Las turbulencias en la estructura social y el sistema de reglas, antes mencionadas, no suprimieron la diferenciación social, pero consiguieron dirigir la atención de los individuos hacia las diferencias entre unos grupos sociales y otros. Entre ellos, el único plano de integración fue el de un "interés social general" concebido en oposición a "los intereses de las autoridades". La división entre "nosotros" y "ellos" fue compatible con el desarrollo de cierta forma de identidad social expresada en términos negativos tanto respecto a "ellos" como entre "nosotros", puesto que ponía el acento en las diferencias y no en las similitudes. Esto creó una actitud de la solidaridad social negativa a escala global, y a la de los particulares grupos sociales. En resumen, los polacos encontraron más fácil integrarse y unirse en contra de algo que a favor de algo.

Anteriormente ya nos hemos referido a la tesis del destacado sociólogo polaco Stefan Nowak según la cual los polacos estaban integrados a dos niveles de interacción social relativamente extremos: al nivel "macro" de los símbolos nacionales y religiosos, y al nivel de las microestructuras de convivencia (Nowak, 1979). La comunicación entre estos dos niveles era muy débil y producía un "vacío social". El mundo de las instituciones, situado entre estos dos niveles, era percibido como extraño, y al que sólo cabía ajustarse a través de las informalidades de las experiencias a nivel microsocial. Además, en este nivel de las microestructuras, tenía lugar una disputa permanente entre los pequeños grupos, que, aunque internamente integrados, podrían ser agresivos unos con otros. Esto sugería una sociedad que fue un agregado de pequeños grupos que competían entre sí, que, en ocasiones se referían a símbolos comunes amplísimos como la nación o la Iglesia, y que estaban rodeados por instituciones hostiles, que no se podían manejar y con las que se podía vivir sólo si se las corrompía.

¿Cómo se correspondía esto con la imagen de una sociedad en la que el papel de líder lo jugó el movimiento *Solidaridad*? La solidaridad polaca tradicional (entendida como rasgo de su estructura social, y no como movimiento sociopolítico particular), ha sido sobre todo, como ya hemos dicho, una solidaridad contra algo, más que a favor de algo. De aquí el destacado papel que jugó la protesta en sus procesos de integración social. Se trata de una solidaridad en dos niveles extre-

mos, macro y micro, mientras que el nivel "medio" de las instituciones y las organizaciones, fue muy débil. Esto significó que el posible foco para una acción colectiva pudo aparecer al micronivel, el macronivel estaba dominado por valores morales, y no existían o fueron débiles las instituciones intermedias como instrumentos de la integración. Todo esto pudo ser suficiente para destruir el comunismo, pero planteó serios problemas a la hora de crear un nuevo orden.

Las consecuencias de esto para el proceso de democratización de la vida política pueden resumirse diciendo que las condiciones para una rápida introducción y aceptación de los procedimientos formales legales que constituyen un elemento esencial del orden democrático, fueron débiles en la sociedad polaca. La orientación hacia las personas, cuyas cualidades son valoradas en términos morales más que por su programa y su eficacia, sigue siendo el criterio decisivo, de aquí el papel fundamental de las categorías de la confianza y la fe en la toma de las decisiones políticas y en los apoyos políticos. La política fue vista con frecuencia como el campo de actuación de los políticos, y no de la sociedad como tal. Y la densidad institucional y reformativa de la sociedad (el "nivel intermedio") parecía pequeño.

Todas estas actitudes, costumbres y expectativas desarrolladas en la esfera política constituyeron factores esenciales a tener en cuenta a la hora de considerar las posibilidades de construir un sistema democrático en Polonia. En la sociedad polaca, acostumbrada a cierto tipo de solidaridad, las nuevas divisiones políticas y el pluralismo político han podido ser vistas por muchos como una amenaza más que una esperanza. La creciente diferenciación social, resultado de un mercado libre operando en el seno de una sociedad en la que, debido a la difuminación de la esfera normativa, existía una falta de reglas claramente definidas, también han podido ser una fuente de frustraciones y resentimientos sociales. En esta situación, la política percibida durante años como el campo propio de las autoridades y como una esfera de distribución de los recursos, pudo ser transformada fácilmente en un medio para el desarrollo de un populismo autoritario e igualitario. De hecho, como comentamos en el capítulo anterior, en los primeros años de la década de los noventa aparecieron varias agrupaciones, partidos y movimientos, nacionalistas y católicos de carácter populista, por ejemplo, el Partido X, el Partido Polaco de los Amigos de la Cerveza, el Movimiento para la República.

Hay que tener en cuenta que en el periodo comunista la política pública fue vista, sobre todo, como un instrumento de distribución de

los bienes sociales y que en parte debido a ello y debido a la apropiación de la política por las autoridades, el ciudadano medio dejó de interesarse en el tema previo de que esos bienes tenían que producirse en primer lugar para distribuirse después. Esta orientación prioritaria hacia las funciones distributivas de la acción de gobierno hace que los impulsos sociales adquieran el carácter de demandas o presiones sobre el gobierno, más que el carácter de búsqueda de soluciones a urgentes problemas sociales.

Considerando que la disolución de la estructura social y la falta de identificación del "nivel medio" fueron el resultado de un "vacío social", también habría podido esperarse que la categoría fundamental alrededor de la cual el anhelo por la unidad de la comunidad quedase colmado, fuera el concepto de nación. Las instituciones democráticas de la vida pública habrían podido facilitar así el desarrollo del nacionalismo, como el referente fundamental de las orientaciones políticas.

Evidentemente, las orientaciones políticas concretas que se desarrollaron en los primeros años de la transición, fueron diferentes combinaciones de los elementos arriba mencionados. También estuvo claro que no debía hacerse responsable al sistema institucional del orden político democrático de su potencial desarrollo. Los procesos macroeconómicos, como una recesión o el paro, podían tener efectos mayores en la evolución. En esta situación, las actitudes y las costumbres resultado de los procesos de adaptación al sistema comunista del pasado, pueden continuar o pueden ser alterados como consecuencia de la experiencia democrática, y esto último es sin duda, a largo plazo, lo más probable. A su vez ello puede repercutir en el funcionamiento de las instituciones políticas y en las reacciones del país a la coyuntura económica.

En junio de 1989, la sociedad polaca, al votar a los representantes de *Solidaridad*, mostró de manera inequívoca su voluntad de cambio. Pero el modelo de orden social elegido en ese momento fue, para la mayoría de las personas, un modelo abstracto que no tenía el respaldo de numerosas experiencias individuales y repetidas en el tiempo. Para que aquella voluntad de cambio pudiera convertirse en un cambio real no sólo era necesaria la introducción de nuevas instituciones, sino también, y tal vez sobre todo, el desarrollo de nuevas actitudes, hábitos y expectativas relativas a la realidad social, y una reconstrucción de todos los elementos que componen el hábitat social. Esto es un proceso a largo plazo, y su curso será afectado, no sólo por los cambios políticos, sino también por los cambios en otras esferas de la vida social.

Residuos de las actitudes del pasado

Durante más de cuarenta y cinco años de comunismo se han desarrollado ciertas actitudes en la vida cotidiana y la manera de pensar de los polacos. Parece interesante analizar cuál es el impacto de esta herencia sobre el proceso de transición hacia un nuevo sistema político y, por otra parte, cómo las nuevas instituciones y reglas de la vida política y económica realzan nuevas actitudes y orientaciones de la sociedad que vive y actúa en un periodo de la transición, en el que todavía quedan restos de viejas ideologías y convicciones, pero en el que también aparecen nuevas maneras de pensar y de sentir.

Se podría suponer que la sociedad polaca aprovecharía su primera oportunidad de liberarse del dominio comunista rechazando inmediatamente todas las instituciones y, sobre todo, la ideología y la manera de pensar de los comunistas. Pero no ha sido así, y está claro que tanto las costumbres, los pensamientos y los sentimientos, la imaginación y las aspiraciones, como la percepción del mundo en general de los polacos, seguían estando influidos, y en cierto modo, distorsionados por el sistema comunista en que la sociedad polaca vivió tantos años.

Los estudios sociológicos cualitativos de los estilos de vida y las formas alternativas de vivir en Polonia destacaron seis actitudes heredadas por la sociedad polaca del periodo del comunismo (Łukasiewicz y Siciński, 1992).

La primera fue la convicción popular de que la *unidad ideológica* de la sociedad polaca había sido al tiempo un hecho y un valor importante. La mayoría de la sociedad polaca era partidaria de la democracia, pero entendía ésta más como una democracia de consenso en la vida pública, que como la interacción y la competición entre varios grupos, puntos de vista e ideas. Los efectos de esta actitud fueron claramente visibles en la vida política de la Polonia post-comunista, donde la mayoría de la sociedad polaca no aprobaba las disputas entre los partidos, y la gente incluso no entendía las diferencias entre los partidos ni se interesaba por sus programas. Hemos comentado ya los efectos de esta actitud en el capítulo anterior, cuando en 1990 la mayoría de la sociedad no aprobaba la "guerra en la cúpula": las disputas entre las dos ramas que pretendían ser representantes verdaderos de *Solidaridad* y que, finalmente, resultó en beneficio de Stanisław Tymiński en la primera vuelta de las elecciones presidenciales.

El segundo rasgo, el *igualitarismo* básico, a menudo expresado en el dicho "todos tenemos los mismos estómagos", estuvo estrechamente relacionado con el tercero, el de la llamada *actitud de reivindicación*, es decir, la de esperar y exigir del Estado que se preocupe y cumpla con su obligación, que fue la de satisfacer todas las necesidades de los ciudadanos. Los polacos exigían por una parte una eficiente economía de mercado libre que mejorase su estándar de vida, y por otra, la igualdad económica y la seguridad social comunistas.

La cuarta actitud estuvo relacionada con el papel particular que tenía el *puesto de trabajo* fijo y estable, tal como solía serlo en las empresas o en la administración estatales. En el comunismo, el puesto de trabajo garantizaba no sólo el salario sino también múltiples privilegios, que eran muy importantes en un país afectado por una escasez casi permanente de muchos productos, incluidos los de alimentación. El puesto de trabajo y el hogar, y no las asociaciones o las comunidades locales, eran percibidos como los centros más importantes de organización de la vida cotidiana. Como las asociaciones y las comunidades locales estuvieron controlados por el estado comunista, la sociedad polaca carecía de costumbre de participar voluntariamente en ellos. En el capítulo anterior sobre las actitudes políticas hemos presentado ampliamente este tema subrayando que la mayoría de los afiliados a las asociaciones de la etapa del comunismo lo hizo por motivos instrumentales, pensando en la promoción en su carrera profesional.

El quinto rasgo fue una especie de *apatía cívica* de la sociedad polaca, que se hizo mayor desde la imposición de la ley marcial en Polonia el 13 de diciembre de 1981, es decir, desde que las grandes aspiraciones y la energía de la sociedad polaca quedaron bloqueadas por el gobierno. Como ya hemos comentado en forma más detallada en los capítulos anteriores, la falta de esperanza y de interés por el futuro, junto con la necesidad de concentrarse en los problemas y las dificultades presentes, caracterizaron a la mayoría de la población polaca en la década de los años ochenta. La gente mayor a menudo veía alguna esperanza sólo en un distante futuro de sus hijos; la gente joven, con frecuencia, estaba únicamente interesada en emigrar (Stola, 2000).

Finalmente, hay que mencionar el sexto rasgo, un sentimiento de *desconfianza* hacia las autoridades y hacia los medios de comunicación. El sentimiento de desconfianza se había desarrollado durante muchos años de frustraciones y de falsas promesas ofrecidas por el sistema comunista y que luego nunca se cumplían.

Privatización de orientaciones y disminución de aspiraciones

Estas actitudes y convicciones fueron significativas en la vida de Polonia en el periodo de la transición no sólo porque formaban parte de la personalidad social de los polacos, sino porque, al parecer, no se correspondían con las exigencias de la economía de mercado, ni con las de un orden pluralista y democrático, que fueron las que se pretendían construir en Polonia.

Encontramos aquí, a este respecto, dos problemas importantes. Primero, seguía existiendo una especie de privatización de las orientaciones de la gente, lo que se reflejaba en diferentes tendencias[4]. Una fue la tendencia a restringir el alcance de los vínculos sociales. La orientación hogareña en torno a la familia fue muy intensa, así como, en menor medida, los vínculos de amistad. Contaron también mucho, con frecuencia, los vínculos establecidos en torno a las redes sociales asociadas con la segunda economía. En cambio fueron bastante excepcionales los vínculos basados en una asociación o en una orientación política. De hecho, como ya hemos mencionado, la sociedad polaca carecía de las estructuras sociales cuyo desarrollo fue reprimido por el régimen comunista. Al mismo tiempo, dada la inexistencia de una clase media, tampoco había ninguna base para el tipo de estructuras sociales y asociaciones típicas de ese sector social. Eso fue una de las razones por las que el desarrollo de la sociedad civil en sentido estricto, o de tejido social, una de las principales condiciones del sistema democrático, fuera una tarea difícil.

Por otra parte, la tendencia a la privatización fue también visible en el campo de la moralidad. De las personas se esperaba que respetaran algunas normas morales en sus contactos privados y en su relación con la propiedad privada, pero no tanto en la vida pública, en el lugar de trabajo o en su relación con la propiedad pública. Como ya hemos explicado, durante años y décadas, la vida pública ha sido vista como parte de la actividad de "ellos" (el gobierno), nunca "la nuestra", y la propiedad de Estado ha sido considerada propiedad de nadie. El problema es todavía mayor si se piensa que no sólo la actitud hacia la propiedad fue ambivalente, sino que también la estima general hacia la ley, hacia las reglas en la vida pública, fue más bien baja.

---

[4] El término fue utilizado por Piotr Łukasiewicz y Andrzej Siciński, 1992.

El segundo problema fue una disminución de las aspiraciones, particularmente las aspiraciones de educación y culturales, que se ha podido observar en el principio de la década de los años noventa. Esta pérdida de importancia relativa de la educación y de la cultura significó un cambio cultural puesto que eran tradicionalmente desarrolladas y propagadas por la *intelligentsia* polaca, y reconocidas siempre como un rasgo específico de la sociedad polaca.

Las actitudes y orientaciones de la sociedad polaca de principios de los noventa presentaron una combinación sincrética de elementos con diferentes genealogías, que se originaron en diferentes periodos de la historia polaca. A veces, estos elementos coexistían pacíficamente sin crear ninguna disonancia cognitiva, pero, en ocasiones, se produjeron colisiones. Hay que destacar también algunas diferencias importantes entre las actitudes y orientaciones de diferentes segmentos de la población.

Así hay que distinguir entre generaciones, un fenómeno específico de la Polonia de los años noventa, ya que al menos hasta finales de los años setenta no se habían observado desacuerdos importantes de principios, y menos una brecha, entre las generaciones. En la década de los noventa, las generaciones mayores destacaban el papel de la tradición y las instituciones tradicionales como el hogar, de las motivaciones patrióticas, y el papel de una solidaridad de tipo *Gemeinschaft*. La gente joven se caracterizaba por las orientaciones mucho más individualistas, y estaban más interesados en sus propias oportunidades y sus propias aspiraciones privadas que en el futuro del país.

Otra diferencia cultural significativa existía entre las élites políticas y las masas, en cuanto que a la mayoría de la sociedad polaca le interesaba sobre todo su presente y los problemas diarios, mientras que las élites políticas parecían interesadas en problemas políticos, que ellas, a menudo, discutían e interpretaban desde el punto de vista del pasado, la tradición y la experiencia históricas, sus orientaciones ideológicas y sus programas políticos que las masas no acababan de entender claramente. Nos parece que la falta de un programa general a largo plazo, de una idea general sobre el futuro deseado de Polonia, fuera un problema importante en la vida política de los noventa que causó decisiones electorales y políticas circunstanciales.

El nuevo orden y los viejos clichés: la búsqueda del chivo expiatorio

Es difícil decir hasta qué punto la conciencia comunista pudo seguir existiendo en el nuevo orden emergente en Polonia. Pero nos gustaría destacar al menos dos ejemplos de que esa posibilidad existió realmente.

Se pudo percibir una inclinación a identificar con la figura del enemigo, los comunistas, a aquellos que tenían la responsabilidad de la situación del país durante el régimen anterior, al tiempo, sin embargo, que se daba la inclinación, complementaria, a evitar el sentimiento de que se tenía responsabilidad propia alguna por aquella situación. Después de junio de 1989, la responsabilidad del país ha sido asumida por las fuerzas políticas y sociales elegidas en unas elecciones democráticas. Por ello, ha sido también restaurado, al menos inicialmente, con la democracia, el sentimiento que una parte de esa responsabilidad de alcanzar a todos los ciudadanos. Sin embargo, de la misma manera que se pidió un ajuste de cuentas con los comunistas y con el pasado, dado que la situación de Polonia todavía dejaba mucho que desear, la gente volvió al mismo cómodo patrón de buscar una cabeza de turco, haciendo así posible evitar el sentimiento de su propia responsabilidad también por el presente. De hecho, mucha gente quería sentir inmediatamente los cambios y experimentar sus efectos. Si esto no ocurría, los cambios que estaban en curso pero no respondían a las grandes esperanzas de la gente, fueron considerados fácilmente como un paso atrás. De aquí se pasó a la opinión de que "nada ha cambiado", lo cual expresó una desaprobación radical y general, no tanto de algunos hechos aislados, como de la situación global en el país. Por ejemplo, la derrota de Tadeusz Mazowiecki en las elecciones presidenciales de noviembre de 1990 demostró que su gobierno fue considerado responsable de la mala situación económica. Sin embargo, hay que recordar que el gobierno de Mazowiecki había heredado todos los problemas sociales y económicos causados por el sistema socialista.

En el mismo sentido cabe observar cómo se aplicaba a veces el término de "nueva nomenclatura" a las nuevas autoridades. El gobierno de Tadeusz Mazowiecki fue de inmediato considerado la nueva nomenclatura, "ellos", mientras que la campaña electoral de Lech Wałęsa que llamaba a la aceleración de los cambios en Polonia, fue acogida como el programa de "nosotros" contra "ellos". El utilizar

este término sin duda cumplía algunas funciones críticas, pero su valor descriptivo fue engañoso. Este ejemplo muestra que la conciencia popular tradicional, que se había organizado en torno a la división entre "ellos" y "nosotros", estaba buscando nuevas divisiones alrededor de las cuales pudiera desarrollarse. En un mundo de instituciones poco amistosas y de ideologías inaceptables, como las del régimen comunista, esta clase de mensajes populares hizo posible la preservación y manifestación de la identidad propia, social o nacional. No destituyeron aquel régimen, pero contribuyeron en cierta manera a que se mantuviera la moral colectiva de la comunidad que vivía bajo este régimen.

Buscar los viejos clichés debajo de las explicaciones actuales del sentido común pudo resultar fácil, dado que estas explicaciones fueron medios de expresarse y de descargar un estado de irritación y de manifestar un espíritu crítico. Sin embargo, utilizarlos automáticamente para proyectar el pasado sobre una realidad actual distinta pudo indicar una manera popular de percibir los asuntos y los fenómenos, rígida y dogmática, incapaz de renovarse, que intentaba que la nueva realidad se ajustase a ella a la fuerza. El patrón heredado de la percepción popular del mundo social y la vida pública del pasado socialista no encajaba en las realidades del presente, ni con las orientaciones actuales requeridas para la construcción del nuevo orden sociopolítico y económico, de una democracia y una economía de mercado. Anteriormente habían ayudado a que la sociedad polaca mantuviera una realidad inaceptable a distancia, pero posteriormente la empujaron hacia una actitud de falta de responsabilidad ante una nueva realidad. Estos patrones se volvieron así contra la realidad actual de la transición.

Actitudes emergentes y la búsqueda de "la normalidad"

El periodo del socialismo y de su caída han favorecido actitudes, algunas funcionales para la construcción del nuevo orden político y económico, otras claramente disfuncionales. En el capítulo anterior ya hemos mencionado el cambio en el pensamiento polaco del "romanticismo" al "positivismo" que se manifestó en las acciones de *Solidaridad* en 1980-1981. Los años que siguieron a la implantación de la ley marcial, el 13 de diciembre de 1981, fueron caracterizados por el triunfo de las actitudes positivistas, como por ejemplo, por los esfuer-

zos por construir redes de oposición, el desarrollo de editoriales clandestinas, etc., más que por las manifestaciones románticas. Finalmente, las negociaciones de la Mesa Redonda y —a pesar de las huelgas y protestas individuales— la paciencia con la que la gente soportó la dramática situación económica de 1989-1990 fueron también el resultado y la expresión de un pensamiento y una actitud pragmáticos y positivistas[5].

A finales de los años ochenta, el siguiente fenómeno fue que la gente se decidió a tomar al menos una parte sustancial de sus problemas en sus propias manos. Uno de los ejemplos más interesantes de ello fue el rápido desarrollo del movimiento ecologista en los años ochenta, que indicó que la gente empezaba a comprender que no un estado paternalista sino ellos mismos tenían que tener influencia en el marco de referencia de su propia vida diaria y aprovechar las posibilidades legales existentes para explorar nuevas formas de vida.

Otros ejemplos se referían a las actividades económicas, pero aquí la nueva situación tuvo también manifestaciones negativas, positivas o mixtas, según los casos. Por ejemplo, en el campo económico, la gente recurrió al contrabando, los negocios ilegales y otras formas de ganancias a corto plazo, lo que ha podido tener efectos negativos o mixtos a la hora de funcionar en el marco de una economía de mercado, y de favorecer inversiones legales y a largo plazo.

También entre las actitudes disfuncionales cabe hacer referencia a un exceso en los sentimientos y las actitudes nacionalistas que pueden llegar al extremo de posturas excluyentes, xenófobas o antisemitas. Otro proceso negativo, más visible, ha sido una cierta brutalización de la vida cotidiana, del comportamiento y del lenguaje (ligado a una diversidad de fenómenos: represión policial, criminalización de partes de la economía, emigraciones ilegales). Según las encuestas, la proporción de los encuestados que valoró Polonia como un país seguro fue 75 por ciento en 1987 y 30 por ciento en 1993, y los que opinaron lo contrario fueron 25 por ciento en 1987 y 70 por ciento en 1993. Como podemos ver las proporciones se invirtieron en seis años (Strzeszewski, 2000).

Entre tanto, Polonia atravesó un proceso de transición del socialismo al capitalismo, de una sociedad cerrada a una sociedad abierta, del totalitarismo a la democracia. Todo esto se expresaba en el deseo

---

[5] El problema de las orientaciones "románticas" y "positivistas" en el pensamiento polaco está discutido en G. Houle, P. Łukasiewicz y A. Siciński, 1990.

más común del hombre de la calle, que no fue otro sino el de que Polonia pasase de un estado de "anormalidad" a otro de "normalidad". Durante los últimos cuarenta y cinco años, los polacos tuvieron una fuerte sensación de que el sistema en el que tenían que vivir no era "normal". En primer lugar, el sistema comunista había fracasado en responder a las necesidades de la gente, incluso las más elementales, y por supuesto aquellas que definen un nivel de decencia y de bienestar. Los polacos tenían la sensación de pertenecer a un cierto círculo de la civilización europea, y por lo tanto exigieron que el sistema socioeconómico les facilitara los servicios adecuados. Las comparaciones geosociales no sólo con los países más ricos, sino también con los que después de la Segunda Guerra Mundial habían empezado desde el mismo nivel de desarrollo, y las comparaciones sociocronológicas con los estándares de los tiempos modernos, demostraban que Polonia "podría hacerlo mejor". De aquí la imagen popular de que el sistema socialista era "el que lo estropea todo", aquel en el que todo se pervierte.

A nivel macrosocial, eran fácilmente visibles serias discontinuidades e incongruencias entre los valores y las creencias (incluyendo la religión) de la sociedad, y la ideología oficial; entre la realidad percibida y su presentación propagandística; entre la vida privada y la vida pública. Las repetidas crisis económicas y políticas dibujaban un desarrollo cíclico, y no lineal o de progreso. Una de las principales reglas sobre las que el anterior, "anormal" orden estuvo basado, fue la regla de la sustitución. Los mecanismos y las relaciones naturales de la sociedad "normal" fueron suprimidos y sustituidos o imitados por las instituciones estatales. Las deformaciones consiguientes fueron parcialmente compensadas por algunos procesos espontáneos en aquellas esferas de la vida que permanecieron fuera del control del Estado, como fue la economía informal, la vida privada, la esfera religiosa o una parte de las actividades culturales.

A nivel microsocial, la evidencia de lo "anormal" resultó todavía más llamativa. En su papel de cliente, demandante o empleado, cada ciudadano tenía múltiples oportunidades diarias de ser testigo de la violación por parte del régimen anterior no sólo de la racionalidad técnica o económica, sino incluso de las exigencias de un sentido común elemental.

No sorprende, por tanto, que la aspiración a la "normalidad", a "una vida normal", apelara intensamente a la imaginación y el sentimiento de los polacos. Pero la esperanza por una sociedad normal

contiene también cierto peligro. La imagen popular de la sociedad normal se define en términos negativos: fue una sociedad libre de todas las malignas deficiencias del sistema comunista. Pero, paradójicamente, podría ocurrir que en el camino hacia la normalidad la sociedad polaca perdiera algunos valores sociales, o algunos elementos de las relaciones sociales que eran, por así decirlo, positivas. Por ejemplo, los intentos por escapar al sistema reforzaron algunos espacios sociales, que funcionaron como instituciones sociales paralelas, lo que incluye el hogar entendido como un conjunto de papeles y valores sociales, y también como la sede de lazos morales y afectivos que unen la familia y los amigos.

Otro nuevo fenómeno en la Polonia post-comunista fue la "monetarización" o "mercantilización" de la conciencia social[6]. El dinero parece convertirse en el medio universal de establecer las relaciones sociales más allá de la esfera estrictamente económica. Se trata de un fenómeno complejo que puede derivar en varias direcciones, incluida la de afectar negativamente los lazos informales o de grupos pequeños.

Por otro lado, las comunidades culturales, en torno a la oposición democrática, la iglesia o las actividades científicas promovieron un culto de la *intelligentsia* que en los años noventa estaba amortiguándose, lo que ocurría al tiempo que descendía el interés en la educación universitaria y declinaba el prestigio de los intelectuales. Se podría hablar de una rotación de *ethos*: unos desaparecen, como el de la nomenclatura y de la oposición política, mientras otros aparecen, como el de los grupos empresariales y de negocios.

ENTRE LA ESFERA PRIVADA Y EL ESPACIO PÚBLICO: FAMILIA, MUJER, EDUCACIÓN Y SERVICIOS SOCIALES

Completo esta referencia a las orientaciones culturales de la población con una consideración de la familia y otros temas conexos, que tienen que ver con procesos de socialización y de formación de la identidad y de la personalidad de los miembros de la sociedad. Se trata de un tema que se sitúa a caballo entre el capítulo sobre la estructura de la sociedad y éste, relativo a las orientaciones culturales de la misma.

---

[6] Término introducido por Mirosława Marody, 1988.

El papel central de la familia

Todavía a mitad de los años noventa no habían surgido con fuerza suficiente como para considerarlos plenamente vigentes las estructuras, las instituciones y los mecanismos capaces de reemplazar al conjunto de los que operaban en el antiguo régimen comunista. La incertidumbre del público ante las reglas vigentes, y en cierto modo la ausencia de éstas, fue uno de los principales motivos del creciente desconcierto y malestar. Esa situación vino acompañada de cierta confusión sobre los valores prevalecientes, así como, específicamente, de un grado de anomia y desintegración normativa. Se hizo evidente la falta de algunos mecanismos o eslabones clave, sin los cuales la estructura de la vida pública se desorganiza, afectando ello negativamente tanto a las conductas como a los ánimos y los sentimientos de la población.

Es indiscutible que la familia es un grupo de fundamental importancia, en cuyo seno se realiza la reproducción biológica de la sociedad, y de la que depende, en un grado decisivo, su condición psíquica y física. La familia asume un alto grado de responsabilidad por la alimentación, la regeneración de las fuerzas físicas y psicológicas y los cuidados en la salud y en la enfermedad de sus miembros, y por su integración social en el mundo, la cultura y sus valores. Las familias vienen desempeñando esas funciones desde tiempo inmemorial, de maneras algo distintas en unos sistemas sociales y políticos, y unos momentos históricos, que en otros.

La movilización de los recursos de la familia para cumplir su papel suele ser especialmente intensa durante el proceso de transformación del sistema, como había ocurrido con la sociedad polaca, cuando concurrió la crisis de las instituciones sociales y la de los valores. En ese contexto, la familia constituye una institución estratégica, porque es el elemento relativamente estable más importante en medio de un proceso de cambio desconcertante, y un vacío aparente de los puntos de referencia axiológicos.

Los cuarenta y cinco años transcurridos entre el fin de la Guerra Mundial y la transición democrática fueron un periodo difícil para las familias polacas. La reproducción del tejido biológico de la nación se realizó en medio de carencias crónicas, sobre todo de infraestructura, viviendas e instituciones de la educación, sanidad y servicios sociales. Sin embargo, por otro lado, el estado de bienestar del socialismo, pese a todas sus deficiencias y defectos, dio una sensación de relativa segu-

ridad que parecía satisfacer las necesidades elementales de la familia polaca. El Estado proveía de ciertos servicios asistenciales, aunque esa ayuda no se distribuía homogéneamente, y sus carencias afectaban, sobre todo, a la población rural, que carecía de centros educativos y médicos, entre otros. A medida que se agravó la crisis económica, la provisión de los servicios estatales se hizo más problemática. No obstante, los derechos constitucionales al trabajo, a la enseñanza y a la medicina gratuita quedaron arraigados firmemente en la consciencia social.

La familia polaca media de la época del socialismo contaba con garantías y ayudas importantes. El trabajo estaba mal remunerado pero el empleo estaba asegurado. La vivienda era asignada oficialmente. A la madre encinta, y durante parte de la infancia del niño, le correspondían diversas prestaciones. Los cuidados médicos eran gratuitos, y las bajas por enfermedad eran fáciles de conseguir, así como el acceso a los sanatorios, los equipos de rehabilitación, y los medicamentos a un precio simbólico. En caso de necesidad, se podía mandar al niño a una guardería, y lo único que se pagaba en la escuela era la cuota para la asociación de padres. Cada joven que demostraba cierta capacidad y quería estudiar podía hacerlo. Los estudiantes pobres podían recibir dinero y plaza en una residencia. Cada trabajador podía pasar sus vacaciones en un establecimiento subvencionado por su empresa. El minusválido podía ser ingresado en un centro de residencia asistida, si bien esas admisiones eran muy difíciles.

A principios de los noventa, el Estado comenzó a retirar paulatinamente algunas de esas garantías y servicios, aduciendo la crisis económica y la transición hacia un sistema de mercado libre. Esa situación se agravó debido a dos razones. En primer término, la situación económica de las familias se deterioró, en un proceso que comenzó en la década de 1980 y empeoró después del cambio de régimen en 1989. Únicamente aumentaron de forma apreciable los ingresos de los empresarios, que en 1987 superaban la media nacional en un 50 por ciento y, en 1991, la superaban en un 168 por ciento. En su conjunto, el abanico salarial aumentó muy considerablemente. El abandono por parte del Estado de algunas funciones asistenciales, con prestaciones gratuitas o a precios reducidos, coincidió con la relativa pauperización de dos terceras partes de las familias polacas, afectando con particular contundencia a los grupos rurales y obreros (Domański, Janicka, Firkowska-Mankiewicz y Titkow, 1993:156).

La familia polaca media en los tiempos de la transición tuvo que asumir que podía faltarle los medios de vida, si la única persona que la mantuviera fuera despedida del trabajo; o que, con un sueldo, fuera prácticamente imposible ahorrar para comprar una vivienda. Este tipo de problemas no era mera suposición. La mayoría de sus elementos constituía una posibilidad real para muchas familias polacas, enfrentadas con cargas crecientes. En ese sentido, las más afectadas fueron las personas con educación elemental o de escuela de oficios, los agricultores y obreros no cualificados, los desempleados, las familias numerosas, las que cuidaban de sus enfermos, discapacitados o ancianos, y las familias donde solamente el padre o la madre cuidaba a los niños. Muchas de estas características solían solaparse unas con otras, teniendo como resultado la aparición de familias socialmente vulnerables.

Tal y como revelan muchos estudios, la vulnerabilidad social suele ir pareja con la vulnerabilidad física y el deficiente estado de salud (Bejnarowicz, 1994:9-36). Entre los factores que se suelen tomar en cuenta para establecer esta relación, aparecen el estado de nutrición, los datos antropométricos del desarrollo físico de los niños, jóvenes y adultos, la tensión arterial, la coordinación visual y motriz, la sensibilidad auditiva, la evaluación subjetiva del estado de salud y los índices de mortandad de los lactantes y adultos. Resultó que, en general, estos datos que indican el estado de salud y condición psíquica y física de los polacos, fueron mucho más desfavorables para la población rural, para las familias obreras, o con una educación que no supera la elemental, y para las familias numerosas. Cada uno de esos factores por separado disminuye la posibilidad de gozar de buena salud física y mental, y puesto que, además, tienden a acumularse, se puede concluir que las familias socialmente vulnerables estaban sujetas a un riesgo especial en cuanto a su salud.

Los factores que permiten explicar la relación entre la posición que ocupan las familias dentro de la estructura social y la condición psíquica y física de sus miembros son, sobre todo, los relativos a su estilo de vida, determinado por el nivel de educación y por la cultura, y que se refleja en sus actitudes y sus comportamientos con respecto a la salud, los papeles compartidos en la familia, y el estilo abierto de comunicación entre sus miembros, la reacción a las situaciones de estrés, la disposición a la ayuda a personas allegadas.

El periodo de transformación del sistema coincidió con el proceso ya mencionado de pauperización relativa de las dos terceras partes de las familias polacas, y la renuncia por parte del Estado a muchas fun-

ciones asistenciales para que éstas fueran atendidas por las familias, funciones que en realidad han recaído principalmente sobre las mujeres. El cumplimiento de esas obligaciones se hizo especialmente difícil debido a ciertos fenómenos como el envejecimiento de la población, los cambios en el cuadro de enfermedades, al disminuir las infecciosas e incrementarse las crónicas y degenerativas (que la medicina pública suele ser incapaz de atender), y la generalización de un estilo de vida que implica la falta de ejercicio físico, el consumo excesivo de alcohol y tabaco, y una alimentación pobre y apresurada. Según los estudios realizados en 1989-1990 la correlación entre el consumo de alcohol y tabaco y la mortalidad prematura resultó ser muy alta 0,83 (Bejnarowicz, 1994:27). Esa situación parece aún más grave para los matrimonios en edad comprendida entre los cuarenta y cincuenta años, que, aparte de sus responsabilidades económicas y sociales respecto a sus hijos, suelen asumir los cuidados de sus propios padres, que envejecen casi siempre cargados de enfermedades.

La solución de los problemas a los que acabo de hacer referencia, se relaciona con el nivel de educación de la sociedad. Todos los estudios conocidos indican que tienen mayor capacidad para afrontar situaciones de gran estrés como las ya mencionadas, las personas y las familias con una educación relativamente más alta (por nivel o los años de escolarización). La educación dota a las personas de medios e instrumentos para combatir el estrés al aumentar sus conocimientos y su amplitud de miras, y al enseñarles a distanciarse de sí mismos y de sus propios asuntos para percibir los problemas de los demás y las cuestiones generales. Los beneficios de la educación redundan tanto a nivel personal, asegurando, por ejemplo, una mejor condición psíquica y física de las familias, como a nivel del conjunto social, disminuyendo la probabilidad de las crisis de intolerancia y de explosiones descontroladas de protesta.

En estas circunstancias, resultan inquietantes algunos indicios que se han ido acumulando de un proceso de depreciación del papel de la formación y de la educación, en parte como consecuencia de sistemas de remuneración inadecuados, y una creciente desigualdad de las oportunidades para estudiar debidas a recortes del presupuesto para la educación que limitan las plazas en las instituciones de enseñanza de varios niveles. El gasto público dedicado a la educación en Polonia en 1990 fue el 1,1 por ciento y se sitúa entre los más reducidos de toda Europa (Szapociński y Ziółkowski, 2001:186); de hecho, a juicio del Consejo de Europa, debería ser por lo menos dos veces más grande,

para que el país pueda hacer frente a los retos de la economía de mercado, y para estimular un proceso de promoción y desarrollo social. En definitiva se trata, en efecto, de que las aspiraciones de los padres a que sus hijos alcancen determinados niveles de educación constituyen, aparte de los factores biológicos, el principal estímulo para el desarrollo intelectual de los hijos, sobre todo de los pertenecientes a las familias menos privilegiadas.

El proceso de mejora del nivel de educación de la población requiere mucho tiempo. A comienzos de la década de los noventa, se observó en los medios obreros y rurales una disminución de matriculaciones de los jóvenes en los centros de enseñanza media y superior (Hausner, Marody, Wilkin, Wojtyna y Zirk-Sadowski, 1998). Si, tal y como hemos señalado, cada año adicional de enseñanza mejora los índices de salud de la sociedad, madura los métodos de educación de los hijos y aumenta las aspiraciones para su futuro, propicia las relaciones de cooperación entre los familiares, les ayuda a enfrentarse al estrés del día a día, y aumenta las posibilidades de su adaptación a las exigencias de la economía de mercado, aquella reducción de las oportunidades educativas anuncia un descenso de la capacidad adaptativa del sujeto social.

El segundo elemento que puede favorecer la mejora en la condición psíquica y física de la familia polaca de forma importante es el conjunto de actividades y organizaciones de asistencia mutua, que suelen ser estimulados por los procesos de transformación. Debido a la inoperancia organizativa e ineficiencia técnica de muchos servicios sociales del periodo anterior, la sociedad se vio obligada a recurrir a sus propios medios, sobre todo, en el caso de las familias con personas enfermas o minusválidas a las que hay que cuidar. Se organizaron para reclamar los servicios y prestaciones sociales necesarias de la administración, y para crear plataformas de mutuo apoyo psicológico. La función de esos grupos fue inestimable en un momento de transformación del sistema, cuando el Estado iba abandonando su papel de estado de bienestar.

La posición de la mujer y las paradojas de la evolución en curso

La mujer polaca se ha encontrado en una situación sumamente difícil, debido a la concurrencia de varios motivos. La tradición histórica y cultural, los cambios sociales y económicos ocurridos después de la

Segunda Guerra Mundial, se combinaron para sumirla en una situación de opresión importante. A lo largo de la historia de Polonia se había ido formando un estereotipo ideal de mujer, que, con sus actitudes y conducta, debía superar los desafíos más ásperos de la realidad, incluso asumiendo papeles generalmente atribuidos al hombre, y subordinando sus propias aspiraciones a las necesidades del bien común, como su sacrificio por la patria y por la familia, sin esperar más recompensa que el reconocimiento simbólico y el prestigio social.

Algunas normas legislativas favorecieron esta situación. En comparación con otros países, la equiparación de los derechos cívicos y de la educación de la mujer tiene muy larga tradición en Polonia. Se remonta a los años 1918 y 1920, es decir, al resurgimiento del estado polaco después de las Particiones. En cambio, la actividad profesional generalizada de la mujer data de después del año 1945. Por un lado, se desprendía de los postulados ideológicos del régimen y de la gran demanda de mano de obra y, por otro, de la indispensable necesidad de sumar los ingresos de la mujer al presupuesto familiar, porque los sueldos y jornales eran muy bajos. Por lo tanto, la actividad profesional no aportó al modelo de la mujer polaca ni orientación hacia el éxito profesional *per se*, ni fe en sus posibilidades en un ámbito económico más amplio, ni visión de una posición compartida en el seno de la familia y círculos más extendidos de la sociedad. En cambio, mantuvo y afirmó aquel arquetipo, tradicional de la época anterior, basado en las virtudes de la mujer protectora y heroica. Simplemente añadió al papel social de la mujer la obligación de ganar dinero como suplemento del sueldo del marido, en lugar de perseguir su propia superación profesional, sin ninguna modificación de su papel y menos aún de su posición de subordinación dentro de la familia.

Existe, empero, la otra cara de la moneda. A consecuencia de las transformaciones sociales y económicas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los niveles de educación del hombre y de la mujer, medidos en años de estudios cursados, quedaron más igualados. A escala nacional, la actividad económica absorbió a más del 40 por ciento de mujeres, asegurándoles el acceso a prestaciones sociales relacionadas con la maternidad (Titkow y Domański, 1995:38).

Las condiciones de vida de la mujer polaca estuvieron también influidas por la política demográfica del Estado. En el periodo desde 1945 hasta los primeros años de la década de los cincuenta la política demográfica del gobierno comunista era pro-natalista cumpliendo con el deseo de compensar las pérdidas sufridas durante la guerra y si-

guiendo la propaganda comunista que interpretaba el crecimiento de la población como un signo de vitalidad social. Como consecuencia, el índice de natalidad se elevó hasta el 30,7 por mil en 1950 y el 31 en 1951, niveles nunca más obtenidos en los años siguientes. Al comenzar las dificultades económicas a mediados de los cincuenta, el crecimiento de población se convirtió en el chivo expiatorio de las deficiencias en el desarrollo del país. Así empezó la segunda política demográfica del gobierno comunista que promovió la reducción del número de hijos. Los métodos de control de natalidad fueron promovidos junto con el modelo de mujer trabajadora emancipada y liberada de la carga de una familia grande. Como resultado de esta política y debido además al fácil acceso a la práctica legal del aborto, el índice de natalidad cayó del 29,1 por 1.000 de población en 1955 al 16,3 en 1967. El índice de fecundidad descendió del 3,60 por mujer en 1955 al 2,32 en 1967. La tercera etapa de la política demográfica comenzada a principio de la década de los setenta, se caracterizó por la vuelta a una orientación pro-natalista moderada. Se introdujo una serie de medidas natalistas, tales como el incremento de ayudas familiares (1970), la extensión de baja por maternidad (1972), la subida de ayuda en el momento del nacimiento de un niño (1978), y la ampliación de subvención para guardería infantil (1982). Entretanto la Iglesia católica promovía activamente la ideología natalista. El índice de natalidad se elevó al 19,7 en 1983 antes de un declive gradual hasta el 18,2 en 1985. La cuarta etapa de la política demográfica empezó en 1989-1990 en los primeros años del periodo post-comunista cuando la población de Polonia contaba con 38 millones. El índice de natalidad cayó al 14,9 por 1.000 de la población en 1989 y llegó al límite más bajo en 1995 con un 10,7. El número total de nacimientos bajó de 723.600 en 1983 a 412.600 en 1995 al mismo tiempo que el índice de fecundidad disminuía al 1,51 por mujer (David, 1999:166-167). En la década de los ochenta, se estabilizó el modelo de la familia con dos hijos, que es el modelo ideal según la opinión del 57,2 por ciento de polacos en edad comprendida entre los 18 y los 49 años (Duch-Krzysztoszek, 1995:183).

Durante los primeros años de la transición la cuestión de la legalidad del aborto se convirtió en el tema central del debate político. Bajo el sistema comunista existía la posibilidad del aborto legal por razones médicas y/o sociales. Sin embargo, en 1993 el gobierno formado por las agrupaciones de *Solidaridad* para ganarse el apoyo de los partidos católicos, modificó este derecho aprobando una ley de aborto muy restrictiva e introduciendo la enseñanza de religión en los colegios.

Cabría señalar que, debido a la experiencia derivada de aquella tradición histórica y cultural, los largos años de igualdad de sexos y las transformaciones sociales y económicas habidas después de la Segunda Guerra Mundial, buena parte de las mujeres polacas han desarrollado una conciencia feminista *sui generis*, algunos de cuyos elementos más destacados son sin embargo los valores de los modelos de vida tradicionales, incluso los de su papel en la procreación. Esa conciencia de la mujer polaca, que hemos denominado conciencia feminista *sui generis*, seguramente le ayudará a conservar y aprovechar lo que ha conquistado. Si se moviliza con actitudes y acciones eficaces en su lucha por el derecho de la mujer a elegir cómo llevar su propia vida, esas actitudes podrán poner freno a la discriminación de la mujer en función del género, que, paradójicamente, es la tendencia de la realidad actual. El rasgo característico de esa realidad es la falta de una visión coherente del papel que debe desempeñar el Estado, la falta del orden social y económico que se está implantando a ese nivel y de una clara descripción de las relaciones entre las personas y el Estado.

Las transformaciones macroeconómicas juegan un papel importante en el cambio del papel de la mujer. La transición hacia la economía de mercado ha traído consigo el desempleo, fenómeno hasta ahora desconocido. Para las mujeres, el peligro del paro está relacionado con las características de su participación en el mercado de trabajo. Esa participación está demasiado concentrada en la industria ligera, fuertemente afectada por la recesión, y en la educación, sanidad y administración, sujetas a constantes recortes presupuestarios. También las afecta el desarrollo desigual de las distintas regiones y provincias. El número de ofertas de trabajo para las mujeres es siete veces inferior que para los hombres. Existe, asimismo, un dramático desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo. Las mujeres en paro pero con formación para trabajos diferentes al de obrera constituyen el 64,1 por ciento del conjunto de los parados con esa formación. En cambio, un 81 por ciento de las ofertas de trabajo que las agencias de empleo proponen a las mujeres es en la categoría de obrera. Por último, consideremos el nivel de la oferta. El grupo más numeroso de personas en paro se compone, en un 60 por ciento, de mujeres con una educación mínima. En cambio se ofrecen empleos a mujeres jóvenes, entre 25 y 30 años de edad, de buena presencia, con idiomas y conocimientos de ordenador (Informe *Kobiety na rynku pracy* [Mujeres en el mercado de trabajo], 2000:24-32 y 61-66).

Posiblemente nos encontramos ante los indicios de un desajuste entre oferta y demanda que afectará al mercado de trabajo para la mujer en los años próximos.

TENSIONES PSICOSOCIALES ASOCIADAS A LA TRANSICIÓN

Para explicar el motivo de fondo de las tensiones conviene comenzar recordando que, en su primera fase de los años 1980-1981, el movimiento *Solidaridad* que trajo el cambio de régimen no aspiraba tanto a liquidar el sistema económico cuanto a corregirlo conforme a la consigna "socialismo sí, sus desviaciones no" *(socjalizm tak, wypaczenia nie)*. En 1987, o sea, en un momento en que todavía se vivía bajo el régimen comunista, pero al mismo tiempo estaba muy extendida la crítica social contra éste, el 14 por ciento de los encuestados en un estudio realizado entre la población se pronunció a favor de cambios sustanciales del sistema socialista; en cambio el 75 por ciento, es decir, la gran mayoría de los encuestados consideraba que tan sólo algunos aspectos de éste debían cambiar (CBOS, 1992).

La radicalización de las posiciones críticas respecto a las instituciones del Estado y respecto a la legitimidad de la gestión comunista coincidió con la exigencia de una ratificación del programa económico, con un fuerte hincapié sobre la equidad de remuneraciones, la limitación de los privilegios y la eliminación de la falta de transparencia en los asuntos públicos. Para después de las elecciones de junio de 1989, estaba ya claro que los polacos habían dejado de ser ciudadanos de un "estado de bienestar". Los estudiosos dedicados a la clase media de las sociedades occidentales predijeron que los polacos se convertirían en *status seekers* y en personas con inclinación a tomar su destino en sus propias manos (Narojek, 1993:170-185). A medida que va transcurriendo el tiempo, aquel diagnóstico pareció en cierto modo cada vez más acertado, pero en realidad se refería a una modalidad de comportamiento muy distinta a la que predomina habitualmente en las sociedades de mercado evolucionadas. Esto se mostró en el hecho de que muchas de las reglas de juego que esas sociedades perciben como normales, aunque a veces molestas, constituían para el polaco medio una sorpresa reñida con su concepto de "lo normal".

No les resultaba normal, sobre todo, el peligro del paro y la inseguridad en el empleo. Tampoco lo fue la consiguiente incertidumbre

respecto a las perspectivas para el futuro, ni la creciente sensación de falta de control sobre el destino propio y el de la familia. El derecho al trabajo, que oficialmente no había cambiado, fue pasado por alto. Eso afectó, sobre todo, a las personas cuya situación laboral había estado muy protegida, tales como los discapacitados, las personas en edad de jubilación y las mujeres en situación de baja por maternidad o por cuidar a los hijos. También quedó sin efecto la protección de aquellos trabajadores que fueron el único soporte de la familia. La reorganización generalizada de las instituciones y la sustitución de cuadros de mando muchas veces fueron entendidas como operaciones políticas, más que como operaciones de gestión efectiva y estabilizadora del funcionamiento de las empresas e instituciones.

Los sondeos de opinión pública realizados en 1992 indicaron que el paro y el mercado de trabajo libre contaban con una desaprobación universal (CBOS, 1992). En cambio, fue aceptado el principio de pleno empleo y el de la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa. Si a esto añadimos la aspiración por todos aceptada de introducir el control estatal de precios, veremos una evidente semejanza con el régimen estatal igualitario, que parecía cosa del pasado. Si aceptamos este último diagnóstico, vemos que se nos presenta una clara situación de grave estrés o tensión psicosocial. De nuevo se observó que la autoestima y la sensación de estar en control de la situación se encontraba en peligro. Hemos utilizado la frase "de nuevo", recordando los efectos de macroestrés creados por el sistema comunista. Los factores de los años de la transición respondían, por supuesto, a un contexto político y económico diferente.

El efecto de las dificultades económicas sobre la salud ha sido estudiado, y estos estudios confirman estadísticamente la tesis que sostiene que la inestabilidad económica se relaciona con el empeoramiento del estado de salud y de la sensación de bienestar de la sociedad. También ha quedado constatado que las consecuencias de los efectos de una recesión se suelen dar a conocer seis años más tarde (Titkow, 1993:223-229). Si incurrimos en una generalización un tanto audaz, podríamos afirmar que las consecuencias psicosociales y sanitarias derivadas de las transformaciones del sistema se conocerán más adelante. Los primeros pasos hacia el nuevo sistema se dieron en una situación de pasividad por parte de la sociedad, donde los ciudadanos "enfermos" del país que estaba cambiando no fueron capaces de construir rápidamente un orden "sano" y, por lo tanto, no mantuvieron una buena condición psíquica y física.

La condición psicosocial de los polacos respondía a un conjunto de factores en parte desfavorables. Por un lado, los polacos tuvieron la herencia del pasado, a raíz de la cual contaban con una escasez de "personas fuertes", es decir, de personas convencidas de que podían controlar e influir en el desarrollo de sus vidas, implicarse profundamente en sus distintos aspectos y tratar el cambio como un fascinante desafío para el futuro desarrollo. Por lo tanto, los polacos, en cuanto agentes del proceso de transformación del sistema, sentían con suma preocupación la falta de sus propios recursos psicosociales. Por otra parte, esa herencia del pasado distorsionaba el funcionamiento del conjunto de la sociedad. Esto se puede englobar dentro del concepto de anomia. Tras una situación de crisis de los principios y valores socialistas que, hasta entonces, habían regido la vida social, así como las posibilidades de aplicarlos, dieron lugar a la anomia, que viene a ser la característica de este periodo de transición. Esa anomia fue tan fuerte que, después del derrumbe final del comunismo, amenazó la solidaridad mutua de la sociedad, cuyo principal aglutinante, tal y como lo vemos ahora, había sido el enemigo común: "ellos".

Veamos qué posición le correspondió a la persona y al ciudadano individual en esta situación. Nadie pudo esperar que ese vacío axiológico e ideológico se llenara de la noche a la mañana, pero estas perspectivas hubieran sido más esperanzadoras si a la persona y al ciudadano individual se le hubiese dado más protagonismo en el nuevo sistema y algunas referencias realistas. Los nuevos centros de poder no informaron a la sociedad que ese vacío existía, y que se podría llenarlo con los valores y las metas que la nación realmente aceptaba. Esa función no se podía cumplir con meras referencias a los valores tradicionales, al patriotismo o al catolicismo, o con apelaciones a una nueva identidad social. Esta situación se volvió aún más dramática desde que, en el nuevo sistema, la Iglesia dejó de ejercer la función de estructura fundamental para la cohesión social. A partir del año 1976, la Iglesia había empezado a asumir con mayor intensidad que antes la representación del interés social o nacional en un sentido muy amplio. Jugó un papel clave en el proceso de integración social. El momento histórico de la elección de un obispo polaco, Karol Wojtyła, como Papa contribuyó decisivamente a que la autoestima de toda la sociedad creciera, y las actividades consecuentes del nuevo Papa la reforzaron aún más. Pero, paradójicamente, al ganarse la plena legitimación política en la etapa de la transición, la Iglesia comenzó a dejar de ejercer sus funciones macroterapéuticas al ver diluido su papel de principal estructura de cohesión social.

El pasado tiene efectos ambiguos sobre el presente. El conocido psicoterapeuta Wojciech Eichelberger dice: «separarnos del pasado trazando una raya gruesa es peligroso para nuestra identidad, porque ni asumimos la responsabilidad por lo que pasó, ni señalamos a los culpables, ni tampoco terminamos del todo de perdonar a nadie» (Eichelberger, 1990). Si no somos conscientes de lo que hemos sido, se hace más difícil entender en qué nos vamos convirtiendo. El presente se construye tanto sobre una confianza y una tradición acumuladas en el tiempo como sobre opciones del momento presente conscientemente elegidas. La reforma económica de comienzos de la transición, por ejemplo, se construía sobre consignas que pedían sacrificio a escala nacional, pero la apreciación de sus ventajas y la evaluación de sus resultados admitían varias posibilidades. La gente por un lado percibía la reforma como una oportunidad para Polonia en general, pero, al mismo tiempo, como una amenaza para su familia en particular. Con esa filosofía, fue difícil articular los intereses de grupo, e incluso alimentar la sensación de control sobre el propio destino. Esa situación reactivó el recuerdo del pasado en el cual la necesidad de cada individuo rivalizaba con el interés colectivo oficial.

Se puede considerar que la dramática concurrencia del déficit de recursos psicosociales, de la relativa anomia del periodo de transición y de los métodos erróneamente elegidos para llevar a cabo las transformaciones económicas, sumados, agravaron las tensiones psicosociales típicas de un periodo de transición del totalitarismo hacia la democracia, con una doble vertiente política y económica. Por supuesto que el cambio social tiene sus costes, sobre todo si cambian al mismo tiempo los principios y las reglas fundamentales de convivencia, y las clases de actividades prevalecientes, y puede resultar necesario, por tanto, romper las rutinas habituales y los modos de proceder de los grupos. La reducción de estos costes requiere que se cumplan varias condiciones, que afectan a los procesos de socialización y en particular a la comunicación entre la sociedad y los propios líderes del proceso de cambio.

Este último factor capaz de aminorar el dramatismo de los cambios funcionó bastante mal en la sociedad polaca. Eso se debía, entre otras razones, a que el gobierno aparecía en el papel de resuelto ejecutor de las transformaciones del sistema y, al mismo tiempo, de democrático portavoz de la voluntad de la sociedad que, por otra parte, fue ambivalente ante estos cambios. Entre estos cambios normativos y culturales cabe incluir el cambio de actitud con respecto a la persona

como individuo, y una redefinición de sus necesidades, su identidad, sus experiencias y el legado de su pasado, sus limitaciones, sus esperanzas y sus temores. Si se hubieran producido estos cambios desde el principio, no se hubieran malgastado tantos esfuerzos y no se hubiera prolongado de una forma atenuada pero relevante el caos social.

LA IGLESIA CATÓLICA EN POLONIA EN TIEMPOS DE CAMBIO: SU SITIO EN EL ESPACIO PÚBLICO

Hasta ahora hemos visto la cultura implícita en las pautas de conducta y en las actitudes de la sociedad. En esta sección, y en la próxima, voy a dedicar mi atención a la oferta y la influencia cultural de algunas instituciones cruciales en el sistema cultural de Polonia, empezando con la más importante de todas, la Iglesia católica.

A lo largo de la década de los ochenta, la Iglesia ocupó una posición central en el escenario político, los sacerdotes bendecían las banderas de *Solidaridad* y celebraban misas antes de los debates sindicales. Después de la imposición del estado de sitio en diciembre de 1981, la Iglesia intentó salvar lo posible de los logros de los dieciséis meses anteriores, y proteger la seguridad, la independencia y la continuación de las actividades de las personas, sin reparar en su condición religiosa, corriendo riesgos considerables. De ello fue testimonio el asesinato del padre Jerzy Popiełuszko a manos de oficiales del Ministerio del Interior, lo que confirió una dimensión de martirio y de heroísmo al papel de la Iglesia, o al menos, de algunos de sus representantes[7].

Los años del estado de la ley marcial fueron un periodo de prestigio sin precedentes para la Iglesia. Los obispos asistían a los perseguidos, muchos sacerdotes apoyaban las actividades clandestinas de la oposición y las misas se transformaban en manifestaciones de solidaridad nacional, mientras los muros de los templos delimitaban el espacio de la vida cultural independiente. Como consecuencia de todo ello, hacia el final de la década de 1980 la Iglesia ocupaba en la sociedad polaca una posición moral y política excepcional. En la opinión de la gran mayoría de la población, la Iglesia constituía la única voz de "la verdad".

[7] Para los detalles sobre este incidente, véase capítulo 6.

Sin embargo, cabe observar que la voz de la Iglesia no era unánime y ciertos hechos anunciaban futuras desavenencias. Entre los círculos allegados al Primado, cardenal Glemp, cundía la convicción de que la legalización de *Solidaridad* era una meta inviable, lo cual no coincidía con las manifestaciones de Juan Pablo II, y provocó las protestas de una parte del clero. El Primado pronunció palabras de crítica respecto al sindicato *Solidaridad* y graves acusaciones contra algunos de sus dirigentes, y mantuvo una actitud de transigencia con el gobierno (Micewski, 1987).

Al comenzar los preparativos para las negociaciones de la Mesa Redonda, estas disputas en el seno de la Iglesia polaca pasaron a un segundo plano. A partir de febrero de 1989, la Iglesia participó en las negociaciones de la Mesa Redonda en calidad de moderador y de garante primero de las negociaciones, y luego de los acuerdos suscritos entre el gobierno y la oposición. Cabe decir que en parte gracias a esta diligente dedicación de los mediadores eclesiales a la tarea de facilitar las negociaciones y a su participación en las deliberaciones, quedaron premiados, en esta última etapa, los más de cuarenta años de pacientes esfuerzos de la Iglesia por cambiar, o por derrotar, el sistema comunista.

La postura de la Iglesia en los primeros años de la Polonia post-comunista

Al reconstruir el calendario de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Polonia durante los primeros años después de la era comunista, al analizar los debates de aquel entonces y el tono de las publicaciones en la prensa, o al observar los resultados de encuestas de la opinión pública, salta a la vista que una de las características más destacadas de ese periodo ha sido el reconocimiento universal de los méritos históricos de la Iglesia en la recuperación de la independencia de Polonia y en el cambio de su régimen político. Los políticos de todas las tendencias, incluidos los herederos del Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, de formación comunista, citaban la doctrina social católica como su fuente de inspiración. Reconocían ese papel de la Iglesia los intelectuales y los columnistas, mientras que los sondeos de los sociólogos revelan que ante la opinión pública, la Iglesia gozaba de un prestigio que no admitía comparación con el de ninguna otra institución.

En los círculos eclesiásticos reinaba entonces un sentimiento de triunfo. La actividad pública de la Iglesia se manifestaba en esa época, por un lado, en un fervoroso apoyo a las reformas políticas y económicas y, por otro, en las celebraciones de la victoria. En cambio, faltó reflexión sobre su papel actual en la vida pública y sobre su misión en la nueva situación. Al aparecer en el escenario de la vida pública, los representantes de la Iglesia institucional y los católicos laicos emprendieron una serie de actuaciones que abarcaban obras de caridad, formación de asociaciones locales o educacionales y creación de redes de medios de información católica. Aparecieron también numerosas agrupaciones públicas con consignas cristianas y programas basados en la doctrina social católica, que proclamaban su voluntad de defender los intereses de la Iglesia. Esos partidos generalmente invocaron las tradiciones del nacionalismo católico y las de la democracia cristiana, y entre ellos el más importante fue la Unión Cristiano-Nacional (*Związek Chrześcijańsko-Narodowy,* ZChN). En su mayoría, esos partidos se opusieron al programa de modernización política y económica propugnado por el gobierno de Tadeusz Mazowiecki, y criticaron aquellos sectores de *Solidaridad* que, según la opinión de estos dirigentes cristianos de "derechas", estaban dominados por políticos de "izquierdas" o por liberales. De aquí, su apoyo casi unánime a Lech Wałęsa en su "guerra en la cúpula" con los dirigentes de *Solidaridad*, que dividió a la antigua oposición anticomunista durante la campaña presidencial de 1990.

Con esta "guerra en la cúpula" comenzó un proceso de debate sobre el papel de la Iglesia, en el curso del cual el catolicismo llegó a ser percibido por una parte de la opinión como una especie de ideología política. Esa percepción fue reforzada por la instrumentalización de la Iglesia por parte de algunos partidos en su propio beneficio. Aunque esa instrumentalización no siempre fue premeditada, la opinión pública entendió que la actividad de esos partidos contaba con la simpatía y el beneplácito de la jerarquía católica.

Hay que tener en cuenta que en los primeros momentos intervino otro fenómeno, que realzó la posición de actividad de la Iglesia. Tras el derrumbamiento del estado totalitario, el desorden inicial implícito en el renacimiento de la democracia, la crisis económica y el desconcierto moral ligado a la disolución del legado del comunismo pusieron en evidencia la imperiosa necesidad de llenar un vacío emocional y moral, aunque fuera de forma provisional. Puede decirse que la actividad pública de la Iglesia no sólo partía de su propia iniciativa, sino

también de lo que suponían las circunstancias. En cierto modo, el boato de las ceremonias públicas, tales como las festividades nacionales o las inauguraciones de empresas, con sus referencias a la tradición cristiana o al apoyo de la Iglesia al proceso de los cambios constituían formas diversas de dar satisfacción a una necesidad espontánea de la sociedad, que buscaba ansiosamente puntos de referencia axiológicos e institucionales de carácter permanente.

Cambios en la actitud de la sociedad hacia la Iglesia

¿Cuándo empezó a cambiar esa actitud de la sociedad y empezó a percibirse por una parte de la opinión la presencia de la Iglesia en la vida pública como "demasiado influyente" *(za bardzo się miesza)*, si no como suscitadora de tensiones peligrosas para la democracia?

El primer hecho que inquietó a una parte de la opinión pública fue la aparición de la asignatura de religión en la escuela. Esa medida no fue consultada y debatida previamente, sino que fue introducida bajo la presión de la Conferencia Episcopal en el verano de 1990. Seguidamente, la Iglesia emprendió una serie de iniciativas que provocaron manifestaciones de oposición entre la sociedad. Propuso un proyecto de ley para la total prohibición del aborto. Permitió que parte del clero y la propia Conferencia Episcopal interviniesen muy activamente en la campaña electoral al Parlamento del 1991. Exigió garantías legales para salvaguardar los valores cristianos en el sistema de educación y en los medios de comunicación. Intentó intervenir en la provisión de cargos públicos. Aceptó un trato preferencial económico por parte del gobierno y aprovechó la presión de varios círculos católicos en el proceso de restitución de patrimonio y en el de las concesiones de ondas de radio, para obtener ventajas. Parte de la opinión pública consideró esos hechos como intentos de proselitismo ideológico y de protagonismo institucional tendentes a subordinar la vida social a la Iglesia (Gowin, 1995:135-140).

Asimismo, se percibió con preocupación el tono con el que se manifestaban muchos partidarios de la Iglesia. En las campañas políticas de los partidos cristianos se observó agresividad, demagogia y cierta tendencia a descalificar a los adversarios, en lugar de presentar programas propios, sin que la jerarquía católica, llegara a desaprobar ese estilo de retórica política. De hecho, muchos religiosos, inspirados por una visión maniquea y radical de la realidad, contribuyeron a la

crispación del debate público sobre el lugar que le correspondía a la Iglesia en un estado democrático y en una sociedad civil. De este modo, con la crítica y la correspondiente reacción de los propios portavoces católicos, fue surgiendo una oposición contra la Iglesia. Ese proceso culminó con la elección de candidatos de partidos con orientación decididamente anticlerical, que de hecho dominaron el Parlamento constituido en septiembre de 1993.

Las reacciones críticas a las actuaciones de la Iglesia provinieron de varios sectores de opinión y surgieron por motivos opuestos. El sector de los católicos abiertos consideró que la implicación directa de la jerarquía y la restauración de la ideología católica nacionalista eran síntomas de divergencia con los propios principios del Concilio Vaticano II, y de falta de comprensión de las reglas de juego democráticas y de los valores culturales de la era moderna. Por su parte, la mayoría de los intelectuales católicos laicos percibió esos hechos como síntomas peligrosos, tendentes a la creación de un estado confesional, y como pruebas del anacronismo de la jerarquía polaca. Ninguna de esas dos formas de reacción crítica apuntaba contra el catolicismo como tal, sino, concretamente, contra una de sus corrientes o tendencias, calificada como integrista o fundamentalista. En cambio, en el debate público, fueron surgiendo paulatinamente crecientes olas de crítica de la Iglesia como una institución opresiva por naturaleza. Así comenzaron a proliferar descalificaciones de la Iglesia, una propaganda anticatólica, promovida por sectores post-comunistas. Éstos, tras un periodo de intentos de cortar con su pasado comunista para asegurarse un trato neutral por parte de la Iglesia, vieron que se les presentaba la oportunidad de recuperar adeptos si aparecían como los defensores de la democracia amenazada por el fundamentalismo católico (Bogucka, 1991).

El sector de izquierdas de las antiguas agrupaciones de *Solidaridad* esgrimió otros motivos. Trató la creciente actividad e influencia de la Iglesia no sólo como una posible amenaza para la forma democrática del Estado, sino también como una forma de confrontación cultural entre los valores tradicionales y los ideales de la izquierda progresista, que parecían reclamar la educación de la juventud en el espíritu del racionalismo, el derecho de aborto y la igualdad para la mujer y para las minorías homosexuales. Todas estas consignas se convirtieron en componentes del programa político del partido Unión del Trabajo y del ala izquierda de la Unión Democrática (Grabowska y Szawiel, 1993:153).

En el debate público y académico sobre estos fenómenos, cabe destacar dos explicaciones de los motivos del conflicto entre el estado post-comunista y la Iglesia[8]. La primera, que podríamos llamar "teoría del bumerán", sostiene que, tras la caída del comunismo, se manifestó en la Iglesia polaca una tendencia a someter las instituciones del Estado a los principios de la ética católica, que siempre había existido, pero que había sido silenciada durante el régimen comunista y relegada al segundo plano por el movimiento post-conciliar de los católicos abiertos. Al ser expresada con una retórica agresiva por los partidos nacionalistas cristianos y por la democracia cristiana, esta tendencia se granjeó el apoyo de la mayoría de la jerarquía de la Iglesia, que consideró sus propias intervenciones en la vida pública como un derecho natural de la Iglesia. A su vez, eso despertó protestas y posturas anticlericales, que, en sus manifestaciones extremas, asumieron formas duras de antagonismo ideológico contra la Iglesia y la religión. A la luz de la "teoría del bumerán", el conflicto se debe a la actividad radical de las agrupaciones católicas y a las transgresiones, por parte de la Iglesia institucional, de los límites marcados por el estado democrático de derecho y por el consenso social. En cambio, el anticlericalismo, aunque dañino, aparece como un fenómeno inducido, provocado por las acciones de los integristas católicos.

Otros analistas (muchos de ellos católicos) presentan una explicación diferente, que podríamos llamar "teoría de la domesticación". Sin llegar a hacer suya una teoría de la conspiración en su versión de los hechos, y sin considerar el pluralismo como un peligro para el cristiano, están convencidos de que, a partir de 1989, la Iglesia fue objeto de una manipulación, muchas veces involuntaria. Atribuyeron la autoría de esa manipulación a los intelectuales laicos, antiguos aliados de la Iglesia en su lucha contra el estado totalitario. Esos intelectuales defendían una libertad absoluta y estaban dispuestos al diálogo con la Iglesia, a condición de que ésta se aviniese a sus aspiraciones a una libertad sin limitaciones de ninguna especie. Después de los Acuerdos de la Mesa Redonda, intentaron cuestionar aquella forma de participación de la Iglesia en la vida pública que consistía en indicar a la población la existencia de unos límites inamovibles y de unas determinadas normas objetivas. Según ellos, la Iglesia debía ser persuasiva con las personas, recurrir a sus consciencias y mostrarse comprensiva con

[8] Nos apoyamos en el excelente análisis presentado por el experto en la historia de la Iglesia polaca Jarosław Gowin, 1995:219-284.

ellas. Debía "olvidarse del pecado", porque, desde la perspectiva del pluralismo y la tolerancia, este concepto era irrelevante. La Iglesia se opuso a esos intentos de "domesticarla" y a moderar el "radicalismo" de su doctrina. En reacción a su intransigencia, surgieron las acusaciones de que la Iglesia tenía tendencias teocratizantes y deseaba crear un estado confesional. Para justificarlas, los acusadores recurrieron a interpretaciones tendenciosas de las manifestaciones de la Conferencia Episcopal o a una desproporcionada campaña de información sobre las actuaciones de determinados grupos integristas marginales.

La religiosidad de la sociedad

Como resultado del cambio de fronteras de Polonia en 1945, de la incorporación de sus provincias orientales a la Unión Soviética, de los traslados de la población y de la exterminación de los judíos, el país cuenta actualmente con grupos de minorías nacionales mucho más reducidos que antes de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una nación prácticamente homogénea y monoconfesional. La Iglesia no católica más numerosa es la Iglesia Autoquefálica Ortodoxa Polaca, con aproximadamente 600.000 creyentes, según sus propias estimaciones. El conjunto de todas las Iglesias Evangélicas Augsburguesas Reformadas cuenta con aproximadamente 100.000 creyentes, y la Unión Religiosa de la Fe Judía cuenta con 1.560 miembros. Se estima que los creyentes de las confesiones no católicas constituyen aproximadamente un 3 por ciento de la población (Adamczuk y Zdaniewicz, 1991). Igualmente, las minorías nacionales y étnicas apenas superan una proporción similar. Cabe añadir que, en la Polonia actual, ni la conciencia nacional ni la de afiliación religiosa conllevan connotaciones políticas (si bien existen varios problemas sociales relacionados con las minorías nacionales y religiosas, tales como los del antisemitismo, la intolerancia religiosa y cultural, la vulneración de los derechos cívicos, etc.). Las luchas relacionadas con la conciencia nacional y la autodeterminación política de los ucranianos, un pueblo cuya historia ha estado ligada a la de Polonia durante varios siglos, se están librando, por supuesto, fuera de Polonia. Casi toda la minoría alemana que está empezando a cobrar su conciencia y manifestarse como tal, no pertenece a la Iglesia Evangélica. Tampoco se da la cuestión de la asimilación o la conservación de identidad o la emigración de los judíos. Por lo tanto, el problema característico de la Polonia actual no es el de sus relacio-

nes con las minorías, sino el de las relaciones históricas con la Iglesia Católica, y la dinámica de la posición y el papel de ésta en la sociedad.

Se puede estudiar el cambio cuantitativo de la religiosidad de los católicos a partir de los datos correspondientes a las décadas de 1960 y 1970, cuando ésta estaba en su punto más bajo. Tres cuartas partes de la población se consideraban creyentes y sólo dos terceras partes iban a la iglesia. Esas proporciones eran aún más bajas entre los estudiantes de bachillerato y universidades. Por ejemplo, entre los que se licenciaron en Varsovia en 1972, sólo un 48 por ciento se declaraba creyente y sólo un 46 iba a la iglesia. La recuperación de la fe y la reconciliación con la Iglesia comenzó aproximadamente a mediados de la década de los setenta. La proporción de creyentes aumentó hasta un 90 por ciento, alcanzando un 95 por ciento al final de la década de los ochenta. El proceso de catolización fue más rápido entre la clase instruida. Al comienzo de la década de 1970, un 52 por ciento de ese grupo se declaraba creyente y un 48 por ciento, no creyente. Hacia el final de la década de 1980, esas proporciones se situaban, respectivamente, en 89 y 11 por ciento. En 1977, un 28 por ciento rezaba a diario, mientras que, en 1983, lo hacía el 78 por ciento (Grabowska, 1993).

Cabe señalar que ese proceso de reincorporación al catolicismo y a la Iglesia había comenzado antes de la elección del cardenal Wojtyła al trono de Roma y antes del nacimiento de *Solidaridad*, que fue cuando la fe y la Iglesia jugaron un papel sumamente explícito y protagonista en la vida pública. El proceso era muy notorio antes de la imposición del estado de sitio, si bien fue entonces cuando se produjo una explosión religiosa, y la incorporación más acelerada de la clase intelectual. Ese fenómeno quedó constatado con las estadísticas de la Iglesia y los datos recogidos en las encuestas, y confirmado por los análisis de los sociólogos. Estos han llegado a la conclusión de que al comienzo de la década de 1970 los padres transferían a sus hijos una religiosidad ritual, y que en la década de 1980 lo característico fue la difusión de la fe católica. En efecto, el número de personas bautizadas entre 1980 y 1984 superó al de los nacidos, y abundan memorias de la época que dan testimonio de las conversiones de miembros de familias ateas. Otras estadísticas de la Iglesia recogen también ese gran auge religioso; por ejemplo, a partir de 1974, aumentó de forma extraordinaria el número de peregrinos al santuario de Jasna Góra, y el número de vocaciones sacerdotales (Adamczuk y Zdaniewicz, 1991).

Es difícil evaluar hasta qué punto estos cambios cuantitativos vienen acompañados de transformaciones cualitativas en las formas de la

experiencia religiosa, porque éstas son difíciles de observar y de medir. Estudios sobre la educación religiosa revelan que el número de las personas que se declaraban creyentes era mayor que el de las que conocían los contenidos de sus creencias o asentían (o discrepaban) con sus dogmas; y, por supuesto, se sabe que los creyentes en Polonia, como en general en toda la Cristiandad, tienden a observar los principios morales de su religión muy selectivamente. En todo caso puede señalarse que, en Polonia, el aumento de religiosidad en los años setenta y ochenta no sólo se debió a una situación concreta política o socioeconómica, sino también a una transformación cualitativa de los sentimientos colectivos de mayor calado.

La religiosidad como autoidentificación fue uno de los elementos de la cultura polaca menos propenso al cambio. A pesar de los cambios sistémicos, políticos, económicos y sociales en el periodo de la transición, las declaraciones de los polacos tanto sobre la intensidad de su religiosidad como su participación en las prácticas religiosas, se han mantenido estables desde el año 1989.

En 1989 la mitad de los polacos se declaraba creyente y practicante regular, la tercera parte creyente y practicante irregular, la décima parte creyente pero no practicante, y la vigésima no creyente y no practicante. Tan sólo el uno por ciento se declaraba no creyente pero practicante, presumiblemente personas no creyentes que sin embargo acudían a la Iglesia por su papel de oposición contra el régimen de Jaruzelski.

Entre 1989 y 1991 se observó incluso cierto incremento de personas que se declaraban creyentes y practicantes regulares (Roguska y Wciórka, 2000:184). Según las encuestas realizadas en 1995, casi 3/5 de los polacos se declaraba creyente y practicante regular, 1/7 creyente y practicante irregular, casi 1/5 creyente pero no practicante. Los no creyentes y no practicantes seguían siendo una pequeña minoría. Resumiendo, se puede decir que el 75 por ciento de los polacos adultos se declaraban creyentes y practicantes regulares (acudían a la Iglesia por lo menos una vez a la semana) o irregulares (1-3 veces al mes); casi el 25 por ciento de la sociedad, aunque se declaraba creyente, no acudía a la Iglesia.

En definitiva, el nivel de práctica religiosa de la sociedad polaca, entre 1989 y 1995, parece haber aumentado algo, lo que puede ser consecuencia simplemente de que ciertos sectores acostumbrados a ocultar su religiosidad por razones políticas durante el periodo comunista, dejaron de hacerlo posteriormente.

Actitudes hacia la actividad no estrictamente religiosa de la Iglesia

Al final del periodo comunista, la Iglesia contaba con la confianza de casi toda la sociedad: un 80 por ciento de la población evaluaba favorablemente su actividad. Ninguna otra institución se le podía comparar en términos de autoridad y consideración social. Esta autoridad tan especial de la Iglesia se debía, como ya hemos comentado anteriormente, al hecho de que la Iglesia, además de su misión básica, cumplía varias funciones suplementarias, no religiosas, relacionadas con la preservación de la identidad nacional y cultural de los polacos frente al estado comunista. A partir de 1989, con el desarrollo del estado democrático, la Iglesia afrontó la necesidad de redefinir su papel en la sociedad. Los primeros síntomas de cierta desaprobación de las actividades de la Iglesia como institución pública aparecieron con la controversia en torno a la introducción de clases de religión en los colegios, que finalmente fue aprobada en septiembre de 1990. Entre 1990 y 1993, se debatió el grado de secularización del estado y, en concreto, la enseñanza de la religión, el respeto a los valores cristianos en los medios de comunicación y la regulación legal del aborto. En la primera mitad de 1993 se observó el nivel más bajo de aprobación de las actividades de la Iglesia, que disminuyó al 38 por ciento (Roguska y Wciórka, 2000:189). El empeoramiento de la opinión sobre la Iglesia se debía también a su participación activa en la vida política del país, particularmente en las elecciones de 1991, cuando en algunas misas dominicales se dieron instrucciones electorales explícitas a los fieles.

Entre octubre de 1993 y septiembre de 1995, cuando gobernaban los partidos post-comunistas, la aprobación de la Iglesia aumentó hasta un 55-58 por ciento de los encuestados, probablemente porque la gente dejó de inquietarse por la posibilidad de una excesiva influencia de la Iglesia en los asuntos públicos bajo gobierno post-comunista (Roguska y Wciórka, 2000:189). Al mismo tiempo, la jerarquía de la Iglesia se mostró cautelosa a la hora de pronunciarse políticamente y, por ejemplo, anunció que la Iglesia no apoyaba a ninguna agrupación política en las elecciones de 1993.

Entre 1988 y finales de la década de los noventa, el número de personas que opinaban que la Iglesia tenía bastante influencia sobre la vida política del país se incrementó del 31 al 45 por ciento, al tiempo que el porcentaje de quienes opinaban que debía reducirse su influen-

cia sobre la vida política se incrementó del 9 al 35 por ciento. En general, la gente reconocía el papel fundamental de la Iglesia en la protección y ayuda para los más necesitados y enfermos (42 por ciento), en la educación de los jóvenes (26 por ciento), en la moralidad de la sociedad (16 por ciento) y en la asistencia pastoral (12 por ciento), pero desaprobaba su participación activa en los asuntos políticos del país (Roguska y Wciórka, 2000:190-192).

Podemos concluir, por tanto, que el catolicismo polaco empezó una etapa de transformación hacia mediados de los noventa, como consecuencia principalmente de que, como hemos visto, la mayoría de la población quería limitar la influencia de la Iglesia sobre las decisiones políticas. No es probable que por sí solas la transición democrática, la crisis económica y la transición a una economía de mercado o las turbulencias políticas traigan consigo una disminución importante de la religiosidad en Polonia. Sin embargo, existen algunas señales de desaceleración del crecimiento de la Iglesia católica como comunidad, que ha alcanzado el máximo de su potencial, e incluso de menor implicación de las personas en la vida religiosa. El número de vocaciones religiosas y de los que participan en las prácticas religiosas ha disminuido recientemente (Grabowska, 1993:75). Aunque es difícil establecer la importancia de esa tendencia, los indicios de que se dispone muestran que los bordes de ese extraordinario cuerpo social están erosionándose, y que los mecanismos que le aseguraban su regeneración social se han vuelto más débiles.

Los expertos en cuestiones religiosas parecen de acuerdo en que ha llegado el momento de reformular la posición y el papel de la Iglesia en la sociedad polaca democrática. Los expertos prevén el desarrollo de una religiosidad madura como elección libre de cierta filosofía del mundo y no como el resultado de ciertas circunstancias y condiciones políticas (Gowin, 1995:282). Al mismo tiempo, la Iglesia polaca tuvo que aceptar que, con la llegada del pluralismo y la democracia, se había terminado la función histórica de la Iglesia de integrar y proteger la nación ante el enemigo. A partir de ahora sería indispensable limitar sus actividades a las funciones religiosas, a la enseñanza y a fomentar las organizaciones religiosas. Con esta premisa, la Iglesia polaca podría adoptar una estrategia de presencia de los católicos en la vida pública, algo así como la construcción de "una sociedad civil católica" capaz de promover una gran diversidad de actividades sociales y de proponer programas políticos o soluciones económicas asumibles por los católicos ante el resto de la sociedad. En lugar de insistir

en la confesionalidad del estado católico, la Iglesia debía fomentar una sociedad civil católica abierta a las necesidades de la sociedad y dispuesta a debatir con sus adversarios ideológicos.

Algunas conclusiones

En rigor, no es cierto que la Iglesia haya tenido reparos respecto al nuevo sistema desde el principio, ni que intentase sustituirlo con alguna forma de estado confesional. La introducción del sistema democrático ha sido bienvenida por la Iglesia polaca y las tendencias teocráticas, sin duda presentes en el catolicismo polaco, solo han tenido apoyo en una minoría de los católicos. En cambio, desde el principio, se ha notado cierta falta de comprensión para los mecanismos del estado democrático así como la falta de costumbre de tomar en consideración la opinión pública. A ello se añadió el sentimiento de triunfo que reinó durante los primeros meses después de la caída del comunismo, que se convirtió, como reacción a las críticas, en la convicción que la Iglesia estaba otra vez en peligro. La Iglesia volvió, en parte, a la táctica del "bastión sitiado" interpretando cada crítica como un ataque directo contra la comunidad católica. Por otro lado, el tono de triunfalismo del clero, y la exigencia de garantías institucionales para la religión en la vida pública, sin prestar atención a los sentimientos de los no católicos, provocaron el miedo ante el expansionismo de la Iglesia. Se puede aventurar la tesis que la *intelligentsia* laica, el sector crítico más duro de la Iglesia, olvidó, o no entendió bien, la misión de la Iglesia tal como ésta puede entenderla. La cuestión del aborto es un ejemplo de ello: la presión de la Iglesia a favor de la prohibición de la interrupción del embarazo fue interpretada como el intento de imponer las reglas religiosas al estado laico, y no como la afirmación de una conclusión lógica de las premisas formadas por el dogma y la tradición morales de la Iglesia.

Hay cierta ambivalencia en la *intelligentsia* laica hacia la Iglesia. Por un lado se critica la participación activa del clero en la vida política y los asuntos temporales de Polonia, porque se asigna a la Iglesia el papel de guardar ciertos valores absolutos. Pero cuando la Iglesia aboga en favor de los valores absolutos, tiene el apoyo de la *intelligentsia* laica solamente en caso de la defensa de determinados valores, digamos, "liberales", como el de la libertad de individuo, los derechos de las minorías, etc. Sin embargo, cuando la Iglesia centra su atención en

otros valores o sus implicaciones como el derecho a la vida del feto, la unión indisoluble de la familia, o la pureza de las costumbres, estos críticos la rechazan como anacrónica y expansionista. Las actividades de la Iglesia son vistas a través del prisma de dos estereotipos: el primero es el de democracia y modernidad, y el segundo es aquel en que predominan las tendencias integristas o "cerradas" del catolicismo polaco. Esta dicotomía deja sin lugar a muchos católicos que no se identifican con un estereotipo ni otro, al tiempo que polariza el debate sobre el papel de la Iglesia (Gowin, 1995:266-276).

Al intentar comprender las causas de las controversias sobre la presencia de la Iglesia en la vida pública polaca, conviene destacar dos fenómenos posiblemente relacionados uno con otro. Las investigaciones demuestran que los polacos, quienes en su gran mayoría son católicos, están acostumbrados a las actividades de la Iglesia desde los tiempos del régimen comunista, y siguen considerando que el papel de la Iglesia se ejerce sobre todo en la vida privada y no en la pública. Pero ocurre además, que muchos aceptaron durante la época comunista la existencia de una institución poderosa, el Partido Comunista, que dictaba órdenes y reglas tanto para la vida privada como, sobre todo, para la sociedad, y están dispuestos a admitir que una vez que el omnipoderoso Partido Comunista ha desaparecido, la Iglesia ocuparía ahora su lugar también en lo que se refiere a la vida social. Esta interpretación sugiere una disposición a aceptar valores y reglas de signo colectivista y autoritario por parte de la población (lo que algunos han llamado "la sovietización" de la conciencia social). Ello se vería complementado por la circunstancia de que muchos representantes de la Iglesia no comprenden las reglas de la democracia ni reconocen las fronteras del estado o el carácter de sus relaciones mutuas.

Desde el punto de vista económico, cabe destacar dos aspectos importantes. En primer lugar, la Iglesia como organización estaba intentando ajustarse a la nueva realidad económica. A la vista de la reprivatización, ha tomado ciertas medidas y emprendido ciertas actividades económicas, tales como la de alquilar sus inmuebles a empresas y talleres, y ha limitado su presupuesto de gastos, sin dejar de solicitar mayores aportes de sus contribuyentes. Puesto que la Iglesia es una institución autofinanciada, ese comportamiento económico parece razonable. Pero por otro lado, la enseñanza social de la Iglesia suele carecer de referencias económicas y no proporciona criterios y pautas que pudieran servir a las personas para hacer frente a los retos y las oportunidades actuales. Así, respecto a los temas económicos, las opi-

niones de la gente carecían casi por completo de fundamentos religiosos. Toda la reestructuración sin precedentes de la economía polaca y los procesos de privatización, con sus debates frecuentes, donde se mezclaban sonadas acusaciones de depredación del patrimonio nacional y explicaciones racionales de los hechos, tenían lugar sin que la Iglesia demostrara su interés en el tema o su capacidad para articular una opinión sobre él.

En general, se observó una considerable confusión en las relaciones entre los argumentos económicos y los argumentos religiosos. Esto se observó en las posiciones adoptadas por los intelectuales, pero también por los políticos. Por ejemplo, durante el periodo 1991-1992 se celebraron cinco congresos de partidos, incluidos los de la Alianza del Centro, de la Unión Democrática y del Congreso Liberal-Democrático. Un estudio de las plataformas de las delegaciones a esos congresos revela que las opiniones en materia de economía de esos grupos apenas tenían que ver con sus convicciones religiosas, ni siquiera en el caso de la Alianza del Centro, autodenominada Partido Cristiano. Además, había posturas diferentes en el seno de cada uno de esos grupos. El Congreso Liberal-Democrático y el Foro de las Derechas Democráticas, así como el ala izquierda de la Unión Democrática demostraron su orientación decididamente liberal, mientras que el ala derecha de la Unión Democrática se manifestó decididamente partidaria del control estatal de la economía. Esas diferencias apenas tenían relación alguna con planteamientos filosóficos, ni se correlacionaban con la religiosidad o con la falta de ella (Grabowska y Szawiel, 1993:49-60).

En los años siguientes se han ido determinando poco a poco en el debate público los límites de lo político, y el papel de la Iglesia ha ido cambiando. Al principio, durante las elecciones al congreso de 1989, las primeras reuniones de la mitad de todos los comités electorales se celebraron en locales parroquiales (Kosela, 1990). La Iglesia no reparaba en el talante religioso o filiación confesional de los candidatos, sino que favorecía a la oposición encabezada por *Solidaridad*. Entonces nadie se quejaba de que la Iglesia se entrometiera en la política. Dos años y medio más tarde, en 1991, durante las elecciones al Parlamento, la Iglesia desempeñó un papel diferente. A pesar de que el episcopado había anunciado que la Iglesia no apoyaría ningún partido concreto, dos semanas antes de las elecciones, en muchas parroquias, aparecieron instrucciones nombrando a los candidatos a los que podía o debía votar el católico. Al parecer, algunas agrupaciones, tales

como la Acción Electoral Católica, se beneficiaron con esas instrucciones, mientras que para otras, tales como la Alianza del Centro o el Partido Democrático Cristiano, ese apoyo no tuvo mayor efecto. Más tarde, este tipo de intervenciones se ha encontrado con una resistencia cada vez mayor (Lisicka, 1994).

Las relaciones entre el Estado y la Iglesia constituyen uno de los problemas políticos más importantes en Polonia. El debate sobre la situación legal de la Iglesia suscita emociones entre los que sostienen opiniones tanto extremas como moderadas. A juicio de algunos, la Iglesia debería favorecer un modelo similar al norteamericano, donde las instituciones del Estado están separadas de las religiosas, pero la religión se mantiene presente en la vida pública, por ejemplo, prestando mayor solemnidad a los actos públicos. Los círculos laicos favorecen el modelo francés, con una separación institucional más o menos radical entre el Estado y la Iglesia, así como entre lo secular y lo religioso. Creen que debe existir un tiempo y un lugar para la religión, de lo contrario ésta carecería de toda razón de ser. El modelo norteamericano no separa tan tajantemente lo secular de lo sagrado, la fe del día a día y la religión de la política. La diferencia entre ambos modelos no sólo consiste en diferentes soluciones legales e institucionales, sino también en profundas diferencias culturales y de tiempo histórico.

En el caso de Polonia, después de cuarenta años del comunismo nos encontramos en una situación en la que la Iglesia polaca exige que se le otorgue a ella y a la religión el lugar que cree que les corresponde en la vida pública, no tanto para intervenir en el ámbito político, cuanto para intervenir en el ámbito cultural y moral; según ella esto es lo que implica la enseñanza de la religión en las escuelas, la lucha contra el aborto y los cambios en la ley sobre la familia. En ese ámbito, importa si la orientación general del estado es "respetuosa" con lo religioso o estrictamente "laica" porque ello afecta las actitudes de la población en general y en particular de las élites respecto a cuál sea la presencia legítima de la religión y de la Iglesia en la vida pública.

Cabría esperar que los fieles se inclinasen a favor de una presencia robusta de la religión en la vida pública, de que se incluyan normas religiosas en las leyes y de que la Iglesia participe en la vida política. Sin embargo, las actitudes al respecto fueron muy dispares en diferentes agrupaciones políticas. Entre los delegados creyentes, han apoyado la ley contra el aborto un 96 por ciento de los que pertenecían a la

Alianza del Centro, un 60 del Congreso Liberal-Democrático y un 47 de la Unión Democrática. Los delegados creyentes y practicantes que se pronunciaron a favor de la presencia de la Iglesia en la vida política constituían el 43 por ciento de la Alianza del Centro, el 20 por ciento de la Unión Democrática y sólo el 15 por ciento del Congreso Liberal-Democrático. De modo que la presencia plena de la Iglesia en la vida política ni siquiera consiguió el apoyo mayoritario del grupo más católico de los estudiados, que era la Alianza del Centro (Lisicka, 1994:210-211).

Además es necesario señalar que las actitudes de los miembros de los distintos círculos sociales no sólo son diferentes, sino que son dinámicas y cambian con el tiempo. En 1989, las opiniones estaban divididas en dos grupos prácticamente iguales, uno a favor de la enseñanza de la religión en las escuelas y en contra del aborto, y el otro contra la enseñanza de la religión y a favor de la legalización del aborto. En 1992, es decir, casi tres años más tarde, un 70 por ciento apoyaba la enseñanza de la religión en las escuelas y una proporción igual, la legalización del aborto. Eso significa que las personas se consideraron bastante libres para evaluar y adoptar sus propios puntos de vista sobre las cuestiones que proponía la Iglesia. También se sentían libres para actuar: mandaron a sus hijos a colegios católicos y formaron asociaciones católicas, pero también formaron asociaciones anticlericales (tales como *Neutrum*), y no se abstuvieron de criticar a las autoridades de la Iglesia en público (Lisicka, 1994:212).

Al considerar las perspectivas de cambio de esa situación en Polonia, es necesario recordar que la sociedad polaca ha luchado por los derechos de la Iglesia católica, pero también de todas las demás religiones, y asimismo ha luchado por el derecho de cada persona a profesar y practicar su religión. Por un lado, la gran mayoría de esa sociedad se compone de católicos creyentes. Es imposible limitar la manifestación de la fe a los recintos de las iglesias. Cualquier intento en ese sentido está condenado al fracaso. La religión católica ha impregnado la vida pública definitivamente. Pero por otro lado, el grado y las formas de su participación dependen de muchos factores. La división de instituciones entre las diversas confesiones y el estado no es un muro. Las conexiones y las oportunidades de cooperación o de conflicto son reales y permanentes. Tal vez el modelo de un estado secularizado que convive con una sociedad creyente sea viable. Tal y como señala Tocqueville, la oportunidad puede ser aprovechada por aquellos que «sepan construir a gran escala, imbricando milagrosa-

mente dos elementos diferentes, como son el espíritu de la sociedad y el espíritu de la fe»[9]. Tal vez esa oportunidad también pueda ser aprovechada en Polonia.

EL PAPEL DE LA *INTELLIGENTSIA* EN LA FORMACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA: EL CASO DE *GAZETA WYBORCZA*

Como resultado de uno de los acuerdos de la Mesa Redonda, que abolía la censura y restituía la libertad de prensa, el 8 de mayo de 1989 apareció el primer número del periódico diario *Gazeta Wyborcza* (Periódico Electoral). El periódico terminó llamándose "electoral" porque fue establecido por el grupo de expertos vinculados a Lech Wałęsa desde 1980 y por el comité electoral de *Solidaridad* que preparaba entonces las primeras elecciones parlamentarias en la nueva realidad política de Polonia. Adam Michnik, el legendario oposicionista, fue su redactor-jefe. No obstante, la *Gazeta* quiso ser un periódico independiente, orientado hacia una Polonia democrática y no subordinado ni a los jefes de *Solidaridad* ni a ningún otro partido. En el otoño de 1990, la *Gazeta* no apoyó a Lech Wałęsa en la "guerra en la cúpula" y el líder de *Solidaridad* prohibió a la *Gazeta* utilizar el símbolo gráfico de *Solidaridad* en su viñeta. Fue una decisión muy dolorosa para el equipo de la *Gazeta* que, en su gran mayoría, procedía de KOR y de *Solidaridad*, pero quizás gracias a este incidente la *Gazeta* logró una independencia incuestionable.

«Comprender la historia de Polonia es creer en milagros. ¿Quién iba a decir en 1982 que Polonia recuperaría la libertad y la independencia en tan sólo siete años?» (Michnik, 1999:2), escribió Adam Michnik en un artículo con motivo del décimo aniversario de *Gazeta Wyborcza.* Adam Michnik se preguntaba por qué había caído el sistema comunista en Polonia y entre los factores que contribuyeron a ello enumeraba: la elección del papa Juan Pablo y sus memorables peregrinaciones a Polonia, la defensa de los derechos humanos convertida por Jim Carter y Ronald Regan en arma contra el totalitarismo soviético, y los intentos de Mijaíl Gorbachov de modernizar la URSS. Pero el factor más decisivo fue el hecho que los polacos mismos querían desmontar el sistema de dictadura y que los polacos que habían servido a

[9] Citado en Jarosław Gowin, 1995:276.

la dictadura fueron capaces de negociar y llegar a acuerdos con los polacos que se habían rebelado contra la dictadura. Los Acuerdos de la Mesa Redonda entre los comunistas y la oposición anticomunista abrieron el camino hacia la democracia a través de negociaciones y compromisos, sin tanques y sin violencia. Así, la filosofía de diálogo, comprensión mutua y compromiso se convirtió en el credo de *Gazeta Wyborcza*, que llegó a ser el periódico más importante de la transición democrática en Polonia.

Al mismo tiempo conviene ver el caso de *Gazeta* en el contexto de la transformación total del panorama de los medios de comunicación en Polonia. Estos habían sido controlados por el Estado hasta 1989. En la mitad de los años noventa, había unos 5.500 periódicos y seminarios independientes, de todas las tendencias. Entre los periódicos, además de *Gazeta* hay otros muchos entre los que destaca *Rzeczpospolita*, con una tirada de más de 300.000 ejemplares (Fuente: Centro de Investigación de la Prensa, Universidad de Cracovia).

El papel de Gazeta: *reformismo* versus *populismo, cosmopolitismo* versus *localismo*

Para comprender bien el papel de *Gazeta Wyborcza* en la formación y desarrollo de la opinión pública en Polonia, conviene recordar algunos de los acontecimientos más significativos en la vida del país en los primeros años de la transición y las posturas adoptadas por la *Gazeta* en relación con ellos.

Tanto Adam Michnik, quien marcaba el tono de la *Gazeta*, como su equipo de periodistas pertenecían a la tradición del pensamiento socialista, por lo que no siempre estaban de acuerdo con las consecuencias inmediatas de la transición a una economía capitalista. Sin embargo, fueron capaces de ver la transición con perspectiva y la *Gazeta* defendió consecuentemente la "terapia de choque" de Leszek Balcerowicz, cuyos reformas económicas, muy criticadas, exigían mucho esfuerzo y sacrificio de la sociedad. Al mismo tiempo, la *Gazeta* hizo ver los errores de las reformas, la crueldad innecesaria del mercado capitalista y los trámites burocráticos absurdos. El equipo de la *Gazeta* compartía la opinión de que la economía de mercado libre era una de las piezas indispensables de la transformación del sistema en Polonia, pero su objetivo superior era la creación de una sociedad donde todos tienen derecho a vivir con dignidad. En consecuencia, la

Gazeta insistía en controlar a los ricos y en apoyar a los pobres para salir de la pobreza.

La citada política de choque y de modernización rápida suscitó un retroceso conservador y una reacción populista. El populismo adoptó varias formas. Desde el éxito de Stanisław Tymiński en las elecciones presidenciales de 1990, pasando por las declaraciones anticapitalistas y antieuropeas de la Iglesia, hasta el apoyo de la Iglesia a la coalición post-comunista SLD-PSL en las elecciones parlamentarias en 1993. Sin embargo, como la coalición no cumplió con sus promesas electorales, la reacción populista se convirtió pronto en un ataque anticomunista apoyado en el clericalismo y el nacionalismo. La voz de la Radio María *(Radio Maryja)*, una radio católica de gran popularidad, fue una articulación extrema y dramática de estas actitudes: miedo a lo desconocido, a Europa, a los extranjeros, aversión a las minorías étnicas, inseguridad y temor por la propia vida, la pobreza, el desempleo, las drogas, la pornografía, etc. En otras palabras, la Radio María expresaba, en lenguaje a menudo primitivo, los sentimientos básicos de quienes se sentían perjudicados por la transición. La *Gazeta* no evitaba estos temas: publicó frecuentemente reportajes sobre la gente fracasada, perdida e infeliz, pero al mismo tiempo declaraba su apoyo a las reformas económicas propuestas por Balcerowicz.

El equipo de la *Gazeta* se pronunciaba a favor del diálogo social y de cierto compromiso entre las reglas del mercado libre y las necesidades vitales de la gente y, sobre todo, a favor de leyes que regulasen los derechos de empresarios y empleados. Los periodistas sabían, por su propia experiencia de oposicionistas, que cuando el diálogo se termina empieza la destrucción de los principios democráticos del estado de derecho. Por lo tanto, la *Gazeta* no apelaba a un código criminal más severo contra la delincuencia, sino al cumplimiento estricto de la ley contra todos aquellos que la infringen.

El papel de los sindicatos, elemento imprescindible del orden democrático, consiste en hacer demandas. En Polonia, los sindicatos fueron un factor fundamental en la lucha por la libertad y los derechos de los trabajadores, pero en los primeros años de la transición a la economía de mercado se convirtieron, sin querer, en un agente conservador. El conflicto entre un gobierno de transformación y los sindicatos fue probablemente inevitable y un compromiso entre ellos ineludible. *Gazeta Wyborcza* dedicó mucha atención a la situación compleja de los sindicatos y argüía que Polonia no podía ser reformada sin consenso de la sociedad. Ese consenso debía conseguirse a través del diálogo

y el compromiso necesarios para el desarrollo económico, una condición básica del éxito de Polonia en el mundo. La gran ambición de la *Gazeta* fue proteger a la economía de los conflictos políticos.

Por otra parte, el periódico ha tratado de situar los temas de Polonia en el contexto de la situación internacional, continuando una tradición de cosmopolitismo típico de una buena parte de la *intelligentsia* polaca. Por ello, hacia dentro, la *Gazeta* se declaró a favor de una Polonia unida, una república, una patria de todos sus ciudadanos, a favor de un país basado en compromisos y no en la dominación de una agrupación política o en una batalla incesante y un interminable ajuste de cuentas; por otra parte, y al mismo tiempo, hacia fuera, *Gazeta* apoyaba una política de coexistencia con las minorías y con los países vecinos. Esta postura fue particularmente importante en el conflicto de Yugoslavia, donde los comunistas se convirtieron en los nacionalistas agresivos, mientras que la ola del nacionalismo derivado del comunismo y anticomunismo pasaba por algunos países de la antigua Unión Soviética. Casi en la misma época, se produjeron acontecimientos violentos en Rumanía y se desintegró Checoslovaquia. En este contexto, era necesario prevenir una posible escalada de la intolerancia étnica en Polonia. La *Gazeta* condenaba con fuerza los conflictos entre los polacos y las minorías alemanas, ucranias, bielorrusas, lituanas o los gitanos.

En las páginas de la *Gazeta* aparecieron también numerosos artículos sobre las relaciones con los países vecinos de la Europa Central y del Este. Las opiniones de los demócratas de estos países, y sobre todo de Rusia, permitieron revisar algunos aspectos históricos de esas relaciones y buscar nuevos compromisos mutuos. La estabilidad interna, buenas relaciones internacionales y una política regional activa parecían ser las claves de la futura incorporación de Polonia a la OTAN y la Unión Europea, que ha sido uno de los temas dominantes de la visión geoestratégica impulsada por este periódico.

Buscando formas de reconciliación nacional

Gazeta Wyborcza siempre mostró un gran respeto a la Iglesia católica reconociendo el extraordinario papel que la Iglesia había jugado a lo largo de la historia de Polonia y su gran contribución durante el régimen comunista y las negociaciones de la Mesa Redonda. A pesar de ello, a la *Gazeta* se le acusó de cierta hostilidad hacia la Iglesia. Adam

Michnik, uno de los precursores del diálogo entre intelectuales laicos y católicos, como ya hemos comentado en un capítulo anterior, consideraba esta acusación injusta dado que la *Gazeta*, siendo un diario laico, dedicaba una sección a temas relacionados con la Iglesia y la religión. Es imposible imaginarse Polonia sin catolicismo y, justo por esta razón, la *Gazeta* insistía en discutir abiertamente tanto los aspectos positivos como los más controvertidos y polémicos de la postura actual de la Iglesia, tales como el aborto o la enseñanza de la religión en los colegios.

A la *Gazeta,* y sobre todo a Adam Michnik, se les acusaba frecuentemente de ser demasiado tolerante con los perpetradores del antiguo régimen y de no participar en la descomunistización y depuración, difuminando así la frontera moral entre lo bueno y lo malo, la verdad y la mentira. Adam Michnik respondió así a estas imputaciones: «Fuimos activistas de la oposición anticomunista durante muchos años. Muchos de nosotros habíamos pasado largo tiempo en la cárcel o marginados de la vida pública, discriminados y humillados. A lo largo de muchos años nuestras opiniones eran excluidas del debate sobre Polonia y su futuro. En las páginas de la prensa clandestina hemos denunciado el régimen comunista con vehemencia. En 1989, cuando empezaron las negociaciones de la Mesa Redonda, vimos una luz al final del túnel. Es cuando nos dimos cuenta de que lo mejor para la democracia polaca era seguir el camino de España, el camino de evolución desde dictadura hacia democracia, a través del compromiso y la reconciliación nacional. Este planteamiento supone que no habrá venganzas ni represalias, que no habrá vencedores ni vencidos y que los futuros gobiernos serán elegidos. Sabíamos, no obstante, que nosotros, miembros de la oposición democrática, KOR y *Solidaridad*, fuimos ganadores. Y siendo vencedores hemos rechazado una venganza pusilánime de los enemigos de ayer. Dijimos "sí" a la amnistía y "no" a la amnesia. Esta declaración significó descartar la revancha pero al mismo tiempo exponer toda la verdad. El historiador, ensayista y artista podrán juzgar nuestro maldito pasado, pero no el fiscal o juez de instrucción» (Michnik, 1999:12).

Gazeta Wyborcza defendía consecuentemente la visión de una Polonia moderna y democrática en la cual caben todos los interesados en un consenso social sobre los grandes temas tales como el futuro sociopolítico y económico de Polonia. Naturalmente en la *Gazeta* aparecieron múltiples artículos críticos sobre el periodo comunista que no ocultaban sentimientos de antipatía y condena. Pero, al mismo tiem-

po, el equipo de la *Gazeta* intentaba comprender a la gente implicada en el régimen comunista.

Entre las élites y la sociedad: amplitud de la difusión de Gazeta Wyborcza

Gazeta Wyborcza ha sido la guardiana de los ideales de *Solidaridad* y de la Gran Revolución de Terciopelo en Polonia que, como cada revolución, había despertado muchas esperanzas y había traído grandes decepciones que hemos intentado presentar en los capítulos anteriores. El intento de la *Gazeta* de preservar el *ethos* de los tiempos y de pensar en términos de valores fundamentales se entrelaza con la histórica misión de la *intelligentsia* polaca.

Además de las grandes polémicas ideológicas, políticas y económicas, el equipo de la *Gazeta Wyborcza* supo tratar cuestiones vitales para los ciudadanos de a pie y convertir la democracia y los derechos humanos en temas concretos y prácticos. Por ejemplo, la *Gazeta* inició la campaña de recaudación de fondos para los orfanatos, organizó ayuda para los hijos de alcohólicos, denunció la violencia en programas de televisión en horas de máxima audiencia. En sus páginas se discutía abiertamente sobre los temas difíciles para la sociedad polaca tradicional y, en gran medida, católica, tales como la educación sexual, el sida, la droga, los enfermos términales, etc. Gozan también de gran popularidad las guías de la *Gazeta* sobre nuevas reformas sociales llevadas a cabo por el gobierno, por ejemplo, sobre las jubilaciones o sistema médico. Hay también varios apartados de la *Gazeta* dedicados a los asuntos locales en los cuales cooperan activamente los lectores. De una forma u otra, el periódico trata de ser un símbolo de los diversos sectores de una Polonia moderna.

Un indicio del grado en que ha conseguido ser aceptada, al menos en parte, como tal es la ampliación de su personal y de sus actividades, y de su difusión en el país. En 1989 en la redacción de *Gazeta Wyborcza*, que se encontraba en una vieja escuela infantil, trabajaban 130 personas; en 1994, 2.048. El primer número de *Gazeta Wyborcza*, que salió el 8 de mayo de 1989, consistió de 15 páginas y se imprimieron 150.000 ejemplares. Al final de 1990 la tirada media creció hasta los 500.000 ejemplares y la *Gazeta* se convirtió en el diario de la máxima circulación de Polonia. El número de páginas, incluyendo todos los suplementos, llega a veces a 200. Como periódico diario nacional y a

la vez local, la *Gazeta* es un fenómeno mundial. Las páginas locales se preparan en 20 localidades distintas; el número de lectores oscila en alrededor de cinco millones.

Un década más tarde, Adam Michnik ocupó el quinto puesto en la lista de "polacos más influyentes", después del presidente, el primer ministro, el primado y el presidente del parlamento (*Przegląd*, diciembre 2002). Para llegar hasta aquí, Adam Michnik y su *Gazeta Wyborcza* han trabajado ciertamente con esfuerzo, han sido promotores o partícipes de muchos acontecimientos políticos y han intervenido activamente de manera continua y coherente en un sinnúmero de polémicas y debates públicos. Ha sido asimismo el periódico simbólico de la transición polaca, que ha tratado de involucrar, deliberadamente, a sus lectores en la discusión de los asuntos públicos.

12. CONCLUSIÓN

La teoría de la sociedad civil (en su sentido amplio) ayuda a entender el conjunto de los cambios políticos, económicos, sociales y culturales de Polonia a lo largo de una generación, y la relación entre ellos. Según ella, la crisis del sistema comunista fue la crisis de un tipo de sociedad, en todas sus dimensiones. La alternativa al poder comunista, protagonizada por *Solidaridad*, contenía ya un tipo de sociedad alternativo, y la transición a la democracia, la economía de mercado y una sociedad plural, representaron pasos decisivos para la realización de ese nuevo modelo. Este esquema conceptual de la sociedad civil puede ayudarnos, también, a comprender algunos de los problemas de esta sociedad, cara al futuro.

LA CRISIS GLOBAL DE LEGITIMIDAD DEL COMUNISMO Y LA EMERGENCIA DE UN MODELO ALTERNATIVO

El régimen comunista sufrió una crisis global de legitimidad, que incluía, pero también desbordaba, la mera crisis de su legitimidad política. Para empezar, la crisis de legitimidad del sistema político tenía varias raíces. Algunas de ellas se refieren a la crítica que el régimen político recibió de quienes se situaban en una perspectiva católica o nacionalista tradicional, que eran las predominantes en una gran parte de la sociedad. Pero otras fuentes de erosión de legitimidad del sistema fueron endógenas al sistema mismo, a quienes colaboraron con el Partido Comunista y a las nuevas generaciones, parcialmente socializadas por el régimen comunista, parcialmente por sus familias, y por un medio social sobre el que la Iglesia ejerció una influencia importante.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Polonia estuvo sometida al sistema totalitario de un régimen comunista que, paradójicamente, pareció negar los propios ideales de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia sobre los que, supuestamente, se asentaba, y que pretendían darle su razón de ser. En lugar de una liberación social y

del advenimiento de una sociedad sin opresión y sin injusticia social, los países del bloque soviético vivieron bajo el control omnipresente del Partido Comunista, apoyado por un enorme aparato burocrático preparado para cumplir los órdenes del Partido, en contra, si era necesario, de los deseos y los intereses manifiestos de la sociedad. Lo que se suponía que iba a ser una dictadura *del* proletariado se parecía más, en realidad, a una dictadura *sobre* el proletariado, y a una explotación de la clase obrera por el Estado. Los obreros carecían prácticamente de derechos de expresión y asociación libres, los sindicatos estaban sometidos al Gobierno, y el Estado decidía sobre las condiciones de trabajo, los salarios, la movilidad y las carreras profesionales de los trabajadores. Por otra parte, la propiedad estatal quedó en manos de la nomenclatura, que disfrutaba de enormes privilegios y de un poder casi absoluto. La planificación centralizada de la economía estuvo organizada en torno a planes establecidos por razones político-ideológicas, y sólo secundariamente económicas, sin apenas estímulos e incentivos para los trabajadores, que sufrían la escasez de productos que se suponía imprescindibles para lo que se podía pensar era una vida digna en la Europa del siglo XX.

El control de la vida política y económica se vio completado por el de la vida social y cultural. La instrumentalización de la enseñanza y la cultura al servicio de la ideología del marxismo-leninismo fue otro rasgo característico del sistema del llamado socialismo real, puesto que el Partido Comunista controló la enseñanza, la prensa, el arte, la literatura, los discursos de los intelectuales. Todo esto se hizo con el objetivo declarado de que todo ello ayudase a crear el hombre nuevo del comunismo. Pero en realidad, el sistema de socialización y de adoctrinamiento estaba orientado a crear el equivalente a un obediente *homo sovieticus*, como se conocía al ciudadano modelo de la Unión Soviética, caracterizado por un pensamiento y una personalidad uniformizados y controlados por el Partido. Esto fue llevado a cabo de tal modo que muchos artistas, escritores y científicos sufrieron graves persecuciones y el acoso de la policía y de la censura, que decidían si una obra era buena o mala en función de si ayudaba o no al comunismo.

Por otra parte, este sistema totalitario, de control de todos los aspectos de la experiencia, intentaba justificarse, sobre todo, apelando al objetivo final de construir no sólo el socialismo (la primera fase de la revolución) sino el comunismo (la segunda etapa): una sociedad de la abundancia, en la que cada persona recibiría lo preciso para vivir según sus necesidades. En otras palabras, el régimen intentaba justifi-

carse o legitimarse por su capacidad de producir resultados económicos: el crecimiento económico, el desarrollo del aparato productivo y la satisfacción de las aspiraciones de consumo y de bienestar del conjunto de la población. Y justamente esta promesa quedó siempre, a lo largo de los muchos años y décadas de experiencia comunista, pendiente de realización.

En estas circunstancias y dadas las condiciones generales de coerción del régimen comunista, durante mucho tiempo esta doble crisis de legitimidad política y económica provocada por la ruptura de aquellas promesas de liberación social y de abundancia hubo de permanecer en estado latente, incapaz de manifestarse plenamente excepto a través de movimientos de protesta o de revueltas de corta duración. Esto fue así incluso en países como Polonia, en donde, por razones históricas siempre había existido cierta oposición contra el régimen, procedente de círculos nacionalistas, católicos, o incluso de los surgidos a partir de una disidencia crítica dentro del mundo comunista.

Los miembros de esta disidencia, a pesar de su descontento con las desigualdades sociales y el sistema opresivo del socialismo real, nunca soñaron con proponer la democracia, el capitalismo y un espacio para la sociedad civil similares a los de otros países de Europa Occidental, ni creyeron que ésta podía ser una propuesta realista y factible a corto o medio plazo. Como señala uno de los dirigentes del Comité para la Defensa de Obreros, KOR, Seweryn Blumsztajn, «Jamás pronunciábamos las palabras "cuando Polonia sea libre"» (Blumsztajn, 1985:113). Simplemente presionaron, en general, por conseguir un "verdadero comunismo", un comunismo democrático, como si el deseo de retornar a la otra Europa democrática y liberal no existiera ni pudiera existir (Kuroń y Modzelewski, 1966). Por su parte, la Iglesia se conformó con oscilar entre la mera resistencia y la búsqueda de un *modus vivendi* con el régimen que le permitiera algún espacio organizativo y cultural. Así pasaron años, e incluso decenios, de opresión por parte del régimen comunista, marcados por varias protestas sociales (1956, 1968, 1970, 1976), a través de las cuales la sociedad polaca parecía intentar algunos cambios en las condiciones de su vida económica y política, reformando parcialmente el marco institucional establecido. Esos movimientos de protesta pueden ser considerados como precursores del nacimiento en agosto de 1980 de *Solidaridad*, el primer sindicato independiente, no controlado por las autoridades comunistas, surgido de la confluencia de católicos y disidentes comunistas, y alimentado por una corriente de sentimiento nacional tradicional.

Así se inició un periodo de cambios muchos más profundos, revolucionarios, no solamente en Polonia sino también en otros países del bloque soviético, que finalmente llevaron al derrumbamiento del sistema comunista.

Como se ha podido ver en los capítulos de la primera parte, el primer momento de euforia en Polonia durante la formación de *Solidaridad* fue interrumpido por la imposición del estado de sitio en 1981, que dejó al país traumatizado, primero, y profundamente afectado, después, hasta 1989, cuando empezaron las primeras negociaciones en la historia del sistema comunista entre las autoridades del Partido y del Gobierno comunista con los representantes de un sindicato independiente. Como resultado de estas negociaciones, Polonia entró en 1989, en un periodo de transformación post-comunista, cuyos principales rasgos fueron la reaparición de *Solidaridad* en la escena pública, el gradual declive del Partido Comunista, la formación de un gobierno no-comunista, y la introducción de las reglas de mercado en una economía que hasta el momento había sido administrada por el Estado. En términos sistémicos, estos cambios indicaron el inicio de la transición del totalitarismo a la democracia liberal y al capitalismo.

LOS PROBLEMAS DEL CAMBIO DE TIPO DE SOCIEDAD: LA TRANSFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL (EN SENTIDO RESTRINGIDO)

Es claro que en la Polonia de los años noventa, los procesos de formación de una democracia liberal, una economía de mercado y una sociedad plural con un tejido asociativo complejo que participa en el espacio público, han venido juntos y se han reforzado mutuamente. Los nexos entre esos tres procesos se han ido haciendo cada vez más evidentes. El impulso de la sociedad organizada y su presencia en el espacio público han sido decisivos para acabar con el régimen comunista y sustituirlo por una democracia, y para acabar con una economía centralizada y sustituirla por una economía de mercado. A la postre, una economía centralizada, dominada por el Estado, y una democracia liberal, representada por una pluralidad de partidos e intereses sociales, no encajan fácilmente, y de hecho no hay experimento histórico hasta la fecha que sugiera que son compatibles.

A continuación, haré tres comentarios sobre este proceso de emergencia y desarrollo de la sociedad civil, y algunos de sus problemas. El primero se refiere a los cambios en la cultura y las instituciones de *Solidaridad* y, en general, del tejido asociativo de Polonia (la sociedad civil en el sentido restringido). El segundo, a los problemas encontrados en la formación del espacio público, lo que tiene que ver con el propio desarrollo de la sociedad civil, el de la competencia cívica de la población, y la conexión de la ciudadanía y los partidos políticos. Termino con un comentario, más general, sobre los límites de la eficacia de los agentes o las fuerzas sociales para resolver estos problemas en el nuevo tipo de sociedad y, en consecuencia, sobre la necesidad de tener en cuenta la interacción entre tales agentes, sus premisas culturales y el marco institucional de su actuación.

El papel de Solidaridad

Lo primero que hay que señalar es que ha habido una alternancia entre el momento "heroico" de la lucha de la sociedad civil contra el estado comunista, que se ha vivido en un estado de euforia, y el momento de ajustarse a la realidad, que se ha vivido con desconcierto.

El concepto de la sociedad civil apareció en el marco de un programa de resistencia contra el sistema comunista, y en relación con el movimiento de *Solidaridad*. Por primera vez en el bloque comunista surgía un movimiento de masas cuya organización y cuyo programa eran opuestos al sistema gobernante, y que contaba con millones de simpatizantes. El sindicato *Solidaridad* contó con diez millones de miembros, de obreros, campesinos y miembros de la *intelligentsia*, y pudo enfrentarse al Gobierno en nombre de la sociedad, de "nosotros, el pueblo". En cambio, las instituciones del poder, el ejército, la policía, la administración y el Partido, se quedaron relativamente aisladas y perdieron legitimidad. En estas condiciones, el programa de la sociedad civil fue no sólo una forma de resistencia masiva contra el sistema comunista, sino también una forma de aislamiento del Gobierno, sin el cual y contra el cual se autoorganizaba la sociedad. La idea de la sociedad civil como de un grupo de gente que se autoorganiza en la esfera no-política (la educación, el intercambio de información y de opiniones) tuvo una clara intención antitotalitaria.

En *Solidaridad* confluían las influencias de los disidentes políticos y la Iglesia, y reunía organizaciones de masas tales como los sindicatos

obreros y las uniones de los campesinos y de los estudiantes. Era una sociedad civil alineada contra el Estado y, por eso, en las publicaciones clandestinas y en la retórica de la oposición, se hablaba de "nosotros, la sociedad", y en las negociaciones de la Mesa Redonda una parte fue llamada "partido-gubernamental" y la otra, "la sociedad". La Iglesia católica, aunque comprometida en el propio movimiento de *Solidaridad* de múltiples formas, jugó el papel de árbitro y de mediador en las negociaciones, y habló, también ella, de los dos lados opuestos: el del Gobierno y el de la sociedad.

Durante mucho tiempo, esta experiencia fue vivida con euforia, acrecentada por la sensación de inminencia del derrumbamiento del comunismo. Éste fue el tono emocional predominante en el medio de los líderes y los militantes de *Solidaridad* a lo largo de los años ochenta, hasta las elecciones en 1989. La misma euforia hizo creer a la parte de *Solidaridad* más próxima al Gobierno de la transición en la posibilidad de llevar a cabo una terapia de choque que convertiría la economía centralizada en una economía del mercado. La esperanza asociada a este momento de entusiasmo amortiguó, durante un tiempo, el efecto de la disminución de los salarios y de los subsidios sociales.

Pero la realidad de la vida cotidiana, las complicaciones de la vida política y los costes inmediatos del ajuste económico de la transición fueron terminando con ese entusiasmo, dado que la gente acabó haciendo balance de su situación, más con respecto a sus aspiraciones actuales que con respecto a los acontecimientos del pasado. Y así, en Polonia, después de dos años de democracia y de reforma económica, se pusieron de manifiesto el desánimo, la impaciencia y la frustración social.

¿Quiere decir esto que *Solidaridad*, como expresión (parcial) de la sociedad civil en sentido restringido, en su confrontación con la realidad, falló a la hora de prolongar el impulso de crear una sociedad civil en sentido amplio? La respuesta es negativa, porque, en la ruptura con el sistema totalitario y autoritario, *Solidaridad* contribuyó decisivamente a establecer un espacio de posibilidades históricas muy importantes para el desarrollo de una democracia liberal, una economía de mercado y una sociedad plural. En cambio, la esperanza de que esa transformación en un nuevo tipo de sociedad se realizara inmediatamente o en muy poco tiempo, teniendo como protagonistas a los mismos actores sociales del periodo precedente, no era una esperanza razonable, y así se demostró en la realidad.

La descomposición del comunismo y la reaparición de la libertad fueron sólo el principio del largo proceso de formación y desarrollo de una nueva sociedad. Por ejemplo, para estabilizar y fortalecer el sistema democrático se necesitaba un largo periodo de consolidación de las instituciones, de competición entre los partidos políticos, de experiencia de los medios de comunicación independientes, de elecciones libres y de cambios de gobierno, y de formación de una cultura política democrática. Era preciso un proceso de maduración gradual.

La idea de la sociedad civil como una comunidad fue una fuerza antitotalitaria eficaz. Pero cuando desapareció el enemigo común, la comunidad pareció relativamente ilusoria. La sociedad civil de 1980 fue una visión de futuro basada en las emociones que entonces unían a muchos miembros de la sociedad. Una década después, ya no podía tener los mismos efectos ni funcionar de la misma forma. La sociedad civil tenía que establecer sus instituciones propias, aplicarse a la realización práctica cotidiana de sus valores éticos, y tratar de reunir un grupo de gente más comprometida con la vida pública. El problema principal en Polonia en el nuevo periodo fue el de construir los mecanismos democráticos de equilibrio y de control del gobierno, de educación política, de respeto a la ley, y de conducta cívica. En esa situación, la sociedad civil no se encontró ya en lucha contra el Estado, sino más bien, encontrando su propio terreno y conviviendo con un Estado democrático, y a veces, cooperando con él.

Tensión entre una interpretación "comunitaria" y otra "individualista" de la nueva sociedad

En 1989, la implosión del *ancien régime* fue recibida con euforia. Se habló de "la sociedad civil en el poder", como de una evidencia en sí misma, tanto que el destacado historiador, activista de la oposición y el futuro Ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Bronisław Geremek, dijo: «No es necesario que definamos la sociedad civil. La vemos y la sentimos» (Geremek, 1994:238). Pero esa percepción intuitiva, entusiasta y confusa no duró mucho tiempo. La sensación de triunfo, el ambiente festivo y, con ellos, la fe en la sociedad civil, pronto se desvanecieron, dejando a muchos participantes con una sensación de nostalgia y la añoranza de un ideal perdido.

Pocos años más tarde, el presidente checo Václav Havel describió con acierto esas esperanzas y esa desilusión en las siguientes líneas:

«Con el ambiente de fraternidad y entusiasmo de todos, muchos abrigábamos la esperanza (...) de que también vendría un cambio considerable en el modo de nuestra propia convivencia como personas. Parecía que la gente abandonaría los caparazones de egoísmo donde la había encerrado el régimen comunista y que, de pronto, toda la vida social adquiriría un aspecto mucho más humano. Parecía que las personas dejarían de ser malas con los demás y conservarían para siempre por lo menos un poco de aquel sentimiento de fraternidad que había aflorado con la revolución. Parecía que valores tales como la solidaridad, la dimensión espiritual de la vida, el amor al prójimo, la voluntad de mutuo entendimiento o el simple tacto experimentarían de pronto una especie de renacimiento» (Havel, 1995).

La interpretación de Havel de la sociedad civil tenía un componente moralista e intimista, y suponía una visión comunitaria de la sociedad, que sólo podían encajar a medias con la realidad de una sociedad compleja del siglo XX. Pero reflejaba la mentalidad de muchos de los líderes y de los observadores de la época.

En todo caso, lo cierto es que esa ilusión moral y comunitaria respecto a la "sociedad civil en el poder" tuvo algunas consecuencias políticas efectivas aunque fueran de poca duración. Durante un tiempo, los miembros de la oposición, al alcanzar la cumbre del poder, intentaron mantener la unidad de los movimientos populares. Estos eran organizaciones amorfas, algunas de las cuales se habían formado en la época de las luchas contra el comunismo, y otras, las más numerosas, durante el breve periodo inmediato a la caída de aquél. En muchas de ellas, se tenía una visión ingenua de una estrategia de cambio, y se veía la organización como un movimiento o una comunidad sin apenas estructura interna. En ellas, había quienes cuestionaban el principio de las diferencias políticas, considerando que la división tradicional en izquierdas y derechas era anacrónica y no reflejaba la naturaleza de las verdaderas opciones que tenían las sociedades al salir del régimen comunista; y quienes creían que la Europa Central y del Este podía encontrar una forma de organización política y de representación de intereses que evitara los fallos y los costes de las democracias pluripartidistas de Occidente.

Pronto fue desmentido, desacreditado y olvidado el mito de una sociedad civil unificada y unánime, antipolítica y con un programa mal definido de reformas radicales. Esto no encajaba con las tareas del momento y, para empezar, esas ideas comenzaron a ser desmentidas por la conducta de bastantes de los propios militantes de esas organi-

zaciones. El hecho es que varios de los pacifistas de ayer se emplearon en la policía política, que algunos defensores de los derechos humanos se enfrentaron con sus antiguos compañeros del Comité de Helsinki, que los dirigentes de la oposición de ayer se pusieron a trabajar en grandes empresas, y que muchos se colocaron en el aparato del Estado, olvidándose de sus declaraciones contra el Estado y la política. Además, pronto pareció que el promotor de las reformas ya no era la sociedad, sino las élites modernizadoras, compuestas de miembros de la oposición de ayer y de tecnócratas jóvenes y aconsejados por expertos occidentales. Algunos observadores llegaron a comparar las reformas con la propia revolución bolchevique, porque, según ellos, en ambas había predominado la imposición, desde arriba, de las decisiones de unas minorías sobre la sociedad (Bogucka, 1997). Con la diferencia de que, esta vez, para justificar el radicalismo de los cambios, no se hablaba del interés de la clase trabajadora ni del futuro luminoso de la humanidad, sino de la libertad, la propiedad, la democracia y, de paso, el interés de una clase media que surgiría como consecuencia de la transformación.

Sin embargo, esa similitud era más aparente que real. La estrategia elegida tenía como objetivo una sociedad democrática, de libre mercado y abierta, y contaba con un apoyo social importante, si bien pasivo y cambiante. Cambiante, porque aunque se aspiraba a organizar una sociedad, en parte, tal como se la recordaba del pasado, y, sobre todo, tal como la que se observaba en los países desarrollados de Occidente, no obstante, los cambios radicales producían en la sociedad sentimientos confusos de fascinación, aprensión, resignación y apatía.

La idea de sociedad civil en la Europa Central y del Este fue afectada, asimismo, por la versión del liberalismo económico que se desarrolló durante la década de 1990. Un pensamiento liberal individualista, reducido a su dimensión económica y poco sensible a la dimensión institucional y al contexto social, ejerció una gran influencia sobre la formulación y la justificación intelectual de las reformas económicas (Szacki, 1994:146-175). Ello sucedió así, en parte, porque muchos de los reformadores liberales polacos, temían una "rebelión de las masas" contra los cambios radicales del sistema comunista, sospechaban de los instintos colectivistas y corporatistas de buena parte de la sociedad, acostumbrada a casi medio siglo de comunismo y, fascinados por el mercado, muchas veces encontraron a la sociedad civil, tal como se expresaba en los movimientos sociales y las organizaciones surgidas de los años ochenta, fuera de lugar.

Sin embargo, la puesta en cuestión más contundente contra la utopía de la sociedad civil de tipo comunitario tuvo lugar cuando se descubrió el estado real en que se encontraba la sociedad y la economía en el momento del hundimiento del comunismo. Por una parte, era preciso reactivar la economía, y eso requería una apuesta decidida por la economía de mercado. Por otra parte, la sociedad estaba más desmoralizada de lo que parecía, como para protagonizar los cambios económicos y políticos a través de sus organizaciones, en parte como herencia de medio siglo de socialismo real. Había en ella una dosis importante de apatía, de una tendencia al refugio en la esfera privada, y de tolerancia con las reglas informales de la economía paralela, el clientelismo o la corrupción.

De hecho, es interesante observar cómo varios de los ideólogos de la sociedad civil, que habían exaltado sus virtudes en su época de opositores, después del año 1989 se convirtieron en sus críticos más duros. Pensaron que el comunismo había dañado sensiblemente el tejido social y moral de las sociedades que había gobernado, y denunciaron fenómenos como la indolencia, el resentimiento, el oscurantismo, la xenofobia y la incapacidad para aprovechar el "malquerido don de libertad" (Tischner, 1993). Jerzy Szacki, el destacado sociólogo polaco, señaló, no sin cierta ironía cómo «una sociedad magnífica y admirada en todo el mundo se convirtió, inadvertidamente, en una multitud incontrolable y peligrosa para ella misma. Para justificarlo, únicamente podemos decir que había estado subyugada por el comunismo durante mucho tiempo» (Szacki, 1991:712).

Emerge un tejido asociativo plural

Se puede decir que la sociedad civil (en sentido restringido) ha dejado de ser la portadora de una utopía en dos sentidos. En primer lugar, se ha perdido, o al menos amortiguado, la fe inicial en la pureza y el poder libertador del ideal, que parecía encarnar. Se ha visto que, para la democracia y para toda sociedad abierta, es indispensable que la sociedad civil tenga vigor y diversidad, pero se ha comprendido que su realidad compleja incluye aspectos nobles y bajos. Y estos aspectos más bajos tienen que ver con las formas de la vida social que permanecen después de la transición y que son el resultado, en buena parte, del pasado.

El proceso de transformación hacia el sistema democrático fue diferente en los distintos países y dependió de sus tradiciones y rasgos

culturales, del carácter de la dictadura que había precedido a la liberación, así como del grado de intensidad de los cambios en la estructura de gobierno, en la economía y en la legislación. En Europa Central, incluida Polonia, este proceso se desarrolló mucho mejor, de manera más completa, más rápida y con menores costes que en el resto de la región.

El comunismo había hecho considerable daño a las instituciones que dan cohesión a la sociedad, tales como tradiciones, normas morales, instituciones religiosas, organizaciones de voluntarios o modelos de prestigio social. Aquel mundo, formado a lo largo de la historia, había tenido que ceder ante nuevas instituciones, con sus prohibiciones y sanciones entrelazadas e impuestas desde arriba. Los ciudadanos podían no identificarse con ellas y rechazarlas íntimamente, pero en su conducta exterior tenían que acomodarse a ellas. Ese sistema institucional extraño e impuesto satisfacía, sin embargo, de algún modo, algunas necesidades de seguridad, orden, techo, alimentos y ropa, e incluso, en parte, algunas necesidades de educación y sanitarias. Su estructura era autoritaria y rígida, pero daba a la sociedad cierto orden. El resquebrajamiento y la descomposición del sistema causó un caos generalizado en el bloque soviético, desorientación en la gente, privada de puntos de referencia cognitiva y axiológica, y desaparición de algunos mecanismos de control que hacían posible la vida en común, como por ejemplo el crimen privado organizado y las guerras étnicas, lo que se puso de manifiesto al este y al sur de Europa Central.

Ante el vacío que dejó la implosión del antiguo régimen, unos buscaron la normalidad acudiendo a los modelos históricos y tratando de reconstruir las instituciones tradicionales, que recordaban con orgullo. Otros buscaron refugio entre los escombros del antiguo régimen, rememorando con nostalgia el orden y la seguridad del comunismo. Otros vieron la solución de los problemas sociales en la pronta integración en Europa, y en la imposición central de un programa radical de reformas económicas y del sistema político, con una limitación de las funciones del Estado y nueva legislación.

En segundo lugar, la sociedad civil se está haciendo realidad de un modo que sugiere un cambio en el actual concepto de sociedad civil, reflejando una nueva situación de las sociedades de Europa de Este después de 1989. La sociedad civil ya no es vista como un movimiento social con múltiples funciones, sino que ha sido objeto de un proceso de diferenciación interna y se ha convertido en partidos políticos, empresas, sindicatos, asociaciones y redes sociales. De hecho, la sociedad

civil es vista, cada vez más, como una red de instituciones y organizaciones independientes del Estado, que lleva a cabo, o puede llevar a cabo, funciones sociales de mucha importancia. Este concepto de la sociedad civil incluye una participación cívica y una mediación entre el mundo de trabajo individual y el funcionamiento del sistema moderno complejo económico y político, en parte tecnocrático. La sociedad civil es ahora un "tejido asociativo" o un "tercer sector", compuesto de organizaciones cívicas, fundaciones y asociaciones.

Este concepto de la sociedad civil puede ser aprovechado para analizar los procesos y fenómenos en curso y la transformación de las sociedades post-comunistas después de 1989. En contra de las opiniones de quienes ven las sociedades post-comunistas como pasivas, dependientes del Estado, y centradas en la familia, está el hecho de que el número de las fundaciones, asociaciones, y ONG, sin mencionar los partidos políticos, se multiplicó después de 1989. Una vez abierto el espacio libre para la actividad cívica, se llenó pronto de miles de organizaciones de diferente grado de importancia y distinto nivel de actividad. Los datos muestran que la mayoría de estas asociaciones son organizaciones benéficas que se ocupan de las necesidades básicas de los ciudadanos, incapaces de hacer frente a las duras condiciones de vida en el periodo de la transformación (Gliński y Palska, 1997). El siguiente lugar lo ocupan las organizaciones educativas; luego vienen las relativas a la salud y de ayuda médica.

La aparición de las organizaciones cívicas en Polonia está arraigada en la experiencia colectiva de una sociedad que durante siglos luchó por su supervivencia, y en la que hay la tradición de una moral de ayuda a los necesitados. El elevado número de las organizaciones cívicas indica la existencia de fuertes vínculos de solidaridad de la sociedad polaca, pero también tiene otra explicación, más pragmática y cotidiana. El colapso del estado de bienestar comunista dejó a los servicios básicos educativos y sanitarios sin funcionar y, de momento, no se ha elaborado un sistema eficaz para resolver los problemas de las pensiones, de la salud, y de la educación. Por eso, el crecimiento de organizaciones cívicas en estos ámbitos se puede explicar por la debilidad del Estado, que traspasa la carga de los servicios de bienestar a las organizaciones cívicas voluntarias y a las propias familias.

LOS PROBLEMAS DEL CAMBIO DE TIPO DE LA SOCIEDAD: LA FORMACIÓN DE UNA CIUDADANÍA

La búsqueda de un lugar para la sociedad en el espacio público

Casi siempre los investigadores empíricos tratan a la sociedad civil como el tercer sector, establecido sobre la base de la diferencia entre la actividad de los sujetos privados y públicos, y de la finalidad privada o pública de la actividad. Según esto, el primer sector es el mercado, donde tanto los sujetos como la finalidad de la actividad son privados. El segundo sector es el Gobierno y las administraciones públicas, donde los sujetos y la finalidad son públicos. El tercer sector es precisamente la sociedad civil. En ese sector, los sujetos son privados pero la finalidad de su actividad es tanto el fomento de sus intereses particulares cuanto el hecho de que, dado que la defensa de esos intereses se hace precisamente en un espacio público, es necesario hacer uso de una argumentación susceptible de articularse en términos de un bien público, del conjunto de la sociedad, y mediante la apelación a creencias e intereses comunes.

Así, el concepto de sociedad civil (en sentido restringido) es bastante extenso, puesto que abarca cualquier iniciativa que emprendan personas particulares o asociaciones de personas particulares, siempre y cuando pretendan lograr metas que de alguna forma y en alguna medida tengan ese carácter público. Quedan comprendidas tanto la pequeña iniciativa local como, por ejemplo, grandes organizaciones a escala nacional e incluso supranacional. De ese modo, nos apartamos de un enfoque estrictamente privatista o particularista de la sociedad civil. No queda definida sólo en función de su relación con lo público, y menos aún con el Estado, puesto que sus organizaciones defienden y expresan intereses e identidades particulares, pero tienen una dimensión pública sustancial.

Lo que queda definitivamente establecido es que aquellos ciudadanos que deseen solucionar algunos problemas que consideran importantes para ellos no esperarán a que la iniciativa y los recursos vengan de las autoridades centrales, sino que emprenderán la acción ellos mismos, aunque frecuentemente se trate de asuntos cuya gestión compite con el Estado. Su esfuerzo puede tropezar con la oposición del aparato de Estado, o encontrar su apoyo en éste, pero eso es una cuestión aparte.

Un elemento crucial en esta definición de la sociedad civil es el de que sus metas tengan carácter público. La idea actual de sociedad civil tiene una relación más o menos estrecha con el requisito de participación en el espacio público. A mi juicio, esa idea implica una reconsideración general de la dicotomía estatal-particular, alentando al mismo tiempo a una participación en la vida pública que no tiene por qué tener un carácter político. Esa idea se basa en la convicción de que es posible e indispensable que exista un espacio intermedio entre la vida privada y el funcionamiento del Estado, y que ese espacio es precisamente aquel espacio público donde se entra como persona particular, pero no para perpetuar el propio aislamiento, sino para superarlo, sin convertirse en una pieza del engranaje de la máquina de Estado.

La sociedad civil en un Estado democrático moderno representa redes de instituciones y organizaciones que no sólo son independientes del Estado, sino que también promueven sus identidades culturales. En esa sociedad, las asociaciones profesionales promueven los principios de su ética profesional, las iglesias funcionan según sus principios, y las minorías étnicas luchan para proteger sus valores y sus estilos de vida. Se define la sociedad civil como una red de asociaciones y organizaciones cívicas reguladas por sus propias reglas y acompañadas por las instituciones de mediación intersistémicas.

Pero también se hace parte al tercer sector de un sistema complejo de gobernación *(governance)* de la sociedad en su conjunto. Se le adjudica la función de complementar (y en parte, reemplazar algunas de) las instituciones tradicionales de la *polity*, o de jugar un papel muy importante en el orden constitucional. Puede incluso pensarse que la sociedad civil es el depósito de los valores sociales, las reglas, las tradiciones y los usos sociales que constituyen una especie de contrato social consuetudinario (Beck, 1994).

De hecho, la contribución de la sociedad civil, entendida como una sociedad compuesta de las asociaciones cívicas voluntarias y las organizaciones profesionales, al emergente orden constitucional centroeuropeo es bastante notable. El nuevo orden refleja no sólo los valores y las reglas de la transformación económica, sino también los cambios de la sociedad civil y la desaparición del contrato social del periodo del comunismo. La sociedad civil en la Europa Central de hoy refleja el pasado comunista tanto como la oposición a él. Es una consecuencia compleja de las acciones de aquellos que sueñan con reconstruir la historia, aquellos que aspiran a reincorporarse en Europa y aquellos otros (cada vez menos numerosos, al menos en Polonia)

que desean volver al comunismo. Todas estas orientaciones opuestas tienen sin embargo algo en común: todas parten de iniciativas de los ciudadanos, que aspiran a algo, tienen metas comunes, quieren que se les escuche en cuestiones que atañen a la comunidad, buscan un espacio fuera del mercado y fuera de las competencias del Estado y no desean limitarse a vivir detrás de las puertas cerradas de sus casas.

El desarrollo de las competencias asociativas y cívicas de la sociedad

Ahora bien, la cuestión acerca del papel de la sociedad civil entendida como tercer sector de asociaciones que operan en el espacio público plantea el problema del desarrollo de la competencia asociativa y cívica de la sociedad; lo cual nos vuelve a retrotraer a los temas de cultura y tradición, y el peso del pasado.

En el caso de Polonia, hay dos contextos culturales de gran importancia. Primero, el contexto local de las tradiciones establecidas desde los comienzos de su existencia como estado nacional, al que nos hemos referido ampliamente. Segundo, el contexto global de la inmersión de Polonia en una red de influencias a escala planetaria, que van de las influencias tradicionales de la religión católica al capitalismo contemporáneo, y sus fases recientes de globalización y difusión de los medios de comunicación y de información. Algunas de las diferencias del caso polaco respecto al de otros países de Europa Central y del Este se explican por el peso de la tradición local, y por la distinta forma de su implicación en grandes corrientes culturales del mundo exterior, en especial por su conexión con la Iglesia católica.

Pero no conviene perder de vista la complejidad de esa tradición de cultura e instituciones, y desconocer el peso del componente de la experiencia comunista misma, que estaba ligada, también, con un contexto internacional particular. En este libro he intentado demostrar que el legado del socialismo real sigue afectando, en cierta medida, a los procesos de la transición política, económica y social de Polonia. Para interpretar la presente situación de la sociedad polaca post-comunista, y las posible opciones de su desarrollo, tenemos que analizar el alcance y el carácter de los cambios sociales que trajeron las cuatro décadas del socialismo real. Hemos analizado la sociedad en sus varias esferas y a varios niveles: relaciones políticas, cambios de personalidad, estilo de vida, estructura social, relaciones económicas,

etc. Hemos visto que en todas ellas encontramos indicios y síntomas de que el experimento comunista ha afectado a las sociedades comunistas de la Europa del Este más de lo que se suponía.

La influencia de la cultura del bloque comunista ha sido grande y bastante duradera. Uno de los efectos es la falta de una "competencia civil", entendida como un conjunto de usos y conocimientos indispensables para utilizar las instituciones, las formas de organización, incluso las tecnologías de la civilización moderna del Occidente. Es la competencia para aprovechar las oportunidades estructurales básicas de la economía de mercado, el sistema político democrático, el libre pensamiento, y la sociedad civil. En las sociedades de Europa Occidental y de América del Norte esta competencia se ha desarrollado y establecido gracias a un largo proceso histórico. En el caso del bloque comunista, las sociedades no sólo vivieron relativamente aisladas durante casi cinco décadas de las influencias de la civilización occidental, sino que además estuvieron sometidas a un estado autoritario, una economía centralizada y una cultura controlada, lo cual impidió el desarrollo de esta competencia civil. Los síntomas más evidentes fueron, en la cultura económica, la desaparición del *ethos* de trabajo, la disciplina y la identificación con la empresa; en la cultura jurídica, la falta de respeto por el derecho; en la cultura política, la inercia y la pasividad en el ámbito público, un discurso político caracterizado por el dogmatismo y el faccionalismo, la intolerancia y la facilitad para aceptar los estereotipos; en la organización económica y en la tecnología, negligencia, descuido e ineficacia; en la ecología, una explotación agresiva e irresponsable de la naturaleza; en la cultura de la vida cotidiana, pautas de hostilidad, indiferencia, vulgaridad y descuido en el trato social.

Si en el año 1989 cambió radicalmente el contexto institucional del país, ello trajo un nuevo sistema que, para funcionar, necesitaba de una competencia civil relativamente alta. Para las sociedades post-comunistas esto puede ser visto como una oportunidad para superar la incompetencia civil heredada del comunismo y, al mismo tiempo, para desarrollar las habilidades, los usos y los conocimientos indispensables para el funcionamiento de la economía de mercado y de la democracia liberal. Sin el aprendizaje de las nuevas competencias, las nuevas instituciones democráticas corren el peligro de quedarse vacías. Las "malas costumbres" heredadas del sistema comunista, profundamente arraigadas en la sociedad polaca, suponen barreras y bloqueos en el proceso de la transformación post-comunista, y un

handicap en el desarrollo de la competencia asociativa y cívica de los polacos.

Partidos y ciudadanía

No conviene extremar las cosas ni por el lado de los agentes ni del diseño de las instituciones. Algunos politólogos, como Giovanni Sartori (Sartori, 1980), centran su atención en un buen diseño del sistema de partidos; pero en Polonia la política partidista, con todos sus problemas, ha funcionado de manera aproximadamente razonable en lo más importante. Ha habido una alternancia pacífica entre post-comunistas y antiguos miembros de *Solidaridad*, que han llegado a compromisos duraderos en los temas mayores de la política exterior, la política económica y la organización del Estado. Eso es muy positivo, no sólo en lo que se refiere a mantener un cierto nivel de estabilidad política, sino también en lo atinente a las cuestiones fundamentales de las políticas públicas.

De todos modos, conviene tener en cuenta las reservas que se han ido expresando sobre el diseño del sistema de partidos, a la vista de la experiencia de la transición y la consolidación democráticas. En efecto, tras varios años de democracia parlamentaria en Polonia, una cosa estuvo clara en la mitad de la década de los noventa: ningún partido tuvo el papel dominante en la vida política del país, y ninguno fue capaz de desarrollar un programa político, económico y social coherente. Se podría haber esperado que, en un país tan religioso, hubiese aparecido un partido católico; que en un país de tan acentuada conciencia nacional se hubiera desarrollado un partido nacionalista; y que en un país donde el liberalismo económico iba teniendo éxito, un partido liberal hubiese ganado mucho poder. Nada de ello ocurrió. Se alternaron en el poder coaliciones complejas, con programas de compromiso, que reflejaban la división del país en dos grandes bloques internamente bastante heterogéneos, uno de post-comunistas y el otro de post-*Solidaridad*.

Cabe un primer comentario tentativo sobre esta experiencia si se atiende a los rasgos institucionales del sistema de partidos y el sistema electoral. Aunque no existen soluciones institucionales universales para la consolidación del sistema de partidos de las nuevas democracias, la experiencia reciente ofrece, según algunos autores, ciertas conclusiones generales de carácter orientador. De este modo, en primer

lugar, como sugiere Samuel P. Huntington, se deben evitar formas extremas de representación proporcional, que suelen provocar una gran fragmentación, como hemos visto en Polonia, donde de los 29 partidos representados en el Parlamento de 1991 ninguno tenía más de un 14 por ciento de los escaños (Huntington, 1995). Al reformar el sistema electoral e introducir el umbral del 5 por ciento, el número de partidos en el Parlamento (1993 y 1997) se redujo a 6. En segundo lugar, la combinación de un presidente designado por elección directa y un parlamento elegido por el sistema de representación proporcional puede producir un bloqueo institucional y la paralización política. El jefe del ejecutivo y los legisladores tienen electorados distintos, casi no hay estímulos para el desarrollo de partidos políticos fuertes, y el resultado es el estancamiento y el conflicto institucional. Reduciendo la discordia entre el parlamento y el ejecutivo se fomentaría la aparición de un sistema bipartidista. En tercer lugar, un sistema del pluralismo moderado o un sistema con dos partidos fuertes tiene mayores posibilidades que otros sistemas alternativos de proporcionar la combinación de una toma de decisiones eficaz y un gobierno responsable. Un sistema de partido dominante, en el que un partido controla ininterrumpidamente al gobierno, puede generar una corrupción masiva. Por otra parte, un sistema multipartidista con un gobierno parlamentario en muchas ocasiones dificulta el cambio político, dado que cada partido tiene atractivo para distintos electorados, en las elecciones se produce poca variación en la distribución de votos entre los partidos, y el cambio de gobierno no va más allá de la reorganización de las coaliciones entre los líderes de los partidos. Por el contrario, un sistema con dos partidos fuertes significa que un partido puede gobernar, mientras que el otro puede proporcionar una oposición responsable y un gobierno alternativo potencial. El electorado puede decidir entre reafirmar al partido en el gobierno o, por el contrario, dar a la oposición la oportunidad de gobernar.

Se explica de este modo cómo algunos autores, en particular, Giovanni Sartori llega a la conclusión de que, para las sociedades segmentadas, el pluralismo moderado puede parecer como una tercera alternativa entre los sistemas bipartidistas y el pluralismo extremo y polarizado. La mecánica del pluralismo moderado se parece a la mecánica del bipartidismo, excepto que el gobierno es de coalición. «Pero esta diferencia no elimina el hecho de que la competencia sigue siendo centrípeta, ni, por tanto, el hecho de que la mecánica del pluralismo moderado sigue llevando a una política moderada» (Sartori,

1980:219, 266). Ahora bien, este comentario, atento a los rasgos institucionales del sistema, debe ser completado y matizado por las observaciones que pueden hacerse acerca de la cultura política de los ciudadanos mismos.

LOS PROBLEMAS DEL CAMBIO DE TIPO DE SOCIEDAD: AGENCIA, CULTURA E INSTITUCIONES

Protagonismo de los cambios y límites de la agencia: dos hipótesis opuestas y una alternativa

El análisis del proceso de la transformación de Polonia desde el sistema comunista hacia el capitalismo puede hacerse, según algunos sociólogos, en función de dos hipótesis distintas (Rychard, 1992:167-169). Según la primera hipótesis, la transición en Polonia fue posible gracias a la actividad social y al apoyo popular a los cambios. La alianza entre los trabajadores y la *intelligentsia*, que empezó en 1980, y duró diez años, hizo posible tanto el nacimiento del movimiento social *Solidaridad* como el colapso del comunismo diez años más tarde. Según esta visión de las cosas, la división más importante en la sociedad era la dicotomía: la élite en el poder y los que la apoyaban por un lado, y el conjunto de los empleados o los asalariados, por el otro. Después del colapso del comunismo, la sociedad quiso participar, pero no hubo mecanismos que se lo permitieran y las estructuras institucionales y políticas fueron el mayor obstáculo para los cambios, porque bloqueaban la actividad social existente. Según esta hipótesis, la transformación estaba siendo fomentada por las fuerzas sociales que dinamizaban la estructura, y los impedimentos fueron causados por la falta de mecanismos políticos y estructurales adecuados que hicieron posible que esta dinámica social fuera activada. Es la hipótesis de determinados agentes sociales, o coalición de ellos, como protagonistas del proceso de cambio.

La segunda hipótesis es la opuesta: en Polonia no existía una fuerza social que pudiera implementar la democracia. El orden democrático no fue apoyado por la clase media, que hubiera podido ser la promotora de la economía de libre mercado. La razón fue que, simplemente, esta clase todavía no había aparecido. Este punto de vista ha sido expresado más claramente por Zygmunt Bauman: «En la Po-

lonia de hoy, la democracia política está por delante de la sociedad a la que se supone que esta democracia debe servir» (Bauman, 1990:37). Las nuevas instituciones de la democracia y el libre mercado no pudieron ser activadas por la falta de fuerzas sociales que pudieran hacerlo. No existía ni interés real económico, ni político: la estructura de la sociedad polaca era, como resultado del comunismo, "pre-política" y "pre-económica" (Staniszkis, 1990). Según esta hipótesis (en contraste con la anterior), las razones de los bloqueos en la participación política y económica no fueron institucionales sino sociales: las posibilidades de la transformación estaban en las estructuras institucionales, y los impedimentos, en la estructura social.

Las dos hipótesis contienen algo de verdad, y se pueden compaginar, hasta cierto punto, si las englobamos en una visión más amplia y si consideramos una secuencia con fases distintas; pero en el fondo son ambas insuficientes. La visión más amplia nos dice que los agentes sociales son falibles y limitados. Su eficacia está limitada por la presencia de otros agentes, por el marco institucional en el que operan, y por la escasez de sus recursos, incluidos sus recursos de información y de juicio. Los grupos de la sociedad polaca no fueron ni tan protagonistas como quieren algunos, ni tan "inexistentes" como pretenden otros (como Bauman). Estuvieron situados entre esos dos extremos, y unos grupos fueron más eficaces en su actuación que otros.

Pero además, la eficacia de todos ellos cambió de una fase a otra del proceso. Por eso la hipótesis del protagonismo de los grupos sociales parece aplicarse más (dentro de ciertos límites) a la fase de oposición al comunismo, mientras que la segunda parece más plausible si se piensa justo en los primeros momentos de la transición (que corresponde, justamente, al momento en el que Bauman la formula). Los resultados de las elecciones presidenciales de 1990 fueron el punto crítico, que demostró el agotamiento de un apoyo popular masivo, basado en el rechazo del comunismo como fuerza unificadora.

A continuación, cabe plantear la pregunta de cuándo aparece una nueva constelación de agentes sociales, políticos y económicos, que impulse los cambios. La respuesta es que, en lo que se refiere a los partidos políticos, ya se hacen presentes desde el primer momento, pero hay que esperar a que se vayan consolidando. En lo que se refiere a las clases y los grupos sociales, hay que esperar a que vaya fraguando el tercer sector. En lo relativo a los agentes económicos, el problema no se plantea correctamente en términos de cuáles puedan ser los agentes

sociales protagonistas del cambio, sino en términos de cuál es la dinámica propia de una economía de mercado.

Complejidad de una sociedad moderna de tipo occidental y el papel de los agentes sociales

Las divisiones que surgieron en el periodo post-comunista, dentro y fuera de *Solidaridad*, acabaron con la alianza de los trabajadores y la *intelligentsia* que destruyó el comunismo, pero tampoco estos grupos sobrevivieron como los actores principales en la escena social. Sus intereses, por supuesto, sí sobrevivieron, y existió una verdadera necesidad para que estos intereses, y las identidades correspondientes, encontraran la representación y la expresión adecuadas. Pero la antigua visión de las fuerzas sociales protagonistas de los procesos históricos (en cierto modo, un vestigio de una lectura hegeliana o marxista de la historia) no se corresponde con la realidad de una sociedad compleja al modo occidental; y la lectura de los procesos sociales que está anclada en una sobrevaloración de las capacidades de los agentes muestra aquí claramente sus límites.

Tradicionalmente, se había pensado que la integración social era grande en Polonia a dos niveles. Al nivel macrosocial de la patria o la nación; y al nivel microsocial de la familia. Ya nos hemos referido a la tesis de Stefan Nowak, según la cual los polacos estaban integrados en los dos niveles extremos de los símbolos nacionales y religiosos, y de las microestructuras (Nowak, 1979). Se suponía que la comunicación entre estos dos niveles era muy débil y que el mundo de las instituciones intermedias, situado entre estos dos niveles extremos, era percibido como extraño. Según Nowak, sólo a través de las informalidades era posible ajustarse a este mundo hostil de las instituciones. Además, a nivel de las microestructuras, existía una disputa entre los pequeños grupos, que fueron internamente integrados, pero eran agresivos unos con otros. Estos conceptos muestran la sociedad como una serie de pequeños grupos que compiten y que, en ocasiones, se refieren a los valores como nación o Iglesia, y están rodeados por las hostiles instituciones que se amansan sólo si se les corrompe.

¿Cómo se correspondía esto con la imagen de la sociedad y del proceso histórico en la que *Solidaridad*, como actor-movimiento social hubiera jugado el papel de líder, protagonista o coprotagonista? El hecho es que esta percepción, compartida por buena parte del pú-

blico, los observadores y los estudiosos se compagina mal con la realidad. *Solidaridad* fue, ciertamente, una asociación intermedia entre los individuos y las familias, de un lado, y la sociedad-nación en su conjunto. Pero esa asociación, o red de asociaciones, tuvo una densidad organizativa ligera, a pesar de su extensión. Tuvo siempre facciones, corrientes e influencias diversas, presentando en su interior un grado de pluralismo apreciable. Tuvo quizá ciertos rasgos culturales, una "mentalidad" hecha de vinculaciones a ciertos símbolos e ideas muy marcados, unos de carácter positivo (la idea misma de solidaridad, la patria, la justicia social, los derechos humanos, el catolicismo de muchos pero no de todos, por ejemplo) y otros, negativo (el anticomunismo); pero en su interior convivieron ideologías y programas distintos. Su apoliticismo, por ejemplo, debe ser entendido en su contexto histórico, y no fue óbice para jugar un papel político de primera magnitud, y para que hubiera tenido una serie de gobiernos, no sólo en esta primera mitad de los noventa, sino también en su segunda mitad. Tampoco fue obstáculo para que uno de sus dirigentes más destacados no llegara a ser Presidente de la República. Pero Wałęsa no pudo jugar el papel de un líder máximo, indiscutido; por el contrario, sus actos fueron discutidos desde el primer momento en el interior de su propio mundo y, de hecho, su autoridad moral fue, pronto, sumamente limitada, así como lo fue su capacidad de influir en los acontecimientos.

No tanto su estrategia deliberada sino la dinámica de la transformación del conjunto de la sociedad a todos los niveles, fue lo que llevó a *Solidaridad*, justamente, a realizar sus sueños y al tiempo a perecer con ellos. Debió convertirse en una plataforma de gobierno, e incluso en un partido político. Como Gobierno estableció un orden democrático, en el que como partido debía convivir con otros. Como Gobierno, en particular, se comprometió a desarrollar una economía de mercado; y como sindicato hubo de adaptarse, con enormes dificultades, a la lógica de esa misma economía en las condiciones de la época, y teniendo que coexistir con otros sindicatos. Debió impulsar o permitir que se desarrollara la diferenciación interna de los intereses de una sociedad plural, con la aparición de nuevas asociaciones, de todo tipo, que habrían de enriquecer el tejido asociativo del tercer sector.

En último término, *Solidaridad* hubo de diferenciarse y transformarse a sí misma para jugar no un papel sino varios papeles, porque el mundo que había surgido era un mundo plural (una variación o una aproximación al modelo de una sociedad civil en sentido amplio) que

no podía ser protagonizado por ningún actor en particular. Era un mundo complejo en el que los agentes se cuentan por decenas (grandes organizaciones) o por millones (empresas, familias, individuos), según el nivel del análisis. Pero en definitiva se trata de un mundo en el que una multitud de agentes actúan según la lógica del mercado, de la competencia partidista, de la pluralidad social, cada uno por su cuenta, de manera autónoma, y estableciendo las habituales mezclas de estrategias competitivas y de cooperación entre ellos; pero sin que ninguno de ellos, o una coalición de ellos, pueda convertirse en una fuerza social con un protagonismo sostenido del proceso histórico.

ANEXOS

ANEXO 1. POSTULADOS DE LOS HUELGUISTAS DE LOS ASTILLEROS DE GDAŃSK, 17-AGOSTO-1980

El 17 de agosto de 1980 los huelguistas de los Astilleros de Gdańsk formularon los 21 postulados ante el Gobierno polaco. Dichos postulados se convirtieron en objeto de las negociaciones llevadas a cabo entre los huelguistas liderados por Lech Wałęsa y la comisión del Gobierno encabezada por el Viceprimer Ministro, Mieczyslaw Jagielski. Las negociaciones finalizaron el 31 de agosto con la firma de los Acuerdos de Gdańsk.

1. Aceptar la formación de sindicatos libres, independientes del Partido y de los empresarios, de acuerdo con la Convención 87 de la Organización Internacional de Trabajo en relación a los sindicatos libres ratificada por la República Popular Polaca.

2. Garantizar el derecho a la huelga y la seguridad de los huelguistas así como de quienes los apoyan.

3. Respetar la libertad de expresión y de publicación garantizada en la Constitución de la República Popular Polaca y no censurar las publicaciones independientes. Facilitar el acceso a los medios de comunicación a los representantes de todas las religiones.

4.

a) Restaurar los derechos reconocidos anteriormente a los trabajadores despedidos durante las huelgas de 1970 y 1976, y a los estudiantes que fueron expulsados de sus centros por convicciones ideológicas.

b) Liberar a todos los presos políticos (entre ellos, Edmund Zadrożyński, Jan Kozłowski y Marek Kozłowski).

c) Poner fin a la represión por causas ideológicas.

5. Informar en los medios de comunicación sobre la creación del Comité Interempresarial de Huelga así como sobre sus reivindicaciones.

6. Adoptar las medidas necesarias para erradicar la situación de crisis económica del país, entre ellas:

a) Informar públicamente de manera completa acerca de la coyuntura social y económica.

b) Facilitar a todos los grupos sociales su participación en una discusión sobre un plan de reforma.

7. Remunerar a los trabajadores por los días de huelga con un importe equivalente al percibido durante los días de vacaciones, que se obtendrá de los fondos del Consejo Central de Sindicatos.

8. Aumentar el salario básico mensual en 2.000 złotys, con el fin de compensar el incremento del coste de vida.

9. Garantizar la subida salarial en función del incremento de los precios y la devaluación de la moneda.

10. Abastecer suficientemente el mercado doméstico de productos alimenticios y exportar exclusivamente los excedentes.

11. Abolir los precios comerciales y la venta en divisa extranjera en el mercado interior.

12. Establecer los principios de selección de los cargos públicos en virtud de la cualificación y no por la pertenencia al POUP. Abolir los privilegios de la policía (MO), el servicio secreto de seguridad (SB) y el aparato del Partido, igualando los subsidios para familias y eliminando todo trato preferencial a estos grupos, como por ejemplo, el comercio de uso exclusivo.

13. Poner en circulación cartillas de racionamiento para carne y productos derivados (hasta que se produzca la recuperación del mercado).

14. Rebajar la edad de jubilación a 55 años para las mujeres y a 60 años para los hombres, o al número de años trabajados en Polonia: 30 años en el caso de la mujer y 35 en el caso del hombre.

15. Igualar todas las pensiones y las jubilaciones anteriores al nivel de los importes actuales.

16. Mejorar las condiciones de trabajo en los centros de salud para asegurar una plena atención médica a todos los trabajadores.

17. Proporcionar un número de plazas suficientes en las casas-cuna y guarderías para los hijos de madres trabajadoras.

18. Conceder tres años de permiso por maternidad para las madres que lo deseen.

19. Reducir el tiempo de espera para la adjudicación de vivienda.

20. Aumentar las dietas de 40 a 100 złotys y el complemento salarial por desplazamiento.

21. Establecer el sábado como día libre. Compensar a los empleados que desempeñen un trabajo por turnos con un periodo de vacaciones más largo o con días libres remunerados.

Fuente: *Museo Internet de Solidarność*
Traducido por la autora del libro.

ANEXO 2.
PARTIDOS Y AGRUPACIONES POLÍTICAS EN POLONIA 1989-1996

AWS	Acción Electoral de *Solidaridad (Akcja Wyborcza Solidarność)*. Bloque de pequeños partidos fuera del Parlamento formado el 8 de junio de 1996 y liderado por el presidente de *Solidaridad*, Marian Krzaklewski. Ganó las elecciones parlamentarias en 1997.
BBWR	Bloque no Alineado de Apoyo a las Reformas *(Bezpartyjny Blok Wspierania Reform)*. Establecido en diciembre de 1992 en torno al Presidente de la República de Polonia, Lech Wałęsa. Su Presidente fue Jan K. Bielecki; 5.000 miembros. En mayo de 1993 se convirtió en el partido político liderado por Lech Wałęsa.
ChDSP	Cristiano-Democrático Partido del Trabajo *(Chrześcijańsko - Demokratyczne Stronnictwo Pracy)*. Hasta 1990 llamado Partido del Trabajo, SP (véase abajo). Presidente: Władysław Siła-Nowicki.
CD	Democracia Cristiana *(Chrześcijańska Demokracja)*.
DUK	Unión Democrática de Mujeres *(Unia Demokratyczna Kobiet)*.
FPD	Foro de la Democracia de la Derecha *(Forum Prawicy Dmokratycznej)*. Establecido el 27 de junio de 1990. Líderes: Aleksander Hall, Tadeusz Syryjczyk. Con el Movimiento Cívico-Acción Democrática ROAD formó el comité electoral de Tadeusz Mazowiecki para la presidencia y en diciembre de 1990 se convirtieron en la Unión Democrática, UD.
KLD	Congreso Liberal-Democrático *(Kongres Liberalno-Demokratyczny)*. Establecido el 29-30 de junio de 1990, se declaró defensor de la libertad, la propiedad privada y de la tolerancia, así como la separación entre Estado e Iglesia. Presidente: Donald Tusk, Vicepresidente: Janusz Le-

	wandowski. En 1994 se unió con la Unión Democrática en la Unión de la Libertad.
KO/KKO	Comité de Ciudadanos *(Komitet Obywatelski)*. Agrupación de ciudadanos libres de apoyo al líder del sindicato *Solidaridad*, Lech Wałęsa. A partir de enero de 1991 se llamó Comité Nacional de Ciudadanos, KKO *(Krajowy Komitet Obywatelski)*. Presidente: Zdzisław Najder, Vicepresidente: Jacek Kurczewski.
KPN	Confederación de Polonia Independiente *(Konfederacja Polski Niepodległej)*. Establecida el 1 de septiembre de 1979 en la clandestinidad, es la continuación del ramo radical del movimiento nacionalista polaco del Mariscal Piłsudski. 35.000 miembros. Registrada oficialmente en agosto de 1990, se presentó a las elecciones de junio de 1989. Su presidente, Leszek Moczulski, fue el candidato a las elecciones presidenciales de 1990 y obtuvo el 2,5 por ciento de votos.
MN	Minorías Nacionales y Movimientos Regionales *(Mniejszości Narodowe i Ruchy Religijne)*.
NIE	Iniciativa Independiente Europea *(Niezależna Inicjatywa Europejska)*.
NSZZ *Solidaridad*	Sindicato Autónomo Independiente *Solidaridad (Niezależny Związek Zawodowy Solidarność)*. Establecido en agosto de 1980 en Gdańsk, proscrito durante el estado de sitio y registrado nuevamente el 17 de abril de 1989. Cuando su primer líder Lech Wałęsa fue elegido Presidente de Polonia en diciembre de 1990, el tercer congreso de NSZZ *Solidaridad* (23-24 de febrero de 1991) eligió a Marian Krzaklewski su sucesor.
OKP	Club Parlamentario Ciudadano *(Obywatelski Klub Parlamentarny)*. Establecido el 23 de junio de 1989 entre senadores y diputados de *Solidaridad* en el parlamento "del contrato" de 1989. Presidente: Bronisław Geremek.
PAX	Asociación Católica *(Stowarzyszenie Katolickie)*. Agrupación política establecida en 1945 por Bolesław Piasecki. Desde 1947 tuvo poca representación en el Parlamento, siempre en cooperación con el POUP. En las elecciones de 1989 perteneció a la coalición del gobierno comunista y obtuvo 10 escaños. Presidente: Maciej Wrzeszcz.

PC — Alianza del Centro *(Porozumienie Centrum).*
Establecida el 12 de mayo de 1990 por varios Comités de Ciudadanos y partidos democráticos y cristianos regionales. De orientación cristiano-demócrata, criticó las negociaciones de la Mesa Redonda como una prolongación del sistema comunista y pidió elecciones presidenciales apoyando la candidatura de Lech Wałęsa. Líderes: Jan Olszewski, Jarosław Kaczyński.

PChD — Partido de los Demócratas Cristianos *(Partia Chrześcijańskich Demokratów).*
Establecido el 16 de diciembre de 1990 en Poznań, reconoce los valores cristianos en la vida pública y se proclama liberal en materia económica. Activistas: Paweł Laczkowski, Bronisław Wilk, Krzysztof Pawłowski.

PK — Partido Conservador *(Partia Konserwatywna).*
Establecido el 6 de diciembre de 1992. Presidente: Aleksander Hall.

PL — Partido Campesino *(Partia Ludowa).*

POC — Alianza Cívica del Centro *(Porozumienie Obywatelskie Centrum).*
Comité electoral formado el 8 de agosto de 1991 por la Alianza del Centro, PC y los Comités de Ciudadanos, KO.

POUP — Partido Obrero Unificado Polaco *(PZPR Polska Partia Robotnicza).*
Disuelto el 29 de enero de 1990. Una parte de sus miembros formó la Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP.

PPPP — Partido Polaco de los Amigos de la Cerveza *(Polska Partia Przyjaciół Piwa).*

PPS — Partido Polaco Socialista *(Polska Partia Socjalistyczna).*
Activo entre la emigración tras la Segunda Guerra Mundial, fue establecido en 1892 y reactivado en noviembre de 1987 como continuación del antiguo PPS. Presidente: Jan Józef Lipski.

PSL — Partido Popular de Campesinos *(Polskie Stronnictwo Ludowe).*
Establecido el 5 de mayo de 1990, es el resultado de la transformación del antiguo partido campesino comunista. Presidente: Waldemar Pawlak. 200.000 miembros.

PZKS — Unión Polaca Católico-Social *(Polski Związek Katolicko Społeczny).*

Establecida el 29 de octubre de 1980 por Janusz Zabłocki (anteriormente activista de *Znak*), estuvo representada en los parlamentos del periodo comunista. Presidente: Wiesław Gwiżdż.

RdR — Movimiento para la República *(Ruch Odnowy Republiki)*.
Establecido el 19 de junio de 1992 por varios partidos católico-nacionalistas, liderado por Jan Olszewski. En junio de 1993 se convirtió en el bloque electoral de los partidos de derecha.

RDS — Movimiento Socio-Democrático *(Ruch Demokratyczno-Społeczny)*.
Establecido el 25 de marzo de 1991 por Zbigniew Bujak y sus partidarios procedentes del Movimiento Cívico-Acción Democrática ROAD.

ROAD — Movimiento Cívico-Acción Democrática *(Ruch Obywatelski-Akcja Demokratyczna)*.
Establecido el 16 de julio de 1990 por un grupo relevante de activistas de *Solidaridad*, proclamó que la democracia parlamentaria, la libertad ciudadana y la justicia independiente debían ser las bases de una Polonia soberana. Partidario de un papel limitado del Estado y de una economía "social" de mercado. Líderes: Zbigniew Bujak, Władysław Frasyniuk, Jan Maria Rokita. Con el Foro de la Democracia de la Derecha FPD formó el comité electoral de Tadeusz Mazowiecki para la presidencia y en diciembre de 1990 formaron la Unión Democrática, UD.

ROP — Movimiento para la Reconstrucción de Polonia *(Ruch Odbudowy Polski)*.

SD — Alianza Democrática *(Stronnictwo Demokratyczne)*.
Establecida en marzo de 1939, después de la Segunda Guerra Mundial fue convertida en un satélite del POUP, jugando el papel de representante de la clase media. En 1989 tuvo tres ministros en el gobierno de Tadeusz Mazowiecki. Presidente: Jerzy Jóźwiak.

Samoobrona — Sindicato Agrícola Defensa Propia *(Związek Zawodowy Rolniczy Samoobrona)*.
Establecido el 10 de enero de 1992, liderado por Andrzej Lepper.

SdRP — Socialdemocracia de la República de Polonia *(Socjaldemokracja Rzeczpospolitej Polskiej)*.
Continuadora del Partido Obrero Unificado Polaco, POUP (disuelto en enero de 1990). A partir de julio

de 1991 forma parte de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD. Presidente: Aleksander Kwaśniewski, 1990-1995; Józef Oleksy 1996-

SLCh
Partido Popular Campesino Cristiano *(Stronnictwo Ludowo-Chrzecijaskie).*

SLD
Alianza de Izquierda Democrática *(Sojusz Lewicy Demokratycznej).*
Establecida el 16 de julio de 1991 como resultado de la fusión de los partidos post-comunistas, basada principalmente en la Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP. 60.000 miembros. Presidente Aleksander Kwaśniewski, 1991-1995; Józef Oleksy 1996-

Solidaridad del Trabajo
Véase UP, Unión del Trabajo.

SP
Partido del Trabajo *(Stronnictwo Pracy).*
Reactivado el 12 de febrero de 1989 como continuación de la Unión del Trabajo (proscrita por el régimen comunista). SP cuestionó la representación de la oposición agrupada alrededor de *Solidaridad* durante las negociaciones de la Mesa Redonda y las elecciones de junio de 1989. En junio de 1990 cambió el nombre a Partido Cristiano-Demócrata del Trabajo, ChDSP *(Chrześcijańsko-Demokratyczne Stronnictwo Pracy).* Presidente: Władysław Siła-Nowicki.

UChS
Unión Cristiano-Social *(Unia Chrześcijańsko-Społeczna).*
Establecida en 1957. En 1989 participó en la coalición del gobierno comunista.

UD
Unión Democrática *(Unia Demokratyczna).*
Formada el 2 de diciembre de 1990 a partir del comité electoral de Tadeusz Mazowiecki para la presidencia y del Movimiento Cívico-Acción Democrática, ROAD. Sus objetivos: democracia representativa, estado de derecho, mercado libre e integración en la Unión Europea. Presidente: Tadeusz Mazowiecki 1990-1994. En 1994 se fusiona con el Congreso Liberal-Democrático en la Unión de la Libertad.

UP
Unión del Trabajo *(Unia Pracy).*
Antigua *Solidaridad* del Trabajo, establecida el 7 de junio de 1992 por el grupo de los miembros del partido *Solidaridad* del Trabajo y el Partido Socialista Polaco; se define como un partido socialdemócrata que representa los intereses de los trabajadores. Presidente: Ryszard Bugaj. 4.500 miembros.

UPR	Unión de la Política Real *(Unia Polityki Realnej).* Establecida el 7 de abril de 1989 en Wrocław, se unió con el Movimiento de la Política Real de Stefan Kisielewski. Presidente: Janusz Korwin Mikke.
UW	Unión de la Libertad *(Unia Wolności).* Establecida el 23 de abril de 1994, es fusión de la Unión Democrática UD y el Congreso Liberal-Democrático. 10.000 miembros. Presidente: Tadeusz Mazowiecki 1991-1995, Leszek Balcerowicz 1995.
WAK	Alianza Electoral Católica *(Wyborcza Akcja Katolicka).* Establecida el 7 de agosto de 1991 por los representantes de la Unión Cristiano-Nacional ZChN y del Movimiento Ciudadano Cristiano en vísperas de las elecciones parlamentarias.
X	Partido X *(Partia X).* Partido de Stanisław Tymiński, candidato a las elecciones presidenciales de 1990.
ZChN	Unión Cristiano-Nacional *(Związek Chrześcijańsko-Narodowy).* Establecida el 28 de octubre de 1989 por representantes de diez organizaciones nacional-católicas. Presidente: Wiesław Chrzanowski.
ZNAK	Asociación de círculos católicos (*Związek Narodowo-Katolicki).*
ZSL	Alianza Campesina Unificada *(Związek Stronnictwa Ludowego).* Establecida en 1949 como un satélite obediente del POUP. Presidente: Roman Malinowski. En 1989 cooperó con el gobierno de Tadeusz Mazowiecki. En noviembre de 1989 se convirtió en la Alianza Polaca Campesina "Renacimiento", PSL "O" *(Polskie Stronnictwo Ludowe "Odrodzenie")*, bajo la presidencia de Józef Zych.

ANEXO 3.
OTRAS SIGLAS DE REFERENCIA

DiP	Foro Experiencia y Futuro *(Doświadczenie i Przyszłość).*
KIK	Club de Intelectuales Católicos *(Klub Inteligencji Katolickiej).*
KOR	Comité para la Defensa de Obreros *(Komitet Obrony Robotników).*
MKS	Comité Interempresarial de Huelga *(Międzyzakładowy Komitet Strajkowy).*
OKON	Comités Ciudadanos de Salvación Nacional; llamados luego Comités Ciudadanos de Renacimiento Nacional *(Obywatelskie Komitety Odrodzenia Narodowego).*
OPZZ	Unión Nacional de Sindicatos Polacos *(Organizacja Polskich Związków Zawodowych).* Organización sindical "oficial" del Estado establecida por el Gobierno en noviembre de 1984 durante el estado de sitio como contrapeso al sindicato *Solidaridad*. Presidente: Alfred Miodowicz, miembro del Politburó del POUP.
PAP	Agencia estatal de prensa *(Polska Agencja Prasowa).*
PRON	Movimiento Patriótico de Renacimiento Nacional *(Patriotyczny Ruch Odrodzenia Narodowego).*
TKK	Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad* Clandestina *(Tymczasowa Komisja Krajowa).*
TKN	Sociedad de Cursos Científicos *(Towarzystwo Kursów Naukowych).*
WRON	Consejo Militar de Salvación Nacional *(Wojskowa Rada Ocalenia Narodowego).*
ZNP	Unión Polaca del Cuerpo Docente *(Związek Nauczycielstwa Polskiego).*
ZOMO	Policía antidisturbios *(Zmotoryzowane Odwody Milicji Obywatelskiej).*

ANEXO 4.
ELECCIONES EN POLONIA 1989-1997

1. ELECCIONES PARLAMENTARIAS

4 de junio de 1989

Primeras elecciones al Parlamento de la Polonia post-comunista. Participación: en la primera vuelta el 62 por ciento, en la segunda el 25,3 por ciento. El gran ganador fue *Solidaridad* que obtuvo 160 escaños (de los 161 que podía conseguir) en la Dieta, y 99 (de los 100) en el Senado. El llamado "parlamento del contrato" duró hasta octubre de 1991.

27 de octubre de 1991

Primeras elecciones democráticas, libres y mediante votación secreta. Participación: 43,2 por ciento. Hubo 111 comités electorales de los cuales 29 consiguieron escaños para sus candidatos, pero ningún partido consiguió más del 13,5 por ciento de los escaños. Los resultados fueron: post-*Solidaridad* Unión Democrática, UD, el 12,3 por ciento de los votos (62 escaños); la post-comunista Alianza de Izquierda Democrática, SLD, el 11,99 por ciento (60 escaños); Alianza Electoral Católica, WAK, 8,7 por ciento (49 escaños); Partido Popular de los Campesinos, PSL, 8,7 por ciento (48 escaños); Confederación de Polonia Independiente, KPN, 7,5 por ciento (46 escaños); Alianza Cívica del Centro, POC, 8,7 por ciento (44 escaños); Congreso Liberal Democrático, KLD, 7,49 por ciento (37 escaños); Partido Campesino, PL, 5,47 por ciento (28 escaños); NSZZ *Solidaridad* 5,05 por ciento (27 escaños). Otros 19 comités electorales ganaron entre 1 y 16 escaños.

	Dieta % de votos	escaños	Senado escaños
Unión Democrática, UD	12,32	62	21
Alianza de Izquierda Democrática, SLD	11,99	60	12
Partido Popular de Campesinos, PSL	9,22	50	9
Alianza Electoral Católica, WAK	8,98	50	9
Confederación de Polonia Independiente, KPN	8,88	51	9
Alianza Cívica del Centro, POC	8,71	44	7
Congreso Liberal Democrático, KLD	7,49	37	6
Partido Campesino, PL	5,47	28	4
NSZZ *Solidaridad*	5,05	27	4
Partido Polaco de los Amigos de la Cerveza, PPPP	2,97	16	3
Democracia Cristiana, CD	2,25	5	1
Unión de la Política Real, UPR	2,25	3	1
Solidaridad del Trabajo	2,06	4	1
Minoría Alemana	1,17	7	
Partido de los Demócratas Cristianos, PChD	1,12	4	
Partido X	0,47	3	
Movimiento Autonomía de Silesia	0,36	2	
Otros		7	13

19 de septiembre de 1993

Participación: 52,08 por ciento.

De los 15 partidos que presentaron candidatos, solamente 5 sobrepasaron el umbral del 5 por ciento. Los dos grupos post-comunistas, la Alianza de Izquierda Democrática, SLD y el Partido Popular de Campesinos, PSL, lograron un enorme éxito. La Alianza obtuvo el 20,4 por ciento de los votos y ganó un 37,2 por ciento de los escaños, y PSL obtuvo el 15,4 por ciento de los votos y consiguió casi un 28,7 por ciento de los escaños. La tercera fue la Unión Democrática con el 10,6 por ciento de los votos y un 16,1 por ciento de los escaños. Otros tres partidos que obtuvieron escaños fueron la Unión del Trabajo, UP, la Confederación de Polonia Independiente, KPN y el Bloque no Alineado de Apoyo a las Reformas, BBWR. La Minoría Alemana obtuvo cuatro escaños. Ninguno de los partidos de derecha post-*Solidaridad* sobrepasó el umbral aunque todos juntos representaron más del 20 por ciento de los votos válidos.

	Dieta % de votos	escaños	Senado escaños
Alianza de Izquierda Democrática, SLD	20,41	171	37
Partido Popular de Campesinos, PSL	15,40	132	36
Unión Democrática, UD	10,59	74	4
Unión del Trabajo, UP	7,28	41	2
Confederación de Polonia Independiente, KPN	5,77	22	
BBWR	5,41	16	2
Minoría Alemana	0,62	4	
NSZZ *Solidaridad*			9
Congreso Liberal Democrático, KLD			1
Alianza Cívica del Centro, POC			1
Independientes y otros			6

21 de septiembre de 1997

Participación: 59 por ciento.

Resultados: la Acción Electoral de *Solidaridad*, AWS, obtuvo 201 escaños con el 33,83 por ciento de los votos; Alianza de Izquierda Democrática, SLD, 164 escaños, 27,13 por ciento; Unión de la Libertad, UW, 60 escaños, 13,37 por ciento; Partido Popular de Campesinos, PSL, 27 escaños, 7,31 por ciento; Movimiento para la Reconstrucción de Polonia, ROP, 6 escaños, 5,56 por ciento; Minoría Alemana 2 escaños.

	Dieta % de votos	escaños	Senado escaños
AWS	33,83	201	51
Alianza de Izquierda Democrática, SLD	27,13	164	28
Unión Democrática, UD	13,37	60	8
Partido Popular de Campesinos, PSL	7,31	27	3
Movimiento para la Reconstrucción de Polonia, ROP	5,56	6	5
Minoría Alemana	0,39	2	
Independientes y otros			5

2. ELECCIONES PRESIDENCIALES

25 de noviembre-7 de diciembre de 1990

Las primeras elecciones presidenciales universales. En la primera vuelta Lech Wałęsa obtuvo un 40 por ciento de los votos, Stanisław Tymiński un 23,1 por ciento y Tadeusz Mazowiecki un 18,1 por ciento. Como ningún candidato obtuvo la mayoría absoluta, se convocó la segunda vuelta de las elecciones para el 7 de diciembre de 1990. Lech Wałęsa ganó con el 74,3 por ciento de los votos. Stanisław Tymiński obtuvo un 25,7 por ciento.

Participación: primera ronda, 59,7 por ciento; segunda ronda, 25,3 por ciento.

	primera vuelta % de votos	*segunda vuelta % de votos*
Lech Wałęsa	39,96	74,25
Stanisław Tymiński	23,10	25,75
Tadeusz Mazowiecki	18,10	
Włodzimierz Cimoszewicz	9,20	
Roman Bartoszcze	7,10	
Leszek Moczulski	2,50	

5 y 19 de noviembre de 1995

Las segundas elecciones presidenciales las ganó el líder de la post-comunista Socialdemocracia de la República de Polonia (SdRP), Aleksander Kwaśniewski, por una diferencia muy pequeña, frente al Presidente saliente y antiguo líder del sindicato *Solidaridad*, Lech Wałęsa.

Participación: primera ronda 64,7 por ciento, segunda ronda 68,2 por ciento.

	primera vuelta % de votos	segunda vuelta % de votos
Aleksander Kwaśniewski	35,11	51,72
Lech Wałęsa	33,11	48,28
Jacek Kuroń	9,22	
Jan Olszewski	6,86	
Waldemar Pawlak	4,31	
Hanna Gronkiewicz-Waltz	2,76	
Janusz Korwin-Mikke	2,40	
Andrzej Lepper	1,32	
Tadeusz Koźluk	0,15	
Kazimierz Piotrowicz	0,07	
Leszek Bubel	0,04	

3. ELECCIONES TERRITORIALES

27 de mayo de 1990

Primeras elecciones locales democráticas. Participación: 42,13 por ciento.

Como resultado de las elecciones, en la mayoría de las comunidades locales ganaron los representantes de *Solidaridad* agrupados en los Comités de Ciudadanos, que obtuvieron un 41 por ciento de escaños, mientras que los candidatos independientes ganaron un 38 por ciento de escaños. Los candidatos de partidos post-comunistas consiguieron: Partido Popular de Campesinos, PSL, 6,5 por ciento, y Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, 0,6 por ciento de los escaños.

19 de junio de 1994

Elecciones de gobiernos locales; la participación fue bastante más baja que cuatro años antes, solamente 36 por ciento de los votantes, lo que se interpretó como un escaso progreso en el proceso de la descentralización del país. Se observó que los electores votaron más a los candidatos conocidos por su buena gestión que por su militancia en uno u otro partido. Así, en los pueblos y las pequeñas ciudades ganó el Partido Popular de Campesinos, PSL, mientras que la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, conquistó la mayoría, 29, de las grandes ciudades. En 8 ciudades ganaron las coaliciones de derecha mientras que las coaliciones formadas por la Unión de la Libertad consiguieron la mayoría de los votos en 7 ciudades, entre ellas, Varsovia, Cracovia y Poznań.

ANEXO 5.
GOBIERNOS DE LA III REPÚBLICA DE POLONIA 1989-1996

24 AGOSTO 1989-14 DICIEMBRE 1990

Primer Ministro: **Tadeusz Mazowiecki**, Unión Democrática, UD.

Gobierno compuesto de 24 ministros representantes de 24 clubes parlamentarios. El Club Parlamentario Ciudadano, OKP, designó doce ministros, incluyendo el Ministro de Finanzas, Leszek Balcerowicz, la Alianza Campesina Unificada, ZSL, designó cuatros ministros, la Alianza Democrática, SD, tres, y el Partido Obrero Unificado Polaco, POUP, cuatro, incluyendo el Ministro de Interior, General Kiszczak. El Ministro de Asuntos Exteriores, Krzysztof Skubiszewski, era el único candidato independiente.

4 ENERO 1991-5 DICIEMBRE 1991

Primer Ministro: **Jan K. Bielecki,** Congreso Liberal Democrático, KLD.

El Gobierno compuesto en mayoría por los representantes del Congreso Liberal Democrático, KLD y la Alianza del Centro, PC. Cuatro ministros del anterior Gobierno seguían en sus puestos, incluyendo a Leszek Balcerowicz, Ministro de Finanzas, y Krzysztof Skubiszewski, Ministro de Asuntos Exteriores.

6 DICIEMBRE 1991-4 JUNIO 1992

Primer Ministro: **Jan Olszewski**, Unión Cristiano-Nacional, ZChN.

Gobierno formado por la coalición de cinco partidos: Unión Cristiano-Nacional, ZChN; Alianza de Centro, PC; Confederación de Polonia Independiente, KPN; Congreso Liberal Democrático, KLD; Partido Campesino, PL. Krzysztof Skubiszewski quedó como Ministro de Asuntos Exteriores. Andrzej Olechowski fue nombrado Ministro de Finanzas, Antoni Macierewicz Ministro de Interior, y Jan Parys Ministro de Defensa.

5 JUNIO 1992-8 JULIO 1992

Primer Ministro: **Waldemar Pawlak**, Partido Popular de Campesinos, PSL.

El Presidente Wałęsa propuso a Waldemar Pawlak, joven presidente del Partido Popular de Campesinos, PSL, para sustituir a Jan Olszewski en el puesto de Primer Ministro y salir del escándalo provocado por el Ministro de Interior, Antoni Macierowicz, al publicar el listado de políticos acusados de cooperación con los servicios secretos comunistas UB, incluyendo a Lech Wałęsa. Pawlak fracasó en la formación de gabinete.

10 JULIO 1992-28 MAYO 1993

Primer Ministro: **Hanna Suchocka,** Unión Democrática, UD.

Gobierno de coalición de siete partidos, siendo los dos más fuertes la Unión Democrática, UD, y la Unión Cristiano-Nacional, ZCHN. Estaban representados, además, el Partido de Demócratas Cristianos, PChD; el Partido Popular Cristiano Campesino, SLCh; el Partido Campesino, PL; la Alianza del Centro, PC; el Club Parlamentario *Solidaridad*. El Club Parlamentario *Solidaridad*, insatisfecho porque el Gobierno no había aprobado sus demandas sociales y económicas, abandonó la coalición en mayo de 1993 y presentó la moción de censura que fue aceptada por un solo voto. 223 diputados de la Alianza de Centro, Partido Popular de Campesinos, PSL; Alianza de Izquierda Democrática, SLD; votaron a favor (el mínimo requerido eran 222 votos). El Gobierno de Hanna Suchocka fue disuelto.

20 OCTUBRE 1993-21 MARZO 1995

Primer Ministro: **Waldemar Pawlak**, Partido Popular de Campesinos, PSL.

Gobierno formado por la coalición de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, el Partido Popular de Campesinos, PSL, y la Unión del Trabajo, UP. Waldemar Pawlak perdió pronto el apoyo del Presidente Wałęsa, quien había asumido el papel de la oposición en nombre de *Solidaridad* (ausente en el Gobierno de Pawlak). Como resultado de los conflictos en el seno de la coalición y de la creciente injerencia del Presidente, Waldemar Pawlak fue destituido por el representante de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, Józef Oleksy.

25 MARZO 1995-1 FEBRERO 1996

Primer Ministro: **Józef Oleksy**, Alianza de Izquierda Democrática, SLD.

Gobierno compuesto en su mayoría por los representantes de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, en coalición con el Partido Popular de Campesinos, PSL, que, resentido por la destitución de su líder Waldemar Pawlak del cargo de Primer Ministro, jugó el papel de oposición dentro de la coalición. En diciembre de 1995, Lech Wałęsa, que en noviembre de 1995 había perdido la reelección como presidente, acusó a Józef Oleksy de cooperación con los servicios secretos soviéticos y provocó su dimisión.

ANEXO 6.
LISTADO DE PERSONAS DE REFERENCIA

Balcerowicz, Leszek.
Ministro de Finanzas en el Gobierno de Tadeusz Mazowiecki 1989-1990.

Bielecki, Jan K.
Primer Ministro (KLD), enero 1991-diciembre 1991.

Blumsztajn Seweryn.
Dirigente del Comité para la Defensa de Obreros KOR.

Geremek, Bronisław.
Activista del Comité para la Defensa de Obreros KOR y la Sociedad de los Cursos Científicos; Asesor de Lech Wałęsa.

Gierek, Edward.
Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco, enero 1971-septiembre 1980.

Glemp, Józef.
Primado de Polonia 1981.

Gocławski, Tadeusz.
Obispo de Gdańsk.

Gomułka, Władysław.
Primer Secretario del Partido Obrero Polaco, octubre 1956-diciembre 1970.

Gwiazda, Andrzej.
Dirigente de *Solidaridad*.

Holzer, Jerzy.
Historiador, autor de la carta abierta a Jaruzelski y Wałęsa para que reanudasen el diálogo en 1987.

Jagielski, Mieczysław.
Viceprimer Ministro en el Gobierno de Edward Gierek; Vicepresidente de Gobierno del general Jaruzelski.

Janiszewski, Michał.
General en Consejo de Estado del Gobierno del general Jaruzelski.

Jaruzelski, Wojciech.
Ministro de Defensa, Presidente de Gobierno 1981-1988; Primer Secretario del Partido Obrero Polaco 1981-1989; Presidente de Polonia 1989-1990.

Jaworski, Seweryn.
Dirigente de *Solidaridad*.

Jurczyk, Marian.
Dirigente de *Solidaridad*.
Kania, Stanisław.
Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco, septiembre 1980-octubre 1981.
Kiszczak, Czesław.
General, Ministro del Interior de Gobierno del General Jaruzelski.
Krzaklewski, Marian.
Líder de *Solidaridad*, 1991-2001; Presidente de la Acción Electoral de *Solidaridad* AWS, 1996-2001.
Kulerski, Wiktor.
Activista de la oposición.
Kuroń, Jacek.
Activista de la oposición; fundador del Comité para la Defensa de Obreros KOR; Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales en el Gobierno de Tadeusz Mazowiecki 1989-1990 y de Hanna Suchocka 1992-1993.
Kwaśniewski, Aleksander.
Líder de la Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, 1990-1995; Presidente de Polonia 1995-2000.
Lis, Bogdan.
Dirigente de *Solidaridad*.
Lityński, Jan.
Activista de la oposición; fundador del Comité para la Defensa de Obreros, KOR.
Mazowiecki, Tadeusz.
Activista del Comité para la Defensa de Obreros y la Sociedad de los Cursos Científicos; Asesor de Lech Wałęsa; Primer Ministro (UD) 24 julio 1989-27 noviembre 1990.
Messner, Zbigniew.
Presidente de Gobierno 1985-1988.
Michnik, Adam.
Activista de la oposición; fundador del Comité para la Defensa de Obreros, KOR; Asesor de Lech Wałęsa; Jefe redactor de *Gazeta Wyborcza*.
Miodowicz, Alfred.
Líder de los sindicatos controlados por el Gobierno Unión Nacional de Sindicatos Polacos *(Organizacja Polskich Związków Zawodowych)*.
Modzelewski, Karol.
Activista de la oposición.
Oleksy, Józef.
Primer Ministro (ZChN), marzo 1995-enero 1996.
Olszewski, Jan.
Primer Ministro, diciembre 1991-junio 1992.

Ozdowski, Jerzy.
Vicepresidente en el Gobierno comunista 1980-1981.
Pałka, Grzegorz.
Dirigente de *Solidaridad.*
Pawlak, Waldemar.
Primer Ministro (PSL), junio 1992-julio 1992 y octubre 1993-marzo 1995.
Popiełuszko, Jerzy.
Cura, activista de la oposición, asesinado por los funcionarios del Ministerio del Interior en octubre de 1984.
Przemyk, Grzegorz.
Hijo de Barbara Sadowska, destacada activista de la oposición, muerto como resultado de una paliza proporcionada por la policía en mayo de 1983.
Rakowski, Mieczysław R.
Vicepresidente de Gobierno del general Jaruzelski; Presidente de Gobierno 1988-1989; Primer Secretario del POUP 1989-1990.
Reiff, Ryszard.
Presidente de Asociación Católica PAX bajó el régimen comunista.
Rozpłochowski, Andrzej.
Dirigente de *Solidaridad.*
Rulewski, Jan.
Dirigente de *Solidaridad.*
Sadowska, Barbara.
Activista de la oposición.
Siwicki, Florian.
General, Ministro de Defensa de Gobierno del general Jaruzelski.
Skubiszewski, Krzysztof.
Ministro de Asuntos Exteriores 1989-1993.
Suchocka, Hanna.
Primera Ministra (UD), julio 1992-mayo 1993.
Wałęsa, Lech.
Líder de *Solidaridad* 1980-1991, Presidente de Polonia 1990-1995
Wujec, Henryk.
Activista de la oposición; fundador del Comité para la Defensa de Obreros KOR.
Wyszyński, Stefan.
Cardenal Primado de Polonia 1948-1981.

ANEXO 7.
CRONOLOGÍA

Octubre 1956-Diciembre 1970
La época de Władysław Gomułka, Primer Secretario del Partido Obrero Polaco.

Marzo 1968
Revuelta estudiantil.

Diciembre 1970
Protestas de astilleros en Gdańsk y Gdynia.

Enero 1971-Agosto 1980
La década de Edward Gierek, Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco.

Agosto 1975
Polonia firma la *Declaración de Derechos Humanos* de Helsinki.

Junio 1976
Protestas de obreros en Radom y Ursus.

Septiembre 1976
Creación del Comité para la Defensa de Obreros, KOR.

Octubre 1978
Karol Wojtyła fue elegido papa Juan Pablo II.

Junio 1979
Primera visita pastoral del Papa a Polonia.

1980
Julio-agosto 1980
Huelgas de astilleros en Gdańsk.

30 agosto 1980
Lech Wałęsa firma con el Gobierno polaco los Acuerdos de Gdańsk.

6 septiembre 1980
Stanisław Kania sustituye a Edward Gierek como Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco.

17 septiembre 1980
Fundación del Sindicato Independiente Autónomo de Trabajadores *Solidaridad*.

10 noviembre 1980
Inscripción de *Solidaridad* en el registro judicial.

1981
9 febrero 1981
El general Wojciech Jaruzelski, Ministro de Defensa, es nombrado Presidente de Gobierno.

18 febrero 1981
Comienzo del periodo de los 90 días de paz propuesto por Jaruzelski.

Abril 1981
La crisis de Bydgoszcz: brutal irrupción de la policía durante la reunión de los agricultores afiliados a *Solidaridad*.

5 septiembre 1981-7 octubre 1981
Primer congreso nacional de *Solidaridad*; proclamación del *Manifiesto a todos los trabajadores de la Europa del Este*.

5 septiembre 1981
Maniobras militares del ejército soviético en los territorios colindantes con Polonia.

Octubre 1981
Jaruzelski es elegido Primer Secretario del Partido Obrero Unificado Polaco.

12 diciembre 1981
Imposición de la ley marcial y encarcelación de los dirigentes de *Solidaridad*.
17 diciembre 1981
Creación del Comité del Primado para la Ayuda a las Personas Privadas de Libertad.

1982
11 enero 1982
El Gobierno establece los Comités Ciudadanos de Salvación Nacional, OKON.

22 abril 1982
Creación de la Comisión Provisional Coordinadora de *Solidaridad* clandestina, TKK.

6 julio 1982
El Parlamento establece el Tribunal Constitucional y el Tribunal de Estado.

20 julio 1982
El Gobierno establece el Movimiento Patriótico de Renacimiento Nacional, PRON.

8 octubre 1982
Proscripción de *Solidaridad*.

10 noviembre 1982
Lech Wałęsa queda libre.

31 diciembre 1982
Suspensión del estado de sitio.

1983
Junio 1983
Segunda visita del Papa a Polonia.

Julio 1983
Terminación del estado de sitio.

5 octubre 1983
Lech Wałęsa recibe el premio Nobel de la Paz.

1985
17 junio 1985
Comicios regionales.

13 octubre 1985
Zbigniew Messner es nombrado Presidente de Gobierno.

1986
17 julio 1986
Amnistía con la cual se instaba a los dirigentes a abandonar la clandestinidad.

29 septiembre 1986
Lech Wałęsa organiza el Consejo Provisional de *Solidaridad*.

Noviembre 1986
Surge *Solidaridad* Rural.

1987

Junio 1987
Tercera visita pastoral del Papa a Polonia.

Noviembre 1987
Referéndum sobre las reformas económicas.

1988

Junio 1988
Elecciones municipales.

Primavera-verano 1988
Ola de huelgas en toda Polonia.

Julio 1988
Visita de Gorbachov a Polonia.

31 septiembre 1988
Primera reunión del general Kiszczak, Ministro de Asuntos Interiores, con Lech Wałęsa.

Diciembre 1988
Creación del Comité Ciudadano de Asistencia a Lech Wałęsa.

1989

6 febrero-5 abril 1989
Negociaciones de la Mesa Redonda.

8 mayo 1989
Aparece el primer número de *Gazeta Wyborcza*; Adam Michnik es nombrado redactor jefe.

4 y 18 junio 1989
Primeras elecciones parlamentarias.

3 julio 1989
Gazeta Wyborcza publica el artículo de Adam Michnik «Vuestro Presidente, nuestro Primer Ministro» proponiendo una división de poderes entre los comunistas y *Solidaridad*.

19 julio 1989
El Congreso Nacional (ambas cámaras del Parlamento) elige al general Wojciech Jaruzelski Presidente de Polonia.

24 julio 1989
La Dieta elige a Tadeusz Mazowiecki para el puesto de Primer Ministro.

26 octubre 1989
Reunión de los Ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros del Pacto de Varsovia. En la declaración final se reconoce el derecho de cada país a la autodeterminación sin interferencias externas.

9-10 noviembre 1989
Cae el muro de Berlín.

12 diciembre 1989
Los Ministros de Asuntos Exteriores de los 24 países desarrollados aprueban el fondo de estabilización para Polonia.

27-29 diciembre 1989
El Parlamento aprueba el paquete de las reformas económicas, el llamado "Plan de Balcerowicz".

29 diciembre 1989
El Parlamento ratifica una nueva enmienda a la Constitución según la cual la palabra "Popular" desaparece del nombre oficial del país, que ahora se conoce como República Polaca. Se introdujo una mención al principio del estado democrático de derecho, al principio de igualdad de todas las formas de propiedad, y al principio de libre actividad económica.

1990

27-30 enero 1990
Se celebra el XI Congreso del Partido Obrero Unificado Polaco durante el cual se disuelve el POUP y se establece el partido Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, con Aleksander Kwaśniewski como presidente.

27 mayo 1990
Primeras elecciones locales democráticas.

13 septiembre 1990
Primera visita a Polonia del Secretario General de la OTAN, Manfred Woerner.

25 noviembre 1990
Primera vuelta de las elecciones presidenciales. Como ningún candidato obtuvo el 50 por ciento de los votos, se convoca la segunda vuelta.

9 diciembre 1990
Lech Wałęsa gana la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

29 diciembre 1990
El Presidente Lech Wałęsa designa a Jan Krzysztof Bielecki, uno de los líderes del Congreso Liberal Democrático, KLD, como Primer Ministro.

1991

12 enero 1991

El Parlamento aprueba el Gobierno de Jan Krzysztof Bielecki.

12 febrero 1991

Presidente Lech Wałęsa recibe la carta del Presidente de la URSS, Mijaíl Gorbachov, proponiendo la disolución de la estructura militar del Pacto de Varsovia con fecha 1 de abril de 1991.

23-24 febrero 1991

El tercer congreso del sindicato *Solidaridad* elige a Marian Krzaklewski sucesor de Lech Wałęsa como presidente del sindicato.

21 abril 1991

Polonia firma el acuerdo con el Club de París sobre la condonación de la mitad de la deuda polaca ($3 billones) condicionada al cumplimiento por Polonia de los requisitos del Fondo Monetario Internacional.

1-8 junio 1991

Cuarta visita pastoral del Papa a Polonia.

1 julio 1991

Disolución del Pacto de Varsovia.

26 agosto 1991

Polonia reconoce la independencia de Lituania, Estonia y Letonia.

5 octubre 1991

Cumbre de los países del Grupo Vysehrad representados por el Presidente Lech Wałęsa (Polonia), el Presidente Vaclav Havel (República Checa) y el Primer Ministro J. Antall (Hungría). Los tres líderes expresan el deseo de entrar en la OTAN.

27 octubre 1991

Primeras elecciones parlamentarias democráticas. La ganadora fue la Unión Democrática, el partido del bloque post-*Solidaridad*. Las elecciones produjeron una Dieta muy fragmentada con 29 partidos.

26 noviembre 1991

Polonia es aceptada como miembro del Consejo de Europa.

2 diciembre 1991

El Gobierno polaco reconoce la independencia de Ucrania.

5 diciembre 1991

El Parlamento aceptó a Jan Olszewski como Primer Ministro del Gobierno formado por la coalición de cinco partidos de orientación de derecha nacional-cristiana.

27 diciembre 1991
El Gobierno polaco reconoce la independencia de Armenia, Azerbayán, Bielorrusia, Federación Rusa, Kazajstán, Kirguizistán, Moldavia, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán.

1992
20 enero 1992
Antoni Macierewicz, Ministro de Interior, demanda que todos los funcionarios, jueces y miembros del Parlamento que cooperaron con los servicios secretos comunistas UB *(Urząd Bezpieczeństwa)* dimitan de sus puestos públicos.

4 junio 1992
El Gobierno minoritario de Olszewski, tras varios problemas entre los partidos de la coalición gobernante y el escándalo de la publicación del listado de políticos acusados de cooperación con los servicios secretos, es revocado por el Parlamento.

5 junio 1992
Waldemar Pawlak, del Partido Popular de Campesinos, PSL, sustituye a Jan Olszewski en el puesto de Primer Ministro.

4 julio 1992
El Parlamento ratifica el Acuerdo de Asociación de Polonia con la Unión Europea.

10 julio 1992
El Parlamento acepta el Gobierno de Hanna Suchocka propuesto por la Unión Democrática en coalición con otros siete partidos.

17 de diciembre de 1992
Los mineros de 63 explotaciones mineras (de 70 existentes) convocan una huelga que duraría hasta el 4 de enero de 1993.

1993
7 enero 1993
El Parlamento aprueba una Ley de aborto que en la práctica prohibía abortar.

23 febrero 1993
Fracaso de las negociaciones entre el Gobierno y el sector no-industrial sobre los salarios.

15 abril 1993
El Parlamento aprueba la nueva ley electoral que introduce el umbral del 5 por ciento para los partidos y 8 por ciento para las coaliciones, y aumenta el número de distritos electorales desde 37 hasta 52. Los 391 escaños serían divi-

didos entre los partidos (comités electorales) y coaliciones que superarán el umbral establecido, y los 69 escaños restantes distribuidos proporcionalmente entre los comités que recibieran un 7 por ciento del voto nacional.

22 abril 1993
Huelga nacional de la post-comunista Unión del Cuerpo Docente Polaco, ZNP.

10 mayo 1993
Fracaso de las negociaciones entre el Gobierno y *Solidaridad* sobre los salarios para el sector no-industrial (enseñanza y sanidad).

27 mayo 1993
En vista del rechazo por parte de Gobierno de las demandas de *Solidaridad* por el incremento de salarios, el Club Parlamentario *Solidaridad* presenta una moción de censura al Gobierno que fue aceptada con solo un voto de diferencia.

29 mayo 1993
El presidente Wałęsa disuelve el Parlamento.

28 julio 1993
Polonia y el Vaticano firman el concordato.

3 agosto 1993
Las últimas tropas de las Fuerzas Armadas Soviéticas abandonan el territorio de Polonia.

19 septiembre 1993
Los dos grupos post-comunistas, la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, y el Partido Popular de Campesinos, PSL, ganan las elecciones parlamentarias.

26 octubre 1993
El Parlamento aprueba el Gobierno de Waldemar Pawlak (PSL) formado por la coalición de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, el Partido Popular de Campesinos, PSL, y la Unión del Trabajo, UP.

1994
19 junio 1994
Elecciones municipales.

19 septiembre 1994
El Gobierno ratifica la continuación de la privatización de empresas estatales.

1995
1 enero 1995
Se aprueba la denominación de złoty polaco.

1 marzo 1995

El Parlamento destituye a Waldemar Pawlak del cargo de Primer Ministro y encarga a Józef Oleksy de la Alianza de Izquierda Democrática, SLD, la formación de nuevo Gobierno.

5 y 19 noviembre 1995

Aleksander Kwaśniewski, líder de la post-comunista Socialdemocracia de la República de Polonia, SdRP, gana las elecciones presidenciales frente a Lech Wałęsa.

BIBLIOGRAFÍA

Adamczuk, Lucjan y Witold Zdaniewicz (eds.) (1991), *Kościół Katolicki w Polsce 1918-1990* [La Iglesia católica en Polonia 1918-1990]. Varsovia: GUS.

Adamski, Władysław (1982), *Polacy 81. Postrzeganie kryzysu i konfliktu* [Polacos 81. Percibir la crisis y el conflicto]. Varsovia: IFiS PAN.

—, Krzysztof Jasiewicz y Andrzej Rychard (eds.) (1986), *Polacy 84. Dynamika konfliktu i konsensusu* [Polacos 84. La dinámica del conflicto y del consenso]. Varsovia: IFiS PAN.

— (ed.) (1993), *Societal Conflict and Systemic Change; The Case of Poland 1980-1992*. Varsovia: IFiS Publishers.

Alestalo, Matti, Erik Allardt, Andrzej Rychard y Włodzimierz Wesołowski (eds.) (1994), *The Transformation of Europe*. Varsovia: IFiS PAN.

Alexander, Jeffrey C. (1991), «Citizens and Enemy as Symbolic Classification: On the Polarizing Discourse of Civil Society», en M. Lamont y M. Fournier (eds.), *Cultivating Differences*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1997), «The Paradoxes of Civil Society», *International Sociology*, vol. 12, núm. 2, Londres: Sage Publications.

— (1998), «Civil Society I, II, III: Constructing an Empirical Concept from Normative Controversies and Historical Transformations», en J. C. Alexander (ed.), *Real Civil Societies*. Londres: Sage Publications.

— (ed.) (1998), *Real Civil Societies*. Londres: Sage Publications.

Almond, Gabriel y Laura Roselle (1993), «Model Fitting in Communism Studies», en F. Fleron y E. Hoffman (eds.), *Post-Communist Studies in Political Sciences. Methodology and Empirical Theory in Sovietology*. Oxford: Westview Press.

Antoszewski, Andrzej (ed.) (1994), *Ewolucja polskiego systemu politycznego po 1989 roku* [Evolución del sistema político polaco después del año 1989]. Wrocław: Uniwersytet Wrocławski.

Arato, Andrew (1991), «Social Theory, Civil Society, and the Transformation of Authoritarian Socialism», en F. Feher y A. Arato (eds.), *Crisis and Reform in Eastern Europe*. New Brunswick: Transaction Publishers.

Arendt, Hannah (1966), *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, Brace.

Ash, Timothy Garton (1985), *The Polish Revolution: Solidaridad*. Nueva York: Vintage Books.

— (1990), *Pomimo i wbrew. Eseje o Europie Środkowej* [Entre y en contra. Ensayos sobre la Europa Central]. Londres: Polonia.
— (1990a), *The Magic Lantern. The Revolution of'89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin and Prague.* Nueva York: Random House [Edición en polaco: *Wiosna obywateli. Rewolucja 1989 widziana w Warszawie, Budapeszcie, Berlinie i Pradze* (Primavera de los ciudadanos. Revolución 1989 vista en Varsovia, Budapest, Berlín y Praga). Londres: Polonia].
Baena de Alcázar, Mariano (1985), *Curso de ciencia de la administración.* Madrid: Tecnos.
Balcerowicz, Leszek (1985), *O źródłach trwałości systemu nakazowo-rozdzielczego* [Sobre las fuentes de la persistencia del sistema orden-distribución]. Varsovia: PWN.
— (1989), «Polish Economic Reform 1981-1988: An Overview», *Economic Reforms in the European Centrally Planned Economies.* Nueva York: United Nations.
— (1993), *The Direction's of Change in the Financial Systems in Central and Eastern European Countries.* Ponencia.
— (1994), «Poland: the Economic Outcomes», *Journal of Economic Policy*, diciembre.
— (1994a), «Understanding Post-Communist Transition», *Journal of Democracy*, vol. 5, núm. 4.
— (1994b), «Transition to the Market Economy: The Polish Case 1989-1993», *Journal of Economic Policy.*
— y A. Gelb (1994c), *Macropolicies in Transition to a Market Economy: A Three-Year Perspective.* Washington: The World Bank.
— (1994d), «Poland», en J. Williamson (ed.), *The Political Economy of Policy Reform.* Washington: Institute of Political Economics.
— (1995), *Wolność i rozwój. Ekonomia wolnego rynku* [Libertad y desarrollo. Economía del mercado libre]. Cracovia: Znak.
— (1997), *Socjalizm, Kapitalizm, Transformacja* [Socialismo, capitalismo, transformación]. Varsovia: PWN.
Balicka, Mariola (2000), «Lata na pozór tłuste» [El tiempo de las vacas aparentemente gordas], *Polityka*, núm. 26. Varsovia.
Banaszek, Hanna (1989), «Postawy polityczne młodego pokolenia Polaków w okresie przejścia modernizacyjnego» [Las posturas políticas de la joven generación polaca en el periodo de la modernización], en L. Beskid (ed.), *Warunki i sposoby życia. Zachowania przystosowawacze w kryzysie* [Condiciones y estilos de vida. Comportamientos de adaptación en la crisis]. Varsovia: IFiS PAN.
Bartkowski, Jerzy (1996), *Lokalne elity władzy w Polsce w latach 1966-1995.* [Élites locales de poder en Polonia en los años 1966-1995]. Varsovia: IS UW.
Bauman, Zygmunt (1990), «Kilka wybranych problemów: uwagi obserwatora z zewnątrz» [Algunos problemas selectos: comentarios de un observador externo], en W. Nieciuński y T. Żukowski (eds.), *Studia nad ładem*

społecznym [Estudios sobre el orden social]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.
— (1995), *Life in Fragments. Essays in Postmodern Morality*. Oxford: Blackwell.
Beck, Ulrich (1994), «The Reinvention of Politics: Toward a Theory of Reflexive Modernization», en Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Reflexive Modernization*. Cambridge: Polity Press.
Bejnarowicz, Janusz (1994), «Zmiany stanu zdrowia Polaków i jego uwarunkowań. Wyzwania dla promocji zdrowia» [Los cambios del estado de salud de los polacos. Desafíos para la propagación de salud], *Promocja Zdrowia. Nauki Społeczne i Medycyna*, vol. 1, núm. 1-2.
Beksiak, Janusz (1994), «O restauracji kapitalizmu w Polsce» [Sobre la restauración del capitalismo en Polonia], en J. Winiecki (ed.), *Pięć lat po czerwcu* [Cinco años después del junio]. Varsovia: Centrum Analiz Społeczno-Ekonomicznych A. Smith.
Benda, Vaclav, Milan Simecka, Ivan Jirous, Jiri Dienstbier, Václav Havel, Ladislav Hejdánek y Jan Simsa (1988), «Parallel Polis or An Independent Society in Central and Eastern Europe: An Inquiry», *Social Research*, vol. 55, núm. 1-2.
Bereś, Witold y Jerzy Skoczylas (1991), *Generał Kiszczak mówi... prawie wszystko* [General Kiszczak cuenta... casi todo]. Varsovia: Polska Oficyna Wydawnicza BGW.
Berg, A. (1993), «Supply and Demand Factors in the Output Decline in East and Central Europe», *International Monetary Fund Research Paper*.
Bernhard. Michael. H. (1993), *The Origins of Democratization in Poland. Workers, Intellectuals, and Oppositonal Politics, 1976-1980*. Nueva York: Columbia University Press.
Beskid, Lidia, A. Bokor y T. Kolosi (1987), «Deprivation of Living Conditions in Poland and Hungary», *Sisyphus. Sociological Studies*, vol. 4. Varsovia: IFiS PAN.
—, M. Jarosińska y E. Milic-Czerniak (1988), «Robotnicy-potrzeby, rzeczywistość» [Los obreros - las necesidades, la realidad], en L. Beskid (ed.), *Robotnicy Polscy. Raport z badań* [Obreros polacos. El informe sobre la investigación]. Varsovia: ANS.
— (1989), «Ekonomiczny i społeczny wymiar przemian warunków życia w latach 1980-1985» [La dimensión económica y social de los cambios de las condiciones de vida en los años 1980-1985], en L. Beskid (ed.), *Warunki i sposoby życia. Zachowania przystosowawacze w kryzysie* [Condiciones y estilos de vida. Comportamientos de adaptación en la crisis]. Varsovia: IFiS PAN.
Białecki, Ireneusz (1990), «Duch wspólnotowy» [Comunión de las almas], *Res Publica*, núm. 4. Varsovia.
Blas Guerrero, Andrés de (1994), *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid: Alianza.

Błaszczyk, B. (ed.) (1999), *Uwarunkowania wzrostu sektora prywatnego w Polsce* [Las condiciones del desarrollo del sector privado en Polonia]. Varsovia: Centrum Analiz Społeczno - Ekonomicznych A. Smith.
Błaszkiewicz Anna, Zbigniew Rykowski, Piotr Szwajcer y Jerzy Wertenstein-Żuławski (eds.) (1989), «Wiosna Solidarności. Analiza strajków» [Primavera de Solidaridad. El análisis de las huelgas], *Więź*, núm. 5.
Błażyca, George (1985), «The Degeneration of Central Planning in Poland», en Jean Woodall (ed.), *Policy and Politics in Contemporary Poland.*
Błoński, Mieczysław (2000), «La estrategia para Polonia», *Finanzas y Desarrollo,* núm. 30. Madrid.
Blumsztajn, Seweryn (1985) (con la colaboración de Patrick Michel y Georges Mink), *Je rentre au pays*. París: Calmann-Lévy.
Bobbio, Norberto (1997), «Społeczeństwo obywatelskie» [La sociedad civil], en J. Szacki (ed.), *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.
Bogucka, Teresa (1991), «Kościół triumfujący, grzeszne społeczeństwo» [La Iglesia triunfante, la sociedad pecadora], *Gazeta Wyborcza*, 16-17 de marzo. Varsovia.
— (1997), *Polak po komuniźmie* [El polaco después del comunismo], Cracovia: Znak.
— (1998), «Jak się obchodzimy z sierpniem» [Como tratamos al agosto], *Gazeta Wyborcza*, 29-30 de agosto. Varsovia.
— (2001), «Miejsce na górze» [Un sitio arriba], *Gazeta Wyborcza*, 12 de febrero. Varsovia.
Bratkowski, A. (1993), «The Shock of Transformation or the Transformation of the Shock?», *Communist Economies and Economic Transformations*, núm. 1.
Bratkowski, Stefan (1998), «Demokracjo, zastanów si!» [Democracia, ¡reflexiona!], *Gazeta Wyborcza*, 2 de enero. Varsovia.
Bruno, M. (1993), «Eastern Europe in Transition: From Recession to Growth?», *World Bank Research Paper.*
Brzeziński, Zbigniew y Samuel Huntington (1965), *Political Power, USA/USSR*. Nueva York: Viking.
— (1967), *The Soviet Bloc: Unity and Conflict*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
Burawoy, Michael y Pavel Krotov (1992), «The Soviet Transition from Socialism to Capitalism: Worker Control and Economic Bargaining in the Wood Industry», *American Sociological Review*, vol. 57.
Burke, Edmund (1982), *A Vindication of Natural Society. Or, a View of the Miseries and Evils Arising to Mankind from Every Species of Artificial Society* (edited by Frank N. Pagano). Indianápolis: Liberty Press.

Calhoun, Craig (1997), «Nacjonalizm i społeczeństwo obywatelskie: demokracja, zróżnicowanie i samookreślenie» [Nacionalismo y la sociedad civil: democracia, diversidad y autodefinición], en J. Szacki (ed.), *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.

CBOS - Centrum Badania Opini Społecznej [Centro de Investigación de Opinión Pública], Varsovia, varias encuestas:

— (1989a), *Jak nam się żyje - oceny warunków życia* [Cómo vivimos - evaluaciones de las condiciones de vida].

— (1989b), *Młodzież 89* [Juventud 89].

— (1990a), *Panorama polityczna w społecznej świadomości* [El panorama político y la conciencia social].

— (1990b), *Spektrum partii politycznych* [El espectro de los partidos políticos].

— (1990c), *Polityka rolna i rynek żywnościowy w opinii społecznej* [La política agraria y el mercado alimenticio en la opinión social].

— (1991), *Opinia publiczna o posłach, radnych i politykach. Komunikat z badań* [Opinión social sobre los diputados, consejeros y políticos. El informe sobre la investigación].

— (1992), *O sprawach bieżących. Raport z badań* [Sobre los asuntos corrientes. El informe sobre la investigación].

— (1993), *Polish Public Opinion Bulletin*. Octubre-noviembre.

— (1994), *Polish Public Opinion Bulletin*. Noviembre.

— (1996), *Polish Public Opinion Bulletin*. Enero y marzo.

Chmaja, Marek (1995), «Restytucja samorządu terytorialnego w RP» [La restitución del autogobierno territorial en la República de Polonia], en Marek Żmigrodzki y Marek Chmaja (eds.), *Społeczeństwo, państwo, władza* [Sociedad, Estado, Poder]. Lublin: Lubelskie Towarzystwo Naukowe.

Claudín, Fernando (1981), *La oposición en el socialismo real*. Madrid: Siglo XXI.

Coenen-Huther, Jacques y Brunon Synak (1993), *Post-comunist Poland: From Totalitarianism to Democracy?* Commack, NY: Nova Science Publishers.

Cohen, Jean L. y Andrew Arato (1992), *Civil Society and Political Theory*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Colas, Dominique (1992), *La Galive et le Fléau*. París: Grasset.

Coleman, James S. y Thomas J. Fararo (eds.) (1992), *Rational Choice Theory. Advocacy and Critique*. Nueva York/Londres: SAGE Publications.

Comas, José (1985), *Polonia y Solidaridad*. Madrid: Ediciones El País.

Conquest, Robert (1961), *Power and Policy in the USSR*. Londres: Macmillan Press.

Cywiński, Bohdan (1971), *Rodowody niepokornych* [Orígenes de los no-sumisos]. Varsovia: Biblioteka Wiezi.

— (1984), *Doświadczenie polskie* [La experiencia polaca]. París: Editions Spotkania.

— (1990), *Ogniem próbowane* [La prueba del fuego]. Lublin: Uniwersytet Katolicki.
Dahrendorf, Ralph (1990), *Reflections on the Revolution in Europe*. Londres: Chatto & Windus.
— (1991), *Rozważania nad rewolucją w Europie* [Reflexiones sobre la revolución en Europa (ed. polaca)]. Varsovia: Nowa.
David, Henry P. (1999), *From Abortion to Contraception. A Resource to Public Policies and Reproductive Behavior in Central and Eastern Europe from 1957 to the Present*. Londres: Greenwood Press.
Davis, Norman (1981), *God's Playground: A History of Poland*. Oxford: Oxford University Press.
Demoskop (1993), Encuestas de opinión pública. Varsovia: Demoskop.
Dereczyński, Włodzimierz, Macieja Falkowska, Marek Gawroński y Bogna Wciórka (2000), «Warunki życia» [Las condiciones de vida], en K. Zagórski y Michał Strzeszewski (eds.), *Nowa rzeczywistość. Oceny i opinie 1989-1999* [La nueva realidad. Las evaluaciones y las opiniones 1989-1999]. Varsovia: Dialog.
Domański, Henryk (1990), «W oczekiwaniu klasy średniej» [En la espera de la clase media], *Więź*, julio-agosto.
— y A. Sawiński (1991), «Krystalizacaja barier i podziałów społecznych» [La cristalización de las barreras y las divisiones sociales], en A. Sułek y W. Wincławski (eds.), *Przełom i wyzwanie. Pamiętnik VIII Ogólnopolskiego Zjazdu Socjologicznego* [El cambio y el desafío. Las actas del VIII Encuentro Polaco de Sociología]. Toruń.
—, Krystyna Janicka, Anna Firkowska-Mankiewicz y Anna Titkow (1993), «Społeczeństwo bez reguł» [La sociedad sin reglas], en A. Rychard y M. Federowicz (eds.), *Społeczeństwo w transformacji* [Sociedad en transformación]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1994), «Nowe mechanizmy stratyfikacyjne» [Los nuevos mecanismos de la estratificación], *Studia Socjologiczne*, núm. 1. Varsovia: IFiS PAN.
— (1996), *Na progu konwergencji. Stratifikacja społeczna w krajach Europy Środkowo - Wschodniej* [En el umbral de la convergencia. La estratificación social en los países de la Europa Central]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1997), «Mobilność i hierarchie stratyfikacyjne» [La movilidad y las jerarquías de la estratificación] en H. Domański y A. Rychard (eds.), *Elementy nowego ładu* [Los elementos del nuevo orden]. Varsovia: IFiS PAN.
— (2001), *Hierarchie i bariery społeczne w latach dziewięćdziesiątych* [Las jerarquías y las barreras sociales en los años noventa]. Varsovia: Instytut Spraw Publicznych.
Drucker, Peter (1994), «Czas umysłowego robotnika» [El tiempo del obrero intelectual]. *Gazeta Wyborcza*, núm. 299.
— (1995), *Zarządzanie organizacją pozarządową. Teoria i praktyka* [La gestión de una organización no-gubernamental. La teoría y la práctica]. Varsovia: Fundusz Współpracy Phare, Program Dialog Społeczny NGOs.

Dubinski, Krzysztof (1990), *Magdalenka. Transakcja epoki* [Magdalenka. La transacción de la época]. Varsovia: Nowa.

Duch-Krzysztoszek, Danuta (1995), «Małżeństwo, seks, prokreacja» [Matrimonio, sexo, procreación], en A. Titkow y Henryk Domański (eds.), *Co to znaczy być kobietą w Polsce* [Qué significa ser mujer en Polonia]. Varsovia: IFiS PAN.

Dudek, Antoni (1997), *Pierwsze lata III Rzeczpospolitej 1989-1995* [Los primeros años de la III República 1989-1995]. Cracovia: Wydawnictwo GEO.

Duverger, Maurice (1984), *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Dziewanowski, Kazimierz (1995), *Polityka w sercu Europy* [La política en el corazón de Europa]. Varsovia: Oficyna Wydawnicza Rytm.

«Economías nacionales» (1990), *FMI Boletín*, 26 de febrero de 1990.

Eguiagaray, Francisco (1991), *Europa del Este: la revolución de la libertad*. Barcelona: Ediciones del Drac.

Ekiert, Grzegorz y Jan Kubik (1989), «Contentious Politics in New Democracies: Hungary, Poland, Slovakia and the Former East Germany since 1989», *Program on Central and Eastern Europe Working Paper Series*. Boston: Harvard University.

— (1991), «Democratization Processes in East Central Europe. A Theoretical Reconsideration», *British Journal of Political Sciences*, vol. 21.

— (1996), *The State Against Society: Political Crisis and Their Aftermath in East Central Europe*. New Jersey: Princeton University Press.

— y Jan Kubik (1997), «Collective Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-93», en A. Szeleny y E. Suleimann (eds.), *New Papers on Central Eastern European Reforms and Regionalism*, núm. 3. Princeton, New Jersey: Center of International Studies, Princeton University.

— y Jan Kubik (1999), *Rebellious Civil Society. Popular Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-1993*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Eichelberger, Wojciech (1990), «Odkreślamy przeszłość grubą kreską» [Tachamos el pasado con una raya gruesa], *Gazeta Wyborcza*, 27 de febrero.

Elias, Norbert (1978), *The Civilizing Process*, vol. 1. *The History of Manner*. Oxford: Basil Blackwell.

Emerytury i renty pracownicze [Jubilaciones y pensiones de los trabajadores] (1993), Varsovia: Ministerio de Trabajo.

Fainsod, Merle (1963), *How Russia is Ruled*. Cambridge: Harvard University Press.

Fatyga B. y M. Szymańczak (eds.) (1992), *Raport o młodzieży* [El informe sobre la juventud]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.

Ferens, Andrzej (1994), «Transformacja systemu władzy lokalnej w Polsce» [La transformación del sistema de poder local en Polonia], en A. Antoszewski (ed.), *Ewolucja polskiego systemu politycznego po 1989 roku*

[Evolución del sistema político polaco después del año 1989]. Wrocław: Uniwersytet Wrocławski.

Ferguson, Adam (1980), *An Essay on the History of Civil Society*. New Brunswick: Transaction Books.

Fleron, Federic y Eric Hoffman (1993), «Communist Studies and Political Science - Cold War and Peaceful Coexistence», en F. Fleron y E. Hoffman (eds.), *Post-Communist Studies and Political Science. Methodology and Empirical Theory in Sovietology*. Boulder: Westview Press.

Flores, Gabriel y Fernando Luengo (2000), *Tras el muro: diez años después de 1989: balance de una década de transformaciones en los países del Centro y Este de Europa*. Madrid: El Viejo Topo.

Flores Juberías, C. (1991), «Las transformaciones de los regímenes políticos de la URSS y la Europa del Este. Una aproximación bibliográfica», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, núm. 8.

— (1992), «Modelos de transición y sistemas electorales en la Europa del Este», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 7.

— (ed.) (1999), «Actas del I Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental», *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, núms. 26-27. Valencia: Departamento de Derecho Constitucional-Universidad de Valencia.

Friedrich, Carl J. y Zbigniew Brzeziński (1956), *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Cambridge: Harvard University Press.

Friszke, Andrzej (1969), «Wydarzenia marcowe 1968» [Los acontecimientos de marzo 1968], *Seria Dokumenty*, vol. 25. París: Instytut Literacki.

— (1994), *Opozycja polityczna w PRL 1945-1980* [La oposición política en la República Popular de Polonia 1945-1980]. Londres: Aneks.

Fukuyama, Francis (1992), *The End of History and the Last Man*. Nueva York: The Free Press.

García de Enterría, Eduardo (1972), *Revolución Francesa y administración contemporánea*. Madrid: Taurus.

— (1972a), «Prefectos y gobernadores civiles. El problema de la administración periférica en España», *La Administración Española*. Madrid: Alianza.

Garlicki, Andrzej (1997), *Historia 1939-1996. Polska i świat* [Historia 1939-1996. Polonia y el mundo]. Varsovia: Wydawnictwo Naukowe Scholar.

Gebethner, Stanisław (1989), «Wybory do Sejmu i Senatu 1989 roku» [Las elecciones al Congreso y al Senado del año 1989], *Prawo i Życie*, núm. 8.

— y K. Jasiewicz (1993), *Dlaczego tak głosowano. Wybory prezydenckie* [Porqué votaron así. Las elecciones presidenciales]. Varsovia: ISP PAN.

— (ed.) (1993), *Polska scena polityczna a wybory* [La escena política polaca y las elecciones]. Varsovia. ISP PAN.

Gellner, Ernest (1983), *Nations and Nationalism*. Oxford: Blackwell.

— (1994), *Conditions of Liberty. Civil Society and Its Rivals*. Nueva York: Allen Lane.

— (1997), «Społeczeństwo obywatelskie w perspektywie historycznej» [La sociedad civil en la perspectiva histórica], en J. Szacki (ed.) *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.

Geremek, Bronislaw (1991), *La rupture. La Pologne du communisme à la démocratie*. París: Editions du Seuil.

— (1994), «Społeczeństwo obywatelskie i współczesność» [La sociedad civil y la actualidad], en K. Michalski (ed.), *Europa i społeczeństwo obywatelskie* [Europa y la sociedad civil]. Cracovia: Znak.

— (1995), «La identidad de Europa Central», *Claves*, núm. 52. Madrid.

Gliński, Piotr (1993), «Aktywność aktorów społecznych» [La actividad de los actores sociales], en A. Rychard y M. Fedorowicz (eds.), *Społeczeństwo w transformacji* [Sociedad en transformación]. Varsovia: IFiS PAN.

— (1996), *Polscy zieloni. Ruch społeczny w okresie przemian* [Los verdes polacos. El movimiento social en el periodo de las transformaciones]. Varsovia: IFiS PAN.

— y Hanna Palska (1997), «Cztery wymiary społecznej aktywności obywatelskiej» [Las cuatro dimensiones de la actividad voluntaria de los ciudadanos], en H. Domański y A. Rychard (eds.), *Elementy nowego ładu* [Los elementos del nuevo orden]. Varsovia: IFiS PAN.

Głuszczyński, J. (1989), «Młodzież a socjalizm» [La juventud y el socialismo], *Res Litigosa*, núm. 1. Cracovia.

Gocławski, Tadeusz (1989), «Nikomu nie godzi się trwać w bezczynności». [Es indigno que nadie se quede inactivo], *Gazeta Wyborcza*, 2 de mayo. Varsovia.

Goldfarb, Jeffrey (1989), *Beyond Glasnost: The Post-Totalitarian Mind*. Chicago: University of Chicago Press.

Golinowska, S. (1994), «Development of the Third Sector in Social Sphere During Transition». *Polish Sociological Review*, núm. 4. Varsovia: IFiS PAN.

Gomułka, S. (1998), *Teoria innowacji i wzrostu gospodarczego* [La teoría de innovación y de crecimiento económico]. Varsovia: Centrum Analiz Społeczno-Ekonomicznych A. Smith.

— y P. Jasinski (1994), *Privatisation in Poland 1989-1993*. Varsovia: PAN.

González Enríquez, Carmen (1991), «Los desafíos a las nuevas democracias del Este», *Leviatán*, núm. 42.

— (1992), «La transición a la democracia en Europa del Este. Un análisis comparado», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 78.

— (1993), *Crisis y cambio en Europa del Este. La Transición húngara a la democracia*. Madrid: CIS-Siglo XXI.

— (1993a), «Sistemas electorales y estabilidad política en Europa del Este», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 79.

— (ed.) (1995), «Transición, democracia y mercado en Europa del Este», *Zona Abierta*, núms. 72/73. Madrid: Siglo XXI.

— (1995a), «Comportamiento electoral en Europa del Este», en P. del Castillo (ed.), *Comportamiento político y electoral*. Madrid: CIS.
— y Carlos Taibo (1996), *La transición política en Europa del Este*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
— (1996), «El regreso de los partidos ex comunistas en Europa Centroriental», *Cuadernos del Este*, núm. 18.
— (1997), «Actitudes políticas en Europa del Este», en P. del Castillo y A. Crespo (eds.), *Cultura política*. Valencia: Tirant lo Blanc.
— (1998), «Depuración o perdón en Europa del Este», *Claves*, núm. 81. Madrid.
Góra, M. (1992), «Industrial Adjustment During Transition», *World Bank Research Paper*.
— (1994), «Gospodarka polska 1990-93» [La economía polaca 1990-93], *Studia i Materiały*, núm. 44, Varsovia: PAN 1994.
Gouldner, Alvin (1980), *The Two Marxisms: Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*. Londres: Macmillan Press.
Gowin, Jarosław (1995), *Kościół po komuniźmie* [La Iglesia después del comunismo]. Cracovia: Znak.
Grabher, Gernot y David Stark (eds.) (1996), *Restructuring Networks in Post-Socialism: Legacies, Linkages, and Localities*. Oxford: Oxford University Press.
— (1998), «Organising Diversity: Evolutionary Theory, Network Analysis and Post-Socialism», en J. Pickles y A. Smith (eds.), *Theorising Transition. The Political Economy of Post-Communist Transformations*. Londres, Nueva York: Routledge.
Grabowska, Mirosława y Ireneusz Krzemiński (eds.) (1991), *Bitwa o Belweder* [La batalla por Belweder]. Cracovia: Wydawnictwo Literackie.
— y Tadeusz Szawiel (1993), *Anatomia elit politycznych. Partie polityczne w postkomunistycznej Polsce 1991-1993* [La anatomía de las élites políticas. Los partidos políticos en Polonia post-comunista 1991-1993]. Varsovia: IS UW.
— (1993), «Kościół w epoce przemian» [La Iglesia en la época de las transformaciones], en M. Grabowska y A. Sułek (eds.), *Polska 1989-1992. Fragment pejzażu* [Polonia 1989-1992. El fragmento del paisaje]. Varsovia: IS UW.
—, K. Pańkowski y E. Wnuk-Lipiński (eds.) (1994), *Społeczne konsekwencje transformacji ustrojowej* [Las consecuencias sociales de la transformación del orden político]. Varsovia: ISP PAN.
— y Stanisław Mocek (eds.) (1997), *Pierwsza sześciolatka 1989-1995* [El primer sexenio 1989-1995]. Varsovia: ISP PAN.
— y Tadeusz Szawiel (2001), *Budowanie demokracji* [La construcción de la democracia]. Varsovia: PWN.
— (2004), *Podział komunistyczny* [La división post-comunista]. Varsovia: Wydawnictwo Naukowe Scholar.

Graczyk, Roman (1997), *Konstytucja dla Polski* [La constitución para Polonia]. Cracovia: Znak.
Gramsci, Antonio (1971), *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, editado por Q. Hoare y G. Nowell Smith. Londres: Lawrence and Wishart.
Gray, John (1986), *Hayek on Liberty*. Oxford: Basil Blackwell.
Guerrero Gutiérrez, Eduardo (1998), «Sociedad civil: ¿rival de la democracia? Polonia entre 1989 y 1995», *Política y Gobierno*, vol. v, núm. 2.
Habermas, Jürgen (1975), *Legitimation Crisis*. Boston: Beacon Press.
— (1992), «Further Reflections on the Public Sphere», en C. Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
Hall, John A. (1995), «In Search of Civil Society», en John A. Hall (ed.), *Civil Society: Theory, History, Comparison*. Cambridge: Polity Press.
Hausner, Jerzy, M. Marody, J. Wilkin, A. Wojtyna y M. Zirk-Sadowski (1998), *Przystąpienie czy integracja? Polska droga do Unii Europejskiej* [¿Adhesión o integración? El camino polaco hacia la Unión Europea]. Varsovia: Fundación Friedrich Ebert.
— y Mirosława Marody (1999), *Trzy Polski: potencjał i bariery integracji z Unią Europejską* [Tres Polonias: el potencial y las barreras de la integración con la Unión Europea]. Varsovia: Fundación Friedrich Ebert.
Havel, Václav (1988), «Siła bezsilnych» [La fuerza de los débiles], en V. Havel. *Thriller i inne eseje* [Thriller y otros ensayos]. Varsovia: Nowa.
— (1992), «Paradise Lost», *The Nueva York Review of Books*, 9 de abril.
— (1995), «W piątą rocznicę aksamitnej rewolucji 17.11.1990» [En el quinto aniversario de la revolución del terciopelo 17.11.1990], *Gazeta Wyborcza*, 14-15 enero. Varsovia.
— (1996), «La restauración de terciopelo. Diálogo con Adam Michnik», *Claves*, núm. 60. Madrid.
— (1998), «Błąd lisiej neutralnosci» [La equivocación de la neutralidad de zorro], *Gazeta Wyborcza*, 24-25 de enero. Varsovia.
Hegel, G. W. F. (1958), *Wykłady z filozofii dziejów* [History of Philosophy]. Edición polaca trad. J. Grabowski y A. Landman. Varsovia: PWN.
— (1967), *Hegel's Philosophy of Right*. Trad. T. M. Knox. Oxford: Oxford University Press.
Herer W. y W. Sadowski (1994), *Wpływ zmian w strukturze produkcji w latach 1990-1993* [El efecto de cambios en la estructura de producción en los años 1990-1993]. Varsovia: GUS.
Herrero de la Fuente, Mercedes (1999), «La influencia de Solidaridad en el desarrollo del pluralismo político en Polonia», *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, núms. 26-27. Valencia: Departamento de Derecho Constitucional-Universidad de Valencia.
— (2000), *Papel de Solidaridad en el proceso de transición democrática en Polonia*. Tesis doctoral. Madrid: Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense.

— (2003), «La situación de los sindicatos polacos en la actualidada: la pérdida progresiva de influencia», *Papeles del Este. Transiciones poscomunistas*, núm. 5. Madrid: Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense.
Herrero de Miñón, Miguel (1990), *Las transiciones de Europa central y oriental.* Madrid: Tecnos.
Hirszowicz, Maria (1986), *Coercion and Control in Communist Societies*. Brighton: Wheatsheaf Books.
Hobsbawn, Eric (1990), *Nations and Nationalism since the 1780s*. Cambridge: Cambridge University Press.
Holzer, Jerzy (1982), *Historia Solidarności* [Historia de Solidaridad]. Varsovia: Krg.
— (1984), *Solidarność 1980-1981* [Solidaridad 1980-1981]. París: Instytut Literacki.
— (1990), *Solidarność 1980-1981 Geneza i historia* [Solidaridad 1980-1981. Génesis e historia]. Varsovia: Agencja Omnipres.
— y Krzysztof Leski (1990), *Solidarność w podziemiu* [Solidaridad en la clandestinidad]. Wydwnictwo Łódzkie.
— (1995), *Polska 1980-1981* [Polonia 1980-1981]. Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne.
Homans, George (1967),*The Nature of Social Science*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
Houle, Gilles, Piotr Łukasiewicz y Andrzej Siciński (1990), «Social and National Consciousness Transformations in Dependent Societies», en R. Breton, G. Houle, G. Caldwell, E. Mokrzycki y E. Wnuk-Lipiński (eds.), *National Survival in Dependent Societies. Social Change in Canada and Poland*. Ottawa: Carleton University Press.
Hroch, Miroslav (1994), «La construcción de la identidad nacional: del grupo étnico a la nación moderna», *Revista de Occidente,* núm. 161. Madrid: Fundación Ortega y Gasset.
Huntington, Samuel P. (1994), *El futuro del desarrollo democrático*. Primera Conferencia Anual Francisco Fernández Ordóñez. Madrid: Argentaria.
— (1995), *Trzecia fala demokratyzacji* [La tercera ola de la democratización]. Varsovia: PWN.
Ilczuk, D. (1995), *Sektor nonprofit w kulturze* [El sector sin ánimo de lucro en la cultura]. Varsovia: Wydawnictwo Instytutu Kultury.
Jakobik, Witold (ed.) (1994), *Kontynuacja czy przełom? Dylematy transformacji ustrojowej* [¿La continuación o el cambio? Los dilemas de la transformación del sistema]. Varsovia: ISP PAN.
Janicka, Krystyna (1987), «Różnice społeczne w potocznym odczuciu» [Las diferencias sociales en la percepción común], en E. Wnuk-Lipiński (ed.), *Nierówności i upośledzenia w świadomości społecznej* [Desigualdades y deficiencias en la consciencia social]. Varsovia: IFiS PAN.

— y W. Wesołowski (1997), «Percepcje struktury społecznej i konfliktowość w okresie przeobrażeń ustrojowych» [Las percepciones de la estructura social y los conflictos en el periodo de la transformación del sistema], en H. Domański y A. Rychard (eds.), *Elementy nowego ładu* [Los elementos del nuevo orden]. Varsovia: IFiS PAN.

Janicki, Mariusz (1996), «Fotele, krzesła, kanapy» [Butacas, sillas, sofás], *Polityka*, núm. 13. Varsovia.

Janion, Maria (1986), *Style zachowań romantycznych* [Estilos de los comportamientos románticos]. Varsovia: Wydawnictwo Literackie.

Jaruzelski, Wojciech (1992), *Stan wojenny* [Estado de guerra]. Varsovia: Polska Oficyna Wydawnicza BGW.

Jasińska, Aleksandra y Renata Siemieńska (1982), «Attitudes of Local Authorities Prior to the Crisis of 1980», *Sisyphus*, vol. III. Varsovia: IFiS PAN.

— (1988), *Osobowość, orientacje moralne i postawy polityczne* [Personalidad, orientaciones morales y posturas políticas]. Varsovia: IS UW.

Jawor 94/95. Informator o organizacjach pozarządowych w Polsce [Guía de las organizaciones no-gubernamentales en Polonia]. 1995. Varsovia: Fundusz Współpracy, Program Dialog Społeczny NGOs.

Jedlicki, Jerzy (1988), *Jakiej cywilizacji Polacy potrzebują* [Cuál civilización necesitan los polacos]. Varsovia: IFiS PAN.

Johnston, Henk y Bert Klandermans (eds.) (1995), *Social Movements and Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Juliá, Santos (1992), «El fin de los imperios. Triunfo del capital», *Claves*, núm. 22. Madrid.

Kałuża, Roman (1989), *Wybory 89* [Elecciones 89]. Varsovia: Wydawnictwo Andrzej Bonarski.

Kamiński, Antoni (1998), «Granice reformowalności» [Los límites de reformar], *Res Publica*, núm. 7. Varsovia.

Kamiński, Bartłomiej (1991), *The Collapse of State Socialism*. Princeton: Princeton State University.

Kapuściński, Ryszard (1999), «El mundo en los medios», *Claves*, núm. 92. Madrid.

Keane, John (1994), «Nations, Nationalism and Citizens in Europe», *International Social Science Journal*, núm. 140. Oxford: Blackwell.

Kemp, E. (1995), *European Perspective on the Development of Polish Foundations and Associations*. Ponencia para el seminario «La construcción de la sociedad civil: el papel de las organizaciones no-gubernamentales en Polonia», organizado por el Senado de la República de Polonia, Varsovia.

Kemp-Welch, A. (ed.) (1999), *Stalinism in Poland 1944-1956*. Nueva York: St. Martin's Press.

Kersten, Krystyna (1993), *Między wyzwoleniem a zniewoleniem: Polska 1944-1956* [Entre la liberación y la cautividad: Polonia 1944-1956]. Londres: Aneks.

Kieżuń, Witold (1997), «Przeciw powiatom» [En contra de las provincias], *Polityka,* núm. 47. Varsovia.
King, Lawrence (2002), «Postcommunist Divergence: A Comparative Analysis of the Transition to Capitalism in Poland and Russia», *Studies in Comparative International Development*, vol. 37, núm. 3. Rutgers: The State University of New Jersey.
Klandermans, Bert (1997), *The Social Psychology of Protest*. Blackwell Publishers.
Kłoczowski, Jerzy (1986), «Średniowiecze i Rzeczpospolita» [La Edad Media y la República] en Jerzy Kłoczowski, Lidia Müllerowa y Jan Skarbek, *Z dziejów Kościoła katolickiego w Polsce* [Historia de la Iglesia católica en Polonia]. Cracovia: Znak.
— (1991), *Dzieje chrześcijaństwa* [Historia de la cristiandad]. París: Instytut Literacki.
«Kobiety na rynku pracy w Polsce w latach 90» [Mujeres en el mercado de trabajo en Polonia en los años 90]. *Wpływ procesu prywatyzacji na położenie kobiet* [Informe: Los efectos del proceso de privatización sobre la situación de mujeres]. Varsovia: Centrum Praw Kobiet. 2000.
Kochanowicz, J. (ed.) (1999), *Ekonomia polityczna konsolidacji refrom* [La economía política de la consolidación de reformas]. Varsovia: Centrum Analiz Społeczno-Ekonomicznych A. Smith.
Kolarska-Bobińska, Lena (1986), «Pożądany ład społeczny i polityczny w gospodarce» [El orden social y político deseado en la economía], en W. Adamski *et al.* (eds.), *Polacy 84. Dynamika konfliktu i konsensusu* [Polacos 84. La dinámica del conflicto y del consenso]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1989), «Poczucie niesprawiedliwości, konfliktu i preferowany ład w gospodarce» [El sentimiento de injusticia, conflicto y el orden preferido en la economía], en W. Adamski *et al.* (eds.), *Polacy'88. Dynamika konfliktu a szanse reform* [Polacos 88. La dinámica del conflicto y las posibilidades de la reforma]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.
— y Andrzej Rychard (1990), *Między buntem a tolerancją* [Entre la rebelión y la tolerancia]. Varsovia: IFiS Publishers.
Kołakowski, Leszek (1957), «Tendencje, perspektywy, żądania» [Tendencias, perspectivas, demandas], *Życie Warszawy*, 4 de febrero. Varsovia.
— (1988), *Jeśli Boga nie ma* [Si el Dios no existe]. Cracovia: Znak.
Konrad, György (1984), *Anitpolitics. An Essay*. San Diego-Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich.
Konstytucja Polskiej Rzeczpospolitej Ludowej z dnia 22 lipca 1952 [Constitución de la República Popular de Polonia del día 22 de julio de 1952]. Gdańsk: Info-Trade 1994.
Konstytucja Rzeczpospolitej Polskiej. Test uchwalony przez Zgromadzenie Narodowe 2 kwietnia 1997 [Constitución de la República de Polonia. El texto aprobado por la Asamblea Nacional, 2 de abril de 1997]. Varsovia: Wydawnictwo Sejmowe, 1997.

Koralewicz, Jadwiga y Edmund Wnuk-Lipiński (1987), «Wizje społeczeństwa, zróżnicowań, nierówności w świadomości zbiorowej» [Las visiones de la sociedad, diferencias y desigualdades en la conciencia colectiva], *Studia Socjologiczne*, núm. 1. Varsovia: IFiS PAN.
Korboński, Andrzej (1982), «The Polish Army», en Jonathan R. Adelman (ed.), *Communist Armies in Politics*. Boulder: Westview Press.
Kosela, K. (1990), «Rola Kościoła katolickego w kampanii przed wyborami czerwcowymi» [El papel de la Iglesia católica en la campaña electoral antes de las elecciones en junio], en L. Kolarska-Bobińska, P. Łukasiewicz y Z. Rykowski (eds.), *Wyniki badań - wyniki wyborów, 4 czerwca 1989* [Los resultados de las encuestas-los resultados de las elecciones, 4 de junio de 1989]. Varsovia: ISP.
Kostrzewa, W. J. (1994), *Bank Centralny a sektor banków komercyjnych*. Research paper [Banco Central y el sector de bancos comerciales. Ponencia].
Kowalski, Sergiusz (1996), *Narodziny III Rzeczypospolitej* [El nacimiento de la III República]. Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne.
Król, Marcin (1995), «Nowa strategia polityczna» [La nueva estrategia política], *Lettre Internationale* [edición polaca]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.
— (2000), «Igraszki władzy» [Los juegos del poder], *Res Publica Nowa*, diciembre. Varsovia.
Krzemiński, Ireneusz (1992), «Świadomość zakłopotana» [La conciencia confusa], *Społeczeństwo Otwarte*, núm. 9. Varsovia.
Kubielas, S. (1994), *The Attractiveness of Poland to Foreign Direct Investors. Trends and Factors 1989-1993*. Discussion paper núm. 28. Varsovia: Instytut Ekonomii, Uniwersytet Warszawski.
Kubik, Jan (1994), *The Power of Symbols against the Symbols of Power. The Rise of Solidarity and the Fall of State Socialism in Poland*. University Park: The Pennsylvania State University Press.
Kuczyński, Waldemar (1979), *Po wielkim skoku* [Después del gran golpe]. Varsovia: Nowa.
Kumar, Krishan (1997), «Społeczeństwo obywatelskie: rozważania na temat użyteczności historycznego terminu» [La sociedad civil: reflexiones sobre la utilidad del término histórico], en J. Szacki (ed.), *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.
Kurczewska, Joanna, Katarzyna Staszyńska y Hanna Bojar (1993), «Blokady społeczeństwa obywatelskiego» [Los bloqueos de la sociedad civil], en A. Rychard y M. Fedorowicz (eds.), *Społeczeństwo w transformacji* [Sociedad en transformación]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1995), «Democracy in Poland: Traditions and Context», en Ch. G. A. Bryant y E. Mokrzycki (eds.), *Democracy, Civil Society and Pluralism*. Varsovia: IFiS PAN.

— (1995a), «Społeczeństwo obywatelskie, naród i demokracja» [Sociedad civil, nación y democracia], en J. Kurczewski (ed.), *Demokracja po polsku* [La democracia polaca]. Varsovia: ISNS.
—, Marian Kempny y Hanna Bojar (1998), «Społeczności lokalne jako wspólnoty tradycji - w poszukiwaniu korzeni demokracji» [Sociedades locales como comunidades de la tradición - en búsqueda de las raíces de la democracia], *Studia Socjologiczne* 2(149). Varsovia: IFiS PAN.
Kurczewski, Jacek (1982), «The Old System and the Revolution», *Sisyphus,* vol. 3. Varsovia: IFiS PAN.
— (1994), «Konstytucja na rok 2001» [La Constitución para el año 2001], *Res Publica,* núm. 12. Varsovia.
— (ed.) (1995), *Demokracja po polsku* [La democracia polaca]. Varsovia: ISNS.
— (1995), «Od Solidarności do Parlamentu i co dalej, czyli dylematy ustrojowe demokracji polskiej» [Desde la Solidaridad hasta el parlamento y luego ¿que?, los dilemas sistémicos de la democracia polaca]. *Lettre Internationale* [edición polaca]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.
Kuroń, Jacek y Karol Modzelewski (1966), *List otwarty do Partii* [Una carta abierta al Partido]. París: Instytut Kultury.
— (1984), *Polityka i odpowiedzialność* [Política y responsabilidad]. Londres: Aneks.
— (1989), *Wiara i wina. Do i od komunizmu* [Fe y culpa. Hacia y desde el comunismo]. Londres: Aneks.
— y Jacek Żakowski (1995), *PRL dla początkujących* [La República Popular Polaca para los principiantes]. Wroclaw: Wydawnictwo Dolnolskie.
«La transición económica en Europa Central y del Este». 1993. *Revista de Economía*, núm. 717. Información Comercial Española.
Lamentowicz, W. (1988), «Zimny bałagan czyli kulturowy nieład» [Un desorden frío o una confusión cultural]. *Zarządzanie*, núm. 6. Varsovia.
Lane, Timothy D. (1992), «La transformación económica de Polonia», *Finanzas y Desarrollo*. Madrid.
Laquer, Waletr (1992), *Europe in Our Time*. USA: Penguin Books.
Lepkowski, Tadeusz (1989), *Uparte trwanie polskości* [Una persistencia tenaz de lo polaco]. Londres: Aneks.
Leski, Krzysztof (1989), *Rzecz o Okrągłym Stole* [Sobre la Mesa Redonda]. Varsovia.
Lindenberg, Grzegorz y Krzysztof Nowak (1987), *Świadomość społeczna wobec kryzysu i konfliktu społecznego. Robotnicy i studenci Warszawy 1983-1984* [La consciencia social, la crisis y el conflicto social. Obreros y estudiantes de Varsovia 1983-1984]. Varsovia: IS UW.
Linz, Juan y Alfred Stepan (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Lipowski, A. (1998), *Towards Normality. Overcoming the Heritage of Central Planning Economy in Poland in 1990-1994*, Varsovia: Centrum A. Smith.
Lipski, Jan Józef (1983), *Komitet Obrony Robotników - Komitet Samoobrony Społecznej* [El Comité de Defensa de Obreros - El Comité de Autodefensa Social]. Londres: Aneks.
— (1984), *Dwie ojczyzny - dwa patriotyzmy* [Dos patrias - dos patriotismos]. Varsovia: Wydawnictwo Stop.
— (1994), *Katolickie państwo narodu polskiego* [El Estado católico de la nación polaca]. Londres: Aneks.
Lisicka, Halina (1994), «Rola Kościoła katolickego w systemie politycznym RP» [El papel de la Iglesia católica en el sistema político de la República Popular], en A. Antoszewski (ed.), *Ewolucja polskiego systemu politycznego po 1989 roku* [Evolución del sistema político polaco después del año 1989]. Wrocław: Uniwersytet Wrocławski.
Locke, John (1992), *Dwa traktaty o rządzie* [Dos tratados sobre el gobierno representativo]. Edición polaca Z. Rau. Vasovia: PWN.
López Viñuela, Emilio (1991), «Privatización en Polonia», *Boletín Económico,* 11-17 de marzo de 1991, Información Comercial Española.
Ludwikowski, R. R. (1980), *Polska kultura polityczna. Mity, tradycje i rzeczywistość* [La cultura política polaca. Mitos, tradiciones y realidad]. Varsovia.
Łukasiewicz, Piotr (1987), «Daily Life, the Social System and the Feeling of Normality», *The Polish Sociological Bulletin*, núm. 2. Varsovia: IFiS PAN.
— y Andrzej Siciński (1992), «Attitudes on Everyday Life in the Emerging Postsocialist Society», en Walter D. Connor y Piotr Płoszajski (eds.), *Escape from Socialism*. Varsovia: IFiS PAN.
Łukowski Jerzy y Hubert Zawadzki (2002), *Historia de Polonia*. Madrid: Cambridge University Press.
Mach, Bogdan W. (2000), «Przemiany w strukturze i stratyfikacji społecznej» [Los cambios en la estructura y estratificación social], en Wnuk-Lipiński y Ziółkowski (eds.) (2000), *Pierwsza dekada niepodległości. Próba socjologicznej syntezy* [La primera década de la independencia. Una prueba de la síntesis sociológica]. Varsovia: ISP PAN.
Machcewicz, Paweł (1993), *Polski rok 1956* [El año polaco 1956]. Varsovia: Mówią wieki.
Machonin, Pavel (1997), *Social Transformation and Modernization*. Praga: SLON.
Maheu, Louis (1995), *Social Movements and Social Classes*. Londres: SAGE Publications.
Majcherek, Janusz A. (1999), *Pierwsza dekada III Rzeczpospolitej 1989-1999* [La primera década de la III República 1989-1999]. Varsovia: Presspublica.
— (2000), «Rewolucji nie było» [No hubo revolución], *Res Publica Nowa*, diciembre. Varsovia.

Mala Konstytucja Rzeczpospolitej Polskiej a dnia 8 grudnia 1992 [La Pequeña Constitución de la República Polaca del día 8 de diciembre de 1992]. Gdańsk: Info-Trade 1994.

Malia, Martin (1992), «Leninist Endgame», *Daedalus*, vol. 121, núm. 2.

Maravall, José M. (1990), «La socialdemocracia y la crisis del comunismo», *Claves*, noviembre. Madrid.

— (1995), *Los resultados de la democracias*. Madrid: Alianza.

Markiewicz, Wojciech (2001), «Etat pozorowany» [Una plantilla fingida], *Polityka*, núm. 44. Varsovia.

Marody, Mirosława (1986), *Warunki trwania i zmiany ładu społecznego w relacji do stanu świadomości społecznej* [Las condiciones de la persistencia y del cambio del orden social en la consciencia social]. Varsovia: IS UW.

— (1987), «Antynomie podświadomości zbiorowej» [Las antinomias de la subconsciencia colectiva], en E. Wnuk-Lipiński (ed.), *VII Ogólnopolski Zjazd Socjologiczny. Materiały* [Las actas del VII Encuentro Polaco de Sociología]. Varsovia: Polskie Towarzystwo Socjologiczne y *Studia Socjologiczne*, núm. 2.

— (1987a), «Między współpracą a odrzuceniem» [Entre la cooperación y el rechazo], *Polityka,* núm. 28. Varsovia.

— (1988), «Awans i krach» [El ascenso y la quiebra], *Polityka,* núm. 18. Varsovia.

— (1989), «Postrzeganie polityki a partycypacja polityczna społeczeństwa polskiego» [La percepción de la política y la participación política de la sociedad polaca], *Kultura i Społeczeństwo*, núms. 3-4. Varsovia.

— (ed.) (1991), *Co nam zostało z tych lat... Społeczeństwo polskie u progu zmiany systemowej* [Qué nos queda de aquellos años... la sociedad polaca en el umbral del cambio del sistema]. Londres: Aneks.

— (1995), *Długi finał* [La larga final]. Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne.

Martín de la Guardia, Ricardo y Guillermo A. Pérez Sánchez (1995), *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*. Madrid: Síntesis.

— y — (1995), «La Polonia de Solidaridad», *Cuadernos del Mundo Actual*, núm. 79.

— y — (1999), *Derechos humanos y comunismo*. Madrid: Arco/Libros.

Martínez, Rafael y Gemma Sala (1998), «Polonia 1989-1997: forma de gobierno, sistema electoral y sistema de partidos», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 100.

— y Gemma Sala (1999), «Polonia 1989-1999, el camino hacia la consolidación», *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, núms. 26-27. Valencia: Departamento de Derecho Constitucional - Universidad de Valencia.

Marx, Karl (1976), «Przyczynek do krytyki heglowskiej filozofii prawa» [Crítica de la filosofía del derecho de Hegel]. Trad. Leszek Kołakowski. *Dzieła*, vol. I. Varsovia: KiW.

Merton, Robert K. (1982), *Teoria socjologiczna i struktura społeczna* [Teoría sociológica y estructura social]. Varsovia: PWN.
Micewski, Andrzej (1982), *Kardynał Wyszyński, prymas i mąż stanu* [El Cardenal Wyszyński, el primado y el hombre de Estado]. París: Editions du Dialogue.
— (1987), *Kościół wobec Solidarności i stanu wojennego* [La Iglesia ante Solidaridad y el estado de guerra]. París: Editions du Dialogue.
— (1994), *Kościół-Państwo 1945-1989* [La Iglesia-Estado 1945-1989]. Varsovia: Wydawnictwa Szkolne i Pedagogiczne.
Michalski, Krzysztof (ed.) (1994), *Europa i społeczeństwo obywatelskie* [Europa y la sociedad civil]. Cracovia: Znak.
Michnik, Adam (1977), *Kościół, lewica, dialog* [La Iglesia, la izquierda, el diálogo]. París: Instytut Literacki.
— (1978), *Ugoda, praca organiczna, myśl zaprzeczna* [El acuerdo, el trabajo orgánico, el pensamiento negativo]. Varsovia: Biblioteka Krytyki.
— (1984), *Szanse polskiej demokracji* [Las posibilidades de la democracia polaca]. Londres: Aneks.
— (1987), «Polskie pytania» [Las preguntas polacas], *Zeszyty Literackie*. París: Instytut Literacki.
— (1989), «Wasz prezydent, nasz premier» [Vuestro presidente, nuestro primer ministro], *Gazeta Wyborcza*, 3 de julio. Varsovia.
— (1995), *Diabeł naszego czasu. Publicystyka z lat 1985-1994* [El diablo de nuestros tiempos. Artículos de los años 1985-1994]. Varsovia: Nowa.
—, J. Tischner y J. Żakowski (1995), *Między panem, wójtem a plebanem* [Entre un hidalgo, un alcalde y un párroco]. Cracovia: Znak.
— (1996), «La restauración de terciopelo. Diálogo con Václav Havel», *Claves*, núm. 60. Madrid.
— (1999), «Niepodległość wskrzeszona i biesy aksamitnej rewolucji» [La independencia resucitada y los demonios de la revolución de terciopelo]. *Dziesięć lat. Fotografie Gazety Wyborczej* [Diez años. Las fotografías de *Gazeta Wyborcza*]. Varsovia: Ágora.
Milic-Czerniak, R. (1989), «Adaptacja konsumentów do warunków kryzysu ekonomicznego w pierwszej połowie lat osiemdziesiątych» [La adaptación de los consumidores a las condiciones de la crisis económica en la primera mitad de los años ochenta], en L. Beskid (eds.), *Warunki i sposoby życia. Zachowania przystosowawacze w kryzysie* [Condiciones y estilos de vida. Comportamientos de adaptación en la crisis]. Varsovia: IFiS PAN.
Miłosz, Czesław (1953), *Zniewolony umysł* [La mente cautiva]. Edición 1980. París: Instytut Literacki.
— (1991), «Państwo wyznaniowe?» [¿El Estado confesional?], *Gazeta Wyborcza*, 11 de mayo. Varsovia.
Mink, Georges (1994), «Los partidos políticos de la Europa central poscomunista: estado de la cuestión», en Carmen González Enríquez (ed.),

Transición, democracia y mercado en Europa del Este. Zona Abierta núm. 72/73. Madrid: Siglo XXI.
Misztal, Bronisław y J. Craig Jenkins (1995), «Starting from Scratch Is Not Always the Same: The Politics of Protest and the Postcommunist Transitions in Poland and Hungary», en J. Craig Jenkins y Bert Klandermans (eds.), *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
Mojak, Ryszard (1995), *Instytucja Prezydenta RP w okresie przekształceń ustrojowych* [La institución del Presidente de la República Polaca en el periodo de la trasformación del sistema]. Lublin: Uniwersytet Marii Curie-Skłodowskiej.
Mojkowski, Jacek (1996), «Nowy podział Polski» [La nueva división de Polonia]. *Polityka*, núm. 11. Varsovia.
Mokrzycki, Edmund (1991), «Dziedzictwo realnego socjalizmu, interesy grupowe i poszukiwanie nowej utopii» [El legado del socialismo real, los intereses del grupo y la búsqueda de una nueva utopía], en A. Sułek y W. Wincławski (eds.), *Przełom i wyzwanie. Pamiętnik VIII Ogólnopolskiego Zjazdu Socjologicznego* [El cambio y el desafío. Las actas del VIII Encuentro Polaco de Sociología]. Toruń.
— (1993), «Nowa klasa średnia?» [¿Una nueva clase media?], *Przegląd Polityczny*, núms. 21/22. Gdańsk: Fundacja Liberaów.
— (1994), «Nowa klasa średnia?» [¿Una nueva clase media? (versión revisada)], *Studia Socjologiczne*, núm. 1(132). Varsovia: IFiS PAN.
— (1997), «Od protokapitalizmu do posocjalizmu: makrostrukturalny wymiar dwukrotnej zmiany ustroju» [Desde el proto-capitalismo hacia el post-socialismo: la dimensión macro-estructural del doble cambio del sistema], en H. Domański y A. Rychard (eds.), *Elementy nowego ładu* [Los elementos del nuevo orden]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1998), «Iloraz rodzinny i iloraz inteligencji» [El cociente de familia y el cociente de inteligencia], *Gazeta Wyborcza*, en 12-13 diciembre. Varsovia.
— (1999), «Złudna władza ludu» [El poder popular ilusorio], *Gazeta Wyborcza*, 11-12 diciembre. Varsovia.
— (2000), «Młot związkowy, kowadło demokracji» [El martillo del sindicato, el yunque de la democracia], *Gazeta Wyborcza*, 28 de octubre. Varsovia.
Moore, B., Jr. (1978), *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. Londres: The Macmillan Press.
Morawska, Ewa (1984), «Civil Religion v. State Power in Poland», *Society*, mayo-junio.
Morawski, Witold (ed.) (1983), *Demokracja i gospodarka* [Democracia y economía]. Varsovia: IS UW.
— (ed.) (1986), *Gospodarka i społeczeństwo* [Economía y sociedad]. Varsovia: IS UW.
Murawski, Krzysztof (1993), *Filozofia polityki* [La filosofía de la política]. Varsovia: IFiS PAN.

Mylonas, P. (1994), «Republic of Poland», *IMF Research Paper.*

Narojek, Winicjusz (1985), *Pluralizm polityczny i planowanie, albo: Perspektywy pluralizmu w upaństwowionym społeczeństwie* [El pluralismo político y la planificación o: Las perspectivas de pluralismo en una sociedad nacionalizada]. Varsovia: IFiS PAN.

— (1993), «Tworzenie ładu demokratycznego i rynku» [La construcción de orden democrático y de mercado], en A. Rychard y M. Fedorowicz (eds.), *Społeczeństwo w transformacji* [Sociedad en transformación]. Varsovia: IFiS PAN.

— (1996), *Jednostka wobec systemu. Antropologia trawania i zmiany* [El individuo ante el sistema. La antropología de persistencia y de cambio]. Varsovia: IFiS PAN.

Nelicki, Aleksander (ed.) (1998), *O naprawę III Rzeczpospolitej* [Sobre la mejora de la III República]. Cracovia: Wydawnictwo Platan.

Ners, K. J. e I. Buxell (1995), *Assistance to Transition*. Varsovia: Institute for East-West Studies.

Norwid, Cyprian K. (1968), «List do Michaliny z Dziekońskich Zaleskiej z 14 listopada 1862 r.» [La carta a Michalina Zaleska Dziekońska de 14 de noviembre del año 1862], *Pisma wybrane* [Obras selectas], vol. V. Varsovia: PIW.

Nowak, Stefan (1979), «System wartości społeczeństwa polskiego» [El sistema de valores de la sociedad polaca], *Studia Socjologiczne*, núm. 4. Varsovia: IFiS PAN.

O'Donnel, Guillermo, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (1986), *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Offe, Claus (1996), *Varieties of Transition. The East European and East German Experience*. Cambridge: Polity Press.

Ogrodzinski, Piotr (1991), *Pięć tekstów o społeczeństwie obywatelskim* [Cinco textos sobre la sociedad civil]. Varsovia: ISP PAN.

Olszewicz, Bolesław (1989), *Lista strat kultury polskiej* [El listado de las pérdidas de la cultura polaca]. Varsovia.

Ortega y Gasset, J. (1963), *Obras completas.* Madrid: Revista de Occidente.

Osa, Maryjane (2003), *Solidarity and Contention: the Networks of Polish Opposition, 1956-1981*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Osborn, Elizabeth y Kazimierz M. Słomczyński (1997), «Becoming an Entrepreneur in Poland, 1949-1993: Recruitment Patterns and Professionalization Processes», *Polish Sociological Review,* núm. 3 (119). Varsovia: IFiS PAN.

Ossowska, Maria (1973), *Etos rycerski i jego odmiany* [El *ethos* caballeresco y su variantes]. Varsovia: PWN.

— (1983), «Wzór obywatela w ustroju demokratycznym» [El modelo de ciudadano en el sistema democrático], en *O człowieku, moralności i nauce. Miscellanea* [Sobre hombre, moralidad y ciencia. Miscelánea]. Varsovia: PWN.

Ossowski, Stanisław (1967), «O osbliwościach nauk społecznych» [Sobre peculiaridades de las ciencias sociales], en *Dzieła*, vol. 4. *O nauce* [Obras, vol. 4. Sobre la ciencia]. Varsovia: PWN.

— (1967), «Analiza socjologiczna pojęcia ojczyzny» [El análisis sociológico de la concepción de patria], en *Dzieła*, vol. 3, *Z zagadnień psychologii społecznej* [Obras, vol. 3. Problemas de psicología social]. Varsovia: PWN.

Osuchowski, Janusz (1996), *Stosunki wyznaniowe w Polsce na tle transformacji ustrojowej* [Las relaciones confesionales en Polonia y la transformación del sistema]. Varsovia: Elipsa.

Pacewicz, P. (1990), «Reforma czy rewolucja» [Reforma o revolución], *Gazeta Wyborcza*, 11 de septiembre. Varsovia.

Paczkowski, Andrzej (1997), «Pologne, la nation-ennemi», en Stéphane Courtois *et. al.*, *Le livre noir du communisme*. París: Robert Laffont.

Paine, Thomas (1941), *The Rights of Man*. Londres: J. M. Dent & Sons.

Pańkow, Julian y Marek Ziołkowski (2001), «Przemiany w sferze gospodarczej» [Los cambios en la esfera económica], en E. Wnuk-Lipiński y M. Ziółkowski (eds.), *Pierwsza dekada niepodległości. Próba socjologicznej syntezy* [La primera década de la independencia. Una prueba de la síntesis sociológica]. Varsovia: ISP PAN.

Pańkow, Włodzimierz (1993), *Instytucje pracy w procesach transformacji* [Las instituciones de trabajo en los proceso de transformación]. Varsovia: IFiS PAN.

Paradowska, Janina (1996), «Premia za akcje» [El premio por la acción], *Polityka,* núm. 40. Varsovia.

— (1998), «Polska zmienia ustrój» [Polonia cambia el sistema], *Polityka,* núm. 41. Varsovia.

— (1999), «Co sięz nami stało» [¿Que pasó con nosotros?], *Polityka*, núm. 37. Varsovia.

Parsons, Talcott (1970), «Equality and Inequality in Modern Society, or Social Stratification Revisited», *Sociological Inquiry,* núm. 40/2.

— (1977), *The Evolution of Societies*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

Paszkiewicz, Krystyna A. (ed.) (1996), *Polskie partie polityczne* [Los partidos políticos polacos]. Wroclaw: Hector.

Pełczyński, Zbigniew A. (1982), *Poland: The Road from Communism*. Special R. B. McCallum Lecture. Oxford: Pembroke College.

— (1983), «The October Turning Point», en R. F. Leslie (ed.), *The History of Poland since 1863*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1983a), «Poland under Gierek», en R. F. Leslie (ed.), *The History of Poland since 1863*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (ed.) (1984), *The State & Civil Society*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1988), «Solidarity and the Rebirth of Civil Society in Poland 1976-81», en John Keane (ed.), *Civil Society and the State*. Londres: Verso.

Pentor - Instytut Badania Opinii i Rynku (1991), «Stan wojenny w opinii Polaków» [El estado de guerra en la opinión de los polacos], *Gazeta Wyborcza*, 12 de diciembre. Varsovia.

Pérez-Díaz, Víctor (1978), *State, Bureaucracy and Civil Society*. Londres: Macmillan Press.

— (1987), *El retorno de la sociedad civil*. Madrid: Instituto de Estudios Económicos.

— (1992), «Civil Society and the State: Rise and Fall of the State as the Bearer of a Moral Project», *La Revue Tocqueville*, vol. 13, núm. 2.

— (1993), *La primacía de la sociedad civil*. Madrid: Alianza.

— (1995), «The Possibility of Civil Society: Traditions, Character and Challenges», en John A. Hall (ed.), *Civil Society. Theory, History Comparison*. Cambridge: Polity Press.

— (1997), *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid: Taurus.

— (1998), «The Public Sphere and a European Civil Society», en Jeffrey C. Alexander (ed.), *Real Civil Societies*. Londres: Sage Publications.

Pérez Sánchez, Guillermo A. (1999), *Crisis, revolución y transición en la Europa del Este*. Barcelona: Ariel.

Pęczak M. y J. Werstein-Żuławski (eds.) (1991), *Spontaniczna kultura młodzieżowa* [La cultura espontánea de la juventud]. Wrocław: Uniwersytet Śląski.

Pickles, John y Adrian Smith (eds.) (1998), *Theorising Transition. The Political Economy of Post- Communist Tranformations*. Londres, Nueva York: Routledge.

Pinto B. *et al.* (1993), «Ownership and Corportae Control in Poland», *Polish Economic Monitor*, febrero.

Poleszczuk, Jan (1991), «Między apatią a buntem. Doświadczenia dekady 1978-1988 w świadomości młodego pokolenia» [Entre la apatía y el rechazo. Las experiencias de la década 1978-1988 en la consciencia de la generación de jóvenes], en H. Banaszak y L. Rowicki (eds.), *W przededniu wielkiej zmiany. Młodzież Warszawy 1987-1988* [En vísperas del gran cambio. La juventud de Varsovia 1987-1988]. Varsovia. IFiS PAN.

Pomian, Krzysztof (1985), *Wymiary polskiego konfliktu* [Las dimensiones del conflicto polaco]. Londres: Aneks.

— (1992), *Europa i jej narody* [Europa y sus naciones]. Varsovia: PIW.

Poznański, Kazimierz (1986), «Economic Adjustment and Political Forces: Poland since 1970», *International Organization*, núm. 2, vol. 40. The MIT Press.

— (ed.) (1992), *Constructing Capitalism. The Reemergence of Civil Society and Liberal Economy in the Post-Communist World.* Boulder: Westview Press.

Przeworski, Adam (1986), «Some Problems in the Study of Transition to Democracy», en G. O'Donnell, Ph.C. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

— (1991), *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
— (1991a), «Political Dynamics of Economic Reforms: East and South», en G. Szoboszlai (ed.), *Democracy and Political Transition*. Budapest: Hungarian Political Science Association.
— L. C. Bresser Pereire y J. M. Maravall (1995), *Las reformas económicas en las nuevas democracias*. Madrid: Alianza.
Raciborski, Jacek (1989), *Rytuał, plebiscyt, czy wybory?* [¿Un ritual, un plebiscito o unas elecciones?]. Varsovia: IS UW.
Rakowski, Mieczysław F. (1991), *Jak to się stało* [Cómo ocurrió]. Varsovia: Polska Oficyna Wydawnicza BGW.
Revel, Jean-Francois (1993), *Democracy Against Itself*. Nueva York: The Free Press.
Robotnicy w Polsce [Informe: Los obreros en Polonia] (1989), Raporty zbadań. Varsovia: ANS.
Rocznik Statystyczny (1993 y siguientes), Anuario estadístico. Varsovia: GUS.
Roguska, Beata y Bogna Wciórka (2000), «Religijność i stosunek do Kościoła» [La religiosidad y la actitud hacia la Iglesia], en Zagórski, Krzysztof y Michał Strzeszewski (eds.), *Nowa Rzeczywistość. Oceny i opinie 1989-1999* [La nueva realidad. Opiniones y evaluaciones 1989-1999]. Varsovia: Dialog.
Rona-Tas, Akos (1994), «The First Shall Be Last? Entrepreneurship and Communist Cadres in the Transition from Socialism», *American Journal of Sociology*, vol. 100, núm. 1.
Rosati, Dariusz K. (1993), *The Impact of the Soviet Trade Shock on Output Levels in Central and East European Economies*. Ponencia para la conferencia Output Decline in Eastern Europe. Varsovia.
Rose, Richard, William Mishler y Christian Haerpfer (1998), *Democracy and its Alternatives: Understanding Post-Communist Societies*. Londres: Polity Press.
—, Neil Munro y Tom Mackie (1999), *Elections in Central and Eastern Europe since 1990*. Londres: Polity Press.
Rychard, Andrzej (1992), «Participation and Interests: Dilemmas of the Emerging Social and Political Structure in Poland», en W. D. Connor y P. Ploszajski (eds.), *Escape from Socialism*. Warsaw: IFiS Publisher.
— (1993), *Reforms, Adaptation, and Breakthrough*. Varsovia: IFiS PAN.
— y Michal Federowicz (eds.) (1993), *Społeczeństwo w transformacji* [Sociedad en transformación]. Varsovia: IFiS PAN.
— y Jacek Szymanderski (1986), «Kryzys w perspektywie legitymizacji» [La crisis en la perspectiva de legitimización], en W. Adamski (eds.), *Polacy 84. Dynamika konfliktu i konsensusu* [Polacos 84. La dinámica del conflicto y del consenso]. Varsovia: IFiS PAN.
— (1987), «Konflikt i przystosowanie: dwie koncepcje ładu społecznego w Polsce» [El conflito y la adaptación: dos concepciones de orden social en Polonia], en M. Marody y A. Sułek (eds.), *Rzeczywistość polska i sposoby*

radzenia sobie z nią [La realidad polaca y las maneras de arreglarla]. Varsovia: IS UW.

Rykowski, Zbigniew (1989), *Wyniki wyborów 4 czerwca 1989* [Resultado de las elecciones de 4 de junio 1989]. Varsovia: OBOP.

Ryszka, Franciszek (ed.) (1987), *Kultura polityczna społeczeństwa polskiego 1983-1985* [La cultura política de la sociedad polaca 1983-1985]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.

Sachs, Jeffrey (1999), *Poland's Jump to the Market Economy*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.

Salamon, Lester M. (1994), «The Rise of the Nonprofit Sector», *Foreign Affairs*, vol. 73, núm. 4.

Salvati, Michele (2003), «Spagna e Italia: un confronto», en Víctor Pérez-Díaz, *La lezione spagnola*. Bolonia: Il Mulino: 9-97.

Sapir, Jacques (1996), «La fin de la transition?», *Revue d'Etudes Comparatives Est-Ouest*, vol. 27, núm. 2.

Sartori, Giovanni (1980), *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.

Seligman, Adam B. (1992), *The Idea of Civil Society*. Princeton NJ: Princeton University Press.

Shils, Edward (1994), «Co to jest społeczeństwo obywatelskie?» [¿Qué es sociedad civil?], en K. Michalski (ed.), *Europa i społeczeństwo obywatelskie* [Europa y la sociedad civil]. Cracovia: Znak.

Siciński, Andrzej (ed.) (1989), *Nazajutrz po Czarnobylu* [Al día siguiente de Czernobyl]. Varsovia: IFiS PAN.

— (1996), *Samoorganizacja społeczeństwa. Raport o stanie państwa* [La autoorganización de la sociedad. El informe sobre el estado del país]. Varsovia: GUS.

Siemek, Marek J. (1995), *Filozofia spełnionej nowoczesności* [Filosofía de la modernidad cumplida]. Toruń: UMK.

Siemieńska, Renata (1991), *Problemy demokracji w Europie Wschodniej* [Problemas de la democracia en la Europa del Este]. Varsovia: OBOP.

Sikorska, J. (1989), «Wpływ regresu warunków konsumpcji na społeczne zróżnicowanie jej wzorów» [La influencia del retroceso de condiciones de consumo sobre la diferenciación social de sus modelos], en L. Beskid (ed.), *Warunki i sposób życia społeczeństwa polskiego w sytuacji regresu* [Condiciones y estilos de vida de la sociedad polaca en la situación del regreso]. Varsovia: IFiS PAN.

Skarbek, Jan (1986), «W dobie rozbiorów i braku państwowości 1772-1918» [En la época de las Particiones y la falta de estado 1772-1918], en J. Kłoczowski, L. Müllerowa y J. Skarbek, *Z dziejów Kościoła katolickego w Polsce* [Historia de la Iglesia católica en Polonia]. Cracovia: Znak.

Skąpska, Grażyna (1995), «Reforma ekonomiczna i kształtowanie się porzadku instytucjonalnego w Polsce» [La reforma económica y la formación del orden institucional en Polonia], en A. Sułek y J. Styk (eds.), *Ludzie i instytucje* [Gente e instituciones]. Lublin: UWMCS.

Skilling, Gordon y Franklin Griffiths (eds.) (1971), *Interest Groups in Soviet Politics*. Princeton: Princeton University Press.
Słodkowska, Inka (1995), *Programy partii i ugrupowań parlamentarnych 1989-1991* [Los programas de partidos y agrupaciones parlamentarias 1989-1991]. Varsovia: ISP PAN.
Słomczyński, Kazimierz M. (1994), «Class and Status in East-European Perspective», en M. Alestalo, E. Allardt, A. Rychard y W. Wesołowski (eds.), *The Transformation of Europe. Social Conditions and Consequences*. Varsovia. IFiS PAN.
— y Bogdan W. Mach (1996), «The Impact of Psychological Resources on Status Attainment: Poland 1978-1980 and 1992-1993», *Polish Sociological Review,* núm. 4 (116).
Smith, Anthony D. (1994), «Tres conceptos de nación», *Revista de Occidente,* núm. 161. Madrid: Fundación Ortega y Gasset.
Smith, Adrian y A. Swain (1998), «Regulating and Institutionalising Capitalisms: the Micro-Foundations of Transformation in Eastern and Central Europe», en J. Pickles y A. Smith (eds.) (1998), *Theorising Transition. The Political Economy of Post-Communist Transformations*. Londres, Nueva York: Routledge.
Smith, P. (1967), *Disraelian Conservatism and Social Reform*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
Smolar, Aleksander (1990), «Les incertitudes de la transition démocratique», en Pierre Kende y Aleksander Smolar (eds.), *La grande sécousse: Europe de l'Est 1989-1990),* París: Presses du CNRS.
— (1999), «Przygody społeczeństwa obywatelskiego» [Las aventuras de la sociedad civil], en E. Nowicka y M. Chalubinski (eds.), *Idee a urządzenie świata społecznego* [Las ideas y los arreglos del mundo social]. Varsovia: PWN.
Śpiewak, Paweł (1991), «Narodziny polskiej demokracji» [El nacimiento de la democracia polaca], en M. Grabowska y Krzemiński (eds.), *Bitwa o Belweder* [La batalla por Belweder]. Cracovia: Wydawnictwo Literackie.
— (2000), «Cztery fakty i reszta» [Los cuatro hechos y lo demás], *Res Publica Nowa,* diciembre. Varsovia.
Spiski, Piotr (1983), *Od trzynastego do trzynastego* [Desde el trece hasta el trece]. Londres: Polonia Book Fund.
Stahl, Małgorzata (1991), *Zasady organizacji i działania terenowej administracji publicznej* [Las normas de organización y de funcionamiento de administración territorial pública]. Varsovia: Fundacja Rozwoju Demokracji Lokalnej.
Staniszkis, Jadwiga (1984), *Poland's Self-limiting Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
— (1989), *Ontologia socjalizmu* [La ontología del socialismo]. Varsovia: Puls.
— (1990), «Ontologia realnego socjalizmu» [La ontología del socialismo real], *Krytyka*. Varsovia.

— (1991), *The Dynamics of the Breakthrough in Eastern Europe*. Berkeley: University of California Press.
— (ed.) (1994), *W poszukiwaniu paradygmatu transformacji* [En búsqueda del paradigma de la transformación]. Varsovia: ISP PAN.
— (2000), «Zaproszenie do korupcji» [Invitación a la corrupción], *Rzeczpospolita*, 14 de diciembre. Varsovia.
Stark, David (1996), «Recombinant Property in East European Capitalism», *American Journal of Sociology*, vol. 101, núm. 4.
Stola, Dariusz (2000), *Emigracja* [Emigración]. Varsovia: Oficyna Naukowa.
Strzeszewski, Michał (2000), «Poczucie zagrożenia przestępczością i stosunek do prawa» [El sentimiento del peligro de criminalidad y la actitud hacia el derecho], en K. Zagórski y M. Strzeszewski (eds.), *Nowa rzeczywistość. Oceny i opinie 1989-1999* [La nueva realidad. Las evaluaciones y las opiniones 1989-1999]. Varsovia: Dialog.
Sułek, Antoni (1990), «The Polish United Workers' Party: from Mobilization to Non-Representation», *Soviet Studies*, vol. 42, núm. 3.
Szacka, Barbara (1983), *Przeszłość w świadomości inteligencji polskiej* [El pasado en la consciencia de la *intelligentsia* polaca]. Varsovia: PWN.
Szacki, Jerzy (1989), *Tradycja. Przegląd problematyki* [Tradición. El repaso de la problemática]. Varsovia: PWN.
— (1991), «Polish Democracy: Dreams and Reality», *Social Research*, vol. 58, núm. 4.
— (1994), *Liberalizm po komunizmie* [Liberalismo después de comunismo]. Cracovia: Znak.
— (ed.) (1997), *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.
Szapociński, Andrzej y Marek Ziółkowski (2001), «Przemiany w sferze edukacji, nauki, mediów i kultury» [Cambios en la esfera de educación, ciencia, medios de comunicación y cultura], en E. Wnuk-Lipiński y M. Ziółkowski (eds.), *Pierwsza dekada niepodległości. Próba socjologicznej syntezy* [La primera década de la independencia. Una prueba de la síntesis sociológica]. Varsovia: ISP PAN.
Szczepański, Jan (1980), *Kultura*, núm. 12. París: Instytut Literacki.
Szczypiorski, Andrzej (1983), *Z notatnika stanu wojennego* [El diario del estado de guerra]. Londres: Polonia Book Fund Ltd.
Szelenyi, I., E. Wnuk-Lipiński y D. Treiman (eds.) (1994), *Circulation of Elites? Old and New Elites in Post-Communist Societies*. Los Ángeles: UCLA Press.
Szreniawski, J. (1994), *Prawo administracyjne* [Derecho administrativo]. Lublin.
Sztanderska, U. (1997), «Changes in the Labour Market: From Rapid Collapse to Step-by-step Reconstruction of the Demand for Labour», en *Na-*

tional Report on the Human Development. The Changing Role of the State. Poland'97. Varsovia: Centrum Analiz Społeczno-Ekonomicznych.
— y J. Liwiński (1999), «Koszty pracy w Polsce» [El coste de trabajo en Polonia], *Studia i Analizy,* núm. 189. Vrasovia: Centrum Analiz Społeczno-Ekonomicznych.
Sztompka, Piotr (1992), *The Sociology of Social Change*. Oxford: Basil Blackwell.
— (1993), «Lessons of Post-Communist Transition for Sociological Theories of Change», en J. Coenen-Huther y B. Synak (eds.), *Post-Communist Poland. From Totalitarianism to Democracy?* Commack, NY: Nova Science Publishers.
— (1994), «Teorie zmian społecznych a doświadczenia polskiej transformacji» [Las teorías de cambios sociales y la experiencia de la transformación polaca], *Studia Socjologiczne* 1 (132). Varsovia: IFiS PAN.
— (1994a), *Socjologia świata polityki - Władza i społeczeństwo w systemie autorytarnym* [La sociología del mundo político. El poder y la sociedad en el sistema autoritario]. Varsovia: ISP PAN.
— (1996), «Trust and Emerging Democracy: Lessons from Poland», *International Sociology*, vol. 11, núm. 1. Londres: Sage Publications.
— (ed.) (1998), *Building Open Society and Perspectives of Sociology in East-Central Europe*. Madrid: International Sociological Association.
— (1999), «Dwadzieścia powodów do radości» [Las veinte razones de alegría], *Gazeta Wyborcza*, 31 de diciembre. Varsovia.
Szulc, Tad (1995), *Pope John Paul II. The Biography*. Nueva York: Pocket Books.
Taibo Arias, Carlos (1992), *La Europa Oriental sin red. De la revolución de 1989 a la Comunidad de Estados Independientes.* Madrid: Los Libros de Catarata.
— (1996), «La "transición" rusa y sus problemas», en C. González Enríquez y C. Taibo Arias, *La transición política en Europa del Este*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
— (1998), *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿Copias de papel carbón?* Madrid: Los Libros de la Catarata.
Tarkowski, Jacek (1981), «Poland: Patrons and Clients in a Planned Economy», en S. N. Eisenstadt y R. Lemarchand (eds.), *Political Clientelism, Patronage and Development*. Londres: Sage Publications.
— (1988), «Sprawność gospodarcza jako substytut legitymizacji w Polsce powojennej» [La eficiencia económica como sustituto de legitimización en Polonia de post-guerra], en A. Rychard y A. Sułek (eds.), *Legitymacja. Klasyczne teorie i polskie doświadczenia* [Legitimización. Las teorías clásicas y las experiencias polacas]. Varsovia: PTS UW.
— (1994), *Socjologia świata polityki - władza i społeczeństwo w systemie autorytarnym* [La sociología del mundo político - poder y sociedad en el sistema autoritario]. Varsovia: ISP PAN.

— (1994a), «Amoralny familizm, czyli o dezintegracji społecznej w Polsce lat osiemdziesiątych» [La familiaridad amoral o sobre la desintegración social en Polonia en los años ochenta], en *Socjolgia świata polityki*. Varsovia: ISP PAN.

Taylor, Charles (1990), «Modes of Civil Society», *Public Culture*, vol. 3, núm. 1.

Thelen, Kathleen y Sven Steinmo (1992), «Historical Institutionalisms in Comparative Politics», en Sven Steinmo, Kathleen Thelen y Frank Lonstreth (eds.), *Structuring Politics: Historical Institutionalisms in Comparative Analysis*. Nueva York: Cambridge University Press.

Tischner, Jozef (1993), *Nieszczęsny dar wolności* [El malquerido don de libertad]. Cracovia: Znak.

Titkow, Anna (1993), *Stres i życie społeczne. Polskie doświadczenia* [Estrés y la vida social. Las experiencias polacas]. Varsovia: PIW.

— y Henryk Domański (eds.) (1995), *Co to znaczy być kobietą w Polsce* [Qué significa ser mujer en Polonia]. Varsovia: IFiS PAN.

Touraine Alain (1983), *Solidarity: The Analysis of a Social Movement*. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Jan Strzelecki, *et al.* (eds.) (1989), *Solidarność. Analiza ruchu społecznego 1980-1981* [Solidaridad. El análisis del movimiento social 1980-1981]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.

Tuleja, Piotr (1993), «Mała Konstytucja na tle innych źródeł prawa konstytucyjnego» [La Pequeña Constitución y otras fuentes del derecho constitucional], en Pawel Sarnecki (ed.), *Zarys ustroju państwowego Polski. Zagadnienia podstawowe Małej Konstytucji* [Compendio del sistema estatal de Polonia. Los problemas fundamentales de la Pequeña Constitución]. Cracovia: Wydzia Prawa Uniwersytetu Jagiellonskiego.

Tusell, J. (1989), «La reforma en la URSS y en el este de Europa», *Cuenta y Razón*, junio.

Tymowski, Michał, Jan Kieniewicz y Jerzy Holzer (eds.) (1990), *Historia Polski* [Historia de Polonia]. Varsovia: Editions Spotkania.

Vidal, Juan Carlos (1994), «Pensar Centroeuropa. Entrevista con Adam Michnik», *Claves*, núm. 41. Madrid.

— (1997), *Bronisław Geremek en diálogo con Juan Carlos Vidal*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.

— (1998), «Diálogo con Leszek Kołakowski», *Claves*, núm. 81. Madrid.

Walicki, Andrzej (1991), *Trzy patriotyzmy* [Tres patriotismos]. Varsovia: Res Publica.

— (1994), «Poland Between East and West: The Controversies over Self-Definition and Modernization of Partitioned Poland», *Harvard Papers in Ukrainian Studies*. Cambridge, Mass.: The Harvard Ukrainian Research Institute.

Walzer, Michael (1997), «Spór o społeczeństwo obywatelskie» [La polémica sobre la sociedad civil], en J. Szacki (ed.), *Ani książe, ani kupiec: obywatel. Idea społeczeństwa obywatelskiego w myśli współczesnej* [Ni el príncipe, ni

el comerciante: el ciudadano. La idea de la sociedad civil en el pensamiento contemporáneo]. Cracovia: Znak.

Wasilewski, J. (1989), *Procesy rekrutacji do regionalnej elity władzy* [Los procesos de reclutamiento a la élite de poder regional]. Wrocaw: Ossolineum.

Watson, Peegy (1999), «Civil Society and the Politicisation of Difference in Eastern Europe», en J. Scott y C. Kapln (eds.), *Transitions, Environments, Translations: The Meanings of Feminism in Contemporary Politics*. Nueva York: Routledge.

Wells, Samuel F. y Paula Bailey Smith (eds.) (1996), *New European Orders 1919 and 1991,* Washington: The Woodrow Wilson Center Press.

Wesołowski, Włodzimierz (1966), *Klasy, warstwy i władza* [Las clases, los estratos y el poder]. Varsovia: PWN.

— (1983), *Typologia podziałów społecznych i identyfikacje jednostek* [La tipología de divisiones sociales y de identificación de individuos]. Varsovia: IFiS PAN.

— y Bogdan Mach (1986), *Systemowe funkcje ruchliwości społecznej w Polsce* [Las funciones sistémicas de movilidad social en Polonia]. Varsovia: IFiS PAN.

— y B. Mach (1986a), «Unfulfilled Systemic Functions of Social Mobility», *International Sociology*, vol. 1, núms. 1-2. Londres: SAGE.

— y Edmund Wnuk-Lipiński (1992), «Transformation of Social Order and Legitimization of Inequalities», en W. D. Connor y P. Płoszajski (eds.), *Escape from Socialism*. Varsovia: IFiS PAN.

— (1994), «Procesy klasotwórcze w teoretycznej perspektywie» [Los procesos de formación de clases en la perspectiva teórica], *Studia Socjologiczne,* núm. 1 (132). Varsovia: IFiS PAN.

— e Irena Pańkow (eds.) (1995), *Swiat elity politycznej* [El mundo de élite política]. Varsovia: IFiS PAN.

Whitehead, Laurence (1986), «International Aspects of Democratization», en Guillermo O'Donnel, Philipe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule - Comparative Perspectives.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Wiatr, Jerzy J. (eds.) (1987), *Władza lokalna w warunkach kryzysu* [El poder local en las condiciones de crisis]. Varsovia: IS Uniwersytet Warszawski.

— (ed.) (1992), *Wartości a przemiany ładu gospodarczego i politycznego: Polska 1980-1992* [Los valores y las transformaciones de sistema económico y político: Polonia 1980-1992]. Varsovia.

Windolf, Paul (1998), «Privatization and Elite Reproduction in Eastern Europe», *IMF Research Papers.*

Wionczek, Piotr (1995), *Prawo i polityka w czasach przemian* [Derecho y política en los tiempos de transformaciones]. Varsovia: Wydawnictwo Sejmowe.

Władyka, Wiesław (1995), «Blizny po zaborach» [Las cicatrices después de las Particiones]. *Polityka*, núm. 49. Varsovia.

Wnuk-Lipiński, Edmund (ed.) (1987), *Nierówności i upośledzenia w świadomości społecznej* [Desigualdades y deficiencias en la consciencia social]. Varsovia: IFiS PAN.

— (ed.) (1989), *Grupy i więzi społeczne w ładzie monocentrycznym* [Grupos y redes sociales en al sistema monocéntrico]. Varsovia: IFiS Publishers.

— (1989), «Nierówności, deprywacje i przywileje jako podłoże konfliktu społecznego» [Desigualdades, depravaciones y privilegios como un fondo de conflicto social], en W. Adamski *et al.* (eds.), *Polacy'88. Dynamika konfliktu a szanse reform* [Polacos 88. La dinámica del conflicto y las posibilidades de la reforma]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.

— (ed.) (1992), *Świat post-komunistyczny - diagnozy i prognozy* [El mundo post-comunista - diagnosis y prognosis]. Varsovia: ISP PAN.

— (1993), «Dokąd zmierza Solidarność?» [¿Dónde va Solidaridad?], *Przegląd Polityczny*, núm. 21/22. Gdańsk: Fundacja Liberalow.

— (1994), «Oczekiwania społeczne a realia ekonomiczne» [Las esperanzas sociales y la realidad económica], en *Polityka społeczna*. Varsovia: Fundacja S. Batory.

— (1995), «Czy możliwa jest teoria transformacji post-komunistycznej?» [¿Es posible una teoría de transformación post-comunista?], *Lettre Internationale* [edición polaca]. Varsovia: Uniwersytet Warszawski.

— (ed.) (1995), *After Communism. A Multidisciplinary Approach to Radical Social Change*. Varsovia: IPS PAN.

— (1999), «Dziesięć lat później» [Diez años más tarde], *Polityka*, 2 de enero. Varsovia.

— y Marek Ziółkowski (eds.) (2001), *Pierwsza dekada niepodległości. Próba socjologicznej syntezy* [La primera década de la independencia. Una prueba de la síntesis sociológica]. Varsovia: ISP PAN.

— (2001), «Gdy przyzwoitość staniała» [Cuando la decencia se abarató], *Tygodnik Powszechny*, 14 enero. Cracovia.

Wołowski, Krzysztof (1994), *Konstytucja i podstawowe akty prawodawcze Rzeczypospolitej Polskiej* [La Constitución y las actas legislativas básicas de la República Polaca]. Gdańsk: Info-Trade.

Wygnański, J. J. (1995), *Raport o organizacjach* [Informe sobre las organizaciones]. Varsovia: Senat.

— (1995a), *Czym jest Trzeci Sektor w Polsce?* [¿Qué es el Tercer Sector en Polonia?]. Presentación para el seminario «La construcción de la sociedad civil: el papel de las organizaciones no-gubernamentales en Polonia» organizado por el Senado de la República de Polonia. Varsovia: Senat.

Wyka, Anna y Piotr Gliński (1992), *Świadomość ekologiczna społeczeństwa polskiego. Raport z badań* [La conciencia ecológica de la sociedad polaca. Informe sobre la investigación]. Varsovia: CBOP.

Wyka, Kazimierz (1957), *Życie na niby* [La vida fingida]. Varsovia: Czytelnik.

Zaborowski, W. (1995), *Orientacje egalitarne w społeczeństwie polskim w latach 1988-1993* [Las orientaciones igualitarias en la sociedad polaca en los años 1988-1993]. Varsovia: IFiS PAN.
Zagrodzka, Danuta (1999), «Dwa narody» [Dos naciones], *Gazeta Wyborcza*, 21 de mayo. Varsovia.
Żakowski, Jacek (1990), *Geremek odpowiada, Żakowski pyta. Rok 1989* [Geremek responde. Żakowski pregunta. El año 1989]. Varsovia: Plejada.
Zakrzewska, Janina (1993), *Spór o konstytucje* [La polémica sobre la constitución]. Varsovia: Wydawnictwo Sejmowe.
«Zgłoszone projekty Konstytucji Rzeczypospolitej Polskiej» [Los proyectos de la Constitución de la República Polaca] (1995), *Rzeczpospolita*, 12 abril. Varsovia.
Zielinski, Eugeniusz (1996), *Transformacja ustrojowa państw Europy Środkowej i Wschodniej* [La transformación de sistema en los países de la Europa Central y del Este]. Varsovia: Elipsa.
Ziembiński, Zygmunt (1993), *Wartości konstytucyjne* [Los valores constitucionales]. Varsovia: Wydawnictwo Sejmowe.
Ziółkowski, Marek y Jadwiga Koralewicz (1990), *Mentalność Polaków: sposoby myślenia o polityce, gospodarce i życiu społecznym w końcu lat 80-tych* [Mentalidad de los polacos: las maneras de pensar sobre política, economía y vida social en los finales de los años ochenta]. Poznań.
— (ed.) (1993), *Polacy wobec ładu monocentrycznego* [Los polacos y el orden monocéntrico]. Varsovia: IFiS PAN.
Żmigrodzki, Marek y Marek Chmaja (1995), *Społeczeństwo, państwo, władza* [Sociedad, Estado, Poder]. Lublin: Lubelskie Towarzystwo Naukowe.
Żolo, Danilo (1992), *Democracy and Complexity. A Realist Approach*. University Park: The Pennsylvania State University Press.

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

149. **Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN.**
Consuelo del Val Cid

150. **Sistemas de valores en la España de los 90.**
Francisco Andrés Orizo

151. **Organización obrera y retorno a la democracia en España.**
Robert M. Fishman

152. **Sociología del trabajo. Un proyecto docente.**
Juan José Castillo

153. **El comportamiento electoral municipal español, 1979-1995.**
Irene Delgado Sotillos

154. **Extranjería, racismo y xenofobia en la España contemporánea. La evolución de los setenta a los noventa.**
Patricia Barbadillo Griñán

155. **La empresa flexible. Estudio sociológico del impacto de la flexibilidad en el proceso de trabajo.**
Xavier Coller

156. **Valores sociales en la cultura andaluza. Encuesta Mundial de Valores. Andalucía, 1996.**
Juan del Pino Artacho y Eduardo Bericat Alastuey

157. **Economía y sociología. Para un análisis sociológico de la realidad económica.**
Mariano F. Enguita

158. **Recursos formativos e inserción laboral de los jóvenes.**
Mª. Isabel García Espejo

159. **El pragmatismo y la teoría de la sociedad.**
Hans Joas

160. **Los males de la imprenta. Política y libertad de prensa en una sociedad dual.**
Demetrio Castro Alfín

161. **Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades.**
Ronald Inglehart

162. **El cambio político en Italia y la Liga Norte.**
Cesáreo R. Aguilera de Prat

163. **Bases de la política de información y comunicación de la Comunidad Europea.**
Mariano Sánchez Martínez.

164. **¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad.**
José Enrique Rodríguez Ibáñez

165. **La sociología de Émile Durkheim. Patología social, tiempo, religión.**
Ramón Ramos Torre

166. **¿Individuos o sistemas? Las razones de la abstención en Europa Occidental.**
Eva Anduiza Perea

167. **Naciones divididas. Clase, política y nacionalismo en el País Vasco y Cataluña.**
Juan Diez Medrano

168. **Cultura de masas y cambio político: El cine español de la transición.**
Manuel Trenzado Romero

169. **Después del divorcio. Los efectos de la ruptura matrimonial en España.**
Diego Ruiz Becerril

170. **Sociedad, Impuestos y Gasto Público. La perspectiva del contribuyente.**
Francisco Alvira Martín, José García López y M.ª Luisa Delgado Lobo

171. **Élites y masas. Un análisis de la Perestroika y las huelgas mineras.**
Sonia Alonso

172. **Salud y fuentes de apoyo social. Análisis de una comunidad.**
Marta Gil Lacruz

173. **A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles.**
Amparo Lasén Díaz

174. **Administración y altos cargos de la Comunidad Autónoma Vasca.**
Adela Mesa

175. **La comunidad enmascarada. Visiones sobre Euskadi de los partidos políticos vascos (1986-1996).**
Carmelo Moreno del Río

176. **Marruecos político. Cuarenta años de procesos electorales**
Bernabé López García

177. **Comunicación, opinión pública y prensa en la sociología de Robert E. Park**
M.ª Rosa Berganza Conde

178. **La estrategia organizativa del Partido Socialista Obrero Español (1975-1996)**
Mónica Méndez Lago

179. **Calidad de vida y praxis urbana. Nuevas iniciativas de gestión ciudadana en la periferia social de Madrid**
Julio Alguacil Gómez

180. **«Los de siempre». Poder, familia y ciudad (Ávila 1875-1923)**
Eduardo Cabezas Ávila

181. **Profesionales del periodismo. Hombres y mujeres en los medios de comunicación**
Marisa García de Cortázar, M.ª Antonia García de León (coords.)

182. **La movilidad ocupacional de las mujeres en España. Por una sociología de la movilidad femenina**
Olga Salido Cortés

183. **La revuelta contra la civilización. D. H. Lawrence y el romanticismo antimoderno**
Irene Martínez Sahuquillo

184. **Individualismo y cultura moral**
Fernando Gil Villa

185. **Tres décadas de política uruguaya. Crisis, restauración y transformación del sistema de partidos**
Ismael Crespo Martínez

186. Sociología Visual
Jesús M. de Miguel y Carmelo Pinto

187. La democracia y la tierra. Cambio político en El Salvador
Ana Sofía Cardenal Izquierdo

188. Estructura y política farmacéutica
Laura Chaqués Bonafont

189. La formación de investigadores científicos en España
Manuel Fernández Esquinas

190. La formación de gobiernos minoritarios en España, 1977-1996
Josep Mª Reniu Vilamala

191. Telecomunicaciones y política en Estados Unidos y España (1875-2002). Construyendo mercados
Olga Gil

192. Saber beber, saber vivir. Opiniones de los españoles sobre la ingesta de alcohol y otros usos sociales
Amando de Miguel, Iñaki de Miguel

193. Los últimos mineros. Un estudio antropológico sobre minería en España
Jose Luis García García, Miguel María López Coira, Adelina García Muñoz, Javier Escalera Reyes, Marie José Devillard, Nieves Herrero Pérez

194. Sociología del sida. Jóvenes y sexualidad en Andalucía
Jose L. Bimbela Pérez

195. Sociología de la sexualidad
Raquel Osborne, Óscar Guasch (comps.), Ken Plummer, Judith Stacey, Timothy Biblarz, José Antonio Nieto, Begoña Pernas, Juan Andrés ligero, Adriana Gómez, Dolores Juliano, Kerman Calvo, Esther Núñez

196. Servicio militar obligatorio en el siglo XXI. Cambio y conflicto
Rafael Ajangiz

197. Estables y precarios. Desregulación laboral y estratificación social en España
Javier G. Polavieja

198. Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones
Félix Requena Santos

199. La Antropología ante las artes plásticas. Aportaciones, omisiones, controversias
Lourdes Méndez

200. A través del espejo. Individuo y sociedad en la obra de Jesús Ibáñez
Pablo Nacach

201. Las uniones de hecho en España
Gerardo Meil Landwerlin

202. El conflicto cultural en España. Acuerdos y desacuerdos entre los españoles
Eduardo Bericat Alastuey (dir.)

203. Frédéric Le Play. Biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas
José Ignacio Garrigós Monerris

204. La retórica del cambio en las organizaciones. Un análisis aplicado
Carlos Gómez Rodríguez y Eduardo López-Aranguren

205. **Ciudadanos ambivalentes. Actitudes ante la igualdad y el Estado de Bienestar en España**
Javier Noya
206. **Redes de políticas públicas**
Laura Chaqués Bonafont
207. **Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)** Luis Ramiro Fernández
208. **Los retos de la identidad. Jürgen Habermas y la memoria del *Guernica***
Marta Rodríguez Fouz
209. **Las élites españolas ante el cambio de régimen político. Lógica de Estado y dinámicas centro-periferias en el siglo xx**
William Genieys
210. **La activación de la *Xenofobia* en España. ¿Qué miden las encuestas?**
Mª Ángeles Cea D'Ancona
211. **Los sistemas de voto preferencial: Un estudio de 16 democracias. Reflexiones sobre el sistema electoral español**
Carmen Ortega
212. **Análisis de organizaciones**
Xavier Coller, Roverto Garvía
213. **El voto estratégico en las elecciones generales en España (1977-2000)**
Ignacio Lago Peñas
214. **El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España**
Manuel Jiménez Sánchez
215. **Modelos de familia en las sociedades modernas. Ideales y realidades**
Catherine Hakim
216. **Imágenes y palabras. Medios de comunicación y públicos contemporáneos**
María del Mar Chicharro Merayo, José Carlos Rueda Laffond
217. **Cuando la economía entra en las urnas**
Marta Fraile Maldonado
218. **La sociedad italiana**
A. Martinelli, A. M. Chiesi
219. **El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto**
Alejandro Baer
220. **Monoparentalidad y política familiar. Dilemas en torno a la madre cuidadora/madre trabajadora**
Isabel Madruga Torremocha
221. **Españoles en Rusia y rusos en España. Las ambivalencias de los vínculos sociales**
María José Devillard
222. **El tercer sector y el mercado: conflictos institucionales en España**
José A. López Rey

Próximas publicaciones

Proceso migratorio de una mujer salvadoreña. El viaje de Maria Reyes a Washington
Raúl Sánchez Molina

Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso
Sandra Dema Moreno

El libro analiza el proceso de emergencia de una sociedad civil en el sentido amplio del término (lo que incluye una democracia liberal, una economía de mercado, una sociedad plural y un espacio público) en Polonia, y el papel que representó en esa transformación la sociedad civil entendida en un sentido restringido como tejido social o asociativo, en particular la función del movimiento llamado *Solidaridad*, atendiendo a los cambios en su organización, ideología, estrategia y relaciones con otros agentes sociales y políticos, y con el conjunto de la sociedad. Desde el análisis de la idea de la sociedad civil en el contexto histórico de la Polonia contemporánea, se recorre por etapas el proceso conducente al cambio de un régimen comunista a una democracia liberal y a una economía de mercado en Polonia. Asimismo, se analiza el papel desempeñado por la Iglesia católica y por la disidencia intelectual y política. Con la caída del sistema comunista en 1989 dieron comienzo las grandes transformaciones que modificaron sustancialmente la economía, la sociedad, la política y la cultura del país y que el libro analiza, a continuación, para el periodo que comprende la primera mitad de los años noventa. Los ajustes socioeconómicos de la transición produjeron cambios en la sociedad polaca que tuvo que afrontar nuevas desigualdades y nuevos problemas. La evolución de la estructura social, de las formas de convivencia y de las formas organizativas de la sociedad, dio lugar a la aparición no sólo de unos sindicatos y unas organizaciones profesionales independientes sino también, de un «tercer sector» de asociaciones voluntarias de toda índole, que vienen a ser una nueva manifestación, y definición, de la sociedad civil plural.

SIGLO XXI

CIS
Centro de Investigaciones Sociológicas

ISBN 84-7476-408-4



